

DAD A  
CIÓN C

BT33

L3

V.2

C.1

210

*José Angel Benavides.*



1080042209



# BIBLIOTECA DE RELIGION,

ó SEA

COLECCION

DE OBRAS CONTRA LA INCREDLIDAD

Y ERRORES DE ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS.

Comede volumen istud, et vadeus loquere.  
EZECH. III, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN 110501

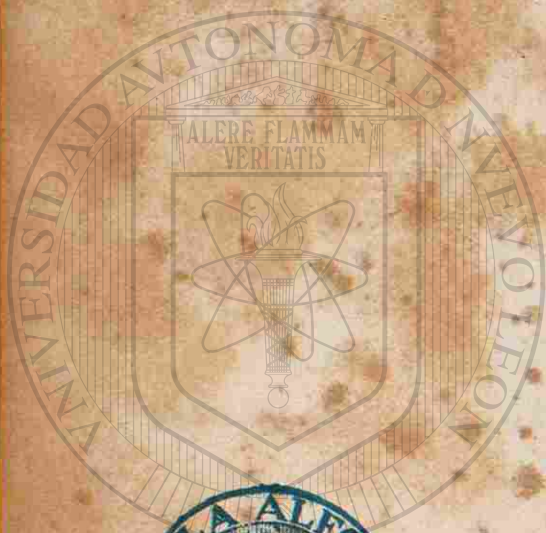
TOMO II.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



37503

BT33  
L3  
U.2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

IMPRESA DE BEAU,  
San German en Laye.

# ENSAYO

SOBRE

## LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION,

POR EL ABATE DE LA MENNAIS.

*Impius eum in profundum venerit... contemnit.*  
Prov. viii, 3.

CON ORDEN REAL.

TOMO SEGUNDO.

PARÍS,  
LIBRERÍA DE A. BOURET Y MOREL,  
CALLE DE L'ÉPERON, 6.

1846

## DE LA INDIFERENCIA

EN

## MATERIA DE RELIGION.

### CAPÍTULO I'.

Hay una verdadera Religion, no hay mas que una, y esta es indisputablemente la Católica.

Bastantemente se ha defendido ya por mas de sesenta años la causa de la desesperacion y de la muerte; yo trato de defender la de la esperanza. Un no sé qué me impele, me obliga á levantar la voz, y llamar á juicio á mi siglo. Estoy cansado de oír repetir al hombre: nada tienes que temer, nada que esperar; á nadie debes nada sino á tí mismo. Puede ser que al fin se lo llegase á persuadir; tal vez olvidando su origen, viniese á mirarse efectivamente como *una masa organizada, que recibe el espíritu de todo lo que le rodea, y de sus necesidades*<sup>2</sup>; hasta decir al polvo: *tu eres mi madre, y á los gusanos: vosotros sois mis hermanos y hermanas*<sup>3</sup>: acaso se persuadiese realmente que estaba exento de todo deber y obligacion para con su Hacedor; acaso sus deseos se detendrian á las puertas del sepulcro, y satisfecho de una frágil superioridad sobre los brutos, pasando como ellos para no volver mas, se honrase de empuñar el cetro de

<sup>1</sup> Este capítulo corresponde al 16 y 22 del original.

<sup>2</sup> Así es como Saint-Lambert definió al hombre.

<sup>3</sup> Putredini dixi: Pater meus es; mater mea, et soror mea vermicibus. *Job. xvii, 14.*

la nada. Quiero rompérselo en las manos, y enseñarle lo que es, instruirle de su grandeza, y al mismo tiempo de su dependencia. En vano se han esforzado los filósofos á destruir sus títulos; ellos subsisten, y se les mostrará. Están escritos en su misma naturaleza; todos los siglos los han leído allí. Los haré comparecer, y se les oirá proclamar la existencia de una verdadera Religion. ¿Quién se atreverá á desmentirlos, y oponer á su testimonio sus pensamientos de un día? ¿Quién tendrá osadía para ello, cuando súbitamente despertando á las generaciones pasadas, y convocando á los pueblos que ya no existen, se levantarán del polvo para venir á deponer en favor de los derechos de Dios, y de los destinos inmortales del hombre?

¿Y porqué este ha de perecer? ¿Quién le ha condenado? ¿Sobre qué se juzga que el ha de acabar? Este cuerpo que se descompone, estos huesos, estas cenizas, ¿son acaso el hombre? No, no, y la filosofía se apresura mucho á sellarle la tumba. Muéstrenos antes partes distintas en el pensamiento, y entonces comprenderemos que pueda disolverse. No lo ha hecho, ni jamás lo hará: jamás dividirá la idea de la justicia, ni la podrá concebir dividida en diferentes porciones, que tengan entre sí relaciones de grandeza, de figura, de distancia: es una, ó no es. ¿Y el deseo, el amor, la voluntad, se ve claramente que sean propiedades de la materia, modificaciones de la extensión? ¿Se ve claramente que una disposición de elementos compuestos produzca el sentimiento, esencialmente simple, y que mezclando sustancias inertes, resulte de ellas una sustancia activa, capaz de conocer, de querer, y de amar? ¿Maravilloso efecto sin duda de la organización! ¿Qué! ¿este lodo que huella con los pies no espera mas que un poco de calor, una nueva coordinación de sus partes, para venir á ser espíritu ó entendimiento, capaz de abrazar los cielos, y calcular sus leyes! ¿para saltar el espacio inmenso, y buscar mas allá de todos los mundos, no solo visibles sino imaginables, un Infinito que le satisfaga! ¡átomo á quien viene estrecho todo el universo! Compadezco en verdad á esos espíritus débiles que vegetan en estas bajas ilusiones: pero si se complacen aun en ellas, y temen ser desengañados,

ciertamente no sé como expresar el horror y desprecio que inspira semejante degradacion.

¿Mas qué es lo que dicen? Llamán á los sentidos en testimonio; quieren que la vida se pare donde paran los ojos; semejantes á los niños que viendo ocultarse al sol bajo el horizonte, le creen puesto y apagado para siempre. Mas por ventura, ¿son ellos solos los únicos á quienes ha chocado el triste espectáculo de los órganos en disolucion? ¿son los primeros que han oido el silencio del sepulcro? Seis mil años ha que los hombres pasan como sombras delante del hombre; y á pesar de eso el género humano, defendido contra el prestigio de los sentidos por una fe poderosa, y por un sentimiento invencible, no vió jamás en la muerte sino una variacion de existencia, y á pesar de las contradicciones de algunos espíritus corrompidos, conservó siempre como un dogma de la razon general una clara y brillante tradicion de la inmortalidad. Los que la desechan, sepárense enhorabuena del género humano, y vayan allá á lo interior de un desierto, donde quieran, á llevar á los gusanos por pasto un corazon palpitante de amor por la verdad y la justicia, y una inteligencia que conoce á Dios.

Pero dejemos estas discusiones superfluas. Probada la Religion, todo queda probado.....

<sup>1</sup> Pero en el momento en que nos preparamos á tratar un asunto en el que se reunen tan graves é importantes cuestiones; no podemos librarnos de un pensamiento amargo y de un sentimiento doloroso. ¿Dónde estamos? en qué país? en qué pueblo? á quién se dirigen nuestras palabras? ¿Y porqué es necesario siempre probar el Cristianismo á los cristianos? ¿De dónde viene hoy ese espíritu de duda, de disputa y de ingratitud? en dónde se ha adquirido ese funesto valor de luchar contra Dios? y qué gloria resulta al hombre en defraudarse de sus beneficios? Hombres tan insensatos como desgraciados: ¿no os cansareis de combatir la verdad que se os ofrece? ¿dónde hallareis fuera de ella, fuera de Dios, la paz, la dulce alegría del alma, y esa felicidad que todo viviente desea? Decid, ¿no quereis ser felices? ¿ó la felicidad es

para vosotros un suplicio luego que se os impone y prescribe como un deber? ¡Ah! en nuestras pasiones ciegas no sabemos reconocer ni lo verdadero, ni lo falso, ni el bien, ni el mal. Engañados por todos los errores, seducidos por todas las quimeras, reunimos con un ansioso ardor en derredor de nosotros innumerables males que no nos estaban destinados, y cercados de esta funesta comitiva y acompañamiento, marchamos llenos de orgullo hácia un por venir todavía mas funesto. Porque en verdad ¿qué puede esperar el que no supiese pensar que alguna cosa le estaba prometida, pues cree que nada le está mandado? ¡Tú eres tu único Señor! Bien : pues sé tambien tu único remunerador; y busca en tu propio fondo esa verdad inmensa, ese bien infinito, cuya necesidad siempre sentida y jamás satisfecha, es el eterno tormento de nuestro corazon.

¿ No comprenderá alguna vez el hombre que desde el momento que existe hay necesariamente una ley de su existencia, y un legislador que ha establecido y promulgado esta ley, verdadera *ley de vida* que no puede quebrantar sin violar su naturaleza, y condenarse á sí mismo á muerte?..... Lo que ella enseña, lo que manda y ordena, hé ahí la Religion.... ¿ La habrá inventado él? No : el hombre no ha inventado las leyes de su sér; y la Religion es una consecuencia natural de su existencia... ¿ De nada sería deudor á aquel por quien existe? (*t. 2. pag. 105.*) pues la Religion es la expresion del reconocimiento que debemos al Sér de quien todo lo hemos recibido. ¿ Se ha dado el sér á sí? No : es obra de un Hacedor : pues ella es la expresion de las relaciones que median entre el Criador y la criatura. ¿ No siente en sí una cosa que le advierte de su dependencia? Esa dependencia absoluta en que estamos del primer sér, es el fundamento de la Religion. — Nada hay aislado é independiente en la creacion. Los seres se unen á los seres, los mundos á los mundos, como las palabras se encadenan en un discurso : pero la union mas íntima, la mas natural es sin duda la de nuestro sér con la razon poderosa que le ha producido. ¿ No hay alguna relacion entre sus facultades y su autor? ¿ La suprema verdad no está en armonia con su inteligencia, el bien infinito con sus

deseos y amor? — Donde quiera se encuentran relaciones análogas. El hijo las tiene con su padre; los súbditos con el soberano : nuestro Padre y Soberano universal es Dios que nos crió. Hay pues una Religion, y el mundo todo lo ha creído siempre así.

En efecto, ¿ qué pueblo hay en todo él que no haya creído la existencia de una verdadera Religion y mirado como un crimen la violacion de los deberes que impone? Muéstresenos ese pueblo prodigioso sin Dios, sin fe, sin culto. No se hará jamás. Desde el origen de las sociedades, un poder superior.... prosterna al género humano al pié de los altares, y de todos los puntos de la tierra no ha cesado de elevarse una voz poderosa hácia los cielos para llevar allí las súplicas y las adoraciones de los mortales. ¿ Qué importa en este magnifico concierto el silencio de algunos hombres? ¿ Qué valen sus opiniones y sus dudas solitarias? Acusando de error á todas las naciones y á todos los siglos, se acreditan y convencen á sí mismos de locura <sup>1</sup> (*t. 1, pag. 302*).

1 « ¿ Qué puede inspirar á estos insensatos esta monstruosa repugnancia para con su Hacedor? Van buscando ardentemente nuevas relaciones con las criaturas, entre sus órganos y las sustancias brutas; las soñarán aun con alegría entre la materia y su pensamiento, entre sus destinos y la nada; y se indignan cuando se les habla de sus relaciones con Dios! ¡ Degradacion extraña! Esto confunde; pero algunas inteligencias rebeldes han llegado hasta aquí. Dios los fatiga, los desagrada, oyen su nombre con aversion (á la verdad la afectacion con que algunos en vez de la palabra *Dios*, usan siempre la del *Sér Supremo*, el *Eterno*, el *primer Sér*, acredita efectivamente esta aversion). Podrán soportar todas las leyes, menos las suyas... ¡ Ah! ya percibo la razon. Penetrad en el fondo de su corazon, ¿ qué veis allí? Inclinaciones que la Religion repueba. Se debian vencer, y no se quiere. Un orgullo desmedido que aspira á una independencia ilimitada, y rehusa obedecer al mismo Dios : era necesario someterle; pero no agrada á la voluntad. La voluntad pues es la que deprava al entendimiento, y la impiedad trae su origen del corazon. Pero todo el género humano no piensa así. Llamo por testigos á todos los pueblos. Otra vida; penas y recompensas eternas; tal es el símbolo de la tradicion. Por todas partes se encuentra el temor y la esperanza á las puertas del sepulcro : en todas se os dirá que de sus profundidades misteriosas salen dos caminos para siempre separados, uno de los cuales



Pero entre las diversas Religiones que se dividen el mundo, ¿cuál será la que debemos seguir?... Dejarlo á la razon de cada uno, seria dar ocasion á tantas Religiones cuantas serian las personas. La ignorancia que oscurece el entendimiento, el fanatismo que le subyuga, las pasiones que le corrompen, determinarian para cada uno leyes opuestas, y para ellos igualmente ciertas y obligatorias; ó por mejor decir, ninguna cierta y obligatoria. Porque ¿qué medio de exigir la creencia de algun dogma, porque á otro hombre le ha parecido fijarlo así? ¿Qué obligacion moral resultaria de la voluntad de quien no tiene sobre mí alguna autoridad? Mi Religion entonces seria mi pensamiento, mi sentimiento; como el sentimiento, el pensamiento de otro seria su Religion: y así todas las Religiones serian verdaderas ó ninguna lo seria. — Sostener que religiones contrarias son todas verdaderas, es afirmar que todas son falsas, es establecer la indiferencia absoluta de Religiones, es no dejar á los espíritus consiguientes otro refugio que el ateísmo<sup>1</sup>. — No: toda ley supone un legislador, cuya voluntad la haga obligatoria, y una autoridad visible que la promulgue: y pues que esta ley es consecuencia de nuestro ser ó existir, y las bases esenciales es imposible que hayan sido inventadas, es de necesidad que el primer hombre que nos las ha trasmitido (pues se hallan reconocidas en todos los pueblos) las hubiese recibido de la boca del Criador: y así es como hallamos en la revelacion, en la infalible palabra de Dios, el origen de la Religion y de la tradicion que la conserva. Esto supuesto, entre las Religiones diversas que se dividen el mundo, se discierne tan fácilmente la verdadera como se concibe la existencia; y el hombre es cristiano como es racional. ¿Cuál otra se podria comparar al Cristianismo, á la Iglesia católica, heredera de todas las tradiciones primordiales de la primera revelacion y de la revelacion de Moisés, de todas

conduce al reino de las tinieblas, y el otro á las regiones de la luz, y de las alegrías inmortales y del amor. » *Ibid.*

<sup>1</sup> Este es adonde conduce el deísmo ó racionalismo, como hemos notado ya varias veces. Véase el *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religion*, tomo I de la *Biblioteca*.

las verdades antiguamente conocidas, cuya doctrina no es mas que su explanacion, y que subiendo así al origen del mundo, nos ofrece en su autoridad todas las autoridades reunidas<sup>1</sup>? El mismo Rousseau herido de este carácter brillante que le es propio, no pudo menos de rendirle su homenaje y sus respetos. « Pruébeseme hoy, » decia,<sup>2</sup> que en materia de fe estoy obligado á someterme á las decisiones de alguno, y mañana me hago católico, y todo hombre sincero, y consiguiente hará lo mismo que yo. »

La Iglesia católica, única sociedad religiosa constituida, es la única que une lo presente con lo pasado, sobre

<sup>1</sup> « Si nuestro espíritu, naturalmente incierto, dice Bossuet, necesita en las cuestiones en que le interesa la salvacion, fijarse y ser determinado por una autoridad cierta, ¿cuál otra mayor que la de la Iglesia católica, que reúne en sí toda la autoridad de los siglos pasados, y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen?... Si Dios ha criado al hombre, si haciéndole á su imagen y semejanza, no se ha desdenado de enseñarle el medio de servirle y agradarle, toda secta que no muestre su sucesion desde el principio del mundo no es de Dios. Aquí caen á los piés de la Iglesia todas las sociedades y todas las sectas que los hombres han establecido dentro y fuera del Cristianismo... Así es como cuatro ó cinco hechos autenticos, y mas claros que la luz del sol, hacen ver nuestra Religion tan antigua como el mundo.... Y muestran por consecuencia que no tiene otro autor que el que fundó el universo, que teniéndolo todo en su mano solo él ha podido comenzar y dirigir un designio en que están comprendidos todos los siglos. »

« No nos debemos admirar, como ordinariamente se hace, de que Dios nos proponga á creer tantas cosas tan dignas de él, y al mismo tiempo tan impenetrables al espíritu humano. Mas bien nos debemos admirar de que habiendo establecido la fe sobre una autoridad tan firme y tan manifiesta, haya aun en el mundo ciegos é incrédulos. » — « Nuestras pasiones desordenadas, nuestro asimiento á los sentidos, y nuestro orgullo son la causa de ello. Queremos mas bien arriesgarlo todo, que violentarnos en nada; vegetar en nuestra ignorancia que confesar que la tenemos; satisfacer una vaná curiosidad, y nutrir en nuestro espíritu indócil la libertad de pensar todo lo que nos agrada, que someternos al yugo de la autoridad divina. Esta es la causa de que haya tantos incrédulos, y Dios lo permite así para la instruccion de sus hijos. » *Discurso sobre la Historia Universal*, part. 2, cap. 13.

<sup>2</sup> *Letres écrites de M. Montagne*, pág. 55, Paris, 1783.

lo cual ella se apoya; la única que ha sucedido y no ha comenzado; la única que no ha variado jamás; única que tiene un símbolo, ó que ejerce el derecho de mandar, ó de autoridad sobre los espíritus; la única que promete la certeza, pues que ella sola reclama la infalibilidad. ¿Qué mas se pudiera pedir? Hé ahí, hé ahí la autoridad que buscamos; un niño la reconocería: no se necesita mas que abrir los ojos para conocerla; pues brilla como el sol en medio del universo. ¿Cuál otra se le podría oponer? ¿Será la autoridad del género humano atestigüando las verdades primitivamente reveladas? — La Iglesia las enseña todas ellas, las ha recibido de la tradición, y esta tradición la pertenece con todas sus pruebas, con la autoridad que es fundamento de ellas, y que ha venido á ser una parte de la suya. — La autoridad de las Religiones idolátricas. — Ellas no se atribuyen ninguna, pues que no tienen símbolo ni ley moral que les sea propia, ni aun enseñanza ni doctrina alguna. — ¿La autoridad del mahometismo? — El mahometismo no es mas que una hereja una rama cortada, una secta enteramente semejante á las de los protestantes<sup>1</sup>, en la que jamás se han podido concordar en la doctrina, donde cada uno cree lo que quiere, y nada sino lo que gusta, y esto precisamente porque no existe en ella ninguna autoridad; y lo mismo es tambien con todas las pretendidas iglesias que se han separado de la Iglesia católica. Fuera de ella no se encuentra sino falta de autoridad, carencia de ley, falta de Religion; en una palabra, no se halla sino sus opiniones, sus contradicciones, sus errores: tan manifiesta ha querido Dios que fuese la verdad á los ojos de todos en la única sociedad que conserva su depósito.

Estas consideraciones, tan sencillas como decisivas, bastarían para las almas rectas y sinceras; pero en este siglo disputador y nutrido de sofisma es necesario aun mayor explicación: es necesario ilustrar, para explicarme así, en todos los puntos, esta grande é imponente autoridad que las pasiones se esfuerzan á oscurecer: es necesario quitar toda excusa á los que la desconocen, y forzar á lo menos al orgullo á confesar abiertamente

<sup>1</sup> Excepto en sus relaciones con en el orden político y civil.

su rebelion, y á pronunciar delante del mismo Dios, y bajo su mano poderosa, aquella palabra que encierra todos los errores y todos los crímenes: *Non serviam; no obedeceré*<sup>1</sup>.

Hemos dicho que la Religion era el complejo de las relaciones que se derivan de la naturaleza de Dios y de la del hombre; y en efecto, los atributos esenciales del Sér divino son al mismo tiempo los caractéres propios de la verdadera Religion, y las notas ó señales distintivas de la sociedad. que la profesa; de suerte que esta sociedad y la Religion, de que es depositaria, llevan en sí mismas la señal cierta é indeleble de su origen celestial.

Dios es uno, infinito, eterno, sancto; y la Religion, lo mismo que la Iglesia, es una, universal, perpetua, santa ó manifestamente divina. Toda Religion que no posea estos caractéres, sería necesariamente falsa; como todo sér que no fuese uno, infinito, eterno, santo, necesariamente no sería Dios.

Aunque haya pocas cosas tan evidentes por sí mismas como estas proposiciones, y aunque debamos apoyarlas con pruebas de hecho, nos parece conveniente manifestar la claridad con que se deducen de lo anteriormente establecido.

La verdad es una. Dios no ha podido revelar á los hombres dogmas contrarios, ni darles leyes opuestas: por otra parte, siendo su naturaleza invariable, como tambien la naturaleza del hombre, las relaciones que de ellas se derivan lo son igualmente; luego la Religion verdadera es una como la verdad, una como el mismo Dios.

Siendo además las relaciones naturales que existen entre Dios y el hombre, y los deberes que de ellas resultan, las mismas en todos los lugares y tiempos, han debido ser conocidos en todos tiempos y en todos los lugares, en cuanto era necesario para que el hombre pudiese vivir vida moral é intelectual: de otra suerte Dios habria negado á algunas de sus criaturas el medio de salvarse y glorificarle. Luego la verdadera Religion es *universal*.

<sup>1</sup> *Jerem.* II, 20.

Las leyes de nuestra naturaleza inteligente habiendo necesariamente comenzado con ella, y debiendo durar tanto como ella, no pueden haber cesado de existir un solo momento, ni dejar de ser conocidas desde la creación del hombre. Luego la verdadera Religión es *perpetua*.

En fin, la verdadera Religión es *santa* ó divina, pues que ella no es mas que la manifestación de Dios, y la expresión de sus voluntades.

Tales son los caracteres esenciales de la verdadera Religión: los cuales todos convienen al *Cristianismo*, y convienen solo á él. Mas cuando hablamos del Cristianismo, nuestra imaginación, nuestro espíritu no debe detenerse meramente en los tiempos que han corrido desde la Encarnación del Verbo Divino; se debe abrazar la serie entera de la Religión, así antes como después de Jesucristo. El Mesías, venido ó por venir, fué siempre el fundamento de la verdadera Ley, el único Mediador, la Cabeza suprema de la sociedad espiritual de los justos, y jamás se han salvado los hombres sino en virtud de sus méritos infinitos, y de su preciosísima sangre.

Así es que en su generalidad el Cristianismo ha principiado con el mundo. Desenvolviéndose segun las promesas, pero sin mudar jamás sustancialmente, y sin variar jamás, ha permanecido en sus diversos estados, y subsistirá perpetuamente el mismo, perpetuamente uno, así como el hombre aunque crezca es idénticamente el mismo hombre; y el desenvolvimiento de la verdad en nuestra razón desde la niñez hasta la edad madura, representa el desarrollo de esta misma verdad en el género humano<sup>1</sup>.

El Cristianismo, pues, bajo diferentes formas exterior-

<sup>1</sup> Esta es la imagen de que se sirve el Apóstol San Pablo en la carta á los Efesios. *Et ipse dedit quosdam quidem Apostolos, quosdam autem Prophetas, alios verò Evangelistas, alios autem pastores et doctores: ad consummationem Sanctorum, in ópus ministerii, in ædificationem corporis Christi: donec occurramus omnes in unitatem fidei, et agnitionis filii Dei, in Virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi: ut jam non simus parvuli fluctuantes, etc.*, cap. iv, v. 11, 14.

res ha existido siempre, y siempre ha habido sobre la tierra una sociedad que enseñaba y proclamaba la ley, á la cual debian los hombres obedecer. « No creais, decia » uno de los antiguos PP., que el Esposo divino no haya » tenido Esposa; que Jesucristo no tuviese una Iglesia » sino hasta despues que tomó nuestra naturaleza; la » tuvo desde el principio del mundo. Así es que San Pa- » blo nos dice que la Iglesia tiene por fundamentos no » solo á los Apóstoles, sino tambien á los Profetas y Pa- » triarcas; y entre los Profetas cuenta al mismo Adán, » que profetizó el gran misterio de Jesucristo y de su » Iglesia<sup>1</sup>. »

¿Quién no se conmoverá á la vista de este maravilloso y magnífico concierto y armonía? ¿Quién no admirará esta Religión siempre inmutable, que ha visto pasar todas las generaciones humanas, y en la cual los pueblos, así civilizados como bárbaros, han bebido todas las verdades que poseen? ¿Quién no escuchará en un silencio mezclado de admiración y amor la voz de Adán, profetizando á las generaciones futuras á Jesucristo, el reparador de su crimen, y la voz de Jesucristo penetrando á un tiempo en lo pasado y en lo futuro para anunciar el perdón prometido, y de hoy mas irrevocablemente concedido? ¿Quién, bajo el peso de la culpa, que ha quebrantado y viciado nuestra naturaleza, osaría rehusar este gran perdón? ¿Quién se atrevería á decir: Yo no lo necesito; yo me salvaré á mi mismo<sup>2</sup>? ¿Quién querría separarse de una sociedad tan antigua como el tiempo, tan extensa como el universo, tan fuerte como la verdad, tan santa como el mismo Dios? ¿Quién rehusaría pertenecer á esta Iglesia, perpetua depositaria de las esperanzas del género humano, y que pasando al través de los siglos recoge á los escogidos, y los con-

<sup>1</sup> Origen. *Cant. Cant.* lib. 2. *Vide etiam* Clem. Alex. *Strom.* lib. 7.

<sup>2</sup> No hay ni ha habido jamás hombre que creyendo otra vida, y ocupándose de su salvación, no haya *pedido y rogado á Dios* que le salve, y por consiguiente que no haya reconocido la necesidad de un auxilio divino, y la impotencia en que está el hombre de salvarse á sí mismo.

duce á la eternidad, que es su herencia? Es necesario decidirse? el que se obstina en no reconocerla por madre, no tendra parte en la herencia de sus hijos. ¿Es posible aun vacilar? ¿El encanto de la independencia es tan poderoso, la embriaguez de los placeres tan suave, que se les sacrifique la felicidad, y una felicidad sin límites, sin término ni fin? ¿Qué ceguedad tan incomprensible! ¿O tú, á quien domina aun el orgullo, y las pasiones encorban hácia la tierra, haz un esfuerzo, levanta la cabeza, echa al cielo una última mirada, y despues pregunta á tu corazon, si consiente en renunciar á él para siempre jamás!

Antes de entrar en el pormenor de las pruebas que demuestran la verdad del Cristianismo, y que él tiene los caracteres esenciales de la verdadera Religion, y constantemente le han pertenecido, nos parece conveniente hacer ver que las demás Religiones, destituidas de estos caracteres, no han poseido jamás una autoridad real, y por tanto que siempre se ha podido reconocer fácilmente su falsedad..... Que todas las falsas Religiones no han sido ni son aun mas que unos cultos idolátricos.... Lo que mostraremos palpablemente despues de haber presentado algunas reflexiones relativas al pueblo judío, necesarias para prevenir varias objeciones, y que por otra parte nos parecen propias para ilustrar el importante asunto que debemos tratar.

## CAPÍTULO II.

De la Ley Mosáica y del pueblo Hebreo.

Cuando Dios, en el momento que la Idolatría penetraba por todas partes en el mundo, se escogió un pueblo para conservar el culto verdadero no fundó una Religion nueva, porque la Religion es una : ella se desarrolla, pero no se muda. Así que la Escritura jamás habla de la *Religion Judáica*<sup>1</sup>. Los PP., cuyo lenguaje es tan exac-

<sup>1</sup> La palabra Religion no se encuentra mas que seis veces en el

to, tampoco se sirven de esta palabra, ó se valen poco de ella<sup>2</sup>: dicen la *Ley antigua*, la *Ley de Moisés*, expresiones de una exactitud completa y á las que acaso nos hubiéramos debido limitar.

Los judíos en efecto no tenían otra Religion, otra creencia, otra ley moral, ni aun en lo que forma su esencia otro culto<sup>3</sup> que el de los hombres, que en mas ó menos número, dispersos entre las naciones, instruidos por la revelacion primitiva, cuya memoria no se extinguió jamás, obedecían fielmente á esta ley general y de todos conocida. No se ve que el pueblo santo tuviese jamás símbolo particular ó mas extenso; ni aun tenia símbolo ó profesion de fe determinada por una autoridad pública, y daremos luego la razon. Las verdades necesarias se conservaban en él, como entre las demás naciones, por la tradicion<sup>3</sup>. Lo que le distinguia de los otros pueblos era, primeramente, un conocimiento mas expreso del Mediador esperado; en segundo lugar, una ley ritual, á un mismo tiempo religiosa, política y civil, que le preservaba de la idolatría, y mantenia en su seno un culto agradable á Dios. Del mismo modo esta ley no era la Religion propiamente dicha, porque enteramente ignorada en la mayor parte de la tierra, no obligada sino á los

Pentatéuco, y tres en los demás libros del antiguo Testamento; y nunca en el sentido que hoy se le señala, es decir, el conjunto de los deberes del hombre, lo que debe creer, amar y practicar. No significa allí mas que los preceptos y ceremonias de la ley de Moisés, y en muchas partes este ó aquel otro rito particular.

<sup>1</sup> No podemos asegurar absolutamente que ningun Padre, especialmente de los menos antiguos, no haya empleado jamás esta palabra; pero no nos acordamos de ningun ejemplo, y siempre es una expresion muy rara en sus escritos, si es que se encuentra.

<sup>2</sup> El *sacrificio*, por ejemplo, hace parte del culto universal debido á Dios; pero los judíos en virtud de la ley, estaban además obligados, como lo observa Santo Tomás, á ofrecer ciertos sacrificios particulares. *Illi, qui sunt sub lege, tenentur ad determinata sacrificia offerenda, secundum legis precepta. Illi vero qui non erant sub lege, tenebantur ad aliqua exterius facienda in honorem divinum, secundum condecendum ad eos inter quos habitabant, non autem determinate ad hæc, vel ad illa*, II, 2, q. 85, art. 4.

<sup>3</sup> Maimonides, *More Nevachim*, part. 1, cap. 71.

duce á la eternidad, que es su herencia? Es necesario decidirse? el que se obstina en no reconocerla por madre, no tendra parte en la herencia de sus hijos. ¿Es posible aun vacilar? ¿El encanto de la independencia es tan poderoso, la embriaguez de los placeres tan suave, que se les sacrifique la felicidad, y una felicidad sin límites, sin término ni fin? ¿Qué ceguedad tan incomprensible! ¿O tú, á quien domina aun el orgullo, y las pasiones encorban hácia la tierra, haz un esfuerzo, levanta la cabeza, echa al cielo una última mirada, y despues pregunta á tu corazon, si consiente en renunciar á él para siempre jamás!

Antes de entrar en el pormenor de las pruebas que demuestran la verdad del Cristianismo, y que él tiene los caracteres esenciales de la verdadera Religion, y constantemente le han pertenecido, nos parece conveniente hacer ver que las demás Religiones, destituidas de estos caracteres, no han poseido jamás una autoridad real, y por tanto que siempre se ha podido reconocer fácilmente su falsedad.... Que todas las falsas Religiones no han sido ni son aun mas que unos cultos idolátricos.... Lo que mostraremos palpablemente despues de haber presentado algunas reflexiones relativas al pueblo judío, necesarias para prevenir varias objeciones, y que por otra parte nos parecen propias para ilustrar el importante asunto que debemos tratar.

## CAPÍTULO II.

De la Ley Mosáica y del pueblo Hebreo.

Cuando Dios, en el momento que la Idolatría penetraba por todas partes en el mundo, se escogió un pueblo para conservar el culto verdadero no fundó una Religion nueva, porque la Religion es una : ella se desarrolla, pero no se muda. Así que la Escritura jamás habla de la *Religion Judáica*<sup>1</sup>. Los PP., cuyo lenguaje es tan exac-

<sup>1</sup> La palabra Religion no se encuentra mas que seis veces en el

to, tampoco se sirven de esta palabra, ó se valen poco de ella<sup>2</sup>: dicen la *Ley antigua*, la *Ley de Moisés*, expresiones de una exactitud completa y á las que acaso nos hubiéramos debido limitar.

Los judíos en efecto no tenían otra Religion, otra creencia, otra ley moral, ni aun en lo que forma su esencia otro culto<sup>3</sup> que el de los hombres, que en mas ó menos número, dispersos entre las naciones, instruidos por la revelacion primitiva, cuya memoria no se extinguió jamás, obedecían fielmente á esta ley general y de todos conocida. No se ve que el pueblo santo tuviese jamás símbolo particular ó mas extenso; ni aun tenia símbolo ó profesion de fe determinada por una autoridad pública, y daremos luego la razon. Las verdades necesarias se conservaban en él, como entre las demás naciones, por la tradicion<sup>3</sup>. Lo que le distinguia de los otros pueblos era, primeramente, un conocimiento mas expreso del Mediador esperado; en segundo lugar, una ley ritual, á un mismo tiempo religiosa, política y civil, que le preservaba de la idolatría, y mantenia en su seno un culto agradable á Dios. Del mismo modo esta ley no era la Religion propiamente dicha, porque enteramente ignorada en la mayor parte de la tierra, no obligada sino á los

Pentatéuco, y tres en los demás libros del antiguo Testamento; y nunca en el sentido que hoy se le señala, es decir, el conjunto de los deberes del hombre, lo que debe creer, amar y practicar. No significa allí mas que los preceptos y ceremonias de la ley de Moisés, y en muchas partes este ó aquel otro rito particular.

<sup>1</sup> No podemos asegurar absolutamente que ningun Padre, especialmente de los menos antiguos, no haya empleado jamás esta palabra; pero no nos acordamos de ningun ejemplo, y siempre es una expresion muy rara en sus escritos, si es que se encuentra.

<sup>2</sup> El *sacrificio*, por ejemplo, hace parte del culto universal debido á Dios; pero los judíos en virtud de la ley, estaban además obligados, como lo observa Santo Tomás, á ofrecer ciertos sacrificios particulares. *Illi, qui sunt sub lege, tenentur ad determinata sacrificia offerenda, secundum legis precepta. Illi vero qui non erant sub lege, tenebantur ad aliqua exterius facienda in honorem divinum, secundum condecendum ad eos inter quos habitabant, non autem determinate ad hæc, vel ad illa*, II, 2, q. 85, art. 4.

<sup>3</sup> Maimonides, *More Nevachim*, part. 1, cap. 71.

judíos, cuando la Religión, que es una y universal, obliga sin contestación á todos los hombres.

Eusebio de Cesarea habia hecho ya esta observacion en el siglo iv de nuestra era. « La ley de Moisés, dice, » no se estableció sino para los judíos, y aun solamente » para los judíos que habitaban la Palestina. En efecto, » les obligaba á ir tres veces cada año á Jerusalem<sup>1</sup>. Era » preciso pues para ellos que residiesen en la Judéa. Los » que habitaban en las extremidades de la Palestina, ó » en otras regiones aun mas distantes, no podian cumplir el precepto de la ley : tan léjos estaba de que la ley dada á los judíos pudiese convenir á todas las naciones, y á los pueblos que habitan en los extremos del mundo<sup>2</sup>. »

Tampoco los judíos, ligados por su ley, pensaban que los demás hombres estuviesen obligados á abrazarla<sup>3</sup>. Les era tan propia y peculiar, que propagándose se hubiera destruido<sup>4</sup>. Los prosélitos, á menos que no fuesen antes dados á la idolatría, no eran personas convertidas en el sentido que nosotros damos á esta palabra, sino unos extranjeros á quienes se consentia incorporarse en la nación. Cualquiera que fuese la idea que tuviesen los judíos de su preeminencia sobre los otros pue-

<sup>1</sup> Exod. xxiii, 17. — <sup>2</sup> *Demonst. Evang.*

<sup>3</sup> El Talmud reconoce que hay en todas las naciones de la tierra hombres justos y piadosos, y que tendrán parte como los Israelitas en la vida futura. Maimonides enseña lo mismo (*De Ponit. cap. 3*). Según la Gemara de Babilonia (título *A boda Zara, cap. 1*), y según Manases Ben Israel (*De resurrect. mort. lib. 2, c. 8 y 9*), estos hombres piadosos observan los preceptos dados á los hijos de Noé, es decir, á todo el género humano. Las palabras de la Gemara son notables: *Los Gentiles mismos que observan cuidadosamente la ley, deben ser mirados como el Soberano Pontífice; es decir, que no recibirán menor recompensa que los primeros de los Hebreos.* Así lo explica el docto Seldeno, que ha reunido otros muchos pasajes semejantes. *Vid. de jure naturæ et gent. lib. 7, cap. 10, pág. 877, edit. Lips.*

<sup>4</sup> « Para decir una palabra de la diferencia de las dos leyes, no- » taremos que la ley mosaica, tomada literalmente, no hubiera » podido convenir á los Gentiles, llamados á la fe, y sometidos á los » Romanos, pues que los judíos no podian observarla bajo su imperio. » *Orig. contr. Celso, lib. 7, núm. 26.*

blos, reconocian que el verdadero Dios tenia en todas partes adoradores. Les estaba abierto el templo, y allí venian á ofrecer sus oraciones y sus sacrificios; y desde la montaña de Sion Jehovah bendecia á todos los que, en cualquiera parte del mundo que habitasen, creian en él, y le servian con un corazon recto<sup>1</sup>.

No solamente los judíos no tenian dogmas particulares, sino que muchos dogmas universales, claramente indicados en los libros de la Ley, no están en parte alguna enunciados de un modo expreso<sup>2</sup>. En todas partes esta supone la fe en las verdades necesarias primitivamente reveladas; y hé aquí porque no dice: *creerás en Dios*, no presume que se pudiese dudar de su existencia; pero prohíbe bajo las penas mas terribles prostituir á otros seres la adoracion que no es debida sino á él. Y Dios mismo proclamando sus derechos: « Yo soy, dice, » el Señor, tu Dios: no tendrás dioses extraños delante » de mí<sup>3</sup>. » No revela ningun dogma nuevo; manda volver al culto antiguo á los hijos de Abraham, y formando de ellos un pueblo separado, se declara su Legislador y su Rey.

No se debe juzgar de estos tiempos antiguos por los que inmediatamente precedieron á la venida de Jesucristo, y mucho menos por los siglos que despues han sucedido. En aquella remota antigüedad en que las tradiciones estaban, digámoslo así, tan vivas, é inspiraban tanto respeto; en que no se habia reducido aun á arte el sofisma, ó que la filosofia no era aun mas que la Religión, los pueblos tenian poco que temer los errores especulativos: el abuso de la razon no era entonces la gran enfermedad del género humano. No se negaba la verdad; la corrupcion del corazon rara vez pasaba al entendimiento; pero los hombres, esclavos de los senti-

<sup>1</sup> *Docuerunt etiam antiqui judæorum magistri quod, quicumque confitetur idololatriam, habetur pro eo ac si totam legem abnegasset; et quicumque abnegat idololatriam, pro eo ac si totam legem confessus esset. Seld. de jure nat. etc. pág. 136.*

<sup>2</sup> Un sabio apologista de la Religión se sirve de este hecho para explicar la tolerancia de que gozaban los Saduceos. Guenee, *Cartas de algunos Judios, etc.* t. II.

<sup>3</sup> *Exod. xx, 2 y 3.*

dos, se abandonaban con una especie de furor brutal á los desórdenes mas excesivos, y mostraban en la ceguedad de sus pasiones tanto atrevimiento en violar la ley moral, como inclinacion en abandonarse á los falsos cultos.

Proporcionando Dios el remedio al mal, promulgó de nuevo la ley que se desconocia : la unió íntimamente y con lazos indisolubles á las leyes políticas y civiles que impuso al pueblo, del cual se constituyó inmediato Jefe y único Soberano. Prescribióle un culto digno de su santidad : fulminó sus anatemas contra los adoradores de la criatura, y los amenazó con sus venganzas : los condenó aun al último suplicio : entregó al cuchillo naciones enteras para hacer sentir á aquellos hombres groseros la gravedad de los crímenes que habian merecido tan espantoso castigo. A fin de contenerlos en su deber se sirvió del terror del castigo y de la esperanza del galardón y recompensa ; y quiso que estas recompensas, tan durables como la fidelidad á que estaban prometidas ; estos castigos, tan pronto como la ofensa, fuesen como la sancion presente de sus mandatos, y viniesen á darle á conocer á lo léjos por el Dios del universo, el únicamente eterno, justo, poderoso, cuya existencia proclamaba la tradicion en todos los lugares, y á quien sin embargo, en casi todos los lugares, se olvidaban de honrar<sup>1</sup>.

1 *Nunc igitur, Dominus Deus noster, salvos nos fac de manu ejus, ut sciant omnia regna terre, quia tu es Dominus Deus solus (IV Reg. xix, 19).* — En efecto vemos á los pueblos con quienes los judíos estaban en relacion, reconocer á su Dios por el Soberano Señor de cielo y tierra, como lo observa el Ab. Batteux. « Cuando Salomon subió sobre el trono, el Rey de Tiro dió gracias al Señor Dios porque habia dado á David un sucesor digno de él » (III Reg. v, 7). « Ciro en sus edictos reconoce que sus victorias son un don del Dios del cielo (I Esdr. 1, 2). Dario quiere que los judíos hiciesen oraciones por él al Dios del cielo (Ib. vi, 10). Artajerjes se expresa casi en los mismos términos. Assuero reconoce al mismo Dios en el decreto que dirigió á las ciento veinte y siete provincias de su imperio, desde la India hasta la Etiopia (Esther, xvi, 16). ¿Cuál hubiera sido el sentido de estos decretos, si las naciones hubiesen ignorado que habia un Dios soberano y universal? » *Hist. des Causes premières*, p. 141, 142.

El objeto pues de la segunda revelacion<sup>2</sup>, ó de la ley de Moisés, no era fundar una nueva Religion, sino recordar y afirmar la que reposaba sobre la revelacion primera, constituyendo un pueblo encargado especialmente de conservar en toda su pureza las antiguas tradiciones ; un pueblo que fuese como un modelo, cuyas creencias, ley moral y culto fuesen una protesta continua contra la idolatría y contra los desórdenes donde quiera que la acompañaban<sup>3</sup>.

En los designios de Dios este pueblo tenia aun otro destino. Estábanle confiadas las promesas ; de él debia nacer el *Deseado de las naciones*<sup>4</sup>, anunciado siempre con mayor claridad, á proporcion que se aproximaba la época de su venida. La ley de Moisés, figura de una ley mas perfecta, estaba llena de este grande libertador, mostrado á los hombres en esperanza desde el principio de los siglos. Así es que el pueblo judío, por las profecías que se iban extendiendo poco á poco en las regiones mas lejanas ; por su historia, que toda ella era tambien profética<sup>5</sup> ; por las ceremonias figurativas de su culto llenaba la grande funcion de preparar el género humano á reconocer á su Salvador. Las pruebas de su misión, consignadas de edad en edad en documentos auténticos, esparcian un resplandor que nada podia oscurecer. Cuando pareció en medio del mundo, todo lo pasado le rendia homenaje : encerrado hasta entonces en el seno del tiempo, se sabia con certeza cuando debia salir de él, y el universo todo oyó sin sorpresa la voz que publicó su nacimiento milagroso<sup>6</sup>. Su doctrina misma tan sencilla á un mismo tiempo y tan su-

1 La primera es la hecha á Adán, nuestro primer padre, y que se comunicó por la tradicion.

2 S. Iren. *cont. Hæres.* l. 4, c. 15. Tertul. *De cib. Jud.* c. 2. Euseb. *Demonst. Ev.* l. 1, c. 4, 6. S. Jeron. *in Ezech.* c. 20. S. Crisost. *in Is.* c. 1. Maimon. *Mor. Nev.* p. 3, cap. 29.

3 *Et manebit omnes gentes, et veniet Desideratus cunctis gentibus.* Ageo, ii, 8. Esta palabra de Deseado de todas las naciones dicha en el libro de toda verdad, prueba que en todas las naciones se creia un libertador ó Redentor.

4 *Hæc autem omnia in figura contingebant illis.* *Ad Corinth.* 1, 10, 11.

5 Tacit. *hist.* lib. 5, n. 13. — Sueton. *in Vespas.*

blime, no chocó en un principio á los espíritus como si fuese una cosa nueva; no se veía en ella sino el desenvolvimiento de la Religión antigua, y pudo con una verdad rigurosa decir aquellas palabras que no era dado pronunciar sino á él: *Yo no he venido á destruir la ley, sino á cumplirla*<sup>1</sup>.

Hé aquí lo que eran los judíos antes de Jesucristo: un pueblo milagroso en el poder ó autoridad que le gobernaba, en los medios de que se valía para gobernarle, en los acontecimientos de su historia, en su grandeza y en sus humillaciones; en una palabra, en toda su existencia. Testigo, por sí mismo y por sus antepasados de tres revelaciones, desecha la última, como sus Profetas lo habian predicho<sup>2</sup>, no obstante eso, conserva los títulos que son el fundamento de ella con una fidelidad incorruptible. Su Religión sin duda era verdadera y visiblemente divina; pero en el fondo no era una Religión diferente de la que Dios habia primitivamente dado á todos los hombres. Bajo este respecto los judíos no tenían mas que simples ritos destinados á conservar la pureza del culto, y que solo á ellos obligaban.

Después de Jesucristo los judíos no forman ya cuerpo de nación, no tienen territorio, ni autoridad pública, ni leyes políticas y civiles en su vigor, ni tribunales. Por lo que hace á la Religión, su fe es la misma; creen aun lo que creían sus padres; pero su culto hace diez y ocho siglos que está abolido. Templo, altar, sacrificios, todo cesó, todo está destruido; y estas grandes ruinas no pueden jamás levantarse; la confusión de las tribus han puesto sobre ellas el sello de la eternidad. ¿En dónde están ahora los hijos de Leví, únicos legítimos Pontífices, únicos investidos del derecho de poner la mano al incensario, de cumplir en mil circunstancias las expiaciones legales, de ofrecer á Dios la sangre de las víctimas, y de entrar en el Santo de los Santos? Las manos que presentaban los dones sagrados no pueden distinguirse de

<sup>1</sup> *Matth.* v, 17.

<sup>2</sup> *Isai.* vi, 9 *y sig.* — Et post hebdomades sexaginta duas occidetur Christus: et non erit ejus populus, qui cum negaturus est. *Daniel* ix, 26.

las manos profanas: la voz que trasmitía á Jehovah las oraciones del pueblo ha enmudecido para siempre. Y Judá ¿qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¿Cómo el Mesías, cuya descendencia debe ser cierta, se haría reconocer por su hijo? Ciegos que le esperais: si viniese ahora, sería imposible aseguraros que es él.

Privados pues del culto prescrito por la ley de Moisés, los judíos están hoy, por lo que respeta á la Religión, en el estado en que se hallaba el género humano antes de Jesucristo. Su crimen es desecharle, negarse á creer su doctrina y obedecer sus leyes, persistir en su rebelion contra la autoridad suprema que las proclama. Bajo este respecto se asemejan singularmente á los Deístas, con quienes tienen aun otro rasgo de conformidad, á saber, la falta de sacrificio; y bajo el mismo respecto se separan ó diferencian de todos los antiguos pueblos.

Mientras que subsistieron en cuerpo de nación, su creencia, su fe, su culto, á excepcion de algunos ciertos ritos particulares, se apoyaban sobre las tradiciones universales, sobre la autoridad del género humano, atestiguando la revelacion primitiva confirmada por una segunda revelacion, que les impuso además una ley nacional; viniendo de este modo á ser para ellos una tradicion nacional, y perpetuamente promulgada por una autoridad.

Si se considera pues lo que el pueblo judío tenía de comun con todos los demás pueblos se reconoce fácilmente la antigua Religión del género humano, la verdadera Religión, brillando con los caracteres que exclusivamente la pertenecen; á saber, la unidad, universalidad, perpetuidad y santidad.

Si se considera lo que el mismo pueblo tenía de propio y distintivo, se encuentra una ley divina sin duda, y por consiguiente santa; especialmente si se atiende que era figurativa<sup>1</sup>; pero esta ley, diferente de la ley general dada al primer hombre y á sus descendientes, carecía desde luego del carácter de *unidad* esencial á la Religión: no era tampoco *universal*, pues que no obligaba sino á los

<sup>1</sup> *Hæc autem in figura facta sunt nostri. Epist. i ad Corinth.* x, 6.



judíos; ni *perpetua*, pues que no subía al origen de los tiempos, y debía ser un día abolida<sup>1</sup>.

Observad tambien que la ley de Moisés, por su institucion misma, era puramente local; que el legislador enviado de Dios no tenia ni reclamaba tampoco autoridad sino sobre los hijos de Israel; que lo mismo era de los jueces, pontífices, reyes y consejos que le sucedian; y en fin, que diez y ocho siglos ha que faltó el cetro de Judá, segun la prediccion de Jacob<sup>2</sup>; que ya no existe entre los judíos autoridad alguna pública; de modo que para la interpretacion de su ley y de las profecias que contiene; cada uno está abandonado á la debilidad de su juicio, y á la incertidumbre de sus conjeturas<sup>3</sup>. Las últimas palabras que pronunció al espirar la autoridad legítima de este pueblo son un homenaje dado al Mesias, hijo de Dios, hijo de David<sup>4</sup> que venia á cumplir no solo la ley particular de Moisés, sino tambien la ley universal del género humano, la cual debía tener en él su último y perfecto cumplimiento: y cuando él mismo espiró, no para siempre como la Sinagoga, sino para volver á vivir bien pronto despues, porque él era la *resurreccion* y la

1 Servitutis autem præcepta *separatim* per Moysen præcepit populo, apta illorum eruditioni.... Hæc ergo, quæ in servitutum, et in signum data sunt illis, circumseripsit novo libertatis testamento. Quæ autem naturalia, et liberalia, et communia *omnium*, auxit et dilatavit (Christus) S. Iren. contr. Hæres. lib. 4, c. 16, p. 247, edit. Benedict.

2 Non auferetur sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est; et ipse erit expectatio gentium. *Genes.* XLIX, 10.

3 Resulta de aqui que los judíos no pueden asegurarse ya del verdadero sentido de la Escritura. Están en esta parte en el mismo caso que los protestantes. Y en efecto, así como ellos, varian incessantemente en la interpretacion de las profecias que tocan al Mesias. Cada uno las entiende á su modo, y les es imposible concordarse entre sí.

4 Cum ergo natus esset Jesus, ecce Magi ab Oriente..... Audiens autem Herodes rex..... Congregans omnes principes Sacerdotum, et Scribas populi, sciscitabatur ab eis ubi Christus nasceretur. At illi dixerunt ei: in Bethlehem Judæ, sic enim scriptum est, etc. *Matth.* XI, 1, 6. Erat autem Caiphas, qui consilium dederat Judæis. Quia expedit unum hominem mori pro populo. *Joan.* XVIII, 14.

*vida*<sup>4</sup>, anunció desde lo alto de la Cruz al universo ya salvado este grande y eterno cumplimiento de la ley eterna: *Consummatum est*<sup>2</sup>!

Entonces tambien todo fué *consumado* para el judío. Un sello fué puesto sobre su corazon, sello que no se romperá sino en el fin de los siglos. Su existencia entera no habia sido mas que un prodigio largo y continuado: un nuevo milagro comienza, milagro siempre el mismo, milagro universal, perpetuo, y que manifestará hasta los últimos dias la inexorable justicia y santidad del Dios de quien este pueblo se atrevió á renegar. Sin principio visible de vida, vivirá; nada le podrá destruir; ni la cautividad, ni la guerra, ni el tiempo mismo. Separado en medio de las naciones que le repelen de sí, en parte alguna encuentra lugar de reposo. Una fuerza invencible le impele, le agita y no le permite fijarse. Lleva en las manos una antorcha que alumbra al mundo entero, y él mismo está en finieblas. Espera como si hubiera de venir al que ya ha venido: lee sus Profetas y no los comprende; su sentencia, escrita en cada página de los libros que tiene orden de guardar, hace su alegría. Semejante á aquellos grandes delincuentes de que nos habla la antigüedad, ha perdido la inteligencia; el crimen ha turbado su razon. En todas partes oprimido, en todas se halla. Al desprecio y al ultraje opone una estúpida insensibilidad: nada le hiera, nada le asombra: se siente hecho para el castigo: el sufrimiento y la ignominia han venido á serle naturales. Bajo el oprobio que le abrumba, de tiempo en tiempo levanta la cabeza, se vuelve hácia el Oriente, derrama algunas lágrimas, no de arrepentimiento, sino de obstinacion; y despues cae de nuevo, y encorbado, á lo que parece, por el peso de su alma, sigue en silencio sobre una tierra donde será siempre extranjero, su carrera penosa y vagabunda. Todos los pueblos le han visto pasar, todos se han penetrado de horror á su aspecto; está marcado con una señal mas terrible que la de Cain: una mano de hierro ha escrito sobre su frente: DEICIDA!

1 Ego sum resurrectio et vita. *Joan.* XI, 25. — 2 *Joan.* XIX, 30.

CAPÍTULO III<sup>1</sup>.De los cultos idolátricos<sup>2</sup>.

Consideremos desde luego la idolatría en sí misma; en lo que la constituye esencialmente. La menor atención basta para hacernos reconocer desde luego, que no era propiamente hablando una Religión, sino un culto supersticioso; porque en efecto, ¿de qué se compone necesariamente toda Religión?— De dogmas, moral y culto. Cada una de estas cosas, por sí sola, no es una Religión, así como el entendimiento, el corazón y el cuerpo, tomados separadamente, no son el hombre. Dogmas sin culto y sin moral no son más que opiniones filosóficas: Moral sin dogmas y sin culto no es más que una ley arbitraria, ó consejos destituidos de sanción: un culto sin moral y sin dogmas, un espectáculo, farsas, ceremonias vanas. Figurarse una Religión sin dogmas, ó sin moral, ó sin culto, sería concebir una contradicción manifiesta. Para formar una Religión es necesario que los dogmas, la moral y el culto unidos entre sí, y dependientes uno del otro, hagan un todo indisoluble.

Pues ahora bien, el paganismo no tenía símbolo, ni dogmas, ni enseñanza. No hablaba á la razón, y así nada le exigía; no reclamaba sobre ella autoridad alguna, no le prescribía deberes, ni aun emprendía guiarla con sus consejos; la abandonaba á sí misma, y la dejaba sin ley y sin regla en una completa independencia.

<sup>1</sup> Corresponde al 33 en el original, desde la pág. 147.

<sup>2</sup> El autor, desarrollando en este capítulo una pasmosa erudición, explica el origen de la idolatría, y con ejemplos y testimonios tomados de todas las naciones trata de hacer ver en todas partes los restos de las primitivas tradiciones de un Dios, la veneración de los Ángeles, otra vida, premios y penas, etc. Siguiendo el plan que nos hemos propuesto de no amontonar tomos, dejando esta erudición para los sabios, vamos derechos al resultado, que es lo bastante para los lectores sencillos.

Leibnitz había hecho ya la observación de ello, porque pocas cosas se ocultaron á este espíritu penetrante. « Los » paganos, dice<sup>1</sup>, tenían ceremonias en su culto; pero » no conocían artículos de fe, y ni habían pensado jamás » en formar formularios de su teología dogmática.... los » misterios no consistían en dogmas difíciles, sino en » ciertas prácticas secretas, á que los profanos<sup>2</sup>; es » decir, los que no estaban iniciados, no debían asistir. » Por lo común ellas eran ridículas y absurdas, y les » convenía ocultarlas para preservarlas del desprecio. »

El paganismo no solo no mandaba creer algún dogma, ni enseñaba doctrina alguna, mas tampoco imponía á los hombres ley alguna moral, como lo observan Bayle<sup>3</sup>, Locke<sup>4</sup>, Barbeirach<sup>5</sup>, Celand<sup>6</sup>, con los Padres de la Iglesia. Oigamos á Lactancio<sup>7</sup>: « Allí no se habla de » cosa alguna que sirva para formar las costumbres, y » arreglar la vida; no se busca tampoco la verdad; solo » se ocupan de ceremonias del culto, en que el alma no » tiene parte, y que solo miran al cuerpo.... La filosofía » y la Religión de los dioses enteramente separadas, no » tienen entre sí relación alguna: unos son los profesores » de la sabiduría, otros los pontífices de la Religión: » aquellos no enseñan á acercarse á los dioses; estos no » enseñan á arreglar los juicios y conducta; lo que manifiesta que esta sabiduría no es la verdadera sabiduría, » ni esta Religión la verdadera Religión. »

Y San Agustín: « ¿Porqué, pregunta, los dioses de los » gentiles no han querido tomar el cuidado de corregir » las costumbres detestables de sus adoradores? ¿Por-

<sup>1</sup> *Notas críticas*, sobre el sistema de Bayle, tocante á la concordia de la sabiduría y bondad de Dios con la libertad del hombre, y el origen del mal. *Tom. I, pref. Londres*, 1720.

<sup>2</sup> El mismo dictado dan los Masones á los que no pertenecen á sus sociedades secretas; y el mismo también los antiguos Gnósticos y Maniqueos, con quienes tienen tanta semejanza.

<sup>3</sup> *Continuacion de los Pensamientos, etc.*, art. 49.

<sup>4</sup> *Christianisme raisonnable, etc.*, c. 14, § 2.

<sup>5</sup> Préface de sa traduct. du *Droit de la nature et des gens*, de Puffendorf.

<sup>6</sup> *Nouvelle démonstrat. évangél.*, t. I, part. 1, c. 7.

<sup>7</sup> *Inst. Divin.* lib. 4 cap. 3, n. 1 y 2. *Edit. Cellar.* — *Id.* n. 4.

» qué no les han prescripto algunas leyes para ayudarlos  
 » á vivir bien? En vez de ocultar á los pueblos que los  
 » servian los preceptos de la moral, ¿no era convenien-  
 » tísimo que los instruyesen de ella por una enseñanza  
 » pública? ¿No debian corregir, por la voz de sus sa-  
 » cerdotes, el vicio, amenazar con el castigo, y prometer  
 » premios y recompensas á la virtud? ¿Mas quién oyó  
 » cosa alguna semejante en los templos de los dioses<sup>1</sup>? »

Sin moral, sin dogmas, el paganismo no imponiendo deberes algunos ni al entendimiento, ni al corazon, no era, lo repetimos, mas que un culto supersticioso. « Yo no veo en él, dice Lactancio, sino simples ritos<sup>2</sup>. » Se podía ser idólatra sin negar verdad alguna, ni la existencia del Dios supremo, como lo prueba el ejemplo de los judíos: ni su Providencia, pues que esta se ejerce por el ministerio de los Angeles<sup>3</sup>; y todos los cultos idolátricos estaban fundados principalmente sobre esta creencia verdadera de que se abusaba; ni en fin, los preceptos de justicia, que jamás se perdieron en ninguna nacion. Sirviendo á dioses extranjeros se ultrajaba al verdadero Dios, se quebrantaba el mas santo y el primero de sus mandamientos: se olvidaba al Criador para tributar á la criatura la adoracion que se debia solo á él; se violaba la alianza que se habia dignado hacer con los hombres: y la idolatría<sup>4</sup>, fruto de las pasiones, era

1 Primò ipsos mores, ne pessimos haberent, quare dñi eorum curare noluerunt?... Cultores suos ad benè vivendum quare nullis legibus adjuverunt?... Pertinebat ad consultores deos vitæ bonæ præcepta non occultare populis... per vates etiam convenire et arguere peccantes; palam rimari malè agentibus, præmia rectè viventibus polliceri?... Quid unquam tale in deorum illorum templis... concepuit? *De Civ. Dei*, l. 2, c. 4, c. 6. Vid. *Greg. Naz. Orat. 3 ad. Julian.* t. 1, p. 107. *Edit. Bil.* — Lo mismo era en todos los pueblos: y sobre este punto la historia habla de los Tártaros, como San Agustín de los Romanos, « Su culto religioso, que *no les enseñaba la moral*, no habia suavizado sus groseras costumbres, ni su carácter áspero y salvaje como su clima. » *Michaud, Hist. des Croisades*, part. 4, lib. 13, t. 4, p. 4.

2 *Divin. Inst.* l. 5, c. 20.

3 Esta doctrina está claramente enseñada por Platon. *De legib.* l. 1, t. 7. *Oper.* p. 319 y 20.

4 Qui... coluerunt et servierunt creaturæ potius quam Creatori....

un crimen como el *adulterio*, al que la Escritura le compara frecuentemente<sup>1</sup>, y segun la expresion del Apóstol San Pablo, *una de las obras de la carne*, que excluyen del reino de Dios<sup>2</sup>.

De estas consideraciones y de los hechos (en que ellas se fundan), y sobre los que se apoyan, podríamos concluir ya que la idolatría no tenia ninguna autoridad real. Sin embargo, para prevenir hasta la mas leve duda en este punto, vamos á mostrar que estaba visiblemente destituida de unidad, de universalidad, de perpetuidad, de santidad; es decir, de todos los caracteres esenciales de la Religion verdadera, y cuya reunion forma el mas alto grado de autoridad que es posible concebir.

Y desde luego, para comprender bien hasta qué punto la idolatría estaba destituida de *unidad*, es necesario traer á la memoria que cada pueblo, cada país<sup>3</sup>, cada ciudad<sup>4</sup>, cada familia y frecuentemente cada hombre tenia sus dioses particulares<sup>5</sup>, como el dia de hoy cada negro tiene su *fetiché*, que escoge y honra segun el capricho de su imaginacion. En Egipto se mataba sin escrúpulo en una ciudad el animal que se adoraba en otra. Varron contaba trescientos Jupiter<sup>6</sup>; y probablemente eran aun en mucho mayor número, porque se daba este nombre á todos los hombres que se elevaban á la clase de dioses, por haber fundado Estados, ó contribuido de un modo brillante á su prosperidad. Solo la edad de oro, segun Hesiodo<sup>7</sup>, suministró al cielo treinta mil dioses. Y estos

propterea tradidit illos Deus in passiones ignominie. *Ad Rom.* 1, 25 el 26.

1 *Jerem.* xiii, 27. — *Ezech.* xxiii, 43. — *Osea* ii, 2 et alibi.

2 Manifiesta sunt opera carnis, quæ sunt fornicatio, immunditia, luxuria, idolorum servitus... *Ad Galat.* xix, 21.

3 Los dioses protectores de cada país eran *los dioses indigetes*, de que tantas veces hablan los antiguos.

4 Constat omnes urbes in alicujus Dei esse tutelam. *Macrob. Saturn.* l. 3, c. 9, p. 323. *S. Athanas.* t. 1, p. 22.

5 Vid. Varro apud S. August. *De Civit. Dei*, l. 8, c. 26. — *Tert. Apol.* c. 24.

6 *Apud Tert. Apolog.* c. 14. — Segun Pausanias, Cecrops fué el primero que llamó *Jupiter* al Dios supremo. *Paus.* lib. 8, p. 456. edit. Hanov. xvi, 13.

7 *Oper. et Dier.* lib. 1.

dioses, desconocidos en todo el resto del mundo, y olvidados aun en la Grecia misma, donde no se ve que se les diese culto, no existian sino en los cantos de uno de sus poetas.

El pueblo de los dioses, para valernos de la expresion de Plinio <sup>1</sup>, no era menos numeroso. « Nuestro país, » dice otro autor <sup>2</sup>, está tan lleno de divinidades, que » en él se encuentra mas fácilmente un dios que un hombre. » ¿Qué seria pues si recorriendo el mundo entero trajésemos á la memoria, aunque fuese sumariamente, las divinidades de tantas naciones diferentes? El Americano salvaje tiene sus dioses propios, como el culto Indiano y el habitante de la China. Y ninguna semejanza ni relacion se halla entre estos diversos dioses. La alegoría misma que lo explica todo desnaturalizándolo todo, no mostrará jamás la menor conformidad real entre el Osiris de los Egipcios, el Andrammelech de los Asirios, el Dionisio de los Griegos, el Irminsul de los Sajones y el Jaca de los Tibetanos.

Ni es esto todo: no solamente los dioses de un pueblo no eran los de otro pueblo, sino que un mismo pueblo mudaba de dioses con el tiempo; como sucedió á los Romanos, los cuales á la teogonia de los Etruscos substituyeron poco á poco la de los Griegos. La historia de cada dios y la idea que se formaban de él, variaba igualmente. Aquella (historia), fundada sobre una tradicion local que atestiguando el origen humano del dios, ó representándole como un espíritu celeste pero subordinado, no permitia confundirlo con la divinidad suprema era sucesivamente modificada por los poetas, y se daba tan poco crédito á todas estas relaciones, que se les aplicó el nombre de fábulas, ó de *mitología* (que es lo mismo) <sup>3</sup>, y Ciceron no teme mofarse de ellas abiertamente, y llamarlas supersticiones ó cuentos de viejas <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Major caelium *populus* etiam quam hominum intelligi potest. *Lib. 2, c. 7.*

<sup>2</sup> Utique nostra regio tam praesentibus plena est Numinibus, ut facilius possis Deum quam hominem invenire. *Petron. Satyr.*

<sup>3</sup> *Μυθολογία*, historia fabulosa.

<sup>4</sup> *De nat. Deor.* lib. 2, c. 27. Ciceron parece haber tomado esta

Platon <sup>1</sup>, Plutarco <sup>2</sup>, Dionisio Halicarnasio <sup>3</sup>, Plinio <sup>4</sup> y Séneca <sup>5</sup>, confiesan que no solamente absurdas, sino peligrosas.

Así como cada nacion tenia sus divinidades propias y peculiares, tenia su culto particular que tambien variaba incesantemente. Se abandonaban los antiguos ritos, y se creaban otros nuevos, que se abandonaban en seguida con la misma facilidad que los primeros. Las tradiciones, las creencias, los dioses, las ceremonias, todo variaba incesante y continuamente <sup>6</sup>. ¡Cuánto no se diferencia el culto de los Romanos del tiempo de Numa al de los mismos bajo de Augusto <sup>7</sup>! La política sola habia conservado algunos antiguos usos, ciertas supersticiones de auspicios y augurios ó agüeros, de que el senado se servia para contener al pueblo, y suspender ó disolver sus asambleas tumultuosas.

En todas partes reinaba la misma inconstancia; y es de observar que además del culto que se puede llamar nacional, habia una multitud infinita de otros cultos, que no se extendian fuera de una provincia ó ciudad, ó de una familia, los cuales no variaban menos que el culto comun. Soñaba un hombre un dios; le erigia un altar, ponía sobre él ofrendas, y hé ahí un culto nuevo, que un capricho habia creado, y otro capricho destruía.

Algunas veces un pueblo tomaba tambien el de otro pueblo inmediato ó conquistado; á veces le daba el suyo <sup>8</sup>, pero lo mas comun era mezclarlos; y entonces

última expresion de Eratosthenes Cirenaico, que vivía dos siglos antes de Jesucristo; y gozaba de tan grande reputacion entre los antiguos, que le llamaban *el segundo Platon*. Eratosthenes acusaba á Homero, Hesiodo, y á los otros poetas de que corrompian la creencia religiosa del pueblo con sus *cuentos de viejas*. Pueden verse los fragmentos que quedan de este autor en la *Uranología* del P. Petavio, que han sido reimpresos en Oxford el 1672; y en Amsterdam el 1703.

<sup>1</sup> *De republ.* l. 2. *Oper.* t. VI, p. 246, 250. — *2 De Superst.*

<sup>3</sup> *Lib. 2, p. 90 y sig.* — *4 Hist. nat.* l. 2, c. 7.

<sup>5</sup> *Ap. August. De civit. Dei*, l. 6, c. 10.

<sup>6</sup> *Platon. Minos. Oper.* t. VI, p. 128 y 129.

<sup>7</sup> *Tertul. Apolog. adv. gent.* cap. 6. — *Tit. Liv.* lib. 4, c. 30.

<sup>8</sup> Los Galos despues de la conquista adoptaron los dioses y culto de los Romanos.

los dos pueblos habian mudado igualmente de culto. Sucedia tambien que los dioses y el culto de una nacion eran abominables á los ojos de otra nacion; y que la misma accion que se miraba como agradable á la divinidad en un país, en otra parte pasaba por un sacrilegio <sup>1</sup>. Así en efecto se sacrificaba en Roma el buey que se adoraba en Memphis: la supersticion, siguiendo sus ideas inconstantes, tan pronto hacia de ellos una víctima, como un dios <sup>2</sup>.

En Persia, en tiempo de los Arsacidas, solo entre los discípulos de Zoroastro se contaban setenta sectas <sup>3</sup>. No estaban menos divididos entre sí los secuaces ó sectarios de la antigua Religión que él reformó <sup>4</sup>. La misma anarquía reinaba en Egipto <sup>5</sup>. La Tartaria, la India <sup>6</sup>, el Tibet, Tunquin, la China, la Corea, el Japon <sup>7</sup>, la Africa meridional, y la América toda ofrecian y ofrecen aun por todas las partes donde no está establecido el Cristianismo, igual diversidad de creencias y de supersticiones.

Qué confusion tan vasta! ; Qué espantoso caos de fábulas incoherentes, de dioses adorados de unos, aborrecidos de otros; de cultos opuestos, de ritos que segun los

1 Neque enim leges nostræ hostia humana sacrificare permittunt; sed nefarium est. Apud Carthaginienses autem justum sanctumque habetur: adeo ut eorum nonnulli Saturno filios litent. Platon. *Minos. Oper. t. VI*, p. 128. Edit. Bipont.

2 *S. Just. Apol. II*, p. 69.

3 Gibbon, *History of the decline and fall of the Roman Empire*, vol. I, c. 3, p. 263. Basil. 1787.

4 Elmacin. *Hist. arab. — Agathias*, lib. 2, init.

5 « Nadie ignora que los Egipcios estaban divididos en un gran número de sectas. » Mosheim, *Hist. eccl. anc. et modern. t. I*, p. 90. Véanse las *Notas* del mismo sobre el *Système intellectuel* de Cudworth en la traduccion latina de esta obra, t. I, p. 415.

6 En la India hay un sinnúmero de sectas; por ejemplo, las de los *Vishnovitas*, y de los *Isurenitas*. *Wishnou* es el dios de aquellos: *Isuren* el de estos. *Alphab. Tibetan. t. I*, p. 118. — La vasta peninsula de la India, que se avanza desde las embocaduras del Nilo y del Ganges hasta el medio de las islas Maldivias, está poblada de veinte pueblos diferentes, cuyas costumbres y religiones en nada se parecen. *Voltaire, Essai sur l'hist. génér. cap. 120*, tom. III.

7 *Ib.* cap. 120, t. III, p. 196.

lugares y épocas, inspiraban respeto ú horror! No, el cielo no está mas distante de la tierra, que este cúmulo de extravagancias y de crímenes lo está de ofrecer siquiera la apariencia de la unidad esencial á la verdadera Religión.

La falta de una autoridad general reconocida á lo menos en la práctica, produjo poco á poco este espantoso desorden <sup>1</sup>. El género humano no olvidó jamás del todo la regla antigua, pero las pasiones le llevaron frecuentemente á violarla. Desde el punto en que se dejó de obedecer á la ley que proclamaba la tradicion universal (*la primitiva tradicion*), ya no existió ley alguna. Cada uno se formó, se creó la suya á su gusto, y la idolatria no era mas que un culto individual; así como el protestantismo no es mas que una doctrina individual, una opinion incierta y variable; y á la manera que entre los paganos cada hombre tenia ó podia tener sus dioses y su culto particular, cada uno tiene ó puede tener sus opiniones y su doctrina particular entre los protestantes. No hay menos conformidad entre estos que entre aquellos; y así como la debilidad del corazon humano, abandonado sin regla á sí mismo, solo produce cultos, y cultos los mas monstruosos entre los idólatras, así la debilidad del espíritu, entregado tambien sin regla á sí mismo, produce diariamente opiniones monstruosas en el protestantismo, que en sustancia no es mas que una especie de idolatria espiritual, en la cual el hombre despues de haber hecho un dios de su razon, consagra y adora todos sus pensamientos, del mismo modo que el gentil consagraba y adoraba todas sus pasiones <sup>2</sup>.

1 Gibbon, *The history, etc.*, t. II, cap. 15, p. 292.

2 Los idólatras mismos reconocian que muchos de sus dioses no eran mas que las pasiones humanas divinizadas.

Deum esse amorem, turpiter vitio favens

Finxit libido: quoque liberior foret,

Titulum furori numinis falsi addidit.

Natum per omnes scilicet terras vagamur

Erycina mittit. Ille per cælum volans.

Proterva tenera tela molitur manu;

Regnumque tantum minimus in superis habet.

Vana ista demens animas ascivit sibi,

Venerisque nomen finxit atque arens dei.

*Senec. tragic. Hippolit. v. 194, 200*, p. 57. edit. Elzevir.

La idolatría estaba igualmente destituida del segundo carácter esencial á la verdadera Religion, á saber: la *universalidad*, y es una consecuencia de lo que acabámos de probar; porque en una multitud casi infinita de creencias y de cultos opuestos, ¿cómo cada una de estas creencias y de estos cultos pudiera decirse ni ser universal? Yo nada veo de universal sino un crimen, á saber, el olvido, no de un verdadero Dios, sino de su culto; y aun este Dios, cuando la idolatría se extendió en el mundo, además de los adoradores que tuvo siempre entre las naciones <sup>1</sup>, se reservó un pueblo entero, al que preservó milagrosamente de la corrupcion. Por otro lado, todos los pueblos no se pervirtieron de una vez: la idolatría seguía en todas partes los progresos de la depravacion de las costumbres; y la universalidad que puede reclamar justamente, es de la misma naturaleza y bajo todos respectos semejante á la universalidad de los vicios, que no siendo jamás leyes, sino violacion de una ley, no adquieren autoridad multiplicándose. Millones de asesinatos son millones de crímenes, cada uno de estos es individual; no crean una autoridad, una ley opuesta á la que dice: *No matarás*, la cual queda constantemente única ley al juicio de todos, y aun del asesino mismo á quien ella condena.

Obsérvese por otra parte que hay un número prodigioso de vicios ó de delitos contra la ley moral, que ningun hombre podría ser culpable de todos los vicios al mismo tiempo, ó estar dominado de todas las pasiones, pues las hay que mutuamente se excluyen; por consiguiente que ningun vicio puede ser universal de hecho; y así aun en el pueblo más corrompido, ha sido siempre condenado no solo por la ley eterna de justicia reconocida de todos los pueblos, sino tambien por la autoridad del ejemplo general.

Lo que decimos de los vicios se aplica igualmente á la idolatría, que no es mas que un extravío culpable del corazón, la violacion de los deberes inmediatos para con Dios, un inmenso cúmulo ó hacinamiento de supersticiones y de falsos cultos; es decir, de *actos* criminales,

<sup>1</sup> Véase el *Feller*, t. V, n. 404 y sig.

aunque diferentes entre sí, segun las pasiones que los inspiraban. Un idólatra adoraba un espíritu celestial, otro un demonio maléfico, un tercero un sér humano, segun el deseo, esperanza ó temor que le dominaba. No se ve ningun Dios ni culto universal <sup>1</sup>; al contrario, como ya lo hemos observado muchas veces, el culto y los dioses de un pueblo eran abominados de otro pueblo. La diversidad de las supersticiones engendraba además *odios inmortales* y guerras atroces entre las ciudades comarcanas, como lo nota Juvenal hablando de Coptos y de Tentyra <sup>2</sup>. Dion nos dice que semejantes guerras eran frecuentes en Egipto á causa de la multitud increíble de cultos opuestos <sup>3</sup>. Los Griegos despreciaban profundamente la religion de los Egipcios; y los Persas habian concebido tanto horror á la de los Griegos, que entregaron á las llamas todos sus templos en la expedicion de Jerjes á Grecia <sup>4</sup>.

La Religion de los mismos Persas varió muchas veces. Zoroastro ó Zerdhust trastornó, aunque con dificultad <sup>5</sup>, la antigua idolatría, y sustituyó á ella el culto de un solo Dios, que se adoraba bajo el emblema de la luz ó del fuego. Este culto fué despues abolido, y bajo los Reyes Partos apenas quedaban algunos vestigios de él. Artajerjes <sup>6</sup> le restableció por medio de una violenta persecucion <sup>7</sup>. Pocos siglos despues los musulmanes lo destruyeron de nuevo. Sin embargo subsisten algunos restos

<sup>1</sup> En las suplicantes de Eschylo, anunciando el heraldo que venia en nombre de Mercurio, el Rey de los Argivos, le dice: *Hablas de los dioses, y no los honras.* — *Honro*, responde el heraldo, *á los dioses de las riberas del Nilo.* Scen. 8, v. 901 y 902.

<sup>2</sup> Juvenal, *satir.* 15, v. 32, 38.

<sup>3</sup> *Dis.* lib. 42. — Plutarch. *De Isid. et Ositid.* sub fin. — *Arnob.* *Advers. gentes.*

<sup>4</sup> Cicer. *de legib.* lib. 2, c. 10.

<sup>5</sup> Hyde, *de relig. veter. Persar.* c. 23 y 24. D'Herbelot, *Bibliot. orient.* voce Zerdhust. — *Vida de Zoroastro* en el *Zend-á-Vesta*, tom. II.

<sup>6</sup> Los escritores orientales le llaman *Ardisheer Babigan.*

<sup>7</sup> *Moyss. Choren.* lib. 2, c. 74. — *Sozom.* l. 2, c. 1. — Hyde, *de relig. veter. Persar.* c. 21. — Basnage, *Hist. des Juifs*, J. 8, c. 3. — *Hist. de Perse*, par sir John Malcolm, t. 1, c. 6.

del Magismo ó culto de los Magos entre los Guebros ó Parsos.

En las diferentes regiones de la India reinan á la par muchas religiones opuestas. Los Bramas están divididos, como antiguamente lo estaban los Caldeos<sup>1</sup>, en muchas sectas, de las cuales unas desechan la autenticidad y la autoridad de los libros reconocidos por las otras<sup>2</sup>. En el Japon se cuentan cuando menos doce sectas.

En Roma la ley de las doce tablas proscribía el culto de los dioses extranjeros<sup>3</sup>; y Tito Livio hace hablar así al Consul Posthumio: «¿Cuántas veces en el tiempo de nuestros padres no se mandó á los Magistrados im-» pedir el ejercicio de los cultos extranjeros, arrojar del » *Foro*, del circo y de la ciudad á los sacrificadores y los » sacerdotes, buscar y quemar los libros de la divinacion, » y abolir los ritos y sacrificios que no fuesen conformes » al uso y prácticas romanas? Aquellos hombres suma- » mente versados en toda especie de derecho divino y » humano, juzgaban que nada contribuía tanto para » destruir la religion como el sacrificar, siguiendo, no la » costumbre del país, sino los ritos extranjeros<sup>4</sup>. »

El año de Roma 201 el Senado hizo demoler el templo de Isis y de Serapis, y desterró de la Italia á los adoradores de estas dos divinidades<sup>5</sup>, cuyos altares no tardaron en levantarse de nuevo en la capital del Imperio<sup>6</sup>. Augusto desterró todos los dioses de Egipto á cierta distancia de la ciudad<sup>7</sup>, y parece que Tiberio fué aun mas severo<sup>8</sup>.

Así los cultos idolátricos se excluyen mutuamente. La misma tolerancia civil tenia límites muy estrechos, como lo prueba el ejemplo de los Persas, de los Egipcios y de los Romanos<sup>9</sup>. Los paganos se trataban unos á otros

1 *Arab.* l. 5. — Clerici, *Philosoph. oriental*, lib. 4, sect. 1, c. 9, 10.

2 *L'Ezour-Vedan. Addit. aux observ. prélimin.* t. II, p. 249.

3 Deos peregrinos ne colunto. Cicer. *de legib.* lib. 2.

4 *Tit. Liv.* lib. 39, c. 16.

5 *Dion. Cass.* l. 40, p. 252. *Valer. Maxim.* l. 1, c. 3.

6 *Dion. Cass.* l. 48, p. 501. — 7 *Ibid.* l. 53, p. 639.

8 Tacit. *Annal.* l. 1, c. 85.

9 *Tit. Liv.* lib. 4, c. 30. — Mecenas aconsejó á Augusto áborre-

de impíos ó supersticiosos<sup>1</sup>. Cada culto particular era mirado como absurdo, ó como sacrilego por los secuaces de los otros cultos; es decir, por casi todo el género humano. En esto la idolatría se asemejaba tambien al Protestantismo. Así como los Protestantes se apartan todos de la verdad, pero por diferentes caminos, afirmando uno lo que el otro niega y negando lo que afirma, así los Idólatras se alejan todos del verdadero culto, pero no de la misma manera; adorando uno lo que el otro detesta, y detestando lo que el otro adora; de suerte que si se consulta á todos los pueblos y á todas las sectas, cada falso culto es condenado por el testimonio general de los idólatras; y cada herejía por el testimonio general de los Protestantes.

Por lo demás, para mostrar que el carácter de universalidad no pertenece al Paganismo, no habia necesidad de tantas pruebas. Bastaba hacer observar que una coleccion de cultos enteramente diferentes, así como un conjunto de opiniones contrarias, excluyen esencialmente la idea de universalidad. Creencias, dogmas y cultos opuestos no pueden ser universales: de otra suerte sería necesario sostener que cultos incompatibles son un mismo culto; creencias contradictorias una misma creencia; en una palabra, sería necesario caer en un exceso de locura, que ni aun se puede suponer posible.

Los cultos idolátricos destituidos de universalidad respecto á los lugares, carecen aun mas visiblemente de la universalidad respecto á los tiempos ó del carácter de *perpetuidad* que debe presentar la verdadera Religion. *No eran al principio*, dice la Escritura, *y no serán perpetuamente; su fin es breve*<sup>2</sup>; y en otra parte: *sacrificaron á los demonios y no á Dios: ofrecieran sacrificios á dioses que no conocian; dioses nuevos y recientes que sus padres no adoraron*<sup>3</sup>.

*cer y castigar á los secuaces de los cultos extranjeros.* *Dion. Cass.* l. 52. *Dion. Halicarnass.* l. 2, c. 19. Mosheim, *Hist. eccl. Siecle 1*, c. 1.

1 Ita ut in universum impii alii aliis sint, qui non eadem colunt sacra. *S. Justin. Apol.* 2, p. 68, edit. Paris 1615.

2 *Sapient.* xiv, 13 y 14. — 3 *Deuteron.* xxxii, 17.

Todos los monumentos históricos confirman esta verdad<sup>1</sup>, que el escéptico hume<sup>2</sup>, Bolingbroke<sup>3</sup>, y otro corto número de escritores enemigos del Cristianismo, han sido los únicos que han tratado de oscurecer, oponiendo á hechos probados conjeturas vagas y vanos razonamientos. La tradición del mundo entero nos habla de una primera edad en que reinaban la piedad y la justicia, con un culto puro como las costumbres<sup>4</sup>, y sencillo como las virtudes de aquellos tiempos felices. Los hombres decayeron poco á poco de este estado de inocencia. Abandonados á sus pasiones trataron, como Adán despues de su pecado, de ocultarse de su Criador y olvidarle, y nació la idolatría.

Cuanto mas se aleja de su origen, tanto mas se altera la Religion primitiva. Se ve en el curso de los siglos establecerse los diversos cultos idolátricos, variar, corromperse cada vez mas, y en fin, desaparecer enteramente. En cada país, ¿cuántas veces estos falsos cultos no han mudado de objeto y de forma? Dioses nuevos hacían olvidar bien pronto á los antiguos, y así es como en Roma se pasó del culto de los espíritus que presiden al Universo<sup>5</sup>, al culto de las divinidades humanas. Pues ¿cómo lo que variaba sin cesar habria podido ser perpetuo<sup>6</sup>? Un culto,

<sup>1</sup> Leland, *Nouvelle démonstr. évang.* t. I, p. 1, c. 2. — Fabrice, *Des titres primitifs de la révélation*, t. I. *Disc. prélim.* p. 43 y sig. — *Hist. de Perse*, par Malcolm, t. I, p. 273.

<sup>2</sup> *Natur. hist. of religion.* — 3 *Posthumous Works.*

<sup>4</sup> *L'Ezour-Vedam*, l. 5. c. 5, t. II, p. 77 y 78. — *Strab.* l. 23, p. 492. — Tacit. *Annal.* l. 3, c. 26. Varron. *De re rustica*, l. 1, c. 2. — *Porphyr. De non esu animal.* l. 4, p. 343.

<sup>5</sup> Este mismo culto variaba en las diversas naciones que le conservaron. « Los genios ó las almas de los planetas, dice Malcolm, » son adorados por los Hindous; pero bajo figuras absolutamente » diferentes de las que les da el *Dabistan*. Parece también haber » una grande diferencia entre el modo con que los antiguos Persas » adoraban á los planetas, y el que estaba en uso entre los Arabes, » que igualmente los adoraban antes de la introducción del mahometismo. » *Hist. de Perse*, t. I, p. 278, not.

<sup>6</sup> El paganismo carecía tan visiblemente del carácter de *perpetuidad*, que el mismo Heródoto lo observa; pues atribuye á Homero y á Hesíodo la invención de la theogonia griega. *Herodot.* lib. 2, c. 53.

sucedía á otro culto, así como una secta entre los Protestantes sucede á otra secta; y á la manera que entre estos nada hay perpetuo sino la violación de la ley, sobre la cual reposan todas las verdades; así tampoco nada habia perpetuo entre los idólatras sino la violación de los deberes que constituyen el verdadero culto. Unos y otros se asemejan á un pueblo que ha cesado de obedecer á la autoridad legítima, y en el que cada uno es su propio Señor. El gobierno, las leyes, las instituciones de este pueblo violador de la autoridad, varían continuamente segun el capricho de las pasiones y de las opiniones. Nada es estable sino el desórden; todo varía, excepto el hábito y la necesidad de variar continuamente: es la perpetuidad del crimen y de la anarquía.

Despues de haber mostrado que ninguno de los tres primeros caracteres esenciales á la verdadera Religion, á saber: la Unidad, Universalidad, y Perpetuidad pertenecen al Politeísmo, ¿será necesario probar que está destituido de la Santidad? ¿No sería profanar este nombre sagrado suponer solamente que pudiese jamás unirse con la idolatría? ¿Qué ley moral, qué deberes imponia ella al hombre? ¿Deberes? Les invitaba á violarlos todos; adormecía la conciencia por el aparato encantador y seductivo de sus solemnidades; despues colocandó sobre infames altares, en medio de una nube de incienso, al vicio coronado de flores, convocaba á las pasiones para adorarle. Léase en Ciceron la horrorosa pintura de las divinidades paganas<sup>1</sup>. El odio, la venganza, la voluptuosidad, el orgullo, la intemperancia, la avaricia, cada crimen era un Dios, y los templos despoblaban el infierno<sup>2</sup>. ¿Quién no conoce los misterios de Isis,<sup>3</sup> de Cibeles

<sup>1</sup> *Cicer.* De nat. Deor. lib. 1, c. 16. Vid. et *S. Justin.* Apolog. II, p. 67 y 69, edit. Paris, 1615.

<sup>2</sup> Est enim malus spiritus fornicationis, est malus spiritus avaritiæ, malus spiritus superbiæ. *S. Ambros.* *Exposit.* in Ps. 118. Serm. 20, n. 45.

<sup>3</sup> Juvenal declara con una sola palabra la infamia de esta diosa: Aut apud *Isiacæ* potius sacraria *leneæ*. — *Satir.* 6.

Ovidio encarga á las jóvenes que no entrasen en los templos si querian ser castas. *Trist.* lib. 2, v. 287.



y de Baco? Roma misma se escandalizó de ellos y los prohibió; pero como si no hubiera temido mas que los desórdenes nocturnos, celebraba públicamente en el medio del día aquellas fiestas de Flora que Caton no queria turbar; y entre los graves Romanos cada año se sacrificaba á una cortesana, á una ramera pública el pudor de un pueblo entero.

Son bien conocidos los ritos abominables con que los Asirios honraban á la diosa Mylitta<sup>1</sup>. Casi por todas partes se mezclaba en ellos el asesinato<sup>2</sup> á la prostitucion<sup>3</sup>. Cantos lascivos, gritos de dolor, vino, perfumes, lágrimas, sangre, profanacion de la vida y de la muerte, hé aqui el culto de los ídolos, *principio y fin de todos los males*, como lo llama la Santa Escritura<sup>4</sup>.

Celso, en una obra consagrada á la apología del politeísmo, confiesa que el culto de los demonios esta sujeto á grandes inconvenientes; é induce, lleva, arrastra á los hombres á la voluptuosidad, porque los demonios mismos son sensuales y voluptuosos, y no tienen poder sino sobre los cuerpos<sup>5</sup>. Porfirio dice: « que no solamente » ellos han engañado al vulgo, sino tambien á los filósofos mas sagaces, los cuales por su elocuencia arrastraron á otros al error: que estos espíritus son violentos, » falaces, disimulados y embaucadores; quieren hacerse » dar el culto que no es debido sino á los dioses; y no » hay especie alguna de mal en que no se complazcan<sup>6</sup>. » El autor del *Ezour Vedam* declara aun mas expresamente que la idolatría destruye enteramente la inclinacion á la virtud<sup>7</sup>; y la mira igualmente como el mayor de los delitos<sup>8</sup>.

<sup>1</sup> Herodot. l. 1, c. 199. — Strab. l. 16, p. 1081.

<sup>2</sup> Observations and inquiries relating to various parts of ancient history: by Jacob Bryant. p. 267 et seq. — Lust kind by hate. Milton.

<sup>3</sup> Lucian. De Dea Syria. — Justin. lib. 18. — Valer. Max. l. 2, c. 6. — S. Aug. De Civit. Dei, l. 4, c. 10. — Spencer, De legibus Hebræorum, l. 2, c. 22 y 23. — Filon, etc.

<sup>4</sup> Sapient. xiv, 23, 27. Infandorum enim idolorum cultura, omnis mali causa est, et initium et finis.

<sup>5</sup> Origen. contr. Cels. lib. 8, n. 60. — <sup>6</sup> Porphyr. De Abstinen. lib. 2. — <sup>7</sup> L'Ezour-Vedam, l. 4, c. 1, tom. 2, p. 5. — <sup>8</sup> Ibid. lib. 6, cap. 3, p. 91.

Espanta á la verdad, y justamente asombra un extravío tan prodigioso: en efecto, toda la corrupcion del corazón humano se manifiesta en ella abiertamente sin rebozo; y cuando se llega á considerar aquella mezcla espantosa de disolucion y de barbarie, de ritos impuros y de sacrificios atroces, el alma consternada aparta la vista de esta escena de horror, y no pudiendo apenas persuadirse que semejante exceso de depravacion sea posible, en su asombro cree haber tenido una especie de vision del infierno.

Sin embargo, esta corrupcion siempre la misma, y que solo el Cristianismo enfrena y contiene, existe aun á nuestra vista, y forma en el seno mismo de los pueblos ilustrados por la verdadera Religion esa eterna lucha del bien y del mal, de la luz y de las tinieblas, que durará tanto como el mundo. No se nota bastantemente. ¿Qué es un hombre sensual, orgulloso, un libertino, un vengativo, un avaro? Es un hombre que olvida á Dios violando su ley, que le niega por sus obras, que sustituye su pasion en lugar de Dios<sup>1</sup>, la adora en su corazón, y la sacrifica todo cuanto le exige, hasta la vida misma de su semejante<sup>2</sup>. La intemperancia, la disolucion, el homicidio, tal es aun hoy el culto de este ídola; y la idolatría pública no es mas que una grande manifestacion de esta idolatría interior, cuyo germen tiene cada hombre en sí mismo. Todos somos tentados: ¿quien lo ignora? Los antiguos, atribuyendo á las potestades invisibles, cuya existencia les era conocida por la tradicion, todo lo bueno ó malo que sentian en sí mismos, adoraron á estos diversos espíritus, y bajo su nombre dieron culto á sus propios vicios. Al presente, el hombre débil ó perverso les da un culto directo: sus deseos invocan el mal que los seres malignos sugieren á su pensamiento, y sus sentidos lo cumplen. Los dioses, las víctimas, lo sustancial de los ritos todo es semejante. Aun en medio de los cristianos el infierno tiene su culto. Pero bajo el paganismo la verdadera Religion proscripta por la autoridad pública, cele-

<sup>1</sup> Quorum Deus venter est. *Epist. ad Philip.* x, 19.

<sup>2</sup> Este y no otro es el origen de los duelos ó desafíos.

braba sus misterios de paz y de virtud en la oscuridad de las catacumbas, ó de una iglesia solitaria : bajo la verdadera Religion la idolatría proscripta por la autoridad pública, celebra sus misterios de crimen y de infamia en el secreto de una estancia oscura, ó en las tinieblas mas profundas aun del corazón del hombre. No hay mas diferencia que el orden en que se presentan estas dos Religiones en la sociedad : han mudado de lugar ; héla aquí toda.

Sin embargo, no se debe creer que la idolatría, cuyos últimos excesos acabamos de descubrir, haya sido siempre y en todos los pueblos igualmente abominable. Ella caminaba corrompiéndose sin cesar, como todo lo que es malo en su principio. Pero los honores que desde luego se dieron á los espíritus celestiales, no eran ciertamente un desorden tan profundo como el culto execrable de los genios del mal. No es menos cierto que toda idolatría, sea la que se quiera la distincion que se establezca entre sus diversas especies, es un crimen enorme, un crimen directo contra Dios, á quien no solamente abandona al olvido, sino que ultraja de dos maneras, por la violacion del primero de sus preceptos, y por el trastorno del orden eterno, que quiere que el pensamiento, el amor, la adoracion, la oracion suban á la fuente y origen de todo poder, de toda inteligencia y de todo bien. Separarse del Sér infinito, es separarse de la luz, de la verdad y de la vida. Quebrantar el mandamiento sobre que está fundada la sociedad de Dios y el hombre, es romper está sociedad ; es decir al Poder supremo : no somos ya súbditos tuyos, ni queremos serlo ; nos hemos escogido otro Rey. Trasladar á la criatura la gloria del Criador, es adorar la nada<sup>1</sup> : es intentar darle la soberanía del Universo que una palabra del Omnipotente le quitó : es degradar al autor del hombre y al hombre mismo, al hombre tan grande por su naturaleza que no debe prosternarse sino delante de Dios. ¡ Cuántos crímenes en un solo crimen ! ¡ Y quién osaria admirarse ya de los castigos con que la Escritura amenaza á los idólatras, y del anatema que pronuncia contra ellos el Dios tres veces Santo !

<sup>1</sup> *Confidunt in nihilo, et sequuntur vanitates. Isai. lxx, 4.*

Podríamos aun hacer observar como la idolatría, sujetando al hombre á los sentidos, fijando su espíritu sobre los objetos materiales, detiene el desarrollo de la inteligencia, y forma un obstáculo invencible á la perfeccion de la sociedad ; pero estas consideraciones nos llevarian muy léjos. Basta haber mostrado que todo lo que hay de universal en la idolatría<sup>1</sup>, es verdadero y fundado sobre una tradicion que sube al origen y principio del género humano ; que en lo que tiene de falso carece y ha carecido siempre de los caractéres esenciales de la verdadera Religion, unidad, universalidad, perpetuidad y santidad. Réstanos probar que estos caractéres pertenecen todos al Cristianismo, y ni un solo momento han dejado de pertenecerle.

¡ Oh Dios, uno, infinito, eterno y santo ! Desde el seno de vuestro sér incomprendible, dignaos echar una mirada sobre este débil mortal que temblando de respeto trata de defender vuestra inmutable verdad contra el error que la combate, y contra la impiedad que de ella blasfema. Por mí mismo nada sé, nada puedo : enviadme un rayo de vuestra luz ; penetradme de esa celestial fuerza que subyuga las almas rebeldes ; de esa ardiente caridad que las persuade y entenece. No por mí, Señor, os pido conocer mas, ni ver mas claramente lo que por vuestra gracia creo ya con una fe inalterable ; mas pues que *escogiendo lo insensato segun el mundo para confundir los sabios, y lo débil para confundir los fuertes*<sup>2</sup>, me habeis dado el deseo de reanimar esta fe lánguida en unos y casi extinguida en otros, dad tambien á mi razon, tan débil y tan incierta, el apoyo que implora, y á mis palabras la virtud que las haga poderosas sobre los corazones, y fecundas para el cielo.

<sup>1</sup> Son las creencias generales de un Dios, ángeles, otra vida, premios y penas, etc., que en medio de los absurdos idolátricos se conservaban, aunque mezcladas con mil sombras.

<sup>2</sup> *Epist. I, ad Corinth. 1, 27.*

## CAPÍTULO IV.

La Unidad es un carácter del Cristianismo.

La *unidad*, que según el pensamiento profundo de San Agustín, es *la forma de todo lo bello*<sup>1</sup>, es también el carácter de todo lo verdadero, porque la verdad es la hermosura por excelencia. Y hé aquí porque en la unidad-soberana y la verdad infinita, en *El que es*, todo es inmutable, nada varía; y en el conjunto de sus obras nada varía tampoco, nada muda, sino que se desenvuelve todo, ó siguiendo leyes fijas y constantes, ó por la eficacia de la voluntad perpetuamente una del Todopoderoso. Este desarrollo, que ninguna fuerza podría detener ni suspender; da á la creación un no sé qué de infinito, y la hace digna de Dios, cuya acción no tiene otros límites que los de su pensamiento. Y como todo se desenvuelve simultáneamente, la unidad permanece inalterable: son los mismos seres, pero más perfectos. Así el germen ó semilla se hace árbol; el hombre pasa de la niñez á la edad de la razón; y si no turba el orden violando las leyes de su naturaleza, continúa siempre creciendo en inteligencia, en felicidad, en perfecciones de toda especie, sin dejar de ser hombre, y el mismo hombre.

La verdadera Religión, siempre la misma, siempre una, debía igualmente, según los designios de Dios, desarrollarse en el progreso de los tiempos. ¿Y quién podría señalar un término á este magnífico desenvolvimiento, á esta sublime manifestación del Sér infinito, de su verdad y de su amor, pues que el culto inefable que los justos darán al Altísimo en la vida futura, no es más que la consumación del culto que estos mismos justos le dan en la vida presente<sup>2</sup>? La adoración principia en la tierra, y prolongándose en los cielos, se eleva, se extien-

<sup>1</sup> *Epist. XVIII, ad Caëstin.* t. 2, col. 23. Edit. Benedict.

<sup>2</sup> S. Hilar. *Tract. in Ps. cxxvii*, littera G, n. 8, oper. col. 281. Edit. Benedict.

de, se dilata, por decirlo así, como la felicidad de los escogidos para llenar la eternidad.

Los mismos paganos reconocieron la unidad necesaria de la ley divina; y Cicerón en un pasaje, que no se lee sin admiración, anuncia de un modo tan formal y expreso el desarrollo que debía un día recibir, que Lactancio, quien nos ha conservado este pasaje maravilloso, parece ver en él una especie de inspiración celestial y de previsión profética.

« La ley verdadera es la recta razón conforme á la naturaleza, ley esparcida en todo el género humano; ley constante, eterna, que reduce al deber por sus mandamientos, aparta del mal por sus prohibiciones, y que, ya mande ó prohíba, es siempre escuchada por los buenos, y despreciada de los malos. Sustituir á esta ley otra ley, es una impiedad: no es permitido derogarla ni puede abrogarse enteramente. Ni el Senado ni el pueblo nos pueden absolver de ella. No tiene necesidad de otro intérprete que la explique: no habrá una en Roma, otra en Atenas; una hoy, otra después; sino que una misma, eterna é inmutable regirá todos los pueblos, en todos los tiempos; y Dios que ha dado, manifestado, promulgado esta ley, será el único Señor común y supremo Monarca de todos: cualquiera que rehusare obedecerle huirá de sí mismo, y renunciando á la naturaleza humana, por esto mismo sufrirá gravísimas penas, aun cuando aquí escapare de lo que llaman suplicios<sup>1</sup>. »

Los brachmanes; cosa notable! tenían también una tradición semejante fundada sobre una antigua profecía. Decían como Cicerón, que llegaría un tiempo en que una sola ley reinaría en toda la tierra<sup>2</sup>.

Aun el mismo Celso sintió que la verdadera Religión debía ser una; y manifiesta deseos de que todas las naciones de la Europa, Asia y África se reuniesen bajo una misma ley; pero no queriendo someterse al *común Señor*, al *supremo Monarca* de que habla Cicerón, y por

<sup>1</sup> *Lactant. Divin. instit. lib. 6, c. 8.* — El pasaje de Cicerón dice ser del Lib. 3 de República.

<sup>2</sup> Alnetan. *quæst. lib. 2, c. 12, n. 19, p. 214, 215.*

consiguiente no teniendo ya regla alguna, reputa como imposible esta unidad<sup>1</sup>.

San Agustín en su libro de *vera Religione*, manifiesta admirablemente su necesidad, y prueba que ella es la base de la autoridad, como la autoridad es el fundamento de la fe. Seamos quien seamos, y sean los que quieran nuestros pensamientos particulares, escuchemos con respetuoso silencio á este sublime genio, cuyas palabras veneradas por los siglos y consagradas por la aprobacion de la Iglesia, son como la voz de la tradicion.

« La autoridad, dice, exige la fe y prepara al hombre » á la razon. Esta razon le conduce á la inteligencia y al » conocimiento. Aunque la razon no separa enteramente » de la autoridad cuando examina á quien debe creer : y » ciertamente la mayor autoridad es la de la verdad misma » ya claramente conocida... Pero como la divina Provi- » dencia no vela solo sobre los individuos en particular » sino que provee á la salud del género humano por » medios exteriores y públicos... ha querido que esta » última dispensacion no fuese conocida por la historia » y las profecías. En las cosas temporales ya pasadas, » ya futuras, la fe consiste menos en comprender que en » creer. Pero es un deber nuestro considerar á qué hom- » bres y á qué libros debemos creer para dar á Dios el » culto verdadero, que es el único camino de salvacion. » En este punto lo primero que debemos examinar, es » saber á quienes creeremos ; si á los que nos persuadan » el servir á diversos dioses, ó á los que nos estrechan á » adorar un solo Dios. ¿ Mas quién podría dudar que se » debe seguir con preferencia á los que nos excitan al » culto de un solo Dios, especialmente cuando sabemos » que los mismos que adoran muchos, *convienen todos » en que este Dios único es el Señor y supremo moderador » de todos los demás...* Se debe pues seguir preferente- » mente á los que dicen que no se debe dar culto sino

1 *Origen*, contra Cels. lib. 8, n. 71. — Rousseau, que casi no ha hecho otra cosa que reproducir las objeciones de Celso contra el Cristianismo, confiesa como él, que si existe una verdadera Religion, ella debe ser una. « Entre tantas religiones diversas, dice, que se proscriben y se excluyen mutuamente, una sola es la buena, si es caso que una lo es. » *Emile*, t. 3, p. 25.

» á un Dios solo, supremo y verdaderamente Dios. Por- » que así como en el orden de las cosas naturales, la » mayor autoridad es la que lo reduce todo á la unidad, » y en el género humano la multitud no tiene fuerza ni » poder sino por su union ó concordia de sentimientos ; » así en la Religion la autoridad de los que nos reducen » á la unidad, es la mayor y mas digna de fe<sup>1</sup>. »

Ahora bien, la Religion cristiana es la única que pre- tende esta *unidad* necesaria, la única que reclama este carácter esencial de la verdad, y establece sobre este fundamento su doctrina, su autoridad, sus leyes. *Un Dios, una fe, un bautismo*<sup>2</sup> : unidad de dogmas : uni- dad de preceptos, unidad de culto : hé aquí su carác- ter indeleble. Ella es una como Dios, y su unidad la distingue de todas las Religiones falsas, como la unidad de Dios le distingue de todas las falsas divinidades. Y así como Dios no ha dejado ni dejará jamás de ser uno, así la verdadera Religion jamás ha cesado ni cesará de ser una. Siempre se la ha podido reconocer, y siem- pre se la reconocerá en este signo brillante que atesti- gua su origen celestial. Aquí bajo todo se muda, se al- tera todo ; solo ella no se altera ni se muda. El tiempo que ha sido criado para ella, y á quien ella sobrevivirá, corre bajo sus piés ; y los siglos pasando delante de su inmoble trono, la saludan reina de la eternidad.

Jesucristo, el *Verbo de Dios hecho hombre*<sup>3</sup>, Jesucristo me- diador y reparador universal del género humano, Jesucristo, por quien únicamente han podido en todo tiempo ser salvos los hombres<sup>4</sup>, es la *pedra angular puesta en los fun- damentos de Sion*<sup>5</sup>, como se expresa Isaiás ; es decir, el fundamento de la verdadera Religion así antes como des- pues del cumplimiento de la redencion del género hu- mano, y de la publicacion del Evangelio<sup>6</sup>. Así es que el Cristianismo ha comenzado con el mundo<sup>7</sup>. « La misma

1 *S. Aug.* De vera relig. c. 24 y 25, t. 1, col. 763.

2 *Ad Ephes.* iv, 5.

3 *Joan.* i. Et Verbum caro factum est, etc.

4 *Act.* iv, 11 y 12. — 5 *Isai.* xxviii, 10.

6 *Ad Ephes.* ii, 20 y 21. *Vid. et Petri Epist.* 1, ii, 4 y sig.

7 Véase sobre esto mismo al Natal Alejandro. *Hist. eccl.* Dist. 5, del siglo 1<sup>o</sup>.

» que hoy llamamos Religion cristiana existia entre los  
 » antiguos y siempre existió, y jamás dejó de existir des-  
 » de el principio del mundo hasta que el mismo Cristo  
 » habiendo venido en carne, se principio á llamar cris-  
 » tiana la verdadera Religion que existia antes<sup>1</sup> » De este  
 modo su explica el Santo Obispo de Hipona; y Bossuet  
 uniendo su voz á la de este gran doctor para celebrar  
 la unidad perpetua de la fe y del culto; « Podedis, dice,  
 » seguir exactamente la historia de los dos pueblos He-  
 » breo y Cristiano, y notar cómo Jesucristo forma la union  
 » del uno y del otro; puesto que ó esperado ó venido,  
 » él ha sido en todos tiempos el consuelo y la esperanza  
 » de los hijos de Dios. Hé aquí, pues la Religion siempre  
 » uniforme, ó mas bien siempre la misma desde el prin-  
 » cipio del mundo. Siempre se ha reconocido en él al mis-  
 mo Dios por Criador, y al mismo Cristo como Salvador  
 » del género humano<sup>2</sup>. »

Consideremos en efecto la Religion antes y despues de  
 Jesucristo, y será imposible no reconocer su unidad cons-  
 tante y perfecta. Desde luego, por lo que respeta á los  
 dogmas, todo lo que se creia universalmente en los tiem-  
 pos que precedieron al nacimiento del Salvador, es aun  
 y será siempre creido en la sociedad cristiana universal  
 ó católica<sup>3</sup>, la existencia de un solo Dios, Criador y Con-  
 servador, la de los buenos y malos Ángeles, la caída del  
 hombre, que habiendo perdido su primitiva inocencia,  
 debe á la justicia de Dios una grande reparacion; de  
 donde se sigue la necesidad de un Redentor, el cual se  
 ve perpetuamente anunciado, y perpetuamente esperado  
 por el pueblo, depositario de las profecias y de las an-  
 tiguas promesas, cuyo conocimiento estaba mas ó menos  
 extendido en todas las naciones: en fin, la obligacion  
 del culto, la inmortalidad del alma, la eternidad de las

1 Ipsa res quæ nunc christiana Religio nuncupatur, erat et apud  
 antiquos, nec defuit ab initio generis humani, quousque ipse Chris-  
 tus veniret in carnem, unde vera Religio, quæ jam erat, cepit ap-  
 pellari christiana. S. Aug. *Retract.* lib. 1, c. 13, n. 1, col. 19, edit.  
 Benedict.

2 Discurso sobre la Hist. univ. part. 2.

3 Neque à nobis quidquam esse mutatum in lege. S. Hilar. *tract.*  
 in Ps. LXXVII, n. 17.

penas y de los premios en la otra vida, y tambien la  
 existencia de un estado intermedio, donde las almas, deu-  
 doras aun á la justicia divina, acababan de purificarse  
 por penas temporales ó transitorias.

Tal era el símbolo de la tradicion, el simbolo del gé-  
 nero humano: ¿en qué se diferencia del simbolo de  
 la sociedad cristiana? ¿Y quién no reconoce desde luego  
 que este no es mas que su desarrollo y desenvolvimiento<sup>1</sup>?

La verdadera Religion pues se ha desarrollado; pero  
 no mudado. El Libertador esperado por cuatro mil años,  
 el *Deseado de las naciones* ha venido sobre la tierra para  
 reconciliarla con el cielo; se ha hecho conocer mas cla-  
 ramente, y esto mismo estaba predicho<sup>2</sup>: ha explicado  
 el misterio de salud que se cumplia en él, á fin de que  
 los hombres comprendiesen que los rescataba y á qué  
 precio; ha levantado una parte del velo que cubre la  
 esencia divina; en la unidad de una misma naturaleza,  
 la omnipotencia, la sabiduria, el amor, se han manifes-  
 tado como personas distintas: el Padre ha dado testimo-  
 nio al Hijo<sup>3</sup>, y el Hijo nos ha enseñado (lo cual él solo  
 podia enseñarnos)<sup>4</sup>, lo que es el Padre y el Espíritu Santo  
 que procedé del Padre y del Hijo. Sin esto, pregunto,  
 ¿tendríamos una idea exacta de la redencion? ¿Podrí-  
 mos coger el fruto, ignorando en qué consistia el verda-  
 dero sacrificio? ¿Qué digo! Si no supiesemos como se  
 ha cumplido esta maravillosa redencion, ¿estaríamos  
 ciertos de que lo está realmente? ¿no le esperaríamos aun  
 como los judíos, cuando no nos quedaria motivo ni ra-

1 Et quia Dominus *naturalia* legis, per quæ homo justificatur,  
 quæ etiam ante legislationem custodiabant, qui fide justificabantur  
 et placebant Deo, non dissolvit, sed *extendit* et implevit; et ser-  
 monibus ejus ostenditur. S. Iren. *contr. Hæres.* 1. 4, c. 13, p. 242,  
 edit. Ben.

2 Ps. cxcvii, 2. — *Isai.* xi, 5, et *alibi*. La doctrina de los doc-  
 tores judíos, antes de la venida de Jesucristo, era que el Verbo di-  
 vino era el Mesias ó el Redentor prometido. S. Just. *Dial. cum Tryph.*  
 p. 279, y *Apol.* 2, p. 75. *Chron. pasch.* p. 52. *Conf. et Targum*  
*Jonath. et Hierosol. ad cap. xlix, v. 18. Genes.*

3 Hic est Filius meus dilectus, ipsum audite. *Luc.* ix, 35.

4 Nemo novit Filium nisi Pater: neque Patrem quis novit nisi  
 Filius, et cui voluerit Filius revelare. *Matth.* xi, 27.

zon alguna para esperarle? ¿Se concibe en efecto un medio posible entre la esperanza que consolaba á los antiguos Padres y la realidad de lo que ellos esperaban; entre la ley oscura de los primeros tiempos, y la revelacion completa del Hombre Dios? Y si esta fe antigua no estaba destituida de fundamento, si esta esperanza no era engañosa, era necesario, pues, que el Mesías viniese, y una nueva luz alumbrase al mundo, y el género humano viese el cumplimiento de lo que se le había anunciado desde el principio<sup>1</sup>; era necesario que el dogma se desarrollase para no variar<sup>2</sup>; y léjos de que desarrollándose la verdad dejase de ser una, al contrario, su unidad se manifestó mas brillante. Cuando el sol subiendo sobre el horizonte muda en un vivo resplandor el débil crepúsculo que anunciaba su venida, ¿se dice que es otro día que comienza, una luz diferente la que aparece?

Así los cristianos creen todo lo que creía el género humano antes de Jesucristo, y el género humano creía todo lo que creen los cristianos<sup>3</sup>; las verdades de la Religion se encadenan unas con otras, puesto que suponiéndose mutuamente, todas ellas estaban incluidas en la primera revelacion, como las verdades que Dios revela á los escogidos en el cielo, están contenidas en las que son objeto de la fe en la tierra<sup>4</sup>. Conocian lo que creían, así

1 Los judíos, en tiempo de San Justino, convenian en que Dios habia anunciado que daría un testamento nuevo, y que esta promesa estaba contenida claramente en la Escritura. Confesaban tambien que además de la ley mosaica, impuesta á los Israelitas á causa de la dureza de su corazón, existia una ley divina, perpetua, universal, á la cual todos los hombres debian obedecer. *S. Just. Dialog. cum Tryphone Judeo*, p. 292. Edit. Paris, 1615.

2 *Creatori autem competit utrumque, et ante sæcula proposuisse, et in fine sæculorum revelasse; quia et quod proposuit et revelavit, medio spatio sæculorum in figuris, et ænigmatibus, et allegoriis præministravit.* *Tertull. adv. Marcion.* l. 5, p. 468, edit. Rigaltii.

3 « Los primeros cristianos, dice Stilling-fleet, se sirvieron con fruto de lo que habian escrito los gentiles acerca de la naturaleza divina y de la inmortalidad del alma, para mostrar al pueblo que el Cristianismo no era una Religion nueva; sino que se apoyaba sobre fundamentos reconocidos por verdaderos por todos los hombres racionales » *Origin. Sacr. Book. 1, ch. 1, vol. 1, p. 41.*

4 *S. Iræn. contr. hæres.* l. 4, c. 21, n. 1, p. 258.

como nosotros conocemos lo que era solamente creído antes de Jesucristo<sup>4</sup>; y así es como, siendo infinitos los grados de inteligencia, la fe sin embargo permanece una, y eternamente una como la verdad<sup>5</sup>.

Digámoslo pues con Bossuet: « El que no descubre » aquí un designio siempre sostenido y siempre seguido, » ni advierte un mismo orden en los consejos de Dios, » que prepara desde el principio del mundo lo que acaba » al fin de los tiempos y bajo diversos estados, pero con » una sucesion siempre constante, perpetua á los ojos de » todo el universo la santa sociedad donde quiere ser ser- » vido, merece no ver cosa alguna, y ser entregado á su » propio endurecimiento, como el mas justo y mas riguroso de todos los castigos<sup>6</sup> »

La Ley evangélica no se diferencia sino por su mayor perfeccion de la ley moral, universalmente reconocida de los antiguos. Esta penetraba menos entonces en lo interior del hombre, porque conociendo el hombre menos á Dios, se conocia menos á sí mismo. De un conocimiento mas profundo debian nacer virtudes mas sublimes; y no siendo la redencion mas que una manifestacion sublime del amor infinito, el precepto del amor ó de la caridad se desarrolló particularísimamente<sup>4</sup>. *Soy hombre, y nada humano juzgo ajeno de mí*<sup>5</sup>: hé aquí la regla antigua: escuchad ahora al que murió por el hombre: « Yo os doy un mandato nuevo: que os » ameis los unos á los otros como yo os amé, para que » os ameis vosotros mutuamente unos á otros: en esto » conocerán todos que sois discípulos míos, si tuviéreis » unos para con otros el amor que yo por vosotros he » tenido<sup>6</sup>.

Todo lo que era para los antiguos un deber, lo es igualmente para los cristianos; pero estos deberes

1 Ante Christi adventum fides Trinitatis erat occultata in fide majorum; sed per Christum manifestata est mundo, et per Apostolos. *S. Thom.* ii, 2, q. 2, art. 8.

2 *S. Iræn. contr. hæres.* l. 1, c. 10, n. 3, p. 50.

3 Discurso sobre la Hist. univ. part. 2, c. 13.

4 Plenitudo legis est dilectio. *Ad Rom.* xiii, 10.

5 *Terent. Vid. Cicer. De finibus et mal.* l. 3, c. 19.

6 *Joan.* xiii, 34 y 35.

tienen mas extension, deben ser cumplidos con mas rigor y pureza despues que los hombres han tenido delante de sus ojos el modelo de toda perfeccion <sup>1</sup>.

« Oísteis que se habia dicho á los antiguos : No matarás ; el que matare á otro será condenado en juicio ó por el juicio. Pues yo os digo, que cualquiera que se enoja contra su hermano, será reo en el juicio <sup>2</sup>. »  
 — Oísteis que se habia dicho á los antiguos : « No cometerás adulterio : pues yo os digo que cualquiera que mira á una mujer con mal deseo, ya ha cometido adulterio en su corazon <sup>3</sup>. »

Aquí se ve todo el conjunto y unidad de la ley y su desarrollo <sup>4</sup>; y este mismo desenvolvimiento es una ley inmutable, la ley de la perfeccion <sup>5</sup>; en virtud de la cual todo lo que es tira al estado mas perfecto que permite su naturaleza : y el hombre tambien, á menos que no viole la regla á que debe obedecer libremente, el

1 « El don inestimable de esta adopcion toda divina á que la fe nos eleva, nos obliga á una fidelidad á que los judios no estaban obligados. Nos obligamos á vivir cristianamente ; es decir, á guardar el Evangelio desde que somos cristianos. Lo que hacia decir en otro tiempo al Salvador del mundo, hablando á sus discipulos : « Si vuestra justicia no excede á la de los Escribas y Fariseos (que eran los mas arreglados entre los judios) no entrareis en el reino de los cielos. » *La foi des derniers siècles*, par le P. Rapin, c. 3, p. 26.

2 *Matth.* v, 21 y 22. — 3 *Ibid.* 27 y 23.

4 Hoc autem... non contrarium est... neque solventis legem, sed adimplentis, et extendentis, et dilatantis. *S. Iræn. contr. hæres.* l. 4, c. 13, p. 242.

5 Esto es cierto en las ciencias como en todo lo demás. Tomemos, por ejemplo, las matemáticas. Los elementos son desde Juego revelados á cada uno de nosotros : se nos enseña á contar, ó á conocer los números y sus propiedades mas habitualmente útiles, digámoslo así, en naciendo. Todo lo que se sabe mas, no es sino el desarrollo de estas primeras nociones : ellas contienen toda la ciencia, la cual desenvolviéndose no deja de ser una ; y se la destruiria igualmente negando los primeros principios, tan simples como universales, sobre los cuales se apoya, ó negando las últimas consecuencias justas que se deducen de estos principios, lo que seria negar los principios mismos.

hombre inmortal crecerá siempre en inteligencia, en amor, en todas perfecciones, porque hecho á la imagen de Dios, y debiendo aproximarse sin cesar á su modelo, le está mandado ser perfecto como Dios mismo lo es <sup>1</sup>.

La *unidad de culto* en la verdadera Religion no es menos incontestable ni menos evidente que la *unidad de dogmas y de moral*. El culto antiguo se dirigia al mismo Dios que el nuestro, y como el nuestro se componia esencialmente de dos cosas, de la adoracion y del sacrificio. La adoracion es debida á la Majestad Suprema ó Supremo Poder, el sacrificio á la soberana Justicia. La oracion y la oblacion ; hé aquí la adoracion : esta es un acto por el cual el hombre reconociendo su dependencia infinita y la autoridad infinita del Criador, á quien todo lo que es le pertenece como propio, se declara súbdito, y le tributa el homenaje de todo lo que de él ha recibido, á saber ; de su cuerpo, de los frutos de la tierra que le alimentan, de sus pensamientos y sentimientos, y de todo su sér.

La oblacion de la víctima y su destruccion, hé aquí el sacrificio : desde el principio del mundo se le encuentra en todas partes ; así como en todas ellas se ha supuesto siempre que es tanto mas eficaz cuanto mas perfecta y mas pura era la víctima. Por una horrible consecuencia de esta idea verdadera en sí misma, y que va unida á la creencia antigua y universal de que el inocente puede satisfacer por el culpable <sup>2</sup>, todos los pueblos idólatras han inmolado víctimas humanas <sup>3</sup> ; y aun en muchos lugares los padres sacrificaban sus mismos hijos para aplacar la ira divina por estos execrables sacrificios. Estos asesinatos sagrados, siempre mirados con abominacion por los adoradores del verdadero Dios, espanta-

1 Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est. *Matth.* v, 48.

2 El Conde Maistre en su hermosa obra, *las Veladas de San Petersburgo*, ha hecho patente esta verdad.

3 Vid. Gensius. *De victimis humanis*. — Plin. *Hist. nat.* l. 30, c. 1. — Bryant. *Observ. and Inquiries relating to various parts of ancient history*, pág. 267 y sig.

ron frecuentemente á las naciones que honraban falsas divinidades <sup>1</sup>. Pero no hay país ni época en que no se hayan ofrecido sacrificios cruentos; y estos sacrificios eran y formaban en todas partes lo esencial del culto <sup>2</sup>.

Sin embargo, ¡cosa notable! universalmente se reconocia la indispensable necesidad del sacrificio propiciatorio: el idólatra degüella rebaños enteros para borrar sus crímenes; se somete á los ritos repugnantes de los *taurobolos*; se baña en la sangre de las víctimas; y confesando así que no puede ser purificado sino por la sangre, confiesa no, obstante que esta sangre, en la que se sumerge, no tiene virtud para salvarle <sup>3</sup>.

Semejantes sacrificios se han ofrecido al verdadero Dios. El mismo pide la sangre de los becerros y de las ovejas <sup>4</sup>; y al propio tiempo declara que *no quiere esta sangre* <sup>5</sup>. Manda hacer sacrificio por el pecado <sup>6</sup>; y por la boca del profeta Rey, *el que debe venir* <sup>7</sup>, dice: «No quisisteis las oblationes y las víctimas; pero me formásteis un cuerpo. No habeis pedido por el pecado holocaustos y sacrificios; y entonces yo dije: Héme aquí <sup>8</sup>.»

El verdadero culto, pues, antes de Jesucristo, consistía en la adoracion de un solo Dios, y en los sacrificios que se le ofrecian, confesando su insuficiencia <sup>9</sup>.

1 Gefon, vencedor de los Cartagineses, hizo con ellos un tratado de paz en que estipuló la abolicion de los sacrificios humanos. Los Romanos los abolieron tambien en las Galias. « Si los diablos, ó los gigantes, habiendo arrojado á los dioses hubiesen usurpado el imperio y el señorío del mundo, ¿con qué otros sacrificios, dice Plutarco, se complacerian, ni qué otras ofrendas podrian pedir á los hombres? » *De la Superst.*

2 Véase la *Ilustracion sobre los sacrificios*, á continuacion de las *Veladas de San Petersburgo*, t. II, p. 371 y sig.

3 Cicer. *de Legibus*, l. 1.

4 *Exod. Levit. Numer. y Deuteron.* passim. *Ezech.* XIV, 18.

5 *Isai.* I, 11. — 6 *Ezech.* XLV, 17. — 7 *Genes.* XLIX, 10.

6 *Psal.* XXXIV, 7 y 8.

9 El pecador no podia evitar la muerte sino subrogando en su lugar alguno que muriese por él. Interin que los hombres no pu-

*La salud por la sangre* era un dogma del género humano; y la sangre que se derramaba, destituida de eficacia, ni podia purificar al hombre ni aplacar á Dios.

Y al presente, ¿quién no reconoce en el culto cristiano la consumacion del culto antiguo, expresion de la fe y de la esperanza, cuya realidad poseemos? El mundo que esperaba su libertador, esperaba en él la sola víctima agradable á Dios, la única capaz de satisfacer á su justicia, y de expiar todos los delitos de los hombres. Vino esta víctima santa, vino este Libertador, dijo: *Héme aquí*, y todos los sacrificios figurativos desaparecieron cuando se cumplió el grande, el único sacrificio, y el género humano ha *sido salvo por la sangre*. Este sacrificio consumado una vez continúa siempre; la sangre mística no cesa de correr. La hostia de propiciacion perpetuamente ofrecida al verdadero Dios, se inmola diariamente sobre los altares, y cada dia se renueva en todos los puntos de la tierra, por la salud de los hombres la oblation <sup>1</sup> de aquel que muriendo venció al pecado y destruyó la muerte <sup>2</sup>.

Unidad de dogmas, de culto, de moral, hé aquí el carácter inmutable de la verdadera Religion, siempre fundada en la fe y adoracion de un solo Dios, por un solo Mediador <sup>3</sup>, esperado por el espacio de cuarenta siglos, saludado desde léjos por los Patriarchas y Profe-

sieron en su lugar mas que animales degollados, sus sacrificios no obraban otra cosa que un reconocimiento público de que merecian la muerte; y la justicia divina no pudiendo quedar satisfecha con un cambio tan desigual, se comenzaba de nuevo todos los dias á degollar víctimas, lo que era una señal cierta de la insuficiencia de esta subrogacion: pero despues que Jesucristo quiso morir por los pecadores, satisfecho Dios de la subrogacion voluntaria de una persona tan digna, no tiene nada que exigir por el precio de nuestro rescate. Bossuet, *Exposicion de la doctrina de la Iglesia católica*, cap. 15.

1 *Ab ortu solis usque ad occasum.... in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda. etc. Malach.* I, 11.

2 *Ep. II ad Timoth.* I, 10.

3 *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus, testimonium temporibus suis. Ep. I ad Timoth.* II, 5.



tas<sup>1</sup>. y venido al tiempo señalado para cumplir la esperanza de los justos y las figuras del culto antiguo; de suerte que disipadas todas las sombras, ya no existe ni existirá eternamente mas que un solo sacrificio y una sola víctima de valor y precio infinito.

Si se consideran bajo el punto de vista mas general las dos edades del Cristianismo ó de la verdadera Religion, se ve que antes de Jesucristo ella era el conjunto de las verdades y de las leyes necesarias al hombre para *existir* como sér físico, moral é inteligente. Despues de Jesucristo, que no vino á destruir la ley sino á cumplirla<sup>2</sup>, es el conjunto de las leyes y verdades necesarias para la *perfeccion* del hombre moral é inteligente<sup>3</sup>. El tránsito de una de estas edades á la otra no se ha obrado sin preparacion. porque la suprema Sabiduría todo lo dispone suavemente; sino que poco á poco la luz fué brillando cada vez mas. Las profecias cada dia mas numerosas y mas claras, las cuales extendiéndose en todos los pueblos<sup>4</sup>, despertaron en ellos la memoria de las tradiciones antiguas; la dispersion de los judios<sup>5</sup>; y otras mil causas cuyo secreto se ha reservado la Providencia, dispusieron el género humano á la predicacion evangélica<sup>6</sup>; y el *pimpollo de Jesse* no salió de una vara seca como las hojas de la vara de Aaron. Anunciado *Salva-*

<sup>1</sup> Juxta fidem defuncti sunt omnes isti, non acceptis repromissionibus, sed à longe eas aspicientes, et salutantes. *Ad Hæbr.* xi, 13.

<sup>2</sup> *Matth.* v, 17.

<sup>3</sup> Volo enim... ut consolentur corda ipsorum instructi... in omnes divitias plenitudinis intellectus in agnitionem mysterii Dei Patris, et Christi Jesu... quem nos annuntiamus... docentes ut exhibeamus omnem hominem perfectum in Christo Jesu. *Ep. ad Colos.* ii, 2; i, 28.

<sup>4</sup> Eran llevadas allí por los prosélitos que de todos los paises venian á hacerse iniciar en los misterios de los judios. En el censo ó numeracion que se hizo en tiempo de Salomon, se hallaron en la tierra de Israel ciento cincuenta y tres mil y seiscientos prosélitos. *II Paralipom.* ii, 17.

<sup>5</sup> Dispersit vos inter gentes, quæ ignorant eum, ut vos enarretis mirabilia ejus, et faciatis scire eos, quia non est alius Deus omnipotens præter eum. *Tob.* xiii, 14.

<sup>6</sup> *Clemen. Alex. Stromat.* l. 6, p. 636 y 37, édit. Paris, 1641.

*dor* por Adán, predicho *Legislador* por Moisés<sup>1</sup>; antes de su nacimiento siempre vivo en la fe y esperanza de los hombres, aparece al fin, y la salud, la ley, las promesas de la Religion, sus misterios, su culto, *todo es consumado*.

¡Qué magnífico espectáculo ofrece el desarrollo de esta Religion divina! Ella semejante á un rio que toma su nacimiento en una elevada montaña, desciende de los cielos, derrama por todas partes la vida y la fecundidad atravesando los siglos, se extiende y crece en su curso, y al fin desembocando en el seno de la eternidad, desaparecen sus riberas, y viene á ser como un océano inmenso de verdad y de amor.

Aunque la tradicion del Mediador por quien el género humano debia ser salvo, estuviese extendida por toda la tierra, y ningun hombre haya podido llegar jamás á la salvacion sino por la aplicacion de sus méritos y de su sangre<sup>2</sup>, sin embargo, no era necesario que todos los hombres tuviesen de él un conocimiento *explicito* y perfecto, y esto es lo que San Agustín explica admirablemente en las siguientes palabras:

« Cuando hablamos de Jesucristo, dice, es necesario » entender el Verbo de Dios por quien todo ha sido hecho, y por consiguiente el Hijo, pues que él es la palabra del Padre; no una palabra pronunciada una vez » y transitoria, sino que permaneciendo eternamente en » el Padre inmutable, é inmutable el mismo, rige y gobierna todas las criaturas espirituales y corporales; según la conveniencia y oportunidad de los lugares y de

<sup>1</sup> Prophétam de gente tua et de fratribus tuis *sicut me*, suscitabit tibi Dominus Deus tuus: ipsum audies. *Deuteron.* xviii, 15.

<sup>2</sup> Ne quisquam diceret posse esse salutis viam in bona conversatione et unius Dei omnipotentis cultu, sine participatione corporis et sanguinis Christi. *Unus enim Deus*, inquit (Apostolus), *et unus mediator Dei, et hominum homo Christus Jesus*: ut illud quod dixerat, *omnes homines vult salvos fieri*, nullo alio modo intelligatur præstari, nisi per Mediatorem, non Deum, quod semper Verbum erat, sed hominem Christum Jesum, eum Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. S. Aug. *Epist. CXLIX ad Paulin.* t. II, Oper. Idem, *de peccat. meritis et remissione*, lib. 1, cap. 28; t. X, col. 30.

» los tiempos. Lo que debe hacer por ellas, cuando y  
 » como, él lo sabe; y esta ciencia, igualmente que la  
 » sabiduría que dispone toda la economía de este vasto  
 » gobierno, están en él mismo. En efecto, antes de pro-  
 » pagar el pueblo hebreo, por el cual debía ser anun-  
 » ciada su venida bajo figuras convenientes; y en el  
 » tiempo del reino de Israel; y cuando habiéndose he-  
 » cho carne en el seno de una Virgen, se mostró á los  
 » mortales bajo una forma mortal; y despues cuando  
 » cumplió todo lo que antes habia sido predicho por los  
 » Profetas; y al presente y hasta el fin de los siglos,  
 » cuando separará á los santos de los impíos, y dará á  
 » cada uno lo que es suyo; él es el mismo Hijo de Dios,  
 » coeterno á su Padre, la sabiduría inmutable que ha  
 » criado la naturaleza entera, y hace feliz toda alma ra-  
 » cional comunicándose á ella.

» Hé aquí porqué desde el principio del género hu-  
 » mano, todos los que han creído en él y en cuanto les  
 » ha sido dado le han conocido (*cumque utcumque inte-*  
 » *lexerunt*), y han vivido segun sus preceptos, en pie-  
 » dad y justicia, en cualquiera tiempo y lugar en que  
 » hayan vivido, han sido, sin duda alguna, salvos por  
 » él. Porque del mismo modo que nosotros creemos en  
 » él como permanente en su Padre y venido en carne,  
 » los antiguos creían en él como permanente en su Pa-  
 » dre, y que debía venir algun dia. Y porque segun la  
 » variedad de los tiempos, se anuncia hoy como hecho  
 » y cumplido lo que entonces se anunciaba que debía  
 » cumplirse, la fe no ha variado, ni la salud es diferente.  
 » Y pues es una sola cosa la que se predica ó predice  
 » por diversos ritos y sacramentos, no se deben imagi-  
 » nar que son saludés diversas... Así que, antiguamente  
 » por ciertos nombres y signos, y al presente por otros  
 » signos mas numerosos, al principio con mas oscu-  
 » ridad, y hoy mas claramente, es significada y prác-  
 » ticada una sola y la misma Religion verdadera <sup>1</sup>. »

Esta doctrina es conforme á la de Sto Tomás. Segun este  
 teólogo profundo : « Si algunos hombres se han salvado

<sup>1</sup> S. Aug. *Sex quæst. contr. Pagan. expositæ* : Liber ad Deo-  
*grat. quæst.* 2, c. 11 y 12. *Oper.* t. II, col. 277.

» sin haber conocido la revelacion del mediador, no lo  
 » han sido sin la fe en él; porque aunque no tuviesen la fe  
 » *explicita*, la tenían *implicita* en la divina providencia,  
 » creyendo que Dios era el libertador de los hombres,  
 » salvándolos por los medios que á él le plugo elegir, y  
 » segun que su Espíritu lo habia revelado á aquellos que  
 » conocian la verdad <sup>1</sup>. »

En el libro de los Reyes vemos tambien que cuando  
 Naaman curado de su lepra confiesa al único verdadero  
 Dios, y renuncia al culto de los ídolos, Eliseo no exige  
 mas de él : *id en paz*, le dice el Profeta <sup>2</sup>.

Dios no exige mas que lo que ha dado; ni castiga sino  
 la violacion ó la ignorancia voluntaria de su ley <sup>3</sup>. En  
 todos tiempos y en todos los lugares basta para salvarse  
 usar bien de las gracias que se han recibido. Esta es la  
 fe de la Iglesia cristiana, y la doctrina unánime de los  
 PP. « ¿Qué hombre de sano juicio pensará jamás, dice  
 « uno de ellos, que las almas de los justos y de los peca-  
 » dores sean envueltas en una misma condenacion, inju-  
 » riando y ultrajando así á la justicia divina?... Era muy  
 » digno de sus consejos que los que vivieron en la justi-  
 » cia, ó que despues de haberse extraviado se arrepin-  
 » tieron de sus faltas, siendo, aunque en otro lugar, in-  
 » contestablemente del número de los que pertenecen al  
 » Dios todopoderoso, fuesen salvos, por el conocimiento  
 » que cada uno de ellos tenia de él... El justo no se di-  
 » ferencia del justo, sea griego, ó sea que haya vivido  
 » bajo la ley; porque Dios no solo es Señor de los judíos,  
 » sino de todos los hombres, aunque esté mas cerca,  
 » como padre de los que le han conocido mas. Si el vivir  
 » bien es vivir segun la ley, los que antes de la ley vivie-

<sup>1</sup> Si qui tamen salvati fuerunt, quibus revelatio non fuit facta,  
 non fuerunt salvati absque fide mediatoris. Quia etsi non ha-  
 buerunt fidem explicitam, habuerunt tamen fidem *implicitam* in  
 divina Providentia, credentes Deum esse liberatorem hominum,  
 secundum modos sibi placitos, et secundum quod aliquibus verita-  
 tem cognoscentibus Spiritus revelasset. *S. Th. II*, 2 part. q. 11,  
 art. 8.

<sup>2</sup> *IV Reg.* v, 15 et seq.

<sup>3</sup> S. Aug. *de nat. et grat.* cap. 49.

» ron rectamente, son reputados hijos de la fe y reconocidos por justos<sup>1</sup>. »

San Justino en la segunda apología publicada á mitad del siglo 2º tienè el mismo lenguaje<sup>2</sup>. Con no menos energía se explica el gran doctor San Juan Crisóstomo. Despues de haber hablado de la necesidad de confesar á Jesucristo: « ¡Cómo! añadé, ¿Dios será injusto con los que han vivido antes de su venida? No sin duda; porque ellos podian ser salvos sin confesar á Jesucristo. No se les exigia esta confesion, sino el conocimiento del verdadero Dios, y no dar culto á los ídolos; porque escrito está: *El Señor tu Dios es tu único Señor*<sup>3</sup>. Entonces pues bastaba para salvarse, como acabamos de decir, conocer á Dios; al presente es necesario además conocer á Jesucristo.... Lo mismo es tambien por lo que respecta á la conducta de la vida. Entonces el homicidio perdía al homicida; hoy está prohibido hasta el airarse. Entonces el adulterio atraía el suplicio, hoy las miradas impúdicas producen el mismo efecto. » En fin, concluye San Juan Crisóstomo: « Los que sin haber conocido á Jesucristo antes de su encarnacion, pero absteniéndose del culto de los ídolos, adoraron un solo Dios, y pasaron una vida justa y recta, gozarán del verdadero bien, segun lo que dice el Apóstol: *Gloria, honor y paz á todos los que han obrado el bien, sean judíos, sean gentiles*<sup>4</sup>. »

<sup>1</sup> Clemens Alex. *Strom.* l. 6, p. 637, 35 y 39. edit. Paris 1641.

<sup>2</sup> S. Just. *Apol.* II, 83. — <sup>3</sup> *Deuteron.* VI, 4.

<sup>4</sup> *Homil.* 36, *alias* 37, in *Matthæ Oper.* tom. 7, p. 411 y 12. *Edit. Benedict.* — Sixto Senense explica muy bien este pasaje, el cual se debe entender así como los otros que hemos citado, segun la doctrina comun de los PP. y de los teólogos. « Yo creeria, dice, que San Crisóstomo no ha querido hablar sino de aquella fe y aquel conocimiento que los escolásticos llaman *Explicita*; es decir, un conocimiento claro y distinto de todos los misterios de Jesucristo en particular, el cual no tuvieron todos los justos antes de su venida: porque á los judíos sencillos y menos ilustrados bastaba tener un conocimiento general de la redencion del género humano, encubierta y oculta bajo las significaciones de los sacrificios y ceremonias; y respectó á los gentiles, si alguno ha obtenido la salvacion sin el conocimiento del Mediador, les bastó tener esta fe incluida en la fe en Dios; es decir, creer que Dios seria el Salva-

No es menos cierto, repetimos, que los hombres jamás han podido salvarse sino por la fe, á lo menos implícita, en Jesucristo, como expresamente lo declaraba

» dor del género humano, segun el orden secreto de la Providencia, » revelado á algunas personas inspiradas de Dios, y á las Sybilas por » un privilegio particular. » *Biblioth. sancta, lib. 6, annotat. 51, p. 490. Colonia 1576.* — Se ve que Sixto Senense se explica en los mismos términos que Santo Tomás, cuyo sentimiento sobre este asunto es enteramente conforme al de San Bernado. « Asi como muchos cristianos, dice este Padre, creen y esperan la vida eterna, » y la desean con ardor sin conocer el modo ni el estado, asi tambien » muchos antes de la venida de Jesucristo, creyendo en Dios todo- » poderoso, amando al que les habia prometido la salud, creyendo- » le fiel en sus promesas, esperando que seria su Redentor, se han » salvado con esta fe y con esta esperanza, aunque no hayan sabido » cuando ni de qué manera llegaria esta salud que se les habia pro- » metido. » *Quanti hodieque profecto in populo christiano vitæ æternæ, sæculique futuri, quod indubitanter credunt, et sperant, et ardentè desiderant, formam tamen ac statum ne cogitare quidem vel tenuiter norunt? Ita ergo multi ante Salvatoris adventum, Deum omnipotentem timentes et diligentes suæ salutis gratuitum promissorem, credentes in promissione fidelem, sperantes certissimum redemptorem, in hac fide et expectatione salvati sunt, licet quando, et qualiter, et quo ordine salus repromissa fieret, ignorarent.* *Tract. de bapt. qui olim erat, Epist. LXXVII, c. 3.* El venerable Beda, citado por San Bernardo (*eod. loco*), establece la misma doctrina, y la misma enseña igualmente el Maestro de las Sentencias. « Asi como en la Iglesia, dice, algunas personas » poco ilustradas no pudiendo distinguir ni explicar claramente los » artículos de la fe, creen sin embargo todo lo que está contenido en » el simbolo, dando tambien así fe á las mismas cosas que ignoran, » y teniendo una fe oscura; de la misma manera en aquellos tiempos, los que eran menos ilustrados adherian á la revelacion que » habia sido hecha á sus antepasados (ó á los principales de » ellos, como traduce otro), y se referian á ellos por sus creencias. » *Ita et tunc minus capaces ex revelatione sibi facta, majoribus credendo inhærebant, quibus fidem suam quasi committebant.* *Lib. 3, dist. 25.* Resulta de estos diversos testimonios que así antes como despues de Jesucristo, los grados de conocimiento varian, quedando la fe siempre la misma; y que esta bastaba para la salvacion, cuando incluía una perfecta sumision á la autoridad que se debia creer. *Majoribus credendo inhærebant. Credentes...., secundum quod aliquibus veritatem cognoscentibus, Spiritus revelasset.* \* Véase el *Catecismo de Feller*, n. 404.

S. Ireneo <sup>1</sup> con toda la Iglesia hácia la mitad del siglo 2º añadiendo: «Que nuestra fe estaba prefigurada por los » Patriarcas y los Profetas que habian extendido en toda » la tierra el conocimiento de la futura venida del Hijo » de Dios <sup>2</sup>. Lo que no impide al mismo Padre enseñar, que antes de la venida del Salvador «bastaba para la » salvación observar los preceptos naturales que Dios » habia dado desde el principio al género humano, y » que están contenidos en el decálogo <sup>3</sup>.»

No nos pregunten pues los impios, como tales y tales hombres antes de Jesucristo pudieron conocer tales dogmas; porque ó no les eran necesarios para su salvación, sino han podido conocerlos, ó los creyeron suficientemente, creyendo las verdades que conocían. Los que fatigan su imaginación en inventar tales objeciones frívolas, preguntense mas bien á sí mismos antes del día en que el mismo Dios (que no les es deudor de sus secretos, ni de su misericordia, ni de su justicia) les preguntará; y en lugar de inquirir como aquellos ó estos han podido creer lo que no conocían, piensen en lo que han de responder al soberano Juez cuando les pregunte, porqué ellos lo que conocían no lo han creído.

Todas las verdades de la fe se encadenan tan estrecha é íntimamente, que no se puede negar un solo punto de la fe católica ó universal de los cristianos, sin verse inmediatamente precisado á negar toda la doctrina antigua, ó la fe universal del género humano. Si la primera es falsa, esta necesariamente no es verdadera. Si el Mediador prometido no ha venido, todos los Profetas que le han anunciado, todos los pueblos que le han esperado, han sido juguete de una vana ilusión. Si la Redención no es mas que una quimera, ó el hombre no ha caído, ó cayó para no levantarse; ó Dios no ha hablado, ó su palabra es engañosa. Suponer falaz su palabra, es negar que él

1 1. Iran. *contr. Hæres.* 1, 4, c. 22, p. 259.

2 *Ibid.* cap. 23.

3 *De Id. ibid.* c. 15, pág. 244. \* Cuando dice *naturales*, no quiere decir que no fuese en orden á la vida eterna, sino, como explica La-Mennais (p. 12 de este tomo 2), por cuanto aun en este orden eran conformes á la naturaleza del hombre, y apropiadas á sus necesidades, etc., etc.

existe; dudar que haya hablado, es dudar que sea, y que nosotros mismos somos ó existimos, pues que nuestra razón no tiene otro fundamento que su palabra, y nuestro ser otra causa posible que su voluntad.

Así todo se une, se encadena, y sostiene en el Cristianismo. ¡Unidad maravillosa, que de tantas verdades no hace mas que una sola verdad! Se la puede conocer mas ó menos, pero siempre es la misma verdad la que se conoce, y todo el que la cree, la posee toda entera. Hé aquí porque ninguno podría ser salvo sino creyéndola, aunque no siempre es absolutamente necesario conocer todos sus pormenores ó explicaciones de ella.

Y obsérvese aun mas, que por estas analogías sublimes que hemos notado muchas veces entre la Religión y su autor, ella se ha ido desarrollando segun el orden que existe desde toda la eternidad en Dios mismo <sup>1</sup>. Porque desde toda la eternidad el Padre engendra á su Hijo, su Verbo, *la figura de su sustancia* <sup>2</sup>; y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo, el amor sustancial, que con el Padre y el Hijo es un solo Dios en la unidad de una misma naturaleza. Y la Religión tambien en un principio fué la adoración de este Dios esencialmente uno, manifestado como Padre de todo lo que es, y que habia prometido al hombre culpable un Salvador. A consecuencia su Hijo, su Verbo, toma en tiempo nuestra naturaleza; y despues de haber cumplido el misterio de la Redención del género humano, objeto de su Encarnación, promete enviar á los hombres el Espíritu santificador que les habia revelado mas claramente. Y como el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo no son mas que un solo Dios, la fe en el Padre, en el Hijo y el Espíritu Santo no es mas que una sola fe; el culto del Padre, del Hijo y

1 Lo mismo se advierte en la explanación de las verdades que se contienen en el símbolo. Dese una ojeada por la historia de la Iglesia y de las herejías, y se verá que por el orden que tiene el Credo han ido estas suscitándose, y gradualmente en los concilios explicándose estas mismas verdades. Primeramente *un Dios criador, etc.*, contra los maniqueos, simoníacos, etc., luego *la divinidad del Hijo*, despues la del Espíritu Santo, etc.

2 *Epist. ad Hebr.* 1, 3.

del Espíritu Santo un solo culto; y la Religion, que se compone de esta fe y de este culto, una sola y única Religion.

Es pues incontestable que la *Unidad* es un carácter del Cristianismo. Probaremos ahora que no menos visiblemente le conviene la *Universalidad*.

## CAPÍTULO V.

La Universalidad es propia del Cristianismo.

Aun cuando no nos quedasen monumentos algunos de los antiguos pueblos, sería imposible dudar que no hubiesen conocido las verdades necesarias al hombre, ó la Religion primitivamente revelada, pues que sin Religion ninguna sociedad hubiera podido subsistir, ni establecerse, y el conocimiento de Dios, verdad esencial é infinita, es la base misma ó fundamento de la razon humana, como de toda inteligencia. La idolatría pudo muy bien oscurecer, pero jamás borró del espíritu de los hombres la noción de la Divinidad<sup>1</sup>: por todas partes se conserva esta en medio de los falsos cultos, así como la

<sup>1</sup> Quid enim amplius homini necessarium quam cura in Deum verum.... Ideo tantum opinor, quia à primordio notus est, quia nunquam latuit, quia semper illuxit. *Tertul. adv. Marcion.* l. 2, p. 381, edit. Rigaltii. — Cuando los PP. dicen que los gentiles no conocian á Dios, hablan de un conocimiento práctico; y en este sentido es como S. Atanasio dice de los mismos judios, cuando se apartaban de la ley, que *no conocian á Dios.* *Exposit. in Ps. ci. Oper. t. 1, p. 1, 179,* edit. Benedict. — Despues de haber dicho que todos los hombres conocian la unidad de un Dios criador, *omnibus hominibus ad hoc demum consentientibus*, S. Ireneo explica cuál era el crimen de los paganos: *Illi enim creatura potius quam Creatori servientes, et his qui non sunt dii (Rom. 1, 25. Galat. iv, 8), verumtamen primum deitatis locum attribuunt fabricatori hujus universitatis Deo. Lib. 2, cont. Heres. c. 9, p. 126,* edit. Massuet. — « La idolatría supone la creencia de que existe una divinidad, y » la supersticion que la alma de los hombres es inmortal. » Stillingfleet, *Orig. sacr. Book 1, c. 1, vol. I, p. 9.*

idea de la justicia en medio de los crímenes que manchaban á las naciones paganas. « Estas no estaban, dice » San Agustin, tan del todo entregadas á sus falsos dioses, que hubiesen perdido el conocimiento del solo » verdadero Dios, autor de todas las cosas<sup>1</sup>. » Así es que San Pablo no da en cara á los gentiles con la ignorancia de Dios: antes bien por el contrario lo que, segun el Apóstol, *los hacia inexcusables, era que conociéndolo, no lo glorificaban como tal*<sup>2</sup>. Los Ángeles rebeldes, que sin duda tambien le conocian, pero que rehusaron glorificarle, arrastraron en su rebelion á casi todo el género humano, y el Polytheismo no es mas que una gran desercion, una sublevacion ó levantamiento, un acto por el cual la criatura dejando de honrar á Dios y de obedecerle como al Supremo Monarca de quien dependen todos los seres, renuncia, implícitamente á lo menos, á la sociedad que él habia establecido entre ambos, y se escoge otros soberanos. En una palabra, la idolatría nacida de las pasiones y no de la falta de luces y conocimiento, es, como se ha visto, un crimen de *la voluntad*; y hé aquí porque cuando Jesucristo vino á abolir los falsos cultos, los espíritus angélicos, publicando en sus sagrados cánticos el objeto de su mision, proclamaron *la gloria de Dios* que iba de nuevo á brillar y manifestarse en el mundo, y anunciaron la paz á los hombres de *buena voluntad* ó *cuya voluntad era recta*<sup>3</sup>.

Entre las cosas generalmente reconocidas por ciertas, la universalidad de las creencias ó dogmas de que se componia la Religion primitivamente revelada, nos parece ser una de las menos susceptibles de contestacion. Antiguos y modernos, sea cual sea por otra parte la di-

<sup>1</sup> Discat ergo Faustus.... gentes non usque adeo ad falsos deos esse delapsas, ut opinionem amitterent unius veri Dei, ex quo omnis qualiscumque natura. *S. Aug. contr. Faustum Manich.* 20, 19. — Apertè ut arbitrò ostendit (Petrus), unum et solum Deum, à Græcis quidem gentilitèr, à judæis autem judaicè, novè autem à nobis cognosci et spiritualiter. *Clem. Alex. Strom.* lib. 6, p. 636. — In hoc quod Deus fecit hunc mundum, notus in omnibus gentibus. *S. Thom. 2, 2, q. 2, a. 8.*

<sup>2</sup> *Ad Rom.* 1, 20 et 21. — *Ad Tit.* 1, 16.

<sup>3</sup> *Luc.* 11, 14.

del Espíritu Santo un solo culto; y la Religion, que se compone de esta fe y de este culto, una sola y única Religion.

Es pues incontestable que la *Unidad* es un carácter del Cristianismo. Probaremos ahora que no menos visiblemente le conviene la *Universalidad*.

## CAPÍTULO V.

La Universalidad es propia del Cristianismo.

Aun cuando no nos quedasen monumentos algunos de los antiguos pueblos, sería imposible dudar que no hubiesen conocido las verdades necesarias al hombre, ó la Religion primitivamente revelada, pues que sin Religion ninguna sociedad hubiera podido subsistir, ni establecerse, y el conocimiento de Dios, verdad esencial é infinita, es la base misma ó fundamento de la razon humana, como de toda inteligencia. La idolatría pudo muy bien oscurecer, pero jamás borró del espíritu de los hombres la noción de la Divinidad<sup>1</sup>: por todas partes se conserva esta en medio de los falsos cultos, así como la

<sup>1</sup> Quid enim amplius homini necessarium quam cura in Deum verum.... Ideo tantum opinor, quia à primordio notus est, quia nunquam latuit, quia semper illuxit. *Tertul. adv. Marcion.* l. 2, p. 381, edit. Rigaltii. — Cuando los PP. dicen que los gentiles no conocian á Dios, hablan de un conocimiento práctico; y en este sentido es como S. Atanasio dice de los mismos judios, cuando se apartaban de la ley, que *no conocian á Dios.* *Exposit. in Ps. ci. Oper. t. I, p. 1, 179,* edit. Benedict. — Despues de haber dicho que todos los hombres conocian la unidad de un Dios criador, *omnibus hominibus ad hoc demum consentientibus*, S. Ireneo explica cuál era el crimen de los paganos: *Illi enim creatura potius quam Creatori servientes, et his qui non sunt dii (Rom. 1, 25. Galat. iv, 8), verumtamen primum deitatis locum attribuunt fabricatori hujus universitatis Deo. Lib. 2, cont. Heres. c. 9, p. 126,* edit. Massuet. — « La idolatría supone la creencia de que existe una divinidad, y » la supersticion que la alma de los hombres es inmortal. » Stillingfleet, *Orig. sacr. Book 1, c. 1, vol. I, p. 9.*

idea de la justicia en medio de los crímenes que manchaban á las naciones paganas. « Estas no estaban, dice » San Agustin, tan del todo entregadas á sus falsos dioses, que hubiesen perdido el conocimiento del solo » verdadero Dios, autor de todas las cosas<sup>1</sup>. » Así es que San Pablo no da en cara á los gentiles con la ignorancia de Dios: antes bien por el contrario lo que, segun el Apóstol, *los hacia inexcusables, era que conociéndolo, no lo glorificaban como tal*<sup>2</sup>. Los Ángeles rebeldes, que sin duda tambien le conocian, pero que rehusaron glorificarle, arrastraron en su rebelion á casi todo el género humano, y el Polytheismo no es mas que una gran desercion, una sublevacion ó levantamiento, un acto por el cual la criatura dejando de honrar á Dios y de obedecerle como al Supremo Monarca de quien dependen todos los seres, renuncia, implícitamente á lo menos, á la sociedad que él habia establecido entre ambos, y se escoge otros soberanos. En una palabra, la idolatría nacida de las pasiones y no de la falta de luces y conocimiento, es, como se ha visto, un crimen de *la voluntad*; y hé aquí porque cuando Jesucristo vino á abolir los falsos cultos, los espíritus angélicos, publicando en sus sagrados cánticos el objeto de su mision, proclamaron *la gloria de Dios* que iba de nuevo á brillar y manifestarse en el mundo, y anunciaron la paz á los hombres de *buena voluntad ó cuya voluntad era recta*<sup>3</sup>.

Entre las cosas generalmente reconocidas por ciertas, la universalidad de las creencias ó dogmas de que se componia la Religion primitivamente revelada, nos parece ser una de las menos susceptibles de contestacion. Antiguos y modernos, sea cual sea por otra parte la di-

<sup>1</sup> Discat ergo Faustus.... gentes non usque adeo ad falsos deos esse delapsas, ut opinionem amitterent unius veri Dei, ex quo omnis qualiscumque natura. *S. Aug. contr. Faustum Manich.* 20, 19. — Apertè ut arbitrò ostendit (Petrus), unum et solum Deum, à Græcis quidem gentilitèr, à judæis autem judaicè, novè autem à nobis cognosci et spiritualiter. *Clem. Alex. Strom.* lib. 6, p. 636. — In hoc quod Deus fecit hunc mundum, notus in omnibus gentibus. *S. Thom. 2, 2, q. 2, a. 8.*

<sup>2</sup> *Ad Rom.* 1, 20 et 21. — *Ad Tit.* 1, 16.

<sup>3</sup> *Luc.* 11, 14.

versidad de sus opiniones; gentiles, cristianos, incrédulos, todos han reconocido este hecho. « El sabio doctor » Shuckford observa<sup>1</sup> que las naciones antiguas conservaron largo tiempo usos que anunciaban una religion primitiva, universal, cuyos vestigios se habian conservado en los ritos y ceremonias de su culto religioso; » y pone en el número de estos usos los sacrificios expiatorios é impetratorios; ya de animales, en los que se hacia correr la sangre de las víctimas, y ya simples oblaciones de vino, aceite, frutos y producciones de la tierra. Se erigian altares, se levantaban montones de piedras á la manera de aquel que levantó Jacob para derramar sobre él aceite y consagrarlo al Eterno. Todas estas costumbres y ceremonias practicadas por los Patriarcas, fueron admitidas por los Gentiles, los cuales al principio las hicieron servir solo al culto del verdadero Dios; pero en lo sucesivo las transfirieron al culto sacrilego de los ídolos<sup>2</sup>. »

Un filósofo del último siglo da á la *Universalidad* de la Religion antigua, igualmente que á su *Unidad*, un testimonio tanto mas de notar, cuanto que seguramente no es sospechoso que haya sido dictado por prevenciones favorables al Cristianismo. « Lo que hay de cierto es, » dice, que cuanto mas medita el hombre sobre la religion de los diferentes pueblos, tanto mas se persuade que no habia en un principio sino una en toda la tierra<sup>3</sup>. » No entra en nuestro plan reunir las innumerables autoridades que prueban la verdad de esta proposición. Sin embargo, ofreceremos bastantes, y aun mas de las que son necesarias para convencer á todo hombre racional y de buena fe<sup>4</sup>.

*Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y*

1 Connexion de l'histoir. sacrée et de l'hist. profane, t. I.

2 *Nouv. démonst. Evangel.* t. I, p. 98 y 99.

3 *Lettres américaines*, par le Comte J. R. Carli: note du traducteur, t. I, 47.

4 En efecto, el autor en una serie de 310 páginas ofrece innumerables de toda especie; recorre para ello todos los pueblos, antiguos y modernos, y por el testimonio de los historiadores, y hasta por los himnos de sus poetas deduce sus testimonios: nosotros nos contentamos con hacer una leve insinuacion de ellos.

*de la tierra*: hé aqui el primer artículo del Símbolo de todas las naciones. — « La existencia de un Dios, causa » suprema; principio y fin de todas las cosas, ha sido » creida y enseñada, dice Huet<sup>1</sup>, tan clara y tan constantemente por toda la antigüedad; todos los pueblos la » proclaman con una unanimidad tan perfecta, que es » imposible no reconocer en esta uniformidad la voz » misma de la naturaleza; » y se va á ver que nada dice que no esté apoyado en los mas auténticos monumentos.

1 *Alnetan. Quæst. lib. 2, cap. 1, p. 97.* — En una memoria inserta en la Colec. de la Acad. de las Inscripciones, tomo XLII, p. 332, el Ab. Batteux examina esta cuestion: *Si los paganos ignoraron el verdadero Dios*; y despues de haber observado que se trata « no de los sabios, sino de lo que se llama pueblo por oposicion á los sabios, añade: Me ha parecido que se podia establecer » que los Caldéos, Persas, Egipcios, Griegos y Romanos, á pesar de » tantos errores y extravagancias, han conocido un Dios supremo, y » no han conocido mas que uno. » Desenvuelve en seguida las pruebas de su sentir, y concluye así: « La tradicion pues del género » humano, los misterios, los usos religiosos, la forma de los gobiernos, las leyes, los juramentos, los poetas, los filósofos, el sentimiento íntimo, el temor de lo porvenir, en fin, el cielo y la tierra » anunciaban la misma verdad. Si todo el género humano hubiera » estado dormido, una sola de estas voces habria bastado para despertarle. » p. 360 y 61. — ¿Pues cuál era el crimen del género humano entregado á la idolatría? Héle aquí: « Era haber conocido » á Dios y no haberle glorificado; haber sustituido á su culto el de » los ídolos; en una palabra, el crimen tantas veces echado en cara » á los judios, y tantas veces castigado en aquella nacion infiel. — » Cuando los judios hicieron el becerro de oro en el desierto, no habian olvidado al Dios cuya gloria veian en el Sinai: cuando estaban blecidos despues en el país de Canaan, sacrificaban á Baal, á Asaroth, no ignoraban que el Señor hablaba en Siló: Salomón edificó templos á los dioses de sus mujeres; pero no cerró por esto » el que habia levantado al Dios de su padre. Claudicaban de los dos » lados, como les reprendia Elias: *Usquequo claudicatis in duas » partes: si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, » sequimini illum*; hé aqui el crimen de los judios. — El de los » paganos era aun mayor: los judios adoraban al menos al verdadero » Dios, asociándole los dioses de las naciones; pero los paganos conociéndole, no le asociaban á sus dioses nacionales; no le tributaban ningun homenaje ni culto; era el Dios de la naturaleza y de » todo el mundo; de donde concluian en la práctica, que no era el » Dios de ningun particular. » P. 364 y 65.

En efecto, que la unidad de Dios fuese conocida de los Egipcios, no puede ponerse en duda despues que sabemos por Plutarco <sup>1</sup> que Solon, Thales, Pitágoras, Eudoxio, Platon, que tan distintamente la enseñaron, habian ido de propósito al Egipto á instruirse en las antiguas tradiciones religiosas. Dábanle el nombre de *Kneph*; y le representaban con un huevo que salia de su boca, para recordar que habia criado el universo por su palabra; símbolo del poder criador, que pasó del Egipto á la India, donde se conserva hoy dia. <sup>2</sup> El Dios de la tradicion pues, el verdadero Dios no era desconocido en la patria de todas las supersticiones idolátricas.

¿Quién otro sino era aquella divinidad misteriosa adorada en el templo de Saïs, donde se leia esta inscripcion: *Yo soy el que ha sido, el que es, y el que será* <sup>3</sup>? ¿A qué Dios del paganismo podian convenir estas palabras? Este Dios que *ha sido, que es, y que será*; este Dios, que se define como el verdadero Dios, se define en la Escritura, ¿es otro que Dios mismo? — A la entrada del templo de Delfos se leia tambien esta palabra: *Tu es*; junta con el proverbio: *Conócete á tí mismo*.... La tradicion de un Dios único, todopoderoso, eterno, criador del universo, no se perdió jamás en la Grecia <sup>4</sup>, y aun era allí adorado, pues que el *Dios desconocido* <sup>5</sup>, cuyo altar vió San Pablo al entrar en Atenas, era el verdadero Dios, el Dios *inefable*, segun San Agustín <sup>6</sup>. Todos los filósofos de la es-

1 De Isid. et Osiri Oper. t. II, p. 354. Euseb. *Præp. Evang.* 1, 3, c. 11, p. 115.

2 Hist. des Rit. relig. des Indes, part. 8, t. VI, p. 296.

3 Plutarch. *de Isid. et Osirid.* t. II, p. 354.

4 V. Memoir. de l'Acad. des Inscript. t. III, p. 1.

5 *Præteriens videns simulacra vestra, inveni et aram: in qua scriptum erat: Ignoto Deo. Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis.* Act. xvii, 23.

6 *Numquid dixit, quia extra Ecclesiam colitis, non est Deus ipse quem colitis? Sed ait, quem vos ignorantes colitis, hunc ego annuntio vobis. Quid eis præstare cupiens, nisi ut eumdem Deum, quem præter Ecclesiam ignoranter atque inutiliter colabant, in Ecclesia sapienter et salubriter colerent, Lib. 1, contr. Crescon. c. 29, Oper. t. IX, col. 405.* — Los Atenienses tenían tanta veneracion á este Dios desconocido, que juraban por él en las ocasiones importantes, como se ve en el *Dialogo* de Luciano intitulado:

cuela *itálica* reconocian *un solo Dios eterno, inmutable, que no puede ser visto sino por el espíritu, que todo lo ha criado, y lo conserva todo por su Providencia* <sup>1</sup>.... Se sabe que esta era la doctrina de Platon, á quien los antiguos dieron el renombre de *divino*, como si hubiera sido inspirado por el Dios que celebra con elocuencia tan magnífica.... Aristóteles su discípulo no despreció ó recogió con menos fidelidad la tradicion antigua sobre la divinidad. Se le dan, dice, diferentes nombres, aunque sea uno: se le llama *Zeus* y *Dios*, como para expresar que por él vivimos; *Kronos* de una palabra que significa *tiempo*, para denotar que él es de eternidad á la eternidad <sup>2</sup>.

En general los antiguos llamaban á Dios el Sér por excelencia, el Sér absoluto, ó *el que es* <sup>3</sup>.... Del mismo modo se expresan los Estóicos <sup>4</sup>.... Conmovo de esta uniformidad Máximo Tyrio: « Si se preguntase, dice, á todos los hombres sobre el sentimiento que tienen de la Divinidad, no se hallarian dos opiniones diferentes entre ellos; el Escita no contradeciria lo que diria el Griego, ni el Griego lo que expresase el habitante de la region hiperbórea ó septentrional.... En las otras cosas los hombres piensan diferentemente unos de otros.... Pero en medio de esta diferencia general de sentimientos sobre todo lo demás, á pesar de sus disputas eternas, hallareis en todo el mundo una unanimidad de sufragios en favor de la Divinidad. En todas partes los hombres confiesan que hay un Dios, padre y rey de todas las cosas.... Hé aqui lo que piensan y afirman unánimemente los Griegos y los Bárbaros, los habitantes del continente, y los de las costas marítimas, los sabios y los que no lo son <sup>5</sup>. »

Estos testimonios prueban suficientemente que la tra-

*Philopatris*; lo que prueba que se le creía superior á los otros. L'Abbé Anselme, *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. VI.

1 Timee de Locres, *de anim. mund.* cap. 1, n. 1, y cap. 2, n. 1.

2 *Metaph.* 1. 1, c. 2. *Oper.* t. 2, p. 644, et *alibi passim*.

3 Steuchus, *de perenni Philosoph.* 1. I, c. 7.

4 Véase á Séneca, *de Provident.* c. 1 y 2. — Epicteto, *Manual passim*. — *Réflexions morales de l'emp. Marc-Antonin.* etc.

5 Maxim. Tyr. *Diss.* 1, p. 5 y 6. *Edit. Oxon.* 1677.



dición de la unidad de Dios se conservó siempre entre los antiguos. Se oye como una sola voz que la proclama durante diez siglos <sup>1</sup> en medio de la idolatría. Sin embargo, no hemos citado las autoridades más fuertes. Se podría acaso creer que el pueblo ignoraba esta doctrina de los sabios; y esto es lo que muchos han deducido de algunas palabras de Platon. Pero los poetas que todo el mundo leía; y que se conformaban con las creencias generalmente recibidas; los poetas que fueron á un tiempo los moralistas y los teólogos de la antigüedad, enseñaban sobre este punto la misma doctrina que los filósofos.... Aristóteles, los PP. de la Iglesia y Proclo en sus disertaciones sobre Platon, nos han conservado fragmentos de los himnos de Orfeo, tanto más preciosos, cuanto que forman el monumento más antiguo que nos queda de la teología de los Helenos.... Y en ellos Orfeo proclama la unidad de Dios <sup>2</sup>, que define casi en los mismos términos que San Juan; testimonio de cuya autenticidad, por más asombroso que parezca, no puede dudarse, pues Aristóteles lo cita y comenta. — La unidad de Dios hacia también parte de la doctrina enseñada en los misterios desde los tiempos más remotos <sup>3</sup>.... En medio de las ficciones de que Homero ha llenado sus poemas, y que no eran más que ficciones para los paganos como lo son para nosotros, se descubre fácilmente el mismo fondo de doctrina que en los versos Órficos <sup>4</sup>. — La tribuna y el teatro resonaban con estas máximas; tan conformes eran á la creencia comun. Demóstenes distingue al Dios supremo de todos los otros dioses <sup>5</sup>. Eschilo, Sófocles y Eurípides recuerdan sin cesar un Dios infinitamente superior á los demás <sup>6</sup>. ¿Qué se nece-

<sup>1</sup> Thales vivió cerca de 640 años antes de Jesucristo, y Máximo de Madaura en el siglo IV de la era cristiana.

<sup>2</sup> Unus Deus.... unus Deus in omnibus. *Orphic. fragm.* 4, p. 364. Edit. Gesner.

<sup>3</sup> Vid. Christ. Eschembach, *de poesi Orphica*, p. 136.

<sup>4</sup> *Iliad. passim.* citat. ab Euseb. *Præpar. Evang.* lib. 13, c. 13.

<sup>5</sup> Per Jovem et Deos. *Orat. pro Coron.*

<sup>6</sup> Eschyl: *Prom.* v. 402, 405, t. I, p. 33. Edit. Schutz et alibi. Eurípid: *Hæraclid. Act. m.* p. 511. Sophocl. *Electr.* v. 174 y 175, tom. II, p. 143. Ed. Branch

sita añadir nuevos testimonios? ¿Quién podría dudar que la tradición había conservado en la Grecia pagana el conocimiento del verdadero Dios? <sup>1</sup>. ¿No es evidente pues para todo el que no esté resuelto á negarlo todo, que la antorcha de la revelación primitiva no se extinguió jamás en el mundo?

En los poetas latinos se ve también lo mismo <sup>2</sup>. ¿Y qué Romano podía ignorar aquel Dios *Óptimo, Máximo*, cuyo nombre está escrito sobre tantos y tan diversos monumentos? — Ábranse las obras de los antiguos, y á cada instante se verá hablar en ellas de *Dios* de un modo absoluto <sup>3</sup>, por que tenían sin duda de él la misma idea que nosotros.

<sup>1</sup> Vid. Huet. *Alnetan. Quæst.* I. II, cap. 2. — Cudworth, *Systema mundi intellect.* cap. 4, § 19.

<sup>2</sup> *Aneid.* x, v. 2 et 19. — Horat. *Od. lib. 1, od. 12 et alibi.* Ovid. *Metamorph.* lib. 1, v. 21 y sig. et alii frequenter.

<sup>3</sup> Citaremos uno ú otro pasaje, los primeros que se ofrezcan, de diversos autores. « Lo que *Dios* ha resuelto hacer, el hombre no lo puede impedir. » *Herodot.* l. 9, c. 16. — « ¿ *Dios* no ha hecho al macho de la abeja sin aguijón? » *Plat. de Republ.* l. 8. « ¿ No vivimos en la abundancia por el cuidado que *Dios* toma de nosotros? » *Eurip. supplic.* p. 281. — « Mortal ingrato, te engañas cuando dices: Yo no debo nada á *Dios*, sino á la naturaleza: no hay naturaleza sin *Dios*.... Llámale naturaleza, destino, fortuna: son nombres del mismo Dios, que usa diversamente de su poder. » *Séneca de benefic.* l. 4, c. 8. — *Oh passi graviora, dabit Deus his quoque finem.* Virg. *Æn.* l. I, 201. — Habria debido al parecer llamar mas la atención este hecho; pero se han confundido con la doctrina universal de la tradición las ficciones poéticas, en las cuales los antiguos (*al menos los sabios*) no creían mas que nosotros creemos las del Dante, Milton, Klopstock, el Taso y Camoens, y los sistemas filosóficos sobre la Divinidad, y origen de los seres y formación del mundo; sistemas que variaban sin cesar, y que opuestos los unos á los otros no probaban mas que el orgullo y debilidad de la razón humana. Las cosmogonias antiguas se asemejan á las teorías físicas de Burnet, Buffon, y demás geólogos modernos. Pero á pesar de este trabajo destructor, las creencias generales fundadas en la tradición, conservaban las verdades primitivas, aunque entre tantas sombras. — Otra causa del error de que los antiguos habían olvidado la verdadera noción de la Divinidad, es que continuamente hablaban de *dioses*; pero siempre reconocían uno Supremo: la creencia de los otros era corrupción de la existencia de los ángeles, etc. » La Mennais, *ibid.*

En cuanto á los pueblos que los Griegos y los Romanos llamaban *bárbaros*, sabemos por testimonio de Platon<sup>1</sup>, de Ciceron<sup>2</sup> y de Plutarco<sup>3</sup>, que todos creían la existencia de Dios. « Ninguno de ellos, dice Eliano, cayó jamás en el ateísmo<sup>4</sup>. . . . » Algunos sabios han pensado que los Galos adoraban al Sér supremo bajo el nombre de *Hesus*, voz que en su lengua significaba *Dios*<sup>5</sup>: otros creen que *Theut* era el nombre del Dios supremo entre los Celtas<sup>6</sup>. Lo cierto es que las naciones, de origen céltico adoraban primitivamente á un solo Dios, criador del universo<sup>7</sup>, igualmente conocido de los Slavos<sup>8</sup> y de los Celtiberos<sup>9</sup> y su culto era semejante al de los Patriarcas.

Todos los pueblos septentrionales<sup>10</sup>, los Scifines, al presente Lapones-Daneses, los otros Lapones, los Finlandeses<sup>11</sup>, los habitantes de la Nueva Zembla<sup>12</sup> y de la Samogicia<sup>13</sup>, todos han admitido un Dios supremo. — En ninguna parte se le ignoraba. Los antiguos Sabeos y los Árabes antes de la introducción del Cristianismo, adoraban inteligencias que presiden á los astros; pero no confundían estos dioses criados con el Dios supremo, con el Dios de los dioses y Señor de los señores<sup>14</sup>.

1 *De Legib. lib. 10.* — 2 *Cic. de Legib. 1, c. 8.*

3 *Adv. Colot.* — 4 *Hist. var. 1. II, c. 31, p. 32.*

5 De Chimiac, *Disc. sur la nature et les dogmes de la Religion gauloise, part. 3.*

6 Pelloutier, *Hist. des Celtes, lib. 3, c. 6.*

7 Origen, in Ezechiel. — S. Aug. *De Civ. Dei, lib. 8, c. 4.*

8 Hermoldus, *Chron. Slav. cap. 84.*

9 Los dioses que adoraban los Celtiberos no tenían nombre (*Strab. lib. 3*): prueba cierta de que era único; porque no se dan nombres propios sino cuando es necesario distinguir muchos seres semejantes. Es muy creíble que este Dios único es el verdadero Dios adorado por los Celtas, que habiendo pasado á España, y uniéndose allí con los Iberos, habían formado la nación de los Celtiberos, ó Celtiberios. *Bullet. l'Exist. de Dieu démontrée, etc. t. II, p. 14, 15.*

10 *Ceremon. relig. t. VI, ch. 2.* — 11 *Ibid. ch. 3.*

12 Llamán *Tutra*, es decir, *Criador*, al Dios que adoran. *Martinius, v. Deus.*

13 « Adoraban muchos dioses; pero uno Supremo, que llamaban « en su lengua el *Todopoderoso*. » *Le Laboureur, voyage de Polonie, p. 253.*

14 *Sacella esse eorum cultoribus septem planetarum corpora, hæc-*

Ferecides halló esta doctrina en la Fenicia<sup>1</sup>. Los Asirios adoraban á *Adad* ó al Dios *Uno*<sup>2</sup>. Bel era tambien en su principio el nombre del supremo Dios<sup>3</sup>. . . . « La Religion » primitiva de la Persia, segun Mohsin Fani, fué una » creencia firme en un Dios supremo que hizo el mundo » y le gobierna por su sabiduría<sup>4</sup>. » Religion á que sucedió el culto de la *milicia del cielo*<sup>5</sup>, y despues el del *Fuego*, adoptado y modificado por Zoroastro. — « Los » Indios, los Árabes, los Tártaros, los Persas y los Chi- » nos, dice el caballero Wiliam Jones, uno de los mas » juiciosos orientalistas de que se gloria la Europa, re- » conocen universalmente el Poder supremo de un Espí- » ritu que todo lo ha criado y todo lo conserva, infinita- » mente sabio, poderoso y bueno, é infinitamente supe- » rior á la comprensión de las criaturas mas elevadas<sup>6</sup>. » — En los reinos de Ava, de Pegu<sup>7</sup>, de Laos<sup>8</sup>, de Siam<sup>9</sup>, de Camboje<sup>10</sup>, en la Corea<sup>11</sup>, en Tunquin<sup>12</sup> en la Cochinchina<sup>13</sup>, en el Japon<sup>14</sup>, en Ceylan<sup>15</sup>, en Borneo<sup>16</sup>, en Java<sup>17</sup>,

que esse substantiarum spirituum seu intelligentiarum habitacula... Hæc sidera dominus et deos esse, *Deum autem supremum, Dominum dominorum.* Brucker, *Hist. crit. philos. lib. 2, c. 5, t. I, p. 224.* Vid. *Origin. de l'idolatr. chez les Phenic.*, par l'abbé Mignot. — Edouard Ryan, *Bienfaits de la relig. chrét. t. II, c. 4, p. 5.*

1 Huet, *Anet. quæst. 1. 2, c. 1, p. 98.*

2 Rex deorum Adodus, dice Eusebio. *Præp. Evang. l. 1, c. 10.*

3 Belus primò summum rerum gubernatorem Deum Optimum Maximum depotsbat; grassante verò hominum errore ad idola transferebatur. Selden. *de diis syr. Sint. lib. 2, c. 1.*

4 *Hist. de Perse*, par Malcolm, t. I, p. 273. — 5 *Ibid. n. 272.*

6 *Asiat. recherches*, vol. I, p. 244.

7 *Cérém. relig. t. VI, p. 352.*

8 *Hist. des relig. du monde*, par Jovet, t. V.

9 *Voyage de Siam, t. V.*

10 *Cérém. relig. t. VI, p. 420.*

11 *Histor. gen. de los Viajes*, t. XXIV, p. 152.

12 *Voyage de Dampierre, t. VI, p. 68.*

13 *Voy. de Mendez Pinto, c. 48, p. 213.*

14 *Alph. Tibet, t. I, p. 149.*

15 Knox, *Relat. de Ceylan, l. 3, c. 4.*

16 *Dict. de la Martinière, art. Borneo.*

17 Reland, *Dissert. t. II, p. 191.*

en las Molucas<sup>1</sup>, en Manila<sup>2</sup>, en Formosa<sup>3</sup>, y en las islas del mar Pacífico<sup>4</sup>, se ha reconocido siempre un Dios supremo, eterno, criador del mundo.

Todos los viajeros atestiguan que esta creencia es universal en África. Los negros de la costa de Guinea<sup>5</sup> y de la costa de Oro saben que hay un Dios criador del cielo y de la tierra, que es bueno, y que colma de bienes á los que le adoran. No aman á sus *fetiches*, los temen y los creen almas inmortales<sup>6</sup>. Los de Monomotapa reconocen igualmente un Dios, criador del mundo, á quien llaman el *Dios zeloso*<sup>7</sup>. Los habitantes de los reinos de Agag, de Tocora, de Guiteva, de Simbawe, de Congo, de Loango, de Songo y de Cantalla, tienen la idea de un Dios único todopoderoso, autor del universo. Dan sin embargo una especie de culto á sus Reyes, porque los miran como representantes del Dios supremo<sup>8</sup>, llamado por los Cafres y los Hotentotes *el grande Invisible, el Padre y el capitán de los dioses*<sup>9</sup>. M. Boudich ha hallado la misma doctrina entre los Aschantis<sup>10</sup>; Stedman entre los negros transportados á la América<sup>11</sup>, y otros viajeros en las islas de Cabo-Verde<sup>12</sup>, en Sofala<sup>13</sup> y en Madagascar<sup>14</sup>.

La misma estaba extendida en el Nuevo-Mundo cuando

1 *Cérém. relig.* t. VI, p. 423.

2 *Hist. gén. des Voyages*, t. XXXIX, p. 137.

3 Thévenot, *ibid.* — 4 *Parallél. des relig.* t. I, p. 681.

5 *Relat. de Guinée*, par Salmon, en su *Historia moderna*.

6 *Eelat.* de Des Marchais, p. 66.

7 Purchas, *Pilgrim.* tom. I, p. 180.

8 Dapper, *Descrip. de l'Afrique*, vol. II.

9 *Coutumes religieuses*, p. 279.

10 *Voyage dans le pays d'Aschantie... ou Relation de l'ambassade envoyée par les Anglais dans ce royaume*, par T. E. Bowdich, chef de l'ambassade, p. 370, Paris, 1819.

11 *Voyage à Surinam et dans l'intérieur de la Guinée*, par le capit. J. G. Stedman, t. III, p. 71.

12 *Voyage de Van-Der-Brok*, t. VII, des *Voyages de la Compagnie de Hollande*, p. 384.

13 Joyet, *Hist. des relig. du monde*, t. VI.

14 *Voyage d'Olearius, de Schoutem. Hist. des Indes Orient.* par Souclou de Rumefort.

penetraron en él los Europeos en el siglo xv<sup>1</sup>. Los Mexicanos reconocían un Criador supremo, y Dios conservador del universo<sup>2</sup>, que llamaban *Teut ó Teott*<sup>3</sup>; y uno de sus Reyes había compuesto en lengua *asteca* setenta himnos en su honor<sup>4</sup>.... En el Perú se le adoraba bajo el nombre de *Pachacamac*, voz compuesta que significa: *El Criador del mundo*<sup>5</sup>.... Los de la América septentrional le distinguían igualmente de los genios subalternos<sup>6</sup>: Muchas tribus salvajes le conocen bajo el nombre del *Grande-Espiritu*<sup>7</sup>.... La misma creencia se ve en la Luisiana<sup>8</sup>, en el Brasil<sup>9</sup>, y entre los Araucanos<sup>10</sup>.

Autor del universo; no, jamás vuestra memoria se perdió entre los mortales. Todos han oído la voz poderosa, que como *un soplo de vida* atraviesa el tiempo para animar á las inteligencias, revelándoos vuestro ser. Pero los hombres deslumbrados con vuestra gloria, aterrados de vuestra grandeza, han apartado de vos sus miradas. Se han encorvado para no ver al que *no se puede*

1 Hoc comunc apud omnes penè barbaros (*americanos*) est, ut Deum quidem omnium rerum supremum ac summè bonum fateantur.... Igitur et quis ille summus idemque sempiternus rerum omnium opifex, quem ignoranter colunt, per omnia decere debent. Jos. Acosta, de procuranda Indorum salute, *lib.* 5, p. 415. — « La existencia de Dios, y la inmortalidad del alma habian sido ó eran » las primeras bases de la Religion de estos pueblos que se llaman » salvajes, bárbaros, etc. » Carli, *Lett. américain.* t. I, p. 105.

2 Solis, *Hist. de la conquista de Méjico*.

3 *Id. Ibid.* p. 101. — Humboldt, *Vues des Cordillères et des monuments de l'Amérique*, t. I, p. 99.

4 *Ibid.* t. II, p. 390.

5 *Pacha* significa *Mundo* en lengua peruana, y *camar*, *vivificar, animar*; así *Pacha-camac* no designa otra cosa que el *Criador del mundo*. Carli, *Lett. améric.* t. I, p. 101. Vid. et *Hist. des Incas*, t. I, p. 304 y 335.

6 Carli, *Lett.* p. 105.

7 Charlevoix, *Hist. de la Nouv. France*, t. III, p. 343. — Sargard, *Voyage du pays des Hurons*, p. 226. — *Hist. de l'Amér. Septentr.* par M. de la Potherie, t. II, p. 3. 10.

8 Le Page, *Hist. de la Louisiane*, t. II, p. 327.

9 Los Brasilianos reconocen un primero y supremo Dios, á quien llaman *Tupa*. Laet. *de Orig. Gen. Americ.* p. 193.

10 *Viajero Universal.* — *Annal. des Voyages*, t. XVI, p. 90.

ver *sin morir*<sup>1</sup> atormentados interiormente de un crimen que no estaba expiado, sentían en sí mismos que una cosa les separaba de vos; y en su terror y debilidad, frecuentemente no se atrevieron á levantar su adoracion sobre la criatura. Sin embargo, el Criador, *el Dios de los dioses*, el Eterno, no dejaba de estar presente á su pensamiento, y en el seno mismo de la idolatría, ningún pueblo desconoció un solo momento su existencia.

Un Dios único, inmaterial, eterno, infinito, todopoderoso, Criador del mundo: tal era el primer dogma de la Religion primitiva; y la tradicion, como lo acabamos de ver<sup>2</sup>, conservó perpetuamente su conocimiento en todos los pueblos. Todos los pueblos instruidos sin duda tambien por ella, conocian igualmente la necesidad del culto<sup>3</sup>, es decir, de la adoracion y del sacrificio, la ley moral, la existencia de los buenos y malos ángeles, la caida del hombre, y la necesidad que tenia de expiacion; en fin, la inmortalidad del alma y las penas y recompensas futuras.

La verdadera Religion se componia de estos dogmas ó creencias antiguas y universales que comprendian todos los deberes del hombre, la ley de su entendimiento, de su corazon y de sus sentidos; y casi no se puede dudar que no subsistiese largo tiempo sin alteracion, esencial á lo menos.

Uno de los puntos de la doctrina antigua, era que Dios gobernaba el mundo, aun el material, por ministerio de espíritus, á cada uno de los cuales le agradó atribuir ciertas funciones. Se servia de los *buenos* para conservar

1 Esta era la opinion de los antiguos, que no se podia ver á Dios sin morir. Y así se ve tambien en varios pasajes de la Escritura.

2 A no ser por este medio, ¿cómo se hubiera podido hallar en pueblos tan distantes, de caracteres y genios tan opuestos, bajo tan diversos climas, una creencia tan uniforme? Como descendian de un mismo tronco, al separarse llevaron sin duda todas las nociones comunicadas por el primer padre, aunque despues las alteraron con mil extravagancias.

3 Reconocida la grandeza del Sér supremo, Criador, etc., era consiguiente el reconocimiento; y experimentada la debilidad propia, lo era el acudir á implorar el auxilio de quien, como poderoso, podia socorrerlos.

el órden general, para velar y proteger á los imperios y reinos, para custodiar á los hombres, y derramar sobre ellos sus beneficios: permitia á los *malos* probarlos, como se ve en la historia de Job, ó les encargaba ejecutar los decretos de su justicia<sup>1</sup>. La Escritura recuerda por todas partes este maravilloso ministerio de los Ángeles<sup>2</sup>, y en cualquiera época á que se quiera subir,

1 *Malis pœnas irrogari et per bonos angelos, sicut Sodomitis, et per malos angelos, sicut Egyptiis, legimus: justos verò corporalibus pœnis per bonos angelos tentari et probari, non mihi occurrit. S. Aug. Enarrat. in Ps. LXXVII, n. 29, t. 4. col. 831, edit. Bened.*

2 El Evangelio nos muestra al mismo Jesucristo tentado por Satanás, y curando hombres sujetos al poder de los espíritus malignos. Enseña además que los niños, objeto tierno de una providencia maternal, tienen Ángeles encargados de su custodia. ¡Tan grande es el valor de nuestra alma á los ojos de Dios! *Todos los espíritus celestiales son ministros suyos*, segun San Pablo, y él los envia para ayudarnos á recoger la herencia de salud: para defendernos contra el que fué homicida desde el principio, y ando dando vueltas sin cesar al rededor de nosotros como un leon rugiente buscando á quien devorar; porque no tenemos sólo que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los que tienen poder en este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos esparcidos en el aire. — Los SS. PP. depositarios fieles de la antigua tradicion confirmada por la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, unánimemente nos dicen que la providencia del Altísimo se extiende á todo cuanto existe, y se sirve para la ejecucion de sus designios del ministerio de los Ángeles: que ellos gobiernan el universo y le conservan. Presiden á todas las cosas visibles, á los astros del cielo, á la tierra y sus producciones, al fuego, á los vientos, al mar, á los rios, á las fuentes y á los vivientes, y presentan á Dios las oraciones de los hombres. Asociados á su vasta administracion, no desdennan ninguna de las funciones que les confia el Todopoderoso; y cada uno se limita al destino y encargo que se le prescribe y confia. Así se explican San Justino, Atenágoras, Theodoro, Clemente de Alejandria, San Gregorio de Nacianzo, Orígenes, Eusebio de Cesarea, San Jerónimo, San Agustín, San Hilario, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Cirilo y Santo Tomás. Bossuet, explicando esta misma doctrina: « Todos los antiguos, dice, han creído desde los primeros siglos que los Ángeles intervenian en todas las acciones de la Iglesia; han reconocido un Ángel que lo hacia en la oblacion, y la llevaba sobre el altar sublime, que es Jesucristo; un Ángel á quien se llamaba el Ángel de la oracion, que presentaba á Dios las súpli-

no se hallará sobre la tierra tradicion mas constante.

Un hombre de una erudicion inmensa<sup>1</sup>, ha probado que se halla en todos los pueblos de la tierra; que los Griegos la habian recibido de los Egipcios y de los Fenicios; que toda la antigüedad ha reconocido la existencia de espíritus inferiores al Dios supremo, y criados por él para presidir al orden de la naturaleza, á los astros, á los elementos, á la generacion de los animales. El mundo, segun Thales y Pitágoras, está lleno de estas *sustancias espirituales*<sup>2</sup>. Se las creía esparcidas en los cielos y en el aire. Se dividian en dos clases, una de espíritus buenos, y la otra de espíritus malignos<sup>3</sup>, inferiores á los

» cas y ruegos de los fieles. (*Tertul. de Or.*) Estaban tan persuadidos de este ministerio de los Angeles, que Origenes contado con razon aun por los protestantes en el número de los teólogos mas sublimes, invoca pública y directamente al Ange del Bautismo, y le recomienda á un anciano que acababa de hacerse hijo suyo en Jesucristo por este sacramento.... Cuando veo en los Profetas y en el Apocalipsi, y en el Evangelio mismo aquel Angel de los Persas, el de los griegos, el de los Judios, el Angel de los Niños, que toma su defensa delante de Dios contra los que los escandalizan; el Angel de las aguas, el del fuego, y así otros: cuando veo entre todos estos Angeles al que pone sobre el altar el celestial incienso de las oraciones, reconozco en estas palabras una especie de mediacion de los santos Angeles; y descubro tambien el fundamento que pudo dar ocasion á los paganos de distribuir sus divinidades para presidir en los elementos y en los reinos, porque todo error está fundado sobre algunas verdades de que se abusa. » (*Préface de l'Apocalypse.*) La existencia pues de los buenos y malos espíritus que concurren, aunque de un modo diferente, á la ejecucion de los designios de Dios, y son como los instrumentos de su providencia en el gobierno del mundo, aun material; esta creencia, tan antigua como el género humano, pertenece á la tradicion universal, y hé aqui porque consagrada por el Cristianismo hace parte de la sociedad universal ó católica.

1. Huet, *Aletaneæ quæst.* l. 2. c. 4. p. 126 á 137.

2. Plutarch. *De placit. philos.* l. 1, c. 8. Diog. Laert. *in thalct.* Laert. *in Pythag.* — Esta misma es la doctrina de Confucio, consignada principalmente en los *Ssé-chou* ó *Los cuatro libros*, compuestos por sus cuatro principales discipulos, que escribieron las lecciones que habian recibido de él, apoyándose siempre en sus propias palabras.

3. Empedocles decía que los malos demonios son castigados por las faltas que han cometido. *Plutarch de Isid. et Osirid.*

primeros<sup>4</sup>. Platon habla de un Principe de una naturaleza maligna<sup>2</sup> puesto á la frente de estos espíritus arrojados, segun Plutarco, *por los dioses y caidos del cielo*<sup>3</sup>. La creencia de los Angeles de guarda, ó génius destinados á velar sobre el hombre desde su nacimiento hasta su muerte, no era menos antigua ni menos general.

La idolatría misma, aunque bajo una multitud de formas diferentes, estaba casi toda reducida al culto de los espíritus esparcidos en el universo<sup>4</sup> y al de los hombres,

1. *Sciunt dæmonas philosophi... dæmonas sciunt poetæ, et jam vulgus indoctum in usum maledicti frequentat; nam et Satanam principem hujus mali generis, proinde de propria conscientia animæ eadem execramenti voce pronuntiat. Angelos quoque etiam Plato non negavit: utriusque nominis testes esse vel magis ædsunt. Tertul. Apolog. adv. gent. cap. 22.* — Segun los Caldeos hay diferentes especies de demonios. Son tantos que el aire está lleno de ellos: están animados de un odio violento contra Dios. Enemigos del hombre, le engañan, le seducen y mueven al mal. *Marc. ap. Psell. in dialog. De operatione dæmon.* — Los Arabes llaman al jefe de los demonios *Iba*. es decir, *el Refractario; Scheitan* ó *Satan, el Calumniador; y Eblis, el Desesperado.* D'Herbelot, *Bibl. orient. art. Div.* t. 2. p. 322, 323.

2. *De Legibus, l. 10.*

3. Plutarch. *De vitand. ære alieno.* La caída de los ángeles rebeldes está indicada claramente en Eschylo. Prometeo habla de una *sedicion* que hubo en el cielo entre los dioses, queriendo unos arrojar á Kronos de su solio para que reinase Zeus, y oponiéndose los otros á que Zeus reinase sobre los dioses. Estos fueron precipitados con Kronos su jefe, á las oscuras profundidades del Tártaro. *Prometh. Scen. 3.* — *Vid. et Hesiod. Theogon. v. 636 y sig. — Ovid. Metamorph. l. 1, v. 151 y sig.*

4. « Las inteligencias celestes que presidian á los astros, honradas al principio simplemente como ministros de Dios, llegaron á ser despues objeto de un culto directo é idolátrico. Este culto se extendió poco á poco á todos los espíritus encargados de velar sobre los elementos ó sobre el destino de las naciones y aun de cada hombre, sobre los animales, y aun sobre las producciones inanimadas de la naturaleza. El deseo de los bienes y el temor de los males, movieron á los hombres á adorar é invocar los seres que eran sus dispensadores inmediatos. Olvidando con esto al Señor soberano, y no mirando sino á los ejecutores de sus órdenes, se prosternaron delante de ellos como delante de la divinidad misma, y por todos los medios que una imaginacion desarreglada les sugirió, se esforzaron á aplacar su ira,

que después de su muerte se creían elevados á un grado de poder y de perfeccion que los aproximaba á los espíritus celestiales; es decir, sustancialmente al culto de los *Ángeles*<sup>1</sup> y de los *Santos*. Las pruebas de esto se hallan por todas partes. Católicos, protestantes, filósofos, todos convienen en ello: serian necesarios volúmenes para extenderlas si se hubiesen de recorrer las diversas religiones idolátricas que han reinado y reinan sobre la tierra; y no tendríamos mas embarazo que el de la eleccion. En efecto, ¿qué significan todas esas divinidades subalternas, esa vasta jeraquia de dioses, de genios de un poder limitado en sus atribuciones, subordinados unos á otros, nunca confundidos con el Dios supremo<sup>2</sup>

apartar su venganza ó asegurarse su proteccion. — Es indudable que el espíritu del mal, Satanás y sus ángeles, eternos enemigos del género humano, y cuya existencia testifica todo él, emplearian su poder funesto para precipitarle en este espantoso desorden. Excitando las pasiones de una criatura ciega y corrompida, embriagándola de abominables deseos, se hicieron adorar de los pueblos, y se vieron todos los delitos evocados del abismo atravesar el corazon del hombre é irse á sentar sobre infames altares. Asi por un horrible progreso de la depravacion, el culto de los espíritus vino á ser casi exclusivamente el culto del infierno y de sus príncipes. » *La Men. hic*, p. 79, 80.

<sup>1</sup> Es muy verosímil que los dioses de los Griegos hayan sido formados sobre la idea de los buenos y malos ángeles; y de ahí han venido tambien los *Egrogoras* de los Hebreos, los *ánedots* de los Caldeos, los *genios*, *Eonas*; en una palabra, los dioses y semidioses del paganismo. El testimonio de Filon (en su libro de los Gigantes) es expreso sobre este punto. « Moisés, dice, acostumbra á llamar *ángeles* á los que los otros filósofos llaman *demonios*. » — Aunque la palabra *demonio* se emplease comunmente por los Griegos para designar los ministros del Sér supremo, sin embargo se halla la palabra *ángeles* en Platon, el cual llama á Némesis el *Angel del juicio*, ó de la justicia de Dios. De legib. l. 10.

<sup>2</sup> Es no entenderse á sí mismos pensar que los gentiles confundian los diversos espíritus con el Dios supremo, ó que les aplicaban la verdadera nocion de la divinidad: esta supone necesariamente la unidad; y por consiguiente sería necesario decir que creían la pluralidad de un Dios *Unico*. En la idea verdadera de este entra el concebirle infinito, eterno, independiente. Ahora bien, si hay alguna cosa claramente reconocida es que los dioses del paganismo formaban una grande jeraquia de potestades limitadas y subor-

que traian su origen de él, y de él dependian como sus ministros? Qué significan.....

Basta, detengámonos: ¿De qué servirian los demás testimonios que podríamos producir? Cuando todas las generaciones humanas, sacudiendo el polvo, viniesen ellas mismas á decirnos: ved aquí lo que hemos creído, ¿estaríamos mas ciertos que han reconocido seres intermedios ó inteligencias, que traian su origen de Dios y dependian de él como ministros suyos? Lo estaríamos de que el conocimiento de un Dios único, eterno, padre de todo lo que existe, se conservó siempre en el mundo? Esta es la fe y creencia universal, la fe de todos los siglos y de todas las naciones. ¡Unanimidad maravillosa! ¡Concierto magnífico! ¡Qué majestuosa es esta voz que se eleva de todos los puntos de la tierra y del tiempo hácia el Dios de la eternidad!

Allá separadamente, en las tinieblas, se ha oido otra voz funesta, parecia salir de un sepulcro, y quebrarse entre huesos; era como la voz de la muerte. Los pueblos han aplicado el oido á este sonido lúgubre; sordas

dinadas unas á otras: ¿cómo pues podria concebirse cada una de ellas independiente? ¿Qué eran aquellas divinidades *superiores* é *inferiores*, si todos eran iguales, infinitos, etc.? Seamos justos para con los mismos, cuya ceguedad criminal lloramos: jamás cayeron en semejantes contradicciones; y aun se puede justamente dudar que un trastorno tan extraordinario de la razon haya, no digo existido, pero en su totalidad que sea posible. — « Es constante, dice Beausobre (*Hist. du Manichéisme*, lib. 9, c. 4, t. II, p. 654, 55.), que los paganos jamás confundieron sus dioses celestes ó terrestres con el Dios supremo, ni les atribuyeron la independencia ó soberanía. Observacion importantísima que desvanece la frivola objecion con que un filósofo ha querido invalidar el solidísimo argumento de la existencia de Dios, tomado del consentimiento de los pueblos, apoyándose en que el politeismo lo habia tenido. Esto es cierto en un sentido, y falso en otro. Si por el *politeismo* se entienden muchos dioses soberanos independientes, es falso que los pueblos, hayan creído jamás muchos dioses (y aun, como acabamos de decir, es implicatorio). Todos han convenido en la unidad del Dios supremo. Ahora, si se entiende muchos dioses subalternos bajo un Dios supremo y Señor de todo, es cierto que ha habido un grande consentimiento de los pueblos en ello. » *La Mennais*, p. 59 y 60 de este. segundo tomo.

blasfemias han llegado hasta ellos; todos han dicho: ¡Es el grito del Ateo! y se han estremecido de horror.

¡Criador de todos los Seres! todas las cosas atestiguan vuestra existencia; están en vos y vos estais en ellas; las penetrais, las inundais de vuestra vida, os manifestais á ellas de mil diversas maneras, y ninguno puede desconocerlos é ignoraros. Las potestades celestiales, los innumerables espíritus á quienes habeis confiado la administracion de vuestras obras, os conocen y cantan vuestra gloria<sup>1</sup>, pero el hombre ha rehusado glorificaros; ha trasladado á la criatura el culto que solo es debido á Vos. En el extravío de su corazón, ha olvidado al Señor soberano para adorar á sus ministros y á sus súbditos rebeldes, para adorarse á sí mismo: este es su crimen, que vos solo, ¡oh buen Jesus! podeis borrar. Hombres, levantad los ojos al cielo, allí está vuestro padre: bajadlos hácia la cruz, allí está vuestro Redentor; y vuestro sér todo entero clame: ¡Adoracion, amor al Dios que ha criado el Universo! ¡Amor, adoracion al Dios que lo ha salvado!

Considerando pues lo que ofrecen de universal las creencias del género humano<sup>2</sup>, se ve que en todas partes se ha reconocido: 1.º La unidad de un Dios eterno, omnipotente, criador y conservador. 2.º La existencia de los espíritus intermedios, de diferentes órdenes, que son los ministros del Dios Supremo en el gobierno del mundo; los unos buenos, á quienes es útil invocar, así como á las almas de los hombres virtuosos, elevadas despues de la muerte á un alto grado de gloria y de poder; los otros malos, y que debemos temer, porque sin cesar tratan de dañarnos. 3.º La necesidad del culto.

Todas estas creencias son verdaderas; forman una parte principal de los dogmas cristianos; pues nosotros honramos á los Angeles y á los Santos, y los invocamos

<sup>1</sup> Cœli enarrant gloriam Dei. Ps. xviii.

<sup>2</sup> Antes de pasar adelante para quitar toda equivocacion debemos advertir, que cuando se dice que la verdadera Religion es universal, no es afirmar que todos los pueblos la hayan abrazado y seguido; lo que se quiere únicamente decir es, que en todas las naciones de la tierra se tenía noticia de lo esencial de ella, y de sus puntos fundamentales: y esto es lo que trata de probar el autor en todo este capítulo.

tambien. Pero los hombres han hecho mas; los han adorado<sup>3</sup>, y aun á los demonios mismos, violando así el primero de los deberes para con el Sér Supremo; y como hemos probado, la idolatría por su esencia no es la negacion de una verdad, sino la trasgresion de un precepto; no es un error, sino un crimen. Los gentiles tenían tanto menos excusa para cometerle, cuanto que en ninguna parte se ignoraba que el culto se debia principalmente dirigir al Dios Supremo. Este deber está expresamente señalado en un sinnúmero de pasajes, y muchos recuerdan hasta la obligacion de no adorar mas que á este Dios<sup>4</sup>, siempre atento á conservar por mil medios diferentes, en medio de un mundo corrompido, la memoria de su existencia y de su ley..... « Es necesario, » dice Hierocles, reconocer y servir á los dioses, pero de » modo que se ponga sumo cuidado en distinguirlos del » Dios Supremo, que es su Hacedor y su padre: no se » debe exaltar mucho la dignidad de ellos; y en fin, el » culto que se les dé, debe referirse á su único Criador, » á quien se puede nombrar propiamente el *Dios de* » *los dioses*, porque es Señor y el mas excelente de todos<sup>5</sup>. »

Este, y otros pasajes semejantes de Macrobio<sup>6</sup>, etc., nos hacen ver que aun en el seno del paganismo hubo siempre hombres que clamaron contra el principio de la idolatría. Esta estaba además condenada universalmente bajo otro respecto; porque abandonándose ella á cultos impíos y abominables, el mundo entero sabia que el culto de la divinidad debia ser santo.<sup>5</sup> En el teatro mismo resonaba esta máxima, consagrada por los poetas, filósofos y legisladores.

La Oracion<sup>6</sup> y el Sacrificio, hé aqui el culto, segun

<sup>1</sup> La palabra *adoracion* en todo rigor es expresiva del culto de *latría*, propio de solo Dios: suele ya comunmente tomarse en un sentido mas lato, por *veneracion*.

<sup>2</sup> S. Just. *Apol.* 2. *Oper.* p. 66.

<sup>3</sup> Hierocl. *in Carmina Aur.* p. 10.

<sup>4</sup> Macrob. *Somn. Scipion.* l. 1, v. 14.

<sup>5</sup> Cicer. *de Officiis*, lib. 2, c. 3, n. 11.

<sup>6</sup> Voltaire, *Addit. à l'Hist. géner.* p. 38, édit. de 1763.

Platon; y no hay verdadero culto sin piedad y santidad<sup>1</sup>.... En los países y siglos mas corrompidos, la voz de la tradicion enseñaba á los hombres á respetar la santidad de los altares<sup>2</sup>, y á no dirigir á la Divinidad sino oraciones dignas de ella<sup>3</sup>. Las leyes mismas lo prescribian como una obligacion; y la de las doce Tablas amenaza con la *venganza de Dios* á cualquiera que la quebrante.

Podríamos alegar otros muchos testimonios semejantes; pero creemos estar probada suficientemente la universalidad de la tradicion, que manda dar á la Divinidad un culto santo.

La inmortalidad del alma, *dogma capital*, del cual *ninguno puede prescindir*, segun Celso<sup>4</sup>, fué tambien creida universalmente por todo el mundo, por confesion misma de los enemigos mas fogosos del Cristianismo. Voltaire<sup>5</sup> y Bolingbroke convienen expresamente en ello. Segun este último, « La doctrina de la inmortalidad del alma y » de un estado futuro de penas y premios, parece perderse en las tinieblas de la antigüedad: precede á todo » lo que sabemos de cierto. Desde que se comienza á » desembrillar el caos de la historia antigua, hallamos esta creencia establecida del modo mas sólido » en el espíritu de las primeras naciones que conocemos<sup>6</sup>. »

La misma idolatría está fundada en gran parte sobre este dogma, ¿Cómo se habria podido en efecto dar culto en todas partes á ciertos hombres despues de muertos, si se hubiese creído que todo el hombre perecia con la muerte? La metempsicosis, la necromancia, y otras mil supersticiones semejantes, suponen igualmente la creencia de la inmortalidad del alma.

<sup>1</sup> Plat. *Eutipbro. Oper. t. I, p. 28, 29, 31, 32.* — *Id. de Legibus, l. 4, t. VIII, p. 136, et lib. 10, t. IX.*

<sup>2</sup> Horat. *Carm. seculare.* — Séneca, *de Consolatione ad Marciam*, cap. 24.

<sup>3</sup> Juvenal, *Satir. 10, v. 356, 364.* — Plaut. *Rudens. Prolog.*

<sup>4</sup> Orig. *contr. Cels. l. 8, n. 49.*

<sup>5</sup> V. *Cartas de algunos judios portugueses, etc., t. II.*

<sup>6</sup> Bolingbroke's *Works*, vol. V, p. 2, 37.

Esta era la doctrina de los Egipcios<sup>1</sup>, de los Caldeos<sup>2</sup>, de los Persas<sup>3</sup>, de los Indios<sup>4</sup>, de los Chinos<sup>5</sup>, de los Japoneses<sup>6</sup>, de los Griegos<sup>7</sup>, de los Romanos<sup>8</sup>, de los habitantes de la Tracia<sup>9</sup>, de los Getas<sup>10</sup>, de los Galos<sup>11</sup>, de los Germanos, de los Sarmatas, de los Scitas, de los Bretones, de los Iberos<sup>12</sup>, de los Americanos<sup>13</sup>, en una palabra, la doctrina de todas las naciones<sup>14</sup>.

Ellas han creído igualmente que despues de la muerte el alma sufria un juicio irrevocable, al que seguian premios ó penas eternas<sup>15</sup>; y admitian además un estado intermedio de un verdadero *Purgatorio*, segun que el mismo Voltaire<sup>16</sup> y Warburton<sup>17</sup> lo reconocen formalmente<sup>18</sup>.

¿Quién no admirará la inmutable uniformidad de esta

<sup>1</sup> Herod. l. 2, c. 122. — Battenx, *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. XLVI, p. 305. — <sup>2</sup> *Orac. chald.* cap. 10.

<sup>3</sup> Pausanias, *in Messenac.* c. 32. — Foucher, *Mém. de l'Acad. des Inscr.* t. XLIV, p. 396, etc.

<sup>4</sup> Strab. l. 15. — <sup>5</sup> *Lettr. edifiant.* t. XX y XXI.

<sup>6</sup> *Aletan. quest.* l. 2, cap. 24, p. 302.

<sup>7</sup> Warburton, *Divin. legat. de Moses*, vol. II, l. 2, § 1. — Tim. *Loer. de antim. mundi.* — Thales, *ap. Diog. Laert. in Proemio*, § 9. — Arist. *ap. Plutarch. de plac. Philos.* l. 5, c. 24. — Platon, *de Repub.* l. 6, etc.

<sup>8</sup> Cic. *Tusc. quest.* l. 1, c. 12. — Senec. *Ep. CXVII.* Macrob. *in somn. Scip.* l. 1, c. 14.

<sup>9</sup> Pomp. Mela, l. 2. — <sup>10</sup> Herod. l. 4, c. 93.

<sup>11</sup> Diod. Cic. l. 5, c. 122. — Mela, l. 3, c. 2. — Cesar, *de Bello Gall.* l. 6. — Lucan. l. 1. *Amm. Marcellin.* l. 15.

<sup>12</sup> Brucker, *Hist. crit. phil. append. ad part. II*, l. 2, c. 11, t. VI. — Grotius, *de Verit. Rel. christ.* l. 1, § 22.

<sup>13</sup> Robertson, *Hist. of América*, Book, 4, v. 2, p. 171. — Carli, *Lettr. americ.* t. I, p. 105.

<sup>14</sup> Valsecchi, *Fundam. de Religion*, t. I. — *Aletan. quest.* lib. 2, c. 8, p. 152.

<sup>15</sup> *Ibid.* c. 23 y 24. — <sup>16</sup> *Addit. à l'Hist. génér.* p. 74.

<sup>17</sup> *Divin. legat. of Moises*, vol. 1.

<sup>18</sup> « Como se ignoraba la suerte de cada uno de los que morian, se oraba generalmente por todos los difuntos; y en los billetes que se enviaban para avisar la muerte de alguno, se anadia su encomio, á fin de interesar á que se pidiese por él. Habia su liturgia y fórmulas de oraciones por los muertos. Se invocaba hasta los santos en su favor, como lo prueban varias inscripciones de los sepuleros. Y todos los pueblos han tenido usos semejantes. » *La Hennois*, *ibid.*



doctrina, y la universalidad de la antigua tradicion, que instruyendo igualmente á los púeblos cultos y bárbaros, en todos los tiempos y en todos los lugares, ponía á distancia de 18 siglos las mismas palabras en la boca de un filósofo de Atenas y en la de un salvaje americano? Ciegos despreciadores de la ley divina, ¿lo entendéis? No solamente es ya el Evangelio el objeto de vuestro estúpido desprecio; es la antigua tradicion del género humano que señala vuestro lugar á la izquierda del soberano Juez, y os dice: *Id de aquí!*

Nada pues conmovió jamás la fe del género humano ni sus esperanzas. Por todas partes la virtud levanta con alegría sus miradas al cielo, adonde recibirá su recompensa, y el mismo crimen no se atreve á negar el suplicio que le espera. Una fuerza atrae al hombre hácia lo futuro; esta vida rápida no basta, no satisface á la conciencia del justo ni á la del malvado; para igualar el terror del uno y los deseos y esperanza del otro, se necesita alguna cosa infinita como el poder de Dios, y eterna como su justicia.

Es cierto que algunos insensatos han buscado la nada en la obra inmensa del Criador; la han llamado á grandes gritos en medio del universo; pero de mundo en mundo la vida sola les ha respondido.

Otros necios dando su débil razón por regla á la bondad de Dios y á sus juicios, han desechado el dogma de las penas temporales, la invocacion de los Santos, las oraciones por los difuntos, rompiendo así uno de los vínculos mas dulces de la sociedad religiosa universal, y no dejando entre el corazon del hombre y el objeto de su pena y sentimiento mas que el silencio del sepulcro. Pero su falsa sabiduría es confundida por la unánime tradicion de los puebllos; y mientras que estos hombres duros y presuntuosos se separan igualmente de las almas bienaventuradas y pacientes, porque su espíritu grosero no concibe otro medio de comunicacion que los sentidos, todas las naciones de la tierra y todas las edades repiten: *Santo y saludable pensamiento es orar por los difuntos, para que se vean libres de las penas de sus pecados*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Machab. II, XII, 46.* — Las oraciones por los difuntos es una de

El pecado mismo y el modo con que entró en el mundo, es objeto de una tradicion no menos antigua y general; y el dogma terrible de la caída de nuestro primer padre, y de la corrupcion de la naturaleza humana se encuentra en todas partes, y en todas ellas es uno de los fundamentos de la Religion universal, como lo nota Voltaire<sup>1</sup>.

Dejando ahora los innumerables testimonios que pudiéramos alegar sobre este punto, los hechos solos bastan para probar que la caída del hombre y la corrupcion de nuestra naturaleza, fueron siempre generalmente creídas. En efecto, ¿de qué otro principio sino podria venir el uso de los sacrificios cruentos? ¿Cuál seria su fundamento y la razon? ¿Porqué derramar la sangre, y muchas veces sangre humana, si no se estaba por todas partes persuadido que el hombre debia á Dios una grande satisfaccion, y que era para el un objeto de ira? ¿A qué fin tantas expiaciones, si nada habia que expiar? ¿Tan-

las *innovaciones* de que los protestantes acusan á los católicos; pero no advierten que desde el siglo II Tertuliano decia: « La esposa » pide por el alma de su esposo; y pide para él refrigerio: presenta » ofrendas (ó mas probablemente, hace ofrecer por él el santo sacrificio) el dia aniversario de su muerte. » Enimvero et pro anima ejus orat, et refrigerium interim adpostulat ei, et in prima resurrectione consortium, et offert annuis diebus dormitionis ejus. *De monogam.* cap. 10. *Oper.* p. 531, edit. Rigalt. \* Véase sobre esta creencia general el *Catecismo de Feller*, n. 480.

<sup>1</sup> *Quaest. sur l'Encyclop.* \* « Todos los antiguos teólogos y poetas decian, segun refiere el pitagórico Philolao, que el alma estaba en el cuerpo como en un sepulcro, en castigo de alguna culpa (*Clem. Alex. Strom.* t. III, p. 264); Esta era tambien la doctrina de los Orphicos (*Platon. Cratyl. Oper.* t. III, p. 264), y como al mismo tiempo se reconocia que el hombre habia salido bueno de las manos de Dios, y que habia vivido en un estado de pureza y de inocencia (*Dicaearch. ap. Porphy. De abst. l. 4, p. 343.* — *Plat. in Philab.*), el crimen por el cual era castigado, era por consiguiente posterior á su creacion. — ¿Pero cómo el pecado de un solo hombre ha inficionado toda su descendencia? ¿Cómo los hijos pueden justamente llevar la pena de la culpa de su padre? Que la llevan y sufren es un hecho constante; el cómo no es necesario explicar. Dios es justo, y somos castigados; hé aqui todo lo que es indispensable saber; lo demás es *pura curiosidad.* » *La Men.* *Ibid.*

tas hostias ó victimas, si no existian culpables? La conciencia despertada en todas partes por la tradicion, procuraba por estos medios aplacar al cielo irritado, suspender los castigos, cuya justicia sentia<sup>1</sup>; y el género humano condenado á muerte, pensaba menos ¡cosa notable! en pedir su gracia, que en rescatarse por la sustitucion de otra víctima.

La idea de que nacemos impuros, delincuentes ó criminales, estaba desde toda la antigüedad tan profundamente grabada en los corazones, que en todos los pueblos habia ritos expiatorios para purificar al niño á su entrada en la vida<sup>2</sup>.

Mas si siempre conoció y confesó el hombre su degradacion, tambien la esperanza de ser un dia restituído á su primer estado sostuvo su ánimo; y bajo el peso del pecado, que todo le recordaba, así exterior como interiormente en sí mismo, pudo aun alzar los ojos al cielo sin espanto. Todos los pueblos han esperado un Libertador, un personaje misterioso, divino, que segun los antiguos oráculos, debia traerles la salud y reconciliarlos con el Eterno.

Job, mas antiguo (*segun algunos*) que Moisés, é Idumeo de nacion, ponía toda su esperanza en este Mediador necesario, que al mismo tiempo era el libertador prometido. « Sé, decia, que mi Redentor vive, y que yo resucitaré de la tierra el último dia, y seré de nuevo revestido de mi carne; y en mi carne veré á mi Dios. Le veré, sí, yo mismo y no otro, y mis ojos le mirarán; » esta esperanza está depositada en mi corazon<sup>3</sup>. »

La tradicion pues del Redentor extendida, como se ve, en el Oriente desde las primeras edades, subia por Noé y por los Patriarcas hasta el principio del mundo; y para prevenir el olvido en que pudiera acaso caer, Dios la recordaba á los hombres en los tiempos antiguos por profecias sucesivas. Así es como el hijo de Beor, sacer-

<sup>1</sup> *Essai sur l'hist. génér., et sur les mœurs et l'esprit des nations*, chap. 20, t. III, p. 205.

<sup>2</sup> *More Nevoch*. c. 37, p. 3. — Festo, Carli, *Letr. amér.*, etc.

<sup>3</sup> *Job*, xix, 25, 27.

dote del verdadero Dios como parece<sup>4</sup>, revelando á las naciones su palabra, la doctrina del Altísimo y las visiones del Todopoderoso, clamaba quince siglos antes de Jesucristo: « Yo le veré, pero no ahora; le contemplaré, pero no de cerca. Se levantará la estrella de Jacob y el cetro de Israel; de Jacob saldrá el que debe reinar<sup>5</sup>. »

Los términos mismos de la profecía denotan claramente que se refiere á una creencia anterior y á un personaje conocido, pero envuelto en una oscuridad misteriosa; porque antes del cumplimiento de las promesas, los hombres no podian ni debian tener del Mesías un conocimiento tan perfecto como despues de su venida. Sin embargo, Job le llama *Dios* expresamente, é indica que este Dios será revestido de un cuerpo, pues que el le verá en su carne, y sus ojos le contemplarán<sup>3</sup>.

« El Altísimo, dice Faber<sup>4</sup>, anunciando la aparicion de » un Salvador victorioso, queria impedir que las naciones » cayesen en la desesperacion ó en la ignorancia. Hallá- » mos en efecto, que una viva esperanza de un liberta- » dor y reparador poderoso, vencedor de la serpiente, é » hijo del Dios supremo, esperanza derivada en parte » de la profecía de Balaam<sup>5</sup>, y en parte de la tradicion » mas antigua de Abraham y de Noé, no cesó jamás de » prevalecer de un modo mas ó menos preciso y distinto » en toda la extension del gentilismo, hasta que los » Magos guiados por un meteoro sobrenatural, vinieron » del Oriente á buscar la *Estrella* destinada á levantar á » Israel y trastornar la Idolatría. »

<sup>1</sup> Foucher, *Mém. de l'Acad. des Inscr.* t. LXVI. — S. Aug. *De div. quest. ad Simplicianum*, l. 2, q. 1, n. 9.

<sup>2</sup> *Num.* xxiv, 15, 16, 17, 19.

<sup>3</sup> Como los ojos corporales no pueden ser elevados á ver la esencia divina, porque es fuera de su objeto ver los espiritus, si Job en su carne y con sus mismos ojos corporales esperaba ver á Dios, es preciso creyese que este Dios redentor que esperaba, tomara cuerpo ó encarnaria.

<sup>4</sup> *Horæ mosaicæ*: On á Dissertacion on the credibility and theology of the Pentateuch; by George Stansley Faber, vol. II, sect. 1, ch. 2, p. 98, second. édit. London, 1818.

<sup>5</sup> Esta profecía estaba esparcida en el Oriente. *Bibliot. orient.* art. *Zerdasch*. t. VI.

Esta no era casi toda ella otra cosa que una corrupcion un abuso del dogma mismo de la mediacion <sup>1</sup>, y prueba invenciblemente la verdad de este dogma, *unido* de una manera inseparable al de la degradacion de nuestra naturaleza; como la multitud de remedios ridículos é ineficaces prueba la *realidad* de las enfermedades que nos afligen, y la *necesidad reconocida* de un remedio eficaz.

En la esperanza perpetua en que estaban los pueblos de este Enviado celestial, creian verle en todós los personajes extraordinarios que parecian en el mundo <sup>2</sup>; pero no correspondiendo aquellos falsos libertadores á las esperanzas y necesidades de los hombres, estos esperaban sin cesar otros nuevos <sup>3</sup>; y el verdadero Mesías era siempre, sin que ellas mismas lo supiesen, el *Deseado de las naciones* <sup>4</sup>.

A medida que se aproximaba su venida, una luz extraordinaria se esparcia en el mundo; esto era, como los primeros rayos de la *estrella* de Jacob; y la esperanza era tan viva, que segun una tradicion de los judíos consignada en el Talmud y en otras muchas obras antiguas, un gran número de gentiles fueron á Jerusalem hácia la época del nacimiento de Jesucristo, á fin de ver al Salvador del mundo cuando viniere á rescatar la casa de Jacob <sup>5</sup>.

El Apóstol San Pablo explicando á los Hebreos el dogma de la Redencion, fundamento de todo el Cristianismo, nos conduce á otra prueba de la expectacion general de un Redentor prometido: *No hay remision*, dice <sup>6</sup>,

1 « Los dioses de los paganos no eran otra cosa que mediadores para con el Dios supremo, ó á lo mas ministros plenipotenciarios, encargados de dispensar sus gracias á los que eran dignos de ellas. Beausobre, *Hist. du Manich.* l. 9, c. 5; t. II. \* En una palabra, corrupcion del culto de los ángeles, etc.

2 Voltaire, *Essai sur l'hist. génér.* c. 120, t. III.

3 *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. XXIV, p. 500. — 4 *Ibid.* t. LXVI, p. 242. Vid. et *Alnetan quæst.* l. 2, cap. 13.

5 *Talmud. Babilon. Sanhedrin*, c. 2. *Defensa de la Religion crist.* por don Juan Heydeck (*rabino convertido*), t. II, p. 79, Madrid, 1798.

6 *Ad Hebr.* ix, 22.

*sin la efusion de sangre.* « Ninguna nacion, afirma el » Conde Maistre <sup>1</sup>, ha dudado que en la efusion de ella no » hubiese alguna virtud expiatoria..... » « La historia, » añade, no presenta una sola disonancia en todo el uni- » verso. Se creia, como se ha creido siempre y siempre » se creará, que el inocente podia satisfacer por el culpa- » ble. Y de ahí el elegir siempre animales los mas mansos » é inocentes, que por su instinto y habitades tuviesen » mas relacion con el hombre. No pudiendo inmolar al » hombre para salyar al hombre, escogian en la especie » animal las víctimas mas humanas, si es lícito explicarse » así. Pero nada lo prueba mejor que los sacrificios hu- » manos, » pues no faltaron pueblos donde se entabló » tambien esta execrable costumbre.

Así pues la esperanza de un Hombre-Dios, Salvador y doctor del género humano, es tan antigua como el mundo; y sea que se consideren las creencias de los pueblos, los testimonios de los poetas y de los filósofos las instituciones religiosas, los ritos expiatorios, y particularmente el sacrificio en todas las naciones, es manifiesto que no ha habido jamás tradicion mas universal. El mismo Boulanger, á pesar de su odio contra el Cristianismo, no ha podido menos de reconocerlo. Confiesa que los antiguos esperaban dioses libertadores que debian reinar en forma humana..... y encuentra esta opinion profundamente arraigada en el espíritu de todos los pueblos, y cita de ella ejemplos admirables. « Los » Romanos, dice <sup>2</sup>, á pesar de ser tan republicanos, es- » peraban en tiempo de Ciceron un Rey predicho por las » Sybilas, como se ve en el libro de *Divinatione* de este » orador filósofo; las miserias públicas debian ser el » anuncio de ello, y su consecuencia la monarquía uni- » versal..... Los Hebreos lo esperaban tambien..... El » oráculo de Delfos, como se ve en Plutarco, era deposi- » tario de una antigua y secreta profecía sobre el futuro » nacimiento de un hijo de Apolo que traeria el reino de » la justicia: todo el paganismo griego y egipcio tenian

1 *Soirées de St-Petersbourg. Eclaircissement sur les sacrifi- ces*, t. II, p. 394 y 396.

2 *L'Antiquité dévoilée par ses usages*, t. II, l. 4, ch. 3.

» una multitud de oráculos que no comprendían, pero  
 » que todos descubrieron esta *quimera universal*..... Las  
 » otras naciones de la tierra dieron también en estas  
 » visiones extrañas..... Los Chinos esperaban un *Phelo*,  
 » los Japoneses un *Peyrum* y un *Combadoxi*, los Siameses  
 » un *Sammona-Codom*..... Todos los Americanos aguar-  
 » daban de las partes del Oriente, que *se podría llamar el*  
 » *polo de esperanza de todas las naciones* <sup>1</sup>, á los hijos del  
 » sol; y los Mejicanos en particular esperaban uno de  
 » sus antiguos Reyes que debía volverlos á ver por la  
 » parte de la aurora..... En fin no ha habido pueblo que  
 » no haya tenido su expectativa de esta especie <sup>2</sup>. »

Voltaire confirma esta observación, y sus palabras son muy de notar. « De tiempo inmemorial era una máxima  
 » constante entre los Indianos y los Chinos, que le  
 » sabio vendría del Occidente. La Europa al contrario de-  
 » cia que vendría de Oriente. Todas las naciones han  
 » tenido siempre necesidad de un sabio <sup>3</sup>. » Volney con-  
 firma lo mismo <sup>4</sup>.....

Ciertamente no se tendrán estos testimonios por sospechosos. Así es como la verdad se suscita en todas partes testigos para confundir á los que rehusan conocerla, sean cuales sean sus prevenciones y ceguedad. Ella fuerza á los *labios mentirosos* á rendirle homenaje, y al error á acusarse y condenarse á sí mismo <sup>5</sup>. Pero admitiremos al mismo tiempo el colmo del orgullo y de la sinrazon. Filósofo: ¿es cierto que todos los pueblos han esperado un Redentor? Sí, nada hay en el mundo mas seguro. — Ateo: ¿Conviene en que todas las naciones han creído la existencia de Dios <sup>6</sup>? — Sí, no se puede negar. — ¿Con qué será preciso creer en Dios y en este Reparador prometido? — No, *son quimeras universales*.

Así el Deísta y el Ateo confiesan que no pueden renunciar á la Religión sino renunciando á la razón universal.

<sup>1</sup> Los Profetas habían dicho que *ipse erit expectatio gentium*. — *Ecce vir, oriens nomen ejus*. *Genes. XLIX, 10. Zach. VI, 12.*

<sup>2</sup> *Recherch. sur l'orig. du despotism. orient. sect. 10, p. 116 y 117.*

<sup>3</sup> *Addit. à l'Hist. gén. p. 15. — 4 Las Ruinas, pág. 226.*

<sup>5</sup> *Ps. xxxvi, 12. — 6 Système de la nat. t. II, ch. 13.*

y rompiendo con el género humano. Es necesario que su espíritu salga, digámoslo así, fuera del universo para negar á su autor y á su salvador; que se retire á no sé qué tinieblas, para pronunciar allí la palabra del crimen, que de abismo en abismo vuelve á caer en el infierno que la inspira.

Restarianos probar la universalidad de la Moral, que forma una parte esencial de la Religión primitivamente revelada; pero es tan evidente que todos los pueblos han tenido los mismos principios de justicia, que creemos inútil alegar los innumerables testimonios por donde se podría demostrar esta verdad de hecho..... — Jamás los deberes han sido negados sino por la razón filosófica. Es cierto que se encuentran en algunos pueblos usos que reprueba la moral universal.....; pero estos usos criminales nacidos de un error local, ó prescriptos por un falso culto, no perjudicaban á la universalidad de la ley que los condenaba; porque ni el Geta dando la muerte á sus padres ancianos para ahorrarse las incomodidades de la vejez <sup>1</sup>; ni el Asirio prostituyendo su mujer en el templo de la diosa Mylitta, pretendían autorizar el asesinato ni el adulterio; y los preceptos que violaban en estas ocasiones, no dejaban de ser en otras circunstancias la regla de sus deberes.

La misma filosofía conviene en la universalidad de la ley moral. « Poned los ojos, dice Rousseau, en todas las  
 » naciones del mundo, recorred todas las historias; entre  
 » tantos cultos inhumanos y caprichosos, entre esa pro-  
 » digiosa variedad de costumbres y caracteres, en todas  
 » partes hallareis las mismas ideas de justicia y de ho-  
 » nestidad, en todas los mismos principios de moral, las  
 » mismas nociones de bien y de mal. El antiguo paga-  
 » mismo produjo dioses abominables que aquí bajo se  
 » habrían castigado como malvados, y que no ofrecían  
 » por modelo de felicidad suprema sino delitos que co-  
 » meter y pasiones que contentar. En vano el vicio  
 » armado de una autoridad sagrada, descendía de la

<sup>1</sup> Procopio (*de Bello goth. l. 2, c. 14*) y Evagrio (*l. 4, c. 9*) atribuyen esta costumbre á los Herulos, y Volt. á los antiguos Sármatas. *Essai sur l'hist. gén. t. I, c. 33.*

» mansion eterna; el instinto moral le repelia de los co-  
 » razones. La santa voz de la naturaleza, mas fuerte  
 » que la de sus dioses, se hacia respetar en la tier-  
 » ra, y parecia relegar al cielo el crimen con los cul-  
 » pables. »

» ¿De qué sirve al escéptico Montaigne afanarse por ir  
 » á desenterrar en algun rincón del mundo una costum-  
 » bre opuesta á las nociones de la justicia? ¿De qué  
 » le sirve dar á los viajeros mas sospechosos la autori-  
 » dad que niega á los escritores mas célebres? Algunos  
 » usos inciertos y extraños, fundados sobre causas lo-  
 » cales que nos son desconocidas ¿destruirán la induc-  
 » cion general sacada del concurso de todos los pue-  
 » blos.<sup>1</sup> »

¡Ah! cuando el hombre obra mal no es porque ignora la ley que lo prohíbe: una tradicion invariable prescribe en todas partes los mismos deberes, prohíbe los mismos delitos, despierta en la conciencia los mismos sentimientos. ¿Cuál es el corazón, si alguna pasión no le ciega y lo arrebatada, á quien no llene de indignacion el espectáculo de la injusticia, y que no sea atraído y arrebatado por el encanto de la virtud? ¿En qué region no se conoce la dulce alegría de la conciencia, y el suplicio secreto del remordimiento? Este hombre ha derramado la sangre de otro, despojado la viuda, oprimido al huérfano: inmediatamente detrás de sí mismo oye una voz que le dice: ¡No dormirás! Un no sé qué infernal le devora interiormente: y al modo que en una noche de tempestad, en medio de un mar turbado, un fuego oscuro aparece sobre una nave que se va á pique, así en la frente sombría de este culpable, en el fundo de sus ojos inquietos y ardientes, se descubre con espanto una señal de una alma angustiada, y el anuncio de naufragio próximo. Ved al contrario, la calma, la serenidad del hombre de bien, la inalterable paz de que goza. A vista de la insinuante expresion de su rostro y de un no sé qué de dulzura, y pureza que anima sus miradas, se le tendria por uno de aquellos seres celestiales que descendian sobre la tierra en los dias antiguos para instruir á los mortales y consolarlos. Pero sin recurrir á

<sup>1</sup> *Emile*, l. 4 t. 2, p. 349, 353. Paris 1793.

estos raros ejemplos de una virtud sublime que exige el respeto del mismo vicio, en el orden común se hallan bastantes pruebas del ascendiente que ejerce en todos lugares la ley moral sobre el corazón del hombre. ¿Quién no ha sentido el contentamiento que inspira la memoria de una buena acción, de un deber penoso cumplido, triunfando de sí mismo? ¿Quién se ha arrepentido jamás de haber sido justo, misericordioso, casto, templado, de haber dado de comer al que *tenia hambre, de beber al que padecía sed, de vestir al desnudo*? ¿Dónde se ha mirado jamás con indiferencia alimentar al padre anciano ó ultrajarle? ¿En qué pueblo se ha preferido la mujer adúltera á la esposa fiel? No; sea la que sea la debilidad de las costumbres, en todas partes se admiten los mismos preceptos; y como las verdades que Dios ha revelado primitivamente forman la razón del género humano, los mandamientos que ha promulgado forman su conciencia.

Creemos pues haber demostrado hasta el último grado de evidencia, que ningun pueblo ignoró los dogmas ni los preceptos de la Religion primitiva<sup>1</sup>; y como al mismo

<sup>1</sup> La universalidad de la Religion primitiva es un hecho tan incontestable que todos los PP. antiguos al anunciar el Evangelio á los gentiles, para establecer la unidad de Dios, y la obligacion de tributarle culto, la inmortalidad del alma, la existencia de los ángeles buenos y malos, se apoyaban sobre el consentimiento unánime de los hombres, de los poetas, filósofos, legisladores; sobre las prácticas, creencias y oráculos mismos del Paganismo: el *crimen de los idólatras*, dice Tertuliano, *es el no querer reconocer á aquel á quien no pueden ignorar* (*Apolog. cap. 17*). Clemente de Alejandria en el libro 5. de sus *Estromas*, compara la doctrina de las letras antiguas con la de la revelacion; y Eusebio emprendió probar que por esta doctrina Dios habia querido preparar á los gentiles á su Evangelio, como á los judios por la ley que les habia dado. *La Preparacion Evangelica* no es mas que un tejido de pasajes semejantes á los dogmas cristianos. El autor del *Apologético á los Gentiles* declara expresamente que los inventores de las fábulas paganas sabian que el Cristo habia de venir. San Justino, tan instruido en la doctrina de los Griegos, aseguró que les habia sido anunciado por oráculos antiguos esparecidos en todo el universo; y por esta fe, que debia un dia revelarse mas claramente, se salvaron los antiguos nostos, dice San Agustín. *Ad Dardanum, cap. 11, t. 2. Oper.*

tiempo hemos probado que la idolatría no tenía ni doctrina, ni ley moral, ni enseñanza; y por consiguiente que no era una Religión, sino la violación de un precepto divino; síguese que no ha habido nunca más que una Religión en el mundo, Religión universal en el sentido más riguroso y más extenso.

Pero para entender bien esta verdad tan importante como cierta, es necesario distinguir dos épocas en la duración de la Religión; la primera comprende todos los tiempos que precedieron á la venida de Jesucristo; la segunda los que la han seguido.

Antes de Jesucristo, ¿qué vemos en las diversas naciones de la tierra? Creencias y dogmas generales en todas partes los mismos, y una innumerable multitud de supersticiones diferentes en cada lugar, y perpetuamente variables. Separad estas supersticiones de lo que había de universal, de invariable, y por consiguiente de verdadero en las creencias de los pueblos, y nada quedará que se pueda concebir bajo la idea de religión, que incluye necesariamente la de la ley. Una opinión transitoria y local no es un dogma; ritos arbitrarios no son un culto; un capricho no es un deber. ¿Se dirá que el negro escogiéndose un Fetiche funda una religión? Lo que en el paganismo realmente pertenece á la Religión, es lo que se halla en todas partes y siempre; la fe en Dios, la creencia de los espíritus que son sus ministros, de los Santos que recibe en su gloria, y á quienes reviste de una parte de su poder; en fin, todo lo que enseña una tradición unánime y constante<sup>1</sup>.

Hasta el momento en que Jesucristo vino á cumplir el misterio de salud, esta tradición conservó en el mundo entero el conocimiento de la revelación primitiva, que desde el principio de los tiempos, no dejó jamás de ser, no digo sola la verdadera Religión, sino la única religión que existe sobre la tierra; no siendo la idolatría, volvemos á repetir, más que la trasgresión del primer precepto de esta Religión divina: poseía sin duda en el más alto grado el carácter de universalidad que se ha visto serle

<sup>1</sup> Variasse deberet error, sed quod unum apud multos invenitur, non est erratum, sed traditum. *Tertul. Prescript. adv. Hæret.*

esencial. Verdaderamente *católica*, en la rigorosa acepción de la palabra<sup>1</sup>, ella formaba en medio de los errores que sucesivamente se levantaban, y de los desórdenes que producían, la fe común y la ley general del género humano; de suerte que en lo que tocaba á las creencias de los gentiles, todo lo que ofrecen de universal es verdadero, y nada lo era de lo que no era universal<sup>2</sup>. Dios que vela sin cesar en la conservación de sus obras, quería que el hombre criado para la sociedad, hallase en ella siempre lo que le era necesario para vivir de la vida del alma, á fin de que si acontecía extraviarse del camino que conduce á la mansión de los bienes eternos, no pudiese acusar á nadie más que á sí mismo, y á su perversa voluntad.

El universo esperaba el Mediador anunciado: este aparece en el tiempo predicho; la Religión no se muda, se desenvuelve; la fe, el culto, los deberes permanecen en lo sustancial inalterablemente los mismos. Se creía en el que había de venir; se cree ya en el que ha venido: á los sacrificios figurativos sucede el sacrificio real y solo eficaz: se posee lo que se esperaba: el *Deseado de las naciones* se ha mostrado en medio de ellas: las promesas de la ley se han cumplido. Y así como la Religión desarrollándose no ha dejado de ser una, no cesa tampoco de ser universal. Existe por todas partes, y en todas es la misma: puede ser que algunos hombres no la conozcan toda entera, que ignoren sus pormenores; pero no los hay que ó no conozcan, ó no puedan conocer lo que es indispensable para salvarse. Toda fe verdadera es una parte de la fe cristiana: todo culto puro es una parte del culto cristiano. Las naciones, si es que existe alguna, á quienes no se hubiese anunciado aun el cristianismo completo, se hallarian en la misma posición que estaba el género humano antes de Jesucristo. No teniendo otra luz, no tendrían tampoco otros deberes; y si los cumplen con fidelidad, serán verdaderamente cristianas como el niño sencillo y dócil á quien no se han enseñado aun todos los dogmas, y que no ha podido por lo tanto

<sup>1</sup> Faber: *Horæ mosaicæ*, vol. II, c. 1.

<sup>2</sup> *Quest. sur l'incrédulité*, par l'Évêque du Puy, 9, 2.

participar de todos los misterios, no deja en este estado imperfecto y transitorio de ser verdaderamente cristiano.

Pero si estas naciones desechan la predicacion del Evangelio, si rehusan conocer toda la ley ó someterse á ella, en el instante se harían culpables de su violacion, y saldrian del camino de salvacion.

Así el Cristianismo, ó la Religion primitivamente revelada, ha sido siempre y siempre será tan universal como la sociedad, pues que encierra todos los deberes del hombre, y por consiguiente el principio de su vida. En sus dogmas es la ley de nuestro espíritu ó entendimiento; en sus preceptos la ley de nuestro corazon y de nuestros sentidos. Se pueden sin duda quebrantar sus leyes, pero ignorarlas enteramente ó abolirlas, es imposible; y la trasgresion, por más general que sea, no perjudica ni á la autoridad, ni á la univérsidad de la ley<sup>1</sup>.

Respecto á la moral, todo el mundo confiesa que es universal. Seguramente no se pretende con esto decir que los hombres no la violen jamás: no se niega la existencia de los vicios, pero se entiende que á pesar de los innumerables desórdenes, los principios de la justicia, en todas partes los mismos, son en todas partes conocidos. — Así como diciendo que la ley del espíritu, que se llama más particularmente Religion, es universal, no se pretende que todos los hombres la obedezcan fielmente, ni se niega la existencia de los errores ni de los falsos cultos; sino que las verdades necesarias á la salud, en todas partes conocidas, son en todas partes las mismas.

Los cultos supersticiosos no son leyes, sino crímenes, como el homicidio y el adulterio. Cuando, pues, llamando *Religion* á toda violacion de la ley religiosa, se pregunta, cómo entre tantas diversas religiones se discernirá la verdadera Religion; es como si dando el nombre de *moral* á toda violacion de la ley de la justicia, se preguntase cómo entre tantas morales diversas se distinguiría la verdadera moral.

¿Se querría que el Cristianismo hubiese sido desde un principio lo que es hoy, que no hubiera experimentado

<sup>1</sup> S. Aug. de utilit. credentl. cap. 7, n. 16.

desarrollo alguno? Entonces no sería el Cristianismo: sería un órden de cosas enteramente distinto, ó mas bien una contradiccion manifiesta; porque es claramente contradictorio que la redencion del hombre haya concurrido con su caída, pues que habria sido entonces necesario que el Salvador hubiese nacido de una madre pecadora; que hubiese sido muerto por su padre; que el primer pecado se hubiera lavado por un crimen mas enorme aun; en fin, que Adán se hubiera rescatado por el deicidio!

¿Se querría que ningun dogma jamás se hubiese oscurecido, violado ninguna ley; que la ignorancia, el error y el crimen no hubiesen parecido jamás sobre la tierra? ¿Es esto lo que se pide para creer? Pero el Cristianismo supone necesariamente que el mundo ha estado abandonado en parte al crimen, al error, á la ignorancia. Si nada de todo esto existiese, el Cristianismo no solamente sería falso, sería además imposible concebir su existencia. Para creer al cristianismo, se querría pues que el cristianismo no existiese, y que ni aun hubiera podido existir.

Pero considerad al hombre segun es y cual fué siempre, y se reconocerá que la Religion cristiana le representa precisamente en este estado de debilidad y corrupcion; y supuesto este estado no se podría imaginar una concordia mas perfecta, mas constante, mas maravillosa de todos los pueblos, en todas las edades, para testificar lo que enseña esta Religion tan antigua como el género humano; de suerte que ella sería menos creible, si la tradicion esparciese una luz mas pura y mas viva; pues que el dogma fundamental de la degradacion original del hombre se oscureceria á proporcion.

Considerad el mundo entero durante todos los siglos: ¿qué veis? Una espantosa inundacion de vicios y de crímenes diversos, multiplicados infinitamente, una violacion continua de los deberes mas santos; y al mismo tiempo la inmutable distincion del bien y del mal perpetuamente reconocida y proclamada por la conciencia universal.

¿Qué mas veis? Errores innumerables, que sucediéndose incesantemente, varían segun los lugares, las épocas, las pasiones; y al mismo tiempo un fondo comun

de verdades inalterables, perpetuamente reconocidas y proclamadas por la razon universal.

¿Quién contestará estos dos hechos? ¿Quién se atreverá á negar la razon ó la conciencia del género humano? ¿Habrá alguno que baje hasta este exceso de locura? Ninguno jamás se resolverá. Pues bien: sépase que la conciencia y la razon universal en lo que tienen de fundamental, no son mas que la Religion.

Así pues como la verdadera razon humana, imágen de la razon divina, de la cual dimana, es una y universal, así el Cristianismo es uno y universal, porque él no es en sus dogmas sino el conjunto de las verdades que Dios nos ha manifestado; y en sus preceptos la reunion de los deberes que proceden de estas verdades; ó la ley una y universal, no solo de todos los hombres, si no tambien en lo esencial de todos los seres inteligentes. Porque no nos debemos imaginar que la Religion no se extiende mas que al hombre; ella une en la misma sociedad, sometiéndolos á deberes semejantes, á todas las criaturas racionales ó inteligentes; abraza en su unidad todos los órdenes de los espíritus celestiales, que participan, aunque mas abundantemente de la misma razon que nosotros, viven de la misma fe, adoran al mismo Dios, y le dan el mismo culto, por el mismo mediador, Jesu-cristo<sup>1</sup>.

Todo el que desecha el Cristianismo en el grado en que puede conocerle, desecha la ley universal, y renuncia por el hecho mismo á toda verdad, toda ley, toda razon; lo que envuelve una oposicion absoluta con Dios, con su voluntad, que es la ley, y con su razon que es la verdad por excelencia.

Y qué, ¿este monstruoso desorden no tendria ninguna funesta consecuencia? ¿Este crimen quedaria impune! ¿Lo creis así? ¿Habeis concebido esta estúpida esperanza? Insensatos: ¿Sabeis algún lugar donde no esté Dios? Pues por todas partes, por todas ellas donde reina el que manda á la misma nada, su justicia os alcanzará. Ha dicho á todos los pueblos, y todos los pueblos lo repiten:

1 Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terræ, dicit: Et adorent eum Angeli Dei. *Ad Hebr.* 1, 6.

¡Ay de los que abandonan la ley del Señor<sup>1</sup>! ¡Ay de los que son sabios en sus ojos<sup>2</sup>, y no tienen sino vanos pensamientos<sup>3</sup>! ¡Ay de vosotros, desertores de la sociedad, cuyo Rey es Dios<sup>4</sup>! ¡Ay del solo<sup>5</sup>! ¡Ay del impío<sup>6</sup>! — Y del fondo de su ruina, el impío eternamente gritará: ¡Ay de mí<sup>7</sup>!

Felices al contrario los que dóciles á la voz de la tradicion, arreglan por su enseñanza su fe, sus costumbres, y su culto. Solos verdaderamente racionales reciben de todo el género humano las verdades que son el fundamento de la Religion universal; y cuando estas verdades se desenvuelven, cuando la ley se perfecciona, segun que estaba predicho; cuando las figuras dan lugar á la realidad, y en fin, se cumple la esperanza de todas las naciones, continuando en someter su razon á la autoridad mas grande ó á la razon de Dios que se manifiesta de nuevo, siguen con una alegría mezclada de admiracion el movimiento maravilloso que eleva súbitamente al mundo sobre el abismo adonde descendia, y le apróxima á su Criador. Su fe no se muda, se engrandece: su culto no varia, se fija por toda la eternidad tocando á su perfeccion<sup>8</sup>. Esperaban al que esperaba todo el Universo, al que debia *reconciliar todas las cosas por si y en si mismo, pacificando por su sangre derramada en la cruz, lo que hoy en la tierra y en el cielo*<sup>9</sup>. Este Salvador viene; sus ojos contemplan la *imágen de Dios invisible, al primogénito de toda criatura*<sup>10</sup>, que Abraham deseaba ver y no vió, que los Patriarchas y Profetas, y todos los justos saludaron de léjos en la fe de las promesas. Una voz sale de lo alto: *Este es mi Hijo muy amado en quien yo tengo todas mis complacencias: escuchalde*<sup>11</sup>. Le escuchan, y ya no quieren oír sino á él. *¿A quién iremos? Vos teneis palabras de vida eterna. Creemos y sabemos que vos sois el Cristo, Hijo de Dios vivo*<sup>12</sup>.

1 *Ecc.* 41. — 2 *Isai.* v, 21. — 3 *Mich.* II, 1. — 4 *Isai.* xxx, 1.

5 *Eccles.* iv, 10. — 6 *Væ impio in malum!* *Ib.* III, 11.

7 *Jerem.* xlv, 3.

8 Bonet ve en el Cristianismo la perfeccion ó complemento de la ley natural, de la ciencia, etc. *Palingen. philos. part.* 21. ch. 6.

9 *Ad Coloss.* 1, 20. — 10 *Ibid.* 15. — 11 *Matth.* xvii, 5.

12 *Joan.* vi, 69 y 70.



Y él mismo ¿qué dice? *Yo soy el camino, la verdad, y la vida*<sup>1</sup>. Es el camino, porque ninguno puede ir al Padre ni conocerle sino por él<sup>2</sup>: es la *verdad*, porque es la sabiduría viva engendrada por el Padre, su Verbo consustancial: es la *vida*, porque la vida y la verdad son una misma cosa.

Así todas las criaturas en el principio han recibido de él la verdad, la razón, la vida, que conservan por solo él<sup>3</sup>, como por solo él reciben aun, con tal que su voluntad no le ponga obstáculo alguno, la plenitud de la vida, de la razón, y de la verdad. Hé aquí lo que él promete á los que creerán: *Yo he venido para que tengan vida, y una mayor abundancia de vida*<sup>4</sup>; no otra vida, otra verdad, otra razón diferente; sino la misma razón mas extensa, la misma verdad mas desenvuelta, la misma vida mas perfecta: es un niño hecho hombre, es el hombre unido mas á Dios. Un antiguo pecado los separaba: la sangre de la víctima sin mancilla le borra, y el sacrificio universal cumple la regeneración universal. El Cristo, vencedor de la serpiente y de la muerte, sube á los cielos, para preparar allí una mansión á sus escogidos<sup>5</sup>; y en la ciudad santa, al pié del trono del Cordero sacrificado desde el principio del mundo<sup>6</sup>, resuena aquel canto eterno: *Benediccion, gloria, accion de gracias, honor y poder á nuestros Dios en los siglos de los siglos*<sup>7</sup>.

## CAPÍTULO VI.

La Perpetuidad es carácter propio del Cristianismo.

Considerando, aun en la época de su mas gran depravacion, á todos los pueblos de la tierra, hemos hallado en ellos una misma ley moral, aunque continuamente violada por las pasiones; las mismas verdades

<sup>1</sup> Joan. xiv, 6. — <sup>2</sup> *Ibid.* — <sup>3</sup> *Epist. ad Coloss.* 1, 16 y 17. — <sup>4</sup> Joan. xii, 50. — <sup>5</sup> *Isid.* xiv, 2. — <sup>6</sup> *Apocalips.* xiii, 8. — <sup>7</sup> *Ibid.* vii, 10 y 11.

(*primordiales*) aunque oscurecidas con multitud de errores: adoracion, oracion y sacrificio que forman la esencia del culto, aunque corrompido por innumerables supersticiones; es decir, que á pesar del desarreglo de las costumbres y los extravíos del espíritu, se ha reconocido en todos partes<sup>1</sup> la misma conciencia, la misma

<sup>1</sup> A menos de pretender saber mejor lo que creian los pueblos de la antigüedad que sus poetas, sus filósofos, sus historiadores, dice un célebre escritor; á menos de osar desmentir los monumentos de de todos los siglos, es necesario admitir que la creencia en un Dios supremo, la existencia de los buenos y malos Angeles, la caída original del hombre, la necesidad de una expiacion, la idea mas ó menos desenvuelta de un Reparador, las penas y recompensas de la vida futura, los dogmas en que entonces consistia toda la Religión verdadera, y que la Iglesia católica proclama con la autoridad de la revelacion completa hecha por Jesucristo, fueron proclamados en todas partes por la tradición con la autoridad de la revelacion primitiva hecha á los antepasados ó padres comunes del género humano; y que estas verdades fueron como la base comun de la Religión de todos los pueblos. « De todo lo cual, es decir, de que todos los hombres hayan conocido las verdades que La Mennais con todos » los teólogos supone y declara que son necesarias para la salud, se » infieren dos consecuencias igualmente funestas para la impiedad. » 1.<sup>a</sup> Que presentándose estas verdades rodeadas no solo del testimonio de la Iglesia y de la Sinagoga, sino del consentimiento comun » de todos los pueblos; para negarlas, es necesario negar la razón humana; y por una ilacion necesaria abjurar de su propia razón. » 2.<sup>a</sup> Que habiendo enseñado la tradición á todos los hombres las verdades absolutamente necesarias para la salud, todos los hombres » han podido salvarse, y ninguno ha perecido sino por culpa suya. » Los errores que las sociedades particulares mezclaron á los dogmas » proclamados por la sociedad universal del género humano, no podian imputarse á los individuos sino cuando no les eran invencibles. En una palabra, se debe discurrir de las herejías que alteraron el Cristianismo primitivo, como de las herejías que se han » suscitado en el seno del Cristianismo llegado á su complemento. » La herejía indudablemente es un crimen que excluye del cielo; » pero para que un individuo sea hereje, es necesario que la herejía, » que el error de la sociedad ó reino en cuyo seno ha sido eridado » venga á ser un crimen propio de su voluntad; es necesario que » colocándose entre la sociedad universal que atestigua la verdad y » la razón particular de sus padres que eligió el error, su razón » apruebe y sancione esta eleccion; es necesario en fin que esta rebelion contra la autoridad se haya hecho con un consentimiento

Y él mismo ¿qué dice? *Yo soy el camino, la verdad, y la vida*<sup>1</sup>. Es el camino, porque ninguno puede ir al Padre ni conocerle sino por él<sup>2</sup>: es la *verdad*, porque es la sabiduría viva engendrada por el Padre, su Verbo consustancial: es la *vida*, porque la vida y la verdad son una misma cosa.

Así todas las criaturas en el principio han recibido de él la verdad, la razón, la vida, que conservan por solo él<sup>3</sup>, como por solo él reciben aun, con tal que su voluntad no le ponga obstáculo alguno, la plenitud de la vida, de la razón, y de la verdad. Hé aquí lo que él promete á los que creerán: *Yo he venido para que tengan vida, y una mayor abundancia de vida*<sup>4</sup>; no otra vida, otra verdad, otra razón diferente; sino la misma razón mas extensa, la misma verdad mas desenvuelta, la misma vida mas perfecta: es un niño hecho hombre, es el hombre unido mas á Dios. Un antiguo pecado los separaba: la sangre de la víctima sin mancilla le borra, y el sacrificio universal cumple la regeneración universal. El Cristo, vencedor de la serpiente y de la muerte, sube á los cielos, para preparar allí una mansión á sus escogidos<sup>5</sup>; y en la ciudad santa, al pié del trono del Cordero sacrificado desde el principio del mundo<sup>6</sup>, resuena aquel canto eterno: *Benediccion, gloria, accion de gracias, honor y poder á nuestros Dios en los siglos de los siglos*<sup>7</sup>.

## CAPÍTULO VI.

La Perpetuidad es carácter propio del Cristianismo.

Considerando, aun en la época de su mas gran depravacion, á todos los pueblos de la tierra, hemos hallado en ellos una misma ley moral, aunque continuamente violada por las pasiones; las mismas verdades

<sup>1</sup> Joan. xiv, 6. — <sup>2</sup> *Ibid.* — <sup>3</sup> *Epist. ad Coloss.* 1, 16 y 17. — <sup>4</sup> Joan. xii, 50. — <sup>5</sup> *Isid.* xiv, 2. — <sup>6</sup> *Apocalips.* xiii, 8. — <sup>7</sup> *Ibid.* vii, 10 y 11.

(*primordiales*) aunque oscurecidas con multitud de errores: adoracion, oracion y sacrificio que forman la esencia del culto, aunque corrompido por innumerables supersticiones; es decir, que á pesar del desarreglo de las costumbres y los extravíos del espíritu, se ha reconocido en todos partes<sup>1</sup> la misma conciencia, la misma

<sup>1</sup> A menos de pretender saber mejor lo que creian los pueblos de la antigüedad que sus poetas, sus filósofos, sus historiadores, dice un célebre escritor; á menos de osar desmentir los monumentos de de todos los siglos, es necesario admitir que la creencia en un Dios supremo, la existencia de los buenos y malos Angeles, la caída original del hombre, la necesidad de una expiacion, la idea mas ó menos desenvuelta de un Reparador, las penas y recompensas de la vida futura, los dogmas en que entonces consistia toda la Religión verdadera, y que la Iglesia católica proclama con la autoridad de la revelacion completa hecha por Jesucristo, fueron proclamados en todas partes por la tradición con la autoridad de la revelacion primitiva hecha á los antepasados ó padres comunes del género humano; y que estas verdades fueron como la base comun de la Religión de todos los pueblos. « De todo lo cual, es decir, de que todos los hombres hayan conocido las verdades que La Mennais con todos » los teólogos supone y declara que son necesarias para la salud, se » infieren dos consecuencias igualmente funestas para la impiedad. » 1<sup>a</sup> Que presentándose estas verdades rodeadas no solo del testimonio de la Iglesia y de la Sinagoga, sino del consentimiento comun » de todos los pueblos; para negarlas, es necesario negar la razón humana; y por una ilacion necesaria abjurar de su propia razón. » 2<sup>a</sup> Que habiendo enseñado la tradición á todos los hombres las verdades absolutamente necesarias para la salud, todos los hombres » han podido salvarse, y ninguno ha perecido sino por culpa suya. » Los errores que las sociedades particulares mezclaron á los dogmas » proclamados por la sociedad universal del género humano, no podian imputarse á los individuos sino cuando no les eran invencibles. En una palabra, se debe discurrir de las herejias que alteraron el Cristianismo primitivo, como de las herejias que se han » suscitado en el seno del Cristianismo llegado á su complemento. » La herejia indudablemente es un crimen que excluye del cielo; » pero para que un individuo sea hereje, es necesario que la herejia, » que el error de la sociedad ó reino en cuyo seno ha sido criado » venga á ser un crimen propio de su voluntad; es necesario que » colocándose entre la sociedad universal que atestigua la verdad y » la razón particular de sus padres que eligió el error, su razón » apruebe y sancione esta eleccion; es necesario en fin que esta rebelion contra la autoridad se haya hecho con un consentimiento

razon, la misma Religion. Así que la verdadera Religion es universal; es decir, que no ha existido un solo pueblo á quien la Religion no se haya manifestado <sup>1</sup> en un grado suficiente para que nada le faltase de lo que era necesario para su salvacion.

Por otra parte siendo la Religion la ley de nuestra naturaleza inteligente, esta ley, necesariamente tan antigua como el hombre, no ha podido jamás ser ignorada de él: de otra suerte Dios le habria negado los medios de salvarse.

Es evidente, pues, que la Religion ha debido comenzar con el mundo, y perpetuarse sin interrupcion <sup>2</sup>. Esta es una consecuencia de su unidad, y un dogma del Cristianismo. Así es que todos los pueblos han creído que la antigüedad era un carácter esencial de la verdadera Religion, y por el cual se discernia de las supersticiones

» libre, entero, y acompañado de un conocimiento suficiente para  
 » producir un pecado mortal. Esto es lo que Fenelon explica de una  
 » manera admirable, en cuanto á los protestantes, en un *Sermon*  
 » para la profesion religiosa de una nueva convertida: no sa-  
 » lemos ciertamente como lo que es verdad respecto de los protes-  
 » tantes, no lo seria de los herejes de todos los siglos, que han cono-  
 » cido las verdades absolutamente necesarias para llegar al cielo.  
 » De este modo, ante el hecho demostrado por La-Mennais, se des-  
 » vancee, como se ve, la objecion que es acaso entre todas la que ha  
 » hecho mas incrédulos (*Memorial Catholique, Juillet de 1825,*  
 » pág. 37, 38. ) »

<sup>1</sup> Es decir, en quien las verdades primitivamente reveladas no se conservasen, de suerte que si quisiesen atender á ellas, de parte de Dios no les faltó nunca el auxilio necesario para salvarse.

<sup>2</sup> No es necesario recurrir á los libros santos para poderse convencer de que la verdadera religion era originariamente la del género humano. Los antiguos pueblos, aunque entregados á supersticiones extravagantes, conservaban vestigios sensibles de la antigua tradicion, y las semillas preciosas de las verdades mas importantes. Esta admirable uniformidad entre naciones que frecuentemente no se conocían, que no tenían comercio alguno entre si, prueba evidentemente que sus padres comunes tenían una misma creencia, una misma moral, un mismo culto; y que las diversas opiniones que en lo sucesivo dividieron á los hombres, no eran sino invenciones modernas, y alteraciones de la Religion primitiva. *Mém. de l'Acad. des Inscript. t. XLII, p. 193, 191.*

que la desfiguran. Subiendo pues al origen del culto y de la fe, ó al origen de la Religion, haremos ver como concurre con el origen del hombre, y como, á pesar de las alteraciones mas ó menos considerables que ha sufrido en diferentes lugares en la sucesion de los tiempos, ella no obstante se ha perpetuado siempre.

Vemos su origen en la Escritura santa, que revelándonos, por decirlo así, el secreto de nuestra naturaleza, nos enseña que el Sér supremo crió nuestra alma de la nada, manifestándole las verdades y preceptos que forman la ley de su vida, y el fondo inmutable de la Religion.

Dios hizo al hombre de la tierra <sup>1</sup>, y le formó á su imágen y semejanza. Hizo de su sustancia una compañera semejante á él. Dióles el discernimiento, lengua, ojos, oídos, entendimiento para pensar, y los llenó del espíritu de inteligencia. « Crió en ellos la ciencia del espíritu <sup>2</sup>: llenó su corazón de sentimientos, y les » mostró los bienes y los males. Puso los ojos é hizo brillar su vista sobre sus corazones, para que conociesen » la grandeza de sus obras, celebrasen la gloria de su » nombre con sus alabanzas, y le glorificasen por sus » maravillas. Impúsoles deberes, y les dió en herencia la » ley de vida. Hizo con ellos una alianza eterna, y les » manifestó su justicia y sus juicios <sup>3</sup>. »

Hé aquí la inteligencia humana y la Religion que nacen juntas, por la revelacion que Dios hace al primer hombre de las verdades necesarias y de los deberes que de ellas se derivan: dogmas y preceptos que forman la ley de vida; y esta ley trasmitada en herencia, se perpetuará por la tradicion.

Adán viola estas leyes, y se pierde con su posteridad. El pecado y la muerte entran en el mundo. Pero Dios tiene piedad del hombre: le promete un Redentor <sup>4</sup>, el cual, hasta Jesucristo, no ha dejado de ser esperado por la universalidad del género humano. Nuestros primeros

<sup>1</sup> El cuerpo fué formado del lodo, pero el alma criada.

<sup>2</sup> Por ciencia del espíritu se entiende la ciencia de la fe; es decir, el conocimiento de Dios, de los Angeles, etc., que Dios dió al hombre al criarlo. *Sacy, in hunc locum.*

<sup>3</sup> *Eccli. xvii, 1.º sig. — 4 Gen. iii, 15.*

padres decaídos de su inocencia, reciben sus mandatos nuevos, y se ve establecer un culto expiatorio, ó el uso de sacrificios cruentos <sup>1</sup>, que durarán hasta el cumplimiento del gran sacrificio que figuran.

Sin embargo, el gérmen de corrupcion que encerraba la naturaleza humana despues de la caída de Adán, se desarrolla; la inclinacion al mal que traemos al nacer se manifiesta cada vez mas; los crímenes se multiplican, y llegan á irritar en el cielo la justicia del Dios tres veces Santo. Resuélvese á ejecutar sobre esta raza perversa un castigo memorable. La tierra y sus culpables habitantes son sepultados bajo las aguas: un solo justo con su familia escapa del naufragio universal, para volver á poblar el mundo desierto, y salvar al género humano de una entera destruccion; porque en el punto mismo en que el Todopoderoso infligia á su criatura rebelde castigo tan ruidoso, un pensamiento de misericordia templaba aun su ira, y detenia sus últimos efectos: habia prometido al hombre caído un reparador, y sus promesas son sin arrepentimiento. El diluvio debió dejar una impresion muy profunda en la memoria de los hijos de Noé; así es que todas las naciones han conservado la memoria de esta terrible catástrofe <sup>2</sup>, de que nuestro globo ofrece vestigios y señales tan evidentes, que ninguna verdad física es mirada hoy como mas cierta por los geólogos <sup>3</sup>.

1 Gen. iv, 4.

2 « Este hecho incomprendible, dice Boulanger, que el pueblo cree por hábito, y que los hombres de talento tambien por hábito niegan, es el mas notorio é incontestable que se puede imaginar. El físico lo creeria, aun cuando las tradiciones de los hombres no hubieran jamás hablado de él; y un hombre de talento que no hubiese estudiado mas que las tradiciones, la creeria tambien. Seria necesario ser el mas torpe y mas obstinado de los hombres para dudar de él, luego que se consideran los testimonios reunidos de la física y de la historia, y el grito universal del género humano. » Vid. *l'Antiquité justifiée, ou Réfut. d'un liv. intit. l'Antiq. dévoilée*, ch. 1, p. 3, 4.

3 Cuvier, *Discours préliminaire des Recherches sur les ossements fossiles des quadrupèdes*. De Luc, *Lettres géologiques*. Paris 1798. André, *Théorie de la surface actuelle de la terre*. 1806.

No parece que el error ni la idolatría fuesen del número de los desórdenes que provocaron este castigo <sup>1</sup>. Toda carne, dice el Escritor sagrado, *habia corrompido sus caminos sobre la tierra* <sup>2</sup>; palabras que no excitan otra idea sino la de la violacion de la ley moral; y los hombres en efecto estaban aun muy inmediatos á la revelacion primitiva, para que hubiese sido olvidada ú oscurecida entre ellos.

Dios la confirma de nuevo, renueva su alianza con los hijos de Adán <sup>3</sup>, y no se puede dudar que además de los mandamientos principales que miran á la fe y á las costumbres, prescribiese á Noé los ritos mismos del culto con que queria ser honrado; pues que cinco siglos despues le vemos hablar así á Isaac: « Todas las naciones de la tierra serán benditas en tu descendencia, » porque Abraham ha obedecido á mi voz, ha guardado mis preceptos y mandatos, y observado las leyes y ceremonias <sup>4</sup> que yo he ordenado. » Solo este mandato divino, reconocido por otra parte por todos los pueblos, explica la admirable universalidad del sacrificio, y la uniformidad de ciertos usos religiosos entre naciones enteramente desconocidas unas de otras <sup>5</sup>.

Descendientes de un padre comun no perdieron al separarse el conocimiento de la ley que debia ser su herencia comun <sup>6</sup>; y era una creencia antigua entre los Hebreos <sup>7</sup> que el primer precepto entre los *Noachidas*, ó el primer mandamiento dado á los hijos de Noé, y en ellos á todo el género humano, tenia por fin el prevenir la corrupcion del culto, ordenando, como lo enseñaban tambien los Egipcios, *detestar todo lo que no estaba transmitido por los mayores* <sup>8</sup>.

Los descendientes de Noé conservaron la tradicion que tenian de él, y que él mismo tenia de sus padres que habian vivido con Adán. Así es como se perpetuó en las

1 S. Cyril. *contr. Julian*, lib. 1. — 2 Gen. vi, 12.

3 Gen. viii y ix. — 4 *Ibid.* xxvi, 4 y 5.

5 Grotius, *de verit. Relig. christ.* l. 1, sect. 7, etc. Clerici, *Comment. in Pent.* cap. 23, supr. Levitic.

6 Fabriey, *des titres primitifs de la Rével. Disc. prélim.* p. 76.

7 Selden, *De Jure nat. et gent. juxta Discipl. Hebræor.*

8 Marsham, *Canon chronicus*, p. 161.

familias, que fueron el tronco de las primeras naciones. Dios, como lo leemos en la Escritura, puso sobre cada una de ellas un jefe para guiarla<sup>1</sup>; y según la observación de un antiguo Padre, ellas estaban instruidas también de la verdadera doctrina por los Patriarcas y demás santos personajes; que de siglo en siglo suscitaba Dios con este designio<sup>2</sup>.

Para no destruir la libertad del hombre, y al mismo tiempo asegurar la duración del género humano, era necesario que el conocimiento de la ley divina no se pudiese jamás en el mundo, y que el hombre no obstante pudiese violarla. En efecto, vemos esta ley siempre conocida, y siempre, ya más, ya menos quebrantada por las pasiones, así en lo que manda creer, como en lo que manda practicar.

Los cultos supersticiosos sin embargo no se establecieron inmediatamente después del diluvio<sup>3</sup>. ¿Cómo se hubieran atrevido los hombres, por osados que fuesen, á levantar altares sacrílegos sobre una tierra húmeda aun de las aguas de la venganza divina? Ni los individuos, ni los pueblos se corrompen en un día, y la idolatría no ha podido nacer sino en el seno de una corrupción ya profunda. Así es que no se comienzan á descubrir algunos vestigios de ella sino bastante tiempo después de la muerte de Noé, cuando sus descendientes dispersos en el Asia y África formaban no solo familias, sino naciones....

De cualquiera manera que sea, los monumentos históricos y la tradición general atestiguan que los hombres no adoraron en un principio más que á un solo Dios. «La Religión, dice el sabio y juicioso Mignot, fue la misma en todos los pueblos en los primeros tiempos. Consistía en la creencia de un Dios, autor de todas las cosas, remunerador de los buenos y juez severo de los malos, á cuya fe se añadía la práctica del culto que él mismo había prescripto. Esta Religión no se alteró tan

<sup>1</sup> *Ecdi.* xvii, 14.

<sup>2</sup> S. Crisost. *Expos. in Psalm.* iv.

<sup>3</sup> *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. l. XXI. — Herbelot, *Bibliot. orient.* art. *Adan.*

» prontamente como algunos se lo han persuadido. La  
» historia del mundo y de la conducta de Dios sobre los  
» hombres bastaban para trasmitirla, y los hechos que  
» componían esta historia, no eran en tan gran número  
» que no se pudiesen conservar fácilmente.

«La creación del Universo, la formación del hombre  
» del limo de la tierra, á imagen y semejanza de su au-  
» tor, la caída y la promesa de su reparación, el minis-  
» terio de los ángeles de que Dios se servía para intimar  
» sus órdenes á los hombres y manifestarles sus volun-  
» tades, la depravación del género humano, su castigo  
» y la purificación de la tierra por el diluvio, formaban  
» el círculo de los conocimientos necesarios al hombre  
» para mantenerse en esta Religión. Estos conocimientos  
» no eran difíciles de adquirir; la vida larga de los pri-  
» meros hombres, testificada por nuestros libros y con-  
» fesada por los escritores profanos, facilitaba su tras-  
» misión.... Abraham de edad de ciento y cincuenta  
» años cuando murió Sem, pudo ver á este Patriarca y  
» conversar con él. Sem tenía noventa y ocho años  
» cuando sucedió el diluvio; por consiguiente fué con-  
» temporáneo de Matusalem, que habiendo llegado á  
» novecientos sesenta y nueve años, terminó su carrera  
» cuando la tierra fué inundada. Este último habiendo  
» nacido el año del mundo 687, vivió doscientos cua-  
» renta y tres años con el padre del género humano;  
» de suerte que en el tiempo de Abraham, nacido el año  
» del mundo 2008, la cadena de esta tradición constaba  
» de solos cuatro anillos que se tocaban los unos á los  
» otros. Esta tradición había echado raíces tan profundas  
» en todos los descendientes de Noé, que las corrupcio-  
» nes sucesivamente introducidas en su culto, no impi-  
» den que se hallen vestigios muy señalados, sea en sus  
» dogmas, sea en sus prácticas. Separando las antiguas  
» historias de las alegorías y ficciones de que las han  
» sobrecargado, se conciben aun hoy los mismos princi-  
» pios y los mismos hechos que Moisés, ha consignado  
» en sus escritos<sup>1</sup>. »

Por todas partes el culto de un solo Dios ha precedi-

<sup>1</sup> *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. l. XI, páginas 240 y sig.

do á la idolatría, como la inocencia precede al vicio, y el orden precede á su trasgresion. La debilidad del entendimiento y la corrupcion del corazon dan ocasion á prácticas supersticiosas; estas se extienden, se multiplican, se hacen en fin generales; y lo que no se podrá nunca bastantemente observar, la tradicion que las condena, la perpetuidad ó antigüedad no deja de ser por eso la regla universalmente reconocida de la verdadera fe y del culto legítimo.

« Cuando los hombres, dice Leland, se dispersaron » despues del diluvio para llenar la tierra y habitar sus » diferentes regiones, los jefes ó conductores de cada » horda ó familia, llevaron consigo los principios fundamentales de la Religion y de la moral á los países » donde se establecieron, los conservaron al menos por » algun tiempo, y los trasmitieron á las generaciones » siguientes<sup>1</sup>. »

El abate Lebatteux ha probado por el testimonio de los Libros santos, que en los tiempos de Moisés y de José subsistian aun en todo su vigor las tradiciones primitivas entre los Egipcios<sup>2</sup>, y en los pueblos de la Caldea, de la Arabia<sup>3</sup> y de la Palestina<sup>4</sup>, aunque la pureza del culto hubiese sido ya alterada en muchos lugares por la mezcla de diversas supersticiones, y en otras muchas partes desórdenes abominables hubiesen abortado una abominable idolatría.

Nada oscurece, nada altera el brillo y esplendor de la verdad, cuando ella se levanta como el astro de la vida sobre los pueblos nacientes: su luz penetra en los corazones sencillos, y fecunda allí el gérmen de todo lo que es bueno, de todo lo que es santo. Edad feliz de inocencia y de fe, ¡y qué no pueda durar siempre! Pero bien pronto las pasiones fermentan, producen el error y

<sup>1</sup> Leland, *Nouvelle démonstr. évangel.* part. 2, ch. 2, t. III, p. 57, 59.

<sup>2</sup> Es verosímil que en tiempo de Josef la idolatría no estaba aun establecida formalmente en Egipto. *Herodote, historien du peuple hébreu, sans le savoir*, p. 223.

<sup>3</sup> Vid. et *Bibliothèque britannique*. Juillet 1734, art. 5.

<sup>4</sup> *Hist. des causes premières*, sect. 2, art. 4, p. 116, 125. *Bullet, l'Existence de Dieu démontrée, etc.*, tom. II, pag. 24, 25.

el vicio, que se delinean, y trazan como enormes sombras entre el hombre y la verdad. Sin embargo el astro sigue su curso, continúa brillando, pero al través de negros vapores que se engruesan sin cesar; y hácia la tarde se le ve, descendiendo poco á poco entre tinieblas inflamadas, alumbrar con sus últimos rayos un cielo sangriento y cargado de tempestades.

Cuando se llegan á considerar estas grandes catastrofes del mundo moral, estas naciones que se apartan de Dios, y que caen como los ángeles rebeldes, una compasion profunda y un secreto temor se apoderan del alma. ¿Qué es el hombre? ¿Qué son sus luces, su razon? ¿Qué fuerza es esta que parece le impele al crimen? ¿Qué gana él en perderse? ¿Ceguedad espantosa! Mas ello es así: el mal le agrada; nacido para el cielo busca el infierno, como un viajero extraviado busca su patria. ¡Cosa extraña! La verdad de que huye, la ley que viola, se presentan por todas partes á sus ojos, no puede ignorarlas ni negarlas; todos los siglos y todos los pueblos, aun los mas degradados, dan testimonio á esta ley, á esta verdad, á la Religion; y desecharla, es desechar, es apostatar de la razon humana.

El crimen de los paganos era tanto mayor, cuanto que bastaba á cada pueblo su tradicion particular para discernir la verdadera Religion, que fué la primera en todos los pueblos. Subiendo hasta su origen, habrian hallado el culto santo practicado por sus padres, como subiendo algunos siglos todos los protestantes hallan que sus mayores eran católicos.

Se trata de mostrar la falsedad de los cultos idolátricos y la vanidad de sus ídolos. No *eran desde el principio*, dice el Escritor sagrado<sup>1</sup>. Y del mismo modo los Padres probando la *novedad* del paganismo, impugnaban este gran extravío del corazon humano<sup>2</sup>. Entregándose á él estaban advertidos de su crimen, y esto era lo que le hacia inexcusable. Se sabia que habia existido *una ley divina, en todas partes la misma*; es de-

<sup>1</sup> Neque enim erant ab initio. *Sapient.* xiv, 13.

<sup>2</sup> Tertul. *Apolog.* c. 7 y 25 y 27. *Theoph. ad Autolic.* l. 2, n. 33. *Eús. Præp. evang.* l. 4, c. 1, *Lact. Instit.* l. 1, etc.

cir, se reconocia la existencia de una ley primitiva, santa; en una palabra, una verdadera Religión que por estos caracteres se podía fácilmente discernir de las Religiones falsas. Era pues el hombre culpable en violarla, como lo es en violiar toda ley que puede conocer; y no se podría jamás justificar la idolatría, sin justificar al mismo tiempo el homicidio, el robo, el adulterio, todos los vicios y todos los crímenes, pues que la ley que los prohíbe, es idénticamente la misma que prohíbe el culto de los ídolos.

Por más general que este fuese, sin embargo no se debe creer que el verdadero Dios no tuviese ningun adorador entre las naciones, ni que con tantos medios de instruirse de su ley, esta fuese para todos los hombres un objeto de indiferencia. San Juan habla de los *hijos de Dios* que estaban dispersos entre los gentiles<sup>1</sup>. «Yo no pienso, dice San Agustín, que los mismos Judíos llegasen á pretender que desde la elección de Jacob ninguno haya sido, excepto los Israelitas, del número de los que pertenecen á Dios.» Y despues de haber citado el ejemplo de Job, añade: «No dudo que la Providencia divina nos haya presentado este ejemplo para enseñarnos que ha podido haber tambien en las otras naciones personas que viviendo segun Dios, y siéndole agradables, pertenecian á la Jerusalen espiritual<sup>2</sup>.»

Bossuet se extiende aun más, y se ve con placer á este gran hombre, tan poco sospechoso de laxismo en punto á doctrina, extender, digámoslo así, su esperanza, como Dios mismo se complace en dilatar su misericordia. «Es cierto, dice, que despues de la ley de Moisés,

<sup>1</sup> Jesus moriturus erat pro gente, sed ut filios Dei, qui erant dispersi, congregaret in unum. *Joan.* II, 52.

<sup>2</sup> Nec ipsos Judæos existimo audere contendere, neminem pertinuisse ad Deum, præter Israëlitas, ex quo propago Israel esse cepit.... Divinitus autem provisum fuisse non dubito, ut ex hoc uno sciremus etiam per alias gentes esse potuisse, qui secundum Deum vixerunt, eique placuerunt, pertinentes ad spiritualem Jerusalem. *S. Aug.* de Civit. Dei, lib. 18, cap. 47. — Se ha visto á algunos Principes procurar abolir el culto de los ídolos, y restablecer el del verdadero Dios. Dos Reyes consecutivos lo intentaron así en el Yemen, cerca de tres siglos antes de Jesucristo. Véase la *Vie de Mohamed*, por el *Comte de Beaulainvillier*, p. 169.

» los gentiles habian adquirido una mayor facilidad de  
» conocer á Dios, por la dispersion de los judíos, y por  
» los prodigios que Dios habia hecho en su favor; de  
» suerte, que el número de los particulares que le adoraban entre los gentiles, es *acaso mayor de lo que se piensa*. » Y despues: «Cada uno podía aprovecharse de las gracias generales, y no se debe dudar que haya habido un gran número de estos fieles, dispersos entre los gentiles de que acabamos de hablar<sup>3</sup>. »

Cuando Jesucristo pareció en el mundo, no trajo una ley diferente de la que Dios habia dado al primer hombre, y cuyo conocimiento se habia perpetuado por la tradicion en todos los pueblos: él no vino á destruirla, sino á cumplirla<sup>4</sup>; y la ley evangélica no es más que el desarrollo, ó, como se expresa San Ireneo, la *extension*, la *dilatacion*<sup>5</sup> de la ley una y universal revelada desde el principio. Este es el unánime modo de pensar de los PP.<sup>6</sup>, y lo que Tertuliano en particular explica admirablemente.

«¿Sobre qué fundamento, dice á los judíos, podeis

<sup>1</sup> *Lettre à M. Brisacier.* OEuvres de Bossuet, t. 10, 409. Edit. de Dom. Deforis.

<sup>2</sup> *Matth.* v, 17.

<sup>3</sup> Hoc autem quod præcepit.... neque solventis legem, sed adimplentis, et extendentis, et dilatantis. *S. Iræn. contr. Hæres. lib. 4, c. 13, p. 242.* Edit. Benedict.

<sup>4</sup> «En el principio, dice San Juan Crisóstomo, al formar Dios al hombre, le dio la ley natural.... » Impugnando despues á los que niegan la existencia de esta ley divina. «¿De dónde vienen pues, continúa, todas esas leyes que han escrito sus legisladores sobre el matrimonio, el homicidio, los testamentos, los depósitos, etc.? Sin duda las habian recibido de sus padres, y estos de sus abuelos, y estos de los suyos etc. Pero los primeros, ¿de quién las tenían....? Es claro que era la ley que Dios dió al hombre al criarle. ¿Qué significa aquella expresion de San Pablo, que *percerán sin la ley*; *acusándolos sus pensamientos y su conciencia, y no la ley*? Si ellos no habian tenido la ley de la conciencia, aun pecando, no debian perecer, ¿pues cómo han pecado sin la ley? Cuando el Apóstol dice *sin la ley*, no dice que no han tenido la ley, sino que no han tenido la ley escrita y que han tenido la ley de la naturaleza. » *Com. 12, ad pop. Antioch. Oper.* tom. 2, p. 127, 129, 130. — *Naturæ et disciplina una est lex.* Clem. Alex. *Strom.* lib. 1, p. 366.

» creer que Dios que ha criado y gobierna el universo;  
 » Dios, autor del hombre y propagador de todas las na-  
 » ciones, no hubiese dado la ley sino á un solo pueblo  
 » por Moisés, con exclusion de todos los otros pueblos?  
 » Si no la hubiese dado á todos, no hubiera permitido  
 » que los prosélitos de entre las naciones tuviesen acceso  
 » á ella. Pero (segun y como conviene á la bondad de  
 » Dios y á su justicia, como autor del género humano) él  
 » *ha dado la ley á todas las naciones*; en ciertos y deter-  
 » minados tiempos ha promulgado los proceptos, cuan-  
 » do quiso, por quien quiso, y como quiso. En el prin-  
 » cipio del mundo dió la ley al mismo Adán y Eva.... Y  
 » en esta ley dada á Adán reconocemos todos los precep-  
 » tos proclamados despues mas circunstanciadamente  
 » por Moisés..... La ley primitiva dada á Adán y á Eva  
 » en el paraíso, es como la *matriz* de todos los manda-  
 » mientos de Dios..... En esta ley divina, primitiva y  
 » universal, estaban contenidos todos los preceptos de la  
 » ley posterior, que brotaron á su tiempo<sup>1</sup>. »

En seguida muestra (Tertuliano) que los Patriarcas no se santificaron, ni fueron agradables á Dios sino por la observancia de esta ley, que sin embargo no era otra cosa, y lo mismo la ley de Moisés, sino la *ley principal*<sup>2</sup>;

1 Cur etenim Deus universitatis conditor, mundi totius gubernator, hominis plasmator, universarum gentium sator, legem per Moysen uni populo dedisse credatur, et non omnibus gentibus attribuisse dicitur? Nisi enim omnibus eam dedisset, nullo pacto ad eam etiam proselytos ex gentibus accessum habere permetteret. Sed ut congruit bonitati Dei, et æquitati ipsius, utpote plasmatori generis humani, omnibus gentibus eandem legem dedit; quam certis et statutis temporibus observari præcepit, quando voluit, et per quos voluit, et sicut voluit. Namque in principio mundi, ipsi Adæ et Evæ legem dedit..... In hac enim lege Adæ data, omnia præcepta condita recognoscimus, quæ postea pullulaverunt data per Moysen..... Primordialis lex est enim data Adæ et Evæ in paradiso, quasi matrix omnium præceptorum Dei..... Igitur in hac generali et primordiali lege Dei, omnia præcepta legis posterioris specialiter indita fuisse cognoscimus, quæ suis temporibus edita germinaverunt. *Tertul. adv. Judæos, c. 2. Oper. p. 184. Edit. Rigalt.*

2 Unde intelligemus Dei legem ante Moysen, nec in Horeb tantum aut in Siná et in eremo, sed antiquiorem primum in paradiso, post Patriarchis, atque ita et Judæis certis temporibus reformatam;

y hace ver que una y otra suponian y anunciaban un último desarrollo que se ha cumplido por Jesucristo y en Jesucristo.

Y como la ley primitiva ó primordial y la ley de Moisés reposaban sobre el testimonio de Dios, que se perpetuaba por la tradicion, la Ley Evangélica descansa y se apoya igualmente en el testimonio de Dios, perpetuado por la tradicion. Así que la Religion no es mas que una cadena indisoluble de testimonios que suben hasta Dios.

¡Oh y qué hermosa es esta tradicion que principia con el mundo, y que á pesar de innumerables errores, se perpetúa sin interrupcion en todos los pueblos! ¡Qué imponente es esta palabra que Dios ha pronunciado al principio de los siglos, y que todos los siglos repiten con un santo respeto! Salida de la eternidad, el tiempo, como un largo eco, la repite y la vuelve á la eternidad. Esta palabra maravillosa, imágen de la Palabra engendrada *antes del lucero de la mañana*<sup>1</sup>, del *Verbo que está en Dios y que es Dios mismo*<sup>2</sup>, es la razon, la verdad, el órden, la ley, la vida; y no hay vida, verdad ni razon sino en ella. Herencia comun del linaje humano<sup>3</sup>, ella es la *verdadera luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo*<sup>4</sup>; le instruye de sus deberes y de sus destinos; forma su entendimiento formando sus creencias; eleva por la fe á este Sér de un dia hasta el *Anciano de dias*<sup>5</sup>; hasta el Sér infinito, único y solo principio de todo lo que existe; purifica su corazon revelándole su miseria, y mostrándole su remedio. Sin ella el hombre no seria mas que un fantasma que pasa y desaparece en las sombras; ella le une con sus semejantes uniéndole con su autor. La virtud, la esperanza, el amor el pensamiento mismo vienen de ella. ¿Dónde están los

ut non jam ad Moysi legem ita attendamus quasi ad principalem legem, sed ad subsequentem, quam certo tempore Deus et gentibus exhibuit, et repromissam per Prophetas in melius reformavit, et præmonuit futurum. *Ibid. pág. 184, 185*

1 *Psalm. cix, 3. — 2 Joan. 1, 1.*

3 *Philo Judæus, de mundi opificio. Oper. p. 1.*

4 *Joan. 1, 9. — 5 Dan. vii, 9.*



que dicen, no la conocemos? Inteligencias decaídas, sordas á la voz del género humano, y condenadas en el hecho mismo á no creer nada, porque la *fe nace del oído*<sup>1</sup>; toda palabra como toda verdad, toda ley procede de esta palabra, de esta ley primera. ¿Dónde están los que dicen, no la queremos? Espíritus rebeldes, á quienes la luz ofende é importuna: piden tinieblas, y tinieblas les serán dadas; desechan la verdad, la verdad los repelerá de sí; desechan la ley de gracia, y hallarán la ley del suplicio; en lugar del Dios que no han querido y de la muerte que querrian, tendrán eternamente á su crímen por compañero, y por rey *el gusano que nunca muere*<sup>2</sup>.

Hemos pues probado que ninguna secta idolátrica tiene autoridad real; que no existe ni existió jamás sino una Religion que comenzó con el mundo: Religion por consiguiente *una, universal, perpetua*, en sus dogmas, en sus preceptos, en su culto esencial: que siempre y en todas partes se ha conocido su existencia y el medio por el cual se la podía discernir de los errores, supersticiones nacidas del orgullo de la ignorancia, de la insaciable curiosidad, y de todas las pasiones humanas. Hemos hecho ver al mismo tiempo que esta Religion no es otra que la Religion cristiana, única que posee estos grandes caracteres de autoridad soberana á que todo espíritu debe obedecer; á saber, la *unidad*, la *universalidad*, la *perpetuidad*. Vamos pues á probar que la *santidad* le conviene no menos visiblemente: de modo que en cualquiera época, y bajo cualquier aspecto que se la considere, Dios se manifiesta en ella y por ella con tanto brillo y esplendor, que no percibirla es estar abandonado á una ceguera tan terrible, que no se hallan términos con que llorarla.

<sup>1</sup> *Ad Rom.* x, 17. — <sup>2</sup> *Marc.* ix, 43.

## CAPÍTULO VII.

La Santidad es propia del Cristianismo.

Remontándonos al origen del mundo, hemos visto á la Religion cristiana desenvolviéndose sucesivamente sin dejar de ser *Una*, réstanos probar ahora que es igualmente *Santa*, y que este carácter esencial de la verdadera Religion igual y manifiestamente le pertenece. Para ello es necesario considerarla en su totalidad, y abrazar de una sola ojeada los diferentes estados bajo los cuales ha subsistido desde el principio del mundo hasta nosotros.

Su duracion pues presenta tres épocas principales, semejantes bajo muchos respectos á las edades de la vida humana. La primera revelacion contenia el gérmen de las que debían suceder, como las primeras verdades que la palabra revela al niño, incluyen todas las verdades que conocerá en lo sucesivo. La revelacion *Mosáica*, oponiendo una nueva barrera á los desarreglos de la edad de las pasiones, confirma la revelacion primordial ó primitiva, y prepara los pueblos á la última revelacion. Esta en fin cumplió lo que prometian las otras dos, y San Pablo mismo la llama *la edad del hombre perfecto*, á que debemos todos, dice, *apresurarnos á llegar en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios hasta la plena medida de Jesucristo, á fin de que no seamos ya niños*.

Estas tres revelaciones no forman tres Religiones diversas, sino una Religion mas perfecta á medida que ella se ha desarrollado mas; así como la razon del hombre no es una razon diferente de la del niño, sino la misma razon mas ilustrada, mas desarrollada, mas perfecta; y si se quiere extender aun mas esta comparación, se verá que los deberes del hombre tienen tambien, en proporcion de sus luces, mas extension que los del niño, aunque en el fondo sean constantemente los mismos deberes invariables.

Así es que el hombre es siempre uno, siempre idénticamente el mismo hombre, á pesar del desarrollo de su naturaleza, ó mas bien en virtud de los desarrollos mis-

que dicen, no la conocemos? Inteligencias decaídas, sordas á la voz del género humano, y condenadas en el hecho mismo á no creer nada, porque la *fe nace del oído*<sup>1</sup>; toda palabra como toda verdad, toda ley procede de esta palabra, de esta ley primera. ¿Dónde están los que dicen, no la queremos? Espíritus rebeldes, á quienes la luz ofende é importuna: piden tinieblas, y tinieblas les serán dadas; desechan la verdad, la verdad los repelerá de sí; desechan la ley de gracia, y hallarán la ley del suplicio; en lugar del Dios que no han querido y de la muerte que querrian, tendrán eternamente á su crímen por compañero, y por rey *el gusano que nunca muere*<sup>2</sup>.

Hemos pues probado que ninguna secta idolátrica tiene autoridad real; que no existe ni existió jamás sino una Religion que comenzó con el mundo: Religion por consiguiente *una, universal, perpetua*, en sus dogmas, en sus preceptos, en su culto esencial: que siempre y en todas partes se ha conocido su existencia y el medio por el cual se la podía discernir de los errores, supersticiones nacidas del orgullo de la ignorancia, de la insaciable curiosidad, y de todas las pasiones humanas. Hemos hecho ver al mismo tiempo que esta Religion no es otra que la Religion cristiana, única que posee estos grandes caracteres de autoridad soberana á que todo espíritu debe obedecer; á saber, la *unidad*, la *universalidad*, la *perpetuidad*. Vamos pues á probar que la *santidad* le conviene no menos visiblemente: de modo que en cualquiera época, y bajo cualquier aspecto que se la considere, Dios se manifiesta en ella y por ella con tanto brillo y esplendor, que no percibirla es estar abandonado á una ceguera tan terrible, que no se hallan términos con que llorarla.

<sup>1</sup> *Ad Rom.* x, 17. — <sup>2</sup> *Marc.* ix, 43.

## CAPÍTULO VII.

La Santidad es propia del Cristianismo.

Remontándonos al origen del mundo, hemos visto á la Religion cristiana desenvolviéndose sucesivamente sin dejar de ser *Una*, réstanos probar ahora que es igualmente *Santa*, y que este carácter esencial de la verdadera Religion igual y manifiestamente le pertenece. Para ello es necesario considerarla en su totalidad, y abrazar de una sola ojeada los diferentes estados bajo los cuales ha subsistido desde el principio del mundo hasta nosotros.

Su duracion pues presenta tres épocas principales, semejantes bajo muchos respectos á las edades de la vida humana. La primera revelacion contenia el gérmen de las que debían suceder, como las primeras verdades que la palabra revela al niño, incluyen todas las verdades que conocerá en lo sucesivo. La revelacion *Mosáica*, oponiendo una nueva barrera á los desarreglos de la edad de las pasiones, confirma la revelacion primordial ó primitiva, y prepara los pueblos á la última revelacion. Esta en fin cumplió lo que prometian las otras dos, y San Pablo mismo la llama *la edad del hombre perfecto*, á que debemos todos, dice, *apresurarnos á llegar en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios hasta la plena medida de Jesucristo, á fin de que no seamos ya niños*.

Estas tres revelaciones no forman tres Religiones diversas, sino una Religion mas perfecta á medida que ella se ha desarrollado mas; así como la razon del hombre no es una razon diferente de la del niño, sino la misma razon mas ilustrada, mas desarrollada, mas perfecta; y si se quiere extender aun mas esta comparación, se verá que los deberes del hombre tienen tambien, en proporcion de sus luces, mas extension que los del niño, aunque en el fondo sean constantemente los mismos deberes invariables.

Así es que el hombre es siempre uno, siempre idénticamente el mismo hombre, á pesar del desarrollo de su naturaleza, ó mas bien en virtud de los desarrollos mis-

mos que se obran y deben obrarse en sus facultades para que llegue á la perfeccion conveniente á su naturaleza, y así tambien la Religion es siempre una, siempre idénticamente la misma Religion, á pesar del desenvolvimiento, ó mas bien en virtud de los desenvolvimientos mismos que ha debido experimentar para llegar á su perfeccion, ó para venir á ser la expresion perfecta de las relaciones que existen entre Dios y el hombre.

La *unidad* del Cristianismo es por otra parte, como lo hemos mostrado, un hecho perpetuo; pues que no se puede añadir ni quitar nada de él, sin trastornar completamente la Religion primitiva....

El género humano atestigua la existencia de una verdadera Religion: testifica igualmente que debe ser una, universal, perpetua; solamente una, que es el Cristianismo; es perpetua, universal, una: el Cristianismo es pues la verdadera Religion.

Observe además que aun cuando se creyese poder mostrar, lo que no se hará jamás, que al Cristianismo faltase alguno de los caracteres de que acabamos de hablar, á menos que no se muestre lo que ni aun se ensayaré si quiera, que existe otra Religion que reúne mas evidentemente todos estos caracteres, no se llegará aun sino á una conclusion absurda; á saber que no existe ninguna verdadera Religion.

Mas para limitarnos al objeto particular de este capítulo. es creencia unánime de todos los pueblos que la Religion primitiva tiene á Dios por Autor: la Religion primitiva y el Cristianismo, son idénticamente la misma Religion; luego el Cristianismo viniendo de Dios, es santo como el mismo Dios.

Una razon recta no necesita mas para creer sin vacilar; y mientras que el orgullo desconfiado y curioso se dirige al Sér supremo, y le pregunta cómo sus obras son dignas de él, la fe repite con amor: *El ha hecho bien todas las cosas*<sup>1</sup>, y no piensa que su verdad, su bondad, su justicia deban, para ser reconocidas, sufrir el examen y juicio, y recibir la insolente sancion de ninguna de sus criaturas.

<sup>1</sup> *Marci vii, 37. Ps. cxliv, 13.*

No porque la Religion que Dios ha revelado tema las miradas del hombre, y se niegue al exámen de la razon: ella no le somete sin duda su autoridad divina; pero segura de sí misma, le dice: no tengo necesidad de las tinieblas; hé venido á disiparlas. Héme aquí: no temo tus ojos que he abierto, ni la luz que ellos no reciben sino de mí.

Para formarse una nocion exacta de la santidad del Cristianismo, es necesario desde luego elevarse hasta Dios, y comprender que él solo es santo por esencia<sup>1</sup>. La santidad es su mismo sér, como que es la verdad y el órden esencial. Síguese de aquí claramente que la santidad en el hombre es la conformidad de sus pensamientos ó de sus creencias con los pensamientos de Dios, ó las verdades eternas, y la conformidad de sus voluntades y de sus acciones con las voluntades de Dios, que son el órden inmutable.

Mas como el hombre por sí mismo no conoce los pensamientos, ni la voluntad de Dios, es necesario que Dios se le revele ó manifieste; y todos los pueblos en efecto atestiguan la existencia de semejante revelacion. Tan cierto como es que ella existe y que Dios es su autor, lo es tambien que es *santa*. ¿Mas en qué consiste su santidad? ¿cuál es la idea que debemos formarnos de ella? Lo que acabamos de decir lo da bastante á conocer.

Una *doctrina* es santa cuando es la expresion de las verdades divinas.

Una *ley* es santa cuando es la expresion de las voluntades de Dios.

Todo lo que es un medio de union entre Dios y el hombre, es decir, todo lo que ayuda al hombre á aproximarse á Dios, ó á ser *semejante á él* en sus pensamientos, voluntades y acciones<sup>2</sup> es santo; y de este modo es como ciertas ceremonias del culto, indiferente en sí mismas, son santas, ya por el carácter que les imprime la autoridad santa que las ordena; ya por su objeto, que es la gloria de Dios y la santificacion del hombre.

No creemos que se contesten ninguna de estas máximas tomadas en su generalidad. Suponiéndolas pues reconocidas, vamos á probar que el *Cristianismo es santo en sus dogmas, en su moral, en su culto.*

<sup>1</sup> *Levit. xx, 26. — 1 Reg. ii, 2. — 2 Levit. xi, 44.*

Observemos desde luego que si se desecha enteramente la doctrina cristiana, desechando en el hecho mismo toda idea de Dios y de las relaciones que existen entre él y nosotros, se destruiría toda Religión, toda verdad, toda santidad. Observemos mas, que cuando el hombre se separa de esta doctrina, es siempre por via de negacion. Nadie añadió jamás algun dogma positivo al símbolo *católico* ó universal de los cristianos; nadie les dijo jamás, alguna cosa os falta; nadie pretendió nunca haber descubierto en materia de Religión, una verdad que no enseñe la Religión católica. Luego ella incluye todas las verdades reveladas, sean cuales sean, ó todo lo que hay *santo* en las creencias de los hombres.

¿Pero no habrá alterado estas verdades santas, uniendo á ellas dogmas falsos? Es cierto que obliga á creer todo lo que debe ser creído, ó todo lo que es verdadero y necesario á la santificación del hombre; no hay duda; ¿pero no obliga á creer mas? O en otros términos: ¿la fe que exige, la doctrina que manda admitir es *una*, ó forma un todo, cuyas partes estén tan unidas, que no se pueda separar nada de ellas, sin destruirla ó aniquilarla? Así lo asegura<sup>1</sup>: veámoslo.

A no acusar de error á todo el género humano, es preciso convenir que entre los dogmas de la Religión católica, los que han sido siempre universalmente creídos son santos y verdaderos. ¿Quién se atrevería á negarlo en presencia de todos los siglos y de todas las naciones? ¿Quién osaría solamente ponerlos en duda? ¿No oís ese grito que se levanta: ¡Impiedad! ¡blasfemia! El mundo entero se estremece y conmueve de horror, tan luego como se conmueven las antiguas bases de la fe y de la virtud.

Pues esta fe antigua contiene y supone todos los puntos de la fe cristiana. El hombre ha caído de su inocencia: nace culpable de un crimen hereditario, que debe ser expiado: ninguna creencia mas universal. ¿Dónde se hallará fuera del Cristianismo esta expiación necesaria? ¿Los antiguos no confesaban la insuficiencia de sus sacrificios? La sangre corría á ríos, y aun, lo que horroriza sólo imaginarlo, la sangre humana; pero esta sangre que

<sup>1</sup> Unus Dominus, una fides. *Ad Ephes.* iv, 5.

derramaban; dijeron jamás, pensaron nunca que pudiese salvar á todos los hombres? Y sin embargo, por todas partes existía la esperanza de salud, fundada sobre una expiación que no se veía en parte alguna. Era necesario pues que ella se cumpliera, ó la fe perpetua del género humano no habría sido mas que una perpetua ilusión. Se cumplió en efecto, el Cristianismo nos lo enseña, y confirma de este modo la verdad de la doctrina antigua, como la antigua doctrina confirma y prueba la verdad de la doctrina cristiana, de que ella es el fundamento. ¿Y qué cosa mas santa en sí misma que una doctrina que anuncia al hombre que su crimen está borrado, que vuelto á la gracia con su Hacedor, es llamado á un estado santo por una nueva alianza con Dios, principio de toda santidad?

El género humano creía tambien, según una invariable tradición, que un enviado celestial, que seria hombre y Dios, vendría un día á obrar la salud del mundo. Este Redentor prometido era la esperanza de todas las naciones.... ¿Y quién es este Salvador? Es necesario mostrarlo, ó decir que el género humano ha estado en error durante cuatro mil años. Exceptuados los judíos, que cada día producen con dolor una esperanza nueva que la mañana siguiente disipa, los pueblos han dejado ya de esperar este divino Libertador. Si no ha parecido, lo repetiremos, la fe de los antiguos tiempos era una fe engañosa. ¿Lo creereis así? ¿lo direis? ¿Os atreveréis á trastornar con una sola palabra todas las bases de la Religión y de la razon humana? — ¿Retrocedéis á la vista de esta inevitable consecuencia? Pues bien: decidnos: ¿adónde, cuándo, en qué pueblo, en qué siglo ha venido *el que debía venir*? ¿Quién es? ¿cuál es su nombre? Cristianos, vosotros lo sabeis; y jamás otro nombre se ha opuesto á este gran nombre. Inquirid, preguntad fuera del Cristianismo; todo calla. ¿Quién otro que Cristo ha dicho: *Héme aquí*? ¿De quién otro se ha dicho: *Hé aquí el que quita el pecado del mundo*? Se puede sin duda: porque ¿qué no se puede? Se puede rehusar el reconocerle<sup>2</sup>; los hombres pueden excluirle de lo que

<sup>1</sup> Tunc dixi: Ecce venio. *Ps.* xxxix, 8. — <sup>2</sup> *Joan.* i, 29.

<sup>3</sup> In mundo, erat, et mundus non cognovit, etc. *Joan.* i, 10 y 12.

ellos llamen su religion ; pero su lugar queda vacío, y bien pronto se forma un abismo adonde van á hundirse todas las verdades.

Se creia universalmente que el *Deseado de las naciones seria Dios*, y tambien que seria hombre : misterio impenetrable antes de su cumplimiento, y que no se explica sino por el *Hombre Dios*, y por las verdades que él ha revelado. La distincion de las Personas divinas, la Trinidad, la Encarnacion<sup>4</sup>, todos estos dogmas cristianos son, por decirlo así, la expansion ó dilatacion del dogma antiguo, en que estaban *ocultos* ó encerrados, segun la exacta expresion de un santo Doctor. Negarlos, no solo es negar la fe universal, es cortar la raíz de toda creencia ; porque, notadlo bien, si Jesucristo no es el Redentor que esperaba el mundo entero, no ha habido Redencion, si Jesucristo no es hombre, y si no es Dios, si el *Verbo no se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros*<sup>2</sup>, todos los pueblos han sido el juguete del error por el espacio de cuarenta siglos. Si no hay en Dios tres personas en una sola naturaleza ; si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en nombre de los cuales ordenó Jesucristo á sus Apóstoles bautizar y enseñar á todas las naciones, no son tres personas iguales y distintas ; si el Espíritu divino que habia prometido enviar á sus discípulos, no ha venido á *renovar la tierra*, Jesucristo es un impostor. Y entonces no hay Redencion ; entonces la Religion primitiva, fundada sobre la Redencion futura, era falsa ; entonces todo el género humano se ha engañado perpetuamente en las cosas que mas le importaba conocer ; entonces nada se puede admitir como cierto, apoyado en el consentimiento general ; y quedará una duda universal, y en el invencible sentimiento que tenemos de la corrupcion de nuestra naturaleza un dolor sin consuelo, y una desesperacion sin remedio.

Tal es el abismo en que necesariamente cae todo el

<sup>4</sup> Porfirio confiesa la posibilidad de la Encarnacion del Verbo. *Anetan. quest.* lib. 2, c. 13, p. 235.

<sup>2</sup> Ante Christi adventum fides Trinitatis erat occultata iu fide majorum ; sed per Christum manifestata est mundo, et per Apostolos. S. Th. 2, 2. *quest.* 2, art. 8.

que desecha un solo punto de la doctrina cristiana.

¿ Y qué ofrece esta que no lleve en sí el carácter de *santidad* esencial á la verdadera Religion ? ¿ Qué es lo que manda creer ? Un Dios santo por esencia, y tres Personas eternamente subsistentes en este Dios único : el Padre criando todo cuanto existe por su Verbo ; el Hijo redimiendo por un inefable sacrificio al género humano condenado á la esclavitud ; al Espíritu Santo concurriendo por la infusion de su gracia á la santificacion del hombre redimido. Aun mas : diganos el incrédulo mismo, ¿ qué hay en esta doctrina que no sea digno de la santidad de Dios, puesto que ella no es mas que la manifestacion de su poder, de su verdad, de su justicia y de su misericordia infinita ? « De tal modo amó Dios al mundo, » que le dió su Hijo único, á fin de que cualquiera que » cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna ; » porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para con- » denar al mundo, sino para que el mundo se salve por » él<sup>1</sup>. »

En esta sola palabra ¿ no veis un compendio de toda la Religion, la sustancia de la fe antigua, y el cumplimiento de las esperanzas de este mundo que Jesucristo vino á salvar ?

« El que cree en él no será condenado ; pero el que no » cree ya lo está ; porque no cree en el nombre del único » Hijo de Dios<sup>2</sup>. »

¿ Y porqué *condenado* ? ¡ O Cristo, *Hijo de Dios vivo* ! Tal vez este desgraciado no ha podido reconocerlo ! ¿ El error involuntario es un crimen á vuestros ojos ? ¿ Castigareis en el justo la debilidad del entendimiento, como castigareis en el malo la corrupcion del corazon ? ¿ Depende la fe de nosotros ? Este desventurado que no cree, ¿ pudo creer ? ¿ pues sobre qué motivo es condenado ?—

¿ Sobre qué motivo ? Ved aquí su condenacion : « La » luz vino al mundo, y los hombres *han amado mas las* » *tinieblas* que la luz, porque sus obras eran malas ; » todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene á la » luz para que sus obras no sean descubiertas. Pero el

<sup>1</sup> Joan. iii, 16 y 17. — <sup>2</sup> Joan. iii, 18.

» que *obra la verdad*, viene á la luz para que sus obras sean manifestadas, porque son hechas en Dios <sup>1</sup>. »

Comprended, pues, que la luz se ofrece á todos, y que escogiendo las tinieblas se desecha libremente el don divino por un uso criminal de la voluntad, resuelta á fijarse en el mal. Se niega la verdad, la santidad de la doctrina, á causa de la santidad de las obligaciones que impone. ¿Quién no seria cristiano, si el Cristianismo permitiese á cada uno vivir segun sus deseos? Se duda, porque se quiere dudar; se duda, porque el espíritu trata secretamente con las pasiones, y les entrega por un precio vil la verdad que finge amar, como el *hombre de homicidio* <sup>2</sup> entregó la verdad viviente.

La moral evangélica espanta á la molicie, y conserna á la naturaleza humana degradada. Los hijos de Adán, bajo el triste yugo de sus vicios <sup>3</sup>, la contemplan y la admiran con espanto. Su hermosura, su pureza, su santidad los subyuga. Todos respetan y rinden homenaje á su perfeccion; y aun cuando se apartan de la que prescribe, vencidos de ella les seria mas fácil condenarse á sí mismos que acusarla. La conciencia universal reconoce en ella mas explicados los preceptos de justicia primitivamente promulgados. La ley que arregla las acciones, penetra hasta el corazon para arreglar en él los movimientos mas imperceptibles. En lo que manda, en lo que prohíbe y en lo que aconseja, todo es de un orden superior; todo anuncia un estado, mas elevado en que el hombre restituido á la inocencia, es llamado por su Salvador, y cuyo modelo ve en él. Leyendo el Evangelio, tan sencillo y tan divino, el hombre se siente como arrebatado por un no sé qué celestial. No creo que exista una persona que pueda en aquel momento cometer una accion mala. Es necesario que se le borre antes la impresion que ha recibido; que la palabra de gracia y de verdad, cuyo encanto indefinible suspendia el poder del mal, cese de resonar en su alma conmovida.

<sup>1</sup> Joan. iii, 19, 21.

<sup>2</sup> Judas *Iscariotes*, ó el hombre de muerte ú homicidio, *vir occisionis*.

<sup>3</sup> Jugum grave sudér filios Adam. *Eccles*, xi, 1.

« Amarás á Dios de todo tu corazon, con toda tu anima, con todas tus fuerzas: hé aquí el primero y mas grande y principal mandamiento. El segundo es semejante á él: ama á tu prójimo como á tí mismo. Estos dos mandamientos contienen é incluyen toda la ley <sup>1</sup>. »

En efecto, ellos incluyen la justicia y la caridad, que es la perfeccion de la justicia. No hay un deber que no dimane de ellos. Es igualmente imposible añadir ó quitar cosa alguna; observándolos acaba el hombre de llegar á *ser semejante á Dios*, en cuanto puede serlo. La fe santifica su entendimiento, haciendo sus pensamientos conformes á los pensamientos divinos <sup>2</sup>; el amor y caridad santifica su corazon, llenándolo de los mismos sentimientos que Dios tiene para con él <sup>3</sup>, y para los seres que ha criado; y de este modo se explica aquel precepto, hasta entonces incomprendible: « Sed perfectos, como vuestro Padre celestial lo es <sup>4</sup>. »

¿Quién otro que Jesucristo tuvo jamás este lenguaje? ¿Qué doctrina se comparará á esta su doctrina, á esta su enseñanza? inquirid, examinad, decidnos lo que le falta, ó lo que se podrá reformar en ella. Diez y ocho siglos ha que los pueblos la oyeron por la primera vez. Filósofos, tan orgullosos de vuestra razon, que tan fastuosamente ponderais los progresos de la sabiduría, mostradnos las mejoras que le debe la regla de las costumbres. ¿Callais? bien: Rousseau lo dirá por vosotros.

« Yo no sé porqué se quiere atribuir á los progresos de la filosofía la hermosa moral de vuestros libros. Esta moral sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica.... Los preceptos de Platon son muchas veces sublimes; pero cuánto no yerra otras, y hasta dónde no llegan sus errores! El Evangelio es, en cuanto á la moral, siempre seguro, verdadero, único y siempre semejante á sí mismo <sup>5</sup>. »

<sup>1</sup> *Matth*. xxii, 38, 39, 40.

<sup>2</sup> Sanctifica eos in veritate. Sermo tuus veritas est.... Et pro eis ego sanctifico me ipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate. *Juan*. xvii, 17 y 19.

<sup>3</sup> *Ibid*. 26. — <sup>4</sup> *Matth*. v, 48.

<sup>5</sup> *Lettre de la Montagne. Lettr*. 3, p. 86, 87. Paris 1793.

Suponed abolida la moral cristiana; en el momento acabaron, dieron fin la sociedad, las familias, las leyes; reinará solo el crimen, y la vida misma se ahogará en su origen. Suponed al contrario una obediencia completa á sus mandamientos; la tierra purificada de todo desorden, sería la imágen del cielo, y como él la mansion de la paz, de la dicha, de la inocencia, de la santidad<sup>1</sup>.

Notad además en el Cristianismo, en su moral y en sus dogmas un carácter de divinidad bien patente. Cuando Dios se resolvió á hacer brillar su gloria visiblemente por la creación, es decir, á manifestar su omnipotencia, su verdad, su amor, quiso que ninguna criatura no se pudiese atribuir el mas pequeño de los dones que tenia de él solo, ni concurrir en manera alguna á criarse á sí propia. Esta es la razon porque el poder del hombre dispone de las cosas materiales que están á su alcance, las combina, pero verdaderamente nada produce. Así tambien su razon combina, coteja, compara las verdades que ha recibido, pero no inventa verdad alguna<sup>2</sup>; y por consiguiente no puede descubrir deber alguno, ó inventar alguna virtud. En efecto, durante cuatro mil años, no se ve que el espíritu humano, cualquiera que fuese el grado de cultura y de civilizacion de los diversos pueblos, añadiese dogma ni precepto alguno á los que habian sido revelados en el principio. Ellos sin embargo debian desarrollarse, pero no por el esfuerzo del hombre. Jesucristo aparece en el tiempo señalado: *Habla en el mundo lo que ha oido del que le envia*<sup>3</sup>. Nuevos dogmas y nuevos preceptos salen, digámoslo así, de los precep-

<sup>1</sup> Bolingbroke mismo no ha podido menos de reconocerlo así. « No pareció en el mundo, dice, Religión, cuya tendencia natural haya sido, mas propia para aumentar la paz y la felicidad de los hombres, que la Religión cristiana. El sistema de Religión contenido en el Evangelio es un sistema *completo*, que llena todo cuanto se propone la Religión natural ó revelada. El Evangelio de Jesucristo es una lección continua de la moral mas recta, de la justicia, de la benevolencia, y de la caridad universal. *Analyse de Bolingbroke*, sect. 12.

<sup>2</sup> Véase sobre esta expresion en general el t. 1.<sup>o</sup> de la *Biblioteca* pág. 424.

<sup>3</sup> *Joan.* VIII, 26.

tos y dogmas antiguos; y despues de esta última revelacion, anunciada desde el principio, y perpetuamente esperada, el espíritu humano, tan ansioso de saber, tan orgulloso de encontrar, no ha dado un solo paso en el conocimiento de Dios, y de nuestras relaciones con él. Ha dudado, negado, devastado el reino de la verdad y de la virtud; pero jamás lo ha dilatado con nuevas conquistas.

Ahora bien: supuesto que el primer hombre conocia de la Religión todo lo que los hombres han conocido durante cuarenta siglos, y que nosotros no conocemos mas que lo que Jesucristo nos ha enseñado, ella ha sido en toda su duracion enteramente independiente de la razon humana, que antes y despues de la venida del Salvador no pudo jamás descubrir por sí misma un dogma ni un deber: luego el Cristianismo es evidentemente divino, por el hecho mismo de que su autor ha proclamado nuevos deberes, y manifestado nuevos dogmas.

Si alguno contestase esta prueba de la divinidad de la Religión cristiana, le opondríamos á Rousseau mismo, de quien son estas palabras: « Reconocemos la autoridad » de Jesucristo, porque nuestro entendimiento asiente á » sus preceptos, y nos descubre su sublimidad. Nos dice » que conviene á los hombres seguir sus preceptos: pero » que no *está á su alcance el encontrarlos*<sup>1</sup>. »

No siendo otra cosa el culto mas que la expresion del dogma, siguese que el Cristianismo, santo en sus dogmas y en su moral, lo es igualmente en su culto. La adoracion de un solo Dios por un solo Mediador es lo esencial de él, como lo era del culto antiguo; pero el verdadero sacrificio reemplaza los sacrificios figurativos. Cumplido en la cruz, se perpetúa todos los dias en el altar. *Desde donde nace el sol hasta el ocaso, el nombre del Señor es grande entre todas las naciones; se sacrifica en todo lugar, y se ofrece á su nombre una oblacion pura*<sup>2</sup>; la Hostia santa que debia obrar la reconciliacion del

<sup>1</sup> *Lettr. écrites de la Montagne*, p. 30.

<sup>2</sup> *Malach.* I, 11.

mundo<sup>1</sup>. El Pontífice de los bienes futuros<sup>2</sup>, cuyo sacerdocio es eterno<sup>3</sup>; el que es á un tiempo sacerdote y víctima, despues de haber consumado por la efusion de su sangre la redencion del hombre culpable, continúa en ofrecerse por él de un modo incruento en el sacrificio eucarístico<sup>4</sup>, y se ofrecerá eternamente á su Padre en el cielo<sup>5</sup>.

« Cuando consideramos lo que obra Jesucristo en este misterio, y que nosotros por la fe le vemos realmente presente en la santa Misa como muerto, nos unimos á él en este estado, le presentamos á Dios como nuestra única víctima y nuestro único propiciador por su sangre, protestando que todo cuanto podemos ofrecer á Dios es Jesucristo, y el mérito infinito de su muerte. Consagramos todas nuestras oraciones por esta ofrenda divina; y presentando á Dios su Hijo Jesucristo, aprendemos al mismo tiempo á ofrecernos á la Majestad divina en él y por él como hostias vivas. »

« Tal es el sacrificio de los cristianos, infinitamente diferente del que se practicaba en la Ley; sacrificio espiritual<sup>6</sup> y digno de la nueva alianza, en que la víctima presente no se percibe *con los ojos del cuerpo*, sino por la fe<sup>7</sup>; en que el cuchillo es la palabra que separa místicamente el cuerpo y la sangre; en que esta sangre por consiguiente no se derrama sino en misterio, ni la muerte interviene sino en representacion; sacrificio no obstante eminentemente verdadero, en el que Jesucristo esta verdaderamente contenido y presentado á Dios bajo esta figura de muerte; pero sacrificio de conmemoracion ó rememorativo, que léjos de separarnos del sacrificio de la cruz, nos une á él

1 Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi. *II ad Corinth.* v, 19.

2 *Ad Hebr.* ix, 11, 12. — 3 *Ibid.* vii, 24, 25.

4 Id ipsum quod semel in cruce perfect, non cessat mirabiliter operari, ipse offerens, ipse et oblatio. *Præfat. de Ssmo. Sacramento.*

5 S. Aug. *Tract. adv. Judæos*, cap. 13. *Oper. t. VIII*, c. 39.

6 Es decir, no carnal; pero sí, aunque espiritual, real y verdadero.

7 Aunque real y verdaderamente presente.

» por todas sus circunstancias, pues que no solamente » se representa allí todo entero, sino que en efecto no » es ni subsiste sino por esta relacion, y de él toma toda » su virtud<sup>1</sup>. »

Asimismo toda la virtud de los Sacramentos viene tambien de este inefable sacrificio que nos abrió los tesoros de la misericordia infinita. Y ved lo que Dios hace en la nueva alianza para la santificacion de su criatura caída de su gracia. No hay una época, un acto importante de la vida humana, al cual Jesucristo no haya unido gracias particulares por la institucion de un Rito sagrado. El *Bautismo* nos reengendra al nacer, y nos restablece en la justicia original que habiamos perdido en Adán. Cuando la inclinacion al mal, que subsiste siempre en nosotros<sup>2</sup>, se desenvuelve, nos está preparado un nuevo auxilio contra los errores de la edad de las pasiones. A la voz del Obispo, el Espíritu Santo descende en nuestra alma para enriquecerla con sus dones y *confirmarnos* en la fe. Bien pronto, participando del misterio de amor que se cumple y renueva sin cesar, somos llamados al banquete celestial en que el autor de la vida se hace nuestro alimento incomprensible. Hemos manchado por desgracia con alguna falta la túnica de la inocencia de que fuimos revestidos en el Bautismo, la *Penitencia* le restituye su primera blancura. Los antiguos habian presentado<sup>3</sup>, y los filósofos mismos han confesado la utilidad de la *Confesion*<sup>4</sup>. Ella previene y aun evita

1 Bossuet, *Exposicion de la doctrina de la Iglesia católica*, cap. 14.

2 Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. *Gen.* viii, 21.

3 Los vestigios de esta práctica, que se encuentran en tantas naciones, manifiesta lo conforme que es esta institucion, santificada por Jesucristo, que hizo de ella un sacramento, á la naturaleza del hombre.

4 « ; Cuántas restituciones y reparaciones no obliga á hacer la confesion entre los católicos ( *Emile*, l. 4, p. 58, édit. 1793). »

« La confesion es una cosa excelente, un freno para los delitos. Es muy buena para mover á los agraviados á perdonar, y hacer restituir á los ladrones lo que pueden haber quitado á sus prójimos » ( *Volt. Diction. philos.* art. *Catéchisme du curé* ). » « Se puede mirar la confesion como el mayor freno de los crímenes secretos



mas crimenes que los que borra; es el suplemento de todas las leyes, y una fuente inagotable de paz y de virtudes. La piedad divina ha creado en medio de nosotros un tribunal, en el cual el perdon espera incesantemente al arrepentimiento. Y cuando se acerca al momento que decidirá de nuestra suerte eterna, la *Uncion* de los enfermos nos purifica, consuela, fortalece en el último combate. En fin, la sociedad misma es santificada por los Sacramentos que consagran las dos grandes instituciones que la constituyen; á saber: el *Matrimonio*, fundamento de la familia y del poder ó autoridad paternal, y el *Sacerdocio*, que es una paternidad mas sublime.

Tal es el Culto cristiano, culto inmortal, culto universal, pues en lo sustancial no se diferencia del que los espíritus angélicos dan al Todopoderoso en los cielos. Sus oraciones, como las nuestras, unidas á las del Supremo Sacerdote, *siempre vivo para interceder por nosotros*<sup>1</sup>, adquieren por esta union un precio y valor infinito. Los votos y adoraciones de todas las inteligencias no forman mas que un solo voto, una sola adoracion, que el Hijo de Dios presenta eternamente á su Padre. Por él todo es santo en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, amor y ofrendas; porque los pensamientos del cristiano son las verdades divinas que el Verbo ha venido á revelarnos; sus deseos, desasidos de las criaturas, no se detienen sino en Dios y le abrazan todo entero; su amor, producido por el Espíritu Santo que Jesucristo habia prometido enviar á sus Discipulos<sup>2</sup>, es una participacion del amor infinito que Dios se tiene á sí; su ofrenda es la víctima santa, *en la que toda la plenitud de la Divinidad habita corporalmente*<sup>3</sup>.

» (Id. *Essai sur l'hist. génér., etc.*, t. I, ch. 12). » « El mejor de todos los gobiernos, dice Raynal, seria una teocracia, en la que se estableciese el tribunal de la Confesion, si estuviese siempre dirigido por hombres virtuosos, y sobre principios racionales (*Hist. philos.* t. III). » « ¡Qué preservativo mas saludable para las costumbres de la adolescencia, que el uso y obligacion de confesarse todos los meses! El rubor de esta humilde confesion de las faltas mas ocultas, evitaria acaso mayor número de ellas que todos los motivos mas santos (Marmontel, *Mémoires*, t. I, liv. 1). »

<sup>1</sup> *Ad Hebr.* vii, 25. — <sup>2</sup> *Act.* i, 8. — <sup>3</sup> *Ad Coloss.* ii, 9.

Despues de haber contemplado este maravilloso conjunto del Cristianismo, la grandeza y simplicidad fecunda de sus *dogmas*, que mas ó menos desenvueltos forman la razon del género humano, la perfeccion de su *moral*, base inmutable de todas las leyes; la sublimidad de su *culto* que une tan estrechamente al hombre con Dios, sin abatir á Dios ni lisonjear el orgullo del hombre; que de tanta corrupcion hace salir tantas y tan sublimes virtudes; que al lado de una inmensa miseria coloca un amor inmenso, un Redentor para expiarlo todo, un Mediador para santificarlo todo; examino, busco, inquiero como estos dogmas, esta moral, este culto podrian ser invencion del hombre; como podria él haber criado la luz que alumbró su entendimiento, las leyes que arreglan su voluntad y corazon, un órden infinito de relaciones que abraza y une todos los seres, desde el Supremo y Soberano Sér hasta la mas débil inteligencia; y la suposicion sola de un hecho tan absurdo humilia y confunde al buen sentido. Subid de edad en edad para descubrir la época de esta pasmosa invencion, bien pronto desaparece el hombre en la profundidad del tiempo; el tiempo mismo se desvanece, y no se ve mas que Dios y la eternidad.

O vosotros, los que vacilais en reconocer en la Religion cristiana la obra de este Dios grande, volved vuestros ojos hácia la otra extremidad del tiempo, ¿qué percibis? ¡La eternidad; la eternidad, y siempre la eternidad! Inmóvil, recibe en su vasto seno todas las criaturas: vosotros tambien entrareis un dia; pero la duda no entrará con vosotros. Las últimas nieblas de oscuridad se detienen sobre la tumba. La muerte despoja al espíritu soberbio del vestido de tinieblas con que se envuelve. La luz le embiste y cerca por todas partes, y principia su suplicio. Entonces él cree; cree la verdad que desechaba; el cielo que ha perdido; el infierno que ha conquistado; y en el fondo de sus abismos, vacíos de esperanza, descubre, con una certeza espantosa, el sitio, el lugar que le señala el órden invariable que ha desconocido.

Acabamos de ver que el Cristianismo, considerado en sus dogmas, en su moral, en su culto, es manifestamente

divino. Negar su doctrina, es destruir toda fe; desechar sus preceptos, aniquilar toda virtud. El es la *ley de vida, dada en herencia* á los hijos de Adán<sup>1</sup>; y fuera de esta ley no hay vida, porque fuera de ella no se pertenece á aquél que es la *vida y la verdad*<sup>2</sup>, al *Deseado de las naciones*<sup>3</sup>, al Salvador esperado tan largo tiempo por todo el género humano.

Pero la divinidad de la Religion cristiana puede ser aun reconocida por otras señales no menos brillantes. Las *Profecías*, los *Milagros*, el *Carácter de su Fundador*, las *Virtudes* que ha producido, los *Beneficios* que ha derramado, son otras tantas pruebas de su origen celestial y divino. Las expondremos sucesivamente; pero antes es necesario hablar de la *Santa Escritura*, donde están consignados la mayor parte de los hechos de que tenemos que ocuparnos.

## CAPÍTULO VIII.

De la Sagrada Escritura.

Los monumentos sagrados de los cristianos contienen la historia primitiva del hombre y del mundo que habita, la del pueblo judío, sus leyes, las profecías, cuyo depósito le habia sido confiado, la vida de Jesucristo, su doctrina recogida por los Apóstoles, y por último la historia profética de la sociedad que ha establecido. De estas dos partes, llamadas el *Antiguo y Nuevo Testamento*, se compone la Sagrada Escritura; libro maravilloso, que comprendiendo toda la historia de los tiempos, principia y acaba en la eternidad.

No existe ni se halla en nacion alguna monumento comparable en antigüedad con el Pentatéco, escrito por

<sup>1</sup> Addidit illis disciplinam, et legem vitæ hæreditavit illos. *Ecclesiast.* XIII, 9. — <sup>2</sup> *Joan.* XIV, 6.

<sup>3</sup> Et veniet Desideratus cunctis gentibus. *Agg.* II, 8.

Moisés cerca de quince siglos antes de Jesucristo. La historia cierta de la Grecia no sube mas allá de la primera Olimpiada<sup>1</sup>. Herodoto vivia en tiempo de Artajerjes. Las obras de Sanchoniaton<sup>2</sup>, de Manethon, de Megastenes, de quienes nos quedan algunos fragmentos, casi no pueden ser mas antiguas. Y aun algunos sabios presumen que no son anteriores al reinado de Ptolomeo Philadelfo<sup>3</sup>. Beroso escribia en los tiempos de Alejandro. Está igualmente reconocido que los libros de los Persas, de los Indios y de los Chinos pertenecen á una época mucho mas reciente que el Legislador de los Judíos.

A él es á quien debe el género humano los únicos Anales que le instruyen de su origen, y de todos los hechos sobre que reposa el orden entero de sus obligaciones, de sus esperanzas, de su destino, de su fin. Hasta entonces la memoria se habia conservado únicamente por la tradicion; pero cuando la vida de los hombres se abrevió, y los pueblos se multiplicaron, Dios quiso que esta tradicion se fijase por escrito, así como los numerosos pormenores de la Ley que daba á los hijos de Jacob, y las profecías que debian servir de prueba perpetua á Jesucristo.

Sin embargo, no todo fué escrito, como observa Maimonides, y la razon que da de ello es notable. «Fué, dice, una gran prudencia, y un medio de prevenir los inconvenientes en que se ha caido en lo sucesivo; es decir, la diversidad de opiniones, las perplexidades y aun las dudas que excita ordinariamente la palabra escrita, y consignada en un libro; de aquí provienen las disensiones, las controversias, los cismas, las sectas, y una espantosa confusion. Pero en otro tiempo todo se terminaba por las decisiones del gran Sanhedrin<sup>4</sup>, co-

<sup>1</sup> Año 775 antes de Jesucristo. Véase á Julio Africano, *apud Euseb. Præparat. Evang.* lib. 10, cap. 10.

<sup>2</sup> Algunos creen que Sanchoniaton vivia pocos siglos despues de Moisés; pero no hay prueba alguna cierta de ello.

<sup>3</sup> Doscientos cuarenta y dos años antes de la era cristiana.

<sup>4</sup> La autoridad de esta corporacion era superior á la del Rey, según el mismo Maimonides. «El Rey, dice Rabbi David Ganz, era señor absoluto en todo lo que tocaba á la guerra y al ejército; pero lo que decia relacion á la ley, y á la administracion interior del

divino. Negar su doctrina, es destruir toda fe; desechar sus preceptos, aniquilar toda virtud. El es la *ley de vida, dada en herencia* á los hijos de Adán<sup>1</sup>; y fuera de esta ley no hay vida, porque fuera de ella no se pertenece á aquél que es la *vida y la verdad*<sup>2</sup>, al *Deseado de las naciones*<sup>3</sup>, al Salvador esperado tan largo tiempo por todo el género humano.

Pero la divinidad de la Religion cristiana puede ser aun reconocida por otras señales no menos brillantes. Las *Profecías*, los *Milagros*, el *Carácter de su Fundador*, las *Virtudes* que ha producido, los *Beneficios* que ha derramado, son otras tantas pruebas de su origen celestial y divino. Las expondremos sucesivamente; pero antes es necesario hablar de la *Santa Escritura*, donde están consignados la mayor parte de los hechos de que tenemos que ocuparnos.

## CAPÍTULO VIII.

De la Sagrada Escritura.

Los monumentos sagrados de los cristianos contienen la historia primitiva del hombre y del mundo que habita, la del pueblo judío, sus leyes, las profecías, cuyo depósito le habia sido confiado, la vida de Jesucristo, su doctrina recogida por los Apóstoles, y por último la historia profética de la sociedad que ha establecido. De estas dos partes, llamadas el *Antiguo y Nuevo Testamento*, se compone la Sagrada Escritura; libro maravilloso, que comprendiendo toda la historia de los tiempos, principia y acaba en la eternidad.

No existe ni se halla en nacion alguna monumento comparable en antigüedad con el Pentatéco, escrito por

<sup>1</sup> Addidit illis disciplinam, et legem vitæ hæreditavit illos. *Ecclesiast.* XIII, 9. — <sup>2</sup> *Joan.* XIV, 6.

<sup>3</sup> Et veniet Desideratus cunctis gentibus. *Agg.* II, 8.

Moisés cerca de quince siglos antes de Jesucristo. La historia cierta de la Grecia no sube mas allá de la primera Olimpiada<sup>1</sup>. Herodoto vivia en tiempo de Artajerjes. Las obras de Sanchoniaton<sup>2</sup>, de Manethon, de Megastenes, de quienes nos quedan algunos fragmentos, casi no pueden ser mas antiguas. Y aun algunos sabios presumen que no son anteriores al reinado de Ptolomeo Philadelfo<sup>3</sup>. Beroso escribia en los tiempos de Alejandro. Está igualmente reconocido que los libros de los Persas, de los Indios y de los Chinos pertenecen á una época mucho mas reciente que el Legislador de los Judíos.

A él es á quien debe el género humano los únicos Anales que le instruyen de su origen, y de todos los hechos sobre que reposa el orden entero de sus obligaciones, de sus esperanzas, de su destino, de su fin. Hasta entonces la memoria se habia conservado únicamente por la tradicion; pero cuando la vida de los hombres se abrevió, y los pueblos se multiplicaron, Dios quiso que esta tradicion se fijase por escrito, así como los numerosos pormenores de la Ley que daba á los hijos de Jacob, y las profecías que debian servir de prueba perpetua á Jesucristo.

Sin embargo, no todo fué escrito, como observa Maimonides, y la razon que da de ello es notable. «Fué, dice, una gran prudencia, y un medio de prevenir los inconvenientes en que se ha caido en lo sucesivo; es decir, la diversidad de opiniones, las perplexidades y aun las dudas que excita ordinariamente la palabra escrita, y consignada en un libro; de aquí provienen las disensiones, las controversias, los cismas, las sectas, y una espantosa confusion. Pero en otro tiempo todo se terminaba por las decisiones del gran Sanhedrin<sup>4</sup>, co-

<sup>1</sup> Año 775 antes de Jesucristo. Véase á Julio Africano, *apud Euseb. Præparat. Evang.* lib. 10, cap. 10.

<sup>2</sup> Algunos creen que Sanchoniaton vivia pocos siglos despues de Moisés; pero no hay prueba alguna cierta de ello.

<sup>3</sup> Doscientos cuarenta y dos años antes de la era cristiana.

<sup>4</sup> La autoridad de esta corporacion era superior á la del Rey, según el mismo Maimonides. «El Rey, dice Rabbi David Ganz, era señor absoluto en todo lo que tocaba á la guerra y al ejército; pero lo que decia relacion á la ley, y á la administracion interior del

» no lo he manifestado en mis *Comentarios sobre el Tal-*  
» *» mud*, y como la misma Ley da testimonio de ello <sup>1</sup>. »

Es cierto, y la experiencia lo acredita todos los días, que la Biblia ó el cuerpo de nuestros Libros santos hubiera sido un don funesto para el hombre si hubiese quedado su interpretacion al arbitrio de cada uno. En vano habria Dios hablado, se hubiera disputado eternamente sobre su palabra, sin poder asegurarse jamás de su verdadero sentido <sup>2</sup>. Así es que la promulgacion de los dos Testamentos coincide, así en el pueblo Judío, como en el pueblo Cristiano, con el establecimiento de una autoridad soberana, investida, y ella sola, del derecho de interpretar el Texto sagrado, y depositaria principal de la tradicion que le explica. Desde que esta autoridad se extinguió entre los Judíos, les es tan imposible concordarse sobre el sentido de la Escritura <sup>3</sup>, como á los Protestantes, que

» Estado, pertenecía al Sanhedrin, cuyo jefe (después de David) era  
» siempre de su familia. » V. *Carta del Ab\*\* al Ab. Houtteville*,  
cart. 13, pag. 262, Paris, 1722.

1 Atque hæc fuit summa sapientia circa legem nostram, qua fugiebantur, et vitabantur illa, in qua sequentibus temporibus incidit; varietates nempe, et perplexitas sententiarum ac opinionum, dubia item, qua oriri solent ex sermone scripto, et in librum relato, ... ex quibus postea oriuntur inter homines dissensiones, controversiæ, schismata, et sectæ, in negotiis et commerciis magna confusio. Sed tùm negotium omne erat penes Synedrium magnum, sicut exposuimus in Commentariis nostris Talmudicis, et sicut de eo lex ipsa testatur. *More-Nevochim*, part. 1, cap. 71, p. 132, édit. Basil. 1629.

2 Si se supone que no hay un intérprete infalible de la Santa Escritura, Rousseau hubiera tenido razón en decir, que: « Los libros son origen de disputas interminables; el lenguaje humano no es bastante claro. Dios mismo si se dignara hablarnos en nuestras lenguas, nada nos diria sobre lo que no se pudiese disputar. » *Lettr. à M. de Baumont*, p. 75. En el Cristianismo completo esta objecion es nula; ¿pero cómo la resolverán los protestantes? Ellos quieren que Dios haya hablado, y no quieren que se pueda saber con certeza lo que Dios ha dicho. Un día llegará, y no está lejos, en que apenas se podrá creer que se haya admitido y sostenido semejante contradiccion.

3 Los judíos modernos han abandonado casi todas las explicaciones que los antiguos rabinos daban de las profecias. No sabiendo ya á que atenerse, « remiten á Elias, dice Herbelot, los puntos mas

rehusan reconocer en la sociedad cristiana la existencia de una autoridad semejante; á pesar de que la Escritura misma les advirtiese *que esto es lo primero que deben entender* <sup>1</sup>.

Los preceptos de la Religion primitiva eran conocidos, y se trasmitian por la tradicion, antes de estar grabados en las tablas de la Ley; y la doctrina cristiana estaba esparcida ya en una gran parte del Imperio romano cuando se escribió el Evangelio. La palabra y no la Escritura es la que conquistó el mundo á Jesucristo.

« Si los Apóstoles, decia San Ireneo hácia la mitad  
» del siglo II, no nos hubiesen dejado las Escrituras, ¿no  
» hubiera sido necesario seguir el orden de la tradicion  
» que depositaron en las manos de aquellos á quienes  
» confiaron las Iglesias? Muchas naciones bárbaras, que  
» han recibido la fe en Jesucristo, han seguido este orden, conservando, sin caractéres ni finta, las verdades de salud escritas en sus corazones por el Espíritu Santo, guardando con cuidado la antigua tradicion, y creyendo par Jesucristo, hijo de Dios, en un solo Dios Criador del cielo y de la tierra, y de todo cuanto hay en él. .... Estos hombres, que han abrazado esta fe sin ninguna Escritura, son bárbaros por lo que hace á nuestro lenguaje; pero en cuanto á la doctrina, á los usos y á las costumbres, en lo que toca á la fe, son perfectamente sabios y agradables á Dios, viviendo en toda justicia, castidad y sabiduría. Si alguno, hablando en su lengua natural, les propusiese los dogmas

» difíciles de la Escritura, que no puede resolver. » *Biblioth. orient.*  
art. *Mohammed Aboulcassem*, tom: 4, pag. 251.

1 Hoc primum intelligentes, quod omnis prophetia Scripturae propria interpretatione non fit. S. Petr. *Epist. II*, 1, 20. Es cosa curiosa oír al enemigo mas encarnizado del Cristianismo hablar sobre este punto el mismo lenguaje que San Pedro. « Si no hubiese habido en el mundo cristiano, dice Voltaire, una autoridad que fijase el sentido de la Escritura, y de los dogmas de la Religion, habrian existido tantas sectas como hombres que supiesen leer. » *Essai sur l'hist. génér., et sur l'esprit et les mœurs des nations*, tom. III, chap. 109, p. 108, édit. de 1765. Siguese de aquí qué las *Sociedades bíblicas* protestantes, tan multiplicadas en el día, tiran á hacer tantas sectas como hombres hay que saben leer.

» inventados por los herejes, al punto se tapan los  
» oídos, y huían lejos de allí, no pudiendo resolverse  
» ni á escuchar siquiera un discurso lleno de blasfemias.  
» De este modo, estando sostenidos por esta antigua tra-  
» dición de los Apóstoles, no pueden admitir, ni aun en  
» su simple pensamiento, la menor imagen de estos  
» monstruosos errores<sup>1</sup>. »

« Por estas palabras de un tan gran Doctor de la  
» Iglesia, casi contemporáneo de los Apóstoles, se ve,  
» como observa Fenelon<sup>2</sup>, que en su tiempo habia entre  
» los pueblos bárbaros innumerables fieles, muy espiri-  
» tuales y perfectos, y como dice San Pablo, *ricos en to-  
» da palabra y en toda ciencia*, aunque no hubiesen leído  
» jamás los Libros santos..... A estos innumerables fieles  
» les bastaba la tradición para formar su fe y sus cos-  
» tumbres del modo mas perfecto y mas sublime. La  
» Iglesia que nos da las Escrituras, les daba á ellos sin  
» Escrituras, por la viva voz, todas y las mismas ins-  
» trucciones que nosotros bebemos en el Texto sagra-  
» do.....; y lo que San Ireneo nos dice de los fieles de su  
» tiempo, nos lo repite tambien San Agustin de los Soli-  
» tarios del suyo<sup>3</sup>. »

Sin embargo, entraba en los designios de la Suprema Sabiduría, que la Religion tuviese sus anales, y el género humano los títulos de su fe, de sus esperanzas y de sus deberes. Era necesario que en medio de tantos monumentos de la ignorancia, de la incertidumbre y del error, la verdad inmortal tuviese tambien el suyo; y que á esa innumerable multitud de libros, llenos todos de los pensamientos del hombre, se opusiese un Libro que contuviese el pensamiento de Dios.

La utilidad de la Sagrada Escritura es por otra parte evidéntisima<sup>4</sup>. Así como la tradición sirve para deter-

<sup>1</sup> S. Irén. lib. 3, *contr. Hæres.* cap. 4, n. 1 y 2, pag. 178, édit. Massuet.

<sup>2</sup> *Lettre sur l'Écrit. Sainte*, Œuvres, tom. III, p. 385 y 386, édit. de Versailles.

<sup>3</sup> S. August. *de Doctrin. Christ.* l. 1, c. 39, n. 43, t. III.

<sup>4</sup> Omnis Scriptura divinitus inspirata, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia; ut

minar el verdadero sentido, ella sirve para probar la antigüedad de la tradición; corrobora su autoridad, muestra que la Religion, sus dogmas y mandamientos son irrevocables; contribuye á fijar el language de la fe, y por consiguiente la fe misma. Sin ella muchas circunstancias de sucesos los mas á propósito para mover el corazón é ilustrar el entendimiento, serian ignoradas, ó al menos poco conocidas. ¡Y cuántas verdades sublimes, tambien ocultas en este Libro divino bajo las expresiones mas sencillas, se manifiestan sucesivamente para la instrucción del hombre y de la sociedad! En fin, en los últimos tiempos, cuando el hombre de pecado vendrá, según está predicho, á perseguir á Cristo y probar á sus discípulos, y asombrarlos con prodigios tales, que, si fuera posible, seducirían á los mismos escogidos<sup>1</sup>, estos hallarán en ella los auxilios necesarios.

Lo que decimos supone que la Escritura es *auténtica* y es *verdadera*, y que ha sido *inspirada* por Dios. En efecto así lo han probado los apologistas del Cristianismo en un gran número de obras, á que sus enemigos no han podido contestar<sup>2</sup>. Sus doctos trabajos nos dispensan de extendernos sobre este asunto. No hay un argumento, uno solo que no hayan disuelto, un sólo punto de crítica que no hayan ilustrado con tanta sagacidad como erudición. Nuestro plan no nos permite entrar en estos pormenores, de que no tenemos tampoco necesidad para establecer de un modo ineluctable la autenticidad, la verdad y la inspiración de nuestros Libros santos.

Un libro es *auténtico* cuando el texto no está alterado, ó cuando él ha sido realmente escrito por el autor, á quien se le atribuye. Es evidente que no podemos asegurarnos de un hecho de esta clase sino por el testimonio. Todo pues se reduce á saber si hay testimonios suficientes para que se pueda afirmar con certeza que los

perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus. *Ep. II ad Timoth.* iii, 16, 17.

<sup>1</sup> Surgent enim pseudochristi, et pseudoprophetae, et dabunt signa magna, et prodigia, ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi. *Matth.* xxiv, 24.

<sup>2</sup> Véase á Bossuet, Pascal, Huet, Bergier, Duvoisin, Fabricy, Jaquelot, Stillingleet, Faber, Paley, etc.

libros de Moisés y de los Profetas, los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de estos y el Apocalipsis, pertenecen á los autores cuyo nombre llevan.

Que esto se haya contestado, se comprende; porque el hombre es libre para negarlo todo; pero nos parece imposible que se haya dudado de ello seriamente. ¿Quién ha dudado que las Filípicas sean de Demóstenes? ¿ni el Tratado de *Officiis* de Ciceron? ¿Y qué otra prueba tenemos de ello, sino una tradicion que sube hasta los tiempos en que vivian estos dos Escritores? Pues una tradicion no menos constante, y mucho mas general, atestigua la autenticidad de la Escritura. No son solamente algunos testimonios esparcidos y consignados en un pequeño número de libros los que se alegan en su favor; es el testimonio perpetuo de las sociedades de las Iglesias Judía y Cristiana. Dos grandes Pueblos levantan la voz para deponer sobre estos hechos públicos, de los cuales depende su existencia como pueblo; hechos por consiguiente tan ciertos como su existencia misma. ¿Se dirá que por el espacio de tres mil años los Judíos no han conocido su historia, ni sus leyes, ni el autor de estas leyes? No sería menor insensatez decir que no habia habido judíos. Si Moisés no es su legislador, si el Pentatéuco no ha sido compuesto por él, ó si este libro ha sufrido alteraciones esenciales, es preciso necesariamente suponer una época en que la Nacion Judía olvidase súbitamente á quien debe sus instituciones, y cuales son estas instituciones, lo que ella es y lo que ha sido, sus usos religiosos y civiles, sus costumbres, sus hábitos; es necesario suponer que esta nacion perdiendo repentinamente su memoria, sus ideas, su vida moral, caiga toda entera, y en un mismo momento, en un idiotismo absoluto. Y para que nada falte al absurdo de semejante hipótesis, es necesario suponer tambien que esta misma nacion que no habria podido subsistir ocho dias en este estado inferior á la demencia, recobre tan prontamente como los habia perdido, los sentidos y la memoria para vivir bajo nuevas leyes que cree antiguas, y para conservar eternamente una veneracion profunda, á una tradicion falsa que cree verdadera. Desafiamos á que se ataque la autenticidad del Pentatéuco, sin verse

obligado á sostener estas prodigiosas extravagancias; y si espantados de este exceso de locura se confiesa que el Pentatéuco es auténtico, es preciso extender esta concesion y confesion á todos los libros del Antiguo Testamento, que no forman con el Pentatéuco mas que un solo cuerpo indisoluble de historia, de leyes y de doctrina.

La autenticidad de los Evangelios, de las Actas de los Apóstoles, de las Epístolas canónicas y de la Revelacion de San Juan, no reposa sobre bases menos firmes. Estos títulos sagrados de nuestra fe han inspirado desde un principio el mismo respeto á los cristianos; y jamás ha variado la tradicion sobre sus autores. Por consiguiente no se puede racionalmente poner en duda la verdad de esta tradicion. ¿Cómo hubiera sido posible, viviendo San Pedro, San Pablo, San Juan, San Mateo, etc. persuadir á los fieles que unos escritos atribuidos falsamente á estos Apóstoles, eran verdaderamente suyos? ¿Ellos mismos no habrian reclamado contra esta impostura? ¿Cómo las iglesias de Roma, de Corinto, de Éfeso y otras muchas se habrian imaginado que habian recibido cartas de San Pablo, que San Pablo no les habia escrito? ¿Cómo hubieran creído poseer los originales? ¿Cómo estas cartas serian citadas como auténticas por San Pedro <sup>1</sup>? Ó si las Epístolas de San Pedro son igualmente inventadas, ¿cómo es que ni él, ni San Pablo, ni ninguno de sus Discípulos han negado estas falsas producciones, cuya existencia no podian ignorar?

Aunque ellas estén alegadas por los Padres mas antiguos, se quiere no obstante que no hayan parecido hasta despues de la muerte de los Apóstoles: mas entonces el absurdo no sería menor, sería mas grande: porque casi toda la sociedad cristiana, ya muy extendida en esta época, debería necesariamente haber sido cómplice de la impostura <sup>2</sup>; y no podia ser engañada sobre un hecho

<sup>1</sup> Domini nostri longanimitatem, salutem arbitremini: sicut et charissimus frater noster Paulus secundum datam sibi sapientiam scripsit vobis. Sicut et in omnibus Epistolis, loquens in eis de his: in quibus sunt quedam difficilia intellectu, quæ indocti et instabiles depravant, sicut et cæteras Scripturas, ad suam ipsorum perditionem. Ep. 11. Petr. III, 16.

<sup>2</sup> Se ve al contrario á toda la Iglesia desechar con indignacion las obras fabricadas por los herejes, y publicadas con nombres fingidos,

de esta naturaleza. Los pastores establecidos por los apóstoles, ó los que les habian sucedido, despues de haber conversado y vivido largo tiempo con ellos; los fieles tan zelosos de instruirse en todo lo que interesaba á la Religion que acababan de abrazar, ¿hubieran podido creer que existian escritos de estos mismos Apóstoles, escritos que todos los cristianos habian ignorado hasta entonces, aunque hubiesen sido dirigidos, á lo menos algunos de ellos, á las mas célebres Iglesias? El fraude hubiera sido claro y manifiesto: habria pues sido necesario que los Pastores se hubiesen reunido para apoyarlo; ¡y esto puntualmente al tiempo mismo que hacian profesion de un horror profundo á toda especie de fraude! ¡en el mismo tiempo que sacrificaban con alegría sus bienes, sus vidas, antes que hacer traicion á la verdad, ni aun disimularla!

¿Y de dónde hubiera venido entre ellos esta concordia ó convenio universal para autorizar la mentira? ¿Por qué motivo, contra los principios de su Religion y violando sus mas formales preceptos, habrian favorecido la suposicion de ciertos libros puramente profanos, ó sufrido que una mano sacrilega alterase los que habia inspirado el Espíritu Santo? Verosímilmente los primeros cristianos creian el Cristianismo y lo conocian. No morian en los tormentos por una fe simulada ó desnuda de un objeto fijo y determinado. Luego el Nuevo Testamento contiene la historia de Jesucristo tal como la contaban los Apóstoles, y su doctrina segun que ellos la enseñaban; y entonces su autenticidad es cierta: ó si se pretende que esta historia y esta doctrina están alteradas, es necesario suponer que los cristianos, al mismo tiempo que corrian al martirio para dar testimonio de una y otra se concertaban en toda la extension del imperio romano, bajo el cuchillo de los perseguidores, para viciar esta misma historia, y destruir esta misma doctrina, esparciendo y autorizando escritos apócrifos en la parte en que los impostores la habian corrompido.

igualmente que las historias piadosas, pero no autorizadas, á las cuales se daban el nombre de Evangelios. Fabricio numera hasta cincuenta Evangelios de estos. Por lo demás, antes de Clemente Alejandrino, muerto el 215, no hay indicio ni vestigio alguno cierto de ningún Evangelio apócrifo.

No sé si se encontrarán hombres que consientan en declarar que estas extrañas contradicciones, diremos mejor, estas imposibilidades manifiestas, no chocan ni repugnan de tal manera á su razon, que esté mas pronta á admitirlas, que á reconocer la autenticidad de nuestros Libros santos. Pudiera ser; mas con todo, en este hecho tendríamos lo suficiente, no para nuestros deseos, pero sí para la causa que defendemos. Reducirse voluntariamente á tales extremos, es confesarse vencido. La verdad tiene, sí, mas gratos y lisonjeros triunfos, pero mayores no. El espíritu soberbio que la aborrece, huye delante de ella hasta donde puede ir; como el salvaje, huyendo delante de la civilizacion, se aproxima poco á poco á aquellas regiones, donde apenas brilla un resto de luz, y en donde no se percibe viviente alguno.

Pero en fin, para establecer la autenticidad de la Escritura, nada nos obliga á hacer ver los absurdos monstruosos á que se deja llevar el hombre cuando se atreve á ponerla en duda. Olvidemos por un momento estas consecuencias absurdas; supongamos que se llega á imaginar un encadenamiento, una serie de circunstancias posibles, por las cuales se explicase, como la Escritura, creída auténtica, podría no obstante no serlo efectivamente: ¿qué resultaría de aquí? Nada absolutamente, á menos que no se demostrase que realmente habian existido estas circunstancias <sup>1</sup>. Sin esto no habria ya verdad

<sup>1</sup> Es decir, á menos que no se hiciese una nueva Historia cierta del pueblo Judío y de Jesucristo, con documentos y materiales, que en ninguna parte existen. Moisés es anterior mil y cien años á Herodoto, el mas antiguo historiador Griego: éste era contemporáneo de Esdras, que es el que reunió los Libros Canónicos, y los hizo copiar en caracteres caldaicos, de vuelta de la cautividad. Tenemos una prueba material, y sin réplica del respeto escrupuloso con que conservó la integridad del Texto Sagrado. Los Samaritanos, separados de los judíos por un cisma, que dura aun, conservaron sus antiguos ejemplares de la Ley. No pudieron entenderse con los judíos, á quienes aborrecian, y de quienes eran aborrecidos de muerte, para alterarlo. Ahora bien, el Pentatéuco Samaritano, escrito en los caracteres, que eran los mismos de que se servia en un principio el pueblo judío, existe aun: está impreso en las Polyglottas de Le-Jay y de Walton; y si se exceptúan algunas ligerísimas diferencias, las cuales casi todas proceden de la facilidad con que los copistas han

histórica, ni sociedad, ni familia; porque en tal suposición es como si á un hombre que goza pacíficamente del nombre y herencia de sus abuelos, se le dijese: « Tú pretendes descender de tal y tal persona, de tal antepasado; esa es la tradición de tu familia, confirmada por los títulos en que está descripta vuestra filiación con mucha claridad y exactitud patente. Sin embargo, yo niego esta filiación; sostengo que la tradición que la atestigua es falsa, y que los títulos que la establecen son supuestos ó están alterados. »

¿Qué se respondería en todo el mundo al autor de un discurso semejante? Sin duda teneis, se le diría, pruebas incontestables de lo que asegurais con tanta confianza contra la notoriedad pública. ¿Qué pruebas son esas? mostrádnoslas.

« Pruebas directas, replicaría, yo no puedo dar. Pero si queréis considerar ciertas circunstancias que me he imaginado, y que son todas posibles, aunque nada pruebe su realidad, comprenderéis perfectamente que en mi hipótesis los títulos que niego, podrían ser falsos y la tradición que no quiero admitir, podría ser un error ó una impostura. »

¿Pensais que despues de oír esta respuesta, ninguna persona racional fuese tentada á hacer mas investigaciones? El filósofo mas decidido ¿veria en ella otra cosa que un rasgo de mofa ó de locura? ¿Y qué, la tradición de todo un pueblo, de una nación entera tiene menos peso que la de una familia? ¿Los monumentos públicos de una sociedad, los títulos de su origen, de sus leyes, de sus creencias, tienen menos autoridad que los títulos domésticos de un solo individuo? Un hombre podrá venir, sin trastornar todo el orden de las cosas humanas, y sin ofender el sentido comun y general, á oponer simples conjeturas posibilidades vagas, que ha concebido allá en su interior,

podido confundir muchas letras semejantes, el Texto es enteramente conforme al Texto Hebr. o. La Version de los Setenta, hecha cerca de tres siglos antes de Jesucristo, tampoco ofrece variación alguna importante en lo sustancial de la historia, ni de la doctrina. Por lo demás, pueden verse en el docto Huet muchas pruebas de la autenticidad de los Libros de Moisés, sacadas de los autores profanos. *Demonstr. Evang. Pr. IV, c. 2. V. Feller, Catec. n. 249, 258, 291.*

al testimonio formal, constante, uniforme de una nación que atestigua hechos que la conciernen, y que ella no ha podido ignorar? ¿Qué habrá ni se tendrá ya por cierto, si se desecha este testimonio?

¿Cómo! no se daría siquiera oídos, no se escucharía á quien quisiese poner en disputa á Herodoto su Historia, sus Tragedias á Sofocles, á Ciceron sus Arengas, ¿y se tendrá derecho para disputar al Legislador de los Hebreos el Libro en que ha consignado las leyes invariables que han regido perpetuamente su nación? Libro sagrado á los ojos de esta nación, que para preservarle de las alteraciones mas pequeñas, no cesó de emplear precauciones tan multiplicadas, casi diré, tan minuciosas, que no hay ejemplo que pueda comparársele. ¿Se tendría derecho para disputar á los Apóstoles y á sus discípulos las obras que todos los cristianos les atribuyen, y siempre les han atribuido? ¿Se tendría derecho de negar lo que ellos unánimemente afirman; derecho de decirles: no conocéis ni el origen de vuestra Religion, ni su historia, ni el mismo á quien adorais?

En verdad, admiro la confianza de ciertos hombres, quienes despues de una tan larga y tan pacífica posesión se presentan solos para contestar á dos grandes Pueblos sus actas públicas; y quieren que su aserción prevalezca sobre el testimonio de tantos siglos. Pero si este testimonio no basta para producir la certeza; si lo que han atestiguado de generación en generación millones de hombres ilustrados y sinceros puede ponerse en duda; ¿qué será del testimonio aislado de algunos particulares? ¿y sobre qué fundamento se les creerá, si se niegan á creer un testimonio de una autoridad incomparablemente mayor? ¿No se advierte que atacándolo así, se destruye toda certeza, toda creencia, toda razón; que ya no se podrá admitir

1 Véase á Fabricy, *títulos primitivos de la revelación*, ó consideraciones críticas sobre la pureza é integridad del texto original de los Libros Santos del Antiguo Testamento. Roma, 1772. — « Los escritos que hacian los Profetas andaban entre las manos de todo el pueblo, y se conservaban cuidadosamente para perpetua memoria á los siglos futuros *Exod. xvii, 14.* » Bossuet. *Hist. univ. 2. part. c. 5. p. 225*, edit. de Versailles.



cosa alguna por verdadera, ni desechar como falsa, pues que no hay mas que pruebas posibles para todo; en una palabra, que se establece el excepticismo absoluto? *Quidam esta fe*, decia Aristóteles hablando del consentimiento comun: *no direis cosa que sea mas creible*<sup>1</sup>.

Reconocida que es la *autenticidad* de la Escritura<sup>2</sup>, no se puede formar duda racional sobre la *verdad* de los hechos que en ella se contienen. Casi todos estos hechos, y principalmente los mas maravillosos, son públicos; han pasado á la vista de una multitud de hombres, á quienes no se ha podido engañar, y que no han podido querer engañarse ellos mismos. Componen una historia, cuyas partes todas se enlazan entre sí, se suponen mutuamente y es imposible desquiciar sin trastornar todas las demás historias. En fin, bajo cualquier punto de vista que se los mire, ofrecen caracteres de verdad tan claros y manifiestos, los rodean tantas pruebas de toda especie, están apoyados sobre tantos y tan diversos testimonios, que apenas se concibe como hay quien pueda resistir á tan numerosos motivos de creencia.

Consideremos en primer lugar el *Antiguo Testamento*. Comienza refiriendo la historia de la Creacion. Dios llama al Universo; este sale de la nada; su Autor dispone sucesivamente todas las partes, y establece en él ese hermoso orden que admiramos<sup>3</sup>. Dice: *sea la luz, y la*

<sup>1</sup> Quod omnibus ita videtur, id ita esse dicimus; qui verò hanc fidem velit tollere, nihilo ipse credibiliora dicit. *Arist. Ethic. Nicomach.* lib. 10, c. 2.

<sup>2</sup> Newton, que habia hecho un estudio particular de los Libros santos, decia al D. Smith, Jefe del colegio de la Trinidad: « Encuentro mas señales ciertas de autenticidad en la Biblia, que en ninguna historia profana, sea la que se quiera. » *Watson, an Apology for christianity, in a series of letters addressed to Ed. Gibbon*, p. 62.

<sup>3</sup> Dios mismo declara que lo que ha hecho es bueno; *et vidit quod esset bonum*. No sin motivo se repite esta expresion siete veces en el primer capítulo del Génesis. Inculcando que Dios nada ha hecho que no sea bueno, Moisés, ó mas bien el Espíritu Santo que le inspiraba, celebra la sabiduria del Criador, igualmente que su poder, y destruye el sistema de los *dos Principios*, fundado en la tradicion de la rebelion de los ángeles, que algunos filósofos habian desfigurado. Este sistema, antiguo en el Oriente, y renovado por

*lux es*<sup>1</sup>. El hombre es formado de un poco de lodo; *el soplo de vida* le anima, y viene á ser imagen de Dios, que criándole á su semejanza, quiso hacerle digno de entrar en sociedad con él: magnífica prerogativa, que le aproxima á los puros espíritus, y anuncia sus grandes destinos. Toma posesion de la tierra, dando á cada viiente su nombre<sup>2</sup>; y por la palabra ejerce primeramente su poder, y se da á conocer como Soberano. Sin embargo, no era bueno que *el hombre estuviese solo*. *Hagámosle*, dice el Señor, *una ayuda semejante á él*<sup>3</sup>. Entonces de la sustancia misma de Adán forma la mujer; se la da por compañera<sup>4</sup>, y en adelante *serán ya dos en una carne*<sup>5</sup>: expresion que nos muestra en la unidad de la primera familia la unidad del género humano.

Coloca Dios estas dichosas y felices criaturas en un lugar amenísimo, que la Escritura llama *Paraíso de delicias*<sup>6</sup>. La naturaleza les estaba sumisa; pero con tal que ellos lo estuviesen á su Autor. A no estar privados de toda especie de relaciones con los otros seres, no podian ser independientes. Para entrar en la sociedad de que debian ser miembros, en la sociedad de las inteligencias, de que Dios es el Rey, era necesario que conociesen un orden moral, leyes y deberes: para merecer era necesario que obedeciesen libremente. En esto consiste la perfeccion de las criaturas racionales; y pues que

Manés, que le mezcló nuevos delirios, no se ha extendido sino porque el hombre culpable, viendo males en el Universo, creyó que el Universo mismo era malo, y por consiguiente obra de un mal principio. Si Rousseau hubiese dicho. « Todo era bueno al salir de la mano del autor de las cosas, » hubiera hablado como Moisés, y no habria negado la caida del hombre, que es la que desordenó la armonia de la creacion.

<sup>1</sup> *Dixitque Deus: Fiat lux, et facta est lux.* *Gen.* 1, 3. El Hebreo es mas conciso aun: *Sit lux, et fuit lux*. Segun la relacion del Génesis, los cuerpos celestes no fueron criados sino despues de la luz. Esto es, á lo que nos parece, una prueba muy fuerte de que esta relacion no es una invencion de Moisés. Acostumbrado, como todos los hombres, á mirar al sol como el principio y foco de la luz, no hubiera pensado jamás en separar estas dos cosas, si hubiese escrito únicamente segun sus propias ideas.

<sup>2</sup> *Gen.* 1, 19, 20. — <sup>3</sup> *Gen.* 1, 18. — <sup>4</sup> *Gen.* 1, 18. — <sup>5</sup> *Ibid.* 21, 22. — <sup>6</sup> *Et erunt duo in carne una.* *Ibid.* 24. — <sup>7</sup> *Ibid.* 15.

Dios se habia dignado llamarlas á esta perfeccion, no podia negarles el medio de llegar á ella : su bondad les era deudora de un mandato, á fin de que pudiesen elevarse hasta la obediencia libre, hasta la virtud.

En efecto, « da un precepto al hombre para hacerle » sentir que tiene un Señor ; un precepto adherido á una » cosa sensible, porque el hombre constaba de sentidos ; » un precepto fácil, porque queria hacerle la vida cómoda » interin fuese inocente. »

Pero el hombre no guarda un mandamiento tan fácil de observar ; escucha al espíritu tentador <sup>1</sup>, á la *antigua serpiente* <sup>2</sup>, jefe de los ángeles malditos, que criados en santidad, porque Dios nada hace que no sea bueno, se dejaron seducir por el orgullo, y fueron arrojados del cielo á causa de su rebelion.

Arrastrado en su desobediencia, el hombre es asociado á su perdicion. Viola la prohibicion que Dios le habia hecho de comer del fruto del árbol de la *ciencia del bien y del mal*; y de este primer pecado que corrompe la naturaleza humana en su principio, salen ó brotan todos los crímenes de que en breve la tierra se verá como inundada ; las enfermedades, pesares, inquietudes, dolores, y en fin la muerte <sup>3</sup> tan espantosa á todo el que vive, y que debe seguirla una muerte aun mas terrible <sup>4</sup>.

« Pero en el interin que los rigores de Dios nos amedrentan, admiremos cómo él vuelve nuestros ojos hácia un objeto mas agradable, descubriéndonos nuestra libertad futura desde el dia de nuestra caída. Bajo la figura de la serpiente, cuyo arrastrar tortuoso era una

<sup>1</sup> Bossuet, *Disc. sobre la Hist. univers.* part. 2, c. 1.

<sup>2</sup> Draco ille magnus, serpens antiquus, qui vocatur diabolus, et satanas, qui seducit universum orbem. *Apocal.* xii, 9. *Scheitani*, Satam, significa en árabe, dice Herbelot, no solamente el diablo, sino tambien una serpiente. *Bibliot. orient.* t. V, p. 192.

<sup>3</sup> Stipendia peccati, mors. *Ad Rom.* vi, 23.

<sup>4</sup> Et infernus et mors missi sunt in stagnum ignis. Hæc est mors secunda.... Timidis autem, et incredulis, et execratis, et homicidis, et fornicatoribus, et veneficis, et idololatræ, et omnibus mendacibus, pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure ; quod est mors secunda. *Apocal.* xx, 14 et xxi, 8.

» viva imágen de las peligrosas insinuaciones y giros » engañosos del espíritu maligno, Dios hace ver á nuestra » madre Eva el carácter odioso, y al mismo tiempo el » justo castigo de su enemigo vencido. La serpiente debia ser el mas aborrecido de todos los animales, como » el demonio es la mas maldita de todas las criaturas. » Así como la serpiente arrastra sobre su pecho, el demonio justamente precipitado del cielo, en donde habia » sido criado, no se puede levantar.... En la enemistad » perpetua entre toda la estirpe humana y el demonio, » aprendemos que la victoria nos sera dada, pues que » se nos muestra una *semilla bendita*, la cual debia *quebrantar la cabeza* de nuestro vencedor, es decir, domar su orgullo, y abatir su imperio en toda la tierra <sup>1</sup>. »

Sin embargo, los hombres, multiplicándose se corrompen cada vez mas, y se abandonan á todos los deseos de su corazon. La ciencia del mal fructifica ; la iniquidad llega á su colmo. Dios no reconoce en ellos su imágen, y se resuelve á castigar en el género humano culpable el ultraje hecho á su santidad. Las aguas del cielo y las olas del gran abismo (el mar) cubren la tierra manchada, y sumergen, se tragan todas las criaturas vivientes. Una sola familia se habia preservado de los desórdenes que castigaba la justicia divina, y ella sola escapa del diluvio universal. Dios la bendice al salir del arca <sup>2</sup>; y para asegurar á los hombres contra el temor de un nuevo diluvio, pone su Arco (*el Iris*) en las nubes, para servirles de un signo perpetuo de su promesa y de la alianza que habia hecho con ellos <sup>3</sup>. Noé y sus hijos

<sup>1</sup> Bossuet, *Disc. sobre la Hist. univ.* part. 2, c. 1.

<sup>2</sup> *Genes.* ix, 1.

<sup>3</sup> Statuam pactum meum vobiscum.... Hoc signum fœderis.... arcum meum ponam in nubibus, et erit signum fœderis inter me et terram. *Gen.* ix, 11, 13.— El Conde de Stolberg observa que los antiguos pueblos miraban el Arco Iris como un signo ó señal sagrada. Halla vestigios de esta creencia en la Persia, entre los Griegos y los Scandnavos. Homero dice expresamente, que Zeus puso el Iris en las nubes para ser un signo á los hombres.

Tres ab utraque parte iridibus similes, quas utique Saturnius in nube fixit, signum articulate loquentibus hominibus.

*Iliad.* xi, 27, 28. — *Geschichte der Religion Jesu Christi. Erster Theil.* p. 84, Hamburg. 1811.

vuelven á poblar la tierra; se dispersan despues de la division de las lenguas<sup>1</sup>, y fundan los primeros imperios. La edad de los Patriarcas, entre los cuales obtiene el primer lugar Abraham á causa de su vocacion, dura hasta Moisés, ó hasta la época de la Ley escrita dada en el monte Siná, el año del mundo 2513 segun el Texto Hebréo<sup>2</sup>, ó 3943 segun el Samaritano<sup>3</sup>.

Hé aquí lo que sabemos por el Génesis; y las tradiciones de todos los pueblos, su cronología cierta, el mismo estado físico del globo que habitamos, dan testimonio á la verdad de esta relacion.

La naturaleza, dice M. Cuvier, nos habla en todas partes el mismo lenguaje; en todas partes nos dice que el órden actual de las cosas no sube muy alto; y lo que es bien notable, en todas partes el hombre habla como la naturaleza, ya consultemos á las verdaderas tradiciones de los pueblos, ya examinemos su estado moral y político, y el desarrollo intelectual que habian alcanzado en el punto en que principian sus monumentos auténticos<sup>4</sup>.

No hay una ciencia que no concurra á probar la exactitud, cada vez mas reconocida, de los anales redactados por Moisés<sup>5</sup>. La Geología demuestra la existencia del

1 La memoria de la torre de Babel y de la dispersion de los hombres se ha conservado entre los Chinos de un modo muy notable. Se sabe que este pueblo no tiene caracteres alfabéticos, sino que representa las ideas por medio de signos, cuyo número llega hasta mas de ochenta mil. Ahora bien, entre ellos el signo de una torre significa: *marcharse, separarse, un hijo que deja á su padre*. Explíquese éste hecho sin la tradicion. — *Vid. Stolberg, Geschichte der Religion Jesu-Christi; funte Berlage, etc.* p. 496. — *Vid. et Abyden. ap. Euseb. Præp. Evang. l. 9, p. 416. — Herodot. l. 1, c. 131. — Plat. in Politic. Et al. apud Joseph. Antig. c. 1 y 4.*

2 Año 1491 antes de Jesucristo.

3 Mil ochocientos cincuenta antes de Jesucristo. — V. Perron, *l'Antiquité des temps rétablie*, p. 33.

4 *Recherches sur les ossements fossiles des quadrupèdes*, Disc. prélim.

5 Véase la excelente *Disertacion* de Jaquelot sobre la existencia de Dios. En ella prueba entre otras cosas que la cuestion de la antigüedad del mundo habia sido discutida con sumo cuidado por los antiguos, y que todas sus investigaciones, tan numerosas como

Diluvio, y concuerda con la Escritura en la época de esta gran catástrofe. La filosofía del último siglo atronaba incesantemente los oídos con la prodigiosa antigüedad de los Egipcios, de los Caldeos, Indianos y Chinos. Hoy los escolares mismos se burlan de esta antigüedad quimérica, cuya falsedad han puesto de manifiesto los Goguet<sup>1</sup>, los Freret<sup>2</sup>, los Bennetis<sup>3</sup> y otros sabios de primer órden<sup>4</sup>. Cuanto mas se profundiza la historia de estas naciones, tanto mas se las ve aproximarse, en lo que ofrecen de cierto, á la Cronología de Moisés. La de los Indios, que Voltaire oponia con tanta osadía, no sube de los tiempos de Alejandro<sup>5</sup>. En fin, se sabe como el famoso Zodiaco de Denderah, trasportado desde el Egipto á Francia á tanta costa, parece no haberse descubierto sino para disipar y desvanecer las objeciones que sacaba de ellos la incredulidad<sup>6</sup>.

variadas, confirman la exactitud de la cronología Mosáica. T. 1, c. 4 y sig.

1 *Origine des lois, des arts, des sciences, etc.* Paris, 1778.

2 *Chronologie chinoise*, t. XI, XII, XIII, XIV, *des OEuvres complètes*. Paris, 1796.

3 *Chronologia critica historię profanę et sacrę in tomos VI tributa*. Romę, 1766.

4 El mismo Bailly ha reducido por cálculos muy sencillos la cronología de los Egipcios, de los Caldeos, Indios y Chinos á la de Moisés. V. *Hist. de l'astronomie ancienne, etc.*, p. 298 y sig. Paris, 1781.

5 « El *Maha-Barata* de los Indios, ó su pretendida historia grande, no es mas que un poema: sus *Pouranas* unas leyendas; y confrontándolas con los autores griegos y romanos, con mucha dificultad se pueden establecer algunos trozos de una especie de cronología interrumpida á cada instante, y que no sube mas que hasta Alejandro. — Está probado hoy que sus tablas astronómicas, de las cuales se queria deducir su gran antigüedad, han sido calculadas retrogradando; y se acaba de reconocer que sus *Suria Sidhanta*, que miran como su mas antiguo tratado científico de astronomia, y que pretenden revelado hacia mas de dos mil años, no puede haberse compuesto sino como unos setecientos cincuenta años ha. » Cuvier, *Recherches sur les ossements fossiles*. Disc. prélim.

6 Al presente está reconocido que ninguno de los cuatro famosos Zodiacos descubiertos en Egipto es anterior á la dominacion romana.

Pero tenemos aun en la tradicion universal una prueba mas luminosa de la verdad de los hechos referidos por Moisés. Toda la tierra conserva su memoria. La creacion del mundo, la del hombre hecho á la imágen de Dios, su inocencia y felicidad primitiva; la seduccion de la mujer por la serpiente; el hombre seducido á su vez por la mujer, su caida en castigo por haber comido del fruto que se le habia prohibido tocar; los males que arrastró bien pronto su desobediencia; en fin, el diluvio, y un solo justo con su familia salvo de las aguas: tal fué en todos tiempos la creencia general: y á ella se debe añadir la esperanza de un Enviado del cielo, que vencería á la serpiente y libertaria al linaje humano<sup>1</sup>.

Entendámonos pues una vez: ¿se quiere negar la narracion de Moisés? Bien; pero es necesario desechar la tradicion del mundo entero; es necesario negar lo que testifican, no algunos pueblos, sino todos los pueblos: es necesario destruir por consiguiente la autoridad del testimonio; y declarar que es imposible adquirir la certeza de ningun hecho, imposible aun el discutirlo, y juzgar hasta qué punto es ó no probable; porque para esto seria necesario compararle con otros hechos igualmente inciertos, y de donde no se podria ya nada concluir: es necesario decir que la Historia no es mas que un gran problema, una duda eterna, sin distincion de lugares ni de épocas, pues que en todas las épocas y en todos los lugares los hechos que no hieren inmediatamente á nuestros sentidos, no podrian sernos conocidos sino por el testimonio: es necesario, en fin, olvidar esta sombra de lo pasado, que huye sin dejar vestigios de sí, y circunscribirse al dia de hoy, siendo incapaces de saber si hubo ayer, y si habrá mañana.

Es cierto, y nosotros lo confesamos, que los filósofos no sacan en la práctica las últimas consecuencias de sus

<sup>1</sup> Las pruebas de la universalidad de estas creencias se hallan en muchas obras, á las cuales nos remitimos para excusar repeticiones inútiles. Véase á Huet, *Alnetan quæst.* lib. 2. — Faber, *Horæ mosaicæ*, vol. 1, sect. 1. — Maurice, *Hist. of Hindostan.* — *Asiatic Research passim.* — Stölberg, *Geschichte der Religion Jesu-Christi. Erster Theil*, p. 335 y sig. Hamburg, 1811.

principios, y que no hay un Escéptico perfecto. Pero ¿qué importa que ellos sean ó no consigüentes, estén ó no acordes consigo mismos? No examinamos su conducta, sino su doctrina. Sigüéndola hasta el cabo, no pararán hasta el Pirronismo completo; y si conservan aun un resto de fe, un resto de razon, es violando sus propias máximas. Causa en verdad suma compasion la vista de este extremo abatimiento de la inteligencia. ¿Qué hay en el hombre que le impela á descender hasta aquí? Espíritus soberbios, espíritus abatidos, decídmelo, si lo sabéis: explicadme este misterio que consterna y confunde mi pensamiento. ¡Ah! yo os pregunto lo que ignorais como yo, el impenetrable secreto del orgullo que será un dia descubierto, pero no en la tierra.

Sin embargo, ó vosotros, los que nos tratais de crédulos, porque cedemos á la autoridad ó consentimiento general del genero humano, considerad en qué abismo de contradicciones os precipitais; porque os es imposible no ceder todos los dias á alguna autoridad mucho menor. Creéis ciertos hechos, ó ciertos testimonios: desechais otros testimonios ú otros hechos: y estos testimonios que desechais son mas numerosos, mas constantes, es decir, ofrecen mas motivos de crédito que los que admitís, y á que deferís. Si los primeros son inciertos, estos necesariamente lo son mas. Sin embargo los creéis, y los creéis contra toda razon, porque es un absurdo despues de haber desechado como insuficiente un motivo de creer, creer por un motivo mas débil. ¿Porqué reglas desconocidas de certeza justificareis semejante procedimiento? ¿Porqué, no creyendo lo que es mas creíble, y está mas atestiguado, creéis lo que lo es menos, y algunas veces infinitamente menos? Hé aquí porqué: en el primer caso *queréis* creer, y en el segundo *no queréis*. La voluntad, la voluntad, una voluntad libre es la que determina vuestras creencias. No digais ya que la fe no está en vuestro poder<sup>1</sup>, y comprended como la incredulidad puede ser un crimen.

<sup>1</sup> Si se hablase de la fe sobrenatural diríamos que está en nuestro poder, no como cosa que está sujeta á nuestro arbitrio, sino como gracia que *præsto adest*, no poniéndole óbice.

Nos detendremos poco en los tiempos que preceden á la salida de Egipto. Aristeo hace mencion de Job<sup>1</sup>. Abraham fué siempre célebre en el Oriente<sup>2</sup>. Los Árabes, descendientes suyos por Ismael, le reconocen por su Padre, igualmente que los Judíos. Cuanto la Escritura nos dice de este Patriarca<sup>3</sup>, de Loth, y de la destruccion de las Ciudades nefandas<sup>4</sup>, de Jacob<sup>5</sup> de Josef, y de la mansion de los Israelitas en Egipto<sup>6</sup>, está confirmado por los autores profanos, y por las tradiciones de los Orientales<sup>7</sup>.

Ni para aquí: estos hechos se enlazan íntimamente con los hechos que preceden, y que subsiguen; son inseparables unos de otros. La veracidad de Moisés probada en lo que toca á la historia primitiva del hombre, por el testimonio del genero humano, no permite dudar de que él sea igualmente verídico cuando refiere los sucesos posteriores. En la época en que escribia, los hijos de Jacob no formaban mas que una gran familia, que no podia haber olvidado su propia historia; y á quien hubiera sido imposible engañarla sobre este punto. ¿Se cree que los Judíos ignorasen el nombre de sus antepasados, y los principales rasgos de su vida desde Abraham? Por otra parte, hubiera sido necesario que Moisés, para no ser desmentido, ni adquirir el concepto de impostor, que le hubiera quitado todo crédito, hubiese engañado tam-

1 Arist. *ex Polyhistor. ap. Euseb. Præpar. Evang.* l. 9, p. 430, edit. Paris, 1628.

2 Lps discípulos de Zoroastro le miraban como su primer legislador. D'Herbelot, *Bibliot. orient.* art. *Ust et Usta*, t. VI, p. 466.

3 *Vid.* Beros, Hecata, Nicol. Damascen. Eupolem. Artapan. Melon. Alexand. *Polyhistor. ap. Euseb. Præpar. Evangel.* lib. 9, p. 417, 418 y 422.

4 *Strab.* lib. 16. — *Tacit. Histor.* lib. 5, c. 7. — *Solin.* cap. 35. — *Huet, Demonstr. Evangel.* prop. 4, p. 123.

5 Demetr. y Theodot. *apud Euseb.* loc. cit. p. 422 y sig. — *Sealig. not. in frag. gr. Bochari, Can.* lib. 2, cap. 2. — *Selden, de Diis Syris*, l. 5. — *Heins, in Clem. Alex. Strom.* l. 7. — *Casaub. ad Theoph.* p. 295. — *Herald, ad Arnob.* l. 1. — *Florid. Ouzel, et Elmenhorst. ad Minuc. de Idolol.* l. 1, c. 29.

6 *Artapan. ap. Euseb. Præpar. Evang.* l. 9, p. 429. — *Justin.* lib. 36 et al. *ap. Voss. De Origin. Idolol.* l. 1.

7 D'Herbelot, *Bibliot. orient.* passim.

bien á los Árabes y demás naciones cómarcanas, separadas de los Hebreos por su culto y una viva enemistad. Su narracion, léjos de estar apoyada en su solo testimonio, es en realidad la tradicion uniforme de muchos pueblos; tradicion tanto mas cierta, cuanto que en aquellos tiempos remotos los pueblos ponian un extremo cuidado en conservar exactamente la memoria de los hechos relativos á su origen. La Religion, las costumbres, el interés mismo concurrían á aumentar para ellos la importancia de estos anales de familias, que estableciendo su descendencia, formaban sus títulos de propiedad, y probaban que los países de que estaban en posesion, les pertenecian por derecho de herencia.

Libertados los Judíos de la cautividad de Egipto por Moisés, reciben de este gran hombre, enviado de Dios para constituirlos en cuerpo de Nacion, sus leyes religiosas, politicas y civiles. Desde esta época hasta Jesucristo la historia de este pueblo ofrece una serie de hechos, de los cuales no se puede romper un sólo anillo, sin destruir la cadena entera, y sin trastornar al mismo tiempo casi toda la historia de las antiguas Monarquías del Oriente, que por muchos respectos se une con la de los Israelitas. La Providencia ha permitido asimismo que las circunstancias mas extraordinarias de la narracion de la Biblia se refiriesen en otros escritos, y por los mismos gentiles, como para dar aun una nueva autoridad á la autoridad mas que suficiente de la santa Escritura.

Un poeta citado por Eusebio habla de Jacob y de su mansion en Egipto, de Josef, de Moisés, expuesto en las aguas y salvado por la hija del Rey<sup>1</sup>, Eupolemo<sup>2</sup>, Artapano<sup>3</sup>, Demetrio<sup>4</sup> confirman en todas sus circunstancias la narracion del Génesis y del Éxodo, la opresion del pueblo Hebreo, la mision de Moisés, á quien Dios aparece en medio de una zarza ardiendo, los prodigios que obra delante de Faraon, su vara convertida en serpiente, las plagas con que castiga á Egipto, y cuya me-

1 Ezech. poeta tragie. *ap. Euseb. Præpar. Evangel.* lib. 9, c. 28, p. 436 y sig.

2 *Ap. Euseb. ibid.* cap. 26, p. 431.

3 *Ibid.* cap. 27, p. 431 y sig. — 4 *Ibid.* cap. 29, p. 429 y sig.

moria se ha conservado hasta en sus costumbres<sup>1</sup>; el tránsito maravilloso del mar Rojo, los Egipcios sumergidos en sus olas, el viaje de los Judíos por el desierto, la roca que se abre y deja correr abundantes aguas luego que ha sido tocada por la vara del Caudillo de Israel. La tradición de las Tablas de la ley dadas en medio de una nube, se encuentra hasta en la India<sup>2</sup>; y Beroso, autor caldeo, testifica la destruccion milagrosa del ejército de Senacherib<sup>3</sup>.

Podríamos alegar aun otros antiguos testimonios, y mostrar en la misma fábula alusiones evidentes de los hechos que refiere el Historiador sagrado<sup>4</sup>. Pero ¿qué necesidad tiene la Escritura de estos apoyos extraños? Se sostiene constantemente por sí misma, y nada habria cierto ni verdadero para el hombre si ella no lo es. Lo que excita dudas sobre su verdad en algunos espíritus, es que entre los acontecimientos de que nos instruye, hay algunos que visiblemente exceden el orden regular de las cosas. Hablaremos de esta especie de hechos en un capítulo separado. Aquí solamente rogamos se observe que hechos de esta naturaleza que presenta la historia de los Judíos despues de su salida de Egipto, en sí no son mas maravillosos que otros muchos de la historia primitiva. ¿De qué se puede uno admirar despues de la narracion de la creacion, de la caída del hombre tentado por el Ángel rebelde bajo la figura de una serpiente, del diluvio y de sus circunstancias todas prodigiosas? Pues el género humano testifica todos estos hechos, y su testimonio uniforme y perpetuo les da el

1. *Ceterum memoriam calamitatis hujus, qua majores natu liberos amiserunt, retinuisse videntur Ægyptii, pecores suos et arbores minio notare soliti circa vernalis æquinocetium, quo tempore scilicet in tantis luctibus inciderunt.* *Alnet. quest.* l. 2, c. 12, n. 11, p. 302.

2. *Ibid.* n. 19, p. 214.

3. Beroso, *ap. Joseph. Antiq.* lib. 10, cap. 1 y 2.

4. Vid. *Nonn. Dyonis.* lib. 20, 23, 24 y 45. Dejando á un lado todo espíritu de sistema, se hallarán sobre este objeto noticias muy curiosas en la *Demonstracion Evangélica* de Huet, en la *Historia verdadera de los tiempos fabulosos* del Ab. Guerin du Rochet, en el *Análisis de la Antigua Mitología* de Briant, y en el *Origen de la Idolatría gentílica* de Faber.

mayor grado de certeza posible. Negarlos, seria trastornar la razon humana. Estamos pues obligados necesariamente ó á renunciar á la razon, ó á admitir hechos extraordinarios, milagros. Obligados á creer muchos milagros repetidos en los Libros santos, seria un absurdo negarse á creer alguna parte de estos mismos Libros, únicamente porque contiene hechos milagrosos. Los tiempos anteriores nos ofrecen ejemplos ciertos de iguales hechos. Para saber si hechos del mismo orden son igualmente ciertos, no se trata sino de examinar si están suficientemente atestiguados: bajo este respecto no se diferencian de los otros hechos, y nosotros no los distinguiremos tampoco, considerando los testimonios sobre que se apoya la historia del pueblo de Dios.

Hemos probado que Moisés es el autor del Pentatéuco el cual, además de la relacion de los sucesos, cuya memoria debian conservar los Judíos, contiene el Código de sus leyes, y el pormenor de las numerosas prácticas á que estaban sujetos. El Pentatéuco pues ha sido siempre conocido por los Judíos: su lectura era para ellos una obligacion. Los Levitas lo explicaban al pueblo: y sin esto, ¿cómo habria podido el pueblo obedecer las órdenes y determinaciones del Legislador? Mas siendo esto así, es imposible que ninguno de los hechos referidos en él sean fingidos; porque estos hechos habian debido pasar á presencia de la multitud; y ¿porqué medios hubiera persuadido el Jefe de Israel á toda una Nacion que habia sido testigo de los hechos maravillosos que refiere, si no lo habia sido realmente? ¿Hay ejemplo de semejante exceso de estupidez en pueblo alguno? ¿no se ve que por negar unos prodigios que testifican tantos siglos seria preciso admitir uno mayor, á que se opone y contradice la experiencia de todos los siglos? Para que un pueblo ignorase los principales acontecimientos de su historia, cuando la generacion que ha tenido parte en ellos vive aun, seria necesario que todas las leyes del mundo moral se trastornasen en un todo. Y qué, ¿el trastorno de las leyes de la naturaleza moral es menos extraordinario, menos increíble que la suspension de las leyes de la naturaleza física?

Las instituciones del pueblo judío, sus prácticas reli-

giosas, sus usos, fiestas, himnos, etc. suponen por otra parte la realidad de los sucesos que refieren, y cuya memoria están destinados á conservar. Así que, á no negar la existencia de estas instituciones, de estas prácticas, de estos usos, de estas solemnidades, ó de negar la existencia de los Judíos, no se puede negar su historia. Cuando no estuviese escrita, se la hallaría aun casi toda entera en su permanente legislación, y en la tradición, que viene á ser un comentario vivo de ella.

Resuélvase pues los incrédulos á negar que existen y que han existido Judíos, ó prueben que estos Judíos son y fueron siempre gobernados por costumbres y leyes diferentes de las que se leen en la Escritura; que tenían otras instituciones, otro culto, otras solemnidades; ó muéstranos la relación de estas solemnidades, de este culto, de estas leyes con otra historia, que la que está consignada en los Libros Santos. Díganos donde han descubierto esta otra historia; produzcan las pruebas, citen los testigos que la apoyan, y cuando hayan acabado este pequeño trabajo, entiendan que su empresa no está aun concluida, y nada han hecho aun.

Porque en fin será necesario que esta historia nueva, y hasta hoy desconocida del mundo entero, suba hasta Moisés, que explique la autoridad que él ejercía sobre los Judíos, y las leyes que les dió, y las fábulas sobre las cuales se pretende que están fundadas. Deberá dar también clara razón de la impostura del Legislador, y de la incomprensible credulidad del pueblo.

La inclinación de los Judíos á la idolatría es cierta por su confesion propia. Jamás reclamaron contra esta imputación tan frecuentemente repetida en sus libros, ni contra las vituperaciones de sus Profetas, ni despues contra las de los Cristianos. Confiesan su inclinación á este crimen, tan enorme aun á sus propios ojos; y se concibe fácilmente que un pueblo sensual debía fácilmente ser llevado á esta violación de la Ley divina, por el ejemplo general de los pueblos que le rodeaban. Lo contrario sería opuesto á todo lo que sabemos del hombre. La idolatría no era mas que el reino de las pasiones. ¿Se dirá que los Judíos estaban exentos de ellas, que eran superiores á la naturaleza humana?

Si se concede que se asemejaban á los demás hombres, no hay absurdos iguales á los que sería necesario sostener para negar la narración de la Biblia. Porque sería necesario decir, que Moisés contuvo en su deber y sumiso á las leyes mas severas, á las prácticas mas embarazosas, á los castigos mas terribles, á un pueblo violento, de durísima cerviz y siempre pronto á rebelarse, persuadiéndole que era diariamente testigo de una serie de prodigios, cuando ni uno solo veía ni habia visto. Pongamos por ejemplo el paso del mar Rojo. ¿Se cree que haya en el mundo un pueblo á quien se le haya podido hacer creer, contra el testimonio uniforme de sus sentidos y de su memoria, que él ha atravesado á pié enjuto un brazo de mar, que no pasó, cuyas aguas quedaron, ínterin pasaba, suspensas milagrosamente, á fin de que cayendo en seguida sepultasen en sus ondas á sus enemigos que los perseguían? Hé aquí lo que refiere Moisés, lo que recuerda á los Israelitas para reducirlos al culto del verdadero Dios, cuando le abandonan. Ahora bien, si este hecho hubiese sido falso, ¿se puede concebir mayor extravagancia que alegarlo á un pueblo arrebatado por sus pasiones para apartarlo de la idolatría, y hacerle entrar en la obediencia?

La Inglaterra, separándose de la Iglesia de Jesucristo, ha renunciado despues de muchos siglos al verdadero culto de Dios. Supongamos que para reducir á los habitantes de Londres á este santo culto, un católico les dijese: «Pues qué, ¿habeis olvidado tan pronto los milagros obrados en vuestro favor; el Támesis suspendiendo su curso, su madre seca para abrirnos un camino libre, sus olas detenidas sin dique alguno, y comenzando á correr luego que llegásteis á la otra orilla?» ¿Se hallaría un solo hombre á quien persuadiese este discurso? ¿Qué otro efecto produciría sino el de excitar la risa hasta de los mismos niños? ¿Ni qué debería prometerse su autor sino el ser encerrado como un loco?

Pues toda la historia de los Judíos está llena de acontecimientos tan asombrosos como el paso del mar Rojo. Casi no ha habido en este pueblo generación á quien, de siglo en siglo, no se haya dicho que habia sido testigo

de semejantes prodigios. Aun mas : los habia perpetuos ; tales como el Racional del sumo Sacerdote, la nube que cubria el Propiciatorio ; y siempre los Judios han creido estos prodigios, y ni una duda se ha suscitado en persona alguna sobre su verdad ; ni aun despues que los Saduceos contradijeron la inmortalidad del alma ; es decir, que por el espacio de mil y quinientos años ha existido una nacion de locos, que creian ver lo que no veian, oir lo que no oian ; en una palabra, cuyos sentidos y razon, no obstante que tenian un grande interés en no engañarse, constantemente estaban en contradiccion con la razon y sentidos de todos los otros hombres.

Aun cuando algunos espíritus obstinadamente ciegos, admitiesen la posibilidad de semejante trastorno de todas las leyes del orden moral, ¿ qué se seguiria sino que algunas personas pasaban todos los límites conocidos de la extravagancia ? Condenados por el sentido común universal, ¿ qué importaria su opinion particular opuesta á la decision irrecusable de todo el género humano ? La cuestion no es saber si el hombre es dueño de resistir á la evidencia hasta el punto de negar la verdad de la Santa Escritura ; sino si la verdad de la Santa Escritura es cierta, ó está apoyada en testimonios irrecusables : y sobre esto apelamos al juicio del mundo entero.

No chocaria menos á la razon poner en duda la Historia Evangélica, atestiguada por una multitud de autores judios y gentiles, cuyos testimonios han sido recogidos por Bullet<sup>1</sup> y Lardner<sup>2</sup>. Durante muchos siglos, los mismos que impugnaban la Religion cristiana no han contestado los hechos sobre que se apoya, y en que estriba : tan constantes eran, y tan inalterable parecia su certeza ; y se vendria hoy, sin mas prueba que un odio

<sup>1</sup> *Histoire de l'établissement du Christianisme tirée des seuls auteurs juifs et païens, où l'on trouve une preuve solide de la vérité de cette religion*, in-4°.

<sup>2</sup> *A large collection of ancient Jewish and Heathen, testimonies of the truth of christian religion, with notes and observations*, 4 vol. in-4°.

frenético contra el Cristianismo, á negar lo que confesaban Celso, Porfirio y Juliano !

Dos Sociedades enemigas se convienen en reconocer la verdad de lo que el Evangelio nos dice de Jesucristo ; y ciertamente no se creará que los Judios y los Cristianos, se hayan concertado uniformemente para engañar á las generaciones futuras sobre lo que los unos blasfeman, y los otros adoran. Preguntemos primero á los Judios.

Pueblo en otro tiempo pueblo de Dios, hecho no el tributario, no el siervo de otro pueblo, sino el esclavo del género humano, que á pesar de su horror para contigo te desprecia hasta dejarte vivir : pueblo obstinado, cuya dura cerviz, orgullo y bajeza ningun sufrimiento ni oprobio han podido cansar : que no hallas en tí mismo un remordimiento, un pesar humilde, una queja para desarmar el brazo que te hiere, y despues de diez y ocho siglos llevas sin asombro el peso de la venganza divina : pueblo incomprendible, cese un momento el trabajo con que te consumes debajo del sol, reinete desde los cuatro vientos adonde el soplo del Señor te ha dispersado, ven, y respóndenos : ¿ Es verdad que existió en tu seno un hombre llamado JESUS, que se decia el Libertador anunciado por tus Profetas<sup>2</sup>? — *Sí*.

¿ Es verdad que apareció en el tiempo en que se creia que el Mesías debía venir<sup>3</sup>? — *Sí*.

¿ Es verdad que nació en el lugar en que estaba predicho que naceria el Mesías? — *Sí*.

<sup>1</sup> A los Judios y Cristianos deben añadirse los Musulmanes, que admiten como nosotros los hechos evangélicos. No los nombramos en el texto, porque como lo hemos dicho ya, y probaremos en el tomo siguiente (*esto no lo ha publicado aun el autor*) no es mas que una secta, etc.

<sup>2</sup> Talmud-Babil. *Tract. Sanhedr.* cap. 6.

<sup>3</sup> *Vid.* Talmud Hierosol. *Tract. de Sanhedr.* et libr. Berachoth, cap. *Haiha kore*. Echa Rabbethi, seu *Explicat. Lament. Jerem.* in cap. 1. Rabbi Moys. Hadartan, *Coment. in Gen.* ad hæc verba : *Et scriba de femore ejus*. Id. *Comment. in Isai. c. ult.* El Rabino Moisés, dice el Egipto en el libro *Sophrin*, dice que « Jesus de Nazareth ha parecido ser el Mesías, que fué entregado á la muerte » por el Sanhedrin, lo que ha sido causa de que Israel haya sido « destruida por la espada. » *Galatin. de Arcan. Cathol. verit.* p. 179.



¿Es verdad, dejando á un lado lo que el decia de su mision, que su vida era pura<sup>1</sup>, y su doctrina santa<sup>2</sup>? — Si.

¿Es verdad que así él como sus Discipulos hicieron obras milagrosas? — *Es manifesto, y no lo podemos negar*<sup>3</sup>.

¿Infeliz! pues ¿qué te ha impedido reconocerlo? ¿Qué mas necesitabas? Pedias una señal del cielo<sup>4</sup>: ¿qué fuerza hubiera añadido este nuevo prodigio á tantos otros prodigios? Y este justo que daba vista á los ciegos, oido á los sordos, que curaba todas las enfermedades, lanzaba los demonios, resucitaba los muertos... ¿qué has hecho de él? ¿Es cierto que le has crucificado<sup>5</sup>?

Súbitamente se oye un grito espantoso: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*<sup>6</sup>.

¡Pueblo judío! ¡no hiciste en vano esa imprecacion! se ha cumplido tu deseo: esa sangre está sobre tí, y lo estará eternamente. Vé, vuelve á tu suplicio; el mundo

1 El *Tholdoth Jeschu*, aunque lleno de invectivas sacrilegas contra Jesucristo, no le inculpa de otra cosa sino de haber dicho que era el Mesías y el Hijo de Dios.

2 Trifon dice que los preceptos del Evangelio son tan perfectos, que no se pueden observar. *Dialog. cum Tryph. Jud. cap. 10.*

3 Et conferebant ad invicem, dicentes: Quid faciemus hominibus istis? quoniam quidem notum signum factum est per eos, omnibus habitantibus Jerusalem: manifestum est, et non possumus negare. *Act. iv, 15 y 16, et Joani. xi, 47.* — En el *Toldoth* se dice que Jesucristo curaba los leprosos, y resucitaba los muertos, por virtud del inefable nombre de Dios, que había robado en el templo. El mismo libro testifica los milagros de San Pedro, á quien llama *Simon Cephas*. El sabio Heydeck, rabino convertido, nos dice que aun el día de hoy los judíos continúan en confesar los milagros de Jesucristo. « Prosiguen en nuestro tiempo en confesar los prodigios obrados por Jesucristo, con la diferencia que pretenden haberlos obrado en nombre de Beelzebu. » *Defensa de la Relig. crist. tom. III, p. 316, not. 385.*

4 *Matth. xvi, 1.*

5 La traición de Judas, y todas las principales circunstancias de la pasión del Salvador, se refieren en el *Toldoth Jeschu*, y en el *Talmud de Babilonia*, en el trat. de *Sanhedrin*, cap. 6.

6 Et respondens universus populus, dixit: Sanguis ejus super nos, et super filios nostros. *Matth. xxvii, 25.*

entero sea testigo de él, hasta el día en que, reconocido y detestado tu crimen, esa sangre, esa misma sangre que has derramado, lo borraré.

Pero aun cuando la verdad de los hechos referidos en el Evangelio no estuviese atestiguada sino por los Cristianos, esto seria bastante para establecer invenciblemente su certeza. Yo creo, decia Pascal, á testigos que se dejan degollar; y todo hombre sensato los creerá, porque no se apasiona nadie por hechos; y no sé por otra parte donde podría fundarse la seducción de la mentira que no conduce sino á los tormentos y al cadalso. El deseo de gloria, de riquezas, de poder puede formar impostores; pero no se engaña á los hombres con el cebo de la pobreza, de los desprecios y persecuciones; y en verdad estos son bienes que nadie intenta adquirir á costa de su vida. — ¿Se querrá explicar por el fanatismo este sacrificio entero de sí mismo? Al punto se ofrecen nuevas dificultades y absurdos. El fanatismo es una pasión ardiente, sombría, implacable: ¿qué se vió de esto en los Apóstoles? Su carácter es la tranquilidad, la sencillez, la mansedumbre, y antes de la muerte de su Maestro, una excesiva timidez, que ellos mismos la confiesan con un candor ingenuo. San Pedro negando á Jesucristo, y temblando delante de una criada, ¿era un fanático? Los otros Apóstoles *dispersos como ovejas sin pastor*<sup>1</sup>; Santo Tomás rehusando creer que Jesucristo ha resucitado, si él no lo ve con sus mismos ojos, y lo toca y palpa con sus manos<sup>2</sup>; San Pablo, hecho de perseguidor el mas humilde discípulo de este mismo Cristo, que debía anunciar á los Gentiles; todos estos hombres, que el mundo no ha conocido sino por sus beneficios, por su completo desinterés, su compasiva caridad ¿eran fanáticos? El fanatismo combate, domina, aniquila á todo el que le resiste: ellos solo supieron morir. ®

1 *Matth. xxvi, 31.*

2 Thomas autem unus ex duodecim, qui dicitur Dydimus, non erat cum eis, quando venit Jesus. Dixerunt ei alii discipuli: Vidimus Dominum. Ille autem dixit eis: Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. *Joan. xx, 24 y 25.*

En fin, piénsese lo que se quiera; supóngase que los Apóstoles eran unos embaucadores ó entusiastas; nada absolutamente se adelanta con esta suposición, á menos que no se suponga tambien que todos los primeros cristianos, todos los Judíos que corrían en tropas para ser testigos de las obras de Jesucristo, y los que le bendecían diciendo: *Gloria al Hijo de David*<sup>1</sup>, y los que gritaban: *Sea crucificado*<sup>2</sup>, eran tambien entusiastas y embaucadores, que procedían todos de acuerdo para persuadir al mundo la verdad de innumerables hechos que jamás existieron.

Porque es necesario notar que estos hechos habian debido ser públicos; que los Apóstoles apelaban enteramente sobre la verdad de ellos al testimonio de un pueblo entero, de un pueblo en gran parte enemigo del Cristianismo, y cuyas confesiones, por lo mismo, tienen una fuerza irresistible. *Ninguna de estas cosas*, decia San Pablo, en la Judea misma, al Rey Agripa, *han pasado en secreto, ó en algun rincón oscuro, y vos no las ignorais*<sup>3</sup>. ¿Se habla de este modo cuando se puede temer una solemne denegación? ¿Y qué responde Agripa? « *A poco mas me persuades que me haga cristiano* »<sup>4</sup>.

Tal vez se quiera dudar de estas mismas circunstancias, porque están referidas en el libro de los *Hechos apostólicos*. Pero al menos no se dudará que el Cristianismo ha existido desde el primer siglo de nuestra Era, ni por consiguiente que ha sido anunciado por los Apóstoles y los primeros Discípulos. Casi todos los pueblos entonces conocidos oyeron *la buena nueva de salvación*, que se esparció con la rapidez de la luz<sup>5</sup>. Demostrada pues la

1 Turba autem quæ precedebant, et quæ sequebantur, clamabant dicentes: Hosanna Filio David: Benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in altissimis. *Matth.* xxi, 9.

2 Dicit illis Pilatus: Quid faciam de Jesu, qui dicitur Christus? Dicunt omnes: Crucifigatur. Ait illis: Quid enim mali fecit? At illi magis clamabant, dicentes: Crucifigatur! *Ibid.* xxvii, 22, 23.

3 Neque enim in angulo quidquam horum gestum est. *Act.* xvii, 26.

4 In modico suades me christianum fieri. *Ibid.* 38.

5 Fides ex auditu: auditus autem per Verbum Christi. Sed dico: Numquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exi-

autenticidad del nuevo Testamento, sabemos ciertamente lo que contaban los Apóstoles, lo que enseñaban, lo que decían de sí mismos y de los prodigios que obraban públicamente. La propagación del Cristianismo prueba que se les dió crédito. El testimonio de los prosélitos que ganaban á Jesucristo, está confirmado, como se ha visto, por el testimonio de los judíos y de los gentiles. Es necesario pues desmentir á casi todo el género humano para negar los hechos evangélicos; es necesario acusar de entusiasmo ó de superchería á casi todas las naciones sujetas á la dominación romana; es necesario ya no creer nada; porque ¿qué cosa se hallará mas creíble que lo que ha sido creído universalmente?

Solo un insensato ó un loco de orgullo es el que puede tratar de oponer sus pequeñas y limitadas ideas, sus opiniones particulares, al consentimiento comun. Lo que el hombre sabe es nada en comparación de lo que ignora, y el incrédulo arguye siempre como si lo supiera todo. ¿Su vida misma no le es incomprendible? ¿Qué busque la prueba de ella en lo que conoce de su organización: ¿la descubrirá allí? Ponéd un libro de fisiología en las manos de un filósofo; y partiendo de la suposición de que encierra en sí una ciencia completa, probara, si quiere, por mil razones la imposibilidad de que exista el sér que se describe en aquel libro. ¿Y cómo se le responderá? por el hecho mismo de la existencia de este sér, que él llama imposible. ¿Y cómo se probará este hecho? por el testimonio. No conocemos mas, mejor diré, conocemos mucho menos el plan eterno de la Providencia, el conjunto de las leyes que ha establecido, que nos conocemos á nosotros mismos: ignoramos el orden universal; y sin embargo el incrédulo habla siempre como si tuviese un conocimiento perfecto de él. *Esto no puede ser*, dice; *luego no es*. ¿Y quién le ha dicho que no puede ser? Principia substituyendo su pensamiento al de Dios, y despues pronuncia, sin vacilar, su decisión irrevocable. ¿Quién no ve que contradiciendo al testimonio general de los hombres, y negando un efecto atestiguado, ó

vit sonus eorum: et in fines orbis terra verba eorum. *Ad Rom.* x, 17 y 18.

supone que él conoce todas las causas que pueden hacer este efecto posible, todas las voluntades del Omnipotente, todos los motivos que las determinan, ó su negacion se reduce á este redículo argumento : *Yo no comprendo que esto pueda ser : luego no es. ¿Y cómo se responderá?* Del mismo modo ; por el hecho. *Esto es : luego puede ser. Esto es*, porque un testimonio irrevocable lo afirma. *Es*, porque si no estuviésemos ciertos de que fuere, nada sería cierto, ni aun vuestra negacion misma, ó si se quiere mas bien, vuestra duda, la cual tampoco es mas que un hecho conocido solamente por el testimonio primeramente vuestro, y despues por el de las personas que la han oido. *Esto es*, porque en el instante mismo en que decis *no es*, os quitais el derecho de pronunciar juicio alguno, pues que vuestra razon protesta contra la razon humana <sup>1</sup>.

Cualquiera que haya comprendido lo que hemos dicho hasta aquí, no puede negar la *inspiracion* de la Escritura, consecuencia necesaria de cuánto queda establecido.

Porque en primer lugar, estando reconocida la *verdad* de los hechos referidos en la Escritura, la *inspiracion* viene á ser un hecho tan incontestable como los otros. La ley dada por Dios en el monte Sinai es un hecho idéntico con la inspiracion de esta parte de la Escritura. La mision de Moisés, probada por sus obras, probadas ellas mismas por tantos testimonios ; la promesa que Dios le hace de *poner su palabra en sus labios, y enseñarle lo que debe decir* <sup>2</sup>, son hechos idénticos con la inspiracion de Moisés. Cada uno de los Libros del antiguo Testamento ofreceria iguales ó semejantes pruebas de su inspiracion, ó bien se la hallaria atestiguada en otro libro, cuya inspiracion estaria probada del mismo modo que la inspiracion del Pentatéuco. La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y los primeros Discipulos de Jesucristo ; el don de lenguas que recibieron, son hechos idénticos con la inspiracion del nuevo Testamento, porque la inspira-

<sup>1</sup> Contra el testimonio general de todos, contra el consentimiento comun : es preferirse á sí á todos los demás.

<sup>2</sup> Ego ero in ore tuo : doceboque te quid loquaris. *Exod.* IV, 12 seqq.

cion del autor de un libro prueba la inspiracion del libro, ó mas bien, es una sola y misma cosa.

En segundo lugar, sin anticipar ahora lo que diremos despues de las profecías, es manifiesto que la Escritura contiene una serie de predicciones íntimamente unidas á dogmas universales ; predicciones, entre las cuales hay algunas, cuyo cumplimiento no puede ser objeto de la mas leve duda para todo hombre sensato. No se puede dudar, por ejemplo, que el Mesías, esté anunciado en la Escritura, con las circunstancias de su venida, de sus trabajos y de su muerte. No se puede dudar que el Mesías haya venido, padecido y muerto, como lo habian notado los Profetas. No se puede dudar que la ruina próxima de Jerusalem estuviere predicha en el Evangelio ; ni tampoco se puede dudar del cumplimiento de esta profecía. Ahora bien, no hay profecía sin inspiracion : luego los dos Testamentos son inspirados en lo que contienen de profético.

En tercer lugar, hemos mostrado que el Cristianismo es el conjunto de todas las verdades y de todas las leyes que Dios ha revelado al hombre, y que era imposible que el hombre las conociese de otro modo que por una revelacion divina <sup>1</sup>. Estas leyes y estas verdades se contienen en la Escritura <sup>2</sup>. Así lo testifica la sociedad cristiana, á la cual no se negará sin duda el conocimiento de los dogmas y preceptos del Cristianismo. Luego los dos Testamentos no son en su parte dogmática y moral sino la revelacion divina : luego los dos Testamentos contienen la palabra del autor de la revelacion, *la palabra de Dios* ; palabra escrita por los mismos á quienes la revelacion se hizo inmediatamente : luego los dos Testamentos son inspirados, al menos en su parte dogmática y moral.

Cuarto : los dogmas, los preceptos y las profecías están de tal modo mezcladas con la narracion de los hechos en el mismo libro, en el mismo capítulo, en el mismo verso, que forman con esta misma narrativa un todo, del

<sup>1</sup> Cap. 1 y 7.

<sup>2</sup> Se debe siempre entender que para descubrir con certeza estas leyes y estas verdades en la Escritura, la cual no se interpreta á sí misma, es necesario que ella sea explicada, segun la tradicion, por una autoridad viva ó infalible.

cual cada parte es tan inseparable de las demás, que si la narrativa misma no fuese inspirada, sería necesario admitir frecuentemente la inspiración de la mitad de una frase, y negar la de la otra mitad: absurdo manifiesto: luego los dos Testamentos están inspirados en todas sus partes.

Quinto. en fin la inspiración de la Escritura es un dogma del Cristianismo; de donde se sigue, que se niega, se trastorna el Cristianismo, se niega la revelación: es decir, todas las verdades; es decir, la misma razón humana. Luego la Escritura ha sido inspirada por Dios.

Y ¡cuántas cosas sino serían inesplicables en los Libros Santos! ¿Cómo se concebiría aquella perpetua unidad de doctrina entre tantos escritores, muchos de los cuales han escrito cerca de tres mil años unos después de otros? Moisés, David, Isaías, Malachías nos dan precisamente la misma idea de Dios y de nuestros deberes para con él; nos anuncian el mismo Mediador, siendo así que no se hallan dos filósofos, aun contemporáneos, que cuando hablan según lo que su razón sola les dicta, convengan en lo que se debe pensar de la Divinidad, como ni sobre los preceptos fundamentales de la moral. ¿Cómo es que los Evangelios, las Actas y las Cartas de los Apóstoles juntas entre sí, y con los Libros del Antiguo Testamento, no forman mas que un cuerpo de doctrina, siempre la misma desde el principio del mundo? ¿Cómo es que no ha sufrido modificación alguna según el espíritu de los diferentes siglos, el genio particular, y las opiniones de cada escritor? Esta uniformidad invariable, ¿es natural al hombre? Y si la Escritura no es divina, ¿de quién tiene ese carácter que tan visiblemente la separa de todas las producciones humanas; que hace de los pensamientos de tantos hombres dispersos, á tan lejanas distancias, sobre el camino de los tiempos, un pensamiento solo, eterno como Dios, inmutable como su verdad, fecundo como su amor?

Hasta en el lenguaje mismo de la Escritura se manifiesta su inspiración. Ciertamente se podría decir respectivamente de los escritores sagrados lo que los emisarios de los Fariseos decían de Jesucristo: *Ningun hombre ha-*

1 Cap. 4.

*bló jamás como hablan estos hombres*<sup>1</sup>. Al leerlos se ve que el dedo de Dios ha tocado sus labios. ¡Qué sencillez tan natural en sus relaciones! ¡Qué candor y qué verdad no se admira en ellas! ¡Qué ingenuidad tan agradable! Es la palabra en su pureza é inocencia primitiva. Y al mismo tiempo ¡qué energía! ¡qué profundidad! ¡qué riqueza de imágenes! ¡qué penetración! ¡qué miradas tan penetrantes del interior de la naturaleza humana! ¿Quién ha sentido mejor sus miserias? ¿quién ha conocido mas bien su grandeza? Allí se oyen quejas lastimeras sobre la suerte de los hijos de Adán; un no sé qué de fúnebre envuelve sus destinos; un agudo y prolongado gemido, gritos de angustia penetran el alma, y la llenan de tristeza y de un secreto terror: *¿Porqué al infeliz se le ha dado la luz, y vida á los que están en amargura de corazón? ¿qué, esperan la muerte, y no viene?*<sup>2</sup> Hé ahí el hombre caído, el hombre á quien un pecado antiguo interiormente atormenta. Mas súbitamente se escucha una voz de esperanza, y que domina á esta voz de dolor. La vista del Profeta ha descubierto á lo lejos la salud. *Sion rebose de alegría: alza su cabeza cubierta de ceniza, y con cantos de júbilo, que repetirá el mundo entero, saluda al Libertador que se acerca.*

Todo cuanto hay de grande, sublime, dulce, tierno ó terrible, solo lo hallareis en la Escritura. Allí veis á Raquel llorando sus hijos sobre la montaña, *sin querer admitir consuelo porque ya no son*, no existen<sup>3</sup>. Mas allá veis á la Esposa celestial del verdadero Salomón, que suspira sus inefables amores. « Mi amado para mí, y yo » para él: él está descansando entre los lirios, hasta que » raye la aurora, y las sombras se retiren. Hijas de Sion, » venid y vereis al Rey Salomón ceñida la frente con la » diadema con que le coronó su madre en el día de sus » desposorios, y de la alegría de su corazón<sup>4</sup>. »

1 Nunquam sic locutus est homo, sicut hic homo. *Joan.* vii, 46.

2 Quare misero data est lux, et vita his, qui in amaritudine animæ sunt? qui expectant mortem, et non venit. *Job* iii, 20.

3 Vox in excelso audita est lamentationis, luctus et fletus, Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari, quia non sunt. *Jerem.* xxxi, 15.

4 Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia, donec

Los Escritores sagrados, elevándose sobre el tiempo, parecen discernirle apenas en la eternidad en que su pensamiento habita. Ven al mundo, como Dios mismo le ve. *El ha desplegado los cielos como una tienda de campaña*<sup>1</sup>; se irrita; *los arrolló como un volúmen, y toda su milicia cae como las hojas de la higuera y de la vid*<sup>2</sup>.

Si los cielos se asemejan á un pabellon que se arma por la mañana y se coge al anochecer: si el soplo de la ira divina arrebató las estrellas del cielo como una hoja seca, ¿qué es pues el hombre? *Un espíritu que va, y no vuelve*<sup>3</sup>. *Sus días son como el heno, su gentileza como la flor del campo; sopla un aire y se marchita; ya no es*<sup>4</sup>. Mas escuchad: *Los que duermen en el polvo despertarán, unos á la vida eterna, los otros al oprobio, para que siempre vean*<sup>5</sup>.

Ningun otro libro nos enseña á hablar, á orar, á pedir debidamente á Dios sino la Escritura: y esto solo bastaría para probar que es divina. Ella descubre á nuestros ojos el órden entero de la justicia y de la providencia del Altísimo; nos hace comprender su conducta sobre el linaje humano; las probaciones del justo, á fin de que así se manifieste lo sublime de su virtud; el suplicio y castigo del malo, para que el criminal tiemble. Contempla á David, padre, y al mismo tiempo figura del Mesías: vedle destronado por su propio hijo, cayendo de

» subia el monte de las olivas á pié y descalzo, llorando  
» y cubierta la cabeza; y todo el pueblo, cubierta la cabeza, subia llorando<sup>1</sup>. »

Mas hé aquí que un ruido lúgubre se oye de la parte del Egipto. Dios va á castigar el orgullo de Faraon y de su pueblo. « Hijo del hombre, dile: tú has sido compañero al leon de las naciones, y al dragon del mar: agitabas tus cuernos en los rios, tus piés enturbiaban sus aguas, y hollabas los rios. Por tanto, esto es lo que dice el Señor: Extenderé sobre tí mis redes en medio de la muchedumbre de los pueblos, te sacaré entre sus mallas, y tiraré sobre la tierra: te arrojaré sobre la haz de un campo, y haré venir á posar sobre tí todas las aves del cielo, y hartaré con tus carnes á todos los animales de la tierra. Las estrellas del cielo se cubrirán de luto sobre tí; y extenderé las tinieblas sobre tu reino, cuando los tuyos, heridos de muerte, caerán en medio de la tierra, dice el Señor Dios. Turbaré, irritaré el corazon de los pueblos cuando enviare tus restos en medio de las naciones, á tierras que no conoces. — Y el Señor me dijo: Hijo del hombre comienza el canto lúgubre sobre la muchedumbre de Egipto: arrástrala á ella, y á las bitas de las naciones

» poderosas al centro de la tierra, con los que descenderán al lago. En qué eres tú mas bella? Desciende y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



» bajado á los infiernos con sus armas, y pusieron sus  
» espadas debajo de la almohada. Sus iniquidades han  
» penetrado las médulas de sus huesos; porque espar-  
» cieron el espanto en la tierra de los vivientes <sup>1</sup>. »

Cánticos llenos de suavidad y de dulzura, himnos de una belleza sublime tranquilizan el alma aterrada por estos cuadros sombríos. A veces se oye como una voz celestial, diríase el sonido armonioso de los conciertos de los Ángeles: súbitamente el oído es herido de un rumor siniestro: ha escuchado en la noche como los suspiros del abismo.

¡Pero qué de preceptos admirables, qué de instrucciones profundas, cuántas verdades inaccesibles á nuestro débil espíritu no se hallan, no se ven reveladas en la Escritura! No es el hombre el que habla con el hombre, á quien se afana por ilustrar, es Dios, que con una sola palabra ilumina su entendimiento y conmueve su corazón: es él, que derrama, en cierto modo, á manos llenas, en el estilo de los Profetas, las maravillas de su pensamiento, como arrojó los mundos en el espacio; y su palabra, elevada á una sublimidad infinita sobre el lenguaje de los hombres, tiene tal carácter de magnificencia y de imperio, que no debe admirar que la nada le haya obedecido.

El Evangelio, por su misma sencillez, es aun mas admirable, mas claramente divino. En los Profetas se ve como una especie de fuego, de ardor, de pasión, una como ansia, un deseo de alcanzar un bien que no poseen; y por el cual toda su alma aspira: le llaman con el acento del amor y de la esperanza; preguntan al tiempo por el que ha de salvar al mundo; se lanzan en los cielos para buscarle allí; se adelantan, suben hasta el santuario donde reside el Altísimo; y cuando ya no se les ve, se oye aun en medio de los truenos que resueñan al pie del trono del Eterno, su voz que invoca á su Hijo.

En el Evangelio es la calma de la posesion, la paz deliciosa que sucede á un inmenso deseo satisfecho, la serenidad tranquila del cielo. Aquel que la tierra esperaba,

<sup>1</sup> *Ezech. xxxii.*

ha venido: *El Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y santidad*<sup>1</sup>. Aquí todo toma un nuevo aspecto: el tiempo de las figuras ha pasado; se ha realizado la salud; la naturaleza humana asegurada, experimenta una tranquilidad que no había hasta entonces conocido. Decid á un hombre, sea el que quiera, que refiera este acontecimiento, objeto por tantos siglos de todos los deseos: ese misterio insondable de misericordia y de justicia: su lenguaje podrá ser pomposo, patético, sublime; pero oíd al Evangelio:

« En aquel tiempo se publicó un edicto de Cesar Augusto para que se empadronaran los habitantes de toda la tierra; y todos iban á hacerse inscribir cada uno en su pueblo natal. Josef partió tambien de la ciudad de Nazareth en Galilea, y vino á la Judea á la ciudad de David, llamada Betlehem, porque él era de la casa y de la familia de David, para hacerse empadronar con María, su Esposa, que estaba preñada. Mientras que estaban allí sucedió que se cumplieron los dias de su alumbramiento; y ella parió á su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le recostó en un pesebre; porque no había para ellos lugar en el meson. Y había en el mismo país unos Pastores que velaban, guardando por su turno sus rebaños durante la noche; y hé aquí que un Ángel del Señor se les aparece, y una claridad divina los rodea; y se apoderó de ellos un gran temor, y el Ángel les dice: no temais: os anuncié una cosa que será de gran gozo para todo el pueblo: os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo, el Señor; en la ciudad de David, y por esta señal le conoceréis: hallareis un niño envuelto en pañales, y puesto en un pesebre <sup>2</sup>. »

Para elevarnos á sí, el Verbo divino descende hasta nosotros. Escoge lo mas humilde que hay en el hombre, para apropiárselo. *No disputará, no gritará; su voz no resonará en las plazas públicas*<sup>3</sup>. Viene á nosotros lleno

<sup>1</sup> *Et Verbum caro factum est, etc. Joan. i, 14. — 2 Luc, ii, 1, 12.*

<sup>3</sup> *Non contendet, neque clamabit, neque audiet aliquis in plateis vocem ejus. Matth. xii, 19.*

de dulzura<sup>1</sup>. Su palabra es sencilla, y esta palabra es visiblemente la de un Dios. Leed en San Juan la conversacion de Jesus con la Samaritana : leed el Sermon del monte, el otro pronunciado á sus Discipulos despues de la Cena, del cual cada palabra es un manantial de verdad y amor inagotable, insondable aquí bajo á nuestro corazon é inteligencia : leed la Pasion : leedlo todo, porque todo es igualmente divino. *Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho*<sup>2</sup>. *No estorbeis á los niños que se acerquen á mí*<sup>3</sup>. *Venid á mí todos los que padecéis y estais atribulados, y yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazon, y hallareis el descanso de vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera*<sup>4</sup>. Jamás cosa semejante salió de una boca humana. Y aquella Oracion, que contiene todo lo que una criatura puede desear ; aquella Oracion maravillosa, que es como el lazo del cielo y de la tierra, ¿ es cosa de un hombre ? ¿ es un hombre el que ha dicho : *¿ todo está cumplido ?* No, no, y esta palabra que anuncia la salud del mundo, es propia solamente del que lo crió.

Establecida la *autenticidad*, la *verdad* y la *inspiracion* de la Escritura, es imposible negar la santidad del Cristianismo, porque los Libros que contienen su doctrina no pueden haber sido inspirados por Dios, sin que el Cristianismo sea divino. Las Profecias van á darnos una nueva prueba de ello.

## CAPITULO IX<sup>5</sup>.

### Profecias.

Pues que el mundo hoy se precia de filósofo hablemos primero filosóficamente. El hombre, igualmente que to-

<sup>1</sup> Ecce rex tuus venit tibi mansuetus. *Matth.* xxi, 5.

<sup>2</sup> *Luc.* vii, 47. — <sup>3</sup> *Marc.* x, 14. — <sup>4</sup> *Matth.* xi, 28, 30.

<sup>5</sup> Seguimos el orden de capitulos conforme al tomo anterior : en el original corresponde al 33.

dos los seres dotados de inteligencia, existe á un tiempo en lo pasado, en lo presente y en lo por venir. Tiene memoria de lo que fué, sentimiento de lo que es, prevision de lo que será. En esto consiste el gran don del pensamiento, que le eleva á una altura infinita sobre las criaturas materiales, y por una maravillosa semejanza le aproxima al Criador<sup>1</sup>.

Sin embargo, el hombre cuyo espíritu puede conocer la verdad, ó lo que es, en todos los puntos de la duracion ; el hombre que por la parte mas noble de sí mismo existe ya (sobre lo que se debería hacer mas reflexion) en espacios ilimitados, y aun mas allá del tiempo<sup>2</sup> ; el hombre que todo lo puede conocer pues conoce á Dios, no puede sin embargo conocer cosa alguna<sup>3</sup> sino por una verdadera revelacion, cuyo medio es la palabra.

En el principio Dios reveló al primer hombre todo lo que le era entonces necesario saber : le dijo lo *pasado*, es decir el modo con que le habia sacado de la nada, y á todo el Universo que se ofrecia á su vista. Le dijo lo *presente*, es decir, le enseñó lo que él era y eran los seres que le rodeaban, los medios de conservarse, los deberes que imponia á su razon, á su corazon, á sus sentidos. Le dijo lo *por venir*, instruyéndole de sus inmortales destinos.

El hombre para ser lo que Dios quería que fuese, debía conocer todas estas cosas ; y como este conocimiento era igualmente indispensable á todos los hombres, el Padre del género humano lo trasmitió de palabra á sus hijos, y estos á sus descendientes. Hé aquí el origen de la tradicion.

Pero una mutacion deplorable se habia obrado en los destinos del hombre despues de su caída. Lo futuro no

<sup>1</sup> Es cosa muy notable que la palabra hebrea *Jehovah* ofrece tres modos de existencia, unidos en el mismo nombre, como lo están en el mismo ser. Razon porque San Agustin llama á este nombre *nomen æternitatis*.

<sup>2</sup> Cogitavi dies antiquos, et annos æternos in mente habui. *Ps.* lxxvi, 6.

<sup>3</sup> Sobrenatural, se supone : si en lo natural puede ó no, véase la Advertencia preliminar en este tomo : y el modo como espresa esto M. de La Mennais.

de dulzura<sup>1</sup>. Su palabra es sencilla, y esta palabra es visiblemente la de un Dios. Leed en San Juan la conversacion de Jesus con la Samaritana : leed el Sermon del monte, el otro pronunciado á sus Discipulos despues de la Cena, del cual cada palabra es un manantial de verdad y amor inagotable, insondable aquí bajo á nuestro corazon é inteligencia : leed la Pasion : leedlo todo, porque todo es igualmente divino. *Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho*<sup>2</sup>. *No estorbeis á los niños que se acerquen á mí*<sup>3</sup>. *Venid á mí todos los que padeceis y estais atribulados, y yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazon, y hallareis el descanso de vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera*<sup>4</sup>. Jamás cosa semejante salió de una boca humana. Y aquella Oracion, que contiene todo lo que una criatura puede desear ; aquella Oracion maravillosa, que es como el lazo del cielo y de la tierra, ¿ es cosa de un hombre ? ¿ es un hombre el que ha dicho : *¿ todo está cumplido ?* No, no, y esta palabra que anuncia la salud del mundo, es propia solamente del que lo crió.

Establecida la *autenticidad*, la *verdad* y la *inspiracion* de la Escritura, es imposible negar la santidad del Cristianismo, porque los Libros que contienen su doctrina no pueden haber sido inspirados por Dios, sin que el Cristianismo sea divino. Las Profecias van á darnos una nueva prueba de ello.

## CAPITULO IX<sup>o</sup>.

### Profecias.

Pues que el mundo hoy se precia de filósofo hablemos primero filosóficamente. El hombre, igualmente que to-

1 *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus. Matth. xxi, 5.*

2 *Luc. vii, 47. — 3 Marc. x, 14. — 4 Matth. xi, 28, 30.*

5 Seguimos el orden de capitulos conforme al tomo anterior : en el original corresponde al 33.

dos los seres dotados de inteligencia, existe á un tiempo en lo pasado, en lo presente y en lo por venir. Tiene memoria de lo que fué, sentimiento de lo que es, prevision de lo que será. En esto consiste el gran don del pensamiento, que le eleva á una altura infinita sobre las criaturas materiales, y por una maravillosa semejanza le aproxima al Criador<sup>1</sup>.

Sin embargo, el hombre cuyo espíritu puede conocer la verdad, ó lo que es, en todos los puntos de la duracion ; el hombre que por la parte mas noble de sí mismo existe ya (sobre lo que se debería hacer mas reflexion) en espacios ilimitados, y aun mas allá del tiempo<sup>2</sup> ; el hombre que todo lo puede conocer pues conoce á Dios, no puede sin embargo conocer cosa alguna<sup>3</sup> sino por una verdadera revelacion, cuyo medio es la palabra.

En el principio Dios reveló al primer hombre todo lo que le era entonces necesario saber : le dijo lo *pasado*, es decir el modo con que le habia sacado de la nada, y á todo el Universo que se ofrecia á su vista. Le dijo lo presente, es decir, le enseñó lo que él era y eran los seres que le rodeaban, los medios de conservarse, los deberes que imponia á su razon, á su corazon, á sus sentidos. Le dijo lo *por venir*, instruyéndole de sus inmortales destinos.

El hombre para ser lo que Dios quería que fuese, debía conocer todas estas cosas ; y como este conocimiento era igualmente indispensable á todos los hombres, el Padre del género humano lo trasmitió de palabra á sus hijos, y estos á sus descendientes. Hé aquí el origen de la tradicion.

Pero una mutacion deplorable se habia obrado en los destinos del hombre despues de su caída. Lo futuro no

1 Es cosa muy notable que la palabra hebrea *Jehovah* ofrece tres modos de existencia, unidos en el mismo nombre, como lo están en el mismo ser. Razon porque San Agustin llama á este nombre *nomen æternitatis*.

2 *Cogitavi dies antiquos, et annos æternos in mente habui. Ps. LXXVI, 6.*

3 Sobrenatural, se supone : si en lo natural puede ó no, véase la Advertencia preliminar en este tomo : y el modo como espresa esto M. de La Mennais.



podía ser lo mismo para él despues del pecado; y debía ser diferente aun, segun que Dios se determinase á usar de misericordia ó de rigor. Mas si el hombre culpable hubiese ignorado el por venir que le esperaba, no hubiera sido hombre, sino otro ser indefinible é incomprendible, que privado de los bienes anejos á su estado primitivo, y no conservando de lo pasado sino la memoria de un crimen inexpiable, habria caminado bajo este peso en tinieblas eternas. Si hubiera ignorado los designios de Dios, sobre sí, el lugar que le destinaba la justicia suprema, los nuevos deberes que esta le prescribía, ¿cómo habria podido concurrir libremente á las voluntades de este Dios ofendido, y obedecerle? El orden moral se habria destruido, con toda Religion; porque ¿qué Religion, qué ley moral podria existir para un ser que no sabia lo que debe creer, ni lo que debe obrar, ni lo que debe esperar ó temer?

Así que la Religion, la moral, la inteligencia misma suponen el conocimiento de un cierto orden relativo al ser inteligente, orden que abraza lo pasado, lo presente y lo por venir, y que depende de la voluntad libre de Dios.

Era sin duda necesario ó que el hombre despues de su caída dejase de ser hombre, ó que Dios le revelase lo que habia determinado respecto á sus futuros destinos. Era necesario que Dios le hablase de nuevo, y que el hombre á quien hablase, trasmitiese á los otros hombres su palabra necesaria á todos. Hé aquí la profecía, y se comprende que ella forma una parte esencial de la revelacion, del orden moral y religioso; en una palabra, de todo orden relativo á los seres inteligentes.

Si se preguntase, porqué Dios no ha revelado inmediatamente á todos los hombres lo por venir que les interesa, esto no seria pedir la razon de la profecía, seria preguntar porqué todos los hombres no son Profetas.

A esta pregunta hay una respuesta de hecho sin réplica: Dios no lo ha querido. ¿Qué importa saber ó no los motivos? Sean cuáles sean, son dignos de él, y no habria punto de locura más grande que sacar argumento de nuestra ignorancia contra su sabiduría.

Pero además, ¿no se ve que la revelacion de lo futuro hecha inmediatamente á cada hombre, trastornaria el orden que Dios ha establecido, y está fundado en la trasmision de los conocimientos necesarios por el testimonio? ¿No se ve que lo que se pide respecto á la profecía, se podria pedir con igual razon de todo lo demás; y que esta pregunta particular envuelve en sí esta otra general: ¿Porqué Dios no revela inmediatamente á cada hombre todo cuanto le es necesario saber? Es decir: ¿Porqué cada uno de nosotros no es independiente? ¿Porqué hay sociedad? ¿Porqué hay lenguaje, tradicion, autoridad, obediencia? ¿Porqué hay fe? ¿Porqué hay Religion? ¿Porqué hay hombres? A esto no tenemos mas que una palabra que responder: Preguntádselo al que lo ha hecho.

Léjos pues de que la profecía ó la prediccion de las cosas futuras, que el hombre no ha podido conocer sino por una revelacion divina, sea increíble en sí, es imposible, existiendo el hombre, que no la haya. Y como los motivos por los que Dios se determina á revelar lo futuro, pueden y deben ocultarse muchas veces á nuestro entendimiento, todas las cuestiones que pueden racionalmente formarse sobre las profecías, se reducen á dos de hecho á saber: la realidad ó existencia de la profecía y su cumplimiento; ó en otros términos: ¿Es cierto que se ha hecho tal profecía? ¿Es cierto que se ha cumplido? Dos hechos de los cuales, como de todos los demás hechos, puede el hombre asegurarse por el testimonio.

Esta sencilla observacion basta para dar á conocer el monstruoso absurdo de lo que dice Rousseau en el Emilio. « Ninguna profecía podria tener autoridad para mí, » porque para tenerla serian necesarias tres cosas, cuyo » concurso ó union es imposible, á saber: que yo hu- » biese sido testigo de la profecía, que lo fuese del su- » ceso, y que me fuese demostrado que esté suceso, no » habia podido concurrir fortuitamente con la profecía; » porque sino, aun cuando ella fuese mas precisa, mas » clara, mas luminosa que un axioma de Geometría, pues » que la claridad de una prediccion hecha casualmente,

» no hace el cumplimiento imposible; este cumplimiento  
 » cuando se verifica, en rigor nada prueba en favor del  
 » que lo predijo (*Emile, lib. 4, t. 3.*) »

Volvamos á las cuestiones arriba indicadas. ¿Es cierto que tal profecía ha sido hecha? ¿Es cierto que se ha cumplido? Para estar cierto de ello seria necesario responde Rousseau, que yo hubiese sido testigo de la profecía, y que lo fuese del cumplimiento. ¿Luego, segun él, no se puede estar cierto de que una cosa se haya dicho si él mismo no la ha oido; ni que un suceso haya acontecido si no lo ha visto por sus propios ojos? ¿Luego concede mas confianza al testimonio único de sus sentidos, que al testimonio uniforme de los sentidos de muchos hombres, y aun de todos los hombres? porque nada hay que modifique su proposicion. Niega pues la posibilidad de asegurarse de ningun hecho por el testimonio; y especialmente niega que pueda uno estar cierto de la autenticidad de un libro cualquiera, pues que la naturaleza de las cosas que contiene, es indiferente para el caso propuesto. En efecto, si es permitido dudar del testimonio general de los hombres, cuando afirman que otro hombre ha dicho ó escrito que el Sol cesaria de salir el año siguiente, lo es tambien el dudar de su testimonio, cuando afirman que un hombre ha dicho ó escrito que el Sol salió el año pasado. Si suponeis que los sentidos de un gran número de personas han podido engañarlos en esta circunstancia, que es posible hayan creído ver ú oir lo que ni vieron ni oyeron; ¿sobre qué fundamento pretendéis que vos mismo no habeis podido ser engañado por vuestros sentidos; que su relacion os es siempre fiel, y que unico entre los mortales, veis siempre realmente lo que creis ver, ois lo que creis oir, y que la certeza negada al resto del género humano es un privilegio personal que exclusivamente os pertenece?

Ni es esto todo: hay una muchedumbre de hechos de los que, siguiendo las máximas de Rousseau, ningun hombre podria jamás asegurarse, y son precisamente aquellos que, en sentir de todos los hombres, son los menos susceptibles de duda, los que interesan á un país,

á un pueblo entero; que se manifiestan á un tiempo en muchos lugares, y muchas veces no se cumplen sino en un tiempo bastante largo; por ejemplo: una vasta inundacion, una peste universal, un levantamiento general, una conquista, la caída de un imperio. Rousseau pues para adquirir el derecho de dudar de las profecías, entre las cuales hay algunas que anuncian acontecimientos semejantes, trastorna la base de todas las historias; igualmente que de todas las ciencias, que se componen casi enteramente de hechos generales, conocidos únicamente por el testimonio de observaciones y cálculos tan numerosos, que un hombre no podria sin locura emprender el verificarlos. Trastorna la sociedad misma, destruye el fundamento de todas las relaciones que ella establece entre los hombres; pues que no es posible á ninguno de ellos asegurarse por sus propios sentidos, de la existencia de todas las leyes, de todas las instituciones, de todas las costumbres y de todos los tratados; en una palabra, de hechos innumerables sobre los cuales reposa el orden público y el comercio del género humano.

Además de la condicion de ser testigo de la profecía y del suceso que anuncia Rousseau quiere tambien que le sea demostrado que este suceso no ha podido concurrir fortuitamente con la profecía, porque, áce él, la claridad de una profecía hecha á la ventura, no hace imposible su cumplimiento. De donde, segun Rousseau, se sigue que no se puede estar cierto de que una prediccion es realmente profética, sino cuando su cumplimiento es imposible. De este modo, por una parte si hay profecía, es imposible que se cumpla; es decir que no hay profecía: y por otra si se cumple, no es una profecía, porque el suceso prueba que su cumplimiento era posible. ¿No admiráis esta victoriosa lógica?

Si Rousseau pretende únicamente (aunque sus palabras casi no admiten esta explicacion) que se debe estar cierto de que el cumplimiento de la profecía no es un simple efecto de la casualidad, nada dice que todos los hombres no confiesen sin dificultad; y todos tambien le dirán con el Orador romano, « que la casualidad no imita jamás » perfectamente á la verdad, ni se le parece jamás en

» todo<sup>1</sup>; » que el sentido comun distingue fácilmente lo que puede ser en efecto casual ó fortuito, de lo que se debe atribuir á una causa cierta, sin la cual, no pudiendo aun imaginar la existencia del orden, no tendríamos ninguna idea de él.

« Convengo que no debe sorprenderme que una cosa » suceda cuando es posible, y la dificultad del suceso » está compensada con la cantidad de las combinaciones. Sin embargo, si se me viniere á decir que en una » imprenta una porcion de letras tiradas á la ventura habian dado formada toda la Eneida, no me dignaria dar » un paso siquiera para ir á verificar la mentira. Os » olvidais, se me dirá tal vez, del número de las letras y » combinaciones; pero bien: ¿cuántas combinaciones de » estas se necesitan que yo suponga para hacer la combinación verosímil? Yo que no veo mas que una sola, » apostaré mil contra uno, que su producto no es efecto » de la casualidad<sup>2</sup>. »

Sofista, reconoced vuestras palabras y no digais ya que *no haciendo la claridad de una profecía imposible su cumplimiento, este cumplimiento, cuando se verifique, en rigor nada prueba en favor del que lo ha predicho*, porque la posibilidad de que este cumplimiento sea efecto de la casualidad puede ser, por confesión vuestra, tal, que no tenga en su favor sino una suerte contra una infinidad de ellas. Ahora bien cuando se *puede apostar mil contra uno* que un hombre es verdaderamente profeta, hay lugar á pensar que en todo *rigor* esto *prueba* alguna cosa en su favor: y esta prueba es tan fuerte á vuestros mismos ojos, que os valeis de ella para establecer la existencia del Sér Supremo (quiere decir, Dios).

1 Quidquam casu esse factum, quod omnes habet in se numeros veritatis? Quatuor tali jacti casu venerem efficiunt; num etiam centum veneres, si CCCC talos jeceris, casu futuros putas? Adspersa temere pigmenta in tabula, oris lineamenta effingere possunt; num etiam Veneris Coe pulchritudinem effingi posse adspersione fortuita putas? Sus rostro si humi A litteram impresserit, num propterea suspicari poteris Andromacham Ennii ab ea posse describi? Sic enim se profecto res habet, ut nunquam perfectè veritatem casus imitetur. *Cicero, de Divinat. lib. 1, cap. 13, n. 23.*

2 *Emile, lib. 4, t. II, p. 312.*

Aun mas: excluyendo la condicion contradictoria de una imposibilidad *absoluta* en el cumplimiento, todas las condiciones exigidas por Rousseau para que una profecía *tenga autoridad*, condiciones, *cuya concurrencia juzga imposible*, pueden encontrarse, y realmente se han encontrado. Los Apóstoles oyeron ó pudieron oír á Jesucristo predecir su resurreccion. Los Apóstoles vieron o pudieron ver á Jesucristo resucitado. La resurreccion de un muerto es un suceso que la *casualidad* no ha podido obrar. Luego puede haber profecias que, segun el mismo Rousseau, *tengan autoridad*; y los PP. tuvieron razon para decir que la profecía es una señal, un carácter distintivo; y el testimonio auténtico de la Divinidad, que es la única que conoce lo futuro; porque ella sola conoce sus voluntades y las voluntades libres de las criaturas<sup>1</sup>.

Considerando la naturaleza del hombre y las leyes que de ella se derivan, hemos reconocido que la profecía es una consecuencia necesaria de estas leyes, y que todo el orden de nuestros deberes descansa ó se apoya sobre la revelacion de lo porvenir. Pero aun cuando fuésemos incapaces de concebir la necesidad, ó sea la utilidad de la profecía; aun cuando nuestra razon no llegase á percibir sus relaciones con el orden general, su existencia testificada por todos los pueblos en todos los siglos, seria aun un hecho indudable, un hecho tan cierto como la existencia del hombre mismo.

Esta conformidad universal, que, segun Aristóteles, forma la *prueba mas eficaz y poderosa*<sup>2</sup>, habia llamado ya la atencion de Ciceron. « Es, dice, una opinion muy

1 « La profecía es el carácter distintivo de la Divinidad: el conocimiento de las cosas futuras es superior al entendimiento humano. Luego el cumplimiento de la profecía es una prueba incontestable de que Dios es su autor. » *Origen contr. Cels. lib. 6, n. 10.* — *Idoneum, opinor, testimonium Divinitatis veritas divinationis. Tertul. Apol. c. 20.* — *S. Iren. lib. 1, cap. 13, n. 2.* — *Auth. quest. et respons. ad orthod. resp. ad qu. 146.* — *Minut. Felix in Octavio.* — *S. Hilar. lib. 9 de Trinit.* — *S. Aug. de Divinat. demon. cap. 5.*

2 *Potentissima probatio est, si in id quod dicitur omnes consentiant. Arist.*

» antigua, que viene desde los tiempos heróicos hasta  
 » nosotros, afirmada por el consentimiento del pueblo  
 » romano y de todas las naciones, á saber; que hay en-  
 » tre los hombres una cierta divinacion á que los Grie-  
 » gos dan un nombre que significa *presentimiento* y cien-  
 » cia de las *cosas futuras*. Cosa magnífica en verdad y  
 » saludable, si alguna lo es; y que mas que ninguna otra  
 » apróxima nuestra naturaleza á la naturaleza divina...  
 » A la verdad, no veo nacion alguna, sea culta é ilustra-  
 » da, sea bárbara ó salvaje, que no crea que lo futuro es  
 » anunciado, y que algunos lo conocen y pueden prede-  
 » cirlo<sup>1</sup>.

Esta creencia estaba fundada, en primer lugar, en la tradicion primitiva. Desde el principio hubo Profetas<sup>2</sup>. El primer hombre supo de Dios que de la mujer saldría una *semilla de bendicion*, un hijo bendito que quebrantaria la cabeza de la serpiente<sup>3</sup>. Henoch, según San Judas y Filon<sup>4</sup>, Noé<sup>5</sup>, Abraham<sup>6</sup>, Isaac<sup>7</sup>, Jacob<sup>8</sup>, Joseph<sup>9</sup> recibieron de Dios el espíritu profético; y se ha visto que todo el género humano habia conservado la memoria de los antiguos oráculos que anunciaban al mundo un Libertador<sup>10</sup>.

En segundo lugar, aun despues de la Ley escrita, Dios no cesó de suscitar entre los gentiles verdaderos

1 Vetus opinio est, jam usque ab heroicis ducta temporibus, eaque et populi romani, et omnium gentium firmata consensu, versari quamdam inter homines divinationem, quam Græci *μυστεριον* appellant, id est, præsentionem et scientiam rerum futurarum. Magnifica quidem res et salutaris, si modo est ulla; quaque proximè ad deorum vim natura mortalis possit accedere. Gentem quidem nullam video, neque tam humanam atque doctam, neque tam immanem atque barbaram, quæ non significari futura, et à quibusdam intelligi, prædicique posse censeat. Cicero, de Divinat. lib. 1. cap. 1. n. 1 y 2. — Vid. et Origen. *contr. Cels.* l. 1, n. 36. — Machiavel. *Disc. sur Tite-Live*, l. 56. — Maistre, *Soirées de St. Petersburg*, 11 *entret. not. tom II*, p. 348 y sig.

2 S. Epiphan, *adv. hæres.* p. 6. — 3 *Gen.* iii, 15.

4 S. Jud. *Epist.* 14. — Phil. lib. *Quis rerum divin. hæres.* p. 517.

5 *Gen.* 6. — 6 *Ibid.* xx, 7. — 7 *Ibid.* — 8 *Ibid.* 49.

9 *Ibid.* 37. — 10 Véase el cap. 5 de este 2º tomo.

Profetas<sup>1</sup> para procurar á todos los hombres el medio de conseguir la salvacion, y asegurar particularmente la de los escogidos. Balaam es un ejemplo de ellos. « En todos tiempos, dice Origenes, la Sabiduria divina descendiendo á las almas de los justos, hizo de ellos Profetas y amigos de Dios<sup>2</sup>. »

San Agustin se explica en términos no menos expresos sobre el particular. « Si ha habido Profetas, dice, en el pueblo Judío, los ha habido tambien en los otros pueblos, y ellos han predicho cosas que dicen órden á Jesucristo<sup>3</sup>. » Y en otra parte: « Se cree con razon que ha habido en las otras naciones hombres á quiénes fué revelado el misterio de Jesucristo, y que fueron movidos á predecirlo<sup>4</sup>. »

Clemente de Alejandria no dudaba de ello, y sus palabras manifiestan que miraba este sentir como una tradi-

1 En las páginas siguientes se verá á los Santos Padres decir lo mismo. En el interin oigamos cómo se explica sobre el particular el V. P. Fr. Luis de Granada. « No contento el Señor, dice en el Simbolo de la Fe, con el testimonio de los Profetas, quiso que contes- tase con ellos el de las Sibilas; que testifican lo mismo, para que, pues el *Criador de todos venia para comun salud y remedio de Judíos y Gentiles, en ambas gentes hubiese Profetas*, que profetizasen sus obras y maravillas (*Part. 4, trat. 1, cap. 4, § 1.*) » Lo mismo repite en el cap. 21, y aun hácia el fin añade una cosa particular, que con su lenguaje magestuoso la llama: *cierta cosa de admiracion*; y es « que segun Marco Tulio se notaba que juntando las primeras letras de los versos sibilinos, unas en pos de otras, significan algo; y si se hiciera esta diligencia en los versos griegos de la Sibila, Erithrea, contienen estas palabras: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.* » Lo que hemos querido añadir por si á alguno le pareciese extraña la expresion de La Mennais; pues no creemos haya un Católico que no respete la piedad y saber del V. Granada. ®

2 Origen. *contr. Cels.* lib. 4, n. 7, traduc. de Gourcy.

3 Si quidem de populo Judæorum fuerunt Prophætæ, per quos Evangelium, cujus fide credentes justificantur, ante prõmissum esse testatur....; fuerunt enim et Prophætæ non ipsius, in quibus etiam aliqua inveniuntur, quæ de Christo audita cõcinerunt. S. Aug. *Epist. ad Rom. inchoat. Exposit.* cap. 3, part. 2, t. III, col. 926.

4 Non incongruè creditur fuisse et in aliis gentibus homines, quibus hoc mysterium revelatum est, et qui hoc etiam prædicere impulsu sunt. *De Civit. Dei.* l. 18, cap. 47, t. VII, col. 530.

cion apostólica<sup>1</sup>. No nos debemos admirar de oírle nombrar á las Sibylas. Casi todos los antiguos PP.<sup>2</sup> y el mismo San Agustín<sup>3</sup> las creyeron verdaderamente inspiradas. Todo inclina á creer que bajo de este nombre, que no designa persona alguna ciertamente conocida, habian corrido verdaderas profecías entre los Griegos y Romanos. Aunque se ignorasen los autores, ellas no dejaban de producir su efecto, dirigiendo la fe y la esperanza de los justos hácia el Salvador esperado, y preparando los pueblos á reconocerle. Es muy posible que se hayan atribuido falsamente muchas profecías á las Sybilas; sin embargo Lactancio, despues de haber citado las más claras, asegura que, quien hubiese leído á Ciceron, á Varron y otros escritores que vivian antes de Jesucristo, no las tendria por supuestas<sup>4</sup>.

1 Quod enim quemadmodum Judæos Deus salvos esse voluit, dans eis prophetas, illa etiam Græcorum spectatissimos *proprie sue lingue prophetas excitatos*, prout capere poterant Dei beneficentiam, à vulgo secrevit, præter Petri prædicationem, declaravit, Paulus Apostolus dicens: Libros quoque sumite, agnoscite Sibyllam quemodo unum Deum significat, et ea quæ sunt futura: et Hidaspem sumite, et legite, et invenietis Dei filium multo clarius et apertius esse scriptum, et quemadmodum adversus Christum multi reges instruent aciem, qui eum habent odio, et eos qui nomen ejus gestant, et ejus fideles, et ejus tolerantiam et adventum. *Clemens Alex. Strom. lib. 6, p. 636.*

2 S. Justin. *Cohort. ad Græcos*, p. 34, 36. — Lact. *Divin. Inst.* l. 4, c. 13.

3 Omnino non est cui alteri præter Dominum Christum, dicat genus humanum:

Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,  
Irrita perpetua solvent formidine terras.

Quod ex Camæo, id est ex Sibyllino carmine se fassus est transtulisse Virgilius; quouiam fortassis illa vates aliquid de unico Salvatore in spiritu audierat, quod necesse habuit confiteri. *S. Aug. Epist. 258. ad Martian.* n. 5, t. II, col. 884.

4 His testimoniis quidam revicti solent eò confugere, ut ajant, non esse illa carmina Sibyllina, sed à nostris conficta, atque composita, quod profectò non putabit, qui Ciceronem, Varronemque legerit, aliosque veteres, qui Erythræam Sibyllam, cæterasque commemorant, quarum ex libris ista exempla proferimus; qui autores ante obierunt, quam Christus secundum carnem nasceretur. *Lactant. Divin. Inst.* l. 4, cap. 15.

Por lo demás, nosotros no nos autorizamos con ninguna de estas inciertas predicciones. Si hablamos de ellas, es únicamente para mostrar que los Padres han creído que el espíritu profético estaba extendido en todos los pueblos<sup>1</sup>, aunque mucho menos sin duda que en el pueblo escogido de Dios para depositario de las promesas.

Habia además una diferencia notable entre los Judíos y las otras naciones. Estas no tenían Escritura sagrada, porque no habia entre ellas un tribunal supremo establecido para ser su intérprete infalible. El conocimiento de los dogmas, de los deberes y obligaciones, se conservaba como las profecías, por la tradicion. Los Judíos solos

1 Santo Tomás lo dice expresamente: *Dicendum, quod multis gentilium facta fuit revelatio de Christo, ut patet per ea quæ prædixerunt.* 2. 2. quæst. 2, art. 7. — De este mismo modo de pensaron Sixto Senense y el sabio Obispo de Avranches, de los cuales el primero se expresa así: *Gentilibus verò, si qui absque Mediatoris notitia* (explicita se entiende: v. la pág. 156.) salutem sunt assecuti, sat fuit habere fidem in unica Dei credulitate inclusam; hoc est, ut Deum esse crederent humani generis servatorem, juxta ordinem in sua admirabili Providentiâ occultum, et aliquibus ipsorum vatibus, ac sibyllis peculiari privilegio revelatum. *Sext. Senens. Bibl. Sancta*, l. 6. *annot.* 51, p. 490. Hé aquí las palabras de Huet, que atribuyé verdadera inspiracion á Confucio: Quodque multò magis misere, scriptum reliquit in libris suis magnus ille Sinicae doctrinæ antistes Confucius, Verbum aliquando carnem futurum; annunquæ quod id facturum esset, eum nempe ipsum quò Christus Dominus natus est, animo prævidit: *Alnetan. Quæst. lib. 2, cap. 13, p. 235.* — Los musulmanes creen que Dios ha enviado sucesivamente al mundo un gran número de Profetas, y Sale presume que tienen esta tradicion de los Cristianos y de los Judíos. *Prelim. Discourse on the Koran*, sect. 4, vol. 1, p. 90. Por estos últimos se pudo en la China tener conocimiento de ello: dispersos despues de la cautividad, llevarian noticia allá de la profecia de las setenta semanas de Daniel. De cualquiera manera que sea, como el espíritu de profecia es una gracia *gratis data*, no lleva consigo la santificacion y salvacion. Balaam profetizó, y Caifás. Téngase presente para quando el autor dice en el tomo anterior, que entre los gentiles se tuvo conocimiento de las verdades primordiales; pues además de la gracia del entendimiento, se necesita tambien la de la voluntad, y el vivir conforme á lo que se cree, lo que faltó á los gentiles.

poseian la palabra de Dios consignada en monumentos auténticos; de suerte que la doctrina del género humano, antes de la venida del Mesías, debe buscarse y no puede hallarse sino en la tradición universal, y esta tradición atestigua la existencia del don de profecía en el mundo entero. Sin esto ni aun se podría concebir la Religión, pues que ella está enteramente fundada sobre un Redentor esperado, y por consiguiente predicho.

Las numerosas profecías que comprende la Escritura, pueden dividirse en tres clases. — 1º Las que tuvieron su cumplimiento antes de Jesucristo. — 2º Las que se cumplieron y cumplió el mismo Jesucristo. — 3º Las profecías de Jesucristo y de los Apóstoles; entre las cuales hay muchas que han tenido ya su cumplimiento, y otras que no le tendrán hasta el fin de los siglos.

Las primeras servían para confirmar la fe de las naciones, y eran como una prenda de su futuro cumplimiento para los que no habían de ser testigos de él. ¿Y quién podrá dudar que se hayan verificado exactamente después del testimonio unánime de los que eran sus depositarios, que eran al mismo tiempo su objeto, y por lo mismo pudieron mejor que ninguno otro oírlos y entenderlos, y hacer su aplicación á los sucesos? Negar la existencia de estas profecías sería negar la existencia de la Escritura: negar su cumplimiento, sería negar la historia de los Judíos.

Aun más: sería negar también la historia de las naciones vecinas, y aun la de las grandes monarquías del Oriente, que Dios hacía servir á la ejecución de sus designios sobre su pueblo, y cuyos destinos, por esta razón, fueron muchas veces predichos. Así la toma de Babilonia por Ciro, con sus mas pequeñas circunstancias, está anunciada en Isaías y Jeremías <sup>1</sup>. El Profeta lo había visto todo, hasta el medio que emplearía el vencedor para apoderarse de esta ciudad soberbia <sup>2</sup>. El mismo Ciro, á quien Isaías cita con su propio nombre doscientos años antes que hubiese nacido <sup>3</sup>, reconoció el manifiesto

<sup>1</sup> V. Bossuet, *Discurso sobre la Historia Universal*, p. 2, c. 6.

<sup>2</sup> *Jerem.* l. 38. — l. 36.

<sup>3</sup> Qui dico Ciro: Pastor meus es, et omnem voluntatem meam

cumplimiento de la palabra divina; y « admirado, y » como asombrado de los oráculos que habían predicho » sus victorias, confiesa que debe su imperio *al Dios del Cielo* <sup>1</sup>, que adoraban los Judíos <sup>2</sup>. »

Si algunas de las profecías que les tocan particularmente nos parecen oscuras hoy, no nos debemos admirar; pues no se hicieron para nosotros. « Los Profetas, » según la observación de Orígenes, no anunciaban únicamente grandes acontecimientos que interesasen á » todas las naciones de la tierra, ó á todo el cuerpo de » los Judíos, como, por ejemplo, lo que dice relación al » Mesías, los Imperios, conversión de los Gentiles, sino » también hechos particulares; de lo cual tenemos muchos ejemplos en los libros de los Judíos <sup>3</sup>. »

Aun cuando este pueblo no testificase que las profecías de este género se han cumplido, ó aun cuando se rehusase creer su testimonio, si es cierto por otra parte que los que las han hecho han sido verdaderos Profetas, basta para estar seguro de que todo lo que han predicho se ha verificado. El cumplimiento incontestable de una sola profecía cierta y confesada, prueba la inspiración de su autor; y la Escritura ofrece un sinnúmero de profecías semejantes, sin comprender en ellas las que tienen por objeto al Mesías, de las que hablaremos inmediatamente. En la Escritura santa es donde los dos mas violentos enemigos de Jesucristo, Porfirio y Juliano, van á buscar ejemplos de profecías verdaderas <sup>4</sup>. Porfirio estaba tan sorprendido de las de Daniel, que trató de sacar de su misma claridad argumento contra ellas, pretendiendo que no podían haberse escrito sino después de los sucesos que predicen, porque el Profeta más bien parece

complebis. *Isai.* XLIV, 28. — Hæc dicit Dominus Christo meo Ciro, cujus apprehendi dexteram, ut subjiciam ante faciem ejus gentes, et dorsa regum vertam, et aperiam coram eo januas, et porta non claudentur. Ego ante te ibo..... et vocavi te nomine tuo. *Ib.* 45, 1 et seqq.

<sup>1</sup> *II Paralipom.* xxxvi, 23. — *I Esdr.* 1, 2.

<sup>2</sup> Bossuet, *loco citato*.

<sup>3</sup> Origen. *contr. Celso*, lib. 2, n. 37. *Traduct. de Gourcy*.

<sup>4</sup> Porphyr. *de Abstin.* lib. 4, cap. 13. — *Id.* Porph. et Julian. *ap Cyrill.* lib. 5 et 6, *in Julian*.

referir cosas pasadas, que anunciar las que estaban por suceder<sup>1</sup>. Al presente no hay un solo incrédulo que niegue la autenticidad de las profecías de Daniel; y sin embargo, hé aquí á los incrédulos de los primeros siglos que aterrados por la evidencia de su cumplimiento, dicen que no son predicciones sino una historia. No sé qué se puede pedir ni desear ya despues de esta doble confesion.

Pero siendo constantemente, como hemos observado, el último objeto de las profecías el Mesías que debía venir, las que se han cumplido antes de su venida se ordenaban todas al mismo fin, que era afirmar la fe en las que debía cumplir él mismo; y ciertamente nadie dudará que no hayan producido su efecto, pues que en el momento mismo en que Jesucristo apareció sobre la tierra, era esperado no solamente de los Judíos, sino por todo el género humano. Escuchemos á Pascal.

« Las profecías son la prueba mas grande de la divinidad de Jesucristo; y por lo mismo como que Dios parece ha velado con mas particularidad sobre ellas, porque el suceso que las ha cumplido es un milagro subsistente desde el principio de la Iglesia hasta su fin. Así es que durante mil y seiscientos años Dios suscitó Profetas; y despues, en el espacio de otros cuatrocientos ha esparcido todas estas profecías con todos los Judíos que las llevaban, en todos los lugares de la tierra. Hé ahí la preparacion al nacimiento de Jesucristo, cuyo Evangelio, debiendo ser creído por todo el mundo, era necesario; no solo que hubiese profecías para hacerlo creer, sino tambien que estas profecías se extendiesen en todo el mundo, para que todo el mundo le abrazase.

» Si un solo hombre hubiese hecho un libro de predicciones de Jesucristo, sobre el tiempo y el modo de su venida, y Jesucristo hubiera venido conforme á

1 Contra prophetam Daniele m duodecimum librum scripsit Porphyrius, nolens cum ab ipso, cujus est inscriptus nomine, esse compositum: sed á quodam qui temporibus Antiochi, qui appellatus est Epiphanes, fuerit in Judæa; et non tam Daniele ventura dixisse, quam illum narrasse præterita. S. Hieron. lib. 14. in Daniel, præfat. Oper. tom. III, col. 1071, 1072.

» estas profecías esto seria de un peso, de una fuerza infinita. Pero aquí hay mucho mas. Es una serie sucesiva de hombres durante cuatro mil años, los cuales constantemente y sin variacion vienen uno despues de otro á predecir este mismo acontecimiento. Es un pueblo, una nacion toda entera que le anuncia, y que subsiste por el espacio de cuatro mil años para dar tambien testimonio de las seguridades que tiene de ello, y de las cuales no puede ser desquiciada por mas amenazas que se le hagan, y persecuciones que se le sigan; lo que merece otra consideracion<sup>1</sup>. »

Obsérvese con que claridad, con que precision, con que exactitud de circunstancias estaba anunciado Jesucristo; y véase despues, si es posible á un espíritu justo y sincero desconocerlo en cuanto los Profetas han dicho de él: véase si la razon puede explicar por la casualidad esa larga serie de predicciones tan asombrosas, que parecen frecuentemente no ser mas que una simple narracion, ó trasunto del Evangelio; véase en fin si la prevision que hace presente á los Profetas lo porvenir mas remoto y mas maravilloso, no sale del órden de la prevision humana, sino que es manifiestamente una inspiracion de aquel que mira, y contempla en sí mismo sin sucesion alguna de tiempos, todo lo que fué, lo que es, y lo que debe ser.

En el momento mismo de la caida de nuestros primeros Padres. Dios les promete un Redentor, que *quebrantará la cabeza de la serpiente*<sup>2</sup>. Los hombres viven con esta esperanza, ignorando sin embargo de quien naceria este *fruto bendito* de la mujer<sup>3</sup>. Antes de estar instruidos

1 *Pensées de Pascal*, part. 2, art. 11, § 2.

2 Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius. Ipsa, conteret caput tuum. *Genes.* m, 15. El pronombre *Ipsa*, segun el hebreo y las mas antiguas versiones, se refiere no á la mujer, sino al hijo que nacerá de ella. \* Pero aun refiriéndolo á la madre, como la Vulgata, que es la auténtica, hace lo mismo, porque la madre lo haria en virtud del hijo que habia de tener.

3 Las paladras que Eva pronunció despues de haber dado á luz su primer hijo, muestran que ella esperaba que la promesa de un libertador se cumpliria en él, y que sabia que este libertador seria Dios y hombre juntamente. *Acquisivi hominem, ipsum Jehovah*

de ello, era necesario que la familia á quien debia pertenecer esta ilustre prerogativa, estuviese formada. Dios anuncia á Abraham, *Padre de los creyentes, que en él serian benditas todas las naciones de la tierra*<sup>1</sup>. La misma promesa se hace á Isaac<sup>2</sup>, con exclusion de Ismael; á Jacob<sup>3</sup>, con exclusion de Esaú; á Judá<sup>4</sup>, con exclusion de sus hermanos; y esta profecía era conocida no solamente por los Judíos, pues que un extranjero (Balaam) exclamaba en presencia de los Moabitas: *La Estrella nacerá de Jacob, y el Cetro de Israel*<sup>5</sup>.

Los tiempos se suceden, y poco á poco va Dios derramando nuevas luces sobre la descendencia del Mesías. *Una vara saldrá de Jesse, y una flor de su raíz. Y el espíritu del Señor reposará sobre él, el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad*<sup>6</sup>. *Esta raíz de Jesse será una señal en medio de los pueblos, y las naciones le suplicarán*<sup>7</sup>. Otro Profeta le llama el *gérmen de David*<sup>8</sup>; y constantemente fué creencia perpetua de los Judíos, que el Salvador que esperaban seria de la extirpe de este santo Rey.

¿Pero cuándo parecerá? ¿cuándo se levantará la Estrella de Jacob para alumbrar á los pueblos sentados en la

(Gen. iv, 1). Y segun la antigua paráfrasis: *Yo he obtenido el hombre, el ángel de Jehovah*. Asi es como Heydeck (*Defensa de la Relig. crist.*) y Faber (*Horæ mosaicæ*, vol. II, p. 56) entienden este pasaje notable, conforme al texto hebreo. \* Y lo mismo M. Drack, célebre rabino, nuevamente convertido. *Lettre II*.

1 In te benedicunt universæ cognationes terræ. *Genes.* XII, 3. *Ibid.* XVIII, 18; XXII, 18.

2 *Genes.* XXVI, 4. — 3 *Ibid.* XXVIII, 14. — 4 *Ibid.* XLIX, 8, 10.

5 Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israel. *Numer.* XXIV, 17.

6 Et egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet. Et requiescet super eum spiritus Domini, spiritus sapientiæ et intellectus, spiritus consilii et fortitudinis, spiritus scientiæ et pietatis. *Isai.* XI, 1 et 2.

7 In illa die, radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur. *Ibid.* x.

8 Ecce dies veniunt, dicit Dominus, et suscitabo David germen suum. *Jerem.* XXVIII, 5; XXX, 9. *Ezech.* XXXIV, 23; XXXVIII, 24. *Osee*, III, 5.

*sombra de la muerte*<sup>1</sup>? El mismo Jacob nos lo dice: Cuando el soberano poder sea quitado á Judá, *entonces vendrá el que debe venir, que será la esperanza de las naciones*<sup>2</sup>.

Recordad aquella palabra de los Judíos al Gobernador romano: *A nosotros no nos es permitido condenar á muerte á persona alguna*<sup>3</sup>; y decid si los tiempos estaban ó no cumplidos<sup>4</sup>.

Pero era necesario que estuviesen designados de una manera aun mas precisa; y esto es lo que Dios hizo cinco siglos antes de la venida del Mesías por boca del Profeta Daniel: « Este ve setenta semanas principiadas desde el » decreto para reedificar la ciudad de Jerusalem dado » por Artajerjes Longimano el año veinte de su rei- » nado. Allí hácia el fin de esta semana está denotada » en términos precisos *la remision de los pecados, el » reino eterno de la justicia, el entero cumplimiento de las » profecias, y la uncion del Santo de los Santos. El » Cristo debe llenar su destino, y aparecer como guia » y conductor del pueblo despues de sesenta y nueve sema- » nas. Despues de sesenta y nueve semanas* (porque el » Profeta lo repite otra vez), *el Cristo debe ser muerto; » y debe morir de muerte violenta; es necesario que él » sea sacrificado para cumplir los misterios. Una semana » está distinguida entre las otras, que es la última ó septuagésima: en esta es en la que será inmolado el Cristo, » y será confirmada la alianza, y en la mitad de ella la » hostia y los sacrificios serán abolidos sin duda por la*

1 Visitavit nos Oriens ex alto: illuminare his qui in tenebris, et in umbra mortis sedent. *Luc.* I, 78, 79.

2 Non auferetur sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium. *Genes.* XLIX, 10.

3 Dixit ergo eis Pilatus: Accipite eum vos, et secundum legem vestram judicate eum. Dixerunt ergo ei Judæi: Nobis non licet interficere quemquam. *Joan.* XVIII, 31.

4 Los rabinos David Kimchi y Manassé confiesan que los Judíos *al presente están en un estado de destierro, sin principes de su linaje sujetos al poder de las naciones, sufriendo el castigo de sus crímenes por su dispersion, sin tener ya ni estado ni imperio.* ¡Ciegos! que nos digan porqué crimen son esos castigos.



» muerte del Cristo, porque en seguida de su muerte se  
 » nota esta mutacion. *Despues de esta muerte del Cristo y*  
 » *de la abolicion de los sacrificios*, ya no se ve mas que  
 » horror y confusion; vése *la ruina de la Ciudad santa y*  
 » *del Santuario; un pueblo y un Capitan que viene para*  
 » *destruirlo todo; la abominacion en el templo, la última*  
 » *é irremediable desolacion* del pueblo ingrato para con su  
 » Salvador<sup>1</sup>.

» Hemos visto que estas semanas reducidas, segun el  
 » uso de la Escritura, á semanas de años, hacen cuatro-  
 » cientos noventa años, y terminan precisamente, con-  
 » tando desde el año veinte de Artajerjes, en la última  
 » semana; semana llena de misterios, en la que Jesu-  
 » cristo sacrificado pone fin por su muerte á los sacrifi-  
 » cios de la ley, y cumple sus figuras. Los sabios hacen  
 » varias suputaciones para concordar el tiempo exacta-  
 » mente. La que propongo es acomodadísima. Léjos de  
 » oscurecer la sucesion de los Reyes de Persia, la da cla-  
 » ridad; aunque no tendria nada de extraño ni deberia  
 » admirarnos que se hallase alguna incertidumbre en  
 » las datas de estos príncipes<sup>2</sup>; y los pocos años de que  
 » se podria disputar en un computo de cuatrocientos y  
 » noventa años, no formarán nunca una cuestion de im-

1 Septuaginta hebdomades abbreviatæ sunt super populum tuum, et super urbem sanctam tuam, ut consummetur prævaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et addueatur justitia sempiterna, et impleatur visio, et prophetia, et ungatur Sanctus sanctorum. Scito ergo, et animadvertè: Ab exitu sermonis, ut iterum ædificetur Jerusalem, usque ad Christum ducem, hebdomades septem, et hebdomades sexaginta duæ erunt, et rursus ædificabitur platea, et muri in angustia temporum. Et post hebdomades sexaginta duas occidetur Christus; et non erit ejus populus, qui eum negaturus est. Et civitatem et sanctuarium dissipabit populus, cum ducè venturo: et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio. Confirmabit autem pactum multis hebdomada una: et in dimidio hebdomadis deficiet hostia et sacrificium: et erit in templo abominatio desolationis; et usque ad consummationem et finem perseverabit desolatio. *Daniel*, ix, 24 et seqq.

2 Esta incertidumbre viene de la oscuridad de la cronologia oriental: las historias antiguas no señalan las datas, lo que hace muy difícil de fijar los años de los reinados de los príncipes. *V. la Hist. de Perse, par sir John Malcolm*, t. I, c. 7.

» portancia. ¿Pero á qué fin discurrir mas? Dios ha terminado la dificultad, si la habia, por una decision que no tiene réplica. Un suceso manifiesto nos sobrepone á todas las sutilezas de los Cronólogos; y la ruina total de los Judios, que siguió tan de cerca á la muerte de nuestro Señor, hace entender á los mas sencillos el cumplimiento<sup>1</sup> de la profecia<sup>2</sup>. »

Así se sabia que el Mesías naceria de la familia de David, y el tiempo de su nacimiento esta predicho con una precision rigurosa. *El Deseado de todas las naciones debe venir durante el segundo templo, y llenarlo de su gloria*<sup>3</sup>. El último de los Profetas, Malaquias, anunciaba que iba ya á dejarse ver. *El Dominador que buscais y el Angel de la alianza que deseais, vendrá á su templo. Héle aquí que viene, dice el Señor de los ejercitos*<sup>4</sup>.

Ni es esto solo: se sabia tambien que naceria milagrosamente. « ¡Cielos, enviad vuestro rocío, y las nubes lluevan al justo! ¡Abrase la tierra y brote al Salvador! Yo el Señor, Jehovah, el que le formé<sup>5</sup>. El Señor mismo os dará una señal: Hé aquí que la Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y será nombrado Emmanuel<sup>6</sup>: »

1 Los Judios, confundidos por la evidencia de este cumplimiento, no hacen mas que vomitar horribles imprecaciones contra los que en adelante suputasen los años de la venida del Mesías. *Instata erumpantur ossa eorum, qui periodos temporum curant*. Talm. Cod. *Sanhedrin*, cap. 11. — Y nótese que el mismo libro dice, que la tradicion de los Judios, conforme á la profecia de Daniel, anunciaba la venida del Mesías, al tiempo en que Jesucristo pareció: *Traditio domus Eliæ: sex mille annis durat mundus! bis mille annis inanis (sine lege): bis item mille annis lex: denique, bis mille annis dies Christi*. Talm. tom. *Sanhedr.* p. 97.

2 Bossuet, *Disc. sobre la Hist. Univ.* part. 2, cap. 9.

3 Et movebo omnes gentes, et veniet Desideratus cunctis gentibus: et implebo domum istam gloria, dicit Dominus exercituum. *Agg.* ii, 8.

4 Et statim veniet ad templum suum dominator, quem vos queritis, et angelus testamenti quem vos vultis. Ecce venit, dicit Dominus exercituum. *Malach.* iii, 1.

5 Rorate, cæli, desuper, et nubes pluant justum: aperiatur terra, et germinet Salvatorem; et justitia oriatur simul: ego Dominus feci eum. *Isai.* xlv, 8.

6 Dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce virgo concipiet, et pa-

» Dios con nosotros.» David, su padre, había visto á los Reyes de Tharsis ofrecerle dones, y á los Reyes de Arabia y de Sabá traerle presentes<sup>1</sup>; oro é incienso, dice Isaías<sup>2</sup>; porque esta circunstancia debía tambien ser predicha. Oseas le ve volver de Egipto<sup>3</sup>. Micheas había señalado hasta el lugar donde se cumpliría el misterio de su nacimiento. Y tú, Bethleem, llamada Ephrata, tú eres una de las más pequeñas ciudades entre las de Judá, de tí saldrá el Dominador de Israel, y su generacion es desde principio, desde los dias de la eternidad<sup>4</sup>.

El mismo Profeta que decia de Cristo *hèle aquí que viene*, indica un nuevo signo por el cual se le reconocera: será precedido de un Enviado para prepararle los caminos; é inmediatamente, añade el Profeta, vendrá el Dominador de Israel, el Angel de la Alianza<sup>5</sup>.

¿Y quién es este Angel de la alianza? Es el mismo que es llamado *el Justo*<sup>6</sup>, *el Santo* por excelencia, *el Santo de los Santos*<sup>7</sup>, *el Rey Salvador*<sup>8</sup>, como se explica Zacarias; es el Cristo que, segun Daniel, debe cumplir todas las profecias, abolir la iniquidad muriendo de mu-

riet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. *Isai.* vii, 14. — Creavit Dominus novum super terram: femina circumdabit virum. *Jer.* xxxi, 22.

<sup>1</sup> Reges Tharsis et insulæ munera offerent: Reges Arabum et Saba dona adducent. *Ps.* lxxi, 10.

<sup>2</sup> De Saba venient, aurum et thus deferentes. *Isai.* lx, 6.

<sup>3</sup> Ex Agypto vocavi filium meum. *Osee* xi, 1.

<sup>4</sup> Et tu, Bethlehem Ephrata, parvulus es in millibus Juda: ex te mihi egredietur qui sit Dominator in Israel, et egressus ejus ab initio, à diebus æternitatis. *Mich.* v, 2.

<sup>5</sup> Ecce ego mitto angelum meum, et præparabit viam ante faciem meam. Et statim veniet ad templum suum Dominator, etc. *Malach.* iii, 1.

<sup>6</sup> Rorate, cæli, desuper, et nubes pluant Justum: aperiatur terra, et germinet Salvatorem. *Is.* xlv, 8. — Ecce dies veniunt, et suscitabo David germen justum. Et regnabit rex, et sapiens erit. *Jerem.* xxiii, 5.

<sup>7</sup> Exulta, et lauda, habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel. *Is.* xii, 6. — Et ungetur Sanctus sanctorum. *Dan.* ix, 24.

<sup>8</sup> Exulta satis, filia Sion: jubila, filia Jerusalem. Ecce rex tuus venit tibi justus et Salvator. *Zachar.* ix, 9.

erte violenta, poner fin al pecado, y establecer el reino de la justicia eterna<sup>1</sup>. Es el Redentor de nuestro linaje que esperaba Job<sup>2</sup>. Es el que destruirá el imperio del demonio, que romperá la cabeza de la Serpiente, y levantará la naturaleza humana caída. Será Profeta y Legislador. Moisés lo anuncia así á los Judios ordenándoles obedecerle.

« El Señor vuestro Dios os suscitará un Profeta, como yo, de vuestra Nacion y de entre vuestros hermanos; » le escuchareis.... Y el Señor me ha dicho: Yo les suscitaré de sus hermanos un Profeta semejante á tí. » Pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que le habré mandado. Mas si alguno no quiere escuchar las palabras que les hablará en mi nombre, yo mismo seré su vengador<sup>3</sup>. »

¿Y es esto todo? ¿No sabremos cómo ó en qué este Profeta, cuya mision se anuncia con tanta grandeza, será semejante á Moisés? ¿No nos lo dice la Escritura? Registremosla, examinémosla, no dejemos de recoger todos los rayos de luz esparcidos en los Libros santos.

« Dias vendrán, dice el Señor, y Yo haré una Nueva Alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá: » no una alianza semejante á la que hice con sus Padres » en el dia en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto: ellos la quebrantaron, y yo les hice sentir mi poder, dice el Señor. Mas ved aquí el pacto que haré con la casa de Israel cuando hayan llegado estos dias. Imprimiré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo<sup>4</sup>. »

<sup>1</sup> *Daniel*, ix, 24.

<sup>2</sup> Redemptor consanguineus, segun el hebreo. *Job.* xix, 25.

<sup>3</sup> Prophetam de gente tua et de fratribus tuis sicut me, suscitabit tibi Dominus Deus tuus: ipsum audies.... Et ait Dominus mihi.... Prophetam suscitabo eis de medio fratrum suorum similem tui: et ponam verba mea in ore ejus, loqueturque ad eos omnia quæ præcepero illi. Qui autem verba ejus, quæ loquetur in nomine meo audire noluerit, ego ultor existam. *Deuter.* xviii, 15 et seqq.

<sup>4</sup> Ecce dies venient, dicit Dominus; et feriam domui Israel et domui Juda fœdus novum: non secundum pactum quod pepigi cum patribus eorum, in die quâ apprehendi manum eorum, ut educerem

Isaías<sup>1</sup>, Jeremías<sup>2</sup>, Ezequiel<sup>3</sup>, Daniel<sup>4</sup>, Oseas<sup>5</sup>, nos dicen que esta *Nueva Alianza*, esta Ley que el Profeta distingue claramente de la Ley promulgada por Moisés, debe ser universal y perpetua, que se extenderá á todos los lugares y tiempos. Y hé ahí como al anunciar el *Angel de la Alianza*<sup>6</sup>, Dios mismo declara que este Enviado, este Legislador celestial, es el Salvador prometido desde el principio. « Atiende, pueblo mio, tribu mia, » escuchad : la ley saldrá de mí, y mi juicio descansará » en la luz sobre todos los pueblos. Mi justo está cerca ; » mi Salvador ha salido<sup>7</sup>. » Y á fin de que no se equivocase el sentido de estas palabras, como tambien para confortar el valor de los verdaderos creyentes cuando el Cristo pareciese, Dios insiste aun : « Escuchadme, vosotros que sabeis quien es el Justo, pueblo mio, que tenéis mi ley en vuestro corazón, no temais el oprobio » de los hombres ni sus blasfemias : como la polilla roe » sus vestidos, así serán ellos devorados. Pero mi salud » será eterna, y mi justicia subsistirá en generaciones de » generaciones<sup>8</sup>. »

*Las islas esperarán la ley<sup>9</sup> del Salvador. Todos los pueblos vendrán diciendo : Vamos á la montaña del Señor, á la casa del Dios de Jacob, porque la ley saldrá de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalem<sup>10</sup>.*

eos de terra Ægypti, pactum, quod irritum fecerunt, et ego dominatus sum eorum, dicit Dominus. Sed hoc erit pactum, quod feriam cum domo Israel post dies illos, dicit Dominus : Dabo legem meam in visceribus eorum, et in corde eorum scribam eam : et ero eis in Deum, et ipsi erunt mihi in populum. *Jerem. xxxi, 32, 33.*

1 *Isai XLII, 6 y 7 ; XLIX, 8 y 9 ; LI, 6 y 7 ; LV, 3 y 4 ; LXI, 8 y 9. — 2 Jerem. xxxii, 40 ; I, 5. — 3 Ezech. xvi, 60, 61, 62. — 4 Daniel. ii, 44. — 5 Osee xi, 8 y 9. — 6 Malach. iii, 1. — Zachar. ix, 11.*

7 Attendite ad me, popule meus, et tribus mea, me audite ; quia lex à me exiit, et iudicium meum in lucem populorum requiescet. Propè est Justus meus, egressus est Salvator meus. *Isai. LI, 4, 5.*

8 Audite me, qui scitis Justum, populus meus, lex mea in corde eorum : nolite timere opprobrium hominum, et blasphemias eorum ne metuatis. Sicut enim vestimentum, sic comedet eos vermis ; et sicut lanam, sic devorabit eos tinea : salus autem mea in sempiternum erit, et iustitia mea in generationes generationum. *Ibid. 7 et 8.*

9 Legem ejus Insulæ expectabunt. *Is. iv, 4.*

10 Ibut populi multi et dicent : Ascendamus in montem Domini,

Fuera de los títulos con que acabamos de ver designado al Mesías, es llamado además *Sacerdote*<sup>1</sup>, *Pastor*<sup>2</sup>, *Juez*<sup>3</sup>, *Príncipe*<sup>4</sup>, *Rey*<sup>5</sup>, *Doctor*<sup>6</sup>, *Cordero*, *Dominador del mundo* que reinará en misericordia y verdad<sup>7</sup>, la verdadera hostia de propiciación<sup>8</sup>; y este Cordero, esta hostia es el Hijo mismo de Dios engendrado antes de todos los tiempos<sup>9</sup>. *Su nombre será eterno ; antes que fuese el sol*

et ad domum Dei Jacob..... quia de Sion exhibit lex, et verbum Domini de Jerusalem. *Ibid. 2, 3. — Mich. iv, 2.*

1 Juravit Dominus, et non penitebit eum : tu es Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech. *Ps. cix, 4. — Ecce Vir, Oriens nomen ejus..... Et ipse extruet templum Domino..... et erit Sacerdos super solio suo. Zachar. vi, 12, 13.*

2 Et suscitabo super eas Pastorem unum, qui pascet eas.... Ipse pascet eas, et ipse erit eis in Pastorem. *Ezech. xxxiv, 23.*

3 Egre dietur virga de radice Jesse..... Judicabit in iustitia pauperes, et arguet in æquitate pro mansuetis terræ : et percutiet terram virgâ oris sui, et spiritu labiorum suorum interficiet impium. *Is. xi, 1, 4.*

4 *Ibid. ix, 7.*

5 Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion montem sanctum ejus, prædicans præceptum ejus. *Ps. ii, 6. — Ecce dies veniunt, dicit Dominus, et suscitabo David germen justum : et regnabit Rex, et sapiens erit ; et faciet iudicium, et justitiam in terrâ. Jer. xxxiii, 5. — Exulta satis, filia Sion ; jubila, filia Jerusalem : ecce Rex tuus veniet tibi justus et Salvator. Zachar. ix, 9.*

6 Fili Sion, exultate, et lætamini in Domino Deo vestro ; quia dedit vobis Doctorem justitiæ. *Joel. ii, 23.*

7 Emitte agnum, Domine, Dominatorem terræ..... Et præparabitur in misericordiâ solium, et sedebit super illum in veritate. *Isai, xvi, 1, 5.*

8 Sacrificium et oblationem noluiti : aures autem perfecisti mihi. Holocaustum et pro peccato non postulasti : tunc dixi : Ecce venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam : Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei. *Ps. xxxix, 8, 9.*

9 Dios y su Hijo hablan alternativamente en el Salmo II « Yo he establecido mi Rey sobre Sion, mi montaña santa. » El Hijo prosigue : « Yo anunciaré el mismo decreto (en el Hebreo, *ipsum statutum*) : Jehovah me ha dicho : Tú eres mi Hijo : yo te he engendrado hoy : pídemelo, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los términos de la tierra. » *Ps. ii, 6, 7, 8 (segun el Hebreo.)*

su nombre era el Hijo: todas las naciones serán benditas en él y le alabarán<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ps. LXXI, 17, según el hebreo. La palabra ייני quiere decir hijo, de la raíz יני que significa juvenescer. Así explica el Talmud este pasaje. *Talm. Pesach*, p. 59, et *Nedar*, p. 39. Los antiguos Judíos creían que el Mesías debía ser el Verbo de Dios. *Philon. de Profug.* El libro *Zohar* llama al Mesías el Verbo elevado, el Verbo exaltado, el Príncipe de la faz ó el Príncipe de la presencia divina. La paráfrasis caldaica de Onkelos sobre el Génesis, dice que Dios crió los cielos etc., por el Verbo. La pluralidad de personas en Dios, señalada claramente en muchas partes del Antiguo Testamento. lo está particularmente de una manera notabilísima en este pasaje de Josué: *Dixitque Josué ad populum: Non poteritis servire Domino, quia enim Deus sanctus ipse* קדשים הוא *et Deus amulator est.* Josue XXIV, 19. El antiguo libro *Medras Tilm* (in Ps. I), explicando aquellas palabras de los hijos de la tribu de Rubén, y de las tribus de Gad y de Manasés: *Dios, Dios, Dios conoce nuestros corazones; él sabe que creemos en él* (Jos. XXII, 22), atribuye á la Trinidad la creación del Universo, y el establecimiento de la ley. Hé aquí el pasaje traducido literalmente: *Filii Ruben, et Gad dixerunt: Deus, Deus, Dominus Deus, Deus Dominus, ipse novit: quidnam viderunt ut hoc idem repeterent duabus vicibus? Dixerunt primò, Deus, Deus, Dominus, quia his creatus mundus; et deinde dixerunt, Deus, Deus, Dominus, quia in his quoque tribus data est lex.* La distinción de las personas divinas, y la unidad de naturaleza, está aun mas positivamente expresa en el *Zohar* (In Gen. III, et in Deuter. VI), por el famoso rabino Simeon, hijo de Jahai. El asegura que Rabi Isha, uno de los doctores mas antiguos de los Hebreos, que vivía por los tiempos del segundo templo, explicaba el verso 6 del capítulo VI del Deuteronomio en estos términos: « Ait Rabi Isha: hic est: Audi, Israel, Deus, qui est principium omnium rerum, antiquus antiquorum, hortus radicum, et omnium rerum perfectio, et dicitur Pater: Deus noster, profunditas fluminum (vel claritas luminis), fons scientiarum, que procedunt ab illo Patre, et Filius vocatur: Deus, hic est Spiritus Sanctus, quia à duobus procedit, et vocatur mensura vocis: Unus est, ut unum cum alio concludit, et colligit, neque enim alius ab alio dividi potest (et propterea ait): Congrega, Israel, hunc Patrem, et Filium, et Spiritum Sanctum, eumque fac unam essentiam, unamque substantiam quia quidquid est in uno, et in alio, totus fuit, totus est, totusque erit. Hæc ille (ait etiam ibi idem Rabi Simeon) hæc arcana Filii, non revelabitur unicuique quousque venerit Mes-

¡Pero es solamente Hijo de Dios por adopción, como lo han soñado algunos sectarios en el seno mismo del

*sias, quia tunc dicit Isaias (XI, 9): Repleta erit terra scientia Dei.* \* Rabi Benhai, dice tambien: « Rabi Hai le Gaon refiere que » las tres Luces de lo alto no tienen principio, porque ellas son la » esencia, la naturaleza, y el principio de todos los principios. » Según la tradición de este Gaon, ellas se llaman « luz primitiva (or » kadmou), luz clarificante (or metzahhtzahh), luz clara (or » tzahh), y estos tres nombres no son sino una misma cosa, la » misma esencia, unidas con la union mas fuerte en el principio » de todos los principios. » Del *Zohar*, que parece ser el mas antiguo de los escritos rabínicos, y que M. Drach lo llama un libro eminentemente cristiano, son tambien estas palabras: « Hay dos » á los cuales se une uno, y ellos son tres; y siendo tres, no son » mas que uno. Los dos son los dos Jehova del verso: Escucha, ó » Israel... Elohénou se une. Y el signo del sello de Dios este es: » Verdad. Unidos, ellos forman uno con la union mas perfecta. » Esta doctrina era tan constante en la sinagoga, que un rabino de los tiempos modernos, á pesar de que impugnó el dogma de la Trinidad, á saber, Maimonides no ha podido menos de confesarlo así. Hé aquí las palabras de este citadas por M. Drach. « Dios santo, bendito sea, concibe la realidad, y la conoce tal cual » ella es. No la conoce según el modo nuestro de conocer, por una » idea que esta fuera de él, porque la idea que tenemos de nosotros » mismos, es diferente de nosotros; mas no es lo mismo del Criador, bendito sea; él, la idea que tiene de sí mismo y su vida, » son uno de todos lados, de todas maneras y todos los medios de la » unidad. Si la vida estaba en él como en los otros seres vivientes, » si él tenía de sí mismo una idea que no sería él, habria muchos » Dioses, á saber, él, su vida, la idea que tiene de sí mismo; pero » no es así: él es uno de todos lados, de todas maneras, y todos los » medios de la unidad. Así es preciso decir que todo esto es la misma » cosa. Él es el que conoce, el conocido, y el conocimiento mismo; y » esto es una cosa que la boca no tiene medio de expresar, ni el oído » de oír, y el corazón del hombre no podrá comprender perfecta- » mente. » Como los rabinos se esfuerzan á persuadir á los Judíos que el dogma de la santísima Trinidad constituye un politeísmo, hemos querido añadir al hermoso pasaje citado por La Mennais estos otros, tomados de las *Cartas* del célebre Drach, rabino recientemente convertido, tan benemérito del mundo católico por su virtud, su sabiduría, sus trabajos, la corrección del texto hebreo actual por la versión de los Setenta, las persecuciones horrosas que le han suscitado sus antiguos correligionarios, y su zelo por la conversión de estos: en las cuales dando los motivos de su conversión,

Cristianismo? Profetas de la Ley antigua, ¿no confundireis á estos impíos? Si: « Los días vienen, dice el Señor, » y yo suscitaré al justo, el germen de David... y este es » el nombre que se le dará: *Jehovah* nuestro justo <sup>1</sup>.

Así este nombre incomunicable <sup>2</sup>, este nombre glorioso que Dios *no cederá jamás á ningún otro y que le pertenece de toda la eternidad* <sup>3</sup>, él mismo selo da á este hijo de David, en el cual todos los antiguos Judíos reconocen el Mesías <sup>4</sup>, al mismo tiempo que confiesan que este Mesías divino existía antes de todos los tiempos, que él no tiene principio ni fin, y que antes de la creación del mundo *era con su Padre eterno* <sup>5</sup>. En estos caracteres ¿quién no reconocerá al *Deseado de las naciones* <sup>6</sup>?

para desengañarlos sobre este punto, procura mostrarles que el Dios uno y trino que adora la Iglesia es el que está anunciado en varios pasajes del Antiguo Testamento; y apoya su interpretación con muchísimas citas, relativas á estos pasajes, extractadas de los antiguos rabinos. *Memorial Cathol.* Marzo de 1827.

1 *Ecce dies veniunt, dicit Dominus: et suscitabo David germen justum.... et hoc nomen quod vocabunt enim: Dominus (Jehovah) justus noster. Jerem. xxiii, 5, 6. Id. xxxiii, 15 y 16.*

2 Los Judíos le reconocen expresamente. Véase á Maimónides, *More Nevochim*, part. 1, c. 67.

3 *Ego Dominus (Jehovah), hoc est nomen meum: gloriam meam alteri non dabo. Is. xlii, 8.*

4 *Hoc nomen mihi est in æternum. Exod. iii, 15.*

5 El autor de la paráfrasis caldaica, Onkelos, dice positivamente (in *Jerem. xxiii, 5 y xxxiii, 15*): *Suscitabo Davidi Messiam, Regem nostrum*. Rabi Cahana asegura que el Mesías se llama *Jehovah el Justo*, conforme á lo que el Señor ha anunciado por boca de su profeta Jeremías. *Medras Tilim*, cap. 1, 16. El mismo libro (in *Ps. xxviii*) dice que las profecías que acabamos de citar, se refieren al Redentor: *Suscitabo Davidi Messiam justum*; y la misma confesión se encuentra en el antiguo libro *Jalcut*.

6 Rabi Barachias, uno de los *Tanainis*, ó rabinos de la *Misna*, citado por R. Moises Hadarsin, in *Gen. xxxvii*. — Zohar, in *Gen. iii*. Medr. *Tilim*, in *Isai. vii, 14* et alias.

7 Asombra el oír como se explicaban á veces estas sobre él. Confucio le llama muchas veces el *Santo*, y que se podría *comparar á Dios* (*l'invariable milieu*, cap. 27, § 1-5, p. 94). Platon en el *segundo Alcibiades* habla de un *Doctor que vendría á instruirnos en la doctrina verdadera*. Cicerón de un *Monarca, cuya ley una, eterna, inmutable regiría todos los pueblos*. Nuevo testimonio de

Mas cómo, ¿vos me habláis del Verbo increado, del Hijo de Dios, del Eterno; y qué tiene él de comun con nuestra naturaleza, y cómo se le ha de reconocer en ese *pequeño niño*, cuyo nacimiento anunciaron los espíritus celestiales á los Pastores de Belen? Escuchad á Isaias:

» Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: él » llevará los distintivos de su principado sobre sus hom- » bros. Se le llamará el Admirable, el Consejero, Dios, el » Fuerte, el Padre del siglo futuro <sup>1</sup>, Principe de la Paz. » Su imperio se extenderá cada vez más, y la paz que es- » tablecerá no tendrá fin. Se sentará sobre el trono de » David, y poseerá su reino para afirmarlo en la equi- » dad y en la justicia desde ahora para siempre. El zelo » del Dios de los ejércitos hará esto <sup>2</sup>.

Comprended, pues, que el *Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros* <sup>3</sup>; adorad el Misterio del Hombre-Dios, y decid con el Profeta: *Yo me regocijaré en el Señor, y rebosaré de alegría en Jesus mi Dios* <sup>4</sup>. Nuestro

extendida. Lo mismo indican aquel Dios que habia de encarnar, que creían en la India, etc. Y así estas creencias, léjos de favorecer á los impíos que con ellas han querido ridiculizar al Cristianismo, prueban al contrario que él es la verdadera Religión desde un principio revelada, y extendida por la dispersion general en todo el mundo.

1 Segun el hebreo: *El Padre de la eternidad*. El *Medras Tilim* aplica todo este pasaje de Isaias al Mesías, y reconoce expresamente que en él se llama *Dios*. Rabi Abraham dice que el que es llamado en Isaias el *Admirable*, el *Consejero*, el *Fuerte*, es el *Verbo*, la *Inteligencia primordial*, el *Esplendor de la unidad inmutable*, y *madre de la fe*. Lib. *Jezirah. Semit.* 1, 2, 3, p. 1, 4, 6. Ed. Ritangellii Amstelod. 1642. Vid. et *Jamieson's Vindic.* lib. 1, cap. 5.

2 *Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum ejus: et vocabitur nomen ejus, Admirabilis, Consiliarius, Deus, Fortis, Pater futuri sæculi, Princeps pacis. Multiplicabitur ejus imperium, et pacis non erit finis: super solum David, et super regnum ejus sedebit: ut confirmet illud, et corroboret in judicio, amodo et usque in sempiternum: zelus Domini exercituum faciet hoc. Isai. ix, 6 et seqq.*

3 *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. Joun. i, 14.*

4 *Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Jesu meo. Habac. iii, 18. Agg. iii, 89.*

Dios ha sido visto en la tierra, y ha conversado con los hombres<sup>1</sup>.

¿No le habeis oido á él mismo decir á su Padre: Vos me habeis formado un cuerpo<sup>2</sup>? El Dios salvador es un Dios escondido<sup>3</sup>. El velo de su humanidad le oculta á nuestros ojos, porque ha querido ser verdaderamente uno de nuestros hermanos, segun la expresion de Moisés. La esperanza de Israel, su Salvador en el tiempo de la tribulacion, pasará sobre la tierra como un peregrino, como un viajero que se aparta de su camino para detenerse un momento, como un hombre errante que no tiene domicilio, y como el fuerte que no puede salvar<sup>4</sup>. « El se ha levantado como un vástago que brota de una tierra árida; no tiene hermo- » sura ni brillantez; le vimos y no era conocido, y le » hemos deseado; le hemos visto despreciado y el últi- » mo, el mas abatido de los hombres, varon de dolores, » y que sabia de enfermedad; su semblante estaba como » abatido y apagado, de suerte que no hicimos alto en » él. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras enferme- » dades y languidez, y llevó nuestras miserias, y le tu- » vimos como un leproso, como un hombre herido y » humillado por la mano de Dios<sup>5</sup>. » Tambien viene para

1 Hic est Deus noster... Hic adinvenit omnem viam disciplinae, et tradidit illam Jacob puero suo, et Israel dilecto suo. Post hæc in terris visus est, et cum hominibus conversatus est. Baruch. iii, 36, 37, 38.

2 Aures autem perfecisti mihi (Ps. xxxix, 7), ó segun los Setenta seguidos por San Pablo, corpus autem aptasti mihi. Designar el cuerpo entero por una de sus partes, es una locucion muy familiar entre los orientales.

3 Verè tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator. Isai. xlv, 15.

4 Expectatio Israel, Salvator ejus in tempore tribulationis: quare quasi colonus futurus es in terrâ, et quasi viator declinans ad manendum? Quare futurus es velut vir vagus, ut fortis, qui non potèst salvare? Jerem. xiv, 8, 9.

5 Et ascendit sicut virgultum coram eo, et sicut radix de terra sitiendi: non est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus, et desideravimus eum: despectum, et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem; et quasi absconditus vultus ejus et despectus, unde nec reputavimus eum. Verè languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit: et nos

anunciar la salud á los humildes, curar á aquellos que tienen el corazón quebrado de dolor, predicar el perdón á los cautivos, y libertad á los aprisionados, consolar á los que lloran<sup>1</sup>.

En este estado de gloria y de abatimiento él es el testigo que Dios ha dado á los pueblos, el jefe y maestro autorizado sobre las naciones<sup>2</sup>. Las purificará, y los Reyes callarán delante de él<sup>3</sup>. Su mision es universal; ningun hombre está excluido de la salud que trae; tiene gracia para todos; su verdad, su misericordia se dilatan, se derraman eternamente sin disminuirse ni acabarse. « O » vosotros, todos los que teneis sed, venid á las aguas; » los que sois pobres, apresuraos, comprad y comed; » venid, comprad sin plata y sin cambio alguno leche y » vino. ¿Porqué dais lo que poseis no por pan, y vues- » tro trabajo por lo que no da hartura? Escuchadme: » alimentaos del bien, y vuestra alma reposará en abun- » dancia de delicias. Inclinaid vuestro oido y venid á mí; » escuchad, y vuestra alma vivirá, y yo haré con vos- » otros una alianza eterna<sup>4</sup>.

» Hé aquí mi siervo, yo seré su apoyo; mi escogido,

putavimus cum quasi leprosum, et percussum à Deo et humiliatum. Isai. liii, 2, 3, 4.

1 Ad annuntiandum mansuetis misit me ( Dominus), ut mederer contritis corde, et prædicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem: ut prædicarem annum placabilem Domino, et diem ultionis Deo nostro: ut consolarem omnes lugentes. Id. lxi, 1, 4.

2 Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus. Id. lvi, 4.

3 Sicut obstupuerunt super te multi, sic inglorius erit inter viros aspectus ejus, et forma ejus inter filios hominum. Iste asperget gentes multas, super ipsum continebunt reges os suum. Isai. lii, 14, 15.

4 Omnes sitiientes, venite ad aquas; et qui non habetis argentum, properate, emite, et comedite: venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum et lac. Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate? Audite audientes me, et comedite bonum, et delectabitur in crassitudine anima vestra. Inclinate aurem vestram, et venite ad me: audite, et vivet anima vestra, et feriam vobiscum pactum sempiternum. Id. lvi, 1, 2, 3.

» en quien mi alma ha puesto sus complacencias : en-  
 » viaré mi espíritu sobre él, y llevará la justicia á las  
 » naciones. Yo os anuncio cosas nuevas, y os las anuncio  
 » antes que sucedan. Cantad al Señor un canto nuevo ;  
 » el será alabado hasta los fines de la tierra. Los pue-  
 » blos le glorificarán, y se publicarán sus alabanzas en  
 » las islas lejanas <sup>1</sup>. »

¿No parece que con tantos caracteres, que todos de-  
 bían reunirse en el Cristo y no podían unirse sino en él,  
 era imposible desconocerlo? Sin embargo, Dios quiso  
 que su misión fuese probada á los judíos groseros y car-  
 nales por el poder milagroso que ejercería en presencia  
 de ellos; y los Profetas anunciaron igualmente esta nue-  
 va señal.

« Confortad las manos desfallecidas, afirmad las ma-  
 » nos trémulas. Decid á los débiles : animaos y no te-  
 » mais.... Dios mismo vendrá y os salvará. Entonces se  
 » abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sor-  
 » dos. El tullido saltará como el ciervo, y la lengua del  
 » mudo se desatará <sup>2</sup>. »

No acabaríamos si hubiésemos de recordar todos los  
 santos oráculos que hablan ó dicen orden al Mesías. Pa-  
 semos á las circunstancias de su pasión y de su muerte.

En verdad la inspiración divina se manifiesta aquí con  
 tanta claridad, que no se sabría, digámoslo así, como  
 colocar en estas asombrosas profecías un pensamiento  
 humano : tan opuestas son á todo lo que el espíritu  
 del hombre habria podido sugerir á los Profetas. Des-  
 pues de haber anunciado que el Cristo seria el Verbo  
 eterno, que seria Dios, ¿puede concebirse que ellos mis-

<sup>1</sup> Ecce servus meus, suscipiam eum : electus meus, complacuit  
 sibi in illo anima mea : dedi spiritum meum super eum, iudicium  
 gentibus proferet.... Nova quoque ego annuntio : antequam orien-  
 tur, audita vobis faciam. Cantate Domino canticum novum : laus  
 ejus ab extremis terræ.... Ponent Domino gloriam, et laudem ejus  
 in insulis habitabunt. *Isai.* XLII, 1, 2, 9, 10 y 12.

<sup>2</sup> Confortate manus dissolutas, et genua debilia roborate. Dicite  
 pusillanimis : confortamini, et nolite timere.... Deus ipse veniet, et  
 salvabit vos. Tunc aperientur oculi cæcorum, et aures surdorum  
 patebunt. Tunc saliet sicut servus claudus, et aperta erit lingua  
 mutorum. *Ibid.* XXXV, 3, 4, 5, 6.

mos hayan dicho que este Dios padecería y moriría? No  
 parece posible. Pero consideremos la historia de los úl-  
 timos días de la vida del Salvador ; la historia, sí, por-  
 que lo es, y la profecía no es mas que la narración abre-  
 viada del Evangelio.

Lo primero que se nos presenta es su triunfo y la ale-  
 gría de Sion en él. *El Rey justo, el Rey pobre, el Rey  
 Salvador entra en Jerusalem montado sobre una asnila,  
 anunciará la paz á los pueblos, y su poder se extenderá  
 de mar á mar, y desde los rios hasta los fines de la tierra.*  
 Y para que estas imágenes de poder y gloria no llevasen  
 el espíritu á pensamientos terrenos, súbitamente el Pro-  
 feta exclama : *Tu sanaste, y has libertado en la sangre de  
 tu alianza á los que están aherrojados en el profundo del  
 lago en donde no hay agua <sup>1</sup>.*

El orgullo irritado de los doctores, de los hipócritas  
 fariseos, de toda aquella raza perversa á quien Jesus de-  
 cía : *¡Ay de vosotros!* no puede ya sufrirlo. Estos hom-  
 bres endurecidos forman el designio de perderlo <sup>2</sup>. *Ellos  
 se regocijan ya con esta esperanza ; juntan consejo para  
 amontonar sobre él todos los tormentos que su odio infun-  
 dado le prepara <sup>3</sup>.* « Enredemos al justo en nuestros lazos  
 porque es contrario á nuestras obras, y nos da en rostro  
 con nuestros pecados. Se gloria de tener la ciencia de  
 Dios, y se llama el Hijo de Dios. Se constituye detractor,  
 y censura nuestros pensamientos. Odioso nos es aun el  
 verle, porque su vida es diferente de la de los otros, y  
 sus caminos no son los mismos. Nos considera como in-  
 sensatos, y se abstiene de nuestros caminos como de una  
 cosa impura ; prefiere el fin de los justos, y se gloria de

<sup>1</sup> Exulta satis, filia Sion : jubila, filia Jerusalem : Ecce rex tuus,  
 veniet tibi Justus et Salvator : Ipse pauper, et ascendens super asi-  
 nam, et super pullum filium asinæ.... Et loquetur pacem gentibus,  
 et potestas ejus á mari usque ad mare, et á fluminibus usque ad  
 fines terræ. Tu quoque in sanguine Testamenti tui emisisti vincitos  
 tuos de lacu, in quo non est aqua. *Zachar.* IX, 9, 10, 11.

<sup>2</sup> Concilium malignantium obsedit me. *Ps.* XXI, 17.

<sup>3</sup> Adversum me lætati sunt, et convenerunt : congregata sunt  
 super me flagella, et ignoravi.... Non supergaudeant mihi, qui ad-  
 versantur mihi iniquè, qui oderunt me gratis, et annuunt oculis.  
*Ps.* XXXIV, 15, 19.

tener á Dios por padre. Pues veamos si son verdaderas sus palabras, probemos lo que le sucederá, y sabremos cuál será su fin. Porque si es verdaderamente Hijo de Dios, Dios le sostendrá y le librá de las manos de sus enemigos. Recarguémosle con ultrajes y con tormentos, para que sepamos su acatamiento y probemos su paciencia. Condenémosle á la muerte mas infame; pues segun sus palabras él será atendido, y Dios le socorrerá. Estas cosas pensaron y erraron, porque su malicia los cegó, y no conocieron los misterios, los secretos y ocultos juicios de Dios<sup>1</sup>.

Pues hé aquí á los enemigos de Cristo que conspiran á su ruina, *la meditan entre sí secretamente*, y se dicen unos á otros: *¿Cuándo morirá y perecerá él y su nombre?*<sup>2</sup> Estos son sus enemigos declarados. Pero quién es ese otro enemigo que *se entra para verle, le dice palabras engañosas, que recoge, amontona la iniquidad en su corazón, y que sale para hablar el lenguaje del odio y la calumnia*<sup>3</sup>? ¿No le reconocéis aun? pues escuchad: «El

1 *Circumveniamus ergo justum, quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et impropere nobis peccata legis, et diffamat in nos peccata disciplinæ nostræ. Promittit se scientiam Dei habere, et Filium Dei se nominat. Factus est nobis in traductionem cogitationum nostrarum. Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius, et immutata sunt viae ejus. Tanquam nugaces aestimati sumus ab illo, et abstinere se á viis nostris tanquam ab immunditiis, et præfert novissima justorum, et gloriatur patrem se habere Deum. Videamus ergo si sermones illius veri sint, et tentemus quæ ventura sunt illi, et sciemus quæ erunt novissima illius. Si enim est verus Filius Dei, suscipiet illum, et liberabit eum de manibus contrariorum. Contumelia et tormento interrogemus eum, ut sciamus reverentiam ejus, et probemus patientiam illius. Morte turpissima condemnemus eum; erit enim ei respectus ex sermonibus illius. Hæc cogitaverunt, et erraverunt: excæcavit enim illos malitia eorum. Et nescierunt sacramenta Dei.* *Sapient. II, 12 et seqq.*

2 *Adversum me susurrabant omnes inimici mei: adversum me cogitabant mala mihi... Inimici mei dixerunt mala mihi: Quando morietur, et peribit nomen ejus?* *Ps. XL, 8, 6.*

3 *Et si ingrediebatur ut videret, vana loquebatur, cor ejus congregabit iniquitatem sibi. Egrediebatur foras, et loquebatur idipsum.* *Ib. VII, 8.*

» hombre de mi paz, amigo y familiar mio, de quien me  
» fié; el que comia mi pan, se ha levantado contra mí<sup>1</sup>.  
» Si mi enemigo hubiera hablado mal de mí, lo hubiera  
» sufrido: si aquel que me aborrecia me hubiese ultra-  
» jado, habria podido ocultarme de él; pero tú, con  
» quien yo no tenia mas que un corazón; tú, capitán,  
» que yo habia escogido, que vivias conmigo familiar-  
» mente, que te sentabas á mi mesa, que ibas conmigo  
» á la casa de Dios<sup>2</sup>..... »

Abrid el Evangelio, y decidme: ¿hubo algun traidor entre los que *vivian familiarmente* con el Salvador, entre los *capitanes que él habia escogido*? — ¿Queréis aun otra circunstancia? El Profeta lo vió todo; vió á Dios *comprado por treinta dineros: precio digno en verdad, en el que me han apreciado*. Vió este dinero *tirado en el templo*, y empleado en *un campo de un estatuario*<sup>3</sup> ó de un alfare-  
ro<sup>4</sup>.

*Era necesario que el Cristo padeciese, y así entrase en su gloria*. ¿Cuántas veces no lo repitió él mismo<sup>5</sup>? Pues el Profeta tambien habia dicho: «Del arroyo beberá en  
» el camino; y por lo tanto levantará la cabeza<sup>6</sup>. Ha  
» sido llagado por nuestras iniquidades: fué quebrantado  
» por nuestros pecados; el castigo que nos da la paz, ó  
» para nuestra paz, ha caido sobre él, y con sus carde-  
» nales fuimos curados. Todos nos extraviámos como

1 *Etenim homo pacis meæ, in quo speravi, qui edebat panes meos, magnificavit super me supplantationem.* *Ps. VII, 10.*

2 *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique. Et si is qui oderat me, super me magna locutus fuisset, abscondissem me forsitan ab eo. Tu verò homo unanimes, dux meus, et notus meus; qui simul mecum dulces capiebas cibos; in domo Dei ambulavimus cum consensu.* *Ps. LIV, 13, 16.*

3 La palabra hebrea significa un *estatuario*, y tambien un *alfarero*.

4 *Appenderunt mercedem meam triginta argenteos. Et dixit Dominus ad me: Projice illud ad statuarium, decorum pretium, quo appetiatus sum ab eis. Et tuli triginta argenteos, et projeci illos ad domum Domini ad statuarium.* *Zach. XI, 12, 13.*

5 *Matth. XVI, 21; XVII, 2. — Marc. VIII, 31; IX, 11. — Luc. XXIV, 46.*

6 *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput.* *Ps. CIX, 7.*



» ovejas, y cada uno se desvió por su camino, y el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Ha sido sacrificado, porque lo ha querido así, y no abrió su boca. Como una oveja será llevado al matadero y callará como cordero delante del que lo traspasa, y no despegará los labios. Ha espirado entre angustias y por un juicio: su generacion, ¿quién la contará? Ha sido cortado de la tierra de los vivien-

1 Este pasaje puede ofrecer un sentido algo diferente. Hé aquí la traducción literal del hebreo para mayor claridad. *De detentione seu angustia sublatus est; et generationem ejus quis eloquatur? Quoniam abscissus est de terra viventium; propter pravariationem populi mei, plaga ei.* « El ha sido quitado súbitamente del lugar de angustia y del juicio, ¿y quién publicará su generacion? porque ha sido cortado de la tierra de los vivientes, y herido á causa del pecado de mi pueblo (\* desde la angustia y desde el juicio fué levantado en alto traduce el P. Scio; es decir, des- pues de la angustia ó congoja judicial en que arrebatadamente fué juzgado, al instante fué levantado en una cruz por la inicua sentencia de los pontífices y de Pilatos). » En el Talmud (tom. *Sanhedr.* cap. 6 y 7, lit. *Dine Nephosbot.*) se lee que en el tiempo del Sanhedrin la ejecucion de un hombre condenado á muerte no seguía inmediatamente á la sentencia dada contra él. Pasaba la noche en la prision, y á la mañana siguiente temprano se examinaba de nuevo su causa para asegurarse de la justicia de la decision. Si el condenado era nuevamente hallado culpable, antes de sacarle de la prision para llevarle al lugar del suplicio, y mientras que se le conducia, dos oficiales del tribunal iban por la ciudad gritando: « Fulano, hijo de fulano, de tal familia y de tal tribu, ha sido condenado á muerte por tal causa, sobre la deposicion de tales personas. El que sepa alguna cosa en su favor, ó contra la deposicion de los testigos, ó contra los testigos mismos, está estrechamente obligado á ir á la sala de justicia (donde los miembros del Sanhedrin permanecian reunidos durante todo el día de la ejecucion) para declarar allí la verdad delante del Sanhedrin, si no, será culpable de la muerte del inocente. » Ninguna de estas formalidades se observó con Jesucristo. Entregado á los ejecutores inmediatamente despues del juicio, fué llevado al suplicio sin que los testigos hubiesen sido debidamente examinados. (*Ibid.* cap. 5 y 6), sin que se hubiesen proclamado sus nombres, ni el nombre del condenado, ni el de su familia. El profeta anunciando la muerte de Cristo, anuncia tambien la violacion de la ley. Este sentido, conforme á la letra del texto, nos parece ser la interpretacion mas na-

» tes; yo le he herido á causa del pecado de mi pueblo, » Ellos le habian señalado su sepultura con el impío, » pero en su muerte ha reposado con el rico<sup>1</sup>; porque » no hizo maldad, ni ha cometido iniquidades, ni hubo » malicia en su boca. El Señor quiso quebrantarle con » trabajos, y lo ha cargado de dolores<sup>2</sup>; y porque él ha » dado su vida por el pecado, verá una larga descendencia, y la voluntad del Señor se cumplirá por su » mano. Por lo mismo que su alma ha estado en trabajo, » verá y se hartará. El Justo mi siervo justificará á muchos con su ciencia<sup>3</sup>; y él mismo llevará sobre sí los » pecados de ellos. Por tanto le daré un pueblo numeroso, y él repartirá los despojos de los fuertes<sup>4</sup>, porque se entregó á la muerte y ha sido contado con los » malvados, y tomó sobre sí los pecados de la multitud, » y á rogado por los prevaricadores<sup>5</sup>.

tural. Por lo demás cualquiera que sea la que se adopte, et cumplimiento de la profecía es siempre evidente.

1 Et dederunt cum impiis sepulturam, ejus, et cum divite in morte ejus. *Hebr.*

2 Egrotare fecit. *Hebr.*

3 Es decir, con su doctrina y predicacion enseñará el camino de la virtud y justicia, y santificará á los que abrazen esta doctrina; ó justificará á muchos dándoles conocimiento de que él es el Salvador, y este conocimiento junto con la fe formada, con obras de caridad, bastará para que sean justos. *P. Scio.*

4 Et expolians principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso. *Ep. ad Coloss.* II, 15.

5 Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra: disciplina pacis nostrae super eum, et livore ejus sanati sumus. Omnes nos quasi oves erravimus, unusquisque in viam suam declinavit: et posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Oblatus est quia ipse voluit, et non aperuit os suum. De angustia et de judicio sublatus est: generationem ejus quis enarrabit? Quia abscissus est de terra viventium: propter scelus populi mei percussit eum. Et dabit impiis pro sepultura, et divitem pro morte sua: eo quod iniquitatem non fecerit, neque dolus fuerit in ore ejus. Et Dominus voluit contere eum in infirmitate: si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum, et voluntas Domini in manu ejus dirigetur. Pro eo quod laboravit anima ejus, videbit et saturabitur: in scientia sua justificabit ipse Justus servus meus multos, et iniquitates eorum ipse portabit.

» Abandonado de los suyos, que se dispersan<sup>1</sup>, hecho  
 » extraño á sus hermanos, desconocido de ellos<sup>2</sup>, en la  
 » amargura que traspasa su corazón busca á alguno que  
 » tome parte en su aflicción y se entristezca con él, y  
 » no le halla; uno que le consuele, y no le encuen-  
 » tra<sup>3</sup>. »

La túnica de ignominia de que está revestido, « viene  
 » á ser un objeto de risa á los que están sentados para  
 » juzgarle; y se ve expuesto á las burlas de los hombres  
 » que se embriagan y bebian vino<sup>4</sup>. »

Pero salgamos de casa de Herodes: contemplemos al  
 Hijo del Hombre entre las manos de un populacho furioso  
 y de los soldados romanos: « Di mi cuerpo á los que me  
 » herian, y mis mejillas á los que mesaban mi barba;  
 » no retiré mi rostro de los que me injuriaban y escu-  
 » pian<sup>5</sup>. Soy un gusano de la tierra, y no hombre<sup>6</sup>;  
 » oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. To-  
 » dos los que me veían, hicieron burla de mí; una risa

Ideo despertiam ei plurimos, et fortium dividet spolia, pro eo quod  
 tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est:  
 et ipse peccata multorum tulit, et pro transgressoribus rogavit.  
*Isai.* lxxi, 5 et seqq. Aben-Ezra reconoce que las profecias conteni-  
 das en este y en el anterior capítulo de Isaías conciernen al Mesías.  
 « Todos nuestros maestros, dice Moisés Alschech, sostienen uná-  
 nimemente que aquí se trata del Rey Mesías; y esto han aprendido de  
 sus antepasados. » *Com. in Isai.*

1 Percute pastorem, et dispergentur oves. *Zachar.* xiii, 7.

2 Extraneus factus sum fratribus meis, et peregrinus filiis ma-  
 tris meae. *Ps.* lxxviii, 9.

3 Tu scis improprium meum, et confusionem meam, et reve-  
 rentiam meam. In conspectu tuo sunt omnes qui tribulant me,  
 improprium expectavit cor meum, et miseriam. Et sustinui qui si-  
 mul contristaretur, et non fuit: et qui consolaretur, et non in-  
 veni. *Ibid.* xx, 21.

4 Opprobria exprobrantium tibi, ceciderunt super me... Et posui  
 vestimentum meum cilicium; et factus sum illis in parabolam. Ad-  
 versum me loquebantur qui sedebant in porta; et in me psalle-  
 bant, qui bibebant vinum. *Ibid.* 10, 12, 13.

5 Corpus meum dedi percutientibus, et genas meas vellentibus:  
 faciem meam non averti ab increpantibus, et conspuentibus  
 in me. *Isai.* 50, 6.

6 Aparezco como la persona mas vil y despreciable. *Scio.*

» escarnecedora estaba en sus labios, y menearon la ca-  
 » beza. Esperó en Dios, pues que le libre; sálvele, puesto  
 » que le ama. No os alejeis de mí, Dios mio, porque la  
 » tribulación está próxima, y no hay uno que me ayu-  
 » de. Me han cercado muchos becerros, y toros feroces  
 » me han sitiado. Abrieron sobre mí sus fauces, como el  
 » leon que despedaza su presa y ruge. Como agua he  
 » sido derramado, y se han desencajado todos mis hue-  
 » sos: mi corazón se ha deshecho dentro de mí como la  
 » cera cuando se derrite. Secóse como los cascotes de un  
 » yaso de barro mi vigor; mi lengua se ha pegado á mi  
 » paladar, y vos me habeis conducido hasta el polvo de  
 » la muerte: rodeáronme muchos perros hambrientos:  
 » concilio de malignos me sitió: horadaron mis manos  
 » y mis piés: contaron todos mis huesos, y me estuvie-  
 » ron observando y mirando. Se repartieron mis vestidu-  
 » ras, y sobre mi túnica echaron suerte<sup>1</sup>. Diéronme hiel  
 » por comida, y en mi sed me dieron á beber vinagre<sup>2</sup>.  
 » Dios, Dios mio, mírame, ¿porqué me has desampara-  
 » do<sup>3</sup>? »

Este grito de angustia, este último grito de la natura-

1 Ego autem sum vermis et non homo: opprobrium hominum,  
 et abjectio plebis. Omnes videntes me, deriserunt me: locuti sunt  
 labiis, et moverunt caput. Speravit in Domino, eripiat eum: sal-  
 vum faciat eum, quoniam vult eum.... Ne discesseris à me, quo-  
 niam tribulatio est proxima, quoniam non est qui adjuvet. Cir-  
 cumdederunt me vituli multi, tauri pingues obsederunt me. Ape-  
 ruerunt super me os suum, sicut leo rapiens et rugiens. Sicut aqua  
 effusus sum: et dispersa sunt ossa mea, factum est cor meum tan-  
 quam cera liquescens in medio ventris mei. Aruit tanquam testa  
 virtus mea, et lingua mea adhesit faucibus meis, et in pulverem  
 mortis deduxisti me. Quoniam circumdederunt me canes multi:  
 concilium malignantium obsedit me. Foderunt manus meas et pe-  
 des meos; dinumeraverunt omnia ossa mea. Ipsi verò considera-  
 verunt et inspexerunt me: dividerunt sibi vestimenta mea, et su-  
 per vestem meam miserunt sortem. *Ps.* xxi, 7 et seqq.

2 Et dederunt in escam meam fel, et in siti mea potaverunt me  
 aceto. *Ps.* lxxviii, 22.

3 Deus, Deus meus respice in me: quare me dereliquisti? *Ps.*  
 xxi, 1. — David Kimchi y Salomon Jarchi confiesan que todos los  
 antiguos judios han explicado del Rey Mesías el Salmo ii y el xxi.  
*Vid. Pocock, c. 8, not. miscell.*

leza humana. á quien Cristo representaba en la cruz, pone el sello al cumplimiento de las profecías. *Todo está cumplido.*

El cuerpo de Jesus es depositado *en el sepulcro de un rico*<sup>1</sup>, como lo habia predicho el mismo Profeta, que anunciaba que *su sepulcro seria glorioso*<sup>2</sup>. *¿El que ha muerto resucitará?* decian sus enemigos. Y el Hijo de Dios: «Señor, resucitadme. En esto he conocido que me » amais, en que no se gozará mi enemigo sobre mí<sup>3</sup>; » porque no dejarás mi alma en el infierno<sup>4</sup>, y no » permitirás que tu Santo vea la corrupcion<sup>5</sup>. » El tiempo mismo en que Dios *le volverá la vida*, está señalado: *Después de dos dias*, dice el Profeta; *al tercero dia resucitará, y vivirá en presencia del Señor*<sup>6</sup>. Después de esto no le queda mas que ir á tomar su lugar á *la diestra de su Padre en el cielo, hasta que sus enemigos sean abatidos á sus piés*<sup>7</sup>. *Levantaos, ó puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso. — Levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria*<sup>8</sup>.

1 *Isai. lxxi, 9*, segun el Hebreo.

2 *In illa die radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulcrum ejus gloriosum. Id. xi, 10.*

3 *Verbum iniquum constituerunt adversum me. Numquid qui dormit non adjiciet ut resurgat?... Tu autem, Domine, miserere mei, et resuscita me.... In hoc cognovi quoniam voluisti me, quia non gaudebit inimicus super me. Ps. xl, 9, 11, 12.*

4 *En el seno de Abraham*, adonde descendió el alma de Cristo para sacar de allí á los padres que esperaban el tiempo de la redencion: respecto á su *Cuerpo es el Sepulcro. P. Scio.*

5 *Quoniam non dereliques animam meam in inferno, nec dabis sanctum tuum videre corruptionem. Ps. xv, 10.*

6 *Vivificabit nos post duos dies: in die tertia suscitabit nos, et vivemus in conspectu ejus. Osee vi, Epist. I ad Corinth. xv, 4.* El Profeta dice *nos*, porque todo el género humano estaba representado en Jesucristo que se sacrificaba por él.

7 *Dixit Dominus Domino meo: Sede à dextris meis; donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum. Ps. cix, 1.*

8 *Attollite portas, principes, vestras, et elevamini, portæ æternales; et introibit rex gloriæ. Quis est iste rex gloriæ? Dominus fortis et potens; Dominus potens in prælio. Attollite portas, principes, vestras, et elevamini, portæ æternales; et introibit rex glo-*

Estamos muy léjos de haber referido todas las profecías que le pertenecen; toda la Escritura está llena de él. Allí se encuentran predichos los frutos de su mision, que se extiende á toda la tierra. «Zacarías vió al Señor » enviado por el Señor para habitar en Jerusalem, desde » donde llama á los Gentiles para agregarlos á su pueblo » y permanecer en medio de ellos<sup>1</sup>. ¡O qué hermosos » son, exclama Isafas, cuán hermosos sobre la montaña » los piés del que anuncia la paz y predica la salud; del » que dice: Sion, tu Dios reinará! Preparó el Señor su » santo brazo viéndolo todas las gentes, y todas las re- » giones de la tierra verán al Salvador, la salud de nues- » tro Dios (ó que nos envia nuestro Dios)<sup>2</sup>. Todas las » familias de las gentes se postrarán en su presencia<sup>3</sup>, y » le adorarán todos los Reyes de la tierra; todas las na- » ciones le servirán<sup>4</sup>. Yo vengo, dice él mismo, á reunir » todas las naciones y todas las lenguas, y ellas vendrán » y verán mi gloria. Y pondré y levantaré una señal, un » estandarte en medio de ellas; y de los que habrán sido » salvos enviaré á las gentes del mar, á la África y á la » Lydia, á los pueblos armados de flechas, á la Italia y á » la Grecia, y á las Islas lejanas; á aquellos que no han » oido hablar de mí, y no vieron mi gloria. Y anunciarán » mi gloria á los Gentiles, y atraerán á vuestros herma- » nos de entre todas las naciones á mi Santo monte, como » á la casa del Señor. Y yo tomaré de entre ellos para » Sacerdotes y Levitas, y toda carne vendrá á adorar » delante de mí, dice el Señor<sup>5</sup>. »

*ria. Quis est iste rex gloriæ? Dominus virtutum ipse est rex gloriæ. Ps. xxiii, 7, 10.*

1 *Zachar. ii, 8, 9, 10, 11.*

2 *Quam pulchri super montes pedes annuntiantis et prædicantis pacem, annuntiantis bonum, prædicantis salutem, dicentis: Sion, regnabit Deus tuus! Paravit Dominus brachium sanctum suum in oculis omnium gentium, et videbunt omnes fines terræ salutare Dei vestri. Is. lii, 7, 10.*

3 *Adorabunt in conspectu ejus universæ familiæ gentium. Ps. xxi, 28.*

4 *Adorabunt eum omnes reges terræ; omnes gentes servient ei. Ps. lxxi, 11.*

5 *Ego venio ut congregem cum omnibus gentibus et linguis: et*

» Malaquías ve la ofrenda siempre pura y jamás manchada que se presentará á Dios, no solamente en el templo de Jerusalem, como en otro tiempo, sino desde donde nace el sol hasta el ocaso; no por los Judíos, sino por los gentiles, entre los cuales predice<sup>1</sup> que será grande el nombre del Señor<sup>2</sup>. »

En esta oblacion pura, figurada por el pan y vino que ofreció el Rey de paz al Altísimo delante de Abraham<sup>3</sup>, se reconoce manifiestamente el sacrificio instituido por el Sumo Sacerdote segun el orden de Melchisedech<sup>4</sup>. « Los pobres comerán de él, y su alma vivirá eternamente. Todos los opulentos de la tierra comieron y adoraron; y todos los que habitan el mundo se prosternarán en su presencia<sup>5</sup>. »

Y si quereis saber cómo se obrarán estas maravillas,

venient et videbunt gloriam meam. Et ponam in eis signum, et mittam in eis qui salvati fuerint, ad gentes in mare, in Africam, in Lydiam, tendentes sagittam: in Italiam, et Græciam, ad insulas longe, ad eos qui non audierunt de me et non viderunt gloriam meam. Et annuntiabunt gloriam meam gentibus, et adducent omnes fratres vestros de cunctis gentibus donum Domino, in equis, et in quadrigis, et in lecticis, et in mulis, et in carrucis; ad montem sanctum meum Jerusalem, dicit Dominus, quomodo si inferant filii Israel munus in vase mundo in domum Domini. Et assumam ex eis in sacerdotes et levitas, dicit Dominus... Veniet omnis caro ut adoret coram facie mea, dicit Dominus. *Isai. LXVI, 18 et seqq. Vid. Ibid. et LX.*

1 Ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus: et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda, quia magnum est nomen meum in gentibus, dicit Dominus exercituum. *Malach. I, 11.*

2 Bossuet, *Discurs. sobre la Hist. Univ. part. 2, c. 11.*

3 At verò Melchisedech rex Salem, proferens panem et vinum, erat enim sacerdos Dei altissimi. *Genes. XIV, 18. Salem significa paz.*

4 Juravit Dominus; et non ponitebit eum: tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech. *Ps. CIX, 4.*

5 Edent pauperes et saturabuntur... vivent corda eorum in sæculum sæculi... Manducaverunt et adoraverunt omnes pingues terræ: in conspectu ejus cadent omnes qui descendunt in terram. *Ps. XXI, 27, 30.* \* A la letra: Todos los que descenden á la tierra; es decir, todos los mortales de cualquiera estado y condicion que sean, se postrarán para adorarle.

cómo el corazon de los pueblos, mudado súbitamente, se volverá hácia el Dios que ultrajaron tan largo tiempo, él enviará su Espíritu y la tierra será renovada como por una segunda creacion<sup>1</sup>. La Iglesia, creciendo poco á poco, vendrá á ser como un gran árbol, á donde todas las aves del cielo vendrán á hacer su nido<sup>2</sup>. Probada en sus principios, sufrirá persecuciones tan violentas como vanas: sus hijos serán entregados á muerte; se les mirará como ovejas destinadas al matadero<sup>3</sup>. Los Reyes y los Principes se mancomunarán contra el Señor y contra su Cristo: dirán: Rompamos sus lazos, y sacudamos de nosotros su yugo. Pero el que habita en los cielos se burlará de ellos, y cumplirá la promesa que hizo á su Hijo de darle toda la tierra en posesion, y las naciones en herencia<sup>4</sup>.

Citaremos pues al incrédulo, no delante de los hombres, sino delante de aquel que ve el interior de los corazones, delante de Dios: que responda en su presencia. ¿ El Cristo estaba ó no predicho? ¿ Estaba anunciado con bastante claridad para que no se le pudiera desconocer?

A pesar de eso, dirá acaso, los Judíos lo han desconocido.

Sí, pero eso mismo estaba predicho; y por lo mismo en vez de debilitar, confirma la verdad de las profecías que se acaban de leer. Abrid las Escrituras: allí se dice: — Que el Cristo debe ser la piedra fundamental

1 Emittes Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ. *Ps. CII, 30.*

2 In monte sublimi Israel plantabo illud, et erumpet in germen, et faciet fructum, et erit in cedrum magnam: et habitabunt sub ea omnes volucres, et universum volatile sub umbra frondium ejus nificabit. *Ezech. XVII, 23.*

3 Propter te mortificamur tota die: astimati sumus sicut oves occisionis. *Ps. XLIII, 23.*

4 Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt reges terræ, et principes convenerunt in unum, adversus Dominum, et adversus Christum ejus. Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus á nobis jugum ipsorum. Qui habitat in cælis iridebit eos, et Dominus subsannabit eos... Dominus dixit ad me: filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula á me, et dabo tibi gentes hæreditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ. *Ps. II, 1 et seqq.*

y preciosa <sup>1</sup>. — La piedra de tropiezo y de escándalo, contra la cual muchos se estrellarán <sup>2</sup>. Que Jerusalem chocaría contra ella <sup>3</sup>. Que los que edificaban, la reprobarían y desecharían <sup>4</sup>. — Que Dios la debe constituir por cabeza *del ángulo* <sup>5</sup>. — Y que esta piedra ha de hacerse un gran monte y llenar toda la tierra <sup>6</sup>.

Escrito está que el pueblo escogido sería infiel; ingrato é incrédulo <sup>7</sup>, que negaría al Cristo, y él sería destruido <sup>8</sup>; — Que los Judíos no subsistirían en cuerpo de nación <sup>9</sup>. — Que andarían errantes, sin Reyes, sin sacrificios, sin altar, sin profetas <sup>10</sup>, esperando la salud, pero sin encontrarla <sup>11</sup>.

1 *Ecce ego mittam in fundamentis Sion lapidem probatum, angularem, pretiosum, in fundamento fundatum.... Et delebitur fedus vestrum cum morte, et pactum vestrum cum inferno non stabit. Isai. xxviii, 16, 18.*

2 *In lapidem autem offensionis, et in petram scandali, duabus domibus Israel; in laqueum et in ruinam habitantibus Jerusalem. Et offendent ex eis plurimi, et contereantur, et irretientur, et capientur. Ib. viii, 14, 15. — 3 *Ibid.**

4 *Lapitem quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli, Ps. cxvii, 22.*

5 *Ibid.*

6 *Lapis autem... factus est mons magnus, et implevit universam terram. Daniel. ii, 35.*

7 *Expandi manus meas tota die ad populum incredulum. Isai. lxv, 2. — Id. lxv, 8, 9.*

8 *Post hebdomades sexaginta duas occidetur Christus: et non erit ejus populus, qui eum negaturus est. Dan. ix, 26. — Isai. v, 5 et seqq.*

9 *Tunc et semen Israel deficiet, ut non sit gens coram me cunctis diebus. Jerem. xxxi, 36.*

10 *Se cree comunmente que los rabinos son los sacerdotes de los Judíos; pero el célebre M. Drach, rabino convertido, y que podía saberlo mejor que ninguno, prueba que no, y ni aun por su medio se hacen siquiera las oraciones en sus consistorios.*

11 *Dies multos sedebunt filii Israel sine rege, et sine principe, et sine sacrificio, et sine altari, et sine ephod, et sine teraphim. Osee iii, 4. — Ecce dies veniunt, dicit Dominus, et mittam famem in terram: non famem panis, neque sitim aquae; sed audiendi verbum Domini. Et commovebuntur a mari usque ad mare, et ab Aquilone usque ad Orientem: circuibunt querentes Verbum Domini, et non invenient. Amos viii, 11, 12.*

No se pueden oír sin estremecerse las maldiciones pronunciadas contra este pueblo prevaricador. « Si no quieres escuchar la voz del Señor tu Dios, serás maldito » en todos tus caminos, maldito en la ciudad, maldito » en el campo. El Señor te herirá de demencia y de ceguera, y de un profundo trastorno de espíritu, y » andarás á tientas al medio día, como un ciego en las » tinieblas, y no hallarás tu camino. Llevarás en todo » tiempo sobre ti el peso del ultraje, serás oprimido » por la violencia, y nadie te librerá. El extranjero que » habitará la tierra contigo, prevalecerá y se levantará » sobre tí. Tu bájárs y estarás debajo de él. Un pueblo que no conoces, devorará el fruto de tu trabajo: llevarás siempre sobre tí el oprobio: oprimido » todos los días, serás herido de estupor y de espanto á vista de lo que tus ojos verán. Pasarás en » proverbio, y serás la fábula de todos los pueblos á » donde yo te conduciré, dice el Señor <sup>1</sup>. »

Decidnos pues ahora, si Dios no es fiel en sus amenazas como en sus promesas.

« Los Judíos, quitando la vida á Jesucristo por no recibirle por Mesías, han dado la última señal de que » en verdad lo era. Continuando en desconocerle, se han » hecho testigos irrecusables; y crucificándole y continuando en negarle, han cumplido las profecías <sup>2</sup>. »

Pero Dios no los abandonará eternamente; llegará para ellos el día del arrepentimiento y de la miseria-

1 *Quòd si audire nolueris vocem Domini Dei tui... maledictus eris in civitate, maledictus in agro.... Maledictus eris ingrediens, et maledictus egrediens.... Pereutiat te Dominus amentia et cæcitate, ac furore mentis, et palpes in meridie sicut palpare solet cæcus in tenebris, et non dirigas vias tuas. Omnique tempore calumniam sustineas, et opprimaris violentia, nec habeas qui liberet te.... fructus terræ tuæ, et omnes labores tuos comedat populus quem ignoras, et sis semper calumniam sustinens, et oppressus cunctis diebus et stupens ad terrorem eorum quæ videbunt oculi tui.... Et eris perditus in proverbium ac fabulam omnibus populis, ad quos te introduxerit Dominus.... Advena qui tecum fuerit in terrâ, ascendet super te, eritque sublimior: tu autem descendes, et eris inferior. Deuteron. xviii, 15 et seqq.*

2 *Pens. de Pascal. part. 2, art. 11.*

cordia. El Señor extenderá segunda vez la mana para recoger los restos de su pueblo <sup>1</sup>. Las reliquias de Jacob se convertirán al Dios fuerte <sup>2</sup>. El Profeta ha visto *la mirada que ha echado Israel sobre aquel á quien clavaron, y las lágrimas que ha derramado sobre él, como sobre un hijo único, como se llora la muerte de un hijo primogénito* <sup>3</sup>. Despues de su larga dispersion, en los últimos dias los hijos de Israel volverán á buscar á su Dios y á David su Rey; y temblarán de respeto en su presencia, y á la vista del bien que él les ha dado <sup>4</sup>.

No hemos llegado aun á los tiempos señalados en esta profecía <sup>5</sup>. Pueden verse en Bossuet como se han cumplido las de Jesucristo sobre la ruina de Jerusalén, y del pueblo deicida <sup>6</sup>. Habia anunciado que seria puesto en manos de los Príncipes de los sacerdotes y de los escribas, condenado á muerte, entregado en seguida á los gentiles, escarnecido, azotado, crucificado, y que resucitaria al dia tercero <sup>7</sup>. San Pedro habia hecho muchas predicciones, y un autor pagano, cuyo testimonio produce Orígenes, testifica que todas ellas se habian

<sup>1</sup> Adjiciet Dominus secundò manum suam ad possidendum residuum populi sui. *Isai.* xi, 11.

<sup>2</sup> Reliquiæ convertentur, reliquæ, inquam, Jacob ad Deum fortem. *Id.* x, 21.

<sup>3</sup> Aspicient ad me quem confixerunt: et plangent eum planctu quasi super unigenitum, et dolebunt super eum, ut doleri solet in morte primogeniti. *Zach.* xii, 10.

<sup>4</sup> Et post hæc revertentur filii Israel, et quærent Dominum Deum suum, et David regem suum: et pavebunt ad Dominum, et ad bonum ejus, in novissimo dierum. *Osee* iii, 5. — *Ezech.* xx, 41.

<sup>5</sup> *Non est nostrum nosse tempora quæ Pater posuit in sua potestate*; pero atendidos los tiempos peligrosos en que se vive, no se puede leer sin excitar grandes reflexiones, en las cartas de M. Drach, rabino convertido, que se empieza á advertir un movimiento extraordinario de conversiones entre los Judíos: apenas hay tribunal y consistorio en Francia, que no cuente algunos de estos ya verdaderos Israelitas.

<sup>6</sup> *Disc. sobre la Hist. Univ.* part. 2, c. 22.

<sup>7</sup> Ecce ascendimus Jerosolymam, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum, et Scribis, et condemnabunt eum morte, et tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum, et tertiâ die resurget. *Matth.* xx, 18, 19.

puntualmente verificado <sup>1</sup>. La revelacion de San Juan anuncia los destinados futuros de la Iglesia; porque entraba en las miras de Dios que la historia de la sociedad en que queria ser honrado, fuese predicha, á fin de que nada hubiera en ella que no fuese maravilloso, y tambien para mostrar su independencian de todas las cosas humanas. Cuando las señales precursoras del fin de los tiempos parezcan, los Cristianos no serán sorprendidos; y en la esperanza del soberano Juez, ya partido del cielo para dar á cada uno segun sus obras, se les verá los únicos tranquilos en medio de la horrible confusion, y del trastorno del mundo que se desploma.

Además de las Profecias directas, los Libros santos ofrecen tambien profecias *de accion*, como se explica San Crisóstomo <sup>2</sup>. Cuando Isaías dijo (y es uno de los ejemplos que cita): *El ha sido llevado á la muerte como una oveja y como un cordero delante del que lo trasquila*, nos ofrece una profecía verbal ó de palabra: «Peró cuando Abraham toma á su hijo Isaac, y viendo un carnero enredado por los cuernos, lo sacrifica realmente, entonces anuncia en figura la pasión que debia salvarnos <sup>3</sup>.»

La ley de Moysés figuraba la ley evangélica; y las relaciones entre las dos leyes son tantas y tan manifiestas, que seria superfluo el indicarlas. Por otra parte, esto es lo que hicieron los Apóstoles casi en cada página de sus escritos. ¿Quién no reconocerá la Pascua verdadera en el cordero inmolido en señal de la libertad de Egipto? Casi toda la historia de los Judíos es igualmente figurativa. La serpiente de metal levantada en el desierto, y que curaba á los que la miraban, ¿no representa claramen-

<sup>1</sup> *Phleg.* lib. 13 y 14. *Chron. ap. Orig. contr. Cels.* lib. 2, n. 14, tom. 1, p. 401.

<sup>2</sup> S. Chrysost. *Hom.* 6, de *Pænit. Oper.* t. II, p. 223 seqq.

<sup>3</sup> *Sicut ovis ad occisionem ductus est, et sicut agnus coram tondente se.* Hæc est per verbum prophetia. Cum enim Abraham tulit Isaac, tunc arietem videns hærentem cornibus, ad sacrificium duxit opere, veluti per figuram proclamans salutarem passionem. *Ibid.* p. 324.

<sup>4</sup> *Pesah*, que se interpreta comunmente con la Vulgata por la palabra *transitus*, *pasaje*, significa *expiacion* segun Michaelis; y el árabe favorece este sentido.

te el árbol de la cruz que nos ha curado también de la *mordedura de la serpiente*? El maná recuerda el alimento divino con que Jesucristo alimenta milagrosamente á los fieles. ¿Y no estaba él mismo figurado por los santos personajes de la ley Antigua<sup>1</sup>; por Job, por Moisés, Josué, David, modelo de mansedumbre, de humildad, de paciencia en la aflicción? Este santo Rey figura al Mesías padeciendo, como Salomón le representa glorioso, levantando á Dios un templo, cuya duración será eterna.

Los Patriarcas tienen con él rasgos de semejanza no menos patentes. «Jesucristo figurado por Josef, el mas » amado de su padre, enviado por él para ver á sus her- » manos, es el inocente vendido por estos mismos en » veinte dineros, que por esto vino á ser su Señor, su » Salvador, y el Salvador de los extranjeros, y el Salva- » dor del mundo; lo que no hubiera sido sin aquel de- » signio formado de perderle, sin la venta y reprobación » que hicieron de él.

» El inocente Josef está en la prisión entre dos delin- » cuentes; Jesus en la cruz entre dos ladrones. Josef » predice la vida al uno y la muerte al otro, sobre unas » mismas apariencias ó representaciones; Jesucristo sal- » va al uno y deja al otro con unos mismos crímenes: » Josef no hace mas que predecir; Jesucristo obra. Josef » pide al que será libre, que se acuerde de él cuando » se vea restituido á su antiguo destino; y aquel á quien » Jesucristo salva, le pide á este que se acuerde de él » cuando estuviere en su reino<sup>2</sup>. »

De este modo las figuras concuerdan con las profecías y los sucesos han verificado las profecías y las figuras. Los justos de la ley antigua, los Judíos espirituales conocían á Jesucristo casi tan claramente como nosotros mismos le conocemos. ¿Con cuánta verdad decía él: *¡Escudriñad las Escrituras, ellas dan testimonio de*

1 V. Heydeck, *Defensa de la Religión cristiana*, t. II, p. 179 y sig. Seg. edic. Madrid, 1798.

2 *Pensam. de Pascal*, part. 2, art. 9. \* Recientemente se ha publicado una obrita en Francia por M. Caron, Cura de Ailly-le-Haut-Clocher, diócesis de Amiens, bajo el título de: *Essai sur les rapports entre le Saint Patriarche Joseph et notre Seigneur Jésus-Christ*; que ha producido maravillosos efectos entre los Judíos.

*mi*! No tememos decirlo. Lean los incrédulos el Evangelio, observen atentamente las principales circunstancias de la vida del Salvador, el carácter y objeto de su misión, los efectos que esta debía producir; y los desafiamos francamente, que compongan si saben, otras, profecías mas claras que las profecías verdaderas, sobre todos los sucesos que ellas han anunciado.

No se nos hable pues de oscuridad; todo es oscuro para el que cierra los ojos, pero sus tinieblas no debilitan la luz que alumbra el mundo. No se nos hable tampoco de *casualidad* para explicar el don de profecía, á menos que no se sostenga que ha sido *casualidad* el que los Evangelistas, refiriendo las acciones del Hombre-Dios, hayan contado lo que él hizo y ha padecido realmente. Si ellos no han dicho sino lo que han visto, y no lo han podido decir sino despues de haberlo visto, los Profetas que dijeron las mismas cosas que ellos, las vieron sin duda como ellos; y en el hecho mismo está invenciblemente probada su inspiración, igualmente que la divinidad del Cristianismo.

Pero aun cuando el incrédulo resistiese á una tan clara evidencia, no por eso quedaria libre de la obligación de creer, que tan pesada le parece. A no trastornar el fundamento de la razón<sup>3</sup>, se verá obligado á ceder al testimonio de dos inmensas sociedades, que concurren á establecer la autoridad de las profecías. ¿Negará la realidad de ellas? Los Judíos lo confunden con su testimonio: ¿Negará su cumplimiento? Estos mismos Judíos, como hemos visto, son una prueba viva de él, y el testimonio de los Cristianos no permite formar la mas leve duda. Porque en verdad, ¿qué se le opondría? ¿el testimonio de de los idólatras? Estos ni afirman ni niegan, ignoran<sup>3</sup>. ¿El de los Musulmanes? Es conforme al testimonio de los

1 *Scrutamini Scripturas...* et illæ sunt quæ testimonium perhibent de me. *Joan.* v, 39.

2 Entiende el testimonio comun ó general, señal segura de certidumbre, y en el entender del autor, único criterio de ella.

3 Se ha visto que muchos paganos, Porfirio, Juliano, Phlegon, reconocían la autoridad y el cumplimiento de muchas profecías contenidas en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Cristianos <sup>1</sup>. ¿En qué se fundará pues el incrédulo para impugnarla? ¿En su razon? ¿porqué así le parece á él? Si su razon puede prevalecer contra la razon de una innumerable multitud de hombres tan ilustrados, tan sinceros como él, ya no habrá razon humana, juicio comun, que haga ley ni certeza; cada uno tendrá su verdad como tiene su razon particular. Será necesario concebir bajo una misma nocion lo verdadero y lo falso; y despues de haberlo confundido todo, admitido todo, negado todo, desechar con desprecio hasta el pensamiento mismo; y gemir en silencio, en finieblas eternas, sobre esta gran ilusion que llama inteligencia.

En vano buscaria el incrédulo fuera del Cristianismo un camino que no viniese á parar á este abismo. ¿Y qué señal mas clara y patente de santidad en la Religion cristiana, que la de no poder desecharse ninguno de sus dogmas, ninguno de los hechos sobre que está establecida, sin deshorrar al hombre mismo aniquilando ó destruyendo su razon? Lo que viene de Dios es verdadero, es santo: y ¿cómo podría no venir de Dios una Religion fundada sobre tantas profecias, cuyo cumplimiento atestigua casi todo el mundo entero? ¿Quién habria inspirado á los Profetas? ¿Quién les habria revelado al Salvador del mundo, y la época de su venida, y las circunstancias de su vida, de su pasion, de su muerte y de su resurreccion? A ellos nada se les ha ocultado: la reprobacion de los Judios infieles, la vocacion de los gentiles, los trabajos y persecuciones que padeceria la Iglesia naciente, el glorioso triunfo que sucederia á sus trabajos, todo lo han conocido, todo ha sido predicho. Por el espacio de cuatro mil años el género humano ha oido su voz anunciarle cada vez mas claramente estas maravillas. ¿Este prolongado milagro debia servir para autorizar el error y consagrar la impostura? ¿Quién osará pensarlo? Es necesario pues reconocer que el Cristianismo es divino. Y en

<sup>1</sup> Despues de haber nombrado á Abraham, Isaac, Jacob, Joséf, Noé, Job, Moisés, Aaron, David, Salomon, Elias, Eliseo, Zacarias, Jonás, Jesueristo, S. Juan; Mahoma hace hablar así á Dios en el Koran: « A estos es á quienes hemos dado la escritura y la sabiduria, y el don de la profecía. » Véase á Sale, *the Koran translated*, vol. I, p. 171; vol. II, c. 16, p. 103 et alibi.

efecto, ¿qué cosa mas divina que una Religion que satisfice plenamente todas las necesidades, todos los deseos de nuestra alma, mostrándonos á un tiempo nuestro principio y nuestro fin, nuestro origen y nuestros destinos, lo que fué y lo que será; Una Religion que, por decirlo así, convoca los siglos pasados y los futuros, los reune á nuestra vista; á fin de desprendernos de lo presente, que todo es nada, é instruirnos de nuestra grandeza, y hacer descubrir en una existencia de un momento la eternidad toda entera. Para el cristiano no hay tiempo; el poder de la fe es indudablemente tal, que reanima lo pasado, realiza lo porvenir, y crea en nosotros una como imágen de aquella vida sin sucesion, sin tarde ni mañana, y á quien no regula ni mide duracion alguna; de aquel pensamiento inmutable, inalterable, infinito, que lo comprende todo en su unidad; vida perfecta, vida inmensa del autor de la misma vida; pensamiento eterno del Sér eterno.

## CAPÍTULO X.

### Milagros.

Una Religion fundada sobre profecias ciertas, es evidentemente obra de Dios, pues solo Dios conoce lo por venir. El Cristianismo está fundado sobre profecias que no se pueden negar sin negar la historia de los Judios, la historia Evangélica, y aun la tradicion universal y perpetua de todo el género humano; es decir, sin destruir la base de toda certeza: luego el Cristianismo es divino.

Pero además de esto, la divinidad de la Religion Cristiana se manifiesta aun con no menos esplendor y magnificencia por los milagros obrados, para servirle de prueba, desde el principio del mundo. Dios al manifestarse al hombre, ó al dictarle leyes, jamás separó los prodigios de su poder de las maravillas de su pensa-



Cristianos <sup>1</sup>. ¿En qué se fundará pues el incrédulo para impugnarla? ¿En su razon? ¿porqué así le parece á él? Si su razon puede prevalecer contra la razon de una innumerable multitud de hombres tan ilustrados, tan sinceros como él, ya no habrá razon humana, juicio comun, que haga ley ni certeza; cada uno tendrá su verdad como tiene su razon particular. Será necesario concebir bajo una misma nocion lo verdadero y lo falso; y despues de haberlo confundido todo, admitido todo, negado todo, desechar con desprecio hasta el pensamiento mismo; y gemir en silencio, en finieblas eternas, sobre esta gran ilusion que llama inteligencia.

En vano buscaria el incrédulo fuera del Cristianismo un camino que no viniese á parar á este abismo. ¿Y qué señal mas clara y patente de santidad en la Religion cristiana, que la de no poder desecharse ninguno de sus dogmas, ninguno de los hechos sobre que está establecida, sin deshonorar al hombre mismo aniquilando ó destruyendo su razon? Lo que viene de Dios es verdadero, es santo: y ¿cómo podría no venir de Dios una Religion fundada sobre tantas profecias, cuyo cumplimiento atestigua casi todo el mundo entero? ¿Quién habria inspirado á los Profetas? ¿Quién les habria revelado al Salvador del mundo, y la época de su venida, y las circunstancias de su vida, de su pasion, de su muerte y de su resurreccion? A ellos nada se les ha ocultado: la reprobacion de los Judios infieles, la vocacion de los gentiles, los trabajos y persecuciones que padeceria la Iglesia naciente, el glorioso triunfo que sucederia á sus trabajos, todo lo han conocido, todo ha sido predicho. Por el espacio de cuatro mil años el género humano ha oido su voz anunciarle cada vez mas claramente estas maravillas. ¿Este prolongado milagro debia servir para autorizar el error y consagrar la impostura? ¿Quién osará pensarlo? Es necesario pues reconocer que el Cristianismo es divino. Y en

<sup>1</sup> Despues de haber nombrado á Abraham, Isaac, Jacob, Joséf, Noé, Job, Moisés, Aaron, David, Salomon, Elias, Eliseo, Zacarias, Jonás, Jesueristo, S. Juan; Mahoma hace hablar así á Dios en el Koran: « A estos es á quienes hemos dado la escritura y la sabiduria, y el don de la profecía. » Véase á Sale, *the Koran translated*, vol. I, p. 171; vol. II, c. 16, p. 103 et alibi.

efecto, ¿qué cosa mas divina que una Religion que satisfice plenamente todas las necesidades, todos los deseos de nuestra alma, mostrándonos á un tiempo nuestro principio y nuestro fin, nuestro origen y nuestros destinos, lo que fué y lo que será; Una Religion que, por decirlo así, convoca los siglos pasados y los futuros, los reune á nuestra vista; á fin de desprendernos de lo presente, que todo es nada, é instruirnos de nuestra grandeza, y hacer descubrir en una existencia de un momento la eternidad toda entera. Para el cristiano no hay tiempo; el poder de la fe es indudablemente tal, que reanima lo pasado, realiza lo porvenir, y crea en nosotros una como imágen de aquella vida sin sucesion, sin tarde ni mañana, y á quien no regula ni mide duracion alguna; de aquel pensamiento inmutable, inalterable, infinito, que lo comprende todo en su unidad; vida perfecta, vida inmensa del autor de la misma vida; pensamiento eterno del Sér eterno.

## CAPÍTULO X.

### Milagros.

Una Religion fundada sobre profecias ciertas, es evidentemente obra de Dios, pues solo Dios conoce lo por venir. El Cristianismo está fundado sobre profecias que no se pueden negar sin negar la historia de los Judios, la historia Evangélica, y aun la tradicion universal y perpetua de todo el género humano; es decir, sin destruir la base de toda certeza: luego el Cristianismo es divino.

Pero además de esto, la divinidad de la Religion Cristiana se manifiesta aun con no menos esplendor y magnificencia por los milagros obrados, para servirle de prueba, desde el principio del mundo. Dios al manifestarse al hombre, ó al dictarle leyes, jamás separó los prodigios de su poder de las maravillas de su pensa-

miento, á fin de que reconociendo en esta señal infalible la autoridad suprema á quien el universo obedecía, el hombre, incapaz de comprender todas las verdades que debe creer, obedeciese sin vacilar á la palabra del Sér infinito.

Para formar una idea justa de los Milagros y de su objeto, es necesario recordar que la Religion, ó el conjunto de leyes de nuestra naturaleza inteligente, no ha podido sernos conocida sino por la revelacion. ¿Cómo podríamos saber lo que es Dios, y lo que nosotros somos, si Dios mismo no nos hubiera instruido de ello? Y si ignoramos lo que somos, y lo que Dios es, ¿cómo conoceríamos las relaciones que nos unen á él, y que se derivan necesariamente de su naturaleza y de la nuestra? Luego no hay dogmas ó *verdades-leyes*, no hay deberes, no hay Religion, á menos que Dios no la haya revelado. Y como es imposible que ninguna sociedad subsista sin Religion, y el hombre mismo no subsiste sino en la sociedad, síguese que la revelacion de las leyes únicas que hacen la sociedad posible, es una condicion necesaria de la existencia del hombre, y su existencia prueba la de la revelacion, atestiguada por otra parte, como hemos visto, por todo el género humano.

Mas ¿de qué medio se ha servido Dios para revelar al hombre las verdades que debía conocer, los deberes que estaba obligado á cumplir? Sin duda de un medio *natural* ó conforme á la naturaleza del hombre; porque seria un absurdo suponer que el medio por el cual Dios ha revelado al hombre las leyes de su naturaleza, fuese opuesto á esta misma naturaleza. Habria implicacion en los mismos términos.

Ahora bien, la naturaleza del hombre es tal, que en su estado presente la palabra <sup>1</sup> es el único medio de comunicacion entre los espíritus, y por consiguiente el lazo natural ó necesario de la sociedad; y se puede desafiar á todos los hombres juntos que revelen á otro hombre una idea sola por un medio diferente. Era necesario pues que Dios ó mudase la naturaleza de los séres y destruyese el órden que habia establecido, ó que emplease el me-

<sup>1</sup> Vocal ó escrita.

dio *natural* de la palabra para revelar á los hombres la Religion; y desde entonces es claro que, á menos de multiplicar infinitamente las revelaciones inmediatas ó aniquilar la sociedad haciendo á cada uno independiente, un hombre ha debido ser el órgano de los pensamientos y voluntades divinas, siempre que Dios ha querido hablar al género humano.

Establecido esto, no queda que resolver sino una sola cuestion; á saber: ¿Qué señales ó por qué signos se reconocera ciertamente un Enviado divino? ¿Cuáles serán los titulos de su mision? ¿Será una prueba suficiente la doctrina que anuncia? Pero la verdad de esta misma doctrina, es lo que se trata de probar. ¿Será cada uno juez de ello? Entonces ya no es una ley, sino una opinion filosófica, que seria libre de admitir ó desechar, y modificar á su arbitrio. Por otro lado, siendo la mayor parte de los hombres incapaces aun de examinar, estarian en una eterna impotencia ó imposibilidad de saber si existe una verdadera revelacion. Léjos pues de que la doctrina pruebe la mision, al contrario, la mision es la que autoriza la doctrina. La fe no es debida sino á Dios: antes de exigir que yo me someta á vuestra enseñanza é instrucciones, mostradme cómo podré asegurarme con toda certeza que realmente él es el que os envía.

Un hombre dice: yo soy el órgano de la Divinidad, escuchadme. ¿Pero qué impostor ó entusiasta no puede decir lo mismo? Luego su palabra sola no basta, como lo confiesa el mismo Juliano apóstata <sup>1</sup>; es necesario pues que esté apoyado de una sancion; es necesario, en una palabra, que el Todo-poderoso acredite á su enviado cerca de aquellos á quienes debe hablar en su nombre.

Ahora pues, por lo mismo que está escogido para promulgar sus mandatos, es fácil comprender cual debe ser la naturaleza de esta sancion indispensable, que en todos los hombres, sabios é ignorantes, debe igualmente hacer impresion. El poder se manifiesta por obras, el Enviado divino deberá pues manifestar un poder divino.

<sup>1</sup> « El simple discurso no basta para establecer la verdad, es necesario además que las palabras vayan acompañadas de alguna señal evidente. » *Julian, ap. Cyril.* lib. 10, sub fin.

Este es su título; no se puede ni contrahacerlo ni contestársele; y es *natural* que aquel sea el ministro de una acción divina, que se anuncia como órgano de las voluntades de Dios.

Esta acción divina es lo que se llama milagro. Luego no hay revelación sin milagro: es decir, no hay voluntad divina manifestada á los hombres por la palabra, sin acción divina percibida del hombre por sus sentidos.

De paso haremos notar aquí una inconsecuencia de los deístas. Imaginándose ellos que una revelación hecha á cada uno en particular, ó á cada hombre individualmente, sería mas conforme á la sabiduría de Dios, que una revelación general hecha á todo el género humano, niegan esta última revelación, y se creen por ello autorizados á negar la necesidad de los milagros. Pero se engañan miserablemente: porque aun suponiendo que Dios revelase particularmente á cada uno de nosotros los deberes de nuestra voluntad y de nuestro entendimiento, deberían mas bien concluir la necesidad de otros tantos milagros como hombres hay, y como pensamientos hay en el espíritu de cada hombre; porque no siendo ninguno de ellos infalible, ninguno de ellos puede estar cierto, si Dios no le asegura de ello por algun signo exterior<sup>1</sup>, que aquello que le parece verdadero realmente lo es, ó no puede con toda seguridad distinguir de sus propios pensamientos las verdades que Dios le revela: de donde se sigue que un deísta, si es consiguiente, debe necesariamente venir á parar en escéptico y visionario; pues su sistema lleno de contradicciones no le permite detenerse sino en la duda, ó un el fanatismo<sup>2</sup>.

Hemos dicho que el hombre enviado de Dios debía probar su misión mostrándose como el ministro del poder divino, es decir, por acciones divinas ó por milagros. Mas ¿en qué caracteres reconoceremos el milagro, ó la acción del poder divino?

1 No se habla de aquellas revelaciones puramente intelectuales que traen consigo la seguridad de que son ciertas á la persona que las recibe; pero no podrá persuadir de ellas, ni certificar su verdad á los demás, sino por algun signo externo.

2 Los Martinistas, y todos los Iluminados, son los fanáticos del deísmo.

1º Toda acción es externa; luego todo milagro debe ser sensible.

2º Es necesario que el poder divino se manifieste con toda claridad; luego el milagro debe ser evidentemente superior al poder natural del que lo obra.

Toda acción que tiene este carácter es un milagro, y el autor del milagro es sin duda alguna el órgano de la divinidad, pues que es visiblemente el depositario de su poder.

Siendo el milagro una *acción divina*, síguese que solo Dios posee, y él solo puede comunicar el poder de hacer milagros<sup>1</sup>: Luego ningún milagro puede verificarse para autorizar el error<sup>2</sup>, pues que Dios, autor del milagro, es la suprema verdad<sup>3</sup>.

1 ¿Se pregunta entre los teólogos si los espíritus buenos, y aun los malos, pueden hacer milagros? Segun lo que acabamos de decir se ve que este poder no pertenece, ni puede pertenecer esencialmente sino á Dios. La cuestión se reduce pues á saber, si Dios se vale como de instrumentos en la producción de los milagros de los espíritus buenos y malos; cuestión poco interesante, pues que en realidad siempre sería Dios el verdadero autor del milagro que obra-se así el bueno como el mal Espíritu. — Hay leyes generales que rigen á los espíritus ó inteligencias, como las hay que rigen los cuerpos, porque todo está arreglado en las obras de Dios, y él que es el orden mismo por esencia, no ha podido hacer cosa alguna que no fuese ordenada por algun fin digno de él. Supuesto pues que los espíritus ó inteligencias superiores al hombre hayan recibido de Dios el poder de suspender ó mudar en ciertas ocasiones las leyes de la naturaleza física este poder no puede ejercerse sino como Dios lo manda ó permite, y por consiguiente halla en la voluntad de Dios sus límites y su regla. No puede, pues, en ningún caso ser empleado para establecer ó favorecer el error, que es lo mas opuesto que se puede dar á la voluntad y esencia misma de Dios; pues que *Deus veritas est.*

2 «Sería necesario no tener la mas ligera noción de Dios para persuadirse que puede atestiguar la mentira, y confirmarla.» *Pens. de Bourdaloue*, t. I, p. 164.

3 «Después de haber probado, dice Rousseau, la doctrina por el milagro, es necesario probar el milagro por la doctrina. Esto es expreso, añade, en mil lugares de la Escritura, y entre otros en el Deuteronomio, xiii, en donde se dice, que, si un Profeta anunciando dioses extranjerios confirma su doctrina por prodigios, y sucede lo que predice, léjos de tener atención á ellos, se

Siendo pues ciertos, ó estando averiguados los milagros dados en prueba de una doctrina, toda discusion sobre esta doctrina es ya inútil; y no hay mas que someterse y creerla.

Los incrédulos, no pudiendo negar una verdad tan

» debe dar la muerte á aquel Profeta. » *Emile*, l. 4, t. III, p. 15. — En primer lugar, en ninguna parte dice la Escritura lo que Rousseau le hace decir; hé aqui sino el texto del Deuteronomio: *Si surrexerit in medio tui propheta aut qui somnium vidisse se dicat, et prædixerit signum atque portentum, et evenerit quod locutus est, et dixerit tibi: Eamus, et sequamur deos alienos quos ignoras, et serviamus eis: non audies verba prophetae illius aut somniatoris.... Propheta autem ille aut fictor somniorum interficietur.* Moisés, como se ve, habla de un hombre que *finge* haber tenido sueños, y que bajo este pretexto induce al pueblo á la idolatría. «Aun cuando, dice él á los Israelitas, las predicciones que os da como un signo maravilloso se llegasen á cumplir, no le escuchéis.» ¿Qué hay en todo esto que tenga relacion con una doctrina confirmada por prodigios? ¿Es acaso un prodigio que el hombre tenga un sueño? ¿Lo es que este se verifique? Y porque Moisés advierta á los Judíos que sean cautos y estén precavidos contra los impostores que procurarán apartarlos del culto del verdadero Dios; porque les prohíba dar oídos á un hombre que, sobre la autoridad de un sueño que dice haber tenido, los indujese á la idolatría, ¿se puede concluir de esto que él pensaba que los milagros no probaban la doctrina, cuando á cada instante está él mismo recordando sus propios milagros para confirmar la doctrina que anunciaba? — Los incrédulos, y el mismo Rousseau, hacen mucho ruido con los magos de Faraon, los cuales por medio de ciertos *secretos, arcana quadam*, imitaron algunos de los prodigios obrados por Moisés. Pero ¿quién niega que algunos astutos charlatanes pueden contrahacer á su arbitrio serpientes y ranas, y mudar el color del agua? Por lo demás, los *sabios* y los encantadores de Egipto no tardaron en confesarse vencidos, y reconocer la accion de Dios en las obras de su Enviado: *Et dixerunt malfici ad Pharaonem: Digitus Dei est hic* (*Exod.* viii, 19). Ellos confiesan todo lo que niegan los incrédulos, la realidad de los milagros de Moisés, y su mision divina, que es la consecuencia de ellos. Confiesan, en fin, que el *Dedo de Dios*, su poder, no intervenia en lo que ellos habian hecho; es decir, que ellos no habian hecho milagros. Fuera de que se debe notar que sus prestigios, fuesen cuales fuesen, no tenian tampoco por objeto *confirmar* doctrina alguna; lo que por sí solo basta para disipar y desvanecer todas las dificultades de los incrédulos.

evidente, han procurado eludir por diversos medios la prueba invencible que se deduce de ella en favor del Cristianismo. Unos, como Voltaire, que toma todos sus argumentos de Espinosa<sup>1</sup>, han negado formalmente la posibilidad de los milagros.

«Un milagro es, dice él, la violacion de las leyes matemáticas, divinas, inmutables, eternas. Por esta sola exposicion, un milagro es una implicacion, una contradiccion en los términos. Una ley no puede ser á un mismo tiempo inmutable y mudada. Pero siendo esta ley, les dice (á los físicos á quienes él hace hablar) establecida por Dios mismo, ¿no puede ser suspendida por su autor? Han tenido la osadía de responder que no, y que es imposible que el Sér infinitamente sabio haya hecho leyes para quebrantarlas. No podia, dicen, descomponer su máquina sino para hacerla andar mejor: es claro que siendo Dios hizo ésta máquina inmensa tan buena como la pudo hacer; y si vió que tendria alguna imperfeccion resultante de la naturaleza de la materia, proveyó á ella desde el principio, y así nada mudará en ella jamás...»

«Y para qué fin haria Dios un milagro? ¿para llegar á conseguir ó realizar algun designio sobre algunos seres vivientes? Entonces seria decir: no he podido llegar á conseguir por la fábrica del universo, por mis decretos divinos, por mis leyes eternas este designio: voy pues á mudar mis ideas eternas, mis leyes inmutables para tratar de ejecutar lo que no he podido hacer por ellas. Esto seria mas una confesion de su flaqueza y debilidad, que de su poder. Seria en él, á mi modo de pensar, la mas inconcebible contradiccion. Asi que, suponer ó atribuir á Dios milagros, es verdaderamente insultarle (si es que los hombres insultan á Dios). Es decirle: Sois un sér débil é inconsiguiente. Es pues un absurdo creer milagros, es deshorrar en algun modo á la divinidad<sup>2</sup>.»

No se podria en verdad afirmar mas expresamente que Dios no podia hacer milagros. Voltaire se lo niega en vir-

<sup>1</sup> *Tractat. theslog. politic.* cap. 6.

<sup>2</sup> *Diction. philosoph.* part. 2, art. *Miracles*.

tud de leyes inmutables, de decretos divinos, y de ideas eternas; como si un milagro no pudiese ser tambien una idea eterna, un decreto ó una voluntad conexas en el órden general con las otras voluntades divinas, ó con las otras leyes que se llaman inmutables; como si nosotros tuviésemos otro motivo para creerlas tales, sino porque no las vemos mudarse ordinariamente; y como si desde entonces una sola variacion observada en estas leyes no probase con tanta certeza que ellas no son rigurosamente inmutables, como lo raro de semejantes variaciones prueba su inmutabilidad habitual; como si nosotros pudiésemos asegurar con el menor fundamento, que su duracion debia ser eterna; en fin, como si no hubiese en Dios, en el Sér infinito mas que decretos absolutos, y sus voluntades ó determinaciones creasen para él una especie de necesidad fatal, y como un Dios sobre Dios.

Deistas, venid á oír á uno de vuestros maestros, y no me sorprendrá que su autoridad prevalezca en vuestro espíritu contra la evidencia misma; porque el efecto del error es acostumbrar la razon á la esclavitud, que es el castigo del orgullo. ¿Qué os diré pues? ¿Qué opondré á la autoridad que os subyuga? Voltaire ha hablado, lo confieso; pero dignaos escuchar tambien á Rousseau.

« Un milagro es un acto inmediato del poder divino » en un hecho particular, una variacion sensible en el » órden de la naturaleza, una excepcion real y visible á » sus leyes..... ¿Dios puede hacer milagros? Esta cuestion tratada seriamente seria impía, si no fuese absurda. Castigar al que la resolviese negativamente seria » hacerle mucho honor; bastaria encerrarlo <sup>1</sup>. »

Realmente no se ve porque el Deista y aun el Ateo pueden detenerse en creer un hecho milagroso. En sus sistemas nada debe parecerles mas sencillo; y el Cristiano tiene motivos poderosos, que ellos no tienen, de examinar escrupulosamente la verdad de semejantes hechos; porque la Religion le enseña lo que la razon sola le dejaría ignorar; á saber, que estos hechos no se verifican sino por grandes motivos y en pocas ocasiones.

1 *Lettres écrites de la Montagne*, p. 104, édit. de Paris, 1793.

El Deista, que admite la providencia ó la accion perpetua de Dios en el universo, no puede, sin contradecirse, negar la posibilidad de esta accion; no puede sostener á un mismo tiempo que ella existe, y que no puede existir. Un milagro no es mas que esta accion manifestada, como lo dice Rousseau, *en un hecho particular*. Y bien, ¿en qué es mas admirable, mas increíble este hecho particular, esta accion inmediata del poder divino que los hechos generales, que, por confesion del Deista, son tambien actos ó acciones inmediatas del poder de Dios? Dios da la vida á todos los hombres: hé aquí un hecho general. Se la da á un hombre por un fin, sea si se quiere desconocido: hé ahí el hecho particular. ¿Qué hay en esto que pueda sorprender á un Deista firme en sus principios; que pueda hacerle temer venir á ser un loco <sup>1</sup> si fuese testigo de ello? Él conviene en que Dios puede con tanta facilidad volver á un hombre la vida, como le fué dársela la primera vez. ¿Negará que quiera? Eso seria negar el hecho que suponemos probado, y negarlo únicamente, porque no sabe los motivos que han podido determinar la accion del Sér infinito. ¿Se admirará de que Dios haya querido obrar este acto de su poder? Pues que se admire igualmente de todo; porque el que desecha la revelacion, ¿qué sabe, qué conoce de la voluntad y designios de Dios? Admirarse de un acto cualquiera en que su poder se manifieste inmediatamente, seria admirarse de no conocer todos sus pensamientos, todas sus voluntades; seria admirarse de no ser Dios.

1 « Por mas brillante que me pudiera parecer semejante espectáculo, yo no querria por cosa alguna del mundo, ser testigo de él: porque, ¿qué sé yo lo que podria suceder? En lugar de hacerme crédulo, temeria mucho que no me trastornase el juicio, y me volviese loco. » Rousseau, *Lettres écrites de la Montagne*, p. 112. — Es difícil imaginar lo que Dios mismo podria hacer para convencer á un deista semejante. ¿Se le habla de un milagro obrado delante de otros hombres? Ellos pueden haber escrito mal, y seria necesario que él fuese loco para escucharlos. (*Emile*, t. III, p. 36). ¿Querria pues para creerlo, ver por si mismo, ser testigo del milagro? No; por nada del mundo, temeria que lo volviese loco. Asi es como se verifican las palabras del Evangelio: *Si Moysen et prophetas non audiunt; neque si quis ex mortuis resurrexit, credent*. Luc. xvi, 31.

El Ateo que no reconoce legislador alguno en el universo, ni causa primera inteligente, no podría fijar idea razonable á la palabra *ley*. Si es consiguiente, el no debe ver en todo lo que hiere y afecta sus sentidos, sino una sucesion fortuita de fenómenos, que nada une entre sí, y nada determina sino ese incomprendible poder que él llama *casualidad, necesidad, destino*. ¿De qué pues puede sorprenderse? ¿Qué hecho, por nuevo, por raro que sea, debe parecerle increíble? No lo habia visto aun, hé aquí todo su apoyo. La falta misma de causa, aun cuando estuviese probada, no es para el una razon de negar, ni de dudar, ni de admirarse. Todo lo que se asemeje á una obra casual ó fortuita, todo lo que choqué la idea de regla, todo cuanto trastorne la uniformidad de los fenómenos ordinarios, é interrumpa su orden constante, debe ser á sus ojos sumamente creible, y lo mas natural de todo. La permanencia de ciertos efectos, su enlace con ciertas causas, la perpetua correspondencia que se observa entre ellos, en una palabra, el orden inmutable, hé aquí el milagro para el Ateo. ¡Infeliz! ¡en vez de luz ve tinieblas, no conoce otra ley que el desorden, mas Dios que la materia movida por una fuerza ciega, mas esperanza que la muerte!

Rousseau, menos atrevido en absurdos que Voltaire, consiente graciosamente en conceder á Dios el poder de hacer milagros; solamente duda que quiera usar de este poder, á causa del embarazo en que se hallarian los Deistas. Para quitar pues al Cristianismo la prueba que se saca de los milagros obrados por Jesucristo y por los Apóstoles, no imagina otra cosa mejor que negar, no los milagros en sí, sino la posibilidad de asegurarse que un hecho fuese milagroso.

«Pues que un milagro, dice, es una excepcion en las leyes de la naturaleza, para juzgar de él, es necesario conocer estas leyes, y para juzgar seguramente, conocerlas todas; porque una sola que no se conociese, podría en ciertos casos, desconocidos á los espectadores, variar el efecto de las que se conocerian. Asi pues el que pronuncia que tal ó tal operacion ó hecho es un milagro, declara que conoce todas las leyes de la naturaleza, y que sabe que aquel hecho es una excepcion de ellas.»

«¿Mas quién es el mortal que conoce todas las leyes de la naturaleza? Newton no se lisonjeaba de ello. Un hombre sabio, testigo de un hecho inaudito, puede atestiguar que ha visto este hecho, y se le puede creer; pero ni este hombre sabio, ni ningun otro sabio sobre la tierra afirmará jamas que este hecho, por mas admirable que parezca, sea un milagro: porque ¿cómo puede él saberlo? Sea pues que haya milagros, ó que no los haya, es imposible al hombre prudente asegurarse que un hecho, cualquiera que sea, es uno de ellos.»

Este sofisma se funda todo en un abuso de palabras. En el orden físico se llama ley una causa permanente que se manifiesta por efectos constantes. Asi la fuerza uniforme de los mismos efectos en las mismas circunstancias prueba la existencia de la causa permanente, ó de la ley que los determina; y no tenemos otro medio de conocer las leyes de la naturaleza. ¿Sucede que permaneciendo las mismas circunstancias el efecto varía? Todo el mundo confiesa sin dificultad que hay una causa de esta variacion. Mas ¿cuál es esta causa? Probablemente, dice Rousseau, otra ley de la naturaleza. Espliquémonos, si os parece. ¿Qué entendéis por *ley* en el caso presente? ¿Simplemente una *causa*? Entonces vuestro razonamiento es vano, porque nadie ha pensado que el efecto de que se trata no tiene causa; la cuestion es, repito, saber qué causa es esta. ¿Es una causa permanente, ó una verdadera ley? Seria un absurdo decirlo, porque no se puede reconocer la permanencia de una causa sino por la constancia de los efectos, siendo, como hemos dicho ya, las circunstancias las mismas<sup>1</sup>. Ahora bien, los milagros, por confesion vuestra, son hechos raros, extraordinarios, opuestos á todos los efectos que se presentan perpetuamente en las mismas circunstancias; luego los milagros no son efectos de una causa permanente, *de una ley de la naturaleza*: luego *sin necesidad de*

<sup>1</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 107. — 2 *Ibid.*

<sup>3</sup> ¿Se negará que puede uno estar cierto de que *las circunstancias son las mismas*? No lo creemos; seria chochar demasiado groseramente el sentido comun. En todo caso, esperaremos que alguno se arroje á decir este absurdo para responder á él.

*conocer todas las leyes de la naturaleza, puede uno asegurarse de que un hecho es un verdadero milagro.*

Por otra parte, el raciocinio de Rousseau, suponiéndolo exacto, traería tan terribles consecuencias, que basta indicárselas para hacer sentir á los Deístas mismos cuán erróneo es; porque de él sería necesario concluir, que á no saberlo todo, nada se puede saber ciertamente y que condenado sin remedio á una duda universal, un no sé qué *fantasma* que se llama hombre, se agita y martiriza en vano en su irremediable ignorancia.

En efecto, si no podemos juzgar con certeza que *tal ó tal hecho es una excepción de las leyes de la naturaleza*, á menos que no *conozcamos todas sus leyes*, es evidentemente imposible que tengamos noción alguna cierta del orden físico ni del orden moral, cuyas leyes son sin duda también *leyes de la naturaleza*. Siendo los fenómenos, aun los mas opuestos, igualmente *naturales*, igualmente conformes á las leyes que rigen el mundo material, este mundo estaria á un mismo tiempo sujeto á leyes contrarias; la idea misma del orden desaparece, y será una insensatez el preveer, el admirarse de nada. Un hombre se arroja en las olas, ¿qué le sucederá? ¿quién puede decirlo? Se sumerge, se ahoga: es una ley de la naturaleza. Un hombre camina sobre las mismas aguas<sup>1</sup>: también es una ley de la naturaleza: es decir, que la naturaleza no tiene leyes fijas, constantes: ó en otros términos, que no tiene leyes. No hay mas que hechos, unos mas comunes, otros menos. Observad pues los hechos, pero guardaos de referirlos á causas permanentes; guardaos de creer que en las mismas circunstancias deben infaliblemente volver á presentarse. Pero ¿qué digo observad los hechos? Si nuestros sentidos no dependen ni en sí, ni en su organizacion, ni en su ejercicio, de ninguna ley uniforme y cierta; si no existen relaciones naturales, é invariables entre nuestros ojos, por ejemplo, y la luz; entre la luz y los cuerpos que ella descubre á nuestra vista, los hechos podrían no ser mas que una continua ilusion: á cada instante manifestándose

<sup>1</sup> Juliano Apóstata confiesa en particular este milagro de Jesu-cristo. *Ap. Cyrill. lib. 6.*

nuevas leyes, podrían mudar enteramente nuestras sensaciones, nuestras ideas, todo nuestro ser. Desafiamos á los Deístas que eviten estas consecuencias, á no abandonar los principios de Rousseau. ¡Qué prodigios de extravagancia está el hombre precisado á admitir para haber de negar los prodigios de la omnipotencia y bondad de Dios!

Pero no es esto todo: las mismas ó semejantes consecuencias deben verificarse en el orden moral. ¿Quién se atreverá á asegurar, quién podría probar que conocemos todas las leyes? ¿Será el Deísta, que ni aun sabe en qué signos se las reconoce<sup>1</sup>? Desde entonces ningun

<sup>1</sup> Véase el tomo I. del *Ensayo. cap. 5.* — « No reconociendo los » modernos bajo el nombre de ley, mas que una regla prescripta á un » ser moral, es decir, inteligente, libre y considerado en sus rela- » ciones con los otros seres, limitan por consiguiente á solo el ani- » mal dotado de razon, es decir, al hombre la competencia de la » ley natural; pero definiendo esta ley cada uno á su modo, to- » dos la establecen sobre principios tan metafísicos, que aun » entre nosotros hay muy pocos en estado de comprender estos » principios, lejos de poder hallarlos por sí mismos. De suerte, » que todas las definiciones de estos hombres sabios, por otra » parte enteramente contradictorias unas de otras, concuerdan » solamente en esto, á saber, que es imposible entender la ley de la » naturaleza, y por consiguiente obedecer á ella, sin ser un gran » lógico y un profundo metafísico... Conociendo tan poco la nata- » raleza, y concordándose tan mal sobre el sentido de la palabra » ley, sería muy difícil convenir en una buena definicion de la Ley » natural. Asi todas las que se encuentran en los libros, además de » el defecto de no ser uniformes, tienen tambien el de ser sacadas » de muchos conocimientos que los hombres no tienen natural- » mente, y de ventajas de que no pueden formar idea sino despues » de haber salido del estado de naturaleza. Se principia buscando las » reglas en que, por utilidad comun, convendría que los hombres » conviniesen entre sí, y despues se da el nombre de ley natural á la » coleccion de estas reglas, sin mas prueba que el bien que se halla » que resultaria de su práctica universal. Hé aqui seguramente un » modo muy cómodo de hacer definiciones, y explicar la naturaleza » de las cosas por conveniencias casi arbitrarias. — Pero en tanto » que no conozcamos al hombre natural, en vano querremos deter- » minar la ley que él ha recibido, ó la que conviene mejor á su » constitucion. Todo lo que podemos ver claramente respecto á esta » ley, es que no solamente es necesario, para que sea ley, que la

hombre tiene derecho de afirmar de hecho alguno que es contrario á las leyes de la naturaleza moral; es decir, que ninguno tiene derecho de afirmar de una accion, que es justa ó injusta; es decir, que no existe ni crimen, ni virtud.

Digámoslo, pues que es verdad: un parricida podrá comparecer sin temor en el tribunal del Deista: en vano todos los hombres penetrados de horror gritarán: ha violado lo mas sagrado de la naturaleza! El Deista, si es fiel á su doctrina, responderá:

« Para juzgar seguramente que este parricida ha violado las leyes de la naturaleza, seria necesario conocer las todas; porque una sola que no se conociese, podria en ciertos casos desconocidos á los espectadores, variar las que se conociesen. Asi el que pronuncia que tal ó tal accion es un crimen, una culpa, un pecado ó una violacion de las leyes naturales, declara que conoce todas las leyes de la naturaleza, y que sabe que esta accion es una violacion de ellas. Mas ¿quién es el mortal que conoce todas las leyes de la naturaleza? Rousseau no se lisonjeaba de conocerlas. Un hombre sabio, testigo de un hecho inaudito, puede testificar que ha visto este hecho, y se se le puede creer; pero ni este hombre sabio, ni ningun otro sabio en el mundo afirmará jamás que este hecho, por mas extraño y admirable que sea, es un crimen ó un hecho contrario á la naturaleza, y á sus leyes; porque ¿cómo puede él saberlo? »

« Hermano mio, dirá: vos habeis empapado vuestras manos en la sangre del autor de vuestros dias; á la verdad es un hecho extraño, inaudito, y yo creo á los hombres sabios y prudentes que lo atestiguan: ¿pero este hecho es un delito, es un crimen? ¿Cómo puedo

» voluntad de aquel á quien obliga pueda someterse á ella con conocimiento, sino tambien que es necesario, para que sea natural, que hable inmediatamente por la voz de la naturaleza: » Rousseau, *Disc. sur l'origine et le fondement de l'inégalité parmi les hommes*. Préface, p. 41, 42, 43. Ed. de 1793. Obsérvese que los Deistas no reconocen otra ley que la *ley natural*, la cual no se conoce, dice Rousseau. Pero á fuerza de buscarla, tal vez la hallarán: ¿qué sabemos.

» yo saberlo, estando como estoy tan distante de conocer todas las leyes de la naturaleza? ¿Quién me asegurará que este hecho, dependiente de una ley que ignoro no es una accion, un acto tan natural como los actos contrarios? ¿qué no es una virtud? Nada hay que autorice á un mortal á decidirlo. »

« *Todo lo que se puede decir es, que habeis hecho una cosa muy extraordinaria; ¿pero quien niega que se hacen cosas muy extraordinarias? Yo mismo he visto muchas de estas cosas y aun las he hecho* <sup>1</sup>. »

» Id pues en paz. ¿Cuál es el sabio que osaria condenaros; cuando la naturaleza acaso os absuelve? Escuchad solamente algunos consejos útiles á los que se sienten inclinados á hacer cosas extraordinarias: guardaos de los mortales que se imaginan conocer todas las leyes de la naturaleza, ó que juzgan y obran como si las conociesen; precaveos cuidadosamente contra la intolerancia de las leyes de la sociedad civil; de esa sociedad enteramente contraria á la naturaleza; y si teneis hijos, desconfiad de ellos. »

Para negar que estas consecuencias tan absurdas como horribles, y que el mismo Rousseau habria detestado, no se deducen necesariamente del principio que él establece, seria necesario probar dos cosas, que ciertamente no se probarán jamás: á saber, que no hay, ni existen leyes de la naturaleza moral, como las hay de la naturaleza física; ó que no conociendo todas las leyes de la naturaleza física, conocemos todas las de la naturaleza moral.

Síguese además, de lo que dice Rousseau, que nadie puede afirmar que los milagros de Jesucristo no son verdaderos milagrosos; y así lo confiesa él mismo en términos formales.

<sup>1</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 107. Rousseau habla de los prestigios obrados por los charlatanes; y que ofrecen la apariencia de una excepcion á las del orden físico. En el discurso que ponemos en boca del Deista, se trata de excepciones á las leyes del orden moral. Todos los que han leído las *Confesiones* de Rousseau, saben que se hallan tambien en este orden cosas muy extraordinarias, y que Rousseau habria podido decir con la misma verdad, que él mismo las habia visto, y aun tambien hecho.



« Notad bien que yo, suponiendo á lo mas alguna amplificación en las circunstancias<sup>1</sup>. No establezco, ni pongo duda alguna sobre lo sustancial de los hechos<sup>2</sup>. »  
 « ¿ Qué debemos pues pensar de tantos milagros referidos por autores verídicos (los Evangelistas)?... ¿ Es necesario desechar todos estos hechos? No. ¿ Será necesario admitirlos todos? lo ignoro. Debemos respetarlos sin decidir sobre su naturaleza<sup>3</sup>. »

Y poco después : « os ruego que no os alucineis, y de que yo no haya mirado los milagros como esenciales al Cristianismo, no concluyais que he desechado los milagros. No, ni los he negado, ni tampoco los niego : si he dicho algunas razones para dudar de ellos, no he disimulado las que hay para creerlos; va mucha diferencia entre negar una cosa, y no admitirla; y estoy tan lejos de decidir este punto, que desafio se me busque un solo lugar en todos mis escritos, donde yo haya afirmado positivamente cosa alguna contra los milagros. ¿ Cómo lo hubiera yo hecho, á pesar de mis propias dudas<sup>4</sup>? »

Pues que es posible que las obras de Jesucristo fuesen realmente milagrosas, supongamos que efectivamente lo fueron, pero que los hombres, como pretende Rousseau, no tenían medio alguno de certificarse de ello; y veamos lo que resultará de esta suposición.

Jesucristo en veinte partes del Evangelio cita á los Judíos, en prueba de su misión, los prodigios que obraba. « Yo tengo á mi favor un testimonio mayor que el de Juan. Porque las obras que el Padre me ha dado para que las ejecute, las obras que hago, dan testimonio de que el Padre me envió<sup>5</sup>. »

Un día que se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón, les Judíos le rodearon diciendo : « ¿ Hasta cuándo nos has de tener suspensos? Si eres el Cristo,

<sup>1</sup> Pues, alguna amplificación en las circunstancias, por ejemplo, de la resurrección de un muerto.

<sup>2</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 115.

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 116, 117. — <sup>4</sup> *Ibid.* p. 125.

<sup>5</sup> Ego autem habeo testimonium majus Joanne. Opera enim quæ dedit mihi Pater, ut perficiam ea; ipsa opera, quæ ego facio, testimonium perhibent de me, quia Pater misit me. *Joan.* v. 35, 36.

» dínoslo claramente. Jesus les respondió : os lo digo, y no me queréis creer. Las obras que hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí; pero vosotros no me creis, porque no sois de mis ovejas.... Si no me queréis creer á mí, creed á mis obras, y creed que el Padre está en mí, y yo estoy en el Padre<sup>1</sup>. »

Otra vez vinieron á buscarle los discípulos de Juan, y le dijeron : « Juan Bautista nos ha enviado á tí, diciendo : ¿ Eres tú el que ha de venir, ó debemos esperar á otro? (Y en aquella misma hora curó á muchos de sus enfermedades y llagas, lanzó espíritus malignos, y dió vista á un gran número de ciegos). Jesus les respondió. Id, y contad á Juan lo que habeis oído y visto : que los ciegos ven, los cojos andan<sup>2</sup>,

<sup>1</sup> Et ambulabat Jesus in templo, in porticu Salomonis. Circumderunt ergo eum Judæi, et dicebant ei : Quousque animam nostram tollis? Si tu es Christus, dic nobis palam. Respondit eis Jesus : Loquor vobis, et non creditis. Opera quæ ego facio in nomine Patris mei, hæc testimonium perhibent de me : sed vos non creditis, quia non estis ex ovibus meis.... Si mihi non vultis credere, operibus credite, ut cognoscatis, et credatis, quia Pater in me est, et ego in Patre. *Joan.* x. 24 et seqq. xiv 12.

<sup>2</sup> Ninguna de estas curas milagrosas satisface enteramente á Rousseau. « Todo lo que se podrá decir de ellas es que son maravillosas, admirables; pero.... ¿ cómo probareis que son milagros? » Este es siempre su tropiezo, y es en verdad cosa bien cruel que Dios lo deje en él, porque en fin, añade luego : « Hay sin embargo, lo confieso, cosas que me admirarian mucho si yo llegase á verlas : no sería tanto el ver andar á un cojo, como á un hombre que no tuviese piernas.... Esto me haría aun más impresion que ver resucitar á un muerto (*Lettres écrites de la Montagne*, p. 111.) » Y á mí también; nada me chocaría tanto como el ver á un hombre andar, sin piernas, si acaso no era el verlo respirar sin pecho, y alargarle la mano sin mano. ®

Acaso no sería inútil observar aquí que los milagros no son arbitrarios en sí, y no se repetirá nunca bastantemente, porque en las obras de Dios todo está conexo, todo es uno.

Los milagros del Antiguo Testamento, aun en lo que tienen de propicio, pertenecen á una ley de temor; casi todos son castigos, y aun cuando no son castigos, son figuras ó símbolos de ellos, como el agua que sale de una roca, y la serpiente de metal. Antes de Jesucristo se ve por todas partes la justicia inexorable, la ira, el terror.

» los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres, » y dichoso aquel que no tomará escándalo en mí<sup>1</sup>. »

Tal es la constante respuesta de Jesus cuando se le pregunta sobre lo que es : en sus milagros, lo repite incesantemente, se le debe reconocer. « Si yo no hubiese » hecho entre ellos obras que ninguno otro ha hecho, » no tendrían pecado<sup>2</sup>. » De este modo Jesus, dotado segun Rousseau, *de la mas elevada sabiduría<sup>3</sup> ilustrado del espíritu de Dios<sup>4</sup>*, da por prueba de su mision lo que no es prueba, ni puede jamás serlo; se engaña sobre sus mismos hechos, ó engaña al pueblo; de suerte que *él está lleno, é ilustrado del espíritu de Dios* para creer co-

Despues de Jesucristo todos los milagros son beneficios; es que pertenecen á una ley de misericordia y de amor.

Ningun milagro dice relacion al orden de la creacion; y si se quiere reflexionar sobre ellos, se observará que los milagros de Jesucristo y de los Apóstoles no son mas que la expresion de la reparacion de la naturaleza humana. Representan á los ojos los efectos de la Redencion y de la gracia del Mediador.

Asi el hombre inteligente y moral era ciego, y ve : era sordo, y oye : estaba enfermo, y es curado : estaba muerto, y resucita. *Los pequeños piden pan, y no habia quien se lo partiera* (Thren. 14, 4.); y el pueblo es alimentado milagrosamente en el desierto con un pan, que figura el pan misterioso, que es el verdadero alimento del hombre regenerado.

Nada hace mas impresion en los espíritus habituados á la meditacion como estas admirables analogias, que no pueden ser efecto de la casualidad, ni el resultado de las combinaciones del hombre. El pensamiento ó la accion de un ser no es jamás *continuado* por otro ser, y todo lo que es perpetuo, es divino.

1 Joannes Baptista misit nos ad te dicens : Tu es, qui venturus es, an alium expectamus? (In ipsa autem hora multos curavit à languoribus, et plagis, et spiritibus malis, et caecis multis donavit visum.) Et respondens, dixit illis : Euntes, renuntiate Joanni quæ audistis et vidistis : quia caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur, et beatus est quicumque non fuerit scandalizatus in me. *Luc. vii, 20; 23. Mat. xi, 2, 8.*

2 Si opera non fecissem in eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent. *Joan. xv, 24.*

3 *Emile*, lib. 4, tom. III, p. 42.

4 *Lettres écrites de la Montagne*, p. 115.

sas absurdas, ó para engañar con toda advertencia á los hombres.

Si no se puede asegurar que un milagro lo es, que es realmente tal, se sigue tambien que es imposible á Dios manifestar *evidentemente* á los hombres su omnipotencia en *un hecho particular*; que en vano trataria de hacer reconocer con señales no equívocas al enviado, á quien encargase el anunciar las verdades que deben creer, la ley que los debe regir y gobernar, que no está, por lo tanto, en su mano impedir que ellos se *extravíen de errores en errores por el auxilio de un entendimiento sin regla y de una razon sin principio<sup>1</sup>*, ni por consiguiente imponerles obligacion alguna, pues que no se les puede notificar de un modo cierto precepto alguno.

¡O Dios, que gobernais todos los seres por vuestra razon inmutable y vuestra voluntad soberana; que lo penetráis y llenáis todo! ¡Una débil criatura osará, en el seno mismo de vuestra luz bajo vuestra mano omnipotente, negar que os es posible ilustrar su entendimiento, y manifestaros á su vista! ¿Osará fijar reglas á vuestra sabiduría y límites á vuestra accion? ¿levantar entre sí y vos una barrera que ella os prohiba pasar? ¿será necesario que vuestros rayos de luz se detengan delante de las tinieblas que ella ama, y vos dejéis de ser su Señor, su Legislador, su Dios, porque le desagrada vuestra ley, y no quiere depender sino de sí misma? No, no; no será así.

Y tú, criatura insensata, que huyes de la salud, y te retirás hasta la sombra de la muerte, por temor de que la verdad llegue hasta ti, ella te alcanzará, y obligará á tu razon rebelde á prestarle homenaje, ó á renunciar de sí misma.

Siendo un milagro una accion ú operacion divina, ó segun lo define Rousseau, *un acto inmediato del poder de Dios en un hecho particular*, deben considerarse dos cosas en el milagro; el hecho mismo, y su naturaleza, que le hace reconocer por *un acto inmediato del poder divino*.

Todo el mundo conviene en que un hecho milagroso, ó que se supone tal, puede ser justificado como cual-

1 *Emile*, tom. II, p. 356.

quiera otro hecho, sea por nuestros sentidos, ó por el testimonio de los hombres. « Un hombre sabio, dice » Rousseau, testigo de un hecho inaudito, puede atestiguar que ha visto este hecho, y se le puede creer<sup>1</sup>. » Con mayor razon se podrá, y se deberá creer á muchos hombres sabios y prudentes que atestiguen unánimemente el mismo hecho.

Así podemos certificarnos por el testimonio, que un hombre es ciego; podemos estarlo igualmente de que un hombre ve ó tiene expedito el uso de la vista; y en fin, que un hombre ha impuesto las manos sobre otro hombre invocando el nombre de Dios. Para que la deposicion de los testigos que atestiguan semejantes hechos, sea irrecusable, no es necesario que sean de una sagacidad rara, ni posean una *sabiduría* profunda; basta que no sean locos.

No solamente el testimonio nos da la certidumbre de los hechos, sino que esta certeza es mayor que la que podría adquirir un solo individuo por sus propios sentidos. Si despues de haberme ya persuadido por la relacion de mis sentidos que un hombre es ciego, dos ó tres personas de juicio me dicen: « Hemos observado á este » hombre, y no es ciego; no lo es; nos hemos convenido de ello: » empezaré al menos á dudar; y si otras y otras personas tambien sensatas confirman el dicho ó testimonio de las primeras, creeré sin duda, y deberé creer so pena de locura, que yo me engañé en mi primer juicio. Así el testimonio puede dar una certeza mas completa de un hecho, que si la hubiera visto uno mismo.

Luego si testigos numerosos afirman que un hombre era ciego, que otro hombre ha rogado por él, y que al instante este mismo ciego ha recobrado la vista; su testimonio podrá hacerme tan cierto de estos hechos, como puede uno estarlo de cualquiera otro hecho.

Es verdad que antes que el ciego hubiese recobrado la vista, habia contra la probabilidad de semejante acontecimiento cuantas probabilidades se quiera; pero esto en nada debilita el testimonio posterior al suceso, él cual recayendo sobre un hecho actualmente cumplido, prueba

<sup>1</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 107.

únicamente este hecho, y declara cuál es entre todas las probabilidades ó suertes posibles la que se ha verificado. Si de un vaso lleno de bolas numeradas se saca una á la ventura ó á la suerte, cuantas mas bolas haya, hay tantas mas probabilidades de que tal bola determinada no será la que salga; pero despues de extraida, se acabó, ya no subsiste la incertidumbre resultante de la multiplicidad de bolas. A estas suertes mas ó menos posibles, mas ó menos probables sucede un hecho cierto, á saber; la bola extraida; y para justificar cuál es esta bola, basta el mismo número de testigos, ya fuesen cien bolas las que habia en el vaso ó bien diez millones. Es confundir pues dos cuestiones enteramente diferentes, imaginar que la poca probabilidad de un acontecimiento disminuye, despues que se ha verificado, la fuerza del testimonio que lo atestigua. ¿Se necesitan acaso mas testigos para probar que un hombre, despues de haber sufrido una enfermedad que todos los médicos la creian mortal, está al presente perfectamente sano, que si él no hubiese padecido mas que una ligera indisposicion? Seguramente no se dirá así, ó si se dijese, seria desmentido por todo el género humano.

Cuando el hombre está asegurado de la verdad de un hecho, es necesario para juzgar con certeza que él es milagroso, que se reconozca claramente en él *un acto inmediato del poder divino*; es decir, como lo explica Rousseau, que él debe ofrecer *una variacion sensible en el orden de la naturaleza, una excepcion real y visible á sus leyes*<sup>1</sup>. ¿Mas esta condicion puede cumplirse? ¿podemos nosotros estar ciertos de que algun hecho ofrece una excepcion real y visible á las leyes de la naturaleza? Veamos si es posible negarlo racionalmente.

¿Qué es el orden de la naturaleza? ¿qué son sus leyes? ¿y cómo las conocemos? Únicamente por la experiencia, la cual nos muestra los mismos efectos reproducidos constantemente en unas mismas circunstancias. Llamamos *leyes* á las causas de estos efectos constantes, y *orden* al conjunto de estas leyes. Pero si cada uno de nosotros estuviese reducido á su propia experiencia, contenida, así

<sup>1</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 104.

en cuanto al tiempo como en cuanto á los lugares, en límites tan estrechos; ¿cómo podría deducir del corto número de efectos por él conocidos la existencia de ninguna ley general, y por consiguiente la existencia del orden, ó al menos de tal orden determinado? ¿Se piensa que el salvaje de Aveiron tuviese ni aun siquiera la idea de ley? Un sér humano separado de la sociedad desde la infancia, ¿se elevaria jamás á esta idea? Y cuando fuese capaz de reflexionar y de observar, ¿adónde le conducirían sus observaciones limitadas y solitarias? ¿Qué podría concluir de ellas? ¿Qué seguridad tendria de su exactitud, y de la exactitud de las consecuencias que su razon deduciria de ellas? Y aun suponiendo que ningun error hubiese engañado su razon ó sus sentidos en ocasion alguna, y que él pudiese estar cierto de ello, ¿de dónde inferiria ó tendria la certeza de que los fenómenos que habian hecho impresion en él son invariables; y que siempre y en todas partes han hecho igual impresion en los demás hombres? Si la experiencia de los otros no se une á la suya, no conocerá mas que simples hechos: no podrá formar, sino conjeturas cuando mas, sobre la permanencia de las causas que los producen. En efecto, indíquese una ley de la naturaleza, cuyo conocimiento cierto no sea mas ó menos inmediatamente el resultado de la experiencia universal. ¿Qué ha hecho el mismo Newton, sino someter á cálculo la ley universalmente conocida de la gravedad? ¿y qué són todas las ciencias naturales sino el resultado de la experiencia general sobre el objeto particular de cada una de ellas?

No conocemos pues las leyes y el orden de la naturaleza sino por la experiencia general; no podemos conocerle sino por ella; y este orden y estas leyes no tienen otra prueba, que el consentimiento comun, ó la experiencia universal de todos los tiempos y de todos los lugares, atestiguada por el testimonio universal.

Luego únicamente por este testimonio, por el consentimiento comun sabemos con certeza que un fenómeno

<sup>1</sup> Véase la *Advertencia preliminar* en el tomo anterior; pero obsérvese que aquí se va hablando de hechos, y en los hechos todos convienen que los sabemos por el testimonio de los hombres.

es *natural*, ó conforme á las leyes, y al orden constante de la naturaleza. Cuando pues este mismo testimonio atestigua que un hecho, un fenómeno cualquiera, es una *variacion ó mutacion sensible en el orden de la naturaleza, una excepcion real y visible á sus leyes*; la realidad de esta mutacion es tan cierta, como lo es que hay un *orden y leyes de la naturaleza*. Si os negais á creer sobre este punto al testimonio general de los hombres, no podeis racionalmente creerle sobre ningun otro; no podeis ya, no digo solamente conocer el orden de la naturaleza y sus leyes, pero ni aun saber si hay leyes y un orden real en la naturaleza. Vos decís al género humano: «Yo te » creeré cuando afirmes que un hecho es conforme á las » leyes de la naturaleza, pero no cuando afirmes que otro » hecho forma una *excepcion visible* de ellas.» O en otros términos: «Creo que conoces las leyes de la naturaleza, » y creo al mismo tiempo que no las conoces.» Porque pronunciar que tal fenómeno es conforme á tal ley, ó que es opuesto á ella, son dos juicios de un mismo género, que dependen del mismo grado idéntico de conocimiento. Ser opuesto, no es ser conforme; ser conforme, no es ser opuesto. ¿Cómo se podría afirmar lo uno, si no se podía afirmar lo otro? ¿Qué se pensaria de un hombre que dijese: «Yo sé con toda certeza que es conforme » me á las leyes físicas del mundo que la tierra se mueva » perpetuamente al rededor del Sol; pero si la tierra se » para, ignoro si esto será una *excepcion real de estas » leyes?*»

¿Se supondrá una ley desconocida opuesta á las leyes ordinarias, la cual en este y otros casos semejantes produzca efectos opuestos? Preguntaré desde luego sobre qué se apoya esta suposicion, y qué es lo que se puede concluir de una suposicion no solamente gratuita, sino absurda, como he mostrado anteriormente.

En segundo lugar, dígaseme: ¿estas leyes opuestas serian igualmente conformes al orden, igualmente naturales? Si se dice que sí, hé aquí ya dos *órdenes, dos naturalezas* opuestas; que equivale á decir, que no existe orden ni naturaleza, y que el universo, regido por leyes que se contrarian, obedece á la ventura, fortuitamente, á estas leyes contrarias. Este es el caos del Ateo. — Si se

niega que una de estas leyes opuestas sea *natural*, explíquenos qué puede ser una ley que no es natural, y qué sentido se dá á esta palabra *ley*.

En sustancia, esto sería claramente confesar el milagro que no se quiere admitir; porque una ley conocida solamente por algunos hechos, se reduce á estos mismos hechos; y decir que la ley no es *natural*, es convenir en que estos hechos son *una excepcion real y visible de las leyes de la naturaleza*.

A menos pues de negar que hay leyes de la naturaleza, es necesario reconocer la razon comun, fundada sobre la experiencia general, es decir, al sentimiento ó consentimiento comun por juez de lo que es conforme ó contrario á estas leyes; es necesario reconocerlo por juez infalible, sin lo cual la existencia misma del orden sería dudosa.

Ahora bien, pregúntese á todos los hombres, si es conforme á las leyes de la naturaleza que los leprosos, los ciegos, los tullidos, los sordos sanen y queden curados súbita é instantáneamente con decir algunas oraciones: si es *natural* que estas palabras: *Levántate y anda*, restituyan el uso de sus miembros á un paralítico de treinta y ocho años de enfermedad: que un muerto resucite á esta sola palabra: *¡Sal del sepulcro!* Requiero á todo hombre sensato y de buena fe, que diga qué responderá el género humano.

¿Pero qué necesidad hay de preguntarlo? ¿quién no sabe que todos los pueblos, en todos los tiempos, han creído hechos milagrosos; que han estado persuadidos de que el Sér Supremo *manifestaba algunas veces su poder en hechos particulares?* Pues que esta creencia es universal, debe ser verdadera: no se necesita más prueba, y sin debilitar la causa del Cristianismo podemos dispensarnos de impugnar por razones los sofismas de la incredulidad. El testimonio de todos los siglos y de todas las naciones, prueba invenciblemente que hay verdaderos milagros, como prueba que hay una verdadera Religion; y así como se discierne fácilmente la verdadera Religion de las Religiones falsas, por su perpetuidad y universalidad; con la misma facilidad se disciernen los verdaderos de los falsos milagros, considerando lo que fué siempre

y en todas partes reconocido por una *excepcion real y visible á las leyes de la naturaleza*<sup>1</sup>: y así es como todas las verdades unidas en su principio, que es la razon eterna é infinita de Dios, nos son conocidas ó manifestadas por el testimonio infalible de la razon una, perpetua y universal del género humano<sup>2</sup>.

Pero aplicando ahora lo que se acaba de decir á los prodigios obrados por Jesucristo y por los Apóstoles, pregunto: ¿Es cierto que los hechos referidos en el Evangelio son verdaderos? ¿Es cierto que estos hechos son milagrosos? Hé aquí las dos cuestiones que nos falta que examinar.

Ya hemos probado en general la verdad de los hechos evangélicos<sup>3</sup>; pero queremos mostrar también, que es imposible poner en duda ninguno de aquellos de que se trata aquí particularmente.

Casi todo lo que refiere el Evangelio ha pasado delante de una multitud de testigos, que venian de todas partes á escuchar las instrucciones y doctrina de Jesucristo, y contemplar sus obras. No era en secreto ni en lugares solitarios donde manifestaba su poder, sino públicamente, al medio del dia, en medio del pueblo, y en el templo mismo, á la vista de los Doctores de la Ley. Su vida era pública: no ocultaba mas sus acciones que su doctrina<sup>4</sup>; y sus acciones no eran sino una serie continuada de prodigios. ¿Quién hubiera podido engañarse sobre hechos tan numerosos, tan patentes y palpables? Y aun suponiendo en algunos hombres error ó impostura, ¿habrian podido estos engañar á un pueblo entero durante tres años, hacerle creer que veia todos los dias lo que no veia; persuadir á los ciegos que ellos habian recobrado la vista, á los sordos que oian, á los paralíticos que andaban, á los leprosos que estaban limpios de

<sup>1</sup> Rousseau confiesa que muchos de los milagros referidos en la Biblia parecen estar en este caso. *Lettres écrites de la Montagne*, p. 114.

<sup>2</sup> Véase la *Advertencia preliminar* para la exacta percepcion de esta y otras semejantes expresiones. — <sup>3</sup> Véase el cap. 8.

<sup>4</sup> Ego palam locutus sum mundo; ego semper docui in Synagoga et in Templo, quò omnes Judæi conveniunt: et in occulto locutus sum nihil. *Joan.* xviii, 20.

su lepra? ¿Qué milagro mas asombroso que una credulidad tan general y tan profunda!

Porque nadie, ni durante la vida de Jesucristo, ni despues de su muerte, contestó ó negó la verdad de ninguno de estos hechos. Ellos han pasado siempre por constantes entre los Judíos<sup>1</sup>. El Talmud y todos los Rabinos los confiesan expresamente<sup>2</sup>. En el *Toldoth* se dice que Jesucristo, á fin de probar que era el Hijo de Dios anunciado por Isaías, resucitó un muerto<sup>3</sup>. Ciertamente no será la prevención la que ha dictado estos testimonios confirmados por el de todos los Paganos<sup>4</sup>, por Celso<sup>5</sup>, Porfirio<sup>6</sup>, Juliano Apóstata<sup>7</sup>, Hierocles<sup>8</sup>. ¿Se cree que es-

1 Virtutes autem facturum (Christum) à Patre, Esaías dicit: Ecce Deus noster judicium retribuit; ipse veniet, et salvos faciet nos. Tunc infirmi curabuntur, et oculi cæcorum videbunt, et aures surdorum audient, et claudus saliet sicut cervus, et mutorum lingua solventur, et cætera quæ operatum Christum nec vos diffitemini. Tertul. *advers. Judæos*, cap. 9. Vid. et S. Chrysost. *Exposit. in Ps. viii*, cap. 5, n. 1.

2 Talmud, *tract. Sanhedr.* fol. xliii, 104 et 107. — Nizzachon. *ap. Wangenseil, Tela ignea Satan.* tom. II, p. 34. — *Acta S. Pion.* ap. Bolland. 1, die mens. Februar. — Herban, judio, en su disputa con San Gregencio, dice que los Judios hicieron morir á Jesús porque era mago, y curaba los enfermos en dia de Sábado, lo que prohibia la ley. *Bibl. Patr.* t. 1. p. 198 y 263. *gr. lat.* — En San Isidoro de Sevilla se ve que cuando se alegaban los milagros de Jesucristo á los Judios, estos respondian que tambien los Profetas habian hecho un gran número de ellos. *Dicit incredulus quod et Prophetæ multa miracula fecerunt (De Nativit. Domini, cap. 17.)* Bulet cita otros muchos testimonios de Judios en su *Hist. del establecimiento del Cristianismo.*

3 Lib. *Toldoth Jeschu*, p. 7 y 8.

4 San Justin. *Apolog.* 1, n. 30. — Arnob. *adv gentes*, lib. 1, p. 25. — Lactant. *Instit. Divin.* lib. 4, c. 13, y lib 5, c. 3. — Euseb. *Demonst. Evang.* l. 3, c. 8. — Evagr. *in Spicileg. Marten.* tom. v, p. 2, 3. — Volus. *ap. August. Epist.* 135 y 136.

5 Ap. Orig. *contr. Cels.* lib. 1, n. 6, 38, 67, 68, 71: lib. 2, n. 48, lib. 3, n. 27: lib. 8, n. 9, 47.

6 Vid. Bulet. *Hist. de l'établissement du Christian.* p. 107. Paris, 1764.

7 Ap. Cyrill. *adv Julian.* lib. 6.

8 Ap. Euseb. *contr. Hierocl. ad calcem Demonstr. Evang.* p. 152.

tos antiguos enemigos del Cristianismo hubieran reconocido la verdad de los hechos evangélicos, si les hubiese sido posible negarla? ¿Se cree que la hayan confesado sin exámen? ¿Se cree que el menor motivo de duda se hubiese escapado á la sagacidad de su odio? ¿Se cree en fin, que los primeros Cristianos hubiesen hablado con tanta confianza de los milagros del Salvador, si se hubiera podido negarlos? Jesucristo, decia Quadrato en una Apología dirigida al Emperador Adriano: « Jesucristo ha hecho estos milagros á vista de todo el mundo, porque eran superiores á toda sospecha. Ha curado enfermos y resucitado muertos. Algunos han sobrevivido largo tiempo al autor del milagro, y han muerto en nuestros dias<sup>1</sup>.

Es evidente que los hechos de una época remota no pueden saberse, ni pueden probarse sino por el testimonio. ¿Qué es pues lo que se pide para creer los hechos de Jesucristo, sus milagros y los de los Apóstoles? ¿Testimonios no sospechosos? ¿Y cuál otro menos sospechoso que el de *testigos que se dejan degollar*? ¿Dudareis de su fe en lo que atestiguan? Decidnos pues: ¿de qué modo mejor la podian probar? ¿Es acaso esta misma fe tan fuerte, tan constante, tan generosamente manifestada, la que disminuye vuestra confianza en su testimonio? ¿Creeríais mas lo que afirman, si ellos mismos lo hubieran creído menos?

¡Pero al fin, decís, eran cristianos! Lo entiendo: todos los testimonios que dicen relacion á Jesucristo, os parecen sospechosos, excepto los de los enemigos del Cristianismo: ¿no es verdad? Pues bien. ¿Los Judios son enemigos del Cristianismo? ¿Os parece que le son bastante opuestos para merecer ser creídos en lo que le concierne? Pues ellos atestiguan los mismos hechos que los Cristianos, y jamás han variado en esto un instante solo. ¿Los Paganos eran enemigos del Cristianismo? Tres siglos de horribles persecuciones ¿os parecen una prueba suficiente de su odio? No quereis creer á las víctimas; ¿creeréis á lo menos á los verdugos? Pues ellos se unen y concuerdan con los Judios y con los Cristia-

1 Ap. Euseb. *Hist. Eccles.* lib. 3, cap. 36.

nos para reconocer la verdad de los hechos maravillosos referidos en el Evangelio.

Todavía mas: ¿qué pedis? ¿testimonios uniformes? Existen, se han producido, los acabais de oír. ¿Numerosos? Os mostramos un testimonio universal. ¿Qué mas podeis exigir aun? ¿qué podeis desear? ¿Hay alguna cosa mas que exigir sobre esto? Si desechais este testimonio inmenso de los pueblos y de los siglos, sed sinceros, no digais: « Que se nos den pruebas. » decid sí: « Que se cese de darnoslas; estamos resueltos á no admitir ninguna, y ni aun las queremos escuchar. »

¿Qué espantosa es la locura del incrédulo! pero al mismo tiempo ¿qué criminal! ¡ Ah! ¡y cuán fácil es ya comprender cómo en el día terrible en que todo será revelado, Dios justificará su palabra, y cómo él vencerá en su juicio! Las almas perdidas pasarán delante de él, acusándose á sí mismas, y susurrando el himno del infierno irán guiadas por la desesperacion y las tinieblas, allá adónde el eterno orgullo produce el eterno dolor.

Ni piensen los Deístas, que niegan los hechos del Evangelio, que en esto están de acuerdo con todos sus jefes; no, Rousseau llama á los Evangelistas *autores verídicos*<sup>2</sup>, y no *forma duda alguna sobre la sustancia de todos los hechos*<sup>3</sup>; le es imposible renunciar al buen sentido hasta este punto, « ¿Diremos, se pregunta, que la historia del Evangelio es forjada, é inventada á placer? No, no es así como se inventa; y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda están menos atestiguados que los de Jesucristo. En fin, eso es huir la dificultad, pero no resolverla; y mas inconcebible sería que muchos hombres hubiesen de comun acuerdo formado este libro, que lo es que uno solo haya dado el asunto de él; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan evidentes, tan palpables, tan perfectamente inimitables, que su inventor sería mas admirable que el héroe<sup>4</sup>. »

Establecida pues la verdad de los hechos del Evange-

1 Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum judicaris. Ps. l. 6.

2 *Lettres écrites de la Montagne*, p. 116.— 3 *Ibid.* p. 115.

4 *Emile*, lib. 4, t. III, p. 43.

lio, veamos si se puede asegurar que los milagros de Jesucristo y de los Apóstoles fueron verdaderos milagros ó *excepciones reales de las leyes de la naturaleza*.

Sanar todas las enfermedades pronunciando algunas palabras, ó por un simple acto de la voluntad; multiplicar unos pocos panes para dar de comer á una inmensa multitud; caminar sobre las aguas, resucitar muertos: hé aqui los principales milagros del Salvador. El habia prometido á sus Discípulos que obrarian otros semejantes y aun mayores<sup>1</sup>; y en el libro de los *Hechos Apostólicos* vemos el cumplimiento de su promesa. La sombra sola de San Pedro curaba, al pasar por delante de ellos, á los enfermos que llevaban en sus camillas á las plazas públicas<sup>2</sup>. La historia de los Apóstoles está llena de sus obras milagrosas, cumplidas ó efectuadas como las de su Maestro, á la vista del sol, en presencia de numerosos testigos, en las circunstancias mas imprevistas, y donde, ó cuando era menos posible sorprender la credulidad.

Hemos ya hecho notar que Jesucristo proponia sus milagros en prueba de su mision. Y es sabido que á la vista de su primer milagro los Discípulos creyeron en él<sup>3</sup>. Poco tiempo despues, *estando en Jerusalem, en el tiempo de la Pascua*, es decir, cuando casi todos los Judíos se reunian allí para asistir, segun determinaba la Ley, á aquella gran solemnidad, *muchos de ellos creyeron en su nombre, viendo los prodigios que hacia*<sup>4</sup>.

Hé aqui pues á los que vivian familiarmente con Jesus, que le podian observar en todos los instantes, y

1 Amen, amen dico vobis: qui credit in me, opera quæ ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet. *Joan.* xiv, 12.

2 Ita ut in plateas egerent infirmos, et ponerent in lectulis ac grabatis, ut veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret quemquam illorum, et liberarentur ab infirmitatibus suis. *Act.* v, 15. *Vid. S. August. in Joan. Tract.* 72, n. 1. *Oper.* tom. III, part. 2, col. 686.

3 Hoc fecit initium signorum Jesus in Cana Galilææ; et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli ejus. *Joan.* ii, 11.

4 Cum autem esset Jerosolymis in die festo, multi crediderunt in nomine ejus, videntes signa ejus, quæ faciebat. *Ibid.* 23.

examinar sus obras en mil ocasiones diversas, hélos convencidos ellos mismos, y otros muchos Judíos<sup>1</sup> de la realidad de sus milagros. Todo el pueblo, y aun los extranjeros participaron de este mismo convencimiento y persuasión. Una mujer Cananea<sup>2</sup>, y un oficial Romano<sup>3</sup> piden á Jesus la salud, la una de su hija, el otro de un criado, y los dos la obtienen. La fama de sus prodigios se extiende á lo léjos, á otros países: de todas partes acuden para contemplarlos: le siguen ansiosos por verle; los enfermos, los estropeados, los ciegos le envisten en alguna manera y no se retiran jamás sin haber experimentado los efectos de su poder inagotable como su bondad. Cada página del Evangelio nos ofrece algun ejemplo sensible de esta verdad. ¿Quién podrá recordar sin enternecerse aquella pobre mujer atacada por espacio de doce años de un flujo de sangre, la cual se acerca á Jesus con respetuosa timidez para tocar la orla de su túnica, diciendo: *Con sólo que toque á su vestido quedaré sana*; y queda curada en la hora misma<sup>4</sup>.

El mismo poder del *Hijo del Hombre* creía aquel Principe de la Sinagoga que decía: « Señor, mi hija acaba de morir; pero venid, imponed la mano sobre ella y vivirá<sup>5</sup>. » En efecto, le da su hija viva; pero ¿de dónde venía aquella confianza tan grande, aquella fe tan viva que este hombre tenia en Jesus?

<sup>1</sup> Illi ergo homines cum vidissent quod Jesus fecerat signum, dicebant: Quia hic est verè Propheta, qui venturus est in mundum. Joan. vi, 14.

<sup>2</sup> Matth. xv, 22 et seqq.

<sup>3</sup> *Ibid.* viii, 5 et seqq.; et Luc. vii, 2 et seqq. — Este milagro es uno de los más evidentes que obró Jesucristo. El Hijo de Dios recompensa la fe del Centurion sanando á su siervo paralítico, que no había podido traer á Jesus, porque él *yacía en la casa, atormentado de grandes dolores: Puer meus jacet in domo paralyticus, et malè torquetur*. Yo querria que se me dijese, por qué ley de la naturaleza Jesucristo obraba instantáneamente, estando ausente, sobre un hombre enfermo, y cual es la eficacia de curacion naturalmente anexa á estas palabras: *Hágase como lo has creído: Sicut credidisti, fiat tibi*.

<sup>4</sup> Matth. ix, 20 et seqq. — <sup>5</sup> *Ibid.* 18 et seqq.

Se le seguía por las huellas de sus beneficios<sup>1</sup>. « Des-  
» pues de haber curado al criado del Centurion, va á  
» una ciudad llamada Nain, y sus Discípulos iban con él,  
» y una multitud de gente. Pues como se acercase á la  
» puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban un muerto,  
» hijo único de su madre, que era viuda; y una gran mu-  
» chedumbre de la ciudad la acompañaba. El Señor ha-  
» biéndola visto, se mueve á compasion de ella, y la di-  
» ce: no llores. Y se acerca, toca las andas, (los que las  
» llevaban se pararon) y dice: Jóven, yo te lo mando,  
» levántate. Y el que estaba muerto se sienta, y prin-  
» cipia á hablar. Y Jesus le dió á su madre<sup>2</sup>. »

¿Qué hemos de añadir á esta narracion de una simplicidad tan divina? ¿Y qué se podrá añadir á la de la resurreccion de Lázaro, encerrado hacia ya cuatro dias en el sepulcro, y con señales visibles de putrefaccion? « Quitán la piedra, y Jesus alzando los ojos al cielo, di-  
» ce: Padre, os doy gracias de que me habeis oido. Yo  
» sabia ya que me oís siempre; pero he dicho esto á  
» causa del pueblo que me rodea, á fin de que él crea  
» que Vos me habeis enviado. Entonces levanta la voz  
» con un gran grito: Lázaro, sal del sepulcro: é inme-  
» diatamente el que estaba muerto salió, ligado como  
» estaba las manos y piés con fajas, y el rostro cubierto  
» con el sudario. Jesus les dice: desatadle las fajas, y de-  
» jadle ir<sup>3</sup>. »

<sup>1</sup> Pertransiit beneficiando, et sanando omnes.... quoniam Deus erat cum illo. Act. x, 38.

<sup>2</sup> Deinceps ibat in civitatem, quæ vocatur Nain: et ibant cum eo discipuli ejus et turba copiosa. Cum autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat; et turba civitatis multa cum illâ. Quam cum vidisset Dominus, misericordiâ motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. Hi autem qui portabant, steterunt. Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cœpit loqui. Et dedit illum matri suæ. Luc. vii, 11 et seqq.

<sup>3</sup> Tulerunt ergo lapidem. Jesus autem, elevatis sursum oculis, dixit: Pater, gratias ago tibi quoniam apudisti me. Ego autem sciebam quia semper me audis: sed propter populum, qui circumstat, dixi; ut credant, quia tu me misisti. Hæc cum dixisset, voce magnâ clamavit: Lazare, veni foras. Et statim prodiit qui fuerat mortuus,



¿Qué voz es esta que la oye el sepulcro, y á la que obdecen los muertos? El Evangelista observa, que muchos Judios, que habian venido á la casa de Maria y Martha, y vieron lo que Jesus hizo, creyeron en él <sup>1</sup>. Los Sacerdotes mismos y los Fariseos creyeron tambien el milagro, y se decian entre sí : ¿Qué haremos, porque este hombre hace muchos prodigios <sup>2</sup>? Y en la ceguedad de su falsa política y de su encono, que los llevaba sin saberlo ellos al cumplimiento de las profecías, determinaron hacerle morir <sup>3</sup>.

No se ve pues sombra siquiera de disentimiento, ni apariencia de duda sobre la verdad de los milagros del Salvador, aun entre sus enemigos. Su caridad tierna se extendia á todas las miserias humanas : bastaba acercarse á él para recibir como una poderosa y eficaz emanacion de vida.

Jesus se detiene en un lugar campestre con sus Discipulos, y una multitud inmensa que habia venido de toda la Judea, y de Jerusalem, y de las costas del mar, y de Tiro y de Sidon, para oírle y sanar de sus enfermedades... Y toda la multitud queria tocarle, porque salia de él una virtud que los curaba á todos <sup>4</sup>.

ligatus pedes et manus institis; et facies illius sudario erat ligata. Dixit eis Jesus: Solvite illum; et sinite abire. *Joan. xi, 41 et seqq.*

1 Multi ergo ex Judæis, qui venerant ad Mariam et Martham, et viderant quæ fecit Jesus, crediderunt in eum. *Ibid. 45.*

2 Collegerunt ergo pontifices et pharisæi concilium, et dicebant: Quid facimus, quia hic homo multa signa facit? *Ibid. 47.*

3 Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum: et venient Romani, et tollent nostrum locum, et gentem. Unus autem ex ipsis, Caiphas nomine, cum esset pontifex anni illius, dixit eis: Vos nescitis quidquam. Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat. Hoc autem à semetipso non dixit: sed cum esset pontifex anni illius, prophetavit, quod Jesus moriturus erat pro gente; et non tantum pro gente, sed ut filios Dei qui erant dispersi, congregaret in unum. Ab illo ergo die cogitaverunt ut interficerent eum. *Ibid. 48 et seqq.*

4 Et descendens cum illis, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus; et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis... Et omnis turba quærebat eum tangere; quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. *Luc. vi, 17, 18, 19.*

Si estos prodigios renovados á cada instante no hubiesen sido verdaderos, ¿cómo habria podido ir en aumento la confianza de los pueblos? ¿Cómo le habrian traído de todas partes los enfermos para que los sanase <sup>2</sup>? Y enfermos de toda especie, los cuales todos sentian igualmente los efectos de su poder. Y esto incesantemente, y en presencia de una multitud inmensa que corria no solo de toda la Judea, sino aun de los Reinos vecinos, para ser testigo de estas maravillas; á la vista de los Sacerdotes y de los Doctores humillados y envidiosos; en presencia de todos los enemigos del Cristianismo naciente, los cuales alguna vez tenian el cuidado de verificar todas las circunstancias del milagro, á fin de descubrir la falsedad, si les hubiera sido posible, como se ve en la historia del ciego de nacimiento <sup>3</sup>: y tanto exámen, tantas indagaciones dirigidas por tanto odio, no terminaban jamás sino en comprobar mas y mas la incontestable realidad de los milagros obrados por el Salvador. *Es manifesto, y no lo podemos negar* <sup>2</sup>, como decian de los obrados por los Apóstoles. ¿Qué mas se quiere? ¿qué mas es necesario para que un milagro sea cierto? ¿Vendremos á parar en negar su posibilidad? ¿Se querrá mas bien renunciar á la razon, y condenarla á morir en las angustias del absurdo, que ser cristiano, que vivir con la vida que el Hijo de Dios ha venido á traernos?

Mas para el que sabe oír; qué fuerza invencible en el testimonio unánime de un pueblo contemporáneo! Y no es esto todo; ese pueblo infiel ha continuado hasta nuestros dias en reconocer en los milagros del Salvador una excepcion real de las leyes de la naturaleza; y los paganos todos han continuado el mismo juicio: sabios, ignorantes, Judíos, Idólatras, todos tienen una misma voz, todos están conformes sobre la naturaleza evidentemente milagrosa de las obras de Jesucristo: y mas bien han consentido en admitirlo todo, en suponerlo todo, que recibirlos como acontecimientos naturales. Unos los han

1 *Joan. ix, 1 et seqq.*

2 Quid faciemus hominibus istis? quoniam quidem notum signum factum est per eos, omnibus habitantibus Jerusalem: manifestum est, et non possumus negare. *Act. iv, 16.*

atribuido al poder del nombre de Dios que Jesus habia robado en el templo; otros al poder de Beelzebub; algunos como Porfirio, á la Theurgia<sup>1</sup>; casi todos á los secretos de la magia<sup>2</sup>: corresponde á los incrédulos decirnos si estas explicaciones les satisfacen.

Siempre será cierto que los prodigios obrados por Jesucristo y por sus Apóstoles son verdaderos milagros, por confesion de todos los hombres que los presenciaron, ó que oyeron hablar de ellos; por confesion de los Judíos y de los Gentiles<sup>3</sup>, de los Cristianos y de los Musulmanes<sup>4</sup>; porque hé aqui en los términos en que el falso profeta de los Arabes hace hablar á Dios en el Koran: « Hemos dado á Jesus, el hijo de María, señales manifestas, y le hemos fortalecido por el Espiritu Santo<sup>5</sup>; » y las que aquí nombra *señales manifestas*, en otra parte las llama *milagros evidentes*<sup>6</sup>.

Y si prescindiendo, ú olvidándonos de testimonios tan numerosos y tan decisivos, se consulta al mundo entero, ó al sentir comun de todos los hombres, para saber si

<sup>1</sup> Especie de magia en que se creia tratar con las divinidades buenas, que es lo que el vulgo entiende comunmente con el nombre de *Magia blanca*.

<sup>2</sup> Así se ve en los pasajes de los autores judíos y paganos citados anteriormente.

<sup>3</sup> San Justino, que escribia á mitad del siglo II, remite á las Actas de Pilatos á los que pusiesen en duda las circunstancias de la Pasion de Jesucristo, ó sus milagros tales como la curacion de los enfermos, y la resurreccion de los muertos. *Apolog.* 1, n. 43.

<sup>4</sup> Los Persas llaman al poder que Jesucristo tenia de hacer milagros, *Bad Messih, el viento ó el soplo del Mesías*. En efecto, ellos dicen que por su aliento resucitaba los muertos, etc. D'Herbelot, *Bibliot. oriental.* art. *Bad Messih*; tom. 1, p. 522. El autor del *Meth-nevi-Manevi*, parafraseando un pasaje del Koran, habla así: « El Mesías, por una parte, resucita á Lázaro, y por la otra veis los Judíos comidos de envidia y de despecho. »

<sup>5</sup> We gave unto Jesus the son of Mary manifest signs, and strengthened him with the holy Spirit. *The Koran, translated by George Sale*, chap. 2, tom. 1, p. 47. London, 1764.

<sup>6</sup> We gave evident miracles to Jesus, etc. — *Ibid.* p. 17. Vid. et ch. 3, p. 64. — *Ibid.* 43, tom. II, p. 361. — *Ibid.* ch. 62, p. 436. — Da igualmente testimonio á la mision divina y á los milagros de Moisés. *We formerly sent Moses with our signs.* vol. II, ch. 14, p. 62. — *Ibid.* ch. 18, p. 110. — *Ibid.* ch. 23, p. 181. et alibi.

hechos semejantes á los que el Evangelio refiere, están en el orden de la naturaleza, ó forman al contrario *excepciones reales á sus leyes*; ¿duda alguno cuál será su respuesta?

Así que necesariamente es preciso ó negar el sentido comun, ó confesar los milagros de Jesucristo, y con ellos la santidad, y la divinidad del Cristianismo. Pero antes de desenvolver esta última consecuencia, debemos hablar del milagro mas augusto del Salvador, el de su Resurreccion<sup>1</sup>, el cual tuvo de particular que se obró sin mediacion de otra persona, por la virtud misma que habia en él.

Los Profetas habian anunciado que el Cristo resucitaria<sup>2</sup>, y resucitaria el dia tercero<sup>3</sup>; y Jesucristo mismo lo habia predicho muchas veces á sus Discípulos; preparándolos para su Pasion<sup>4</sup>. Pero sea que esta prediccion hubiese hecho poca impresion en su espíritu, ó que la muerte de Jesus y el terror que se apoderó de ellos hubiesen turbado su fe, ellos se dejaron ver entonces como hombres que habian perdido enteramente la esperanza. Su debilidad, que Dios permitia, debía segun sus designios, añadir una nueva fuerza á las pruebas de la Resurreccion gloriosa de su Hijo.

Consideremos detenidamente las principales circunstancias. El Salvador, agotadas ya sus fuerzas por los tormentos que habia sufrido, es clavado en la Cruz, y queda allí expuesto á los ultrajes de una multitud furiosa. Durante este tiempo su sangre corria sobre el género hu-

<sup>1</sup> Hay cuatro obras en las cuales está examinada la resurreccion de Jesucristo en todas sus circunstancias, con todas sus pruebas, dignas verdaderamente de leerse, cuyos titulos son: *La Religion chrétienne démontrée par la résurrection de Jésus-Christ*; par Homfroi-Dilton, 1 vol. en 4º. — *Les témoins de la résurrection de Jésus-Christ, examinés et jugés selon les règles du barreau*, par Sherlock, 1 vol. en 12º. — *Observation sur l'hist. et sur les preuves de la résurrection de Jésus-Christ*, par Gilbert West, 1 vol. en 12º. — *An illustration of the general evidence, establishing the reality of Christ's resurrection*; by George Cook, 1 vol. en 8º.

<sup>2</sup> Ps. LX, 9, 11, 12; XV, 10. — 3 Osee, VI, 3.

<sup>4</sup> *Matth.* XVI, 21; XVII, 22. — *Marc.* X, 34. — *Luc.* IX, 22; XVIII, 33; XXIV, 7.

mano, y el misterio de salud se cumple: Jesús espira á vista de todo el pueblo, y en presencia de los soldados romanos que le custodian, á fin de que su muerte no pudiese ofrecer la menor sombra de duda; y la naturaleza misma en algun modo quiso atestiguarla tambien por su luto, en las tinieblas milagrosas de que se cubre, y que llamaron la atencion y asombraron á los mismos Gentes<sup>1</sup>. Testigos de este y de otros muchos prodigios, que los Judios confiesan<sup>2</sup>, el Centurion y sus soldados llenos de terror exclamaron: *Este era verdaderamente el Hijo de Dios*<sup>3</sup>.

A fin de acelerar la muerte de los malhechores que habian sido crucificados con Jesucristo, se les quiebran las piernas; pero Jesús habia ya terminado su sacrificio, y estaba escrito que *no se le rompería ninguno de sus huesos*<sup>4</sup>. Para que otra profecía<sup>5</sup> fuese cumplida, se le

1 Tertul. *Apolog.* cap. 21.

2 Talmud. *Trat. de fest. Expiat.* — Joseph. *de Bello Jud.* lib. 3, c. 12. *alias* lib. 6, c. 5. *Vid.* et Tacit. *Hist.* lib. 5, c. 13.

3 Jesus autem iterum clamans voce magna emisit spiritum. Et ecce velum templi scissum est in duas partes à summo usque deorsum, et terra mota est, et petrae scissae sunt, et monumenta aperta sunt, et multa corpora Sanctorum, qui dormierant, surrexerunt. Et exenntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis. Centurio autem, et qui cum eo erant, custodientes Jesum, viso terrae motu, et his quae fiebant, timuerunt valde dicentes: Verè filius Dei erat iste. *Matth.* xxvii, 50 et seqq. — El temblor de tierra, dice Bergier (*Traité de la vraie Religion*, t. IX, ch. 4, § 12, p. 137.); está testificado por un monumento irrecusable, por el modo con que la roca del Calvario está hendida. Viajeros é historiadores muy instruidos, Millar, Fleming, Maundrell, Shaw y otros atestiguan que esta roca no está hendida naturalmente, segun las venas de la piedra, sino de un modo evidentemente sobrenatural (*Rep. Crit.* t. I, p. 547. *Fleming, Christology*, vol. II, p. 97.) «Aun cuando yo quisiese negar, dice » San Cirilo de Jerusalem, que Jesús ha sido crucificado, esta mon- » taña del Golgotha sobre la cual ahora estamos reunidos, me lo ma- » nifestaria.» *Cat.* 13.

4 Os non comminetis ex eo. *Joan.* xix, 36. *Exod.* xii, 46. *Num.* ix, 12. El cordero de la pascua de los Judios era la figura del Cordero inmolido por nosotros, y que quita el pecado del mundo.

5 Videbunt in quem transixerunt. *Joan.* *ibid.* 37. *Zachar.* xii, 10.

atravesara el costado con una lanza, y sale de él sangre y agua. A la caída de la tarde se le baja de la cruz. Josef de Arimathea y Nicodemus, porque los Apóstoles se habian ocultado, envuelven su cuerpo entre perfumes en una sábana, y le siñen con fajas; le depositan en un sepulcro abierto en una roca, y cierran la entrada con una gran losa<sup>1</sup>.

En el entretanto los principes de los Sacerdotes y los Fariseos van á Pilatos, y le dicen: «Nos acordamos que » aquel seductor, interin vivia, habia dicho: despues de » tres dias resucitaré. Mandad pues que se custodie el » sepulcro hasta el tercero dia; no sea que vengan sus » Discipulos á robarle, y digan al pueblo que ha resuci- » tado de entre los muertos, y este último error sea » peor que el primero. Pilatos les dice: ahí teneis las » guardias, id y custodiadle como os parezca, y sabeis » que os conviene. Ellos van, pusieron guardias al se- » pulcro, y sellaron la piedra<sup>2</sup>. »

!Cuántas precauciones contra unos hombres que de miedo se habian huido cada uno por su parte! ¡que el temor habia dispersado! Los Apóstoles, olvidando las promesas de su Maestro, se habian vuelto á sus barcas y á sus redes. El Cristianismo apenas nacido parecia acabado, y la cruz que debia vencer al mundo, no inspiraba sino terror á los mismos que Dios habia escogido para llevarla y plantarla en las naciones.

Los Discipulos de Jesús estaban tan léjos de pensar en robar su cuerpo, que no atreviéndose ni aun á acercarse á su sepulcro para hacer al que *tanto los habia amado* los últimos obsequios, abandonaron este santo cuidado á tres mujeres, menos tímidas que ellos<sup>3</sup>. Mas las precauciones tomadas por los Sacerdotes y los Fariseos eran necesarias para prevenir siempre la sospecha de robo, y los Judios fueron encargados de justificar el milagro que ponía el sello á su condenacion.

Las santas mujeres ignoraban que se hubiese embalsamado el cuerpo de Jesús, y venian con la intencion de cumplir este triste oficio, y de dar al *Hijo del Hombre*

1 *Joan.* xix, 32 y sig. — *Matth.* xxvii, 57 y sig.

2 *Matth.* *ibid.* 63 y sig. — 3 *Marc.* xvi, 1. *Luc.* xxiv, 1.

esta última prueba de ternura y de respeto <sup>1</sup>. Ellas no tenían otro designio ni otra esperanza; ¡tán agena estaba la idea de la resurreccion de Jesus del espíritu de los mismos que le habian quedado fieles!

Al llegar al sepulcro, María y sus compañeras le encuentran abierto; hallan aquel *sepulcro glorioso* que habia predicho el Profeta <sup>2</sup>. El misterio de la Resurreccion se habia cumplido: en aquel punto la tierra habia temblado, un Ángel del Señor habia descendido del cielo, quitado la piedra que cerraba la entrada del sepulcro; su rostro brillaba como un relampago, sus vestidos eran blancos como la nieve, y á su aspecto los guardias espantados habian huido. <sup>3</sup>

María corre á advertir á Simon Pedro y al Discípulo á quien amaba Jesus, de lo que habia visto. « Han llevado al Señor del sepulcro, y no se donde lo han puesto <sup>4</sup>. » Los dos Apóstoles se apresuran á ir á verificar la relacion de María. Ven los lienzos y las fajas en la gruta, y el sudario que cubria el rostro plegado en otra parte de ella con separacion. Despues de haberse convencido por sus ojos de la verdad de lo que les habia dicho aquella Santa mujer, *se vuelven*, y San Juan mismo nos dice que aun no se persuadian de la Resurreccion <sup>5</sup>.

María inquieta en su dolor, vuelve al sepulcro de Jesus, y de pié á la entrada de él, lloraba. Mas hé aquí que dos Angeles se ofrecen á su vista <sup>6</sup>. « No temas, la <sup>7</sup> dicen los enviados celestiales, ¿buscas á Jesus de Nazareth, el que ha sido crucificado? No está aquí: ha resucitado, como lo habia dicho. Hé aquí el lugar donde lo pusieron. Vé, y dí á sus Discípulos y á Pedro, que él ha ido delante á la Galilea; allí le vereis, como os lo habia dicho <sup>7</sup>. »

Llenas de temor, y al mismo tiempo de una gran alegría, María y las otras mujeres que la habian seguido,

<sup>1</sup> Luc. xxiii, 56. — <sup>2</sup> Isai. xi, 10.

<sup>3</sup> Matth. xxviii, 2 et seqq.

<sup>4</sup> Tulerunt Dominum de monumento, et nescimus ubi posuerunt eum. Joan. xx, 2.

<sup>5</sup> Ibid. 3 et seqq. — <sup>6</sup> Ibid. 11 y 12.

Matth. xxviii, 5 et seqq. Marc. xvi, 6 et seqq.

obedecen las órdenes del Ángel. Pero *sus palabras parecieron á los Apóstoles como de personas delirantes, y no las creyeron* <sup>1</sup>.

Tan poco dispuestos como se ve estaban á persuadirse ligeramente que las predicciones de los Profetas y las de Jesus tocantes á su Resurreccion se hubiesen cumplido. Era necesario que él mismo viniese á convencerlos y reanimar su fe casi extinguida. Aparece primeramente á María Magdalena, é inmediatamente ella va á anunciarlo á los que habian estado con él, y estaban afligidos y llorando. Sin duda que ellos, recordando las promesas del Salvador, van á concebir alguna esperanza. Escuchad al Evangelista: « Los Discípulos oyendo que vivia, y que ella misma lo habia visto, no lo creyeron <sup>2</sup>. »

Poco tiempo despues aparece de nuevo á dos de ellos que iban á una aldea; estos lo anunciaron á los otros, *y ellos no los creyeron* <sup>3</sup>. ¿Pues á quién creerán? Solo al mismo Jesucristo.

Pues « una tarde que estaban reunidos, las puertas cerradas por el temor de los Judíos, Jesus se deja ver, y poniéndose de pié en medio de ellos, les dice: La paz sea con vosotros; y en seguida les muestra sus manos y su costado <sup>4</sup>. Turbados y asombrados creen ver un espíritu. Y Jesus les dice: ¿Porqué estais turbados y suhen esos pensamientos en vuestro corazon? Ved mis manos y mis piés, y reconoced que soy yo: tocad y ved; un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo; y diciendo esto, les mostro sus piés y sus manos. Pero como no creyesen aun, y permaneciesen en su admiracion á causa de su alegría, les dice: ¿Tenéis alguna cosa de comer? Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y despues que hubo comido á su presencia, tomando lo que restaba, se lo dió á ellos, y les dice: Esto es lo que yo os habia dicho, cuando estaba todavia con vosotros; que era ne-

<sup>1</sup> Luc. xxiv, 11.

<sup>2</sup> Illa vadens nuntiavit his, qui cum eo fuerant, lugentibus et flentibus. Et illi audientes quia viveret, et visus esset ab ea, non crediderunt. Marc. xvi, 10, 11.

<sup>3</sup> Ibid. 12 y 13. — <sup>4</sup> Luc. xxiv, 37 y sig.

» cesario que todo lo que está escrito de mí en la Ley de  
 » Moysés y en los Profetas, y en los Salmos, se cumpliese.  
 » Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen  
 » las Escrituras. Y les dice : Así es como está escrito, y  
 » así es como el Cristo debía padecer, y resucitar de en-  
 » tre los muertos al tercero día, y que la penitencia y la  
 » remisión de los pecados debe predicarse en su nombre  
 » á todos los pueblos, principiando por Jerusalem. Vos-  
 » otros sois testigos de estas cosas : y hé aquí que Yo os  
 » envío al que mi Padre os ha prometido ; permaneced  
 » en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de  
 » lo alto.»

Otro Evangelista añade : que les reprendió su *incredulidad y dureza de corazón*, porque no habían querido creer á los que le habían visto resucitado<sup>1</sup>. Tomás, llamado Didymo, estaba ausente cuando se les apareció. Estos le dijeron : « Hemos visto al Señor ; pero él dijo :  
 » si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto  
 » mi dedo en los agujeros de ellos, y mi mano en su cos-  
 » tado, no lo creeré. Ocho días despues estando los Dis-  
 » cípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, las puer-  
 » tas cerradas, viene Jesus, y puesto en pié en medio de  
 » ellos, dice : La paz sea con vosotros ; y vuelto en se-  
 » guida á Tomás : Mete aquí tu dedo, y registra mis ma-  
 » nos : acerca la mano, y éntrala y mete en mi costado,  
 » y no seas incrédulo sino fiel. Tomás responde y le di-  
 » ce : ¡ Señor mio, y Dios mio ! Jesus le dice : Porque me  
 » has visto, Tomás, has creído : dichosos los que no vie-  
 » ron, y creyeron<sup>2</sup>. »

Los Escritores sagrados refieren otras muchas apariciones de Jesus. San Pablo nos dice que se mostró una vez á mas de quinientas personas juntas<sup>3</sup>. Por el espacio de cuarentas días prepara el nacimiento de su Iglesia. Instruye á los Apóstoles, les da sus órdenes, les confía su poder, les promete el Espíritu Santo ; les anuncia que fortalecidos por su virtud, darán testimonio de él en Jerusalem, y en toda la Judea, y en Samaria, y hasta los últimos términos de la tierra. Despues de lo cual se

<sup>1</sup> Marc. xvi, 14.

<sup>2</sup> Joan. xx, 25 y sig. — <sup>3</sup> 1 ad Corinthios, xv, 6.

eleva á los cielos, y una nube le oculta á su vista<sup>4</sup>.

Desde este momento los Apóstoles parecen nuevos hombres, y no dudan, no vacilan : á la duda sucede una fe viva é imperturbable ; á la cobardía y timidez un valor al que nada cansará, nada vencerá, ni ultrajes, ni amenazas, ni cadenas, ni tormentos, ni la muerte. Irán anunciando la Resurreccion de Jesus á todos los pueblos de la tierra, y todos los pueblos de la tierra los creerán, porque su testimonio será confirmado por milagros, y sellado con su sangre.

Muéstrenos un testimonio menos sospechoso, mas respetable que el que Dios mismo ratifica por los prodigios que estos testigos obran en su nombre. Si Jesucristo realmente no ha resucitado ; si la fe de los cristianos es un error, no se acuse de él á los hombres, sino al mismo Dios que ha desplegado su poder para engañar al mundo.

Pero aun cuando los Apóstoles no hubieran sido manifiestamente los depositarios de un poder divino, no por eso dejarían de ser testigos irrecusables.

No se puede dudar que tuvieron una suma dificultad en creer la Resurreccion de Jesucristo. Para convencerlos, fué necesario que la verificasen por sus mismos sentidos : que viesen, oyesen, palpasen al Salvador. Luego no eran entusiastas.

No se puede dudar de la firmeza, ni de la sinceridad de su creencia, despues que vieron, oyeron, palparon á Jesucristo, vencedor del sepulcro, pues que todos ellos murieron por dar testimonio á la verdad de su Resurreccion. Luego no eran impostores.

Pregúntese á todo el género humano si doce testigos... ¿ qué digo doce ? hablemos con San Pablo, *si mas de quinientos testigos* en quienes no se puede sospechar ni entusiasmo, ni impostura, son dignos de crédito cuando atestiguan que han visto, que han oído, tocado en una palabra, reconocido por todos sus sentidos, despues de un exámen repetido y atento durante cuarenta días, á un hombre con quien habían vivido muchos años familiarmente. Pregúntese ? si es posible que, estos testigos se hayan en-

<sup>4</sup> Act. 1, 8 y 9.

gañado tomando un fantasma por un ser real, ó á otro hombre por aquel con quien se imaginaban conversar, y que en sus piés y sus manos agujereadas, en su costado abierto ofrecia aun una señal, imposible de contrahacer, imposible de desconocer, de la identidad que estos testigos afirman? Ciertamente el género humano responderá que es necesario ó creer á estos testigos, ó desechar toda especie de testimonio.

Luego si negando el testimonio no se quiere destruir la base de toda certeza, es preciso reconocer que Jesucristo ha resucitado, y que no hay hecho mas cierto.

Mas si Jesucristo ha resucitado, como lo habian predicho los Profetas, y como lo habia predicho él mismo; luego él es el verdadero Mesias, el libertador esperado por todos los pueblos: luego el Cristianismo es divino.

Y si Jesucristo es el verdadero Mesias, *el Deseado de las naciones*, él es todo lo que las naciones habian entendido que debia ser, todo lo que los Profetas habian dicho que seria, es decir: el verdadero *Hijo de Dios engendrado antes del lucero de la mañana, su Palabra, su Sabiduría, su Verbo*; él es Dios, él *Jehovah*, como lo llaman los Profetas, al mismo tiempo que le representan como *uno de nuestros hermanos*, como un hombre semejante á nosotros; y el misterio del *Hombre-Dios*, que es el fundamento de nuestra ley, como lo fué siempre de la fe de los justos en el mundo entero, manifiestamente se ha cumplido en él.

El que negare estas consecuencias, ó sea los hechos de que se deducen, negaría la razon humana. Luego tan cierto como es que hay razon humana, lo es que el Cristianismo es verdadero. Despues de esto disputese en horabuena, sutilícese, dúdese, si se quiere; esta verdad; niéguese: ¿qué importa á la Religion, que no por eso queda menos inmutablemente lo que es en sí? ¿Qué le importa á Dios, cuya justicia alcanza inevitablemente á las criaturas insensatas que huyen de su misericordia? El no ha querido violentar su fe ni sus homenajes. llenando el Universo de esplendor y de magnificencia, no violenta al hombre á gozar de sus beneficios. Por más brillante que sea la luz, no puede alumbrarle á pesar suyo. En medio de su mayor claridad él es libre de

sustraerse de ella: para hallar las tinieblas basta cerrar los ojos.

Sin embargo hay pocos incrédulos que lleguen á separarse enteramente de la verdad. Hay momentos en que ella los subyuga, y entonces se les ve, por un movimiento involuntario, prosternarse á su presencia. En el tiempo mismo en que la resisten, se les escapan mil confesiones que son juntamente la apología de las doctrinas que impugnan, y la condenacion de las que defienden; porque no viviendo el espíritu sino de la verdad, no podria combatirla á la vez toda entera: y siempre á la sombra de lo verdadero se esfuerza á sostener lo falso. De ahí esas innumerables contradicciones que llenan las obras de los incrédulos; de ahí las concesiones forzadas que hacen al Cristianismo, de modo que no se necesita mas que sus propias palabras para establecer claramente su divinidad<sup>1</sup>, como lo vamos á mostrar con el ejemplo de Rousseau.

« Cuando Dios, dice, da á los hombres una revelación » que todos están obligados á creer, es necesario que la » establezca sobre pruebas acomodadas para todos, y » por consiguiente que sean tan diversas como los mo- » dos de ver de los que deben adoptarlas<sup>2</sup>. »

De que las pruebas de la Religion deben ser *buenas para todos*, no se sigue que deban ser *diversas para cada uno*. A excepcion de esto, el principio es verdadero. Veamos la consecuencia.

« Sobre este argumento, que me parece justo y sen-

1 Se hallan escritas en efecto por M. Merault las obras intituladas: *Los Apologistas involuntarios*, y *Voltaire apologista de la Religion cristiana*; en donde con sus mismas palabras se establece su divinidad. ¡Ojalá que en la traduccion española de la primera no se hubiera permitido en una nota (p. 278) establecer la malhadada *Soberania del Pueblo!*... nota que por experiencia podemos decir disipó todo el buen fruto que habia hecho la lectura de la obra en un jóven, á quien se le dió á leer para reducirlo al verdadero camino, del cual lo habian separado los papeles constitucionales: esto debe cautelar mucho á los autores para no hacer jamás concesiones al error. Este tímido al principio, si llega á tomar entrada se hace osado, y todo lo contamina. Lo mismo pudiéramos decir de los elogios dados á la obra de *Tolerancia* de Trautsmendorf, cuyas ideas son bien conocidas.

2 *Lettres écrites de la Montagne*, p. 85, 86.

» cillo, se ha hallado que Dios habia dado á la mision  
 » de sus enviados diversos caractéres que hacen esta  
 » mision conocida á todos los hombres grandes y peque-  
 » ños, necios y prudentes, sabios é ignorantes...

» El primero, el más importante, el mas cierto de es-  
 » tos caractéres, se toma de la naturaleza de la doctrina,  
 » es decir, de su utilidad, de su perfeccion, de su santi-  
 » dad, de su verdad, de su sublimidad, y de todas las  
 » otras cualidades que pueden anunciar á los hombres  
 » las instrucciones de la suprema Sabiduría, y los man-  
 » datos de la suma Bondad. Este carácter es, como ya  
 » he dicho, el mas seguro, mas cierto y mas infalible;  
 » pues lleva en sí mismo una prueba que le dispensa de  
 » toda otra <sup>1</sup>. »

No se trata aquí de averiguar si el exámen de la doctrina es el medio general dado á los hombres para reconocer ciertamente la verdadera Religion. Rousseau mismo confiesa que este carácter es « el mas difícil de justificar, pues exige para ser sentido <sup>2</sup> estudio, reflexión, conocimientos, discusiones que no convienen sino á hombres prudentes, instruidos y que saben razonar y discurrir <sup>3</sup>. » Mas en fin, Rousseau se contaba sin duda entre los *hombres sabios, prudentes, instruidos, que saben discurrir*, y no creemos que ningun deista le niegue estas cualidades. Pues díganos él, si el Cristianismo, al cual otro deista llama *la mas perfecta de las religiones* <sup>4</sup>, posee el primero de estos caractéres que hacen la mision de los enviados divinos conocida de todos los hombres.

En el mismo libro y en la misma página de donde hemos tomado estas palabras, leemos tambien estas: « En punto á moral, sólo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante á sí mismo <sup>5</sup>. » Luego el carácter de divinidad *mas seguro, mas infalible, y que lleva en sí una prueba que dis-*

1 *Lettres écrites de la Montagne*, p. 86, 87.

2 Como Rousseau afecta siempre el uso de la palabra *sentir* por percibir, conocer, juzgar, la hemos conservado, para que se sienta mejor su pensamiento.

3 *Ibid.*, p. 87. — 4 Lord Herberto Cherbury, *Religio laici*, p. 28.

5 *Lettres écrites de la Montagne*, p. 87, not.

*pensa de toda otra*, pertenece manifiestamente al Evangelio, y sólo al Evangelio.

Acaso se dirá que en este pasaje no se trata de toda la doctrina del Evangelio, sino únicamente de su moral. Aun cuando así fuese, esto bastaria; porque una moral que sea *siempre verdadera, siempre única* es evidentemente *sola* la moral divina; y por consiguiente *sola* la Religion que enseña esta moral es tambien la *única* Religion divina. Esto nos parece claro é incontestable. Sin embargo, si se quiere además una confesion formal de Rousseau, no nos negamos á presentarla.

« Las ciencias, dice, están hoy florecientes; la literatura y las artes brillan entre nosotros; ¿mas qué provecho ha sacado la Religion? Preguntémoslo á esa multitud de filósofos que se jactan de no tener ninguna... La ciencia se dilata y la fe se extingue. Todo el mundo quiere enseñar á obrar bien, y ninguno quiere aprenderlo; todos nos hemos constituido doctores, y hemos dejado de ser cristianos.

» No, no fué con tanto arte y aparato como se extendió el Cristianismo en todo el Universo, y como su hermosura encantadora penetró los corazones. Este libro divino, el único necesario á un Cristiano, el mas útil de todos, aun para los que no lo son, no necesita mas que meditarle para excitar en el alma el amor de su autor y la voluntad de cumplir sus preceptos. Jamás la virtud habló un lenguaje tan suave; jamás la sabiduría más profunda se expresó con tanta energía y sencillez. No se deja su lectura sin sentirse mejor que antes <sup>1</sup>. »

No se podria reconocer mas expresamente en la doctrina del Evangelio *la utilidad, la perfeccion, la santidad, la verdad, la sublimidad* que forman el carácter *mas cierto é infalible de la mision de los enviados divinos*. Luego negar la *mision divina* de Jesucristo que vino á traer al mundo la doctrina del Evangelio, es negar una verdad, un hecho *infaliblemente cierto*.

« El segundo carácter es el de las personas escogidas de Dios para anunciar su palabra: su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y sin tacha,

1 *Réponse au Roi de Pologne. Mélanges*, t. IV, p. 268, 269.

» sus virtudes inaccesibles á las pasiones humanas, junto  
 » con las cualidades del entendimiento, razon, talento,  
 » ciencia y prudencia, son otros tantos indicios res-  
 » tables, cuyo conjunto ó reunion, cuando en nada se  
 » desmiente, forma una prueba completa en su favor; y  
 » dice que ellos son más que hombres<sup>1</sup>. »

Y este segundo carácter que, aunque menos cierto que el primero, según Rousseau, *mueve con preferencia á los buenos y rectos*<sup>2</sup>, ¿se halla en el Cristianismo? ¿Jesucristo poseyó todas las cualidades, cuya reunion ó conjunto forma una prueba completa de la mision divina? Escuchemos al mismo filósofo.

« Os confieso que la majestad de las Escrituras me  
 » enagenà, y la santidad del Evangelio habla á mi cora-  
 » razon. Ved los libros de los Filósofos con toda su  
 » pompa: ¡qué pequeños son al lado de este! ¿Es po-  
 » sible que un libro, á un tiempo tan sublime y tan sen-  
 » cillo, sea obra de los hombres? ¿Será posible que  
 » aquel, cuya historia nos refiere, sea un puro hombre?  
 » ¿Es acaso aquel el lenguaje de un entusiasta, ó de un  
 » sectario ambicioso? ¡Qué gracia tan tierna en sus ins-  
 » trucciones! qué mansedumbre, qué dulzura, qué  
 » inocencia en sus costumbres! qué elevacion en sus  
 » máximas! qué sabiduría tan profunda en sus dis-  
 » cursos! qué presencia de espíritu! qué delicadeza!  
 » qué exactitud en sus respuestas! qué imperio sobre  
 » las pasiones! ¡Dónde está el hombre, dónde el sabio  
 » que sepa obrar, padecer y morir así, sin debilidad y  
 » sin ostentacion! Cuando Platon describe al justo ideal  
 » é imaginario, cubierto de todo oprobio del crimi-  
 » nen, y digno de todo el premio de las virtudes,  
 » pinta rasgo por rasgo á Jesucristo: la semejanza es  
 » tan evidente, que todos los PP. la han advertido, y  
 » no es posible engañarse en ello<sup>3</sup>. ¡Qué cúmulo de pre-

<sup>1</sup> *Lettr. écrites de la Montagne*, p. 87, 88. — <sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> En efecto la semejanza es patetisima. El justo de Platon, desconocido, ultrajado, perseguido, persevera hasta la muerte en la virtud, que no atrae sobre él más que trabajos y padecimientos. « No penseis, añade Platon, que soy yo el que lo digo; pero los malos serán los que dirán que este justo debe ser azotado con varas, atormentado, cargado de cadenas, y al fin colgado en un pati-

» ocupaciones, qué ceguedad no es preciso tener pa-  
 » ra atreverse á comparar al hijo de Sophronisco con  
 » el Hijo de Maria! ¡Qué distancia del uno al otro! Só-  
 » crates muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene  
 » fácilmente su carácter hasta el fin; y si esta muerte  
 » fácil de sostenerse, no hubiese honrado su vida, se  
 » dudaria si Sócrates con todo su ingenio, no habia sido  
 » más que un sofista. — Inventó, se nos dice, la moral.  
 » — Otros antes que él la habian practicado: no hizo  
 » más que decir de palabra lo que aquellos habian puesto  
 » por obra; dar en lecciones sus ejemplos. Aristides  
 » habia sido justo antes que Sócrates definiere la justi-  
 » cia: Leonidas habia muerto por su patria, antes que  
 » él dijese que era un deber morir por ella: Esparta era  
 » sobria, antes que Sócrates hubiese alabado la sobrie-  
 » dad: antes que él hubiese definido la virtud, la Gre-  
 » cia abundaba en hombres virtuosos. Pero ¿dónde  
 » aprendió Jesus entre los suyos aquella moral sublime  
 » y pura, de que él solo ha dado lecciones y ejemplos?  
 » Del seno del mas furioso fanatismo<sup>1</sup> se hizo oír la mas  
 » alta sabiduría, y la sencillez de las mas heroicas vir-  
 » tudes honró al mas vil de todos los pueblos<sup>2</sup>. La muerte  
 » de Sócrates filosofando tranquilamente con sus ami-  
 » gos es la mas dulce que se puede desear; la de Jesus  
 » espirando entre tormentos, injuriado, escarnecido,  
 » maldecido por todo un pueblo, es la mas horrible  
 » que se puede temer. Sócrates tomando la copa enve-  
 » nendada, bendice al que se le presenta, el cual al tiem-  
 » po de dársela llora de compasion; Jesus en medio de  
 » un suplicio horrible, ruega por sus mismos verdu-  
 » gos. Es innegable: si la vida y muerte de Sócrates  
 » son de un sabio: la vida y la muerte de Jesus son de  
 » un Dios<sup>3</sup>. »

¿Qué falta á esta pintura de lo que Rousseau exige

» bulo. « *De republic.* lib. 2. *Oper.* tom. VI, p. 215. Edit. Bibont. Dejamos este pasaje á la consideracion de los lectores.

<sup>1</sup> Todos los filósofos del último siglo han declamado con un *fanatismo furioso* contra los Judios. Este pueblo los embaraza.

<sup>2</sup> ¿Es acaso porque solo él daba culto al verdadero Dios, que era el *mas vil de todos los pueblos*?

<sup>3</sup> *Emile*, lib. 4, tom. III, p. 40, 41, 42.



para formar una prueba completa en favor del hombre escogido por Dios para anunciar su palabra? Hé aquí pues, según el mismo Rousseau, una segunda prueba completa de la divinidad del Cristianismo. Y observad además que el reconoce que *la vida y la muerte de Jesús son de un Dios*; palabras que no tienen ningún sentido, si no significan que Jesús es realmente Dios. Prosigamos.

« El tercer carácter de los enviados de Dios es una » emanación del poder divino, que puede interrumpir » y mudar el curso de la naturaleza al arbitrio de los » que reciben esta emanación. Este carácter es sin con- » tradición el más brillante de los tres, el más sensi- » ble, el que más pronto salta á los ojos, el que, mos- » trándose por un efecto súbito y sensible, parece exigir » menos exámen y discusión: por eso este carácter es » también el que especialmente mueve y persuade al » pueblo, incapaz de raciocinios seguidos, de observa- » ciones lentas y seguras, y en todas cosas esclavo de » sus sentidos<sup>1</sup>. »

Este último carácter es *equivoco* según Rousseau, quien no quiere que se pueda estar plenamente cierto de la realidad de un milagro. Sin embargo, por *equivoco* que sea á sus ojos este carácter, no lo es tanto que llegue á quitarle toda fuerza de prueba: No, « la bondad divina, dice, se presta y acomoda á las debilidades del vulgo<sup>2</sup>, y quiere darle pruebas que sirvan para él<sup>3</sup>. » Es de creer que pruebas que Dios da, tengan algún peso. Pero lo que puede parecer muy singular es, que Rousseau mismo, quien disputa aquí de la posibilidad de cerciorarse de ningún milagro, hable en otra parte sin la menor sombra de *hesitación de todos los milagros con que Dios honraba la fe de los Apóstoles*<sup>4</sup>. Por lo demás, sea cual se quiera su creencia real en esta parte, ya hemos probado que es necesario abjurar el sentido común, y renunciar enteramente á la

<sup>1</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 88.

<sup>2</sup> ¡Qué afectuosa no es esta piedad filosófica! ¡Con qué modesta sencillez el sabio se eleva sobre el vulgo y se declara exento de sus debilidades!

<sup>3</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 89.

<sup>4</sup> *Réponse au Roi de Pologne. Mélanges*, t. IV, p. 262.

razon humana, para negar que las obras de Jesús fueron verdaderos milagros. Así que, de los tres caracteres que, según el mismo Rousseau, establecen y prueban la misión de los enviados divinos, por confesión suya, dos convienen manifiestamente á Jesucristo. El tercero confiesa igualmente que le conviene *en toda la fuerza que puede tener*; y esta fuerza, como hemos visto, es tal que no hay otra mayor.... Dejemos pues ahora á Rousseau sacar las consecuencias.

» Es claro que cuando todas estas señales se hallan » reunidas, son suficientísimas para persuadir á todos » los hombres, á los sabios, á los buenos y al pueblo; » á todos, excepto á los locos, incapaces de razon, y á » los malos, que de nada quieren convencerse.

» Estos caracteres son las pruebas de la autoridad de » aquellos en quienes se hallan ó residen; son las razo- » nes, por las cuales está uno obligado á creerlos. De » que todo esto es verificado, la verdad de su misión » está establecida, y pueden entonces obrar con de- » recho y autoridad en cualidad de enviados de Dios. » Las pruebas son los medios: la fe debida á la doctrina » es el fin<sup>1</sup>. »

» Así, reconociendo en el Evangelio la autoridad di- » vina, creemos á Jesucristo revestido de esta autori- » dad; reconocemos una virtud más que humana en su » conducta, y una sabiduría más que humana en sus » lecciones. Hé aquí nuestra decisión última, lo que » tenemos por seguro<sup>2</sup>. »

Deístas, no olvidéis estas palabras de uno de vuestros maestros: acordaos que Jesucristo *estaba revestido de la autoridad divina*, que por lo tanto *se está obligado á creerle*, que es *debida la fe á su doctrina*, y que él *tiene derecho y poder* por mandar en nombre de Dios. Conservadlas bien, retenedlas en la memoria, porque un día os serán citadas, cuando á presencia de los hombres reunidos para dar cuenta de sus pensamientos y de sus obras, se os pregunte porque no habeis creído en Jesucristo, ni en los que él habia encargado anunciar su

<sup>1</sup> *Lettres écrites de la Montagne*, p. 89. — <sup>2</sup> *Ibid.* p. 30.

doctrina, ni aun á aquellos mismos que han reconocido su verdad impugnándola y combatiéndola.

¿Y qué mas podía ó debía hacer Dios para convencer á todos los espíritus, y persuadir á todos los corazones<sup>1</sup>? ¡Ah! durante el espacio de cuatro mil años abre lo futuro á las miradas del hombre, á fin de prepararlo á los misterios que debían cumplirse. La historia del Libertador prometido estaba escrita hacia ya mucho tiempo, cuando él pareció sobre la tierra; y el género humano tiene tres Evangelios que, perfectamente semejantes en lo sustancial, no se diferencian los unos de los otros sino por el mayor desarrollo ú explicación: el Evangelio de la tradición patriarcal, el Evangelio de los Profetas, el Evangelio, en fin, de Jesucristo. Si se desecha uno solo, es necesario desecharlos todos; es necesario abjurar no solamente la fe de los Cristianos, la fe de los Judíos, sino la creencia general de todas las naciones; es necesario decir, que despues de sesenta siglos de error y de locura universal, han venido algunos hombres á traer al mundo la verdad y la razon<sup>2</sup>; que la razon es la duda; la verdad la ignorancia absoluta de lo que se debe creer, y por consiguiente la incertidumbre de lo que se debe practicar. En vano para confirmar su palabra, y vencer la resistencia de los espíritus mas desconfiados, para doblar y humillar el orgullo incrédulo, Dios habrá manifestado su poder con milagros confesados de los Judíos y de los Géntiles: unos negarán estos milagros, porque no los comprenden; otros pretenderán que no pueden cerciorarse de su verdad; y el hombre rebelde á todos los beneficios de su Criador y de su Salvador, defenderá su independencia contra la autoridad de Dios, contra la *hermosura encantadora* de su ley, como defiende las tinieblas contra su luz. ¿Qué hará pues? ¿Cómo le ilustrará? ¿Cómo le moverá? A no quitarle la libertad, ni aun el Todopoderoso puede impedir su ruina, si él ha resuelto perderse inmutablemente. ¡Gran Dios! ¡qué espantoso espectáculo el de un sér, que repeliendo la

<sup>1</sup> Quid est quod debui ultra facere, et non feci? *Isaï.* v. 14.

<sup>2</sup> « La razon ha llegado ya tarde; es una divinidad que se ha dejado ver solamente de pocas personas. » Voltaire, *Remarq. sur l'hist. génér.* § 4, p. 43.

felicidad que le ofrecéis, que le imponeis como una obligacion, pelea obstinadamente por asegurar su ruina, y crearse en el seno de la vida una muerte eterna!

Tal es la ceguedad monstruosa de los enemigos del Cristianismo: se acobardan de la salud, y se irritan contra la misericordia. Cristianos, venid á contemplarlos, para que conozcais hasta donde se puede descender por la soberbia, y para que deis gracias tambien á aquel, cuya mano os detiene sobre el borde de este abismo. Mirad, y humillaos: ved ahí lo que es el hombre abandonado á sí mismo; cuando no está sostenido por la fe. Mirad, y temblad: la indiferente desesperacion de la razon es mil veces mas terrible que el frenesí de una pasion violenta; su calma pavorosa tiene un no sé qué de la inmovilidad del infierno.

¡Oh! despues de haber fijado la vista sobre estos extravíos del corazón humano, ¡de cuánto consuelo es volverlos hácia una Religion que Dios ha marcado visiblemente con el sello de su verdad, al investir de su poder á los enviados que debían anunciarla al mundo! En vez de *fluctuar á todo viento de doctrina*<sup>1</sup>, ¡cuán delicioso es reposar en estas creencias invariables, y volver á hallar su fe en la fe de todos los lugares y de todos los tiempos! Una santa fraternidad de amor y de esperanza une en el Salvador de los hombres todas las generaciones de los justos. Ellos pasaban en otros tiempos sobre la tierra deseando su advenimiento, y ahora pasan bendiciendo su venida; y un dia se juntarán todos en el reino de su Padre, adonde él mismo ha ido á *prepararles su lugar*<sup>2</sup>. ¡Jerusalén divina, ciudad de felicidad y de gloria, patria inmortal de los hijos de Dios! ¡es posible que el hombre consienta en no verte jamás, en no ver á Jesus, ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu, que procede de ambos! ¡Ah! ¡este es el milagro del infierno! ¡Oh buen Jesus! tened piedad de estos pobres ciegos, reanimad estas almas lánguidas, sanad estos corazones enfermos, decid á estos paráliticos: levantaos, y venid á mí; resucitad estos muertos, para que no perezcan con una muerte aun mas

<sup>1</sup> *Ad Ephes.* IV, 14.

<sup>2</sup> Vado parare vobis locum. *Joan.* IX, 2.

terrible. Si una sola vez se aproximan á vos, si una sola vez sus ojos os contemplan, ellos creerán y serán salvos; porque seguro es que vos sois la prueba mas sensible de la verdad de la Religion que habeis establecido; y para confundir al impío, que osa negar la divinidad del Cristianismo, basta mostrarle á Jesucristo.

## CAPÍTULO XI.

JESUCRISTO.

Para conocer á Jesucristo, segun todo lo que es, se necesita elevarse sobre los tiempos, y penetrar con el Apóstol hasta el seno del Sér infinito.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en » Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con » Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de » lo que fué hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y » la vida era la luz de los hombres. Era la luz verdadera » que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Y » el Verbo se hizo carne<sup>1</sup>, y habitó entre nosotros, y vi- » mos la gloria de él, gloria, como<sup>2</sup> del Unigénito del » Padre, lleno de gracia y de verdad<sup>3</sup>. »

Basta : todo está revelado : sabemos ya lo que es el Cristo. Es el Verbo de Dios, su Hijo único, engendrado de toda la eternidad, y que permaneciendo lo que no pudo jamás dejar de ser, se dignó tomar nuestra naturaleza, y revestirse de nuestra carne mortal; y *el Verbo se hizo*

<sup>1</sup> Se hizo *hombre*. El Evangelista dice *carne* : 1º para distinguir mas claramente las dos naturalezas de Jesucristo : 2º para mostrarnos la bondad y caridad inmensa de Dios, que se dignó tomar la porcion mas vil y abatida que hay en el hombre.... Se *hizo carne*, no mudando su sér, ni convirtiendo el Verbo en carne, sino tomando la naturaleza humana, y uniéndola con la divina. *P. Scio*.

<sup>2</sup> Como, esto es, del verdadero Unigénito del Padre; ó gloria, qual convenia al Hijo Unigénito del Padre.

<sup>3</sup> *Joan. 1, 1 et seqq.*

*carne, y habitó entre nosotros*. Unió pues en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana; y estas dos naturalezas, siempre distintas, no forman mas que una sola persona, Jesucristo, el Dios-Hombre, que era la *esperanza de las naciones*<sup>1</sup>. Ellas no le han esperado en vano : pareció en el tiempo señalado, y *vimos su gloria, la gloria del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Misterio admirable sin duda, pero no obstante misterio tan análogo á nuestras necesidades y á nuestra razon, tan creíble en fin, que ha sido perpetuamente creído desde el principio de los siglos.

¿Pero qué fin se propuso el Verbo Divino encarnando? ¿Qué secretos designios le movieron á unirse á nuestra naturaleza? ¿Porqué el Hombre-Dios, porqué Jesucristo?... ¿Qué ha venido á hacer aquí bajo? Ha venido, dice San Pablo, á *restaurar todas las cosas en los cielos y sobre la tierra*<sup>2</sup> : esta es su mision. ¿Os parece muy grande? ¿Es digna de aquel *por quien todas las cosas han sido hechas*, y que solo las podia *restaurar*?

Estas palabras del Apóstol responden suficientemente á las preguntas que el hombre puede formar sobre el objeto de la encarnacion del Verbo, pero responden sin satisfacer plenamente su curiosidad, porque Dios, que no le oculta ninguna verdad que le es realmente útil, no se ha empeñado en satisfacer su curiosidad vana é insaciable. No se nos pregunte pues qué es esta *restauracion de los cielos*, de que habla San Pablo : la ignoramos enteramente : ¿y qué nos importa saberlo, viviendo aun en la tierra? Lo sabremos un dia, si merecemos que Dios nos instruya de ello. Todo lo que al presente nos es dado comprender, es que el amor divino se ha manifestado mas brillante por la Encarnacion, no solo en el mundo que habitamos, sino aun sobre todos los mundos, hasta en las alturas mas sublimes de los cielos.

<sup>1</sup> Et ipse erit expectatio gentium. *Genes. XLIX, 10.*

<sup>2</sup> Instaurare omnia in Christo, quæ in cælis, et quæ in terra sunt in ipso (*Ad Ephes. 1, 10*). Et per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in terris, sive quæ in cælis sunt. *Ep. ad Coloss. 1, 20.*

terrible. Si una sola vez se aproximan á vos, si una sola vez sus ojos os contemplan, ellos creerán y serán salvos; porque seguro es que vos sois la prueba mas sensible de la verdad de la Religion que habeis establecido; y para confundir al impío, que osa negar la divinidad del Cristianismo, basta mostrarle á Jesucristo.

## CAPÍTULO XI.

JESUCRISTO.

Para conocer á Jesucristo, segun todo lo que es, se necesita elevarse sobre los tiempos, y penetrar con el Apóstol hasta el seno del Sér infinito.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en » Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con » Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de » lo que fué hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y » la vida era la luz de los hombres. Era la luz verdadera » que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Y » el Verbo se hizo carne<sup>1</sup>, y habitó entre nosotros, y vi- » mos la gloria de él, gloria, como<sup>2</sup> del Unigénito del » Padre, lleno de gracia y de verdad<sup>3</sup>. »

Basta : todo está revelado : sabemos ya lo que es el Cristo. Es el Verbo de Dios, su Hijo único, engendrado de toda la eternidad, y que permaneciendo lo que no pudo jamás dejar de ser, se dignó tomar nuestra naturaleza, y revestirse de nuestra carne mortal; y *el Verbo se hizo*

<sup>1</sup> Se hizo *hombre*. El Evangelista dice *carne* : 1º para distinguir mas claramente las dos naturalezas de Jesucristo : 2º para mostrarnos la bondad y caridad inmensa de Dios, que se dignó tomar la porcion mas vil y abatida que hay en el hombre.... Se *hizo carne*, no mudando su sér, ni convirtiendo el Verbo en carne, sino tomando la naturaleza humana, y uniéndola con la divina. *P. Scio*.

<sup>2</sup> Como, esto es, del verdadero Unigénito del Padre; ó gloria, qual convenia al Hijo Unigénito del Padre.

<sup>3</sup> *Joan. 1, 1 et seqq.*

*carne, y habitó entre nosotros*. Unió pues en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana; y estas dos naturalezas, siempre distintas, no forman mas que una sola persona, Jesucristo, el Dios-Hombre, que era la *esperanza de las naciones*<sup>1</sup>. Ellas no le han esperado en vano : pareció en el tiempo señalado, y *vimos su gloria, la gloria del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Misterio admirable sin duda, pero no obstante misterio tan análogo á nuestras necesidades y á nuestra razon, tan creíble en fin, que ha sido perpetuamente creído desde el principio de los siglos.

¿Pero qué fin se propuso el Verbo Divino encarnando? ¿Qué secretos designios le movieron á unirse á nuestra naturaleza? ¿Porqué el Hombre-Dios, porqué Jesucristo?... ¿Qué ha venido á hacer aquí bajo? Ha venido, dice San Pablo, á *restaurar todas las cosas en los cielos y sobre la tierra*<sup>2</sup> : esta es su mision. ¿Os parece muy grande? ¿Es digna de aquel *por quien todas las cosas han sido hechas*, y que solo las podia *restaurar*?

Estas palabras del Apóstol responden suficientemente á las preguntas que el hombre puede formar sobre el objeto de la encarnacion del Verbo, pero responden sin satisfacer plenamente su curiosidad, porque Dios, que no le oculta ninguna verdad que le es realmente útil, no se ha empeñado en satisfacer su curiosidad vana é insaciable. No se nos pregunte pues qué es esta *restauracion de los cielos*, de que habla San Pablo : la ignoramos enteramente : ¿y qué nos importa saberlo, viviendo aun en la tierra? Lo sabremos un dia, si merecemos que Dios nos instruya de ello. Todo lo que al presente nos es dado comprender, es que el amor divino se ha manifestado mas brillante por la Encarnacion, no solo en el mundo que habitamos, sino aun sobre todos los mundos, hasta en las alturas mas sublimes de los cielos.

<sup>1</sup> Et ipse erit expectatio gentium. *Genes. XLIX, 10.*

<sup>2</sup> Instaurare omnia in Christo, quæ in cælis, et quæ in terra sunt in ipso (*Ad Ephes. 1, 10*). Et per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in terris, sive quæ in cælis sunt. *Ep. ad Coloss. 1, 20.*

No extendamos nuestros deseos sin término ni fin : contengámonos en los límites que nos ha prescripto la suprema Sabiduría ; traspasándolos, no podríamos ménos de extraviarnos. La regeneracion de la naturaleza humana obrada por Jesucristo, es lo que nos interesa inmediatamente ; sobre este punto nos ha concedido todas las luces necesarias : no hay tinieblas al pié de la cruz.

Un pecado que el hombre no podia expiar, le separaba para siempre de su Autor, es decir, del Sumo bien y de la Suprema verdad. Concentrado desde entonces en sí mismo como en un primer infierno, sumergido dolorosamente en la noche de sus pensamientos, en el vacío inmenso de su corazón, donde solo germinaba el mal, ¿qué le quedaba después de su caída, sino una irremediable corrupcion, y la sentencia de muerte que quiebra en el fondo de su alma hasta la esperanza ? Ella hubiera sido destruída para siempre, si la promesa de un Redentor no hubiese hecho centellar un rayo de salud á los ojos de esta criatura degradada.

El Verbo divino movido de compasion á vista de la ruina del hombre, resuelve repararla, y satisfacer por nosotros á la justicia de su Padre. Se ofrece á él para ser nuestra víctima, y el precio de nuestra reconciliacion ; y durante los cuatro mil años que la tierra espera este gran sacrificio, la naturaleza humana dolorida no cesa de aspirar á su cumplimiento.

Ni debe extrañarse que el Hijo de Dios, queriendo ser tambien el *Hijo del hombre*, y semejante á nosotros en todas las cosas, excepto en el pecado, á fin de que el inocente expiase el crimen del culpable, difiriese tanto tiempo su Encarnacion. Convenia que los hombres, dominados del orgullo, sintiesen mas y mas la necesidad de un Libertador, aprendiesen á reconocer la debilidad de su razon, y su impotencia, y á temblar contemplando la profunda llaga de su corazón <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Conturbatus est in visu cordis sui. Eccli. lx, 7.* A pesar de la tradicion universal del género humano, y de tantas pruebas tristes de la degradacion original del hombre, ¿no hemos visto en nuestros dias á la Filosofia sostener que *el hombre nace bueno* ?

Por otra parte, ¿cuántos siglos no eran necesarios para preparar las pruebas de la mision de Jesucristo, que todas las pasiones debian atacar ; para que fuese anunciado por los Profetas y prefigurado en la Ley ; para que la verdad de estas profecias, atestiguada por un pueblo milagrosamente establecido, milagrosamente regido, milagrosamente conservado en medio de todos los otros pueblos, no pudiese jamás ofrecer aun la mas leve sombra de duda ? Medítese este pensamiento tan digno de la sabiduría de Dios, y se verá que el mismo designio exigia que la Redencion se obrase, digámoslo así, á presencia del mundo entero, reunido bajo un solo imperio, cuando la filosofía, las ciencias, la literatura brillaban en todo su esplendor, al mismo tiempo que la incertidumbre sobre las verdades mas esenciales, el error y la depravacion habian llegado á su colmo : en una palabra, en la época en que visiblemente las naciones no podian ser salvas sino por un socorro sobrenatural, y en que era menos posible que fuesen seducidas por la mentira ó cesarse por la prevencion.

La dominacion Romana abrazaba casi todo el universo conocido, cuando Jesucristo nace de una Virgen, en el momento determinado y en el lugar en que los oráculos sagrados habian predicho que haria. Descendiente de sangre de Reyes, y en su indigencia privado hasta del asilo mas humilde en esta misma tierra que venia á salvar, representa en este doble estado la humanidad toda entera. Pobres desafortunados, que llevais el peso del trabajo y del dolor, familia innumerable de la providencia, venid á Bethlém á contemplar este niño recostado en un pesebre y envuelto en unos pobres pañales ; venid y reconoced á vuestro hermano. Reyes, venid tambien, y humilláos delante del Rey de Reyes. Desterrados, arrojados de vuestros pueblos, tribu errante, seguid á este mismo niño á la tierra extranjera adonde va huyendo de la persecucion. Esta pasa, él vuelve, y en el espacio de treinta años de una vida oscura, cumple el destino del hombre *comiendo el pan que gana con el sudor de su*

¿Pues qué sería si la Redencion hubiese seguido inmediatamente á su caída ?

rostro <sup>1</sup>. Sometido á todos los deberes, está escrito que obedecía á José y á María <sup>2</sup>; que cumplía con ellos los preceptos de la Ley, y así es que él *crecía en sabiduría, en edad, y en gracia delante de Dios y delante de los hombres* <sup>3</sup>.

Llega el tiempo en que debe manifestarse al mundo; sale del taller del artesano, y principia su vida pública. El instruye, corrige, reprende, manda, ejerce todas las funciones sociales. Los cuidados de la autoridad, las fatigas del poder, los sacrificios de la caridad, las virtudes del hombre-Sacerdote, y del hombre-Rey, son los grandes objetos que admiramos en él. Con todo eso, en sus vigiliias y en sus trabajos, ningun sentimiento puro le es extraño; su corazón está abierto al amor filial, á la amistad sincera, á la compasión generosa: toma parte en nuestras alegrías y en nuestras aflicciones; asiste á las bodas de Caná, y pasa cuarenta días en el desierto ayunando sin tomar alimento alguno. Se enternece y llora como nosotros: acoge con indulgencia á los arrepentidos, y se indigna contra los crímenes de una voluntad perversa. Las injurias, la calumnia, la negra traición, la ingratitude, el rencor y sus furiosos le persiguen; se forman tramas y maquinaciones para perderle; se le tienden lazos en secreto; la envidia ha resuelto vengarse de sus beneficios. El destino humano es en todas las cosas su destino.

Sin embargo, el pueblo le sigue anhelosamente, publica su gloria, su fama se extiende á lo léjos, tienden ropas, y arrojan palmas á su tránsito, entra en Jerusalem como triunfador; y de allí á poco se le ve *triste hasta la muerte*, bañado en un sudor de sangre, suplicar á su Padre que *aparte de él este caliz*, aceptarlo en el mismo momento por obediencia y por amor, y con una mansedumbre celestial y divina apurarle hasta las heces. Ver-

<sup>1</sup> Maledicta terra in opere tuo: in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ.... in sudore vultus tui vesceris pane. Gen. iii, 18, 19.

<sup>2</sup> Et descendit cum eis, et venit Nazareth; et erat subditus illis. Luc. ii, 51.

<sup>3</sup> Et Jesus proficiebat sapientiâ, et ætate, et gratiâ apud Deum et homines. *Ibid.* 52.

*daderamente llevó nuestras enfermedades, y conoció nuestra flaqueza* <sup>1</sup>. Vendido, entregado á sus enemigos, arrastrado de tribunal en tribunal, hecho el objeto de la burla del populacho y de una soldadesca desenfrenada, abofeteado, escarnecido, azotado, cubierto por desprecio con un manto de púrpura, una corona de espinas en la cabeza, y una caña por cetro; en este estado el ministro del Pueblo Rey le presenta al mundo:

ECCE HOMO!

*¡Hé aquí el Hombre!*

Si: Hé aquí el hombre, héle aquí en toda su miseria, en toda su debilidad, en los sufrimientos del cuerpo, en las angustias del alma, en la aflicción y el abandono, en el oprobio y la irrisión, en la vanidad de sus grandezas, en el tormento de sus pompas, que no cubren sino llagas, en la agonía de su poder, en la nada de su vida. ¿Es este aquel Sér abatido, á quien persigue una justicia inexorable? ¿reconocéis en él al hijo de Adán? Sí, pero vedle aun otra vez revestido de los dones de su padre, y en plena posesión de su herencia. Me engaño, le queda el último legado que recoger. Escuchad ese grito que se levanta: *¡Crucificalo, crucificalo!* El hombre recuerda al hombre su sentencia, y pronuncia sobre él la maldición que debe seguirle hasta en la muerte <sup>2</sup>.

De este modo Jesucristo, exento de pecado, ha querido sufrir la pena del pecado, y reunir en sí todo lo que pertenece á la naturaleza humana que habia venido á reparar. Y para entender en que consiste esta gran reparacion, y de que manera se ha cumplido, consideremos al hombre en su origen, veamos lo que encierra ese pecado que le separa del Criador, y no temamos sondear este abismo que la misericordia divina ha llenado.

La desobediencia á Dios forma la esencia del pecado;

<sup>1</sup> *Isai.* lxx, 3, 4.

<sup>2</sup> Christus nos redemit de maledicto legis, factus pro nobis maledictum: quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno. Ep. ad Galat. iii, 13.

y en el de nuestro primer padre encontramos una desobediencia completa del hombre, de suerte que degradado hasta el fondo de su sér, no quedó en él nada sano.

El orgullo, principio de todo mal, corrompe desde luego su espíritu rebelde. Da oídos á aquella palabra funesta: *Sereis como Dioses*<sup>1</sup>: se iguala al Todopoderoso, cesa de reconocer su soberanía, y castigado inmediatamente, pierde el imperio que ejercía sobre las criaturas que Dios le había sometido, y sobre sí mismo. Condenado á sufrir todo género de servidumbre, esclavo del Príncipe de las tinieblas que le sedujo, de sus propias inclinaciones, de sus más viles apetitos, descenderá tanto, que nada verá bajo de sí; y sin embargo inquieto, atormentado, ensayará todavía bajar más. ¿Dónde va? ¿qué quiere? Busca debajo de la desesperación no sé qué espantosa alegría que dominará á su inteligencia extraviada; ¡y entonces se le oirá decir entre sí: no hay más Dios que yo!

De la corrupción del orgullo nace la corrupción de los deseos, y el corazón se deprava á su vez. *Se abrirán vuestros ojos, y sereis como Dioses que saben el bien y el mal*<sup>2</sup>. A esta promesa lisonjera la curiosidad se excita: ya no le era bastante la inocencia y la felicidad; el hombre aspira á la ciencia, y emprende arrancar su secreto al Eterno. El castigo le sigue de cerca. La vergüenza y el temor se apoderan del culpable<sup>3</sup>. El querría ocultarse de Dios, ocultarse de sí mismo; y de todo lo que ignoraba, no ha aprendido más que á conocer el remordimiento. Su razón se oscurece y se extravía; se preguntará á sí mismo cuál es lo verdadero, cuál lo falso, y no sabrá qué responder. Su juicio y sus pasiones concertadas entre sí, le engañan continuamente. Se afana y fatiga en seguimiento de sombras: se entra por todos los caminos, y en ninguna parte halla reposo. Mirad á este sér decaído; un ardor sombrío le agita; en el fondo de su alma

1 Eritis sicut dii. *Genes. iii, 5.*

2 Aperientur oculi vestri, et eritis sicut dii, scientes bonum et malum. *Gen. Ibid.*

3 *Ibid.* 7 y sig.

siente un pesar inmenso; ha perdido algún gran bien, tiene una como idea confusa de ello, y héle ahí que con un obstinado trabajo revuelve las ruinas de su inteligencia y de su corazón; espera descubrir entre estos escombros la ciencia que le prometió el espíritu de mentira, y no halla más que la duda, la incertidumbre, el error, deseos devoradores que le consumen, una imágen engañosa del bien, y la terrible realidad del mal.

Al punto que el orgullo y la curiosidad degradan sus más nobles facultades, la concupiscencia acaba de corromperlas. El fruto que le estaba prohibido tocar, le parece *bueno para comer, y hermoso á la vista, y de un aspecto delectable*<sup>1</sup>. Se deja vencer de sus sentidos, del atractivo, del placer que le tienta; de allí saldrán los trabajos, los dolores, la enfermedad, las angustias, la agonía, y la muerte; y esta muerte, á la que llega por un camino de dolor será eterna como su delito, como su justicia que le castiga, eterna como el mismo Dios.

En vano trataría de engañarse á sí mismo; este es nuestro estado: no hay uno que no sienta en sí esta triple corrupción de que fué inficionada la naturaleza humana en su origen<sup>2</sup>. *Preguntad á vuestro padre, y él os instruirá, á vuestros mayores, y os lo dirán*<sup>3</sup>. El hombre sabe que ha caído, que lleva en sí la pena de un pecado antiguo, y todas las generaciones repiten los lamentos del hijo de Syrach.

« Un pesado yugo oprime á los hijos de Adán, desde  
» el día en que salen del seno de su madre, hasta el día  
» de su sepultura en el seno de la madre de todos: los  
» pensamientos de su espíritu, los temores de su corazón,  
» la esperanza de lo que sucederá, y el día que todo  
» lo acaba. Desde el que está sentado sobre el trono bri-  
» llante, hasta el que está echado sobre la dura tierra y  
» en la ceniza; desde el que está vestido de púrpura, y  
» ceñido de diadema, hasta el que se cubre de un lienzo

1 Vidit..... quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis, aspectuque delectabile. *Genes. iii, 6.*

2 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. *Ep. 1. Joan. ii, 16.*

3 Interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi; majores tuos, et dicent tibi. *Deuteron. xxxii, 7.*

» grosero, el furor, la envidia, la inquietud, la agitacion,  
 » las rencillas, la ira porfiada, el temor de la muerte  
 » agitan su alma aun en el lecho mismo, durante el sueño  
 » de la noche, en el tiempo del reposo. Apenas tiene un  
 » momento de descanso, casi nada; en el sueño mismo  
 » se halla como una centinela que vela. Se turba con  
 » las visiones de su imaginacion como un hombre que es-  
 » capa del enemigo en un dia de batalla. Esta es la suerte  
 » de toda carne; y además de eso la muerte, la sangre,  
 » la guerra, la espada, la opresion, la hambre, y la ruina  
 » y todas las plagas<sup>1</sup>. »

¡Condicion triste y aflictiva! Y sin embargo, estas calamidades transitorias, estos males que terminan en el sepulcro, no son el efecto mas terrible del pecado. Apenas ha salido del tiempo, el hombre culpable se despierta, y ¡ay! despierta en la eternidad, lejos de Dios, lejos de la luz, y aun de toda esperanza. Un dolor inmóvil pesa sobre él sin fin. Sabe lo que deseaba saber; *el bien y el mal*; y esta ciencia, que jamás agotará, es el secreto de la desesperacion, y el misterio de los remordimientos.

Tal hubiera sido sin la Redencion el inevitable destino de todos los hijos de Adán; y por aquí se puede comprender qué reconocimiento y amor deben al que los ha rescatado. Una misericordia infinita ha venido al socorro de una miseria infinita. « De tal manera amó Dios » al mundo, que le dió su Hijo unigénito, para que cual- » quiera que crea en él no perezca, sino que tenga la » vida eterna. Porque Dios no ha enviado á su Hijo al » mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo » sea salvo por él<sup>1</sup>. »

Jesucristo, sustituido á la humanidad entera al sacrificarse por ella, ha satisfecho por ella misma á la justicia divina, la cual exigia una víctima de un precio, y de un valor infinito. Él nos ha libertado de la muerte, y de la

<sup>1</sup> *Eccli. xl, 1 et seqq.*

<sup>2</sup> Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret; ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam. Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum. *Joan. ii, 16, 17.*

esclavitud *de los Principados y Potestades* del infierno, *aboliendo*, dice San Pablo, *el decreto de nuestra condenacion, y clavándolo en la cruz*<sup>1</sup>. Redentor del hombre condenado, reparador del hombre degradado, es también el modelo del hombre perfecto, y el manantial de todas las gracias, por las cuales, siguiendo sus mandatos, é imitando sus ejemplos, podemos restaurar en nosotros la imágen de Dios, que el pecado habia borrado<sup>2</sup>. Hé aquí lo que el Cristo ha hecho por nosotros. Entremos en los pensamientos de la Sabiduría eterna, y contemplemos sus caminos en la obra maravillosa de nuestra regeneracion.

Las voluntades de Dios, siempre conformes con la suprema razon, constituyen el órden; y el desórden ó el pecado, repetimos, no es sino la desobediencia á lo que Dios manda, ó la oposicion de la voluntad de la criatura á la voluntad de Dios. Pero siendo la voluntad de Dios Dios mismo, oponerse á su voluntad es no sólo separarse de él, y elevarse sobre él, sino tambien, en cuanto es posible, atentar contra su sér<sup>3</sup>; y el pecado sería imposible, si el órden que turba no se restable-

<sup>1</sup> Et vos, cum mortui essetis in delictis.... convivificavit cum illo donans vobis omnia delicta; delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio, afflgens illud cruce; et expolians principatus, et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso. *Ad Colos. ii, 13, 15.*

<sup>2</sup> Expoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum, eum qui renovatur in agnitionem, secundum imaginem ejus qui creavit illum. *Ibid. iii, 9, 10.*

<sup>3</sup> Tal será, como nos enseña San Pablo, el carácter del *hombre de pecado*, cuya venida anunciará la última apostasia, despues de la cual *ya no habrá mas tiempo*, sino la eternidad del infierno y la eternidad del cielo. El hijo de perdition se opondrá á Dios, y se levantará sobre todo lo que es llamado Dios, ó que es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios, queriendo él mismo ser tenido y pasar por Dios. *Ne quis vos seducat ullo modo: quoniam* (non veniet dies Domini) *nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis, qui adversatur, et extollitur supra omne quod dicitur Deus, aut quod colitur, ita ut in templo Dei sedeat, ostendens se tanquam sit Deus.* Ep. ad Thessalonice. ii, 3, 4.



ciese por el castigo. De este modo la criatura queda á un mismo tiempo libre, y sujeta al imperio del Sér supremo. Todo el que resiste á su bondad, cae bajo su justicia, y ya sea que se mire el pecado en sí mismo, ó se consideren sus consecuencias, se reconoce la verdad de lo que dijo Bossuet : que no está en el mismo poder de Dios hacer que haya una miseria mas grande<sup>1</sup>.

El Verbo divino, unido á nuestra naturaleza, á fin de expiar nuestro pecado, ha ofrecido por nosotros una obediencia infinita. «Yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió<sup>2</sup>.» «Hago siempre lo que le agrada<sup>3</sup>.» Así es que nos ha reconciliado con su Padre; y por una voluntad perfecta ha borrado el crimen de nuestra voluntad rebelde. «Al entrar en el mundo dice hablando con su Padre: no habeis querido hostia ni oblacion; pero me formásteis un cuerpo. No aceptásteis los holocaustos por el pecado: entonces dije: héme aquí: en la cabeza del libro está escrito de mí, que yo haré, ó Dios, vuestra voluntad. Y nosotros, añade el Apóstol, hemos sido santificados en esta voluntad, por la oblacion hecha una sola vez del cuerpo de Jesucristo<sup>4</sup>.»

En la sumision del Hombre-Dios, en su sacrificio, todo es superior á nuestros pensamientos. Cuando se medita este profundo misterio, y elevándose de la voluntad humana de Jesucristo hasta su voluntad divina, se descubre en el seno del Sér eterno una soberanía, y juntamente una obediencia infinita; cuando se le ve mandar, si es lícito hablar así, segun todo lo que él es, y obedecer segun todo lo que es, y en seguida se recuerda que estos dos actos igualmente perfectos del

1 1ª Serm. para la Domin. 2ª de Adviento.

2 Descendi de celo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui misit me. *Joan.* vi, 38.

3 Quæ placita sunt ei, facio semper. *Ib.* 8, 29.

4 Ingrediens mundum dicit: Hostiam et oblationem noluisti; corpus autem aptasti mihi: holocaustemata pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: Ecce venio: in capite libri scriptum est de me: ut faciam, Deus, voluntatem tuam..... In qua voluntate sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel. *Ep. ad Hebr.* x, 5, 6, 7, 10.

poder supremo, tienen por objeto la restauracion del hombre caído, el espíritu se abisma en estas maravillas, y adora en silencio la justicia, la santidad, el amor, que brillan en la Redencion.

Pero no basta admirarle; para coger el fruto, es necesario que el hombre concorra á su propia salud por una obediencia libre, semejante á la de Jesucristo, y por una completa conformidad de su voluntad á la voluntad divina. «No todos los que me dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en el cielo, este entrará en el reino de los cielos<sup>1</sup>.» Cada uno de nosotros debe cumplir en sí el sacrificio del Redentor; su gracia nos da las fuerzas para ello; y nuestro sacrificio, unido al suyo, se hace digno del Dios á quien lo ofrecemos, y á quien el mismo Cristo lo ofrecerá eternamente.

Mas para entender en qué consiste este sacrificio de nosotros mismos, que debemos á Dios, consideremos el de su Hijo. Por él conoceremos mejor la clase de expiacion que exigia el pecado, y lo que el Salvador ha hecho para reparar la naturaleza humana.

El hombre cae primeramente por soberbia; quiso igualarse á Dios, y ¡cosa notable! este deseo tan estúpido y tan criminal ha quedado en el fondo de su razon, y se manifiesta de nuevo siempre que el hombre cesa de reconocer una ley superior á su razon; y nosotros, despues de diez y ocho siglos de Cristianismo, le hemos visto seducido aun por esta palabra, *sereis como dioses*, proclamar su divinidad, erigirse altares, y á la faz de los cielos que publican la gloria de Dios, disputarle el imperio, y adorarse á sí mismo.

La perfeccion de la humildad expiará el exceso de la soberbia. El Verbo divino, por una humillacion incomprendible, descenderá hasta nosotros, se vestirá de nuestra carne mortal y de todas nuestras miserias, se hará hombre para borrar el pecado del hombre que

1 Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum cælorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cælis est, ipse intrabit in regnum cælorum. *Matth.* vii, 21.

quiso hacerse Dios; y por este inefable anonadamiento, que forma la esencia del sacrificio voluntario, no solo satisfará completamente á la justicia divina, empresa que era evidentemente superior á las fuerzas humanas, sino que confundirá tambien el orgullo mismo del príncipe del infierno, mostrando que lo que su odio juzgaba imposible, el amor infinito lo puede efectuar. El ángel rebelde habia vencido al hombre, lisonjeándole de que sería Dios, y el espíritu seductor será vencido, y el hombre será salvo por el Hombre-Dios.

Jesucristo quiso experimentar en sí todo cuanto mortifica el orgullo. Rey por derecho de nacimiento, se reduce á la mas humilde condicion. *¿No es este*, decian los Judíos, *el hijo del carpintero*? Al nacer en el mundo su habitación es la estancia de los animales, *porque no habia lugar para sus padres en la posada*. Un pesebre, unas pajas, algunos pañales, hé ahí las riquezas, la pompa del Libertador de los hombres. Por el espacio de treinta años vive con el trabajo de sus manos en una oscuridad profunda. Sale de ella para ejercer el cargo de Mesias, predicar la penitencia, y anunciar la salud al pueblo: y su pobreza crece á proporcion que sus funciones son mas sublimes. *Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*. Pobre hasta el fin, lo recibe todo de la caridad, el pan que come, los vestidos que le cubren, y hasta la sábana en que se le envuelve al sepultarlo.

Pero aun se somete á una humillacion mas grande: el que es el Santo por excelencia, el que debe *hollar la cabeza de la serpiente*, sufre que le tiende el demonio á fin de ser en todo semejante á sus hermanos. ¡O Jesús! esto es ya demasiado; deteneos; nuestro or-

1 Nonne hic est fabri filius? *Matth.* xiii, 55.

2 Quia non erat eis locus in diversorio. *Luc.* ii, 7.

3 Vulpes foveas habent, et volucres cœli nidos: Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet. *Matth.* viii, 20.

4 Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.... In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est eis, qui tentantur, auxiliari.... Tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato. *Ad Hebr.* ii, 17, 18: et iv, 16.

gullo ¿no está aun bastantemente expiado y confundido? No, no, ínterin quede algun opróbio que sufrir, el Hombre-Dios no estará satisfecho; le faltará alguna cosa á la plenitud de su sacrificio. Es necesario que recoja por premio de su amor el desprecio y la calumnia; que se le represente como un seductor<sup>1</sup>, como un *gloton y bebedor de vino*<sup>2</sup>, como un ministro de Beelzebú<sup>3</sup>; que sea insultado, escarnecido, tratado como un insensato<sup>4</sup>, mofado, ultrajado, maldecido por el populacho; en fin, que muera con el suplicio de los facinerosos, en medio de los escarnios y execraciones de un pueblo entero.

¿El sacrificio es ya completo? ¿Desde la diestra del Padre hasta el Gólgota, es poca la distancia? ¿Y el Hijo de Dios no ha descendido bastante? Ó vosotros, á quienes él rescató por sus humillaciones y abatimiento, aprended á su imitacion á humillaros; porque esta pasmosa expiacion es tambien un modelo que se os ofrece, y una leccion que se os da. «Tened interiormente en » vosotros aquellos sentimientos que han sido los de Je- » sucristo, el cual siendo igual á Dios, se anonadó á sí » mismo tomando la forma de un esclavo, haciéndose » semejante á los hombres, y dándose á reconocer por » hombre en todo lo que parecia exteriormente. Se hu- » milló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muer- » te, y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo ensalzó y » le dió un nombre que es sobre todo nombre, á fin de » que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el » cielo, en la tierra y hasta en los infiernos; y toda » lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.<sup>5</sup>»

1 *Joan.* vii, 12. — 2 *Homo vorator et potator vini. Matth.* xi, 19.  
3 *Ibid.* xii, 24. — 4 *Luc.* xxiii, 11.

5 *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu: qui eum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo; sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genu flectatur cœlestium, terrestrium, et infernorum; et omnis lingua confiteatur, quia Do-*

Es indudable: la inmolation del orgullo es el primer acto de la vida cristiana, el fundamento de nuestra regeneracion; y el hombre no principia á recobrase hasta que confiesa su nada. Este íntimo anonadamiento, que incluye un reconocimiento perfecto de la soberanía del único sér que existe por sí mismo, es el estado natural de toda criatura delante de Dios, y con mas razon el de una criatura pecadora: allí solamente está en su orden. Quanto mas se humilla, mas se acerca á la perfeccion del Hombre-Dios, se hace mas digno de entrar como él en la gloria del Padre; porque el que se envanece será humillado, y el que se humilla será ensalzado<sup>1</sup>; Y sin embargo, el hombre se queja de ser tenido en poco á los ojos del mundo; ¡se queja de los desprecios, del desden, del oprobio: laméntese de su grandeza!

La soberbia habia roto la sociedad entre el hombre y Dios; el sacrificio de nosotros mismos la restablece, y nos vuelve á poner en la clase de sus súbditos, volvemos á ser *sus hijos*, por nuestra union con su Hijo<sup>2</sup>, que es á un mismo tiempo nuestro hermano y nuestra cabeza. No tenemos mas voluntad que la suya, así como él no tuvo otra que la de su Padre; y por una completa obediencia á esta voluntad perfecta, se cumple lo que decia el Cristo: «Yo les he dado la gloria» que me disteis para que sean uno, como nosotros» somos una misma cosa. Yo estoy en ellos, y Vos en mí, á fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Vos me habeis enviado, y que los habeis amado como tambien me amásteis á mí<sup>3</sup>.  
¿Cuál es el hombre, que meditando estas verdades

minus Jesus Christus in gloria est Dei Patris. *Ep. ad Philipp. ii, 5.-10.*

<sup>1</sup> Qui autem se exaltaverit, humiliabitur; et qui se humiliaverit, exaltabitur. *Matth. xxiii, 12.*

<sup>2</sup> Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt. *Joan. i, 12, 13.*

<sup>3</sup> Ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis; ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis, et tu in me; ut sint consum-

tan elevadas sobre el sentido humano, no reconoce en ellas el pensamiento de Dios mismo, y el orden eterno que él ha establecido? Cuando ellas con un suave poderío empiezan á enseñorearse de vuestro entendimiento, á penetrar vuestro corazon, ¿no os sentís como renovados en todo vuestro sér? ¡Doctrina, admirable, doctrina sublime, y sin embargo doctrina que los espíritus mas sencillos han concebido! Esta criatura que no amaba, no veia, no buscaba mas que á sí, no debe ya buscarse, ni verse en cosa alguna: toda su vida debe ser un sacrificio perpetuo; y notad, que este sacrificio, fundamento de la sociedad divina, es igualmente la base de la sociedad humana. El orgullo, ó el amor desordenado de sí mismo separa al hombre de sus semejantes, como le separa de su autor. Destruye la autoridad, destruyendo la obediencia: rompe todos los vinculos sociales. El que se mira á sí mismo como su Dios, quiere ser tambien su Rey. Entonces ya no existen derechos ni deberes; solo manda la fuerza; sus caprichos son su única ley. El Soberano que hizo ayer, le destrona hoy; le sustituye otro; su cetro es la espada; todos ceden bajo de ella, pero ninguno obedece. En la frente del amo se lee el terror; y el odio en los ojos del esclavo. Algunas veces erguiéndose repentinamente sacude con furor sus cadenas, y reclama á grandes gritos su soberanía, y al momento siguiente se ve encorvado bajo una mas dura esclavitud.

Del espíritu del sacrificio, y de solo él, nace la verdadera sociedad; él hace los súbditos, igualmente que los Reyes. Nada cuesta el obedecer á los que han oido y apreciado aquellas palabras: «Si alguno quiere venir» conmigo, renúnciese á sí mismo, lleve su cruz, todos» los dias, y sígame<sup>1</sup>.» Renunciándose de este modo, no se vive, á ejemplo de Jesucristo, sino de una vida de sacrificio, *haciendose, si es necesario, obediente hasta*

mati in unum; et cognoscat mundus quia tu me misisti, et dilexisti eos, sicut et me dilexisti. *Joan. xvii, 22, 23.*

<sup>1</sup> Dicebat autem ad omnes: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me. *Luc. ix, 23.*

la muerte por la salud de sus hermanos, para conservar y mantener en la sociedad del tiempo una fiel imagen del orden que reinará sin fin en la sociedad eterna. Y ¡cosa admirable! por esta noble obediencia nos hemos libertado de la esclavitud en que gemían los hijos de Adán, los hijos del orgullo; ella nos vuelve la verdadera libertad. Desde el punto en que renunciamos á la soberanía de nosotros mismos, no dependemos sino de Dios; él es nuestro único dueño, como nos lo dice el Apóstol: « Todos están sometidos á las potestades superiores: » porque no hay autoridad que no venga de Dios; y » él es el que las ha ordenado. Así pues, el que resiste » á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. El Príncipe es el ministro de Dios para el bien. — Es pues » necesario que le esteis sometidos, no solo por el temor del castigo, sino por un deber de conciencia. Dad » á cada uno lo que le es debido; el tributo á quien se » debe el tributo; á quien pecho, pecho; á quien temor, » temor; á quien honra, honra. No debais nada á nadie, » excepto el amor que es debido á todos; porque el que » ama á su prójimo cumplió la ley <sup>1</sup>. »

Jesucristo, modelo de los súbditos en la obediencia á su Padre, es tambien en el poder y autoridad que se le confió, el modelo de los Soberanos. « Sabeis que los » Príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y que » los que son mas grandes, egercen sobre ellas el poder. » No será así entre vosotros; sino mas bien el que quiere ser mayor, sea vuestro servidor; y el que quiere ser el primero, sea vuestro esclavo, porque el » Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para » servir, y dar su vida por la salud de la multitud <sup>2</sup>. »

<sup>1</sup> Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit; non est enim potestas nisi à Deo: quæ autem sunt, à Deo ordinatæ sunt. Itaque qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit.... Dei enim minister est tibi (princeps) in bonum.... Ideo necessitate subditi estote non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam.... Reddite ergo omnibus debita: cui tributum, tributum: cui vectigal, vectigal: cui timorem, timorem: cui honorem, honorem. Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis: qui enim diligit proximum, legem implevit. *Rom. xiii, 1 et seqq.*

<sup>2</sup> Scitis quia principes gentium dominantur eorum; et qui majores

De este modo no subsistiendo la sociedad sino por la abnegacion que hace de sí cada uno de sus miembros, ella no es, por explicarnos de este modo, mas que una santa jerarquía de sacrificios. *El ministro de Dios* lo recibe todo de él; pero nada recibe para sí. No es el primero sino con la condicion de ser *el siervo* de todos; debe mas al pueblo que está encargado de dirigir, que el esclavo debe á su Señor; pues le debe hasta su misma vida. Sí, el Trono no es mas que un altar en que el Hombre Rey se sacrifica por la salud *de la multitud*. ¡Y él tambien conoce el peso del manto de púrpura, y la corona de espinas y el cetro de caña! Le hemos visto subiendo al Calvario <sup>1</sup>, y ha podido decir como el Hombre-Dios: *Apartad de mí este cáliz; pero, Padre mio, no se haga mi voluntad, sino la vuestra*. <sup>2</sup>

Dimanando todas las funciones sociales de la majestad real, llevan tambien su carácter; y bajo el Cristianismo, que quita á la dominacion su dureza, y su baja á la sumision, elevarse es sacrificarse mas; y aquellos son *grandes*, que desprendidos de su interés propio, y consagrados sin reserva á sus hermanos, viven para servirlos, y mueren por salvarlos.

De este modo la renuncia de sí mismo produce el orden general. Une á los hombres entre sí, y establece en cada hombre una paz inalterable, aquella dulce paz que Jesucristo, al tiempo de dejar la tierra, prometia á sus Discipulos. « La paz os dejo, mi paz os doy, no como el » mundo la da. Os he dicho estas cosas, porque tengais » paz en mí. Sereis oprimidos en el mundo; pero tened » confianza, que yo he vencido al mundo <sup>3</sup>. » En efecto,

sunt, potestatem exercent in eos. Non ita erit inter vos; sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister, et qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus. Sicut Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare, et dare animam suam, redemptionem pro multis. *Matth. xx, 25, 28.*

<sup>1</sup> Hace alusion á Luis XVI subiendo al cadalso. ¡Qué leccion para los Reyes, que no osan contener los progresos de la filosofia!

<sup>2</sup> Pater, si vis, transfer calicem istum à me: verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat. *Luc. xxii, 42.*

<sup>3</sup> Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat, ego do vobis. — Hæc locutus sum vobis, ut in me pa-

él lo ha vencido por sus humillaciones, por su anonadamiento, por *el amor del Padre* que estaba en él, y que es sumamente opuesto al amor del mundo: « Porque todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida; la que no es del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y su concupiscencia; mas el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente <sup>1</sup>. »

Imitemos al Salvador, asociémonos á su sacrificio, y venceremos tambien al mundo, y recogeremos la herencia de paz que Jesucristo nos ha dejado. Las inquietudes y discordias, así interiores como exteriores, nacen del orgullo, de la soberbia. Queremos ser ricos, poderosos, poseer dignidades, honores y gloria, ser en todo los primeros. Hé aquí lo que nos atormenta de día, lo que nos agita de noche; lo que nos afflige despiertos, y lo que turba nuestro sueño. De ahí las vanas esperanzas, los pesares, disgustos, la invidia, la desconfianza, el odio y esa inquietud secreta que exacerba nuestros dolores, y emponzoña nuestra misma alegría. El soberbio de nada goza: los deseos consumen su vida: ¿Quién le ha oído jamás decir: Basta? Sus días corren rápida y tumultuosamente, como el agua de un torrente <sup>2</sup> que pasa, y en su seca madre no se descubren sino escombros y ruinas.

« Quien ama su alma, la perderá; y el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna <sup>3</sup>. » No hay temor ni ansiedades, cuando el hombre está desprendido de sí mismo. Una calma celestial rodea el altar donde se cumple el sacrificio voluntario. ¡Oh, si se conociese el don de Dios <sup>4</sup>! ¡Si una sola vez se

cem habeatis. In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum. *Joan. xii, 27; 16, 33.*

<sup>1</sup> Nolite diligere mundum, neque ea quæ in mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo: quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ: quæ non est ex Patre, sed ex mundo est. Et mundus transit, et concupiscentia ejus. Qui autem facit voluntatem Dei, manet in æternum. *Joan. i, Ep. II 15, 17.*

<sup>2</sup> Sicut torrens qui raptim transit in convallibus. *Job, vi, 15.*

<sup>3</sup> Qui amat animam suam, perdet eam; et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. *Joan. xii, 25.*

gustasen las delicias que acompañan al perfecto anonadamiento de que nos dió ejemplo Jesucristo; aquella alegría interior, inenarrable, de sentirse en el orden, de sentir unido todo su sér al Sér que encierra en sí todos los bienes! ¡Ah! ¡qué puede ofrecer el mundo en cambio de semejante felicidad! Sus mismos placeres, tan raros, tan fugaces, tan vacíos están siempre mezclados de alguna amargura. « Cuando el hombre desea alguna cosa desordenadamente, luego pierde el reposo. El soberbio y el avariento nunca huelgan; el pobre y el humilde de espíritu moran en la abundancia de la paz <sup>2</sup>. Es necesario que aprendais á quebrantar vuestra voluntad en muchas cosas, si quereis conservar la paz y concordia con los demás <sup>3</sup>. Yo os enseñaré el camino de la paz y de la libertad verdadera. Trabajad de hacer antes la voluntad de otro, que la vuestra: escoged siempre tener menos que mas; buscad siempre el lugar mas bajo, y estar sujeto á todos; desead de continuo, y pedid que se cumpla enteramente en vosotros la voluntad de Dios; el que obra así, entra en los términos de la paz y del reposo <sup>4</sup>. »

Paz amable del hombre humilde, amable paz, tú eres aquel tesoro bueno que los gusanos no consumen, y nadie puede quitarnos. ¡Con cuánta dulzura reposa el alma en este pensamiento: yo nada soy, á nada tengo derecho, y por lo mismo que nada me es debido, espero poseerlo todo; porque la gracia, la misericordia, la inmortal fruición de Dios á que mi corazón aspira, no son ni pueden ser jamás sino un don gratuito de su bondad y de su amor! ¡Oh! cuándo veré declinar las sombras que le ocultan á mis ojos! *Mi alma desea, y con el gran deseo desfallece* <sup>5</sup> en la esperanza de mi Dios, en la esperanza de aquel eterno día. Dejad, Señor, ya, dejad ir á vuestro siervo en paz, para que sus ojos contemplan la salud que habeis prometido.

El pecado de nuestro primer Padre no fué solamente

<sup>1</sup> Si scires donum Dei. *Joan. iv. 10.*

<sup>2</sup> *Imit. Christi*, lib. 1, cap. 6, n. 1. — *3 Ibid.* cap. 17, n. 1.

<sup>4</sup> *Ibid.* lib. 3, cap. 23, n. 1 y 3.

<sup>5</sup> Concupiscent, et deficit anima mea. *Psal. lxxxiii, 3.*

un pecado de soberbia. Una curiosidad culpable, el deseo insensato de conocer lo que Dios en su bondad había querido que ignorase, corrompió la razón del hombre, y degradó su corazón. Perdió á un tiempo la inocencia y la verdad. La incertidumbre, la duda el error se apoderaron de su espíritu, y todas sus inclinaciones propendieron al mal <sup>1</sup>.

¿Porqué expiación borrará el Hijo de Dios este crimen? ¿Cómo curará esta funesta llaga? El que es la luz eterna cubre su esplendor con el velo de la humanidad, y oculta á nuestros ojos su brillo. *Todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia están en Jesucristo*; pero están allí como *ocultos ó escondidos* <sup>2</sup>. Su inteligencia divina parece crecer y desarrollarse poco á poco como la de los hijos de los hombres; él escucha, oye las instrucciones de los mismos á quienes viene á enseñar é instruir; se somete á la autoridad de los doctores, que tienen el cargo de anunciar y explicar la Ley. No se advierte en él un pensamiento, un deseo que no se refiera á esta Ley, que recibirá de él su perfección. El verdaderamente nos enseñará *la ciencia del bien y del mal*, es decir, lo que debemos evitar y lo que debemos obrar; y nos lo enseñará por su ejemplo igualmente que con sus lecciones. Sigamos sus pasos, no le perdamos de vista un instante, observemos sus obras con respeto, oigamos atentamente sus discursos. ¿Qué sencillez encantadora, qué pureza, qué dignidad en sus acciones! ¿Qué dulzura inesplicable, qué eficacia irresistible en sus palabras! Ellas tienen un atractivo, una gracia amable que mueven y persuaden á las almas mas endurecidas; el pueblo las comprende sin esfuerzo alguno, y no obstante el espíritu del hombre jamás penetrará su profundidad. ¿Qué caridad tan insondable! Qué celo, qué actividad, y al mismo tiempo qué calma tan divina! Huye de los placeres y de las grandezas. Su vida es una vida de trabajo, de sacrificios,

<sup>1</sup> Eramus enim aliquando et non insipientes, increduli, errantes, servientes desideriis, et voluptatibus variis, in malitia et invidia agentes, odibiles, odientes invicem. *Ep. ad Titum*, III, 3.

<sup>2</sup> In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi. *Ad Coloss.* II, 3.

de oración. Nada le detiene aquí bajo sino los deberes que cumple, los beneficios que derrama á manos llenas: la tierra no es su mansión; pasa cumpliendo la voluntad del que le envió.

Los pobres son sus amigos, pero no desecha al rico: llama los niños á sí, y nos los ofrece por modelo. No filosofa, no discute, dice: *Haced esto, y vivireis* <sup>1</sup>. ¿Qué exige á los que le instan que cure sus males? Que crean <sup>2</sup>. *Segun creiste, así se haga contigo* <sup>3</sup>. Y otra vez: *tu fe te ha salvado* <sup>4</sup>. Atrae á sí los pecadores con una unción toda celestial, y entonces se oye aquella voz, que bendice y consuela al arrepentimiento: *Se le han perdonado muchos pecados, porque amó mucho* <sup>5</sup>. ¡O Jesus! El hombre ingrato frecuentemente os desconoce; pero vos, ¡o Dios hecho hombre! no desconocéis á ninguno de vuestros hermanos, y el mas vil, el mas culpable, es siempre recibido cuando viene á vos. Vuestros brazos se abren para estrecharle en vuestro pecho, y apretarlo á vuestro corazón divino, á ese corazón que el amor hirió en el monte del Calvario, y de donde se derrama eternamente una inagotable misericordia.

¿Qué virtud hay, de la cual no ofrezca la perfección mas sublime? ¿Y qué otro sino él pudo decir jamás: *¿Quién de vosotros me arguirá de pecado* <sup>6</sup>? Inflexible como la verdad en su enseñanza y doctrina, está lleno de indulgencia y de una tierna compasión en sus relaciones con los hombres: *No acaba de romper una caña cascada, ni apaga la pavesa que aun humea* <sup>7</sup>. ¿Qué piedad tan activa con los desgraciados! ¿Qué ternura tan amable para con los suyos! Lloro cerca del sepulcro de Lázaro. El Discípulo á quien amaba descansa reclinado sobre su pecho la víspera de su muerte, y antes de espirar le

<sup>1</sup> Hoc fac, et vives. *Luc.* X, 28.

<sup>2</sup> Noli timere, crede tantum. *Id.* VIII, 50.

<sup>3</sup> Sicut credidisti, fiat tibi. *Matth.* VIII, 13.

<sup>4</sup> Fides tua te salvum fecit. *Luc.* XVIII, 42, et alibi.

<sup>5</sup> Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum. *Luc.* VII, 47.

<sup>6</sup> Quis ex vobis arguet me de peccato? *Joan.* VIII, 46.

<sup>7</sup> Calamum quassatum non conteret, et linum fumigans non extinguet. *Isai.* XLII, 3. *Matth.* XII, 20.

encomienda á su madre : ; *Hé ahí á tu Hijo!* dice á María; y al Discípulo : ; *Hé ahí tu Madre!* <sup>1</sup> toda el alma humana se ve aquí. Su paciencia en medio de los mas horribles tormentos, no se altera un punto. Vendido por uno de sus Apóstoles, no tiene mas palabras para quejarse que esta : *Amigo, ¿á qué viniste?* <sup>2</sup> En la misma cruz pide por sus verdugos. *Todo está consumado.* <sup>3</sup>

Sí, todo está consumado de parte del Salvador : no podia hacer mas por nosotros. Los extravíos de nuestro entendimiento, nuestras pasiones, nuestros deseos pecaminosos están expiados; á nosotros toca por un libre concurso á la gracia acabar la obra de nuestra regeneracion, trabajando sin cesar en reformarnos sobre el modelo de toda perfeccion.

« Vosotros érais en otro tiempo extraños, estábais lejos de Dios, y enemigos suyos de corazón por las malas obras; mas ahora él os ha reconciliado por su muerte para haceros santos, y sin mancilla, é irreprensibles delante de él, si es que perseverais cimentados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del Evangelio que habeis oído, y que ha sido predicado á todas las criaturas que hay debajo del cielo, á fin de que todo hombre venga á ser perfecto en Jesucristo <sup>4</sup>. »

Buscábamos inútilmente la verdad en nosotros mismos; la volvemos á hallar por la fe. Uniéndonos al que es *la verdadera luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo*, ella nos libra de la duda y del error, fija nuestra incertidumbre, « nos llena de todas las riquezas

<sup>1</sup> Cum vidisset ergo Jesus matrem, et discipulum stantem quem diligebat, dicit matri suæ : Mulier, ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo : Ecce mater tua. *Joan.* xix, 26.

<sup>2</sup> Amice, ad quid venisti? *Matth.* xxvi, 50.

<sup>3</sup> Consummatum est. *Joan.* xix, 30.

<sup>4</sup> Et vos cum essetis aliquando alienati et inimici sensu in operibus malis : nunc autem reconciliavit in corpore carnis ejus per mortem, exhibere vos sanctos, et immaculatos, et irreprensibiles coram ipso : si tamen permanetis in fide fundati, et stabiles, et immobiles à spe Evangelii, quod audistis, quod prædicatum est in universâ creaturâ, quæ sub sole est... Quem (Christum) nos annuntiamus, corripientes omnem hominem, et docentes omnem hominem, in omni sapientia, ut exhibeamus omnem hominem perfectum in Christo Jesu. *Ep. ad Coloss.* 1, 21, 22, 23, 28.

» de la plenitud de inteligencia para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo <sup>1</sup>. »

El sacrificio del entendimiento restablece el orden en nuestros pensamientos, y el del corazón ó voluntad en nuestros sentimientos, haciéndolos conformes á los sentimientos y pensamientos de Dios. El hombre embriagado del deseo de la ciencia quiso sustituirla á la fe, y una noche eterna cubrió su entendimiento. Fué necesario que el Verbo haciéndose hombre, entrase, si se puede decir así, en esta noche para disiparla. *La luz resplandece en las tinieblas* <sup>2</sup>, la palabra ha manifestado de nuevo la verdad, y todos los que creen, la poseen verdaderamente. « No trateis de entender para creer; al contrario creed para que entendais. La fe debe preceder á la inteligencia, para que la inteligencia sea el premio de la fe <sup>3</sup>. » La reparación de nuestra naturaleza es la imagen de su creación primitiva : una y otra son obra del Verbo <sup>4</sup>. Él ha renovado nuestra inteligencia como la había formado, comunicándosele : oír, creer, obedecer, fué su primer acto : ella nació por la fe, y la palabra que originaria y privativamente le dió la vida <sup>5</sup>, es tambien la que se la vuelve <sup>6</sup>.

Temamos oscurecer en nosotros la luz que el Verbo hecho hombre, Jesucristo, *autor y consumidor de la fe* <sup>7</sup>,

<sup>1</sup> Instructi in charitate, et in omnes divitias plenitudinis intellectus, in agnitionem mysterii Dei Patris, et Christi Jesu. *Ibid.* u, 2.

<sup>2</sup> Et lux in tenebris lucet. *Joan.* 1, 15.

<sup>3</sup> Noli querere intelligere ut credas; sed crede ut intelligas. — Fides debet præcedere intellectum, ut sit intellectus fidei præmium.

<sup>4</sup> S. Aug. in *Ps.* cxvii, et in *Isai.*

<sup>5</sup> In ipso condita sunt universa in cælis, et in terra, visibilia et invisibilia... : omnia per ipsum, et in ipso creata sunt. *Ep. ad Coloss.* 1, 16.

<sup>6</sup> Véase la *Advertencia preliminar* : el que quiera enterarse de esta doctrina lea la obra de M. Laurentie, *Introduction à la Philosophie*, Paris 1826; y la de M. Gerbert, *Des doctrines philosophiques sur la Certitude, dans leurs rapports avec les fondements de la Théologie*, 1826.

<sup>7</sup> Voluntariè enim genuit nos Verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus. *Jacob.* 1, 18.

<sup>8</sup> Aspicientes in auctorem fidei et consummatorem Jesum. *Ad Hebr.* xii, 2.

ha venido á traernos; temamos perder segunda vez el gran bien que hemos recibido, por una presuntuosa confianza en nuestra razon, por una curiosidad indiscreta y criminal. Tengamos siempre presente aquel consejo de San Pablo: « Mirad, no os sorprenda alguno y » os engañe por la filosofía y vanos sofismas, segun las » tradiciones de los hombres, segun los principios de » una ciencia mundana, y no segun Jesucristo<sup>1</sup>. »

La entera conformidad de los pensamientos del Hombre-Dios, de sus deseos y voluntades, con las voluntades, deseos y pensamientos de su Padre, forma entre ellos aquella union íntima é indisoluble, que él pedia tambien para los suyos<sup>2</sup>; union santa que consume nuestra regeneracion, como completará nuestra felicidad, y que llega á ser mas perfecta y mas suave, á proporcion que creciendo en la fe y en la caridad<sup>3</sup>, *morimos á nosotros mismos* para no vivir sino de *la vida oculta con Jesucristo en Dios*<sup>4</sup>, por el sacrificio perpetuo de nuestro entendimiento, de nuestra voluntad, y de todo nuestro sér.

En efecto, todo nuestro sér estaba degradado por el pecado: *la carne habia corrompido su camino*<sup>5</sup>, y los desórdenes de los sentidos debian ser expiados como los desórdenes del entendimiento. El hombre-Dios cumple en su cuerpo esta expiacion necesaria<sup>6</sup>; predica la penitencia, aun mas por su ejemplo que con sus palabras.

1 Traducción de Sacy. — Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, et non secundum Christum. *Ad Coloss.* II, 8.

2 Pro eis rogo, ... ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi, in nobis unum sint: ... ut sint unum, sicut et nos unum sumus. *Joan.* XVII, 20, 22.

3 Finis autem præcepti charitas de corde puro, et conscientia bona, et fide non ficta. *I ad Tim.* I, 5.

4 Mortui estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo. *Ad Coloss.* III, 3.

5 Omnis caro corruerat viam suam. *Gen.* VI, 12.

6 Nunc autem reconciliavi in corpore carnis ejus per mortem. *Ad Coloss.* I, 22. Et quidem cum esset Filius Dei, didicit ex eis quæ passus est obedientiam: et consummatus, factus est omnibus obtemperantibus sibi, causa salutis æternæ. *Ep. ad Hebr.* V, 8, 9.

Nacido en pobreza, sufre todas las privaciones que la acompañan. Al entrar en el mundo derrama su sangre<sup>1</sup> para dar testimonio á la antigua alianza, como la derramará toda despues para establecer la nueva. Prepárase á ejercer su mision pública con el ayuno y las vigili-  
as. El descaecimiento de fuerzas, la fatiga, el cansancio, la hambre, la sed, todo lo ha experimentado. *Su alimento es hacer la voluntad del que le envió*<sup>2</sup>. Instruye al pueblo durante el dia, y en la noche se retira á la montaña para orar. No cesa de ofrecerse en holocausto á su Padre, de presentarle sus padecimientos para aplacar su justicia, y expiar nuestros placeres y nuestros deleites. Hemos sido *curados por sus llagas*<sup>3</sup>. Incesantemente recuerda su Pasión, de la que se ocupa á cada paso; hasta en el Thabor habla de ella con Moisés y Elías<sup>4</sup>. Su caridad está sedienta de dolores. « Con deseo » he deseado, dice, celebrar esta Pascua con vosotros<sup>5</sup>. » Y esta Pascua es la que inmediatamente precedia á su inmolucion; aquella en que el Cordero sin mancilla es sustituido al Cordero figurativo: esta Pascua es el cáliz de amargura, es la agonía, el desfallecimiento, el sudor de sangre de Gethsemaní, los azotes y espinas del pretorio, la muerte de cruz.

Ahora ya comprendo al Apóstol: « Si, la caridad de » Cristo nos estrecha; considerando que si uno solo » murió por todos, por consiguiente todos son muertos: » y Jesucristo murió por todos, para que los que viven, » no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos, » y resucitó<sup>6</sup>. ¿Ignorais que todos los que hemos sido

1 Por la Circuncision.

2 Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus, qui misit me, ut perficiam opus ejus. *Joan.* IV, 34.

3 Livore ejus sanati sumus. *Isai.* LIII, 5.

4 Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem. *Luc.* IX, 31.

5 Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum antequam patiar. *Luc.* XXII, 15.

6 Caritas Christi urget nos: æstimantes hoc, quoniam si unus pro omnibus mortuus est, ergo omnes mortui sunt: et pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit. *Ep. II ad Corinth.* V, 14, 15.



» bautizados en Jesucristo hemos sido bautizados en su  
 » muerte? Porque somos sepultados con él en muerte por  
 » el bautismo <sup>1</sup>; para que como Jesucristo resucitó de  
 » muerte á vida por la gloria de su Padre, así también  
 » nosotros caminemos en una nueva vida, sabiendo que  
 » nuestro hombre viejo <sup>2</sup> ha sido crucificado juntamente  
 » con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, y  
 » no sirvamos ya mas al pecado; porque el que es  
 » muerto está libre del pecado. Y si somos muertos con  
 » Jesucristo, creemos que también con Jesucristo junta-  
 » mente viviremos. Él ha muerto solamente una vez por  
 » el pecado, y al presente vive para Dios <sup>3</sup>. Así también  
 » vosotros consideraos que estais de cierto modo muertos  
 » al pecado, y como quien no vive sino para Dios en  
 » nuestro Señor Jesucristo. No reine pues el pecado en  
 » vuestro cuerpo mortal <sup>4</sup>, de modo que obedezcais á sus  
 » concupiscencias <sup>5</sup>. Mortificad pues los miembros del

1 El Bautismo para nuestra alma es lo que la cruz y el sepulcro para Jesucristo. Su cuerpo murió en la cruz á la vida mortal y corruptible que traía de Adán. Después de haber sido depositado muerto en el sepulcro, salió vivo de él con una vida nueva, inmortal é incorruptible. Así el hombre por el Bautismo muere á la vida del pecado, que trae de Adán. El agua del Bautismo es como el sepulcro en donde ha sido enterrado, y de donde ha salido con una vida nueva de justicia, que le ha sido dada por Jesucristo por el poder admirable, y lleno de gloria de su Padre. *Scio*.

2 El *hombre viejo* es la concupiscencia, principio funesto de toda suerte de pecados, y por ésta razón llamado el *cuerpo del pecado*. *Id.*

3 Vive una vida toda divina, inmortal, gloriosa.

4 La concupiscencia permanezca en el hombre aun después del Bautismo, mas no reina en él, á no ser que el hombre se haga nuevamente su esclavo, obedeciendo voluntariamente á sus deseos desarreglados.

5 *An ignoratis quia quicumque baptizati sumus in Christo Jesu, in morte ipsius baptizati sumus? Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem: ut quomodo Christus surrexit à mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vite ambulemus.... Hoc scientes, quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruat corpus peccati, et ultra non serviamus peccato. Qui enim mortuus est, justificatus est à peccato. Si autem mortui sumus cum Christo, credimus quia simul etiam vivemus cum Christo.... Quod enim mortuus est peccato, mortuus est semel: quod autem vivit, vivit*

» hombre terrenal; la fornicacion, la impureza, los de-  
 » seos malos. Despojémonos del hombre viejo con sus  
 » hechos, y vistámonos del nuevo <sup>1</sup>, llevando siempre  
 » en nuestro cuerpo la mortificacion ó muerte de Jesus,  
 » para que la vida de Jesus se manifieste en nuestros  
 » cuerpos <sup>2</sup>.

Así, además del sacrificio del entendimiento y de la voluntad, debemos también á Dios el sacrificio del cuerpo en que hemos pecado, y sacrificando por la penitencia las concupiscencias de la carne, se completa nuestra regeneracion. Porque, no nos engañemos, cuando el Salvador dijo <sup>3</sup>: « Es necesario que el Cristo padezca, y así » entre en su gloria; » representaba toda la humanidad. Santificó nuestros trabajos por los suyos, nuestros sufrimientos con sus sufrimientos; pero no nos dispensó de sufrir y padecer. Nos mostró el camino, para que caminemos por sus huellas <sup>4</sup>; y es tal el poder y la unción de su gracia, que el camino áspero y estrecho es el camino de la paz. *¡Bienaventurados los pobres! Bienaventurados los que lloran* <sup>5</sup>! *¡Dichosos y bienaventurados los que, como el Apóstol, castigan su cuerpo sin descanso, y le reducen á servidumbre* <sup>6</sup>! Bienaventurados los que con-

Deo. Ita et vos existimate, vos mortuos quidem esse peccato, viventes autem Deo in Christo Jesu Domino nostro. Non ergo regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediatis concupiscentiis ejus. *Ad Rom. vi, 3 et seqq.*

1 Mortificate ergo membra vestra, quæ sunt super terram; fornicationem, immunditiam, libidinem, concupiscentiam malam.... Expoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum. *Ad Cor. iii, 5, 9.*

2 Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. *Ad Corinth. iv, 10.*

3 Hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam. *Luc. xxiv, 26.*

4 Ipse enim spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. Si autem filii, et hæredes; hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur. *Ep. ad Rom. viii, 16, 17. It. ad Hebr. xii, 6 et seqq.*

5 Beati pauperes.... Beati qui lugent. *Mat. v, 3, 5.*

6 Castigo corpus meum, et in servitutem redigo. *I ad Corinth. ix, 27.*

templando á Jesus, exclaman : *¡Con deseo he deseado celebrar esta Pascua con vosotros!* Tarde ó temprano llega este momento tan terrible á la naturaleza, y tan consolador para la fé; ese momento que consuma nuestra rebelion ó nuestro sacrificio, nuestra perdicion ó nuestra salvacion. ¡Nosotros tambien gustaremos el cáliz que pareció tan amargo al Hombre-Dios! ¡Y nosotros tambien experimentaremos las angustias de la agonía, los sudores de la muerte, y el dolor del último tránsito! Ninguno está exento de este decreto pronunciado contra el linaje humano. Però el Cristiano subiendo al Calvario, sabe que su Libertador le ha precedido : allí mismo halla aun su cruz; arroja sobre ella una mirada de amor, y todo calma en él menos *el deseo de estar con Jesus*<sup>1</sup>. Se oye que le llama con una voz cada vez mas débil; se extingue esta, la oracion cesa, y el eterno cántico de alegría comienza en los cielos.

Jesucristo al restablecer las relaciones del hombre con Dios y con los otros hombres, ha restablecido el orden que el pecado habia turbado; y el fundamento de este orden es una obediencia perfecta, ó el sacrificio entero de sí mismo. En efecto, todo pecado es una rebelion contra la soberanía del Sér infinito; porque todo pecado nace de la soberbia, y la soberbia es la fuente de todo mal, pues que separándonos de Dios, nos separa de todo bien. Él nos reconcentra en nosotros mismos, y de este modo viola nuestra naturaleza, y tira á destruirla, porque el principio de nuestra vida no está en nosotros. Dependientes de la causa por la cual existimos, la primera ley de nuestro sér es la obediencia. Todo lo que hay en nosotros debe obedecer, debe estar sometido á alguna cosa fuera de nosotros : esto es lo que Jesucristo vino á enseñarnos; por esta doctrina nos ha salvado, y nos regenera. La fe es la vida de la inteligencia; y creer es obedecer, es estar sumiso á una razon superior, á una autoridad que manda. El amor es la vida del corazon; y amar lo que el orden nos ordena amar, es obedecer, es estar sumiso á una voluntad superior, á una autoridad que

<sup>1</sup> Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo. *Ad Philip.* 1, 23.

manda. El cuerpo mismo no vive y no conseguirá un dia la perfeccion que le es propia, sino obediendo á leyes opuestas á sus concupiscencias.

El Cristianismo, ley de obediencia, ley de sacrificio, es pues verdaderamente la ley de vida, la expresion perfecta de la naturaleza del hombre y de la naturaleza de Dios. Y así observad en la Redencion, como en el Cristianismo, cuya base es, los caracteres brillantes, por los cuales se reconoce todo lo que es divino.

Ella es una : *No hay mas que un Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo*<sup>1</sup> : *no hay salvacion sino en él*<sup>2</sup> : *él ha sido ofrecido una sola vez*<sup>3</sup>, *y por esta única oblation ha satisfecho por los pecados de todo el mundo*<sup>4</sup>, *y consumado nuestra eterna santificacion*<sup>5</sup>.

Es universal : *El Cristo ha muerto por todos*<sup>6</sup>, *y todo nos ha sido dado en él*<sup>7</sup>.

Es perpetua : *El Cordero inmolado desde el principio del mundo*<sup>8</sup> nunca ha cesado ni cesará jamás de presentarse á su Padre en estado de víctima; y la Redencion, aunque cumplida una sola vez en medio de los tiempos, será eterna como el Hombre-Dios, y como la felicidad de sus escogidos.

Es santa, pues que ella es la fuente y manantial de toda santificacion, y ha expiado todos nuestros pecados, borrado todas nuestras manchas, reconciliado la tierra con el cielo; porque las potestades mismas del infierno se vieron obligadas á dar testimonio, y rendir homenaje

<sup>1</sup> Unus enim Deus, unus et Mediator Dei et hominum homo Christus Jesus. *I ad Timoth.* II, 5.

<sup>2</sup> Non est in alio aliquo salus. *Act.* IV, 12.

<sup>3</sup> Christus semel oblatus est. *Ad Hebr.* IX, 28. — *Ibid.* VII, 27; X, 10. — *Ep. I Petr.* III, 18.

<sup>4</sup> Ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi. *Ep. I Joan.* II, 2.

<sup>5</sup> Una enim oblatione, consummavit in æternum sanctificatos. *Ad Hebr.* X, 14.

<sup>6</sup> Pro omnibus mortuus est Christus. *II ad Corinth.* V, 15.

<sup>7</sup> Qui etiam proprio Filio non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum : quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit. *Ad Rom.* VII, 32.

<sup>8</sup> Occisus est ab origine mundi. *Apoca ips.* XIII, 8.

á la santidad del Redentor: *Sé quién eres, decían, el santo de Dios* <sup>1</sup>.

Los pueblos convencidos por estos divinos caracteres han venido al pié de la cruz, en la cual la Redención se había consumado, *y han creído el amor y caridad que Dios nos tiene* <sup>2</sup>, y han dicho como San Pablo: « Sin duda es » grande á todas luces este misterio de amor en que Dios » se ha manifestado en carne; ha sido justificado en espíritu, visto de los Angeles, predicado á las naciones, » creído en el mundo, recibido en gloria <sup>3</sup>. ¿Quién pues » nos separará del amor de Jesucristo? ¿La tribulación? » la angustia? la hambre? la desnudez? el peligro? » la persecución? la espada? Mas en todas estas cosas » triunfamos, vencemos por aquel que nos amó. Ni la » muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los Principados, » ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni » la fuerza, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni lo más » terrible y funesto, ni criatura alguna podrá apartar- » nos del amor de Dios, que es en Jesucristo nuestro Señor <sup>4</sup>. »

Hemos visto lo que él ha hecho para justificar al hombre, y para reparar la naturaleza degradada. Pero su misión no se agotó por estos inmensos beneficios: debía además fundar su Iglesia, *contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno* <sup>5</sup>; y esta sociedad divina debía por su parte servir de modelo, y comunicar su fuerza y

1 Scio quis sis, Sanctus Dei. *Luc.* iv, 34.

2 Et nos cognovimus, et credidimus charitati, quam habet Deus in nobis. *Ep. I Joan.* iv, 16.

3 Et manifestè magnum est pietatis sacramentum, quod manifestatum est in carne, justificatum est in spiritu, apparuit angelis, prædicatum est gentibus, creditum est in mundo, assumptum est in gloria. *Ep. I ad Timoth.* iii, 16.

4 Quis ergo nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius.....? Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos. Certus sum enim, quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro. *Ad Rom.* viii, 35 et seqq.

5 Portæ inferi non prævalebunt adversus eam. *Matth.* xxi, 18.

su vida á las sociedades puramente humanas, que se establecerían entre los cristianos. Jesucristo es Rey, él mismo lo ha dicho <sup>1</sup>; y su reino está en este mundo, aunque no sea del mundo <sup>2</sup>, *porque todo lo que es del mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida* <sup>3</sup>. Al imperio del mundo, que pertenece al espíritu maligno <sup>4</sup>, ha opuesto otro imperio, que es la eterna ciudad de Dios. Moisés había anunciado que sería Legislador como él, pero la Ley mosaica, peculiar al pueblo Judío, no era mas que figura de la ley universal del Mesías, ley perfecta, que arregla todo el hombre, sus pensamientos, sus sentimientos, sus acciones, y que una autoridad igualmente perfecta conserva y promulga perpetuamente. El poder que había recibido de su Padre lo transmitió á los Apóstoles, y principalmente al primero de ellos, para enseñar á las naciones <sup>5</sup>, unir las en la misma fe y en la misma caridad, y para conducir en su nombre á todos los que creyeran en él, prometiendo estar hasta el fin de los siglos <sup>6</sup> con los Pastores, á quienes encargaba continuar su misión <sup>7</sup>. Él es el que habla, instruye y manda por su boca; y bajo la autoridad soberana de la Cabeza, que en la plenitud de su poder representa el reino inmortal de Jesucristo, su ley predicada en todas las partes multiplica los frutos de la Reden-

1 Dixit ei Pilatus: Ergo Rex es tu? Respondit Jesus: Tu dicis quia Rex sum ego. *Joan.* xviii, 37.

2 Non ait: Regnum meum non est in hoc mundo; sed non est de hoc mundo. *Et cum hoc probaret dicens*, si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei utique decertarent, ut non traderer Judæis: *non ait, Nunc autem regnum non est hic; sed non est hinc. Hic est enim regnum ejus usque in finem sæculi.* S. Aug. in *Joan.* tract. 115, n. 2. Oper. part. 2, t. III, col. 792.

3 *Joan. Epist.* 1, 2, 16.

4 Mundus totus in maligno positus est. *Ibid.* v, 19.

5 Erat docens eos sicut potestatem habens, et non sicut scribæ eorum et pharisæi. *Matth.* vii, 29. — Et stobebant in doctrina ejus, quia in potestate erat sermo ipsius. *Luc.* iv, 32. — Hæc loquere, et exhortare et argue cum omni imperio. *Ep. ad Titum.* ii, 15.

6 Data est mihi omnis potestas in cælo, et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes..... Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi. *Matth.* xxviii, 18, 19, 20.

7 Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. *Joan.* xx, 21.

cion, propagando sobre la tierra el reino del orden y de la verdad.

Unidos de este modo en una sociedad, cuya duracion será eterna, y en donde la enseñanza de Jesucristo se perpetúa sin alteracion, los hombres llegan por la obediencia al estado de perfeccion de donde habian caído. La fe eleva su razon á una altura infinita, pues que les da de Dios la misma idea que él tiene de sí mismo; y amándole con un amor sin límites <sup>1</sup>, su corazon se purifica y se hace digno de poseerle.

Pero Jesucristo no es solamente Legislador y Rey, es tambien Pontífice ó Sumo Sacerdote; y como Sacerdote acaba de santificar por medio de un Culto perfecto la sociedad que ha establecido. El sacrificio que ha salvado al mundo, se renueva sobre los altares de un modo in-cruento, y manifiesta perpetuamente la santidad de Dios, su justicia y su misericordia. *Siempre vivo para interceder en nuestro favor. el sumo sacerdote segun el orden de Melchisedech* <sup>2</sup>, se ofrece por nosotros á su Padre, y nos ofrece con él. Su gracia, auxiliando nuestra voluntad, é inclinándola al bien, como la naturaleza corrompida la inclina al mal, nos hace verdaderamente libres de obedecer á sus preceptos, y de concurrir así á nuestra renovacion. Hace descender en nosotros el Espíritu Santificador, que interiormente nos alumbrá, nos fortalece, nos consuela; y así como en el orden general la verdad nos es dada, y el Verbo, que es nuestra luz, se une á nosotros por un modo exterior y sensible, es decir, por la palabra; así tambien la gracia nos es dada, y el Espíritu Santo, que es nuestro amor <sup>3</sup>, se une á nosotros por un modo exterior y sensible, ó por los Sacramentos. « Él viene al » socorro de nuestra debilidad, y ayuda nuestra flaqueza, » porque no sabemos pedir como conviene; pero el » mismo Espíritu pide por nosotros <sup>4</sup> con gemidos » inenarrables. Y el que escudriña los corazones sabe lo

<sup>1</sup> Modus amandi Deum, sine modo amare. *S. Bernard.*

<sup>2</sup> *Epist. ad Hebr.* vii, 25; vi, 20.

<sup>3</sup> Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. *Ad Rom.* v, 5.

<sup>4</sup> Esto es, nos hace pedir, nos enseña á pedir, y nos da aquel gemido interior, que es el alma de la oracion. *Scio.*

» que desea el Espíritu, porque pide, segun Dios, para » los Santos <sup>1</sup>. » Pidiendo por nosotros nos enseña á pedir <sup>2</sup>, á adorar, y nuestras adoraciones, nuestras súplicas, forman con las de la Iglesia una misma oracion y súplica, una adoracion, que recibe todo su valor de Jesucristo. « Por él tenemos entrada y acogida cerca del Padre, ve- » nimos á ser sus siervos y conciudadanos de los escogi- » dos; y por él y en él la sociedad que ha fundado, crece » para ser un templo santo consagrado al Señor <sup>3</sup>. » Presente en medio de nosotros, y en cada uno de nosotros, por el Sacramento de su cuerpo y de su sangre, diviniza nuestro culto, da á nuestra obediencia y á nuestros homenajes una especie de infinidad; está en nosotros, y nosotros estamos en él; su sacrificio es nuestro sacrificio, sus méritos son méritos nuestros, y su gloria será tambien nuestra gloria, *si perseveramos hasta el fin* <sup>4</sup> en esta union que hace de nosotros *los herederos de Dios y herederos de su Hijo* <sup>5</sup>.

Hé aquí lo que debemos á Jesucristo; y como él ha expiado por su muerte nuestros pecados; como repara nuestra naturaleza por su gracia, y nos restablece en la herencia que en Adán habiamos perdido. A no trastornar pues la base de la razon, es indispensablemente necesario reconocerle por nuestro Salvador, y nada se podrá decir probado, si su mision no lo está.

La caída ó pecado original del hombre degradado fué

<sup>1</sup> Similiter autem et Spiritus adjuvat infirmitatem nostram, nam quid oremus, sicut oportet, nescimus: sed ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.... Qui autem scrutatur corda, scit quid desideret Spiritus; quia secundum Deum postulat pro Sanctis. *Ad Rom.* viii, 26, 27.

<sup>2</sup> Accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba (Pater). *Ibid.* xv.

<sup>3</sup> Per ipsum habemus accessum ambo in uno spiritu ad Patrem. Ergo jam non estis hospites et advenæ; sed estis Cives Sanctorum, et Domestici Dei.... In quo omnis ædificatio constructa crescit in templum sanctum in Domino. *Ad Ephes.* ii, 18, 19, 21.

<sup>4</sup> Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. *Matth.* x, 22.

<sup>5</sup> Hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. *Ad Rom.* viii, 17.

siempre una creencia del género humano : luego la degradación del hombre es cierta.

Su Redención futura por un Hombre-Dios ha sido durante el espacio de cuatro mil años un dogma del género humano : luego es cierto que esta Redención ha debido efectuarse.

El Cristianismo es la única Religión que nos enseña que esta Redención se ha efectuado : luego el Cristianismo es la sola y única Religión verdadera.

El Cristianismo nos enseña que Jesucristo es el Redentor que *esperaban todas las Naciones* : luego es cierto que Jesucristo es realmente este Redentor.

El Cristianismo, conforme con las profecías y la tradición universal, atestigua que el Redentor es Dios y Hombre juntamente : luego Jesucristo era verdaderamente hombre, y verdaderamente Dios.

Cuando llego pues á considerar su vida, sus obras, su doctrina, aquella mezcla tan maravillosa de grandeza y de sencillez, de mansedumbre y fortaleza, aquella incomprendible perfección que no se desmiente un momento, ni en la confianza de la íntima familiaridad, ni en la solemnidad de las instrucciones que dirigía al pueblo entero ; ni en la alegría de las bodas de Caná, ni en las agonías del huerto de Gethsemaní, ni en la gloria de su triunfo, ni en la ignominia de su suplicio ; ni en el Tabor en medio del resplandor que le rodea, ni en el Calvario, donde espira abandonado de los suyos, desamparado de su Padre, entre inesplicables tormentos, en medio de los gritos de furor y burlas sacrílegas de sus enemigos. Cuando contemplo este gran prodigio que el mundo no ha visto mas que una vez, y que ha sido el que ha renovado el mundo, yo no me pregunto si el Cristo era Dios ; mas bien estaria tentado á preguntarme, si él era hombre.

Renégue, si quiere, el impío desde el fondo de sus tinieblas á aquel que le ha rescatado : renuncie en hora buena á la vida, y adórese á sí mismo ; nosotros postrados al pié de la Cruz, adoraremos á nuestro Libertador á nuestro Rey, á nuestro Pontífice, nuestro Dios ; y en las efusiones de nuestro amor repetiremos en la tierra aquel cantó con que los Angeles llenan el cielo : « Digno » es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir la vir-

» tud, el poder, la divinidad, la fuerza, la sabiduría y el  
» honor, y la gloria, y la bendición. Santo, Santo, Santo  
» es el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y  
» que debe venir <sup>1</sup>. »

## CAPÍTULO XII.

Establecimiento del Cristianismo. Sus Beneficios.

Solo el Cristianismo explica lo que es el hombre : solo él le enseña cuál es su naturaleza, cómo ha caído, cómo ha sido rescatado, cómo puede restaurarse : solo él le ofrece al Libertador, al hombre-Dios esperado el espacio de cuarenta siglos por el género humano : luego el Cristianismo es la única Religión verdadera, la única Religión santa, la única Religión divina. Pero su santidad, su divinidad aparece aun todavía con una evidencia que debe conmover á todo espíritu sincero en su *Establecimiento*, y en sus *Efectos* sobre la sociedad.

Es un espectáculo verdaderamente admirable el triunfo de la Religión cristiana y la caída del Paganismo después de una lucha que tuvo suspenso al mundo trescientos años. ¡ Que doce hombres nacidos en el seno de la mas baja condición, en un pueblo aborrecido de todos los otros pueblos, emprendan mudar la faz del Universo, reformar sus creencias y costumbres, abolir los cultos supersticiosos que en todas partes estaban unidos con las instituciones políticas, someter á una misma ley y esta contraria á todas las pasiones ; á los vasallos y á los Reyes, á los esclavos y á sus señores, á los Grandes y á los débiles, á los pobres y á los ricos, á los sabios y á los ignorantes ; y esto sin contar con apoyo alguno, ni

<sup>1</sup> Et vidi, et audivi vocem angelorum multorum in circuitu throni, ... dicentium voce magna : Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem... Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus omnipotens, qui erat, et qui est, et qui venturus est. *Apocal.* v, 11, 12 ; iv, 8.

siempre una creencia del género humano : luego la degradación del hombre es cierta.

Su Redención futura por un Hombre-Dios ha sido durante el espacio de cuatro mil años un dogma del género humano : luego es cierto que esta Redención ha debido efectuarse.

El Cristianismo es la única Religión que nos enseña que esta Redención se ha efectuado : luego el Cristianismo es la sola y única Religión verdadera.

El Cristianismo nos enseña que Jesucristo es el Redentor que *esperaban todas las Naciones* : luego es cierto que Jesucristo es realmente este Redentor.

El Cristianismo, conforme con las profecías y la tradición universal, atestigua que el Redentor es Dios y Hombre juntamente : luego Jesucristo era verdaderamente hombre, y verdaderamente Dios.

Cuando llego pues á considerar su vida, sus obras, su doctrina, aquella mezcla tan maravillosa de grandeza y de sencillez, de mansedumbre y fortaleza, aquella incomprendible perfección que no se desmiente un momento, ni en la confianza de la íntima familiaridad, ni en la solemnidad de las instrucciones que dirigía al pueblo entero ; ni en la alegría de las bodas de Caná, ni en las agonías del huerto de Gethsemaní, ni en la gloria de su triunfo, ni en la ignominia de su suplicio ; ni en el Tabor en medio del resplandor que le rodea, ni en el Calvario, donde espira abandonado de los suyos, desamparado de su Padre, entre inesplicables tormentos, en medio de los gritos de furor y burlas sacrílegas de sus enemigos. Cuando contemplo este gran prodigio que el mundo no ha visto mas que una vez, y que ha sido el que ha renovado el mundo, yo no me pregunto si el Cristo era Dios ; mas bien estaria tentado á preguntarme, si él era hombre.

Renégue, si quiere, el impío desde el fondo de sus tinieblas á aquel que le ha rescatado : renuncie en hora buena á la vida, y adórese á sí mismo ; nosotros postrados al pié de la Cruz, adoraremos á nuestro Libertador á nuestro Rey, á nuestro Pontífice, nuestro Dios ; y en las efusiones de nuestro amor repetiremos en la tierra aquel cánto con que los Angeles llenan el cielo : « Digno » es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir la vir-

» tud, el poder, la divinidad, la fuerza, la sabiduría y el  
» honor, y la gloria, y la bendición. Santo, Santo, Santo  
» es el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y  
» que debe venir <sup>1</sup>. »

## CAPÍTULO XII.

Establecimiento del Cristianismo. Sus Beneficios.

Solo el Cristianismo explica lo que es el hombre : solo él le enseña cuál es su naturaleza, cómo ha caído, cómo ha sido rescatado, cómo puede restaurarse : solo él le ofrece al Libertador, al hombre-Dios esperado el espacio de cuarenta siglos por el género humano : luego el Cristianismo es la única Religión verdadera, la única Religión santa, la única Religión divina. Pero su santidad, su divinidad aparece aun todavía con una evidencia que debe conmover á todo espíritu sincero en su *Establecimiento*, y en sus *Efectos* sobre la sociedad.

Es un espectáculo verdaderamente admirable el triunfo de la Religión cristiana y la caída del Paganismo después de una lucha que tuvo suspenso al mundo trescientos años. ¡ Que doce hombres nacidos en el seno de la mas baja condición, en un pueblo aborrecido de todos los otros pueblos, emprendan mudar la faz del Universo, reformar sus creencias y costumbres, abolir los cultos supersticiosos que en todas partes estaban unidos con las instituciones políticas, someter á una misma ley y esta contraria á todas las pasiones ; á los vasallos y á los Reyes, á los esclavos y á sus señores, á los Grandes y á los débiles, á los pobres y á los ricos, á los sabios y á los ignorantes ; y esto sin contar con apoyo alguno, ni

<sup>1</sup> Et vidi, et audivi vocem angelorum multorum in circuitu throni, ... dicentium voce magna : Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem... Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus omnipotens, qui erat, et qui est, et qui venturus est. *Apocal.* v, 11, 12 ; iv, 8.

de fuerza, ni de elocuencia, ni del raciocinio; antes al contrario en medio de la oposicion violenta de todos cuantos tenian algun poder y autoridad en el mundo; á pesar de las persecuciones de los Emperadores y de los Magistrados, de la resistencia interesada de los Sacerdotes de los ídolos, de las burlas y desprecio de los Filósofos, y de los furios del fanatismo: que estos hombres mostrando á las Naciones el instrumento de un suplicio infame, hayan vencido el fanatismo de la muchedumbre, á los Filósofos, á los Sacerdotes, á los Magistrados y á los Emperadores: que la cruz se haya enarbolado sobre los palacios mismos de los Césares, de donde habian salido tantos edictos sanguinarios contra los Discípulos de Cristo, y que muriendo, hayan ellos subyugado todas las potestades humanas: es un hecho único en la historia, hecho prodigioso y que llama desde luego la atencion como una grande y visible excepcion á todo lo que se sabe y conoce del hombre.

Sin embargo se ha intentado explicar este maravilloso acontecimiento por causas naturales, y Gibbon<sup>1</sup> numera cinco que le parecen suficientes para concebir cómo se ha propagado el Cristianismo<sup>2</sup>; pero los esfuerzos de este filósofo para quitar á la Religion Cristiana una de las pruebas de su divinidad, no sirven sino para hacerla brillar mas; tan evidentemente desproporcionadas son las causas que señala al efecto que debian producir.

La primera es el *celo de los Apóstoles*; ciertamente no se le negará; pero ¿cuál era el principio de este celo extraordinario? ¿qué le habia producido? ¿quién le sostenia en medio de la persecucion? ¿Reconoceis que él ofrece caractéres particulares, y que en su perfecto desinterés, su constancia impertérrita, su ardor y su distancia de toda especie de fanatismo no se parece ni asemeja á nada de lo que se habia visto hasta entonces? Eso es explicar el milagro del establecimiento de la Re-

<sup>1</sup> Véase sobre este filósofo el t. I, pág. 93.

<sup>2</sup> Véase su *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain*, chap. 15.

ligion Cristiana por otro milagro, que se quiere llamar una causa natural. Al contrario, el celo de los Apóstoles ¿no era mas que un deseo puramente humano de extender la fe y creencias que ellos habian adoptado? Entonces pregunto: ¿si esta especie de celo no es una cualidad comun á todos los que desean persuadir alguna cosa; y si hubo jamás un sectario, un autor de alguna opinion nueva, que en este sentido no haya tenido celo, y un celo muy activo? Se sabe que es necesario enseñar una doctrina para extenderla, y nadie creo dude que el Cristianismo ha sido predicado. Pero ¿de dónde viene el que una doctrina tan contraria á las pasiones, una doctrina por tantos tiempos y tan vivamente combatida, se haya establecido sin algun auxilio exterior, á pesar de una oposicion universal<sup>2</sup>. Esto es lo que se trata de explicar, y lo que la predicacion mas celosa no explica en manera alguna. ¡Razon extraña en verdad del triunfo del Evangelio! Los Gentiles han creído, han obedecido á unos hombres simples y groseros, destituidos de todo, sin riquezas, sin letras, han dejado sus Bacanales, y corrido al martirio, únicamente porque se les ha dicho: ¡creed, obedeced, morid!

El dogma de la *inmortalidad del alma* es la segunda causa á que atribuye Gibbon los progresos del Cristianismo: ¿cómo si este hubiera sido un dogma nuevo y hasta entonces desconocido en el mundo! Es cierto que algunos filósofos le desechaban; pero el Universo atestiguaba la perpetuidad de esta creencia, y hemos mostrado<sup>1</sup> que no hay pueblo que no admita la eternidad de las penas y premios futuros. Este artículo esencial de la fe primitiva, conservado por la tradicion, fué siempre y por todas partes la sancion necesaria de la moral, de las leyes y del orden público. El dogma de la inmortalidad del alma, creído de todos los paganos que no eran mas que paganos, no puede ser pues la causa<sup>2</sup> que los

<sup>1</sup> Cap. 5 de este tomo, p. 80.

<sup>2</sup> Para apoyar esta pretendida causa, Gibbon, une á ella la opinion de los Milenarios, que nunca fué mas que el error de algunos particulares, y que ciertamente los Apóstoles no la enseñaron. Es poco mas ó menos, como si se dijese que los misioneros han pro-

ha movido á renunciar á la Idolatría para abrazar el Cristianismo.

*El poder de hacer milagros*, causa tercera indicada por Gibbon, ha contribuido sin duda poderosamente al establecimiento de la Religion cristiana; y en los antiguos Padres y en los fragmentos que nos quedan de las obras de Celso, de Porfirio y de Hierocles, se ve cuanto sorprendia este poder á los gentiles. Pero lo que debé sorprender hoy mas es, que Gibbon ponga los milagros entre las causas *naturales* que han favorecido la propagacion del Cristianismo. Y la razon es, porque en su dictámen los Apóstoles no han hecho milagros; de suerte que el Cristianismo se ha propagado, segun él, en virtud de una causa que no existia. ¿Mas sobre qué se funda para negar este poder milagroso de los Apóstoles? Únicamente en que este poder (siempre subsistente en la Iglesia, como lo mostraremos en otra parte,) ha venido á ser más raro hoy, que lo era en un principio. Mas demos que hubiese cesado enteramente: ¿qué se podría concluir de aquí? De que no existiese hoy, ¿se seguiria que no hubiere existido nunca? Por la misma razon se podría negar la creacion porque Dios no crea perpetuamente.

« ¿Mas cómo es que no se ven ya los milagros que se veían en otro tiempo? » Esta misma pregunta hacian algunos filósofos en tiempo de San Agustin. ¿Y qué les respondia este ilustre Obispo? « Yo podría decir, responde, que aquellos milagros fueron necesarios antes que el mundo creyese para que creyese, y así todo el que pide hoy milagros para creer, el mismo es un gran prodigio, pues que no cree, cuando todo el mundo cree. Pero ellos hablan así, á fin de no creer que estos milagros realmente se hayan verificado. Pero si no se han verificado, ¿de dónde viene que en todas partes se celebre con tanta fe el Cristo, que ha subido en su carne á los cielos? ¿De dónde viene que en un siglo tan ilustrado, y que desechara todo lo que es imposible, el mundo ha creído sin milagros cosas tan mara-

pagado la religion católica en la China, porque ha habido en Macao ingleses, los cuales sobre muchos puntos tenían sentimientos reprobados por la Iglesia católica

» villosas y tan increíbles? ¿Dirán acaso que eran creíbles, y que por eso se han creído? Pues si eran creíbles, ¿por qué no las creen ellos? En dos palabras; ó cosas increíbles, obradas á la vista de los pueblos, les han hecho dar fe á una cosa increíble que no veían; ó esta cosa es creíble sin necesidad de milagros, y los incrédulos quedan convencidos de una culpable infidelidad<sup>1</sup>. »

Es difícil de creer que Gibbon, cuando escribia estas cosas, se entendiese á sí mismo. Dígasenos: ¿los Discipulos de Jesucristo hicieron obras milagrosas en confirmacion de la doctrina que predicaban? Sí, ó no. En el primer caso, el Cristianismo se ha establecido de un modo sobrenatural, y su divinidad es incontestable. En el segundo, es evidente que no habria podido establecerse, porque era imposible que la supercheria de los que pretendian obrar milagros tan numerosos y tan estupendos, no hubiese sido inmediatamente descubierta y públicamente manifestada.

¿Qué ingeniosa y profunda es en sus conjeturas la Filosofía! ¡Y cómo aun los acontecimientos que parecerian los mas extraordinarios, vienen á ser sencillos, cuando ella se digna explicarlos! No concebis que el Cristianismo se haya propagado naturalmente; pues ella va á hacérslo comprender. Los Apóstoles han dicho: « Os anunciamos el Evangelio en nombre del Eterno, y nos debéis creer, porque estamos dotados del poder

<sup>1</sup> Cur, inquit, nunc illa miracula, quæ prædicatis facta esse, non sunt? Possem quidem dicere, necessaria fuisse prius quam crederet mundus, ad hoc ut crederet mundus. Quisquis adhuc prodigia ut credat inquit, magnum est ipse prodigiũ, qui mundo credente non credit. Verbum hoc ideo dicunt, ut nec tunc illa miracula facta fuisse credantur. Unde ergo tanta fide Christus usquequaque cantatur in cælum cum carne sublatus? Unde temporibus eruditis, et omne quod fieri non potest respicientibus, sine ullis miraculis nimium mirabiliter incredibilia creditur mundus? An fortè credibilia fuisse, et ideo credita esse dicturi sunt? Cur ergo ipsi non credunt? Brevis est igitur nostra complexio: Aut incredibilis rei, quæ non videbatur, alia incredibilia, quæ tamen fiebant et videbantur, fecerunt fidem; aut certè res ita credibilis, ut nullis quibus persuaderetur miraculis, indigeret, istorum nimiam redargui infidelitatem. *De Civit. Dei, lib. 22, cap. 8, n. 1, tom. VII, col. 663.*



» de hacer milagros. Damos la salud á los enfermos, res-  
 » tituimos el uso de sus miembros á los tullidos, la vista  
 » á los ciegos, el oído á los sordos, la vida á los muer-  
 » tos. » Al oír este discurso, el pueblo corre de todas  
 partes para ser testigo de estos milagros prometidos con  
 toda confianza. ¿Y qué? ¿Los enfermos no han sido sa-  
 nados, los tullidos no andan, los ciegos no han visto, los  
 sordos no han oído, los muertos no han resucitado?  
 Al observar esto, el pueblo trasportado de alegría,  
 se arroja á los piés de los Apóstoles, y exclama: ¡es-  
 tos son manifiestamente los enviados de Dios, los  
 ministros de su poder! y al punto derribando sus  
 ídolos, ha dejado el culto de los placeres por el culto  
 de la cruz; ha renunciado á sus hábitos antiguos, á sus  
 preocupaciones, á sus pasiones; ha reformado sus costum-  
 bres y abrazado la penitencia: los ricos han vendido sus  
 bienes para distribuir su precio á los necesitados, y  
 todos han preferido los mas horribles tormentos y una  
 muerte infame al remordimiento de abandonar una Reli-  
 gion que tan sólidamente se les habia probado. ¿Qué  
 mayor milagro?

Gibbon hace con justicia un magnífico elogio de las vir-  
 tudes de los primeros cristianos; y estas *virtudes* unidas á  
 la *perfeccion del gobierno de la Iglesia*, son las dos últimas  
 causas que señala de los progresos del Cristianismo entre  
 los Gentiles. ¿No es en verdad una explicacion singular-  
 mente satisfactoria? Se pregunta: ¿cómo una doctrina que  
 chocaba y hacia frente á todas las opiniones, á todas las  
 preocupaciones dominantes, pudo establecerse entre los  
 hombres? Y se responde que se ha establecido porque  
 además de eso combatia todas las propensiones é incli-  
 naciones del hombre. Es decir; que los Idólatras deja-  
 ron sus Dioses, porque se les dijo que convenia dejar  
 tambien sus bienes. Creyeron los misterios de la Reli-  
 gion cristiana, para tener el consuelo de privarse de to-  
 dos los placeres, vivir pobres, ser humillados, despreci-  
 ados, abatidos, y morir en los tormentos. Hé ahí lo  
 que les ha seducido. No hay duda: es claro que debie-  
 ron ser fuertemente atraídos por todo lo que ofrecia de  
 alhagüeno para ellos el gobierno de la Iglesia y su disci-  
 plina; por ejemplo, el ayuno, la oracion, las vigili-  
 as, la

confesion pública, aquellas largas y severas penitencias,  
 y la obligacion de obedecer á los pastores que les man-  
 daban renunciar á los espectáculos, á las diversiones, á  
 todo lo que el pueblo en su corrupcion reputaba tan  
 necesario como el alimento mismo: *panem et circen-  
 ses*.....

Dejemos estos sueños filosóficos, y pues que ha sido  
 necesario referirlos, que sirvan á lo menos para hacernos  
 concebir la imposibilidad de explicar por causas natura-  
 les el triunfo de la Religion de Jesucristo. Y para com-  
 prender aun mejor esta importante verdad, observemos  
 que si el Cristianismo no fuese obra de Dios, no habria po-  
 dido establecerse sino de dos maneras; á saber, ó por la  
 conformidad de su doctrina con los pensamientos, con  
 los deseos é inclinaciones del hombre, ó por causas ex-  
 trínsecas igualmente propias para lisonjear sus inclina-  
 ciones, sus deseos y sus pensamientos; porque es una  
 contradiccion absurda suponer que el hombre abando-  
 nado á si mismo pueda querer lo que le hiere ú ofende,  
 y obrar contra todas sus inclinaciones. Pues esto es lo  
 que se hubiera verificado, si el establecimiento del Cris-  
 tianismo no fuese divino: de suerte que es necesario  
 elegir entre dos milagros: un milagro del poder y bon-  
 dad de Dios, si la Religion es divina, y un prodigio de  
 absurdos, si no lo es.

En efecto, el Cristianismo es esencialmente y en to-  
 das las cosas opuesto á la naturaleza del hombre degrada-  
 do; y no siendo así, ¿cómo la reformaria? ¿Cómo hu-  
 biera producido las virtudes sublimes que Gibbon mismo  
 admira?

El hombre está naturalmente dominado de la sober-  
 bia y del orgullo: quiere ser ensalzado, honrado y dis-  
 tinguido; aspira á mandar, á ser el primero en todas  
 partes y siempre: El Cristianismo le dice: deprímete,  
 humíllate, obedece, sé el último.

Su curiosidad no tiene límites, quiere saber, juzgar.  
 El Cristianismo le dice: cree.

Quiere satisfacer sus deseos y apetitos, y gozar de lo  
 que lisonjea sus sentidos. El Cristianismo le dice: haz  
 penitencia, castiga tu cuerpo, mortificate y sufre.

Hé aquí sin duda una doctrina opuesta á las inclina-

ciones del hombre. ¿Pues quién ha podido determinar á los hombres á abrazarla? ¿Qué compensación les ofrecía para los sacrificios que exigía de ellos? ¿Qué utilidades, qué ventajas exteriores hallaban en la profesión del Cristianismo?

El orgullo hallaba en él la pérdida de las dignidades, de los honores, de los bienes, la irrisión, el oprobio.

La vana y curiosa razón, en lugar de la *sabiduría* filosófica, tan seductora para la misma razón, hallaba la *locura de la cruz*<sup>1</sup>; en lugar de la ciencia del siglo, una fe humilde ó misterios incomprensibles que chocaban al sentido humano.

En fin, los sentidos hallaban todo lo que resisten y repelen con horror; una vida pobre y dura, prisiones, cadenas, ecúleos, braseros, cadalsos.

Trasportaos al circo: un cristiano debilitado ya por los tormentos que ha sufrido, aparece en la arena. Escuchad los gritos furiosos del populacho, las frias burlas de los sofistas, los sarcasmos de los grandes. Se ultraja y maldice á este hombre, que de allí á unos momentos va á ser despedazado por las garras de las bestias feroces. Una palabra que diga, una sola palabra puede salvarle, y el sin embargo no la pronuncia: decidnos ¿qué motivo humano le alienta á morir con una muerte tan espantosa en medio de las execraciones públicas? Explicadnos este extraño amor de suplicios y de ignominia. Yo veo al mártir tender sus brazos en cruz, y mirar al cielo, y ya no busco en la tierra la explicación de su constancia, y la razón de su sacrificio.

En la época en que el Cristianismo fué anunciado al mundo, nada había, ni en él, ni fuera de él, que no debiese mover á los hombres entregados á sí mismos á dessecarle.

Luego el Cristianismo no se ha podido establecer por causa alguna humana.

Luego el Cristianismo es divino en su establecimiento. La filosofía misma conviene en ello, cuando procede

1 Græci sapientiam quarunt: nos autem prædicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam. Ep. I ad Corinth. 1, 22, 23.

de buena fe, y cede á una evidencia que ningun sofisma puede oscurecer.

« El Evangelio predicado por gentes desconocidas, sin estudios, sin elocuencia, cruelmente perseguidas, y destituidas de todo apoyo humano, se establece en poco tiempo en toda la tierra. Este es un hecho que nadie puede negar, y que prueba que es obra de Dios<sup>1</sup>. » Así habla Bayle, y Rousseau no estaba menos convencido de este hecho maravilloso.

« Despues de la muerte de Jesucristo doce pobres pescadores y artesanos emprendieron instruir y convertir el mundo. Su método era sencillo; predicaban sin arte, pero con un corazón penetrado de lo que decían; y de todos los milagros con que Dios honra su fe, el que hacia mayor impresión en los oyentes era la santidad de su vida. Sus Discípulos siguieron este ejemplo, y el suceso fué prodigioso. Los Sacerdotes gentiles alarmados, hicieron entender á los Príncipes que el Estado se perdía, porque las ofrendas se disminuían. Suscitáronse las persecuciones, y los perseguidores no hicieron sino acelerar el progreso de esta Religión que querían extinguir. Todos los Cristianos corrian al martirio, y todos los pueblos corrian al Bautismo; la historia de aquellos primeros tiempos es un prodigio continuo<sup>2</sup>. »

*La sangre de los Mártires*, según la enérgica expresión de Tertuliano, *era una semilla de Cristianos*<sup>3</sup>. « Somos de ayer, decía, y ya lo llenamos todo; vuestras ciudades, islas, fortalezas, las aldeas, los comicios, los mismos reales, tribus, decurias, el palacio, el senado, el foro: no os dejamos libre mas que vuestros templos<sup>4</sup>. »

Desde el siglo II el Cristianismo se extendía ya mas

1 Bayle, *Dict. crit. art. Mahomet, Nota O.*

2 *Réponse au Roi de Pologne*, p. 262.

3 Sanguis martyrum semen est christianorum. *Apologet.*

4 Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum. Sola volis relinquimus templa. *Ibid. cap. 37.*

que el Imperio romano <sup>1</sup>; y habia sometido á su creencia así á los pueblos civilizados como á los bárbaros. Las falsas divinidades del Capitolio habian temblado á la vista de la Cruz, plantada en Roma por un pobre pescador del lago de Genezareth; y esta Cruz llevada al mismo tiempo á la otra extremidad del mundo, habia hecho saltar de esperanza y de regocijo á los Scitas errantes sobre sus carros en los desiertos de la Asia mayor. Parece que no hubo distancias ni tiempo para la palabra evangélica; ella estaba en todas partes á la vez.

Jesucristo habia anunciado esta rápida propagacion de su doctrina, que era en verdad predecir un milagro; pero el que le predecia, era Todopoderoso para obrarle. *Cuando yo haya sido crucificado, todo lo atraeré á mí* <sup>2</sup>. Ciertamente no se dirá que hablaba así por conjeturas ni sobre apariencias humanas. Si en tiempo de Augusto, en medio del Senado romano un Profeta hubiera referido las mutaciones que se preparaban, ¿qué hubieran pensado de él aquellos graves magistrados? Habrían mirado con compasion al Profeta, y se habrían divertido entre sí de sus sueños extravagantes.

Cuando se reflexiona lo que era entonces la sociedad pagana, el espíritu de incredulidad y todos los errores

1 In quem alium universæ gentes crediderunt, nisi in Christum, qui jam venit? Cui enim et aliæ gentes crediderunt: Parthi, Medi, Elamitæ, et qui inhabitant Mesopotamiam, Armeniam, Phrygiam, Cappadeciam; et incolentes Pontum, et Asiam, et Pamphiliam; immorantes Ægyptum, et regionem Africæ quæ est trans Cyrenem inhabitantes; Romani et incolæ; tunc et in Hierusalem Judæi, et cæteræ gentes: ut jam Getulorum varietates, et Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes, et Britannorum, inaccessa Romanis loca, Christo verò subdita; et Sarmatarum, et Dacorum, et Germanorum, et Scytharum; et aditarum multarum gentium, et provinciarum; et insularum multarum nobis ignotarum, et quæ enumerare minus possumus? Ut quibus omnibus locis Christi nomen qui jam venit, regnat. *Tertull. adv. Judæos*, c. 7, p. 189. Edit. Rigaltii. *Vid. et Euseb. Præpar. Evang. lib. 1, cap. 3. — S. Iren. lib. 3, contr. Hæres. e. 4, p. 178.*

2 Nunc judicium est mundi; nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. Et ego si exaltatus fuero à terrâ, omnia traham ad me ipsum. Hoc autem dicebat significans quâ morte esset moriturus. *Joan. xii, 31, 33.*

introducidos por una filosofía que habia erigido en sistema la impiedad, la duda y el vicio mismo; y que á este desorden del entendimiento, á esta profunda corrupcion del corazon, se ve suceder repentinamente de un golpe una fe dócil y sencilla, las costumbres mas severas, las mas heróicas virtudes, se concibe claramente que esta pasmosa regeneracion de la naturaleza humana, no ha podido ser obra del hombre; pues que todos los esfuerzos de su razon en los siglos mas ilustrados, toda su ciencia, todos sus descubrimientos, sus artes, instituciones, y sus leyes no habian servido sino para sumergirle en una depravacion sin ejemplo. Ha sido necesario que fuese instruido y ayudado sobrenaturalmente para salir de este abismo de disolucion y de miseria. Y á fin de que no pudiese en sentido alguno atribuirse su propia salud, quiso Dios que los instrumentos de su misericordia, despojados de todo lo que contribuye al buen éxito en los designios del hombre, fuesen evidentemente por lo mismo los ministros de un poder superior al suyo. « Él escogió lo que era insensato segun el mundo para confundir á los sabios; y lo que era débil, segun el mundo, para confundir á los fuertes; lo vil y despreciable, lo que no era, para destruir lo que es, á fin de que ningun hombre se glorie delante de él <sup>1</sup>. »

No insistiremos mas sobre el establecimiento de la Religion cristiana. *La historia de aquellos primeros tiempos*, en boca de Rousseau, es un prodigio continuo. Y bien; ¿un prodigio continuo está en el orden de los acontecimientos naturales? Un prodigio continuo ¿es otra cosa que una manifestacion continua del poder divino? Luego el Cristianismo se ha establecido divinamente: luego su divinidad es tan cierta como su existencia.

Además es imposible no reconocerle por obra de Dios en sus efectos. Recordad lo que era el hombre bajo el

1 Videte vocationem vestram, quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles: sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret: ut non gloriaretur omnis caro in conspectu ejus. *Ep. I ad Corinth. 1, 26, 29.*

paganismo, y lo que vino á ser. Al orgullo, al odio, al desprecio de la humanidad, á la licencia mas desenfrenada, sucedieron la humildad, la caridad, el respeto y el amor al hombre, el espíritu de sacrificio; los prodigios de la penitencia y de la castidad. El último de los Cristianos fiel á los deberes que su Religion le impone rigurosamente, supera inmensamente en perfeccion á todos los personajes, cuyas virtudes tanto han proclamado Grecia y Roma. Una vanidad insufrible era casi siempre la menor de sus debilidades. Querian ser alabados y admirados. Mostrádnos entre todos estos sabios *un hombre manso y humilde de corazón*. Se sabe cual era la continencia de Aristides y de Catón. Ningun vicio se extrañaba en la corrupción general. ¿Hubo algún romano que formase el mas leve escrúpulo de asistir á los espectáculos del circo? Trajano hizo presentarse de una vez diez mil gladiadores en la arena<sup>1</sup>, en donde Titó condenó á los prisioneros judíos á que se degollasen unos á otros.

Puede leerse en Tertuliano<sup>2</sup>, en San Cipriano<sup>3</sup>, en Lactancio<sup>4</sup> el horror que inspiraban estos abominables asesinatos á los primeros Cristianos. Las mujeres mismas, hasta las Vestales, se entretenían y hacían diversion del crimen y de la muerte. Un solitario<sup>5</sup> vino desde el Oriente á Roma para procurar la abolicion de estos juegos, que así es como se llamaban; y el pueblo furioso le asesinó. Constantino los prohibió al subir al trono<sup>6</sup>, y cesaron enteramente en el imperio de Justino<sup>7</sup>.

1 Dion. Cassio, *lib. 66, cap. 68*. — 2 Tertul. *de Spectaculis*.

3 S. Cibr. *Ep. ad Donatum*. — 4 Inst. Divin. *lib. 6, cap. 10*.

5 Llamábase Telémaco.

6 Cod. Theodos. *lib. 15, tit. 12, p. 395. Edit. Gothofredi*.

7 Baron. *Annal. tom. VIII, pág. 12*. — Casiodor. *lib. 10, cap. 2*. — La Iglesia, guiada por el mismo espíritu, prohíbe los torneos bajo diversas penas. *Conc. Remens. an. 1157, ap. Martene, tom. VII, p. 76. París 1733. Concil. Lateran. an. 1177. Canon. 30. Gul. Newbrig. tom. I, p. 259. Ducange, Glossar. voc. Iousta, Tournaments, Hastiludium*. Véase en el mismo autor, y en Spelman y Lindembrog, los esfuerzos de los Príncipes cristianos y de la autoridad eclesiástica para abolir el *Duelo*. Voc. *Duellum, Monomachia, Campio, Pugna. Vid. et Saxo gramat. lib. 10. Ericus Upsaliensis, lib. 1. Resenii Jus antiquum Danicum, p. 642, 643*. — Baron. *Annal. tom. XI, p. 113 y sig. Concil. Trident. Ses. 25, cap. 19*.

Las leyes de la Religion, viniendo poco á poco á ser las leyes del Estado, purificaron las costumbres; se formó mas grande idea de la santidad del matrimonio; la vida del niño<sup>1</sup> y su inocencia fueron protegidas<sup>2</sup>; la esclavitud, al principio suavizada<sup>3</sup>, desapareció al fin enteramente<sup>4</sup>, se estableció un nuevo derecho de guerra; los Gobiernos se afirmaron<sup>5</sup>; los Príncipes pudieron dejar vivir á sus hermanos<sup>6</sup>, y no temieron ya las revoluciones tan frecuentes entre los antiguos.

1 Tácito miraba como cosa extraordinaria que los Germanos no hiciesen morir á ninguno de sus niños. *De morib. Germanor. cap. 19*. En la obra de Apuleyo, que vivía en tiempo de los Antoninos, partiendo un hombre para un viaje, ordena friamente á su mujer que mate á la criatura de que estaba en cinta, si era hija. *Metamorph. lib. 10, p. 227*. En Terencio se lee otro rasgo casi semejante. « Un hombre aunque pobre, dice Posidipo, no quiere exponer á su hijo; pero el rico á puras penas querría conservar su hija. *Gnomic. Poet. Vid. et Philo Jud. De legib. specialib. p. 794. Paris 1640*. — Binkershok. *De jure occidendi et exponendi liberos ap. veter. Roman. et Noodt, De partús expositione et nece apud veteres*.

2 Cod. Theodos. *lib. 10, tit. 27, p. 188. Edit. Gothofredi*. — Lindembrog. *Lex Wisigoth. lib. 6, tit. 3*.

3 Lactant. *Divin. Instit. lib. 5, cap. 5*. — Lindembrog. *Lex Wisigoth. lib. 4, tit. 5, et lib. 6, cap. 14*. — Ina, que reinaba en el siglo VII en Inglaterra, libertó á un esclavo, á quien su amo había violentado á trabajar el domingo. Wilkins, *Leges Anglo-Saxonice, p. 14*.

4 Thomassin. *Discipline, etc. tom. II, p. 222, 223 y 353*. — Wilkins, *loco citato, p. 120*. — Eadmer Novorum, *etc. lib. 3, p. 64*. — Stiernhook, *de Jure Suenonum, p. 226*. — En fin, el 1167 el papa Alejandro III declaró en nombre del Concilio que todos los cristianos debían estar exentos de la esclavitud. Esta sola ley, dice Voltaire, debe hacer amable su memoria á todos los pueblos. *Essai sur l'istor. géner. etc., chap. 70, tom. II, p. 188. Edit. de 1756*.

5 Véanse sobre este punto varias noticias curiosas en Bozio, *de Signis Ecclesie, tom. II, p. 368 y sig.*

6 No hay, dice Plutarco, mas que un solo ejemplo de asesinato doméstico entre los descendientes de Antígono, á saber, el de Filipo, que mató á su propio hijo. Pero casi todas las otras familias presentan numerosos ejemplos de asesinatos de niños, de madres, igualmente que de esposas; y en cuanto á las muertes de hermanos, se cometían sin el menor escrúpulo, porque era una máxima de

El Cristianismo hizo dos cosas : mandó á los pueblos obedecer, y reprimió los abusos de la autoridad<sup>1</sup>. No se pueden oír sin bendecirle las palabras que dirige á los Reyes en su consagración : « Tomad este bastón como » un símbolo de vuestro poder sagrado, á fin de que » podáis confortar al débil, sostener al que vacila, cor- » regir al vicioso y dirigir al bueno en el camino de la » salud : tomad el cetro como la regla de la justicia » divina, que gobierna al bueno y castiga al malvado : » él os recuerda á amar la justicia y detestar la iniqui- » dad<sup>2</sup>. »

En otra parte<sup>3</sup> hemos procurado describir la influencia de la Religión cristiana sobre los Gobiernos, sobre las leyes y las costumbres de las naciones. Todo el norte de la Europa le debe con la verdadera civilización el conocimiento de las letras. Los Misioneros al mismo tiempo que predicaban el Evangelio, fundaban escuelas, como el mismo Gibben lo observa hablando de la Rusia. Ulphilas inventó el alfabeto gótico, Cirilo y Metodio el alfabeto esclavon. « Tradujeron en esta lengua, dice » Eduardo Ryant, la Biblia y algunos autores griegos y » latinos, con el objeto de extender la luz entre estos » pueblos ignorantes, suavizar sus costumbres, é inspi- » rarles sentimientos de humanidad<sup>4</sup>. » Por donde quiera que han penetrado los misioneros (¿y qué países no fueron testigos de su celo infatigable?) la abolición de las costumbres bárbaras, la corrección de los vicios, un

gobierno mirada por tan cierta como los primeros principios de Geometría, que un Rey, por su propia seguridad, no podía dispensarse de matar á su hermano. *In Demetr. fin. vers.*

1 Eduardo Ryant, ministro protestante de Donogmore, ha recogido innumerables ejemplos de esto en su obra intitulada : *Beneficios de la Religión cristiana, t. I, p. 262 y sig.* de la trad. francesa.

2 Ducange voc. *Baculus regius*. Los Reyes de Suecia estaban obligados á jurar que amarian á Dios y á la Iglesia; que no harían agravio á vasallo alguno, ni en su persona ni en sus bienes; que serían fieles á la verdad y á la justicia; reprimirían la mentira y la iniquidad, y se opondrían á la violación de las leyes. *Leocentii Leges, tit. I, cap. 4.*

3 Cap. 11. V. tom. 1 de la *Biblioteca*.

4 *Bienfaits de la Relig. chrét.* t. I, p. 95. *Ibid.* p. 365.

progreso conocido hácia un estado mas feliz y afortunado, una policía mas regular, hábitos de orden y de virtud, han sido fruto de sus trabajos.

Leed atentamente la historia de las naciones paganas, y reconocereis que en ellas la actividad social no tenia otro objeto que la dominación, la gloria, las riquezas, los placeres. Bajo el Cristianismo todos los pensamientos, todos los deseos, todos los esfuerzos fueron dirigidos hácia la perfección y la felicidad del hombre. Este es el espíritu general de las instituciones y de las costumbres que la Religión cristiana ha formado. Cada uno debió mirarse como consagrado mas ó menos al servicio de los demás; y las órdenes religiosas, tan ridiculamente atacadas por una filosofía que ha renovado entre nosotros las costumbres é instituciones, y el espíritu de la sociedad gentilica, no eran en el sacrificio que exigían de sus individuos sino el modelo de la verdadera sociedad, y un principio de perfección siempre activo, por el ejemplo continuo de la renuncia voluntaria aun de los placeres legítimos, de las riquezas<sup>1</sup>, de la gloria y de la dominación.

No se admirará jamás bastantemente el prodigio de la obediencia y los milagros de la caridad entre los cristianos. Esta victoria alcanzada sobre el orgullo y sobre el amor de sí mismo, es evidentemente superior á la naturaleza, y no es en sí donde el hombre halla la fuerza de cumplir este sacrificio de toda la vida y de todas las horas, sin compensación alguna en la tierra. *El que vino no para ser servido, sino para servir*, es el que únicamente ha podido inspirar la voluntad y dar las fuerzas para ello. Si se hubiera propuesto á las mujeres de la Grecia y á las matronas de Roma que dejasen sus casas y sus familias para ir á los hospitales á asistir de día y de noche á los pobres enfermos, á cuidar de los miserables esclavos, á encerrarse con los apestados; ¿qué hubieran dicho! Pues esto es lo que se ve todos los días en el Cristianismo. Hasta al mismo Voltaire llama la atención esta

1 El particular es siempre pobre aun en las Órdenes ricas, y aun á causa de esto mismo es el que algunas Órdenes hayan llegado á ser ricas con el tiempo.

» maravilla. « Acaso, dice, no hay cosa mas grande sobre la tierra que el sacrificio que de la belleza y de la juventud, y muchas veces de un gran nacimiento, hace el sexo delicado para ir á socorrer en los hospitales ese cúmulo de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el orgullo humano, y tan desagradable para nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana no han imitado sino muy imperfectamente una caridad tan generosa<sup>1</sup>. »

Los asilos abiertos á la indigencia, á la vejez, á la desgracia, al arrepentimiento; el cuidado de los presos, el rescate de los cautivos, y tantas obras de misericordia, cuya enumeración seria infinita, atestiguan tambien la santidad de la Religión á la que se deben<sup>2</sup>.

Pero considerando de un modo general los efectos del Cristianismo, se reconoce primeramente, que él ha depurado y desarrollado la inteligencia humana, disipando las tinieblas de la superstición, destruyendo los errores, tan numerosos como funestos, de la filosofía, y manifestándole nuevas verdades. Desde Jesucristo acá, Dios y el hombre han sido mejor conocidos: pues esta es toda la inteligencia, así como las relaciones entre Dios y el hombre, de donde se derivan las relaciones de los hombres entre sí, son todo el orden. ¿Los pueblos cristianos no tienen un justo motivo para gloriarse de su superioridad intelectual sobre los otros pueblos? ¿Esta superioridad no es un hecho constante? ¿Y de dónde procede? ¿cuál es la causa de ella? Volved los ojos á la Africa y á la Asia; observad los pueblos que dejaron de obedecer al Evangelio: han vuelto á caer en la barbarie. Hay pues en el Cristianismo una cosa que eleva y sostiene la razón del hombre á una altura adonde no po-

<sup>1</sup> *Essai sur l'histoire et sur les mœurs et l'esprit des nations*, ch. 117, tom. III, p. 169. Ed. de 1756.

<sup>2</sup> El espíritu de caridad es de tal manera propio del Cristianismo, que desde el principio llamó la atención á los paganos, y por este carácter Mahoma en el siglo II designaba tambien á los Cristianos; pues hace hablar así á Dios en el Koran. « Hemos puesto en el corazón de los discípulos de Jesús la compasión y la misericordia. » *The Koran translated, etc. by George Sale, ch. 57, vol. II, p. 421.*

dria llegar sin él. Esto mismo manifiesta que el Cristianismo es divino; porque si el hombre pudiese, no digo cultivar su razón, y ejercerla en los límites que le están prescriptos, sino darse un grado de razón superior al que recibió primitivamente, y que no ha podido sobrepujar durante cuarenta siglos, cualquiera que haya sido el estado de las ciencias, de las letras y de las artes, tendria el poder de crear y mudar su naturaleza y las leyes establecidas por Dios.

En segundo lugar, el Cristianismo ha perfeccionado el orden social<sup>1</sup>, tanto por sus dogmas como por sus preceptos. Revelando la verdadera noción de la sabiduría, ha suavizado á un mismo tiempo el poder y ennoblecido la obediencia. En otro tiempo el pueblo estaba continuamente colocado entre la rebelión y la opresión; la misma doctrina que le ha subordinado, le ha protegido, y ha puesto un freno á la inquietud de los vasallos, y una regla á la voluntad de los Príncipes. Con él se vió nacer la libertad, y afirmarse los tronos, porque el reino de Dios ha sucedido á la dominación del hombre.

Rousseau, Montesquieu y todos los escritores que tratan de derecho público, han notado esta gran mutación.

« Nuestros Gobiernos actuales, dice el primero, deben incontestablemente al Cristianismo la mayor solidez de su autoridad, y la menor frecuencia de las revoluciones: á ellos mismos los ha hecho menos san-

<sup>1</sup> « Todo gobierno era vicioso antes que la serie de los siglos, y particularmente el Cristianismo, hubiesen suavizado y perfeccionado el espíritu humano. No se pueden leer sin horrorizarse las crueldades que las ciudades de la Grecia ejercian unas con otras en las guerras continuas que tenian entre sí: la esclavitud á que reducian las vencedoras á los ciudadanos de las que eran vencidas, y habian tomado por la fuerza: la devastación que hacian en sus campos, por vecinas que estuviesen las unas de las otras: las crueldades de sus sediciones intestinas; las disputas continuas y sangrientas en pro ó en contra de algun tirano pasajero, ó con motivo de la oligarquía, y aun de la pura democracia: todo esto es un cuadro para los que tienen presentes estas historias.... Hoy tenemos Reyes mas ó menos absolutos, repúblicas de toda clase; ¿se oye hablar de cosas semejantes? » *Terrasson, La Philosophie applicable, etc. I part. ch. 2, sect. 1, p. 59.*

» guinarios : esto se prueba por los hechos, comparán-  
» dolos con los gobiernos antiguos<sup>1</sup>. »

» En el gobierno, decia el segundo, debemos al Cris-  
» tianismo un cierto derecho político, y en la guerra un  
» cierto derecho de gentes, que la humanidad nunca po-  
» drá agradecer bastantemente<sup>2</sup>. »

Le debemos tambien, por confesion universal, cos-  
tumbres mas puras y mas suaves<sup>3</sup>, y virtudes, á las cua-  
les nada ofrece la antigüedad que pueda compararse :  
Representémonos al Evangelio en accion en la sociedad ;  
todos sus divinos preceptos, mirados como la regla de  
los deberes incesantemente recordados en nombre de  
Dios ; practicados estos deberes por algunos con un celo  
ardiente y una exactitud rigurosa ; y por todos, á lo me-  
nos en parte, y cuando menos en ciertas épocas de la  
vida aun la mas culpable y criminal ; la humildad, la cas-  
tidad, el perdon de las injurias, el desinterés hechos ya  
tan comunes, que casi no excitan admiracion alguna ; y  
que el mero honor se ve forzado á tomar siquiera sus  
apariencias ; el amor del prójimo, manifestándose bajo  
mil diversas formas en las instituciones, en las leyes, en  
los usos y costumbres, y en las opiniones recibidas ; la  
misma incredulidad obligada á mostrarse *benéfica*, para  
no verse precisada á separarse abiertamente de la so-  
ciedad que el Cristianismo ha formado ; ¿ quién no reco-  
nocerá en tales efectos una nueva potestad bienhechora ?  
¿ Puede negarse que haya obrado una verdadera rege-  
neracion de la naturaleza humana ?

Pero si la Religion cristiana combate mas eficazmente  
que ninguna otra el principio del mal ; si ella hace á los  
hombres mejores ; luego la Religion cristiana es de Dios.  
Los deistas no podrian negar esta consecuencia. ¿ No  
confiesan ellos que las doctrinas que crean al hombre  
moral son divinas ? Luego las doctrinas que le perfeccio-  
nan lo son tambien. No solamente él no ha podido in-  
ventar el órden, pero ni le ha podido obedecer sin un

<sup>1</sup> *Émile*, lib. 4, t. III, p. 57, not.

<sup>2</sup> *Esprit des lois*, lib. 24, ch. 3.

<sup>3</sup> La Religion..... ha dulcificado mucho las costumbres cristianas.  
*Rousseau, ibid.*

auxilio sobrenatural. Un grado mayor de virtud supone  
necesariamente un grado mayor de fuerza para vencerse  
á sí mismo. Hay mas virtud entre los Cristianos ; luego  
hay mas fuerza. Esta fuerza no se halla sino en el Cris-  
tianismo ; luego no pertenece de sí á la naturaleza hu-  
mana<sup>1</sup> : luego viene inmediatamente de Dios ; luego el  
Cristianismo es divino. Y todo lo que se pueda decir so-  
bre los desórdenes y pasiones que subsisten aun en las  
sociedades cristianas, no hará sino apoyar esta misma  
conclusion.

Esto lo saben bien los *que conspiran contra el Señor y  
su Cristo* ; los que dicen : *Rompamos sus lazos, y arrojé-  
mos de sobre nosotros su yugo*<sup>2</sup>. Saben que la ley evan-  
gélica es santa, y esta es la causa porque les es gravosa ;  
los atormenta, los inquieta, no pueden soportar su per-  
feccion. Siempre en contradiccion consigo mismos ha-  
blan de razon, de virtud ; y al mismo tiempo echan de  
menos la corrupcion y las tinieblas del paganismo<sup>3</sup> : sus  
solemnidades voluptuosas les agradan : es el crimen lo  
que buscan en el error. No perdonan la mas mínima de-  
bilidad á los Cristianos<sup>4</sup> : se admiran de que creyendo  
una Religion tan pura y tan hermosa, ellos sean aun  
hombres ; y si se les dice : Practicadla vosotros y la cree-  
reis ; responden que es impracticable. Así es que si se  
les escucha, tan pronto no la practican porque no pue-  
den creer, y tan pronto no creen porque no la pueden  
practicar. De este modo podrán evadirse, y quedar á  
cubierto de los hombres ; pero no de Dios. Él no ha da-  
do en vano sus preceptos, y si el impío es libre en este  
mundo para violar sus mandamientos, hay otro lugar,  
donde quiera ó no quiera obedecerá.

Así que, la Religion cristiana, divina en su *estableci-  
miento*, divina en sus *efectos*, posee todas las señales y

<sup>1</sup> Porque entonces Cristianos y no Cristianos la tendrian.

<sup>2</sup> *Psalm.* II, 2, 3.

<sup>3</sup> Gibbon escribia así al Lord Sheffield : « La Iglesia primitiva, de  
» la que he hablado con poco aprecio, era una innovacion, y yo  
» estaba adicto al Paganismo. » *Miscellaneous Works of Ed. Gib-  
ton* : vol. 1, p. 230.

<sup>4</sup> Mírense aqui retratados al vivo los detractores de las Órdenes  
regulares y del Clero.

caractéres de verdad que imponen la obligacion de abrazarla, luego que se la llega á conocer. Los caractéres que constituyen la mayor autoridad, le pertenecieron siempre visiblemente; mas como la época en que Jesucristo vino á cumplir las promesas y la ley, es en la que se detienen particularmente los espíritus críticos y sútiles para buscar dificultades, nos detendremos tambien en ella un momento; despues de lo cual no nos quedará ya mas que sacar las últimas consecuencias de lo que hasta al presente hemos establecido.

### CAPÍTULO XIII.

Autoridad del Cristianismo al tiempo de Jesucristo.

Una de las grandes miserias del hombre, y una consecuencia de aquella funesta inquietud de espíritu que le afflige y atormenta desde su caída, es el extender siempre su curiosidad mas allá de lo que le conviene saber. ¿Está probada la verdad de la Religion cristiana? ¿Es racional, es necesario creerla? ¿Su autoridad está sólidamente establecida? Hé aquí las cuestionés que nos interesan, y que están bien pronto resueltas. Pero nuestra curiosidad se extiende mas: es necesario que se nos diga tambien sobre qué fundamento creyeron esta misma Religion los hombres que vivian diez y ocho siglos ha; qué pruebas tenían de su verdad; de qué modo se manifestó su autoridad á ellos. Sin saber esto, ¿cuántos no se obstinarán á permanecer en una culpable indecision! Semejantes á un insensato que no quisiese confesar la existencia del sol al mediodía, hasta que se le explicasen los medios que tenían para reconocerle, los que le habian visto salir en la mañana.

Si el Cristianismo es verdadero hoy, lo fué siempre: en esta suposicion, ¿qué nos importa saber los motivos que indujeron á los primeros Cristianos á abrazarlo? ¿Qué nos importa saber como su razon se convenció de

su autoridad divina? ¿No habrian podido ellos preguntar tambien como los que vivirán diez y ocho siglos despues de nosotros se convencerán de esta misma divina autoridad? Hay en el fondo de todos estos pensamientos un secreto temor de la luz, que nos hace temblar, porque nace de un principio de corrupcion de que ninguno está exento.

Sin embargo, no se imaginen los que buscan pretextos para justificar su incredulidad, y á quienes todo pretexto es bueno con tal que los libre de la dura obligacion de salvarse, que es difícil mostrar que el Cristianismo reposó siempre sobre la mayor autoridad visible. Para hacer palpable esta verdad, no es necesario mas que traer á la memoria lo que se ha establecido anteriormente.

En primer lugar, hemos hecho ver que la idolatría no tuvo jamás autoridad alguna real. La regla de la fe y de las costumbres, antes de Jesucristo, era la tradicion universal y perpetua, que en medio de los errores de la filosofia y de las supersticiones del paganismo, conservaba los dogmas y los preceptos de la revelacion primitiva; y en todas partes esta revelacion habia enseñado á los pueblos á esperar un Maestro, un Libertador, un Hombre Dios, que debía nacer en la época en que nació Jesucristo.

La venida pues de este Libertador, de este Hombre-Dios, cuya doctrina é instrucciones confirmaban y desarrollaban los dogmas y los preceptos de la revelacion primitiva, probaba sin duda la verdad de las creencias del género humano. Luego el Cristianismo en su origen, lejos de ser opuesto á la tradicion universal y perpetua, no era sino esta misma tradicion cumplida en lo que contenia de profético: luego al tiempo de la venida de Jesucristo el Cristianismo se apoyaba sobre la autoridad del género humano<sup>1</sup>.

En efecto, ¿qué decia la tradicion? Proclamaba la doctrina que hemos mostrado haber sido siempre uni-

<sup>1</sup> Cuando se dice *se apoya sobre el género humano*, no quiere decir que su autoridad la tenia de los hombres; es de Dios: sino que las tradiciones todas del género humano venian á comprobar, y daban testimonio á su divinidad.



caractéres de verdad que imponen la obligacion de abrazarla, luego que se la llega á conocer. Los caractéres que constituyen la mayor autoridad, le pertenecieron siempre visiblemente; mas como la época en que Jesucristo vino á cumplir las promesas y la ley, es en la que se detienen particularmente los espíritus críticos y sútiles para buscar dificultades, nos detendremos tambien en ella un momento; despues de lo cual no nos quedará ya mas que sacar las últimas consecuencias de lo que hasta al presente hemos establecido.

### CAPÍTULO XIII.

Autoridad del Cristianismo al tiempo de Jesucristo.

Una de las grandes miserias del hombre, y una consecuencia de aquella funesta inquietud de espíritu que le afflige y atormenta desde su caída, es el extender siempre su curiosidad mas allá de lo que le conviene saber. ¿Está probada la verdad de la Religion cristiana? ¿Es racional, es necesario creerla? ¿Su autoridad está sólidamente establecida? Hé aquí las cuestionés que nos interesan, y que están bien pronto resueltas. Pero nuestra curiosidad se extiende mas: es necesario que se nos diga tambien sobre qué fundamento creyeron esta misma Religion los hombres que vivian diez y ocho siglos ha; qué pruebas tenían de su verdad; de qué modo se manifestó su autoridad á ellos. Sin saber esto, ¿cuántos no se obstinarán á permanecer en una culpable indecision! Semejantes á un insensato que no quisiese confesar la existencia del sol al mediodía, hasta que se le explicasen los medios que tenían para reconocerle, los que le habian visto salir en la mañana.

Si el Cristianismo es verdadero hoy, lo fué siempre: en esta suposicion, ¿qué nos importa saber los motivos que indujeron á los primeros Cristianos á abrazarlo? ¿Qué nos importa saber como su razon se convenció de

su autoridad divina? ¿No habrian podido ellos preguntar tambien como los que vivirán diez y ocho siglos despues de nosotros se convencerán de esta misma divina autoridad? Hay en el fondo de todos estos pensamientos un secreto temor de la luz, que nos hace temblar, porque nace de un principio de corrupcion de que ninguno está exento.

Sin embargo, no se imaginen los que buscan pretextos para justificar su incredulidad, y á quienes todo pretexto es bueno con tal que los libre de la dura obligacion de salvarse, que es difícil mostrar que el Cristianismo reposó siempre sobre la mayor autoridad visible. Para hacer palpable esta verdad, no es necesario mas que traer á la memoria lo que se ha establecido anteriormente.

En primer lugar, hemos hecho ver que la idolatría no tuvo jamás autoridad alguna real. La regla de la fe y de las costumbres, antes de Jesucristo, era la tradicion universal y perpetua, que en medio de los errores de la filosofia y de las supersticiones del paganismo, conservaba los dogmas y los preceptos de la revelacion primitiva; y en todas partes esta revelacion habia enseñado á los pueblos á esperar un Maestro, un Libertador, un Hombre Dios, que debía nacer en la época en que nació Jesucristo.

La venida pues de este Libertador, de este Hombre-Dios, cuya doctrina é instrucciones confirmaban y desarrollaban los dogmas y los preceptos de la revelacion primitiva, probaba sin duda la verdad de las creencias del género humano. Luego el Cristianismo en su origen, léjos de ser opuesto á la tradicion universal y perpetua, no era sino esta misma tradicion cumplida en lo que contenia de profético: luego al tiempo de la venida de Jesucristo el Cristianismo se apoyaba sobre la autoridad del género humano<sup>1</sup>.

En efecto, ¿qué decia la tradicion? Proclamaba la doctrina que hemos mostrado haber sido siempre uni-

<sup>1</sup> Cuando se dice *se apoya sobre el género humano*, no quiere decir que su autoridad la tenia de los hombres; es de Dios: sino que las tradiciones todas del género humano venian á comprobar, y daban testimonio á su divinidad.

versalmente conocida. Decía, que hácia el tiempo en que Jesucristo pareció, vendria un Enviado de Dios para salvar é instruir á los hombres, y que seria necesario creerle.

¿Y qué decia el Cristianismo? Proclamaba la misma doctrina que la tradicion. Decia que el Enviado de Dios habia venido al tiempo señalado para salvar é instruir á los hombres, y que era necesario creerle.

Luego tenemos la misma Religion (primitiva) : luego la misma autoridad.

Entre los Judíos existia además una autoridad peculiar á este pueblo, á saber, la autoridad de la Sinagoga, depositaria é intérprete infalible de la Ley y de las Profecias. Su doctrina era la misma que la de la tradicion universal, y todo el pueblo judío esperaba al Mesias en la época en que nació Jesucristo.

¿Qué decia la Sinagoga? Proclamaba perpetuamente los dogmas y los preceptos de la revelacion primitiva, confirmada por la revelacion Mosáica. Decia que vendria, al tiempo en que Jesucristo pareció, un Enviado de Dios para salvar é instruir á los hombres, y que seria necesario creerle.

¿Qué decia el Cristianismo? Proclamaba la misma doctrina que la Sinagoga. Decia que el Enviado de Dios habia venido al tiempo señalado, para salvar é instruir á los hombres, y que era necesario creerle.

Luego era la misma Religion, la misma autoridad.

De esta manera, supuesto que Jesucristo fué el Redentor prometido desde el principio, y anunciado de siglo en siglo cada vez con mas claridad, el Cristianismo no era mas que la Religion *una, universal y perpetua*, mas desarrollada y por consiguiente mas evidentemente divina : pues este desarrollo futuro era tambien un dogma de esta Religion.

El Cristianismo, pues, no tenia que probar mas que un solo hecho, á saber, la mision de Jesucristo. Este hecho lo hemos probado. =

Por el cumplimiento en la persona de Jesucristo de las Profecias que decian órden al Mesias prometido.

Por el cumplimiento de las profecias del mismo Jesucristo, y de las que miraban á la sociedad que él debia establecer

Por la propagacion del Evangelio, y por sus efectos. Por el testimonio universal y perpetuo de la inmensa sociedad cristiana.

En fin, porque si Jesucristo no era el Enviado de Dios, á quien todos los pueblos esperaban, no habria ya ninguna razon de esperarle ; el género humano habria sido el juguete del error durante cuatro mil años ; la Religion primitiva habria estado fundada en una ilusion ; y el fundamento de toda Religion y de toda certeza quedaria destruido.

Mas estas pruebas, por su misma naturaleza, debian ser el producto del tiempo. Siendo el resultado necesario de la mision de Jesucristo, no podian servir para hacerle reconocer al principio de su predicacion.

La santidad de su vida, la sublimidad de su doctrina, conforme en todo á la primitiva revelacion y á la revelacion mosáica ; el homenaje y testimonio que le daba públicamente el Precursor, tan distinguido él mismo por sus heroicas virtudes, formaban una presuncion en su favor demasiado fuerte para exigir á lo menos el exámen mas atento. Sin embargo, estos motivos de creer en él, no bastaban aun para quitar toda incertidumbre. ¿Qué se necesitaba, pues, para que la verdad de su mision fuese cierta? El testimonio de una autoridad infalible.

Esta autoridad no podia ser la Sinagoga, porque estaba predicho que desecharia al Cristo, y á causa de esto seria ella misma desechada y reprobada.

No podia ser tampoco la autoridad del género humano, pues que era imposible que el género humano conociese lo que pasaba entonces en Judea.

¿Pues cuál? Sobre estas dos autoridades, ¿no estaba siempre la de Dios que era el principio de ellas? ¿No podia él dar directamente testimonio á su Enviado? Se pregunta pues, ¿cuál era en el tiempo de Jesucristo la mayor autoridad *visible*? ¿Es necesario decirlo? Era sin duda alguna la de Jesucristo mismo, pues que él era *visiblemente* el depositario del poder divino<sup>1</sup>.

Y como todo lo que viene de Dios es *uno*, observad

<sup>1</sup> Capitulo 10, en el original el 34.

que la autoridad divina de Jesucristo, lejos de estar en oposicion con la autoridad de la tradicion universal y la autoridad que la Sinagoga debia poseer hasta él, servia al contrario para comprobar y justificar un hecho que probaba la verdad de la doctrina de la Sinagoga y de la tradicion.

Los Profetas habian anunciado que el Cristo haria obras milagrosas, y esta era la señal por la que desde luego se le debia reconocer. Sin embargo, sus milagros no podian ser vistos de todos los hombres; era necesario pues que fuesen atestiguados á todos los hombres por una autoridad á la cual todos los hombres estuviesen obligados á creer; y hé ahí porque Jesucristo envió á sus Discípulos á que diesen testimonio de él en *Jerusalem y en toda la Judea y en Samaria, y hasta los últimos términos de la tierra*<sup>1</sup>. Dotados ellos mismos del don de milagros, convirtieron en poco tiempo al Cristianismo una multitud innumerable de Judíos y Gentiles en todos los países entonces conocidos; y así se formó esta gran sociedad que se llama la Iglesia, cuyo testimonio universal y perpetuo no es otra cosa, no es mas que la continuacion del testimonio de los discípulos de Jesucristo, y cuya autoridad es la autoridad de Jesucristo mismo.

Pero fuese cual fuese la rapidez de los progresos del Evangelio, en el mundo nada se hace instantáneamente: todo está preparado de lejos, y todo se desarrolla segun leyes que no permiten fijar rigurosamente la época precisa en que acaba el tránsito de un estado á otro. La autoridad de la Iglesia cristiana se ha establecido; es tambien innegable: pero ni la una se ha establecido, ni la otra ha cesado de tal modo que se pueda señalar exactamente el momento en que fué para todos un deber absoluto romper con la Sinagoga, y entrar en la Iglesia cristiana. Esto es lo que explica admirablemente Bossuet, quien por las *Actas Apóstólicas* muestra que los Apóstoles no se separaron; inmediatamente despues de la muerte de su divino Maestro, de la comunión del pueblo judío y

<sup>1</sup> Eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa, et Samaria, et usque ad ultimum terræ. *Act. 1. 8.*

de su culto público. « Aquel era, dice, como un tiempo » de expectacion, en que muchas gentes buenas que po- » dian no haber visto los milagros de Jesucristo, estaban » como suspensos. *Sin embargo venian de todas las ciu- » dades á Jerusalem para traer los enfermos á los Após- » toles; y los exponian en las plazas á que los tocase si- » quiera la sombra de Pedro*<sup>1</sup>; y la Sinagoga, aunque ya » tan próxima á su ruina, no se habia aun absolutamente » decidido<sup>2</sup>. Durante aquel tiempo, los Gentiles venian » en tropas á la Iglesia, la cual cada dia se iba aumen- » tando mas y mas<sup>3</sup>. »

De este modo se llega, sin que se hubiese consumado enteramente el rompimiento, hasta la ruina de Jerusa- len por Tito; « Época en que se sabe que la Ciudad Santa » fué abrasada con su Templo, con todas las señales de » la última exterminacion que habia predicho Daniel. » Entonces fué cuando el pueblo judío cesó absoluta- » mente de ser pueblo, conforme á lo que habia dicho » el mismo Profeta: *Y no será ya pueblo de Dios*<sup>4</sup>.

« En este intervalo la Iglesia cristiana comenzaba por » la predicacion de la verdad que Jesucristo y sus Após- » toles establecieron por tantos milagros, y particular- » mente por el de la resurreccion de Jesus, el cual era » el que le hacia reconocer por el verdadero Cristo. Sin » embargo la Sinagoga no estaba entonces absolutamen- » te repudiada, ni habia perdido enteramente el título » de Iglesia, puesto que los Apóstoles comunicaban aun » con ella en su Templo y en su culto. Era como un » tiempo de expectativa mientras que se hacia la publi- » cacion del Evangelio. Habia entonces allí muchos que » acaso no habian visto por sí mismos los milagros de » Jesucristo y de sus Apóstoles, y no sabiendo aun qué » pensar, viendo tambien que en el mundo sucedia al- » guna cosa extraordinaria, permanecian como suspen- » sos, esperando que el tiempo aclarase las cosas, di- » ciendo como Gamaliel: *Si este consejo no es de Dios,*

<sup>1</sup> *Act. v, 15, 16.*

<sup>2</sup> *Meditat. sur l'Évang. LIV jour, tom. II, p. 13, Edit. de Paris, 1731.*

<sup>3</sup> *Ibid. p. 17. — 4 Ibid. p. 18.*

» él se disipará por sí mismo; pero si es de Dios, no le  
 » podreis desvanecer. Los que permanecian en esta situa-  
 » cion, parece que estaban en estado de recibir la verdad  
 » cuando les fuese enteramente certificada, y podian sal-  
 » varse como sus predecesores, en la fe de Cristo ven-  
 » turo; porque aunque hubiese ya venido, la promulga-  
 » cion de su venida no habia sido hecha hasta el punto  
 » que Dios habia señalado, despues del cual no queria  
 » ya tolerar á los que no diosen entera fe al Evangelio.»

» En el interin la Iglesia Judáica permanecia aun como  
 » estado. El Hijo de Dios la daba siempre la misma au-  
 » toridad que ella tenia, para sostener é instruir á los  
 » hijos de Dios; no mudándole la creencia sino en el  
 » punto que Dios habia revelado por tantos milagros;  
 » porque el crédito que daba por estos milagros á la  
 » Iglesia cristiana, no derogaba sino en este punto á la  
 » fe de la Iglesia judáica. La Iglesia cristiana nacia y se  
 » formaba en el seno de la Iglesia judáica, y no estaba  
 » aun enteramente producida, digámoslo así, ni separa-  
 » da de este seno maternal. Eran como dos partes de  
 » una misma Iglesia, de las cuales la una mas ilustrada  
 » esparcia poco á poco la luz sobre la otra. Los que  
 » abierta y obstinadamente resistian á la luz, perecerian  
 » en su infidelidad; los que estaban como suspensos es-  
 » perando mayor luz, pero dispuestos á recibirla inme-  
 » diatamente que les alumbrase, se salvaban á favor de la  
 » fe en Cristo futuro, del modo que hemos visto. La Si-  
 » nagoga les servia todavía de madre, y tenia aun la  
 » cátedra de Moisés hasta cierto punto. Si se preguntase  
 » ¿qué Dios se debia de creer? los doctores de la ley res-  
 » pondian: El de Abraham, que ha hecho el cielo y la  
 » tierra. — ¿Qué se debe hacer para darle culto, y qué  
 » ordena sobre ello Moisés? — Esto, y aquello. — ¿Es ne-  
 » cesario esperar un Cristo, un Mesías? — Sin duda. —  
 » ¿En dónde debe nacer? — Todos á una voz, en *Beth-*  
 » *leem*<sup>1</sup>. — ¿De quién debe ser hijo? — Indudablemente,  
 » de David. — ¿Pero ese Cristo es Jesus? — Dios lo de-  
 » claraba abiertamente, y no habia necesidad en esta  
 » parte de la autoridad de la Sinagoga; porque se le-

<sup>1</sup> *Matth.* II, 5.

» vantaba una autoridad superior á la suya, que no se  
 » podia desconocer absolutamente. No obstante, los que  
 » esperaban lo que el tiempo debia hacer para declararla  
 » mas, y que á ejemplo de Gamaliel se guardaban en el  
 » interin de participar en las conspiraciones de los Ju-  
 » díos contra Jesucristo y sus Apóstoles, cumplan lo  
 » que decia el Salvador: *Haced lo que os dicen*: seguid  
 » lo que ha pasado como un dogma constante; pero no  
 » hagais lo que ellos hacen. No sacrificueis al Justo á la  
 » pasion y al interés de vuestros doctores corrompidos.  
 » La autoridad recién nacida de la Iglesia cristiana basta  
 » para impedirlo. La Sinagoga misma no se ha deci-  
 » dido aun en cuerpo, pues que todos los dias escucha á  
 » los Apóstoles de Jesucristo, y está como en expectati-  
 » va; permitiéndolo así Dios para que la Sinagoga no  
 » perdiese de una vez el título de Iglesia, y para dar  
 » tiempo á la Iglesia cristiana de fortalecerse poco á poco.  
 » La Sinagoga se ciega á medida que la luz se aumenta;  
 » los hijos de Dios se separan. La luz ha llegado á su  
 » plenitud por la destruccion del lugar santo, por el es-  
 » terminio del antiguo pueblo, y la entrada de los Gen-  
 » tiles en tropas con un manifiesto cumplimiento de los  
 » antiguos oráculos: la Sinagoga ha perdido toda su au-  
 » toridad, y no es mas que un pueblo manifiestamente  
 » reprobado. Esto es lo que, segun los consejos de Dios,  
 » debia suceder en este tiempo medio, que debia pasar  
 » entre el nacimiento de Jesucristo, y la reprobacion de-  
 » clarada del pueblo Judáico<sup>1</sup>.»

Se ve pues que la obligacion general y absoluta de  
 entrar en la Iglesia cristiana no principió, segun Bos-  
 suet, sino en la época en que estaba ya bastantemente  
 fortalecida, bastantemente extendida para que todo el  
 mundo debiese ceder á su autoridad plenamente esta-  
 blecida; y lo que dice de los Judíos se aplica igualmente  
 á aquellos gentiles, que habiéndose preservado de la  
 idolatría, no daban culto sino al solo verdadero Dios.

Sentados estos principios, es facilísima la solucion á  
 una dificultad que propone Rousseau, y despues de él se  
 ha reproducido millares de veces. Despues de haber su-

<sup>1</sup> *Méditat sur l'Evang.* LV jour, tom. II, p. 19 y sig.

puesto que hay millones de hombres que jamás oyeron hablar del Mesías, ni de Jesucristo, añade: «Aun cuando fuese cierto que el Evangelio hubiese sido anunciado en toda la tierra, ¿qué se adelantaría con eso? La víspera del día en que el primer misionero ha llegado á un país, seguramente murió alguno que no le pudo oír. Y bien, decidme, ¿qué haremos de este uno cualquiera. Un hombre solo que hubiese en el universo á quien no se hubiere predicado á Jesucristo, el argumento sería tan fuerte por este solo hombre, como por la cuarta parte del género humano<sup>1</sup>.»

Sofisma miserable! nadie está obligado á creer lo que no le es dado, ó no puede conocer, y ninguno puede conocer, á no ser por una revelación especial, á Jesucristo y su doctrina, si no se lo anuncian<sup>2</sup>. Antes pues de la llegada del primer misionero á un país, los habitantes de aquel país están precisamente en el estado en que se hallaban los pueblos antes de la venida de Jesucristo: no tienen otros deberes que los que fueron siempre promulgados por la tradición general, y pueden salvarse, como todos los hombres podían salvarse antes de la Redención, por una obediencia fiel á la ley primitivamente revelada y universalmente conocida<sup>3</sup>. El gran argumento de Rousseau es visto que ni aun argumento es. Véamos lo que sigue.

«Cuando los ministros del Evangelio se han hecho oír de los pueblos remotos, ¿qué les han dicho que se pudiese racionalmente admitir sobre su palabra, y que no pidiese la mas exacta verificación? Me anunciáis un Dios nacido y muerto dos mil años há en la otra extremidad del mundo, en no sé qué pequeña ciudad, y me decís que todos los que no hayan creído este misterio, serán condenados. Son cosas bien extrañas esas para

<sup>1</sup> *Émile*, lib. 4, tom. III, p. 33, Edit. de 1793.

<sup>2</sup> *Quomodo credent ei quem non audierunt? quomodo autem audient sine prædicante.....? Ergo fides ex auditu: auditus autem per Verbum Christi. Ad Rom. x, 14, 17.*

<sup>3</sup> *Cap. 6.* \* Cumplan ellos con los preceptos que conocen, y si es necesario, Dios les enviaria un Angel, ó un misionero, como lo hizo con Cornelio el Centurion, dice Santo Tomás. En la vida del P. Ancheta se lee un suceso casi semejante. Véase el *Catecismo de Feller*.

» creerlas tan de pronto por solo el dicho de un hombre que no conozco. ¿Porqué vuestro Dios ha hecho que se verifiquen á tanta distancia de mí esos sucesos de que queria obligarme á que yo estuviese instruido? ¿Es un pecado ignorar lo que pasa allá en los Antipodas? ¿Podia yo adivinar que en el otro hemisferio haya habido un pueblo hebreo y una ciudad de Jerusalem? Otro tanto sería quererme obligar á saber lo que pasa en la luna. Decís que ya venís á enseñármelo: ¿y por qué no viniste á enseñármelo á mi Padre? ó ¿porqué condenais á aquel buen anciano por no haberlo sabido? ¿Debe él ser castigado eternamente de vuestro descuido, siendo como era bueno, benéfico, compasivo, y que no anhelaba sino por la verdad? Procedamos de buena fe; poneos en mi lugar, y ved si por sola vuestra palabra debo creer todas las cosas increíbles que me decís, y conciliar tantas injusticias con el Dios que me anunciáis<sup>1</sup>.»

Todo este discurso estriba en suposiciones falsas. Rousseau, á fin de aparentar que impugna el Cristianismo con superioridad, principia filosóficamente por calumniarle.

¿Quién ha dicho á este sofista que un hombre será condenado por no haber creído misterios que no podia conocer? ¿Sobre qué fundamento imputa á los Cristianos una doctrina tan absurda y tan horrible? ¿Ha enseñado jamás la Iglesia que un hombre bueno, benéfico, que no aspira ni busca sino la verdad, debió ser eternamente castigado por haber ignorado una verdad de que le era imposible tener conocimiento? No, este hombre no será condenado, si él es realmente lo que decís: se salvará, no lo dudamos, y se salvará en el Cristianismo; porque cualquiera que no ha oído la predicacion evangélica, y cree todos los dogmas que proclama la tradición universal, todo lo que creían los antiguos justos, este cree implícitamente todo lo que nosotros creemos: no es la fe la que le falta, sino una enseñanza mas desarrollada, mas circunstanciada de ella; está, como lo hemos dicho en otra parte, en la posicion que el niño que muere an-

<sup>1</sup> *Émile*, *ibid.*

tes de que se haya acabado de instruirle; él es cristiano<sup>1</sup>. »

Pero en fin, preguntais; ¿estará obligado á creer *por sola su palabra* á un misionero que viene á anunciarle hechos extraordinarios, *que pasaron hace dos mil años á la otra extremidad del mundo*, y de que no habia oido aun hablar en manera alguna? — Las virtudes de este misionero, el celo que le lleva por entre tantos peligros á un país lejano, únicamente para predicar allí una doctrina santa en sí misma, y conforme á la de la tradicion; todo esto debe mover á los hombres de buena voluntad á escucharle; pero todo esto no crea la obligacion absoluta de creer lo que dice *por sola su palabra*. Dejo aparte la impresion interior de la gracia, que producirá sin duda su efecto en algunos: miro la cuestion bajo un punto de vista puramente filosófico. Ó el misionero estará dotado del poder de hacer milagros, y entonces ya no es *solo su testimonio* al que creará, sino al testimonio

<sup>1</sup> Los teólogos distinguen tres especies de Bautismos, el *bautismo de agua*, el *bautismo de deseo*, y el *bautismo de sangre*, ó el martirio. Los que insisten mas sobre la necesidad del bautismo de agua, enseñan al mismo tiempo que Dios haria un milagro antes que dejar morir sin bautismo á un hombre que tuviese las disposiciones que se suponen aquí. Nos inclinamos á creer que estas disposiciones incluyen un deseo implícito del bautismo, lo que basta en el caso presente: *Quod pro tanto dicitur sacramentum baptismi esse de necessitate salutis, quia non potest esse homini salus, nisi saltem in voluntate habeatur, quæ apud Deum reputatur pro facto* (S. Thom. 3, part. q. 68, art. 2). La voluntad de hacer todo lo que Dios quiere que se haga para ser salvo, encierra evidentemente la voluntad ó deseo de recibir el bautismo, si se conociese su necesidad. El B. Ligorio dice positivamente, « que es de fe que el » *bautismo de deseo* basta para salvarse, » y hé aquí la definicion que da de él: El Bautismo de deseo es una perfecta conversion á Dios por la contricion ó amor de Dios sobre todas las cosas, con el voto explícito ó implícito del bautismo efectivo de agua, lo cual suple en cuanto á la remision de la culpa. *De fide est per baptismum fluminis homines etiam salvari.... Baptismus fluminis est perfecta conversio ad Deum per contritionem vel amorem Dei super omnia, cum voto explicito vel implicito veri baptismi fluminis, cujus vicem supplet quo ad culpæ remissionem.* Ligor. lib. 7, tract. de 2. Sacrament. n. 96.

inmediato del mismo Dios; ó no goza de este poder, y en este caso puede haber allí « una especie de tiempo » de expectativa mientras se hace la publicacion del » Evangelio. Los que permanecen en esta expectativa pa- » recen hallarse en estado de recibir la verdad cuando » les sea enteramente *certificada*, y pueden salvarse, co- » mo sus antepasados, en la fe primitiva<sup>1</sup>. » En una palabra, es necesario que conozcan con certeza la existencia de la Iglesia, de la cual el misionero se dice enviado, para estar en la obligacion rigurosa de dar fe á sus instrucciones: porque puede ser uno engañado de un hombre, y á sola la autoridad de la Iglesia está aneja la obligacion de obedecer. A la verdad, discurrimos aquí bajo una suposicion poco verosímil, á saber, la de un *solo* testimonio que atestigüe la existencia de la Iglesia, de esta inmensa sociedad extendida desde los primeros siglos en todo el universo. En un caso tan singular, si es que se verifica, Dios obra por sí en los corazones, y su bondad es mas fecunda en medios de salvar al hombre é ilustrarle, que el hombre en pretextos para justificar su ingratitude y rebelion.

Consideremos al presente el punto de donde hemos partido, y hasta donde hemos llegado, á fin de que, guiados siempre por el enlace de consecuencias, vengamos al término que nos habíamos propuesto.

Del principio de que la *autoridad es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion de las religiones falsas*, hemos concluido primeramente la necesidad de la revelacion; en segundo lugar, que el Cristianismo es la Religion revelada, ó la verdadera Religion.

En efecto, la reunion de estos caractéres, *la unidad, la universalidad, la perpetuidad, la santidad* forma el mas alto grado de autoridad posible. Ninguna Religion tuvo jamás ninguno de estos caractéres, sino la Religion cristiana, la cual es manifiestamente *una, universal, perpetua, santa*; luego ninguna Religion sino la Religion cristiana poseyó jamás autoridad; luego la Religion cristiana es la única verdadera.

<sup>1</sup> Palabras de Bossuet arriba citadas.

Pero hay diferentes sectas, diversas comuniones en el seno de la Religión cristiana: ¿cuál es la verdadera? ¿Cómo la reconoceremos? Siempre por el mismo medio, examinando cual es á la que pertenece la mayor autoridad visible.

Fundados sobre este principio, que es la base de la razón humana, mostraremos en el tomo siguiente, que ninguna secta separada de la Iglesia católica puede atribuirse alguno de estos caracteres, cuya reunión forma el mas alto grado de autoridad visible; y que se hallan únicamente en la Iglesia católica, la cual los posee todos; y por consiguiente, que la Iglesia católica es la única sociedad depositaria de los dogmas y preceptos revelados, la única que profesa la verdadera Religión.

¿Será posible que haya criaturas racionales que no se dignen ocuparse en estas importantes cuestiones? ¿Qué encanto es el que las fascina é impide levantar los ojos y echar una mirada sobre ese porvenir inevitable, hacia el cual caminan y se avanzan inciertas de sus destinos y tranquilas en el seno de esta espantosa ignorancia? Este ciego olvido de sí mismas sería inexplicable sin la fe que nos revela el misterio del hombre. El igualmente incomprendible en su grandeza y en su abatimiento, toca todos los extremos. No posee en propiedad la mas pequeña porción de tiempo, y la eternidad le pertenece. Su pensamiento se pierde en un átomo, y traspasa todo el universo. El objeto mas vil detiene su amor, que solo puede saciar el sér infinito. No hay para él desorden bastante profundo, ni órden bastante perfecto. El crimen le atrae, y la virtud es el inmortal embeleso de su corazón. Sus deseos miran el fondo del abismo, y se lanzan en los cielos. Á veces se le creeria un tráfuga de la nada, y otras un Dios errante por el mundo.

Preguntad á la Filosofía, instadla á que os dé razón de estos contrastes: enmudece. Sola la Religión nos muestra su causa y su principio. Ella nos enseña lo que somos, lo que fuimos originariamente, y lo que podemos venir á ser obedeciendo sus leyes. Creer, esperar, amar, hé aquí lo que nos manda; y la caridad, la esperanza, la fe nos vuelven á poner en posesion de todo lo que habíamos perdido, de la inmutable verdad, y del

sumo Bien. Venid pues, y *gustad cuán suave es el Señor*<sup>1</sup>. Desengañaos del mundo, de sus promesas engañosas, de sus funestas ilusiones: lo que os seduce va á desaparecer. ¡Ay de aquel que limita su corta esperanza á esta vida tan triste! ¡Qué le pide lo que ella no le puede dar! *No tenemos aquí ciudad permanente, buscamos la que está por venir*<sup>2</sup>. Á la manera que en medio de una tempestad se percibe la sombra de una pequeña nube, que pasa rápidamente por sobre las olas agitadas, así pasa el hombre sobre la tierra; el lugar de su descanso no está aquí.

O. S. C. S. R. E.

NOTA.

El Autor en el original sigue desde el tomo 1º hasta el 4º inclusive la numeracion progresiva de los capitulos, como si todos cuatro volúmenes formasen un solo tomo: los editores los separaron formando de los cuatro que parecia deber ir correlativos, el 1º, 2º, 10 y 11 de la biblioteca, mas nosotros hemos preferido el órden natural correlativo, formando de los 4 volúmenes de La Memais el 1º y 2º tomo de los diez á que nos hemos propuesto reducir los 25 de la biblioteca de Religión edicion de Madrid; siguiendo la numeracion progresiva de los capitulos en cada uno de los dos referidos volúmenes, y arreglando las citas de las notas puestas al pie de las páginas á la de los capitulos á que por este órden corresponden.

1 Videte et gustate quoniam suavis est Dominus. Ps. xxxiii, 9.

2 Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Ad Hebr. xiii, 14.



DISCURSO

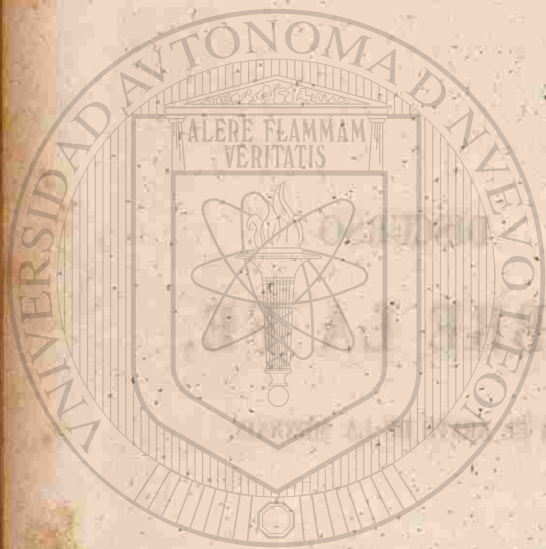
**SOBRE LA FE,**

POR EL ABATE DE LA MENNAIS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## ADVERTENCIA.

Siguiendo el orden que nos hemos propuesto, presentamos en este 2º tomo la esplanacion del *Discurso sobre la Fe* que debimos insertar al fin del tomo 1º, al que naturalmente sigue este. En él el Ab. La Mennais dando una mirada de reflexion al estado actual de las doctrinas; observando en esa fria indiferencia de Religion la fiebre endémica que va gangrenando el cuerpo social; horrorizado de los estragos que son consiguientes á una Filosofia materialista, viendo avanzar á pasos agigantados el monstruo del Ateismo, última de las herejias, se arroja impávido á defender la Sociedad amenazada de sus fatales doctrinas. Santamente indignado de oír decir al impio no solo en su corazon: *no hay Dios*, sino gloriándose en su mal obrar, proferir osadamente con los labios: *nescio Dominum*; y aun vuelto desdeñosamente al cielo preguntar: ¿quién es el Señor para que yo oiga su voz? mis labios son míos: *quis noster Dominus est?* y embriagado de orgullo, encastillado en su débil razon, despreciar con un desden cinico las grandes pruebas de la Religion cristiana; llama en su apoyo á todos los siglos, á todos los pueblos, y acompañado de su infinita muchedumbre, le sale al encuentro para confundirle con el testimonio de todo el género humano. Para ello recorriendo todas las naciones desde el remoto China, allá en las regiones donde nace el sol, hasta el Americano occidental que le ve hundirse en el Océano; preguntando á todos los pueblos, consultando sus tradiciones, observando sus ritos, sus usos y costumbres, examinando sus

historiadores, hasta los himnos de sus poetas, en una serie de mas de dos mil testimonios hace ver que en todos tiempos, en todas partes y por todas las Naciones se ha creído siempre un Dios Criador del cielo y de la tierra, otra vida, premios y penas futuras; un no sé qué trastorno ácaecido en la naturaleza humana por el que se ve envuelta en miserias, y la dulce esperanza de un Remediador que habia de venir á levantarla; y proclamando la máxima católica: *Quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est;* que lo que por todos y en todas parte se ha creído siempre, no puede dejar de ser verdadero, confunde, sofoca su voz con la grandiosa voz de todo el género humano.

A la verdad, ¿qué es el testimonio de un hombre contra el testimonio de todos los hombres? ¿La razon de un individuo contra la razon de todos los pueblos? Si el impío se precia de razon, ¿no la teniam todos los que han existido antes que él? ¿Hasta él no la hubo, en él se habrá reducido, ó acaso con él morirá la sabiduría? Digase mas bien que en él se ha como reconcentrado el desvanecimiento del orgullo, una verdadera locura; porque si loco es el que en el trato humano no ve, ni piensa, ni entiende las cosas como todos los demás, él impío que en estas creencias generales se aparta del sentir de todos los hombres, no puede menos de ser mirado como un demente, como un frenético.

Reflexionando despues sobre este uniforme sentimiento de todo el género humano en pueblos tan distantes entre sí, tan apartados unos de otros, de caracter tan diverso, en tan distintos climas, entrando en la noche de los tiempos hace ver que esta uniformidad no ha podido venir sino de una tradicion primitiva; la cual, descendiendo de padres á hijos, desde el primer hombre se propagase en todos sus descendientes, aunque á proporcion que se iba ale-

jando de su primer origen, las pasiones de los hombres la ofuscaron con mil extravagancias y absurdos; ó por un órden inverso, subiendo de generacion en generacion, llegase hasta el primer Padre, quien recibiese esta enseñanza del mismo Dios; pues varias de estas creencias no podian naturalmente conocerse; y hé ahí por consiguiente una Religion revelada. Y en verdad, reconocido un primer Sér, principio y criador de todos los Séres, debiéndole estos gratitud y respetos, ¿á quién debia tocar el prescribirlos; á los subditos, sus hechuras, ó al mismo Hacedor y Señor de todas ellas?

Dios, uno, santo, eterno, exige una Religion santa, perpetua; y como creencias contrarias no pueden ser verdaderas, una sola es la Religion verdadera; que con la sucesion de los tiempos va desarrollándose sin dejar de ser una; como la luz que raya en la mañana, es el mismo sol que alumbra en todo su esplendor al medio dia.

Una, pero universal al mismo tiempo, porque llevadas á todas partes con la dispersion general las creencias primordiales (pues que los hombres al separarse no debieron perder la memoria), en todas partes se hallaron extendidas; y en efecto, si ellos hubieran querido atender á las tradiciones antiguas, cuya memoria mas ó menos confusa se observa aun entre los delirios idolátricos, jamás se habrian apartado del verdadero camino. Las pasiones los arrastraron al vicio; pero de parte de Dios la verdad estaba patente á todos: lo que bastaba para que no pudiesen quejarse que les habian faltado los debidos auxilios; y así si el hombre se perdió, se perdió por su culpa. Religion igualmente santa, como el Dios que la habia dado.

Bajo este punto de vista presenta La Mennais la Apologia de la Religion, tomando un rumbo nuevo, que no sabemos haya seguido expresamente otro

antes que él; aunque en los Padres antiguos, y en el Natal Alejandro veamos explicada en una Disertacion la idea fundamental suya de que el Cristianismo principió con el mundo, y que es la misma Religion que se prescribió à Adan, y aun las santas Escrituras nos lo insinuan cuando dicen, que Jesucristo fué muerto desde el principio del mundo, y en él y por el fueron salvos cuantos en todos tiempos se salvaron.

Uniendo à esta las pruebas regularmente señaladas por los teólogos en favor de la Religion, forma otra segunda Apología tomada de las *profecias, milagros, carácter de Jesucristo, beneficios* que ha traido al mundo, de un modo elevadísimo, deshaciendo como el polvo los sofismas de los impíos, y confundiéndolos con sus mismos principios. ¡ Con qué grandeza no patentiza la *autenticidad, la verdad y la inspiracion* de las santas Eserituras! ¡ Con qué majestad no hace comparecer à los Judios, y los convence de su ceguedad y de su perfidia! Nada diremos en este punto sino que se lea.

El cúmulo de autoridades que desarrolla en la primera parte, podria abrumar al comun de los lectores; y esto nos ha hecho creer mas oportuno abreviarla, entresacando los testimonios que parecian mas decisivos, añadiendo en Notas otros de la misma obra, para dejar mas descargadas las pruebas, y hacerla mas accesible à la inteligencia de todos; pero sin permitirnos añadir nada nuestro, siendo hasta las transiciones enteramente suyas; y si alguna vez muy rara, se ha añadido alguna otra cita para mayor claridad, hemos cuidado tomarla del *memorial Católico*, cuyos editores pueden decirse los verdaderos intérpretes de su doctrina. Sin embargo desde el capitulo de la *Eseritura* es à la letra sin compendiar nada.

De propósito hemos omitido el segundo tomo,

donde trata la cuestion filosófica sobre el *Criterio de la Certidumbre*, porque no estando al alcance de todos<sup>1</sup>, nos seria necesario entrar en varias explicaciones para hacernos percibir, lo que nos dilataria demasiado, y nuestro objeto es abreviar todo lo posible.

Prescindiendo ahora de si todos los medios con que podemos cerciorarnos infaliblemente de la verdad, vienen à reducirse en último analisis al testimonio ó autoridad general, para nuestro intento hoy basta probar con él que el testimonio ó consentimiento comun de todos los pueblos depone constantemente en favor de estas verdades primordiales que niega el Ateo, y con su majestuosa voz confundir el orgullo, ó no sé si diga fatuidad de la falaz filosofia de los incrédulos. Sin embargo, debemos decir que la *Defensa del tomo 1º del Ensayo* ha sido impresa en Roma con aprobacion del

<sup>1</sup> Leyendo el tomo primero del *Ensayo* diríase que La Mennais excluye todo otro principio de certeza ó criterio de verdad que el del testimonio ó consentimiento comun de todos ó de la mayor parte de los hombres, sin dar lugar al de la relación de los Sentidos, Razon y Sentimiento íntimo; pero examinada su *Defensa*, y lo que sobre ello han dicho sus amigos Mes. Bonald, Maistre, el *Catecismo* del Sentido comun, y los Memorialistas Católicos, que abundan en el modo de sentir de La Mennais, este no destruye aquellos tres medios de certidumbre, sino lo que intenta es subordinarlos al sentimiento íntimo, razon comun, etc.: lo que hace es asignar à aquellos tres medios de certidumbre la condicion que los hace infalibles; es decir, que en el particular los sentidos, su sentimiento íntimo, la razon no le engaña cuando están acordes con los de los demás; en una palabra, que estos tres medios personales de certeza pueden engañar al particular que no consulte mas que à sí mismo; pero que vienen à ser infalibles cuando están apoyados con el consentimiento comun: en otros términos, que un particular con sus tres medios personales de certeza puede engañarse, porque puede aplicarlos bien ó mal; pero en estando conformes à los de todos, puede estar seguro de que no le engañan: de suerte que la regla de la certeza de la razon individual, esté en la razon comun, y la de la razon comun en Dios, que no permitiria que se engañasen todos los hombres.

Maestro del Sacro Palocio; y últimamente el santo Padre Papa Leon XII ha dirigido un Breve<sup>1</sup> gratulatorio y una medalla de oro á M. Rossi, librero de Módena, que con las obras de Mons. *Turchi*, le habia ofrecido la *Traduccion de los cuatro tomos del Ensayo*, hecha por la Condesa Montanari Riccini. Pero nos hemos dilatado, y ya se deseará ver quien es este hombre que llena la Europa con la fama de su nombre.

« M. Felicitas Roberto de La Mennais nació el 19 de junio de 1782 en San Maló, ciudad marítima de la Bretaña, antigua cabeza de Obispado, y hoy capital de uno de los distritos del Departamento de Ille y Vilaine, en la diócesis de Rennes. Durante las turbulencias de la revolucion, no siendo posible asistir á universidades, se formó por si mismo su educacion, y se dedicó al estudio con ardor: á los diez años sus entretenimientos y lectura favorita eran las obras de Malebranche. Pasó la juventud entre el retiro y el trabajo; y á pesar de lo delicado de su salud, que hizo temer varias veces por su vida,

<sup>1</sup> Dilecto filio Josepho Rossi Leo papa XII. — Dilecte fili, salutem et apostolicam benedictionem. — Per dilectum filium nostrum Cardinalem Frosini reddita Nobis fuerunt tuo nomine integra Opera, non antea in lucem edita *Adeodati Turchi*, Cl. mem. Episcopi Parmensis, et quatuor prima volumina Operis, cui titulus. *Saggio su l'indiferencia in materia di Religione, traduzione della Contessa Ferdinanda Montanari Riccini*, à dilecto filio F. de La Mennais gallice conscripti, utraque per Geminianum Vincenzi ejusque socium elegantissimè impressa. Planè digni curis hujusmodi ambo illi auctores fuerunt, quorum nomen instar summae laudis est, eorumque scripta sic composita donum nobis extitit acceptissimum. Quare, ut grate voluntatis in te nostræ aliquod habeas testimonium, aureum numisma suprascripto Cardinali tibi cum nostris hisee litteris mittendum tradimus: longe autem majora munera tibi à Domino adprecantes, apostolicam benedictionem impertimur ex corde. — Datum Romæ apud Sanctum Petrum, die 17 Martii anni 1827. Pontificatus nostri anno IV. — G. Gasparini SS. D. N. ab Epist. latinis. — Mutinam (*Memor. Cath. Abril 1827*).

» abrazó en el círculo de sus estudios los diversos ramos de los conocimientos humanos, y la mayor parte de las lenguas sabias, antiguas y modernas. » El 1810 publicó una obra intitulada: *Reflexiones sobre el Estado de la Iglesia de Francia*, donde en un maravilloso cuadro presenta los progresos de la impiedad, que al punto fué detenida por la policia de Bonaparte. Bien pronto despues los proyectos cismáticos de aquel monstruo determinaron á La Mennais á ocuparse en otra de la mayor importancia en las circunstancias criticas en que se hallaba entonces la Iglesia de Francia. Napoleon habia emprendido sacar las últimas consecuencias de las pretendidas *Libertades galicanas*, ó sea *Declaracion de 1682*, con cuyo segundo artículo, decia, *podia pasarse sin Papa*. Partiendo de aquel principio, como Pio VII, á quien tenia cautivo, se negase á dar la institucion canónica ó confirmar á los Obispos que él habia nombrado, Bonaparte quiso que la Iglesia de Francia obrase por si misma, y se gobernase sin recurrir al Vicario de Jesucristo. En estas circunstancias M. de La Mennais, en union con su digno hermano el Abate Juan Roberto de La Mennais, redactó la preciosa obra titulada: *Tradicion de la Iglesia sobre la institucion canónica de los Obispos*, en la cual con una erudicion exquisita oponia á las pretensiones del perseguidor de la Religion, la constante tradicion de la Iglesia católica, probando por todos los monumentos de la Historia Eclesiástica, que ningun Obispo podia tener jurisdiccion, sino era instituido por la autoridad de la Sancta Sede. Mas no pudo publicarse hasta principios de 1814.

» Cuando Bonaparte volvió de la isla de Elba, La Mennais se retiró á la Inglaterra. De vuelta á Francia, despues de la segunda entrada del Rey, recibió las órdenes sagradas, y se ordenó de Sacerdote

» el 1817. Por entonces habia principiado ya su obra  
 » del *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Reli-*  
 » *gion*, cuyo tomo primero hizo una impresion extra-  
 » ordinaria en todos los espíritus. La filosofía anti-  
 » cristiana bramó de furor; pero en medio de su  
 » encono no pudo menos de hacer justicia; y recono-  
 » cer el genio del autor.

» Hacia la misma época, como el Ministro del In-  
 » terior M. Lainé, quisiese obligar á los profesores de  
 » teología á enseñar la doctrina de los cuatro articu-  
 » los de 1682, La Mennais se apresuró á publicar un  
 » escrito, en donde manifestó lo absurdo y funesto  
 » de esta medida; y comunmente se cree que esta  
 » enérgica reclamacion contuvo al Ministro para que  
 » no pusiese en ejecucion su proyecto. Esta obrita se  
 » reimprimió cuando M. de Corbière, hecho Ministro del  
 » Interior, ensayó, aunque con tan poco éxito como su  
 » antecesor, sojuzgar la enseñanza de los Seminarios.

» Otras varias ocupaciones, igualmente interesan-  
 » tes á la Religion y á la Monarquía, retardaron la  
 » publicacion del segundo tomo del *Ensayo sobre la*  
 » *Indiferencia*. La Mennais trabajaba en la redaccion  
 » del *Conservador*, y en seguida en el *Defensor*, pe-  
 » riódicos que reanimaron y sostuvieron el valor  
 » de los amigos del Trono y del Altar. Los arti-  
 » culos que insertó en uno y otro se han reunido  
 » despues en el tomo primero de *Misceláneas*, que  
 » contiene tambien las *Reflexiones del estado de la*  
 » *Iglesia*.

» Por fin el 1820 se publicó el tomo segundo del  
 » *Ensayo*, donde trata como preliminar la cuestion  
 » filosófica de los principios de conocimiento; y  
 » observando con asombro cuanto y cuan poderosa-  
 » mente ha favorecido los progresos de la increduli-  
 » dad la *duda cartesiana*, destronando la Razon del  
 » Solio en que ella y los Protestantes la habian cons-  
 » tituido, se propone probar que léjos de ser un mé-

» todo racional entrar dudando de todo, despreciar la  
 » autoridad, y llamar á examen ante si todas las co-  
 » sas, el hombre tiene que principiar por creer hasta  
 » en el lenguaje<sup>1</sup>, como en los primeros elementos  
 » de las ciencias; y solo el orgullo, herencia fatal del  
 » pecado del primer Padre, pudo hacer á la Razon  
 » *individual* arbitro y juez de las creencias y la fe:  
 » que si ella es un medio de conocer en cada uno, no es  
 » infalible; y así léjos de despreciar el testimonio de  
 » los otros, será para él una señal cierta de su recti-  
 » tud, cuando su dictámen sea conforme á la genera-  
 » lidad del de los demás; pues á todos no permitiria  
 » Dios que se engañasen: y en lo que siempre han  
 » convenido, seguro y cierto es. Además, siendo el  
 » vehiculo de los conocimientos la palabra, hablada ó  
 » escrita, y esta suponiendo la comunicacion de los  
 » otros, sería venir á destruir la inteligencia negarse,  
 » ó rehusar el fiarse de ellos, pues es el medio como  
 » esta se desarrolla: y subiendo hasta el principio de  
 » los tiempos, Dios que juntamente con la una dió á  
 » Adán la otra, le manifestó cuanto le era necesario  
 » saber como padre del género humano, sus deberes  
 » y obligaciones, que, al menos, en el orden religioso  
 » y moral, comunicaria á sus descendientes. Y de  
 » este modo enlazando la razon y la fe, tan léjos de  
 » ser esta contraria á aquella, la vigoriza y engran-  
 » dece, y conduciéndola al pié del Eterno, de allí re-  
 » cibe su vigor y la vida. Y este es el principio lla-  
 » mado de *Autoridad* que contrapone á aquella *Duda*,  
 » que se quiso un tiempo honrar con el nombre de  
 » *metódica*, y solo ha servido para inspirar á tantos el  
 » espíritu de independencia é insubordinacion á Pa-

<sup>1</sup> Los niños llaman pan al pan, árbol á un árbol, porque se les dice que se llama así: ni aun á leer podrian aprender si no creyesen al maestro que les dice el nombre de las letras, y el valor de ellas unidas entre sí: el que dudase, por ejemplo, que la A se llama A, la B, B, y así de las demás, ¿cómo podría llegar á leer? .....

» dres, Ayos y Maestros, Reyes, Sacerdotes, y hasta  
 » el mismo Dios<sup>1</sup>. Este tomo sufrió algunas impug-  
 » naciones, y dió ocasion á la *Defensa del Ensayo*  
 » y á otros varios escritos que se han publicado  
 » despues por sus amigos en su apoyo; y que por lo  
 » mismo hemos querido analizar, y dar á conocer mas  
 » extensamente.

» Bien pronto los intereses de la Religion le hicie-  
 » ron entrar de nuevo en la lid de las discusiones po-  
 » líticas. Se habia formado en Francia un nuevo Mi-  
 » nisterio, y varias personas sencillas, nimamente  
 » confiadas, creyeron que los nuevamente elevados á  
 » aquella dignidad iban á salvar la Monarquía : el  
 » Ab. La Menais, que no compartia tan lisonjeras es-  
 » peranzas, esperó algun tiempo para juzgar á los  
 » nuevos Ministros por sus obras; y no tardó en re-  
 » conocer su tendencia funesta, y creyó un deber se-  
 » ñalarla y combatirla. En efecto, así lo hizo en el Dia-  
 » rio intitulado : *La Bandera blanca*, periódico, cuya  
 » saludable influencia se hizo sentir particularmente  
 » en la época que precedió inmediatamente á la guerra

<sup>1</sup> La Soberanía de la *razon individual* abrió el camino en lo po-  
 lítico á la *Soberanía* en los particulares é infausta *Soberanía del*  
*Pueblo*, dogma exterminador que tantos males ha ocasionado y está  
 causando en Europa y América; y aun pudiéramos citar el triste  
 ejemplo de un Colegio célebre entre nosotros, donde inspirada á los  
 jóvenes esta *duda metódica*, y aun fraudulentamente enseñada en  
 el fuera de los libros de la asignatura, como para mayor explicacion  
 de ellos, de llamar á exámen por si todas las cosas, sin creerse de  
 Autores, de Padres, ni de Maestros; *scientibus loquor*; dió tantos  
 hijos á la revolucion en los dias de nuestros trastornos. Tal es el en-  
 lace, y tal la influencia de las doctrinas. Los lectores que quisieren  
 enterarse exactamente de lo absurdo de aquel funesto principio de la  
*Soberanía del Pueblo*, pueden consultar la obra recientemente pu-  
 blicada de *El Secreto revelado*, donde en una serie de *Cartas* en  
 boca de un constitucional arrepentido ó confundido, con símiles,  
 comparaciones y ejemplos familiares, todo á la Española, se ponen  
 al alcance de todos estas doctrinas, se descubren sus perniciosos  
 efectos, y se confunden sus maliciosos, ó rutineros proclamadores.

» contra nuestras Córtes revolucionarias. Todos los  
 » hombres verdaderamente religiosos y realistas de la  
 » Francia pedian no se perdonase á medio alguno para  
 » salvar al Rey *Fernando* y su Nacion heroica de la ti-  
 » rania que pesaba sobre ella. El ministerio francés  
 » vacilaba; pero al fin la opinion pública lo arastró,  
 » y la *Bandera blanca* tuvo tanta influencia en este  
 » triunfo, que los mismos Liberales decian publica-  
 » mente que el artículo de La Mennais habia sido el  
 » *cañon de señal* para el paso del Vidasoa. Estos arti-  
 » culos se han reunido con otros varios en otro se-  
 » gundo tomo de *Misceláneas*. El celo con que defendia  
 » esta causa sagrada, no habia entretanto distraido  
 » su atencion de los males de la Francia. El mas ter-  
 » rible entonces era sin duda el estado de la educa-  
 » cion en las escuelas de su Universidad, y era tanto  
 » mas necesario reclamar contra este espantoso azote  
 » cuanto que un gran número de familias cristia-  
 » nas, que enviaban á la Universidad sus hijos, igno-  
 » raban lo que pasaba en aquella escuela, y dormian  
 » tranquilos en una seguridad funesta, viendo consti-  
 » tuido á un Obispo al frente de la *Instruccion pública*.  
 » Para remediar en cuanto estuviese de su parte tan  
 » gran mal, La Mennais insertó en la *Bandera blanca*  
 » la célebre *Carta al Obispo de Hermopolis, Gran*  
 » *Maestro de la Universidad*. Pero el Ministerio en vez  
 » de respetar, á lo menos, esta voz animosa, trató de  
 » sofocarla, é hizo condenar el Diario por el tribunal  
 » de Policia correccional; y al mismo tiempo se  
 » emplearon las mas viles intrigas para impedir á  
 » La Mennais y á sus amigos la posibilidad de escri-  
 » bir en él<sup>1</sup>.

» En medio de estas discusiones habia publicado los  
 » tomos tercero y cuarto del *Ensayo*, en los cuales

<sup>1</sup> Por desgracia este periódico ha caído en manos menos católicas  
 en estos últimos tiempos.

» del principio de autoridad deduce la verdad del  
 » Cristianismo, que muestra de un modo grandioso  
 » apoyado en las tradiciones del género humano. —  
 » Habiendo alterado tantos trabajos su salud, se le  
 » aconsejó viajar, y emprendió el viaje de Italia. Du-  
 » rante su mansion en Génova, concluyó su hermosa  
 » traducción al francés del *Kempis*, ó *La Imitacion de*  
 » *Jesucristo*, una de las mejores que se han hecho á  
 » aquella lengua, y que expresa dignamente el espi-  
 » ritu y carácter de aquel libro incomparable. De allí  
 » continuó su viaje, recibiendo por todas partes los  
 » mayores obsequios de los hombres mas distingui-  
 » dos, especialmente del Clero, de los Principes, y  
 » sobre todo de nuestro santo Padre Leon XII, quien  
 » le dió las pruebas mas señaladas de su gran esti-  
 » macion y afecto paternal, haciéndole servir durante  
 » su permanencia en Roma por las personas y oficia-  
 » les de su casa. Apenas volvió de su viaje, dos  
 » *Projectos de ley*<sup>1</sup> presentados á las Cámaras, el uno  
 » de los cuales sancionaba de nuevo el Ateísmo poli-  
 » tico, y el otro amenazaba la existencia de las *Comuni-*  
 » *dades religiosas*, le obligaron á entrar de nuevo en  
 » la lid, y combatirlos por dos escritos publicados  
 » casi simultáneamente. Algun tiempo despues dió á  
 » luz la primera y segunda parte de *la Religion consi-*  
 » *derada en sus relaciones con el orden politico y civil*:  
 » obra que excitó contra él una violenta tempe ad.  
 » Hecho comparecer ante los tribunales por haber  
 » atacado las pretendidas *Libertades de la Iglesia Ga-*  
 » *licana*, que todos los enemigos de la Religion invo-  
 » can para arrastrar al cisma, hizo á la faz del Orbe

1<sup>o</sup> Sobre el *Sacrilegio*, el cual de los *Templos Católicos* se hacia extensivo igualmente á las *Prédicas* de los Protestantes, *Sinagogas* de los Judios, etc., lo que era venir á suponer que tan bueno era el culto que se daba en unas como en otros; y por consiguiente que todos eran verdaderos, ó mas bien, que ninguna Religion lo era. 2<sup>o</sup> Sobre las *Comunidades religiosas*.

» Católico aquella hermosa profesion de fe, que ha  
 » resonado en el corazon de todos los verdaderos  
 » fieles. « Señores : Nada tengo que añadir al Dis-  
 » curso que acabais de oír<sup>1</sup>; solamente diré dos pa-  
 » labras sobre las cuestiones dogmáticas tratadas en  
 » mi escrito. Aunque el tribunal no sea Juez compe-  
 » tente de ellas, sin embargo, como han servido de  
 » pretexto al Proceso que se me ha formado, debo á  
 » mi conciencia, y al carácter sagrado de que me  
 » hallo revestido, declarar delante del tribunal, que  
 » estoy y permanezco constantemente adicto á todos  
 » los principios que he sostenido en él; es decir, á la  
 » enseñanza invariable de la Cabeza de la Iglesia, que  
 » su fe, es mi fe; su doctrina, mi doctrina, y hasta  
 » el último aliento continuaré en profesarla y defen-  
 » derla. »

» Habiendo impugnado los teólogos *galicanos* su  
 » escrito, La Mennais ha dejado á sus amigos el cui-  
 » dado de responderles, para emplearse él en otra  
 » gran obra, á que está actualmente dedicado, y  
 » tiene por objeto ilustrar las Cuestiones mas funda-  
 » mentales del orden social. Concluida que sea,  
 » piensa terminar el *Ensayo sobre la Indiferencia*, del  
 » cual le falta el tomo quinto, en que tratará de la  
 » Iglesia.

» Ocupado siempre en cuanto dice orden al bien de  
 » la Religion y de los fieles, se cuentan otras varias  
 » producciones suyas. La *Coleccion de los principales*  
 » *Apologistas de la Religion Cristiana*, empezando  
 » desde Tertuliano, con notas y advertencias, que  
 » debia formar unos veinte y cuatro volumenes. La  
 » *Biblioteca de las Damas cristianas*, ó sea reunion  
 » de varias obras espirituales, de la cual unas son tra-

1 Era el *Discurso* de su abogado M. Berryer, el hijo, que en aquella circunstancia defendió la Iglesia con un talento y celo dignos de su causa. La obra está ya traducida.

» duccion suya, y de las otras las Advertencias, Prólogos, Notas, etc. 20 tomos: los *Aforismos á los Teólogos jóvenes*, con la *Respuesta á la impugnacion* de ellos; y no pocos *artículos* insertos en el Memorial Católico, de que se honran sus editores.

» Terminaremos esta noticia por algunos pormenores acerca de la persona de este ilustre escritor.

» Su estatura es pequeña, su complexion débil y delicada, y habitualmente está padeciendo: su fisonomia es muy expresiva, y ha sido excelentemente expresada ya en el grabado litográfico, ejecutado sobre el retrato hecho por M. Paulino Guerin, uno de los mas acreditados pintores de Francia, y tambien en una medalla en bronce por M. Vivier, otro de los mas hábiles grabadores de Paris.

» La nobleza y generosidad de su carácter corresponden á la grandeza de su genio. Para defender mas libremente la Iglesia, no ha solicitado jamas ni aceptado empleo ni puesto alguno; pero tiene uno destinado en el corazon de todos los verdaderos católicos, que le veneran y le aman como el defensor intrépido de la Religion en estos tiempos de impiedad, de debilidad y de anarquía. Lo que se ha dado bien á conocer en estos dias, en que una grave enfermedad habia hecho temer por su vida. Ha impugnado sucesivamente á los Ateos, á los Deistas, á los Protestantes, á los Jansenistas, Cismáticos, Galicanos, y á los defensores de los falsos sistemas políticos, sin que consideracion humana le haya impedido jamas decir áltamente la verdad: su genio, sostenido por su entereza y su valor, es el azote de todos los errores del siglo. »

## DE LA FE.

Dios ha hecho bien todas las cosas. Blasfemen cuanto quieran los impíos, sus blasfemias no tienen fundamento alguno: la creacion entera levanta la voz para dar testimonio á su Autor.

Dios lo hizo todo bien en el órden de la naturaleza. En ella todo está lleno de su majestad y de su grandeza: se nos ha manifestado por maravillas sin número, y á la vista de un espectáculo tan grandioso; sentiríamos elevarnos sobre nosotros mismos, si una insensibilidad letárgica no nos tuviese entorpecidos.

Dios lo hizo todo bien, ha hecho divinamente todas las cosas en el órden de la Religion. El Verbo increado, engendrado, no hecho, engendrado de toda la eternidad en el esplendor de su gloria, ha bajado de su trono, y se ha hecho carne por salvar á su criatura.

¿Quién podrá desconocer en él al Enviado del Omnipotente? Acercáos, hijos de los hombres: ved al Pastor, cuyo silvo habeis de escuchar; al Maestro, cuyas lecciones es necesario recibir; al Sumo Sacerdote por excelencia, cuyos preceptos es obligacion cumplir; en una palabra, contemplad al Redentor, al Mesías prometido, que en su clemencia nos ha traído el mayor de los bienes, quiero decir, la *Religion cristiana*: Religion venida del Cielo, y digna de reinar sobre la tierra; Religion, en la cual se

1 No siendo ya posible dar en este tomo otro tratado, no hemos querido terminarle sin presentar este hermoso rasgo de M. de La Mennais, en que manifiesta la grandeza, y confirma la verdad de nuestra Religion.



» duccion suya, y de las otras las Advertencias, Prólogos, Notas, etc. 20 tomos: los *Aforismos á los Teólogos jóvenes*, con la *Respuesta á la impugnacion* de ellos; y no pocos *artículos* insertos en el Memorial Católico, de que se honran sus editores.

» Terminaremos esta noticia por algunos pormenores acerca de la persona de este ilustre escritor.

» Su estatura es pequeña, su complexion débil y delicada, y habitualmente está padeciendo: su fisonomía es muy expresiva, y ha sido excelentemente expresada ya en el grabado litográfico, ejecutado sobre el retrato hecho por M. Paulino Guerin, uno de los mas acreditados pintores de Francia, y tambien en una medalla en bronce por M. Vivier, otro de los mas hábiles grabadores de Paris.

» La nobleza y generosidad de su carácter corresponden á la grandeza de su genio. Para defender mas libremente la Iglesia, no ha solicitado jamas ni aceptado empleo ni puesto alguno; pero tiene uno destinado en el corazon de todos los verdaderos católicos, que le veneran y le aman como el defensor intrépido de la Religion en estos tiempos de impiedad, de debilidad y de anarquía. Lo que se ha dado bien á conocer en estos dias, en que una grave enfermedad habia hecho temer por su vida. Ha impugnado sucesivamente á los Ateos, á los Deistas, á los Protestantes, á los Jansenistas, Cismáticos, Galicanos, y á los defensores de los falsos sistemas políticos, sin que consideracion humana le haya impedido jamas decir altamente la verdad: su genio, sostenido por su entereza y su valor, es el azote de todos los errores del siglo. »

## DE LA FE.

Dios ha hecho bien todas las cosas. Blasfemen cuanto quieran los impíos, sus blasfemias no tienen fundamento alguno: la creacion entera levanta la voz para dar testimonio á su Autor.

Dios lo hizo todo bien en el orden de la naturaleza. En ella todo está lleno de su majestad y de su grandeza: se nos ha manifestado por maravillas sin número, y á la vista de un espectáculo tan grandioso; sentiríamos elevarnos sobre nosotros mismos, si una insensibilidad letárgica no nos tuviese entorpecidos.

Dios lo hizo todo bien, ha hecho divinamente todas las cosas en el orden de la Religion. El Verbo increado, engendrado, no hecho, engendrado de toda la eternidad en el esplendor de su gloria, ha bajado de su trono, y se ha hecho carne por salvar á su criatura.

¿Quién podrá desconocer en él al Enviado del Omnipotente? Acercáos, hijos de los hombres: ved al Pastor, cuyo silvo habeis de escuchar; al Maestro, cuyas lecciones es necesario recibir; al Sumo Sacerdote por excelencia, cuyos preceptos es obligacion cumplir; en una palabra, contemplad al Redentor, al Mesías prometido, que en su clemencia nos ha traído el mayor de los bienes, quiero decir, la *Religion cristiana*: Religion venida del Cielo, y digna de reinar sobre la tierra; Religion, en la cual se

1 No siendo ya posible dar en este tomo otro tratado, no hemos querido terminarle sin presentar este hermoso rasgo de M. de La Mennais, en que manifiesta la grandeza, y confirma la verdad de nuestra Religion.

descubre evidentemente el signo, la marca de la autoridad Suprema, ante la cual toda razon debe humillarse : signo de *Unidad*, que debe reunir todos los corazones ; signo de *Verdad*, que debe subyugar todos los espíritus ; signo de *Santidad*, que debe extirpar todos los vicios : Religion manifiestamente divina, ya se la considere respecto á su propagacion, ya respecto á su institucion primitiva.

Pensemos en ello seriamente, porque jamás se ha ofrecido, ni ofrecerá á nuestro exámen cuestion mas importante. De su solucion dependen nuestros deberes y nuestras esperanzas : la conducta entera de nuestra vida, y nuestra suerte eterna : intereses á la verdad grandes ; y objetos bien interesantes, de que la razon mas desdenosa y altanera puede sin rubor ocuparse algunos instantes. Seamos, quienseamos, nos será preciso comparecer un dia delante de Dios : citados á su tribunal formidable para dar en él cuenta de nuestra fe ; ¿ querremos no tener otra respuesta que articular sino estas frias palabras : « No habia pensado en ello ? ¿ lo habia mirado con indiferencia ? » ¡ Ah ! léjos de nosotros esa indiferencia culpable ; ese mortal adormecimiento, á que en breve ha de seguir un despertar tan terrible. Sepamos lo que debemos creer, para saber lo que debemos obrar, lo que debemos esperar, lo que debemos temer. Esta es la verdadera ciencia del hombre ; las demás en su comparacion no son sino curiosidades fútiles, juegos de niños, con que se entretiene su tedio, ó se divierte su ocio.

¿ Era necesario que Dios revelase una Religion ? Abandono al presente á los filósofos esta discusion, en la que nada me precisa á entrar : me atengo únicamente á los hechos, y digo : hay ciertamente, y existe una Religion, que lleva en sí misma caracteres visibles de su Divinidad ; luego esta Religion es *divina* ; luego es *revelada* ; luego es *verdadera*, y por consiguiente la *única* que el hombre debe abrazar y seguir. Si el Cristianismo tiene efectivamente estos caracteres que le atribuyo, estas consecuencias son rigurosas.

Y desde luego, ¿ se puede concebir cosa mas grande, mas sublime, que lo que la Religion nos enseña respecto á Dios ; es decir, por lo tocante á nuestro último fin, y

á los medios de conseguirlo ? Esa palabra : *Creo en Dios* ; esa palabra, que todo cristiano, el paisano mas sencillo repite todos los dias, no les fué dado á los filósofos paganos, á los genios mas sublimes, ilustrados con solas las luces de la razon, el poderla pronunciar. Ninguno pasó de la duda, ninguno ha dicho con la sencillez y certeza, con esta energía que dice el sencillo cristiano : *Creo en Dios*. Dios solo podia elevar el espíritu del hombre hasta él ; él solo podia poner en su corazón la fe, don sobrenatural, don infinito en su naturaleza y en sus efectos, que conduciéndonos á la certidumbre por caminos desconocidos á la inteligencia humana, nos hace entrar en participacion de ese sentimiento interior, por el cual Dios pronuncia que él existe : *Yo soy*, dice, *el que soy* ; y el tierno niño, á quién ha instruido en el secreto de su corazón, repite : *El es el que es*.

Una Religion, que reposa sobre una verdad tan fecunda y tan sublime ; una Religion, que me ofrece por modelo un Dios-Hombre, y la eternidad por recompensa ó castigo de mis obras : una Religion, que me muestra un Sér Todopoderoso, Omnipotente, que tiene puestos siempre los ojos en mi para observar mi conducta ; que me deja en la expectation de un juicio formidable, en el cual serán examinados hasta mis pensamientos mas secretos ; que me representa esta vida como una peregrinacion, y este mundo como un lugar de destierro, á fin de que, como criado que soy para el cielo, no me apegue á las cosas de la tierra ; que arrancándome al imperio de los sentidos, me enseña á mirar la muerte como un tránsito á una vida mejor, á donde continuamente debo esforzarme á llegar : una Religion, que me dice ; *Sé perfecto como Dios lo es* : que en las caidas me levanta con ternura, porque no conoce crímenes inexpiables, y puede aplicar méritos infinitos : que intima al justo vivir en temor y temblor, y hace de la esperanza la primera virtud de los pecadores : que contiene la presuncion por el temor, se sonrie dulcemente á la vista del arrepentimiento, declara bienaventurados á los que lloran, maldice las alegrías disolutas del siglo, destrona al orgullo humano, y proclama el reino del amor y cari-

dad : esta Religion sin duda merece todos los homenajes de mi entendimiento y de mi corazon.

Es verdad que contraria las inclinaciones de la naturaleza corrompida, y declara guerra inexorable á las pasiones. La vanidad, la molicie, la venganza, el odio, son otras tantas víctimas que le es necesario sacrificar; pero nada hay en eso que me admire, nada que no aumente la confianza que inspira. Léjos de eso veo en ello un nuevo y brillante carácter de verdad; porque cuanto mas pura y rigurosa es la Religion en sus preceptos, menos puedo reconocer en ella la obra del hombre. Las pasiones turban el orden moral; la Religion, que tiene por fin el restablecerle, debe combatir las. Las leyes mismas no tienen otro objeto; y la Religion no es mas severa, no manda virtudes mas difíciles, no prohíbe faltas mas leves, en una palabra, no prescribe una perfeccion mas sublime, sino porque es la mas perfecta de las leyes.

Es cierto que me propone creer dogmas incomprendibles, misterios impenetrables, que confunden y humillan mi razon; pero esto mismo en vez de conmovirme, me afirma mas en su creencia. Todo es misterio para el hombre, aun el hombre mismo. ¿Qué creeria yo, si no creyese sino lo que mi razon concibe? El cielo, la tierra, la vida, la muerte, ese grano de arena que piso, la arista que lleva el viento, me son eternamente incomprendibles; ¿y pretenderé comprender á Dios, su naturaleza, sus atributos, su esencia? ¡Insensato! Contempla tu nada, tu insondable bajeza, y cesa de pedir cuenta al Eterno de su sér y de sus perfecciones. Te ha revelado lo que te era posible y útil saber de él; cree y adora; porque la inaccesible elevacion de la doctrina, que hace la desesperacion de tu entendimiento, es la prueba mas invencible de su origen divino. Una Religion sin misterios seria una Religion falsa, porque no nos daria la idea ni el sentimiento del infinito. Una Religion sin oscuridades, seria una Religion absurda, ó mas bien, nada seria, pues nos dejaria en una ignorancia completa de la Divinidad, que es evidentemente superior á nuestra inteligencia, y por consiguiente no estableceria entre ella y nosotros relacion alguna.

El Cristianismo no es oscuro en algunos de sus dogmas, sino porque es divino; porque nos trasporta á las regiones del infinito, y despliega á nuestra vista una perspectiva inmensa, en la cual el ojo busca en vano límites que no hay. Si la Religion se gloriase de disipar enteramente las tinieblas de nuestro entendimiento, seria sin duda fácil convencerla de falsedad y de mentira; mas ella al contrario nos dice: «Aquí en la tierra no percibiréis jamás claramente las verdades sublimes que re-» velo; no podriais sostener su brillo y esplendor; hé » aquí porque las presento cubiertas con un velo, que » solo la muerte rasgará. Creed sin tratar de comprender: doblad vuestra razon altanera bajo el humilde » yugo de la fe: con el sacrificio de la voluntad y del » corazon exijo tambien el del entendimiento.»

Tal es el lenguaje de la Religion, y la razon misma descubre fácilmente los motivos del sacrificio que se le pide. El hombre cayó por la soberbia. En el insensato deseo de igualarse á Dios, quiso arrebatar la ciencia, y no conquistó mas que el error. En lugar de elevarse, como se lisonjaba, al nivel del Sér supremo, todas sus facultades se degradaron, y descendió hasta hacerse semejante á las bestias. *Si comes de este fruto, morirás*, le habia dicho el Criador; se atrevió á dudar de su palabra, y arrostrar sus amenazas, y el castigo se siguió luego. La rebelion de sus sentidos fué el primer fruto de su rebelion contra Dios: su entendimiento se cubrió de tinieblas; movimientos vergonzosos, hasta entonces á él desconocidos, le agitan y fatigan casi sin cesar. Rey de sus pensamientos, al mismo tiempo que esclavo de la concupiscencia, reina en las tinieblas, y gime bajo el peso de los remordimientos. Seguid en sus prodigiosos extravíos á este sér decaído: ni sabe lo que es, ni de donde viene, ni adonde va: sus deberes no le son menos desconocidos que sus destinos: lo ignora todo, no se conoce á sí mismo, é ignora hasta el crimen por que es atormentado. ¿Cómo pues expiar á este enorme crimen? Cómo curará esta profunda llaga? Uno y otro es obra de la fe. Esta cura nuestra ignorancia, volviéndonos á poner en posesion de la verdad, que habiamos perdido: esta muda nuestra sentencia de muerte en la promesa de una

vida inmortal : esta expia en fin la rebelion del orgullo por una sumision absoluta ; de modo que habiendo sido proscritos por haber rehusado creer, volvemos á la gracia creyendo ; y la fe en su consoladora oscuridad, como en la certidumbre y paz que la acompañan, es á un tiempo nuestro sacrificio, nuestra luz, nuestro mérito, nuestra recompensa.

¡ O Fe! apoyo de mi debilidad, y embeleso de mi miseria, ven á mi corazon, ven á ilustrarle, á fortalecerle, á llenarle de la esperanza y del amor de los bienes inefables que nos anuncias. Ven á descubrirme el secreto de mi sér, á instruirme de las misteriosas relaciones que unen al hombre con su Hacedor, al cielo con la tierra. A la luz de tu antorcha, mis ojos se abren, ¡ oh qué espectáculo viene á herirlos ! En el cielo la majestad del Altísimo sobre un trono resplandeciente de gloria ; en la tierra, hombres que gimen en un valle de lágrimas. Estos dos objetos tan diferentes, tan infinitamente distantes uno del otro, es necesario aproximarlos ; es preciso establecer entre el Criador y la criatura una comunicacion divina. ¿ Qué hace la Religion ? Coloca entre Dios y el hombre á un Hombre-Dios : como hombre satisface por la humanidad culpable ; como Dios, da un valor infinito á su satisfaccion. Sacerdote y víctima á un tiempo, se sacrifica á sí mismo : se interpone entre nuestros pecados y la justicia eterna ; con el instrumento de su suplicio y de nuestra redencion en la mano se presenta á su Padre ; le ofrece su sangre, sus dolores, su agonía, su muerte ; las entrañas de la misericordia divina se conmueven, y el género humano queda salvo.

Desde entonces nuevas relaciones se establecen entre la tierra y el cielo, el Mediador es el lazo : hostia perpetua, Sacerdote eterno para interceder por nosotros, en su nombre pedimos ; y en su nombre obtenemos : nuestras oraciones, son sus oraciones ; él las depura, las santifica, las hace dignas de ser escuchadas de aquel á quien se dirigen. Por la union que tenemos con él, por la aplicacion que nos hace de su sacrificio y de sus méritos, nuestro arrepehtimiento, nuestras virtudes, nuestro amor, todos nuestros sentimientos se engrandecen, se elevan, digámoslo así, se divinizan. El Todo-

poderoso ve en nosotros á sus hijos, como su Hijo ve sus hermanos. En la Religion del Hombre-Dios, todo toma el carácter del infinito, todo se hermosea y depura. La tierra ya no es solamente la mansion del dolor, en la que un sér criminal y miserable aguarda entre temor y espanto la ejecucion de su sentencia : es tambien el lugar donde la virtud se perfecciona para el Cielo, el templo augusto donde principia la adoracion en espíritu y en verdad, que prolongándose para siempre en la Jerusalem de los cielos, y confundiéndose allí con la posesion del objeto mismo de este culto inefable, hará eternamente la ocupacion de los escogidos, y su indecible felicidad.

¿ Qué son las estériles especulaciones de la Filosofia, sus sistemas absurdos, sus doctrinas desoladoras, al lado de este sublime conjunto de verdades tan sencillas y tan sublimes, tan estrechamente unidas entre sí, tan conformes á mi razon, tan apropiadas á mis necesidades, tan dulces y tan consoladoras para mi corazon ? Confesadlo ingenuamente ; ¿ no os habeis sentido conmovidos alguna vez meditando estos sensibles misterios del Hombre-Dios, que baja del seno de su gloria para humillarse, para padecer, para morir, y una muerte cruel, á fin de darnos la vida ? ¿ No hay en vos alguna cosa que os diga, esto es divino ? Las lágrimas ¿ no os vienen á los ojos á la vista de Jesus crucificado ? ¡ Ah ! desgraciadas, é infelices las almas endurecidas, á quienes no eterneciese una bondad tan pasmosa, un exceso tan prodigioso de amor ! Sí, para negar á Jesus espirando en un madero infame, perdonando á sus verdugos ; para rehusar el creer en él, sería necesario no ser hombre, ser un monstruo, un demonio, mas que un demonio ; porque al fin, si los demonios no pueden amar, al menos creen y tiemblan : *credunt, et contremiscunt.*

Cuántos caracteres de verdad nos ha hecho descubrir en él una atenta consideracion del Cristianismo ; y sin embargo estamos muy léjos de haber apurado este objeto inmenso ; al contrario, apenas le hemos desflorado. Serian necesarios volúmenes enteros para desenvolver completamente las pruebas que nuestro plan nos obliga á reducir á pocas líneas. Por ejemplo, hemos mirado á Jesucristo como Mediador y como Redentor ; ¿ mas

qué nuevo brillo, qué claridad no recibe esta doctrina por su íntima union con el dogma de nuestra caída original, dogma atestiguado por la tradición de todos los pueblos, y consagrado, digámoslo así, por la conciencia del género humano? Rebélese enhorabuena el orgullo, resientase una altanera y débil razon bajo el peso de esta formidable verdad; una convicción natural é invencible nos obliga á reconocerla delante del tribunal interior, que no se puede declinar ni seducir. No sé que voz dolorosa se prolonga al través de los siglos, y nos grita que hemos caído: los trabajos, el pecado, la muerte nos lo advierten á cada instante. Eternamente inexplicables á nosotros mismos, luego que perdemos de vista nuestra degradacion primitiva, ella sola esparce alguna luz sobre nuestro sér y nuestros destinos; nuestro pecado explica nuestro castigo; y el hombre es mas inconcebible sin este misterio, que el misterio mismo.

¡O hombre! humíllate: humíllate mortal culpable, prostérnate, pega tu frente con el polvo, y llena con inconsolables gemidos esta tierra, reino de desolacion, que Dios en su venganza te ha dado por destierro y por sepulcro, como se señala un fundo vil á un Rey desposeido. ¿Mas qué digo? No, regocíjate, y canta con la nueva Sion: O feliz culpa, que ha merecido tan gran Redentor! La Religion te vuelve, y con ventajas, lo que habias perdido: ella te eleva á una perfeccion, que te coloca sobre los Ángeles, tanto quanto los triunfos de la virtud son preferibles á una inocencia pacífica y sin combates. Sostenido por la gracia divina, no hay inclinacion viciosa que no puedas superar. Cesen de hablarme ya de naturaleza corrompida, yo veo ya, ni quiero ver mas que la naturaleza reparada y resplandeciente de gloria. La fe me abre los Cielos, alumbrá mi ignorancia, fija mis incertidumbres, disipa las nubes sombrías que envolvian mi razon, y la llena de un torrente de luz. En pos de ella marcha la esperanza, encanto eterno de la vida, y compañera amable de la caridad. Creer, esperar, amar, hé aquí toda la Religion. Ningun sacrificio es costoso, cuando se está seguro del premio; todas las obligaciones y deberes son suaves al que ama. Amad, y haced quanto queráis, decia un Padre de la Iglesia; porque cuando de

veras se ama, no hay otra voluntad, no hay mas deseos que los del objeto amado. ¡O ley de amor! ley sublime, ley adorable, ¿qué no obtienes de los verdaderos cristianos? A ejemplo de su Maestro, ellos pasan en el mundo haciendo bien. Una caridad, inmensa como el mismo Dios que se la inspira, anima todas sus acciones; llena todos sus pensamientos, funda sus sentimientos todos. ¿Viven ellos para sí, ó es que existen solo para los demás? Vedlos volar al socorro de todas las miserias humanas: vedlos derramar como el Samaritano el aceite y el bálsamo sobre las heridas de sus hermanos: nada les cansa, nada les fatiga: quanto mas desgraciados son los que socorre, le son tanto mas amados. Sus riquezas son el patrimonio de la indigencia; su tiempo, sus cuidados, su compasion, sus lágrimas pertenecen á todos los que sufren. ¿Eres pobre, doliente, achacoso, enfermo? Ven, y ellos te socorrerán. ¿Tu corazon sufre una de aquellas penas secretas, que se esfuerzan los hombres á ocultar á la dura piedad de un filántropo egoísta? Ven, ellos te prodigarán consuelos inefables que mitigarán tus males, y los harán olvidar. Para ellos no hay enemigos, ni extranjeros, no hay mas que hombres. ¿Has cometido alguna culpa? Acércate, no temas; sus labios no conocen la censura insultante; te compadecerán, la llorarán contigo, se confesarán débiles como tú, y con la sonrisa de la esperanza en los labios, te mostrarán al comun Libertador. Buenos padres, hijos obedientes, esposos tiernos, amigos constantes, súbditos fieles, ¿que virtud no es la suya? Y sin embargo, léjos de envanecerse de su propia excelencia, gimen incesantemente sobre su indignidad, se miran como siervos inútiles y no esperan su recompensa sino de la gratuita misericordia del Sér infinitamente bueno, que se la ha prometido. Separados de los bienes de la tierra, no aspiran sino á la celestial patria, adonde el Salvador los ha precedido. Honores, placeres, riquezas, nada de quanto hay en el mundo les mueve; no aman ni desean mas que las tribulaciones y la cruz. Las lágrimas son su gozo, las humillaciones su gloria, los trabajos su lecho de descanso. Heridles en la mejilla izquierda, y al punto os presentarán la derecha; quitadles la túnica, y os abandonarán tambien la capa. Perseguidlos, aprisionadlos,

arrancadles la vida entre tormentos, orarán por vos á Dios para que os perdone, y sus dulces palabras serán palabras de bendicion.

Basta: ¿son hombres los que he pintado? No, son Discípulos de Jesucristo. El que no percibe en la Religion mas que una invencion humana, levántese al presente, y diga: yo hubiera creado esta doctrina, habria mudado la naturaleza del hombre, é inventado la fe, la esperanza y la caridad.



Hemos concluido la obra de M. de La Mennais sobre la Indiferencia en materia de Religion, que contienen los dos primeros volúmenes de esta edicion, y en ellos se halla reunido todo cuanto bueno puede decirse en un asunto de la mayor importancia, y quanto creemos conveniente al estado de ilustracion, y de las costumbres religiosas. El lector instruido no podrá menos de admirarse al ver un triunfo completo de la Religion sobre los tres sistemas generales del error, ó de la Indiferencia dogmática, presentado de un modo admirable, y con unas pruebas tan sólidas, que si los indiferentistas se tomasen el pequeño trabajo de leerlas con una mediana atencion, libres de la tiranía de las pasiones, creemos que esta sola obra daria fin al protestantismo, deísmo y ateísmo, y la Religion católica apareceria en todo su esplendor rodeada como de gloriosos trofeos, de los prosélitos de todas las sectas. Esta demostracion de la verdad de la Religion católica, aunque presentada por un medio al parecer indirecto, abre un vasto campo, nos descubre como un mundo nuevo de conocimientos, y fija la idea vaga que teníamos del protestantismo, en un solo punto de vista bajo su verdadero aspecto. El es el primer paso para el deísmo y ateísmo; pero paso tan resvaladizo que, como la experiencia de no pocas naciones nos manifiesta; ser protestantes, deístas ó ateístas, parecen sinónomos, y hé aquí la verdadera causa y el fin de los violentos esfuerzos de los impíos para autorizar la tolerancia, mal llamada de cultos, siendo una verdadera supersticion todo culto que se tributa á Dios fuera de su Religion, y de aquí ese feroz prurito de nuevas constituciones, ó como las llama el mismo La Mennais, dislocaciones, ó destrucciones de los gobiernos, el anhelo, de fijar la base de los imperios en la proteccion, mas bien que tolerancia de todas las que se llaman Religiones, porque es el único medio de abrir la puerta á la impiedad, á la incredulidad y á las revoluciones; y esta es otra incalculable ventaja de esta obra, que al mismo tiempo que arranca de raíz los cimientos de la incredulidad, establece las bases sólidas de la sociedad, y presenta de un modo espan-

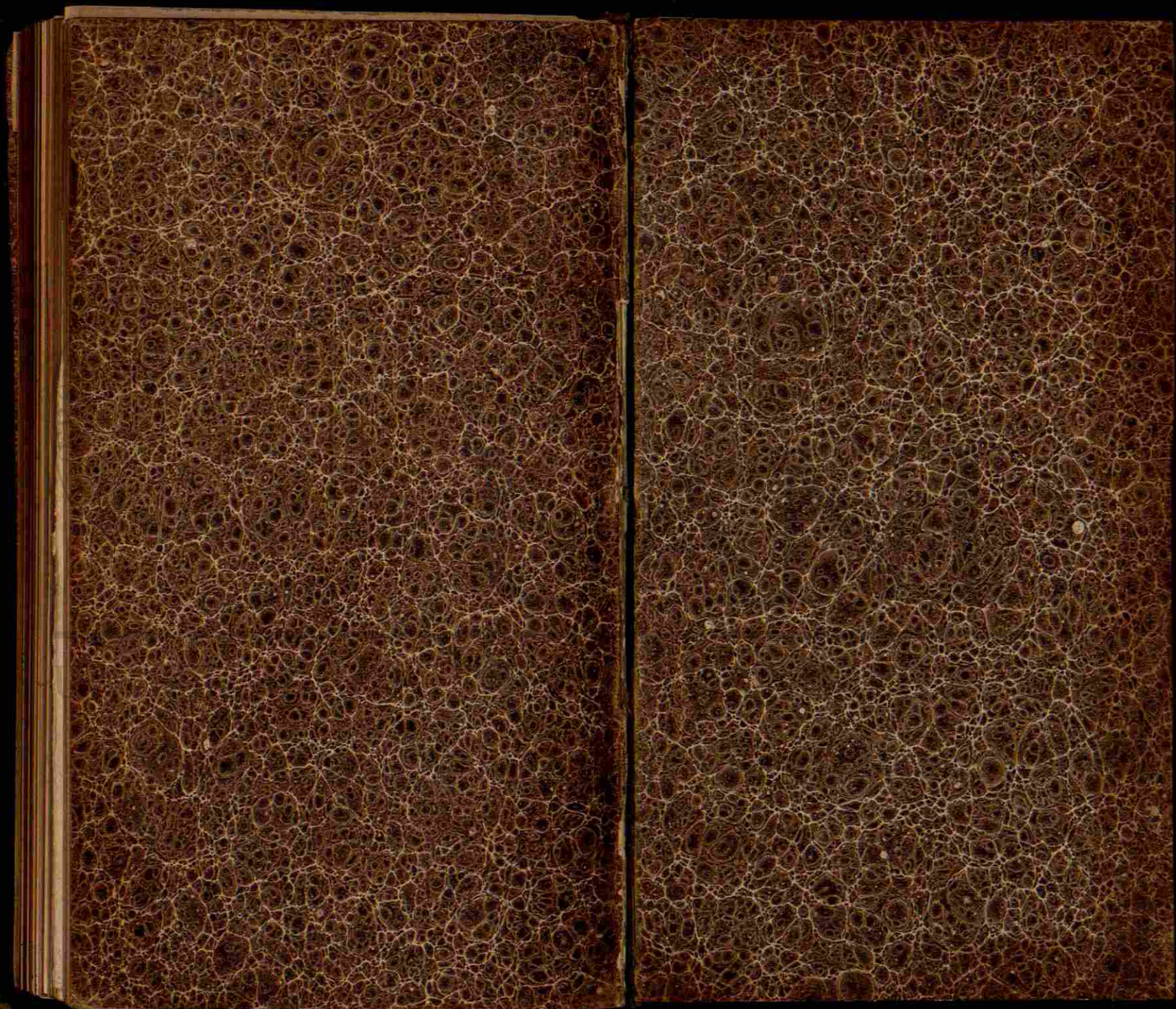
toso el peligro inminente de las naciones que han dado entrada al pacto social, y con él á la irreligion, su compañera inseparable. Creemos por lo mismo haber hecho un gran servicio al publico americano presentándoles la obra de M. de La Mennais como un preámbulo ó introducion á las obras que vamos á dar á luz. Por esta primera, única que en nuestro plan, y atendidas todas las circunstancias creemos utilísima, podemos conocer las clases de enemigos de la Religion, sus ataques, sus arterias, y sus fines para detestarlos. Ahora continuaremos dedicandonos á vindicar la Religion de los atentados sacrilegos de los protestantes, deístas y ateístas. Parecerian increíbles si no los viésemos estampados en sus mismas obras, y autorizadas por ellos mismos. No hay medio, por ridículo, por extravagante que sea, de que no se hayan servido para propagar la incredulidad y la impiedad, para destruir la Religion y al mismo Dios si les fuese posible. Sofismas puerile suposiciones arbitrarias, relaciones falsas, imputaciones calumniosas, al Evangelio, á la Iglesia, al culto y á sus ministros: la materia, los cuerpos, su organizacion y enfermedades; la tierra, las labas ocultas en su seno: el flujo y reflujo del mar, el cielo, los planetas, el sol con sus eclipses, la ficica, la química, los microscopios y telescopios, la estructura del cráneo, los sueños, la vida y la muerte misma que no pueden evitar, todo ha dado pábulo á la incredulidad y á su propagacion. Por lo mismo presentaremos en los siguientes tomos obras maestras, trabajadas al intento en los mismos tiempos en que la incredulidad ha abortado tan impíos, tan monstruosos sofismas; pero que por desgracia han pervertido á no pocos. No deseamos ni ser gravosos, ni molestos: por lo mismo haremos eleccion de obras poco voluminosas; de otras daremos cuanto juzgemos conveniente al desengaño de los alucinados, y de preservativo á los incautos, y todos hallarán medios para conocer la futilidad de los sofismas de los incrédulos y de sus ridículas paradojas. En los siguientes tomos presentaremos al público el justamente acreditado Catecismo anti-filosófico del célebre Feller, y no dudamos merecerá el aprecio de todos los buenos.

## ÍNDICE

### DEL TOMO SEGUNDO.

	Pag.
NOTICIA biográfica de La Mennais.	1
CAPÍTULO I. Hay una verdadera Religion; no hay mas que una, y esta es indisputablemente la Católica.	12
CAP. II. De la Ley Mosáica y del Pueblo hebreo.	22
CAP. III. De los cultos idolátricos.	40
CAP. IV. La <i>Unidad</i> es un carácter del Cristianismo.	60
CAP. V. La <i>Universalidad</i> es propia del cristianismo.	98
CAP. VI. La <i>Perpetuidad</i> es carácter propio del Cristianismo.	113
CAP. VII. La <i>Santidad</i> es propia del Cristianismo.	128
CAP. VIII. De la sagrada Escritura.	168
CAP. IX. Profecias.	217
CAP. X. Milagros.	268
CAP. XI. Jesucristo.	303
CAP. XII. Establecimiento del Cristianismo. — Sus Beneficios.	322
CAP. XIII. Autoridad del Cristianismo al tiempo de Jesucristo. — Conclusion.	339
ADVERTENCIA.	353
Discurso sobre la Fe.	

FIN DEL ÍNDICE.







INUE  
LIOTE